HISTORIA UNIVERSAL

CARL GRIMBERG



EL ALBA DE LA CIVILIZACIÓN

Foto de la carátula: Máscara funeraria de Tutankamón (hacia 1350 a. de C.) Ornada con lapislázuli y vidrios de color, esta máscara de oro macizo cubría el rostro de la momia del faraón (Museo de El Cairo).

HISTORIA UNIVERSAL
CARL GRIMBERG
TOMO I

EL ALBA DE LA CIVILIZACIÓN

El despertar de los pueblos.

TABLA DE CONTENIDO:

PRÓLOGO

En la vida de los pueblos hay momentos culminantes en que la acción adquiere un ritmo violento, produciéndose los grandes cambios —crisis, revoluciones, conflictos bélicos—, que acarrean transformaciones en su estructura social interna o en su relación con otros países. Hay otros períodos, en cambio, en que esa lucha y esa evolución constantes, porque son esencia de la vida, siguen un cauce soterrado, de apariencia tranquila.

Quizás en los días de lucha se forje la paz, como en los momentos de calma se incuben las contiendas: que entre los teorizadores de la historia hay opiniones para el gusto de todos. Nosotros, al señalar este hecho, no vamos tan lejos. En primer lugar, porque no aceptamos que la historia de los pueblos sea la historia de sus guerras, sino de sus progresos, de sus avances científicos y artísticos, en pro de su bienestar social, si bien hemos de reconocer que incluso estos progresos acompañan, siguen o preludian las grandes conmociones que, como hitos de sangre, jalonan la historia En segundo lugar, porque nuestra deducción no afecta más que a un aspecto, al del interés que despiertan los estudios sobre la historia, en unos u otros períodos.

Las épocas de acción no dan tiempo a la reflexión necesaria que los estudios históricos requieren. Los períodos en que se producen los grandes cambios dan lugar a un género especial, las crónicas, llenas de pasión —censura o alabanza—, que más encubren la verdad histórica que la trasmiten, sobre todo cuando bajo la apariencia de la narración imparcial de los hechos sólo se pretende influir en los contemporáneos, acaso porque no se tiene la seguridad de convencerlos, por la simple fuerza de sus doctrinas.

Pensemos en aquel famosísimo y clásico panfleto que es la voluminosa "*Guerra de las Galias*", utilizada por el primer César como trampolín de su encumbramiento a la dictadura. En los siglos últimos, la Historia ha adquirido cada vez más imparcialidad, más rigor critico. En nuestros días, la historia se distingue, por definición, de la crónica. Por ello se detiene su estudio de los hechos pasados en una o dos generaciones antes, cuando el tiempo transcurrido ya no empaña la objetividad.

Todas estas consideraciones han pesado en nosotros al elegir y adaptar la obra que hoy presentamos al público de lengua castellana. En nuestros días abundan los libros de historia: es tema que interesa. El hombre de hoy tiene conciencia que el progreso asombroso de la técnica anuncia una nueva era. El mundo se empequeñece y por vez primera puede hablarse de Historia Universal en sentido propio; cualquier hecho sucedido en cualquier rincón del globo es conocido en pocas segundos y repercute en todos los demás; las ideas se difunden con la misma rapidez, los hombres todos se sienten solidarios, y a través de fronteras geográficas, políticas e ideológicas, un movimiento único se abre camino en las conciencias todas; cientos de pueblos sienten la necesidad de salvar estas barreras y realizar la difícil compenetración de unos con otros y su cooperación conjunta para el progreso de la humanidad.

El estudio de la historia pasada de los pueblos sirve a estos nobles objetivos. Profundizando en el pasado para hallar precedentes, se encuentran paralelismos instructivos; más aún, se hallan casi siempre las razones íntimas de muchos fenómenos que nos afectan hoy en día.

Por eso, pensando en nuestros lectores, al hacer una Historia Universal hemos elegido una obra de las presentes características.

Su autor, Carl Grimberg, nació en 1875 en Suecia, y fue profesor de Historia desde los veintidós años; después, encargado de curso en la Universidad de Göteborg, donde ejerció la enseñanza hasta 1918. Desde esta fecha se dedicó exclusivamente a la tarea de historiador.

Publicó una serie de manuales escolares, luego una muy famosa "Historia del pueblo sueco", que consagró definitivamente su reputación, y emprendió entonces su "Historia Universal". Había escrito ya y publicado gran parte —hasta el siglo dieciocho —, cuando falleció en 1941, encargándose entonces su discípulo Ragnar Svanström de completarla siguiendo sus normas, y utilizando el material de trabajo que Grimberg tenía ya recogido y las notas que dejó de la parte que faltaba por redactar.

Las dos características principales de Grimberg, como historiador, es su aguda visión de los hechos y su claridad de exposición; si lo primero lo lleva a profundizar en su valor humano, dando a su relato interés y emoción, su vocación docente lo hace un expositor ameno y objetivo de los hechos.

De la mano de Grimberg, la historia de la humanidad se sigue como quien lee una novela, asombrándonos el fenómeno que si por un lado, jamás falta el más escrupuloso rigor científico, por otro, jamás olvida, en aras de los acontecimientos político-militares, el aspecto cultural —arte, costumbres, ciencia, literatura y vida— de cada pueblo o de cada período que trata.

Otra virtud tiene esta personal manera de Grimberg de exponer la historia. Como buen profesor, señala la evolución de los acontecimientos de manera sugestiva, amena, pero con docente honestidad que permite al lector mismo deducir juicios y conclusiones. Esta objetividad es la que ha permitido aprovechar al máximo sus notas y seguir su estilo y su tono, continuar y ampliar su obra. En primer lugar, como hemos dicho, fue su discípulo sueco Ragnar Svanström quien realizó esta labor complementaria; luego, los numerosos adaptadores que ha tenido en todos los países han seguido la misma pauta. Pues antes de la actual edición española se han realizado ya muy valiosas traducciones adaptadas en otros idiomas nórdicos, así como en holandés, inglés, francés e italiano, hallándose otras muchas en preparación.

Su visión del pasado reflejada en el período comprendido entre las dos guerras mundiales (1918-1939), ha recibido después de 1945 el aplauso unánime y entusiasta de los críticos e historiadores, y sobre todo de un público universal que lee con pasión todas las versiones publicadas, y eso porque su visión de la historia era la que más se ajustaba a la necesidad de universalización —ecumenismo— que los hombres de hoy sienten en lo más profundo de su ser.

Basta hojear las primeras páginas de cualquiera de los volúmenes de los que consta la obra para que el lector quede prendado en el hilo del relato como si de una novela apasionante se tratara.

Y el protagonista del relato es siempre el hombre, en su sentido más amplio, la sociedad humana, que se nos aparece viva y brillante, llena de inquietudes, cuyas facetas todas aparecen reflejadas en la obra: luchas, conflictos, intrigas, ambiciones que

determinan la evolución histórica de los pueblos; pero también los cambios de sus gustos, aficiones, modo de vivir. Y los progresos de la ciencia, de la técnica, del arte, de la literatura, aparecen siempre destacados al describir el relato histórico de cada período de la vida de los pueblos.

Por eso esta obra, más que una historia universal en el sentido habitual y escolar del término, es un amplio panorama de la historia de la cultura universal.

En esta edición, como es lógico, a más de un particular esmero en la presentación, láminas, mapas, cuadros, esquemas, cronologías, etcétera, hemos cuidado de señalar la aportación de España en la Historia Universal con una objetividad apartada de los prejuicios antihispanos que abundan en tantas obras, como de un exagerado nacionalismo bobalicón y "chauvinista", palabra y concepto que nos son igualmente extraños.

De manera especial nuestra adaptación ha sido más notable en los volúmenes I, IV, y VIII, y sobre todo en el VII, que comprende la historia del siglo en que España ejerció un papel verdaderamente hegemónico en Europa.

Al planear la presentación de esta obra tuvimos que enfrentarnos con un arduo problema: el de su división en volúmenes. Creemos haber encontrado la mejor solución, quizá no menos convencional que las demás, pero sí mucho más práctica, y sobre todo más de acuerdo con la perspectiva histórica de nuestros días.

Hemos elegido la división en doce tomos, cada uno de los cuales representa una etapa clara y definida de la evolución cultural y humana.

De esta forma servimos al doble interés de un público estudioso que necesita a veces un detenido tratado monográfico sobre un tema concreto o un período determinado, así como al lector culto que desea tener a mano un amplio panorama de toda la historia universal.

La colección consta, pues, de los siguientes volúmenes, que, siendo totalmente independientes, constituyen en su conjunto una auténtica Historia de la Humanidad:

1. **EL ALBA DE LA CIVILIZACIÓN**
   La prehistoria y el despertar de los pueblos
   De la Edad de la Piedra a las primeras industrias. — Egipto: una historia inmensa y un arte impresionante. — Mesopotamia. — Sumerios y acadios. La invasión asiria. — Las avanzadas civilizaciones babilonias. — Los hititas, pueblo misterioso. — Siria y Palestina. — Fenicia, un país de navegantes y mercaderes. — El Irán, cuna indoeuropea.

2. **GRECIA**
   De la cultura minoica a la Italia prerromana
   La cultura egea y los períodos heládicos. — La guerra de Troya. — La vida en la época de Homero. — Transformaciones económicas y sociales de Grecia. — Esparta. — La filosofía y la poesía lírica griega. — Oriente y Occidente miden sus fuerzas. — La lucha por la libertad. — El siglo de oro de Pericles. — Las guerras del Peloponeso. — Los grandes hombres. — Ocaso político de Grecia. — La dominación persa. — La hegemonía de Esparta. Tebas, Sicilia y Siracusa. — Alejandro Magno. — Época helenística. Los etruscos. — La decadencia.

3. **ROMA**
   Monarquía, república, imperio... caos

Fundación y expansión de Roma. — Vida y costumbres de la antigua Roma. La conquista de Italia, — Las guerras púnicas. — La campaña de Aníbal. — Expansión romana en el Mediterráneo. — Escipión y Catón. — La destrucción de Cartago. — Nacimiento de la literatura latina. — Los triunviratos y la monarquía. — Intermedio republicano-imperial. — La dinastía Julia. — De Vespasiano a Diocleciano. — El cristianismo.

4. **LA EDAD MEDIA**

El choque de dos mundos: Oriente y Occidente

El Asia oriental. — Las grandes invasiones. — Los nuevos reinos bárbaros. — El islamismo. — El califato de Córdoba. — Carlomagno y su época. — Los pueblos asiáticos y nórdicos. — El Sacro Imperio Romano-Germánico. — Luchas entre el Pontificado y el Imperio. — La reconquista hispánica. — Las Cruzadas. — La contienda italo-alemana. — Gengis Kan y la invasión mongola. — Las cruzadas de san Luis.

5. **LOS SIGLOS DEL GÓTICO**

Un puente entre dos conceptos: del universalismo espiritualista al humanismo

Religión e intelectualidad. — El arte gótico. — Herejías en la Europa central. — Expansión castellana y la confederación catalano-aragonesa. — La guerra de los Cien Años. — Feudalismo e inquietud social. — El mundo asiático y africano. — Mongoles y turcos. — Las letras en Europa. — España: del gótico al Renacimiento. — Reyes Católicos. — Economía, milicia y política internacionales.

6. **DESCUBRIMIENTOS Y REFORMAS**

Nuevos horizontes... nuevas perspectivas

El Renacimiento en Italia. — La familia de los Médicis. — Humanismo y nacionalismo italianos. — Artes y artistas del renacimiento. — El humanismo en Flandes, Alemania, Inglaterra y Francia. — Los grandes descubrimientos geográficos. — La hora de Portugal y España. — Cristóbal Colón y la Antigua América. — Carlos V. — Reforma. — Los grandes reformadores. — Guerras de religión. — La Contrarreforma. — El Concilio de Trento. Descubrimientos científicos y Literatura.

7. **LA HEGEMONÍA ESPAÑOLA**

El primer imperio de ámbito universal

Del imperio europeo al imperio mundial. — Felipe II y su época. — El Siglo de Oro español. — Literatos ilustres. — Los Países Bajos. — Las guerras de religión en Francia. — Enrique IV. — Inglaterra y Escocia. — La era de Isabel I. — Shakespeare. — Felipe II se anexiona Portugal. — España contra ingleses y holandeses. — De Lepanto a la Armada Invencible. — Sucesores de Felipe II. — Francia y sus grandes cardenales. — La guerra de los Treinta Años. — El congreso de Westfalia. — La preponderancia holandesa. —Los Estuardos en Inglaterra. — Rusia entra en la Historia.

8. **EL SIGLO DE LUIS XIV**

Versalles, espejo del mundo

La corte de Versalles. — Luis XIV y sus favoritas. —El gran siglo de la literatura francesa. — Francia, modelo universal. — Ambiciones de Luis XIV.—Ofensivas políticas y militares. — La Guerra de Sucesión española. — Inglaterra y su revolución. — Cromwell y los puritanos. — Restauración y caída de los Estuardos.

LOS PRIMEROS SERES HUMANOS

EL ALBA DEL MUNDO

El origen de la vida

La vida surge sólo de la vida, y todas las especies vivas son una prolongación de sí mismas y se reproducen de generación en generación. Este hecho, demostrado a perpetuidad, ofrece sin embargo la variante de una transformación paulatina de los seres, evolutiva podría decirse, a tenor de sus actividades desarrolladas en un medio ambiente determinado. No es menos cierto, por otra parte, que en cada generación sobreviven y se reproducen los individuos más adaptados, mejor que los débiles o enfermizos, produciéndose una "selección natural" de los mismos. Por lo que se refiere al ser humano, un factor especial, la inteligencia —o si se quiere, la complicación creciente del sistema nervioso—, contribuye a seleccionar y a mejorar sus condiciones de vida en el planeta.

Persiste el enigma de cómo se inició la vida en nuestro mundo, aunque puede deducirse que algunos elementos y cuerpos simples, en especial los compuestos del carbono, existentes en la superficie terrestre, se combinaron para formar compuestos más complejos, utilizando parte de la energía solar; pudieron formarse células que se multiplicaron hasta el infinito, integrando así un mundo biológico infinitamente pequeño de plantas y animales unicelulares, cuya forma no debió ser muy distinta a la que hoy podemos observar en nuestros microscopios. Crecieron luego, formando cantidades inmensas de material plurimolecular de su propia especie; algunas células siguieron nutriéndose de energía solar —vegetales—, y otras se alimentaban de lo que hallaban a su alrededor —animales—; integraron luego colonias y de ellas partieron evolucionando sucesivamente todas las formas de vida superior.

La vida surgió de la tierra hace unos tres mil millones de años, o más. Los restos de algunos seres, las partes minerales, fosilizadas, de sus cuerpos, se han conservado a través de millones de años y nos han legado testimonios de la antigua vida en la superficie terrestre. La ciencia de la Paleontología ha estudiado y logrado develar en parte el ramificado plan en que evolucionó la vida, mostrando un cuadro esquemático del perfeccionamiento gradual que experimentó en cada época. En algunos grupos de animales relativamente recientes, por ejemplo en el caballo, los fósiles hallados permiten poner de manifiesto toda su evolución. En los estratos o capas geológicas más antiguas, este estudio no es tan perfecto, aunque sí lo suficiente para mostrarnos todo el proceso, con los reptiles descendiendo de los anfibios, y aquellos, a su vez, ramificándose en varias especies, nuevos reptiles, aves, etcétera.

Las interacciones mutuas entre el medio ambiente de los animales y estos mismos seres determinan la evolución conjunta de los animales de su propio medio, fenómeno que culminó con la aparición del hombre. El ser humano, según ambos, pudo haber evolucionado a partir de un mamífero arborícola que se adaptó a vivir en el suelo.

"Los monos sin cola utilizan las manos para deslizarse por las rama; —observa sir Julián Huxley—; esto hizo que los brazos se diferenciaran de las extremidades posteriores, y cuando los grandes primates abandonaron su vida en los árboles, sus manos evolucionaron como órganos manipuladores. Esta misma clase de vida estimuló la inteligencia del hombre primitivo. La necesidad de agruparse para su defensa y para cazar sus presas le condujo a la construcción de herramientas y a la intervención del lenguaje; es decir, a la evolución cultural. Ahora bien, esto no significa que el hombre proceda directamente del mono, ni así debe entenderse al hablar de evolución. Ello seria tan absurdo como pretender que los monos actuales pueden llegar a convertirse en hombres. En todo caso, sólo podemos admitir que tanto uno como otro tuvieron un común origen y, por consiguiente, que existía cierta similitud entre sus respectivos antepasados."

Las eras geológicas

Para el estudio de la vida sobre la Tierra en sus comienzos y de las transformaciones en ella realizadas, se ha acudido a una clasificación por eras geológica, abarcando las cuatro etapas llamadas convencionalmente primaria, secundaria, terciaria y cuaternaria, con sus periodos correspondientes[1]. Cada era abarca muchos millones de años.

I. La era primaria aparece integrada por terrenos pizarrosos duros que descansan directamente sobre materiales más arcaicos, granitos y rocas metamórficas y, a veces, en las capas superiores, areniscas y calizas. Durante el período cámbrico, gran parte de la Tierra se hallaba cubierta por el mar y poco se sabe de lo que podían contener las zonas secas de los continentes, que sin duda carecían de seres vivos; no así los mares cálidos, conde éstos abundaban. Durante el silúrico se produjo un retroceso de las aguas marinas, dejando al descubierto nuevas tierras que fueron poblándose de vegetales, apareciendo también los primeros vertebrados. En el devónico sigue la formación de montañas, fenómeno iniciado ya en el período anterior, y se producen erosiones en la capa terrestre, a causa de la alternativa de estaciones cálidas y secas con otras de lluvias periódicas; al propio tiempo, en los mares tiene lugar la evolución de los peces y de la mayoría de seres que pueblan hoy los océanos; asimismo, los vegetales terrestres hallan ya las condiciones vitales para su desarrollo. Esta vida vegetal encuentra su clima óptimo durante el carbonífero, época de formación de inmensos bosques de árboles gigantescos. La superficie de la Tierra experimentó en los últimos tiempos del carbonífero y durante el período pérmico grandes variaciones que la trasformaron por completo.

II. Los terrenos de la era secundaria suelen aparecer compuestos de margas y areniscas en sus estratos inferiores y de calizas en las superiores. Durante el triásico, el clima fue seco y caluroso y las aguas del mar eran cálidas, surgiendo nuevos grupos de plantas y de animales, tanto en el elemento liquido como en tierra; los reptiles se acomodaron perfectamente a esta nueva época, en especial el dinosaurio. En el jurásico, las condiciones se muestran tan favorables para la vida vegetal, que se inicia en ésta la evolución de un nuevo perfeccionamiento, las flores; aparecen asimismo numerosos insectos y algunos pequeños mamíferos. En el período cretácico, el clima era templado en general, los bosques alcanzaron enorme extensión y el mar se pobló de escualos y de peces de estructura ósea.

III. Durante la era terciaria se muestra la superficie terrestre con una gran actividad orogénica, con grandes plegamientos, donde se observan a menudo estratos calizos. Es la era de

[1]Era primaria: cámbrico, ordoviciano, silúrico, devónico, carbonífero y pérmico (360 millones de años). Era secundaria: triásico, jurásico y cretácico (160 millones de años). Era terciaria: eoceno, oligoceno, mioceno y plioceno (73 millones de años). Era cuaternaria: pleistoceno y holoceno (un millón de años).

formación de las mayores cordilleras del globo: Alpes, Pirineos, Himalaya, Andes, Atlas, cordillera oriental africana... Sigue la vegetación exuberante durante el eoceno y, extinguidos los dinosaurios, se convierten los mamíferos en la especie dominante, existiendo bastantes grupos de animales similares a los que conocemos en la actualidad, características que no cambian en el período siguiente, el oligoceno. Se señala la existencia de caballos de tres dedos en lugar de pezuña, de rinocerontes gigantes y otros animales antepasados de los osos, perros y gatos actuales, así como una especie de mono primitivo, desprovisto de cola, el propliopiteco, que vivió probablemente al sur del Alto Egipto. Durante el mioceno, los Alpes y el Himalaya alcanzan su altura actual y, a medida que el clima se hacía más frío, los pinos y palmeras fueron desapareciendo de los territorios del Norte siendo sustituidos por árboles de hoja caduca; fue un período típico de los mamíferos, muchos de los cuales han alcanzado nuestros días; evolucionan al propio tiempo los primates. Por último, en el plioceno se produce una época glacial, las aguas invaden el noroeste de Europa y forman el mar del Norte; abundan los elefantes y los caballos salvajes; jirafas y gacelas llegan a Europa y África, enormes manadas de ciervos y de antílopes pueblan los bosques y aparecen un primate antropoide, el *australopiteco*, y otras especies afines, anunciando ya la era de los homínidos.

Esquema de la evolución del hombre

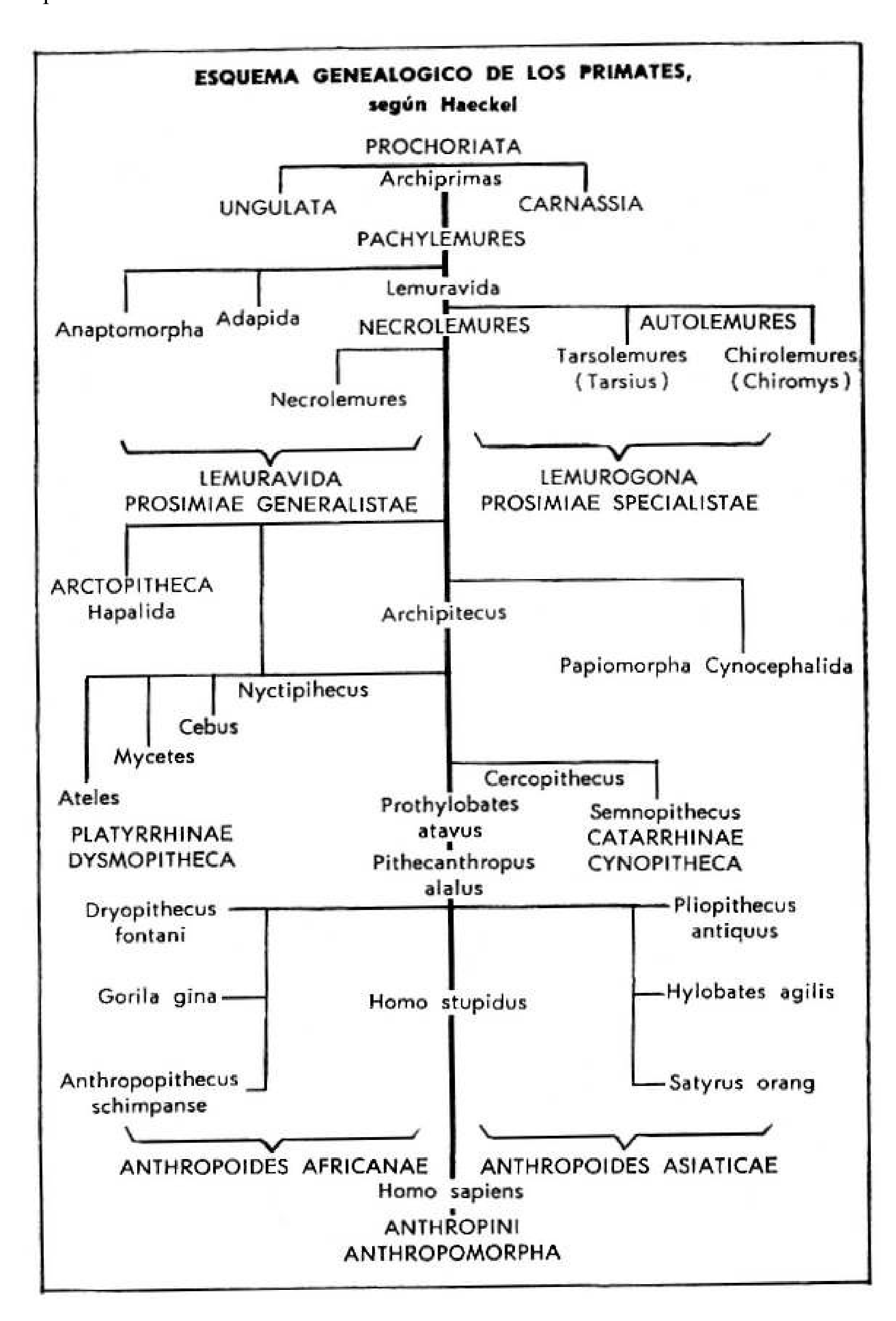
La mayor parte de los paleontólogos concuerdan en que los antropoides del período plioceno, pese a poseer un cerebro parecido al de los monos, adoptaban unas actitudes y tenían unas manos similares a las del hombre. Lo cierto es que los diversos organismos biológicos, y sobre todo el organismo animal, habían ya evolucionado entonces hacia un tipo superior. El darwinismo, en su teoría de la selección natural, formuló una "ley descriptiva" de un tipo de seres dados; Haeckel, discípulo alemán de dicha escuela, llevó más lejos la hipótesis, hasta llegar a la doctrina del materialismo científico. Otros autores preconizan teorías evolucionistas de ascensión ortogenética: desde los primeros corpúsculos —protones, electrones—, es decir, el átomo, pasando por la molécula y los agregados macromoleculares proteicos, al ser vivo, en una fase de vitalización, hasta llegar a la cefalización y al hombre, en fase ya de hominización o de ser vivo reflexivo. La etapa siguiente sería la de este mismo ser integrado en sociedad, en vida común. O sea, la del hombre como componente de un grupo social, en vida colectiva, última etapa del desarrollo racional. El hombre, encajado en la Naturaleza, acaba por dominarla.



La evolución morfológica del hombre tuvo como corolario la del cerebro. El incremento de la capacidad craneana queda de manifiesto si se comparan la del chimpancé, la del sinántropo, la del neandertaliano y la del hombre actual.

En esta última fase entra ya en el campo de la historia universal en la verdadera acepción del concepto, y en esta etapa histórica, el evolucionismo meramente biológico cede su lugar al psicológico y social. Se trata ya del hombre como "animal político", según la definición aristotélica. El *homo sapiens* u hombre reflexivo, agrupado y desarrollando una etapa de vida colectiva, genera un aumento de población, logrando; merced a las ventajas que comporta la asociación humana, paralelamente a un progreso cultural en incremento —la continuidad de las civilizaciones, que diría el historiador

Toynbee— hasta desembocar en tiempos actuales a la valoración del individuo en su máxima expresión: derechos humanos, democracia, socialización humanista y espiritualidad.



En general, se ha relacionado la transformación del animal puro en ser humano a causa de las glaciaciones que tuvieron lugar en la superficie de la Tierra hace un millón de años. El alemán Weinert expuso la teoría que el hombre procedía de un primate parecido al chimpancé y describe las condiciones climatológicas y ambientales para que ello pudiera producirse: "La selva tropical europea desapareció poco antes de la llegada del pleistoceno. Para los antropoides, la glaciación fue un golpe terrible a sus habituales condiciones de existencia. Tenían que resolver el problema de resignarse a desaparecer o intentar sobrevivir, huyendo en busca de condiciones climatológicas mejores. Pero les quedaba otra solución: adaptarse, transformarse en seres capaces de asimilar las nuevas condiciones".

Dada la hipótesis que los antropoides son los antecesores de los homínidos, pero no pudiendo hallar en las formas antropoideas vivientes —monos actuales— al precursor inmediato del hombre, muchos autores se inclinan a suponer que lo más verosímil es que, de una forma ancestral común —fósil, por supuesto-, es decir, de una sola y misma especie, arrancasen ambas ramas: la de los monos antropoides y la del hombre, los primeros por evolución regresiva y éste por evolución progresiva. Por consiguiente, en la lucha por la existencia, los monos antropoides desaparecieron del continente asiático —y se extinguen ahora rápidamente en África-, mientras que el homo sapiens, perfeccionando sus instrumentos de dominio sobre la Naturaleza, se ha extendido y enseñoreado por todos los ámbitos del planeta en la sucesiva perfección de sus diferentes razas.

"Lo más probable —observa Kurt Umland— es que la humanidad, ante un desastre universal de las civilizaciones, abandonada a sí misma y sin medios de lucha y de defensa, se bestializara y, por atavismo, por saltos regresivos y por degeneración, volviera de nuevo al estado antropoideo. Pero si esta utopía se realizase, podemos tener la seguridad que aún sumida en este caos surgiría con los siglos otra rama progresiva que, poco a poco, iría apartándose del tronco común para recomenzar el ciclo vital de la evolución fecunda."

El cuaternario, habitáculo humano

Hemos aludido con frecuencia a las glaciaciones. Transcurrida la fase calurosa de la era terciaria, el lento paso a la cuaternaria se verificó a través de varios periodos alternantes de frío y aumento general de la temperatura. No se conoce con exactitud la causa de las anormalidades climáticas reinantes en la Tierra durante aquellos siglos; algunos científicos sugieren que, al menos en parte, pudieron ser debidas a una actividad solar anómala, mientras que otros explican tales variaciones acudiendo a la teoría de las mutaciones en la excentricidad de la eclíptica, o también por la variación de posición de los polos y eje terrestre.

En demostración de ello se alega que, en otro tiempo, el polo norte se hallaba en las Hawai y que se descubrieron fósiles de fauna cálida en las laderas del Erebus, en la Antártica. En la actualidad, el polo se desplaza describiendo una elipse de 0"7 de diámetro en un período de catorce meses.

Cualesquiera que fueran las causas, lo cierto es que el hielo cubrió las regiones subpolares en forma de inmensos casquetes, descendió la temperatura en las montañas y en regiones hasta entonces templadas, se helaron los mares y espesas capas de nieve cubrieron gran parte de la Tierra. Los países de la mitad septentrional de Europa quedaron convertidos en un amplio sudario blanco a causa de la glaciación, y las islas Británicas, Escandinavia, Países Bajos y gran parte de la Europa central y oriental desaparecieron bajo el hielo. El borde glacial meridional serpenteaba a través de Rusia y China, y en América los hielos cubrieron todo lo que hoy es el Canadá y gran parte de los Estados Unidos.

Poco a poco, las nieves de las montañas descendieron a los valles y las especies de clima cálido que poblaban Europa —hipopótamos, rinocerontes, elefante, etcétera— emigraron hacia tierras ecuatoriales; coincidiendo con las glaciaciones, aparecen el reno, bisonte, zorro, mamut y otros animales polares a orillas del Mediterráneo, donde se mantuvieron aun por espacio de muchos siglo, coexistiendo con la fauna de clima cálido que había emigrado, como se demuestra en las pinturas rupestres que el hombre paleolítico dejó en las cuevas que le servían de habitáculo. Al retirarse los hielos, quedaron en la superficie terrestre numerosos lagos, no sólo en los países septentrionales —Suecia, Finlandia, Rusia, Siberia, Canadá—, sino también en los de latitud normalmente templada —Suiza, Italia, Escocia, Estados Unidos, China—. Durante el pleistoceno no existían aún el estrecho de Gibraltar ni el canal de la Mancha, calculándose que la Gran Bretaña quedó separada definitivamente del continente europeo hacia el año 6000 antes de Cristo.

Por las sucesivas variaciones de la flora y de la fauna, y gracias a los trabajos de Penck y Brücknet, ha podido inferirse la existencia de cuatro cielos glaciales en Eurasia. Cada ciclo glacial ha recibido un nombre —günziense, mündeliense, rissiense y wurmiense— procedente de cuatro ríos alpinos donde han podido estudiarse estos fenómenos. Asimismo, en el cuaternario se formaron inmensos depósitos de loes, polvo amarillento que integra suelos de escasa consistencia y que se extendieron a lo largo de toda Europa y Asia, en especial en China.

Perecieron muchos vegetales y animales, como lo demuestra el hecho que la vegetación actual sea menos variada que la de la parte oriental de Asia y la de América del norte. En estas últimas regiones, a medida que la capa glacial avanzaba hacia el sur, la vegetación retrocedía, pero cuando retrocedieron los hielos, las plantas y los animales recuperaron el terreno perdido. En cambio, en Europa y en Asia occidental, las grandes cordilleras —que suelen seguir la dirección de los paralelos— impidieron esta retirada y muchos vegetales sucumbieron. De los grandes bosques de coníferas que crecieron a orillas del Báltico provino abundante resina fósil o ámbar, tan apreciado en épocas posteriores.

"Los vegetales, como los hombres, no se someten a la violencia por más tiempo de lo que ésta dura, y sucumben sólo ante lo inevitable —observa el científico francés Delaguis—. A la luz de las circunstancias prehistóricas, se explica fácilmente esta dispersión del mundo vegetal que parecía tan extraña a nuestros antepasados." Luego, sobrevenía el deshielo, y durante los intervalos calurosos de los períodos interglaciales, leones y elefantes vagaban no muy lejos de las actuales ciudades europeas, París y Londres, por ejemplo. La emigración de la fauna durante el pleistoceno, combinada con la escisión tísica de algunos continentes, ha producido curiosos resultados: en Escandinavia existen sesenta y tres especies de mamíferos nativos; en la Gran Bretaña, cuarenta y dos, y en Irlanda, veintidós. Y aún hoy aparecen en unos continentes y lugares, especies de animales completamente extrañas a otros.

"El hombre no era posible sin el período glacial", afirma Weinert. El ser humano es un producto derivado del pleistoceno. En el siguiente y último período, el holoceno —que significa "completamente moderno"—, retrocede en forma definitiva el hielo, la tierra se cubre otra vez de bosques, se forman los terrenos de aluvión y las capas o mantos apropiados para el cultivo agrícola, la facies geológica se estabiliza y el clima seco origina desiertos en África septentrional, Asia occidental, Australia y otros puntos. Es un período que abarca los últimos diez mil años. La Tierra es ya el hábitat adecuado, la morada preparada para que el auténtico ser humano, el *homo* social, actúe.



Cazador sahariano armado con arco.

En el eneolítico, período de transición entre el paleolítico y la edad del bronce, la representación de la figura humana se estiliza hasta obtener casi el valor de símbolo. Este tipo de pintura rupestre es común en la zona levantina y meridional de la Península Ibérica.

LA AURORA DEL HOMBRE

Nace el pensamiento humano

Con la aparición del hombre sobre la Tierra nace el pensamiento y se da el paso decisivo a la reflexión. Por primera vez en la historia de la vida, un ser no sólo conoce, sino que se conoce.

¿Cuándo, dónde y cómo se ha franqueado el umbral de la hominización? A pesar de los sensacionales descubrimientos de estos últimos años, la Paleontología aún no ha dado una respuesta definitiva. Ahora bien, de lo que nadie duda es que desde el punto de

vista orgánico el fenómeno se reduce al perfeccionamiento del cerebro. "Si el animal del que procede el hombre no hubiera sido un bípedo —escribe Teilhard de Chardin—, no habría podido servirse a tiempo de sus manos para sustituir a las mandíbulas en su función aprehensible; y por consiguiente, el apretado haz de músculos maxilares, que aprisionaban su cráneo no se hubiera relajado. Gracias a que era bípedo pudo valerse de las manos con mayor independencia, el cerebro pudo desarrollarse y, gracias a éste, los ojos, al aproximarse en una cara más reducida, han podido converger y captar lo que las manos cogían, acercaban y presentaban en cualquier sentido y ser capaces de manifestar el gesto mismo de la reflexión..."

Si la estructura anatómica del hombre es resultado de una larga evolución, el despertar de su inteligencia ha sido, por el contrario, bastante brusco. Todo hace suponer que el umbral que da paso al pensamiento ha sido franqueado de una sola vez. Y a partir de este momento, la vida de la especie humana ha quedado trazada. Lo estaba, no sólo por el dinamismo del poder de la reflexión, sino también porque, contrariamente a los animales vinculados al medio ambiente, el hombre no puede sobrevivir si no transforma cuanto le rodea y lo adapta a su medida.

Adaptación humana al medio ambiente

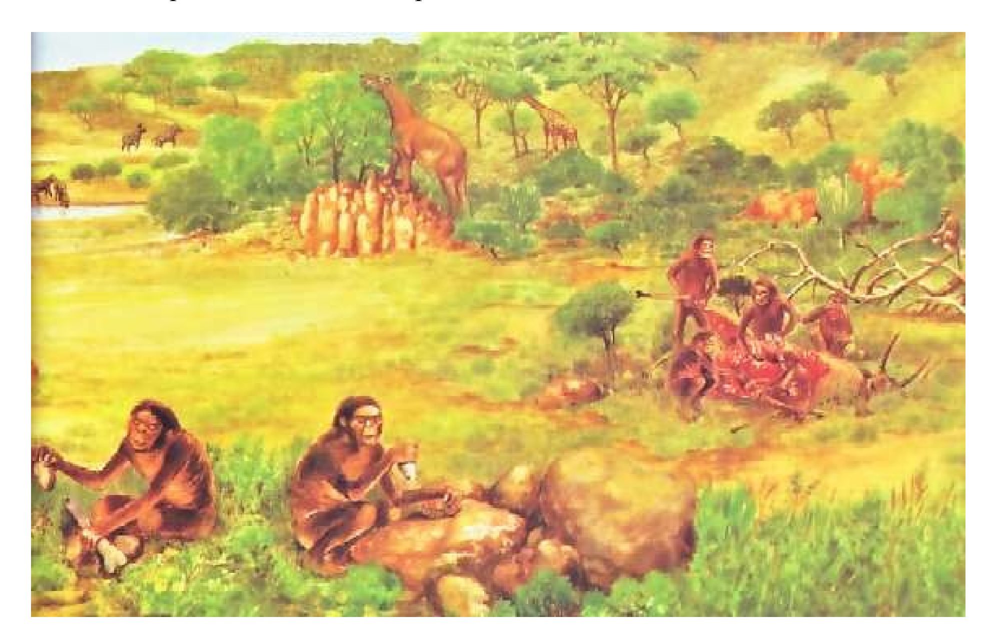
Resulta bastante fácil, con un ligero esfuerzo de imaginación, llegar a concebir lo que sería la vida de los primeros seres humanos sobre la Tierra. Los primeros alimentos, el cumplimiento del más elemental instinto de conservación, fueron, hierbas, frutos silvestres y raíces. La primera vivienda —mejor se diría el primer refugio— debió ser un árbol bajo el cual, o bien entre sus ramas, se cobijara el hombre ante el temor que su sueño fuera turbado por alguna fiera. Más tarde, pernoctó al abrigo de las peñas o en cuevas más o menos profundas. La primera arma fue acaso una rama desgajada de un árbol. Luego, al necesitar el hombre de su prójimo, de su semejante, de quien —quiérase o no— era su "otro yo", trató de comunicarse, de hablar, más que por signos, por onomatopeyas. Por último, tal vez al ver flotan sobre las aguas o rodar los troncos de los árboles por los declives montañosos, surgieron en la mente virgen de los primeros seres humanos las primitivas y rudimentarias nociones del transporte y de la locomoción, que culminaron muchísimos siglos más tarde en la invención de la rueda, uno de los descubrimientos más sensacionales de todos los tiempos.

Suele decirse que toda acomodación completa de un grupo humano al medio ambiente en que vive constituye un conjunto de tanto valor absoluto como cualquier otro, incluso en aquellas formas de existencia que más se aproximan a la vida animal. Los seres irracionales se detienen en la más sencilla forma de adaptación a la Naturaleza, pero el hombre no encuentra en el seno de un estado biológico vegetativo y primario el reposo y equilibrio permanentes que en él gozan los animales. La flexibilidad de la inteligencia humana obliga a reaccionar ante cada presión exterior, obedeciéndola u oponiéndose a ella. Así, en las culturas primitivas, la fuerza de la Naturaleza ejerce una influencia poco menos que decisiva, pero en las sucesivas culturas posteriores es el estado espiritual el que determina las decisiones humanas. Y gracias a esa adaptación a las fuerzas naturales, el hombre llega a un mayor y mejor conocimiento de las mismas y a la adopción, lenta pero constante, de formas de vida más progresivas.

Comienza por tallar la piedra y hacer fuego. Las pruebas más antiguas de estas primeras manifestaciones de la especie humana datan de comienzos del período

pleistoceno, hace aproximadamente unos setecientos mil años, La cifra nos da vértigo; sin embargo, tornada con perspectiva geológica, no significa más que un breve momento de la historia de la Tierra[2]. Si por un procedimiento análogo al que en ocasiones utiliza el cine científico, se redujeran a uno los millares de años transcurridos desde la aparición del hombre sobre la Tierra, el hombre prehistórico sólo ocuparía las ocho últimas horas del postrer día y el hombre histórico —desde el antiguo Egipto a nuestros contemporáneos— no representaría más que dos o tres minutos.

Estos "minutos" geológicos constituyen toda la historia de la humanidad que intentamos exponer, resumida, en la presente obra.



[2]Atendiendo al estudio de los fósiles y basándose en el análisis anatómico comparado, podría ordenarse la procedencia de los primates más recientes, desde el punto de vista de la estratificación geológica, del siguiente modo:

MIOCENO
.... Chimpancé
.... Orangután
.... Paranthropus
.... Plesianthropus
..............................Australopiteco
PLIOCENO
.... Meganthropus
.... Gigantopiteco
PLEISTOCENO
....Hombre de Neanderthal
.... Hombre de Rodhesia
....Hombre de Peicin
....Hombre de Java
....Homo sapiens
CUATERNARIO PLENO ....Homo sapiens

Los pitecos, unos homínidos

En 1925, el paleontólogo Dart descubría en la gruta de Taungs, en el Transvaal, un cráneo infantil, en el que observó que algunos rasgos tenían un marcado carácter humano. Con mucha prudencia le denominó *Australopithecus africanus*. El descubrimiento de Dart pasó inadvertido. La mayoría de los investigadores creyeron que se trataba de un fósil de chimpancé joven. Once años después, el paleontólogo Broom descubría en la gruta Sterkfontein, en las inmediaciones de Pretoria, otro cráneo del mismo tipo, perteneciente a un individuo adulto. Desde entonces (1937) continuó la búsqueda de manera sistemática en África del sur, hasta 1949. Gracias a ello se descubrió un gran número de fósiles, cráneos y otros restos óseos que confirmaban las primeras conclusiones de Dart.

Los descubrimientos de la actividad humana primitiva (*Pebble Culture*), realizados en los yacimientos donde fue hallado el *Australopithecus*, no ofrecen dudas. Pero los guijarros encontrados en esas grutas, tallados por una sola cara, ¿habrán sido obra de australopitecos? ¿Y en qué época geológica habitaron estos seres la región comprendida entre Sudáfrica y Tanzania?[3]

Es probable que a comienzos del pleistoceno, aproximadamente unos setecientos mil años atrás, o quizás un millón o dos millones de años.

Es difícil eludir la tentación de suponer al australopiteco como origen de una raza humana que conduce al homo sapiens, pero debemos resistir a ello. En efecto, la paleontología humana está condenada a observar únicamente un número limitado de individuos: unos pocos hitos repartidos en un espacio de varios centenares de miles de años. Desistamos, pues, de las conclusiones absolutas y renunciemos a reconstruir, en nuestra ascendencia, una serie de formas específicas que se han sucedido de manera continua hasta el tipo humano actual. De la evolución de los homínidos nunca podremos conocer más que unas pocas etapas determinadas.

El antropólogo inglés Leakey ha sido quien con mayor tenacidad ha proseguido sus trabajos para develar el enigma de los homínidos en el África oriental, sugiriendo que en el período geológico del pleistoceno inferior pudieron existir en aquellas comarcas dos tipos distintos de "homínidos tempranos". Uno de ellos, el *zinjántropo*, miembro del australopiteco africano descubierto en el año 1959; otro, una nueva especie, con un cerebro muy pequeño, aunque muy parecido al del hombre histórico, hallado por él en la garganta de Olduway (Tanzania, 1964).

El comunicado científico de la escuela antropológica de Leakey afirmaba que con toda evidencia, los dos tipos humanos, claramente distintos, habían evolucionado simultáneamente en las regiones del África oriental en un tiempo que podría citarse en un millón o dos millones de años: "Este hecho es muy importante e indica que no es válida la idea común sobre la existencia de tres simples etapas sucesivas de *homínidos* —la primera, representada por los australopitecos; la segunda, por los pitecantropitecos, y la tercera, el *homo*— y que por lo

[3]En agosto de 1958, el hallazgo de unos restos de otro homínido en una mina italiana de Baccinello, cerca de Grossetto, proporcionó nuevos motivos de polémica acerca de la posibilidad del hombre terciario. El profesor suizo Huerzeler halló un esqueleto completo de homínido envuelto en capas de lignito de un estrato que se calculó pertenecía al período miocénico. Si al australopiteco africano se le atribuyeron de un millón a tres millones de años, los antropólogos le adjudicaron a este *orepiteco* de Baccinello u "hombre de Grossetto" unos diez millones

menos dos ramas distintas han evolucionado de manera contemporánea". Además, adquiría tanta importancia la anatomía como la edad de los fósiles descubiertos, estudiada con mayor atención, permitiendo seguir en cierto modo el proceso evolutivo que conducía a la marcha erecta de andar por la forma plana de la planta de los pies, lo que le permitía tener libres dos extremidades.

El australopiteco se sitúa en el peldaño más antiguo y elemental. Los pitecántropos representan el peldaño siguiente y corresponden a un estado de desarrollo psíquico e intelectual más avanzado.

Otro peldaño, los pitecántropos

El primer descubrimiento de restos de un pitecántropo se remonta a fines del siglo pasado. Fascinados por el problema de la cuna de la humanidad, los sabios de la época emitieron diversas hipótesis, entre ellas la formulada por Ernst Haeckel, que propugnaba buscar nuestros primeros antepasados en el archipiélago de Malasia, entre los fósiles de elefantes, hipopótamos y estegocéfalos de aquella región. Eugène Dubois, durante su estancia en Indonesia como médico militar, en 1891-1892, encontró en la isla de Java un molar, una bóveda craneana, un fémur, un diente y un fragmento de mandíbula.

Dubois dio al individuo a que pertenecían estos huesos el nombre de *Pithecanthropus erectus;* es decir, "hombre-mono de pie", y la estratigrafía permitió situar a éste a principios del pleistoceno medio, hace medio millón de años.

Mientras permaneció aislado entre los hallazgos de la paleontología, el pitecántropo de Java fue objeto de duras controversias entre partidarios y adversarios de la teoría evolucionista. Durante treinta años, varias expediciones se esforzaron en vano por descubrir nuevos restos de pitecántropos. Por fin, en 1921, el sueco Gunnar Anderson descubrió dos molares de aspecto humano entre los restos petrificados de diferentes mamíferos que llenaban las grietas y cavernas de Chuku-tien, en los alrededores de Pekín. En 1927, Davidson Black encontró allí mismo un nuevo molar, y en 1929 la primera bóveda craneana. Desde entonces, las excavaciones de estos yacimientos se sistematizaron y en 1939 fueron exhumados los restos de unos cuarenta individuos de todas las edades, a quienes se conoce con el nombre de sinántropos.

Los primeros cazadores y artesanos

Durante mucho tiempo se creyó que el grupo de los pitecántropos podía ser localizado en los países del Extremo Oriente, pero en 1954 las excavaciones de los yacimientos de Ternifin, en Argelia, permitieron exhumar tres mandíbulas y un parietal que ofrecían las mismas características del pitecántropo. El *Atlanthropus mauritanicus* era contemporáneo del sinántropo y sus restos aparecen siempre con abundantes objetos de sílex tallados por ambos lados.

Este último hallazgo ha movido a los investigadores a emparentar con el grupo de los pitecántropos al hombre de Heidelberg, cuya mandíbula superior fue encontrada en 1907 en Mauer, cerca de Heidelberg[4], y al hombre del Montmaurin, hallado en el

---

[4]La mandíbula de Mauer (Heidelberg) se halló en un estrato prechelense, y el individuo que la poseyó tenía muy fuertes elementos pitecoides, aunque su dentadura es perfectamente humana. En las exploraciones de 1928 se encontraron algunos restos más de este homo; carece de

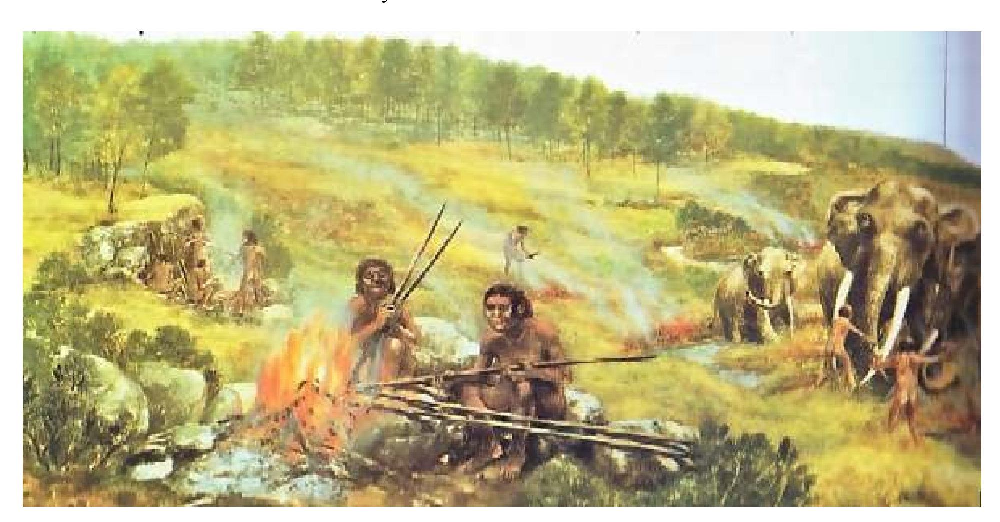
sudoeste de Francia, cuya mandíbula manifiesta caracteres muy semejantes a los del *Atlanthropus*. La difusión de los pitecántropos ha correspondido, pues, a todo el Antiguo Continente durante casi trescientos mil años (todo el pleistoceno medio).

El pitecántropo era achaparrado, apenas llegaba a 1,60 metros, tenía la frente hundida, los arcos superciliares muy salientes y las mandíbulas prominentes. Vivía de la caza, mejor dicho, de la caza con trampa, ya que utilizaba en realidad la zanja.

La mayor parte de su industria lítica —sílex de dos caras—, más que para el combate era utilizada para trabajar la madera y descuartizar animales. Sus armas eran, sobre todo, hachas, mazas, arpones y jabalinas. Por otra parte, han sido halladas pruebas de una artesanía ósea y de astas de cérvido.

En las cavernas de Chuku-tien se ha encontrado carbón de madera, cenizas y vestigios de fuego. El sinántropo conocía, pues, el arte característicamente humano de "domesticar" el fuego. Ello nos lleva a la memoria el mito griego que cuenta cómo los hombres se prosternaban ante el fuego robado a los dioses por Prometeo.

La conquista del fuego es una de las más notables victorias humanas sobre la Naturaleza circundante. Fue adorado como un dios y forma parte integrante de todas las mitologías. En la época de las tribus nómadas, cuando la humanidad se hallaba en estado de perpetua inestabilidad familiar y social, el fuego era un centro de reunión y concentración humana: un verdadero tesoro conservado con el mayor de los cuidados. Cada familia se reunía en torno a una hoguera, durante las largas noches invernales. Como los medios para proporcionarse fuego eran limitadísimos, se hacía necesario e imprescindible mantener siempre encendidas, tanto de día como de noche, algunas brasas de leña y renovarlas constantemente. El fuego se comunicaba con cierta solemnidad de unos a otros hogares. Cuando la familia, la tribu, la horda se ponían en marcha, cada uno de los clanes llevaba "su fuego", aquellas brasas preciosas, a menudo rodeadas y protegidas por centinelas, ya que podían ser robadas o apagarse de un momento a otro. Y cuando a una tribu se le apagaba la lumbre, la miseria, las fieras o las enfermedades acababan con ella muy en breve.



El hombre se había percatado del temor instintivo de las fieras a las hogueras; observó también que el fuego contribuía a la mejora de su alimentación y al perfeccionamiento de su

---

barbilla, tiene pómulos salientes, frente aplastada y huidiza, y seguramente las circunvoluciones craneales serían de gran sencillez.

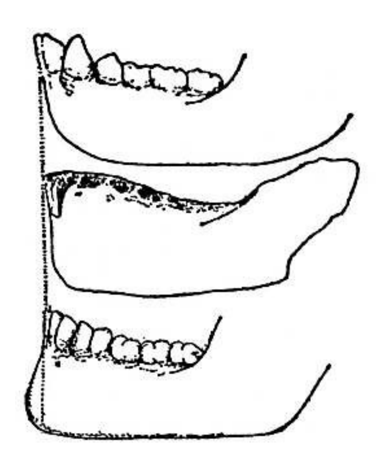
industria; no tardó en darse cuenta de su inmenso poder destructivo. Su primera obtención debió ser laboriosa, fatigosísima y erizada de dificultades. El bello mito griego de Prometeo hubo de tener un precedente no menos heroico en aquellos pobres y tenaces seres primitivos que pasaban larga-s horas frotando pedazos de madera seca y, ciertamente, el nombre de premaetha significa frotación de leños, uno contra otro. Resulta curiosa esta semejanza del vocablo con el nombre del héroe heleno que sustrajo el fuego de las divinidades para entregarlo a los hombres y que, como todos los bienhechores del género humano, padeció terribles sufrimientos.

EL HOMBRE CAZADOR

El hombre de Neanderthal

El tercer peldaño de la evolución humana es el hombre de Neanderthal, que por su desarrollo cerebral, su género de vida y su capacidad inventiva[5] está más próxima del *Homo sapiens* que del pitecántropo. Se le conoce desde mucho antes que sus predecesores, puesto que en 1856 los restos de un hombre de esta raza fueron descubiertos por unos obreros en los alrededores de Dusseldorf, en una cueva del valle de Neanderthal. Este hallazgo causó sensación en la época y contribuyó sobremanera a que la ciencia se interesase por la búsqueda del hombre prehistórico.

En un principio, los antropólogos no pudieron ponerse de acuerdo. Unos sostenían que se trataba simplemente del cráneo de un retrasado mental o de un hombre que había padecido raquitismo en su juventud; otros creían haber encontrado el eslabón intermedio entre el hombre y el mono, y algunos, finalmente opinaban que dichos restos pertenecen a una raza humana extinguida.



De arriba abajo, mandíbula de un chimpancé, del hombre de Neanderthal y del europeo de nuestros días.

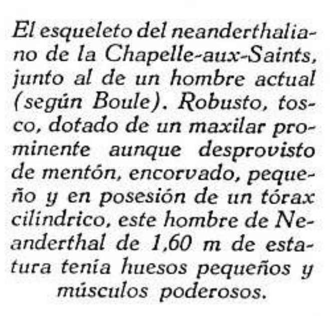
Excavaciones posteriores efectuadas en los alrededores de Neanderthal ya no pusieron al descubierto más restos humanos, pero en cambio permitieron precisar la

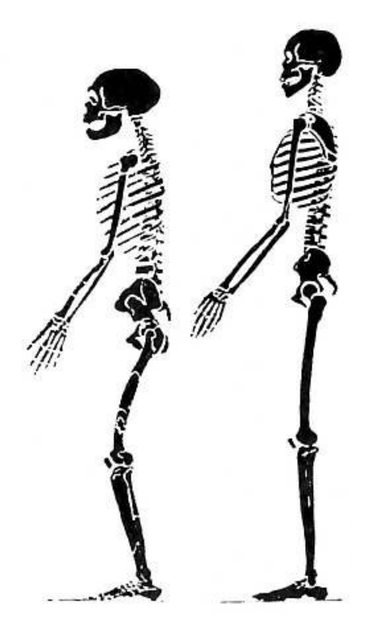
[5]El hombre de Neanderthal medía unos 160 centímetros de estatura y tenía piernas cortas, tronco achaparrado, cuello corto y cabeza desproporcionada, por su gran tamaño. Andaba erguido, pero sus piernas eran arqueadas. El antebrazo era corto y mucho más curvado que el del hombre actual, con mano ancha y corta. El cráneo era dolicocéfalo, de paredes gruesas —un centímetro —, con vértice bajo y occipucio alargado, de maxilar superior muy saliente, casi formando hocico; órbitas circulares y nariz ancha. La mandíbula inferior era robusta y carente de mentón.

fauna contemporánea: rinocerontes lanudos, osos, hienas, leones de las cavernas, uros, caballos salvajes, mamuts...

La caza abundaba unas veces y otras no, lo cual obligaba al hombre a frecuentes desplazamientos en busca de animales pequeños, al principio, y más grandes, después. Este nomadismo le es impuesto al hombre en forma perentoria por los cambios climáticos. En algunas épocas (los periodos llamado; chelense y acheulense) surgen momentos de clima benigno e incluso cálido, y entonces, gracias a su natural existencia al aire libre, no hay tanto problema de alimentación para el ser humano, que se dedica a la consabida recolección de frutos silvestre, raíces y demás elementos que le proporciona la flora circundante. Pero al escasear la alimentación vegetal, más asequible, el hombre se ve obligado a acudir h la alimentación animal, y de ahí la mayor importancia que la caza adquiere.

En 1886 se encontraron dos nuevos esqueletos de raza neanderthalense en Spy, cerca de Naniur, en Bélgica, y más tarde otras excavaciones pusieron al descubierto nuevos restos neanderthalenses en el sudoeste de Francia (Chapelle-aux-Saints, La Madeleine; La Ferrassie), en Charente (La Quina), en Alemania, en España, en Italia, en Croacia (Krapina), etcétera. Otros esqueletos neanderthalenses descubiertos en varias cuevas de Palestina son de una extraordinaria diversidad. Algunos presentan una frente más abombada, lo que indica una tendencia al desarrollo de los lóbulos frontales, mientras que los cráneos de Broken Hill (Rhodesia), de Saldanha (África austral) y de Ngandong (Java) tienen unos caracteres primitivos bastante acentuados. ¿Se tratará de una transición, de un paso morfológico, entre los pitecántropos y los neanderthalenses?


El esqueleto del neanderthaliano de la Chapelle-aux-Saints, junto al de un hombre actual (según Boule). Robusto, tosco, dotado de un maxilar prominente aunque desprovisto de mentón, encorvado, pequeño y en posesión de un tórax cilíndrico, este hombre de Neanderthal de 1,60 m de estatura tenía huesos pequeños y músculos poderosos.



Prescindiendo de algunas diversidades de detalle, los cuarenta y tantos esqueletos de raza neanderthalense nos permiten esbozar que dichos hombres eran, en general, de baja estatura. Las mujeres alcanzaban, por término medio, 1,56 metros, y los varones, 1,63. Los huesos del cráneo eran relativamente fuertes, con una capacidad craneana casi igual a los hombres de nuestra época (unos 1.500 centímetros cúbicos).

La evasión de la animalidad

A pesar de los arcos superciliares todavía muy abultados y de sus ojos muy separados, el neanderthalense no tenía ese aspecto exageradamente animal que la imaginación popular vulgarizó a principios de siglo, sino una actitud erguida y la posición vertical de la cabeza del hombre actual. Vivía de la caza, con trampa o sin ella, y de la vegetación que le ofrecía el bosque: raíces, tubérculos comestibles, frutas, tallos y hojas diversas.

La industria lítica de los neanderthalenses de Europa, que se denomina musteriense[6], del nombre de la cueva de Moustier, en Dordoña, muestra una evidente especialización y se compone principalmente de punzones con los extremos afilados por cuidadosos retoques y raspadores, especie de cepillos, para trabajar la madera. Debemos destacar un hecho importante que indica el paso del instrumental sencillo al complicado: el hombre de Neanderthal ponía mango a sus herramientas y armas, lo cual aumentaba considerablemente su eficacia.

Sin embargo, su habilidad técnica no lo llevó aún a la búsqueda de formas artísticas; en cambio, los testimonios de su vida espiritual son irrefutables. Los cofres de piedra descubiertos en la cueva de Drachenloch (Suiza) encerraban cráneos de oso colocados sobre placas de caliza y orientados todos hacia un mismo punto, y los restos de un hogar sugieren la posibilidad de un fuego sagrado asociado a sacrificios rituales.

En San Felice Circeo (Italia) fue hallado un cráneo de hombre neanderthalense en medio de un círculo de piedras, rodeado éste de otros círculos también de piedras, entre los que unos huesos de animales representaban probablemente ofrendas. Pero la mayor parte de yacimientos (Spy, Moustier, La Ferrassie, Monte Carmelo, etcétera) forman zonas de inhumación cercanas a las viviendas. La cabeza del muerto está apoyada unas veces sobre una piedra, otras sobre la palma de la mano derecha; las piernas y brazos presentan la posición que tiene el feto en el claustro materno. Las ofrendas funerarias —armas, herramientas, provisiones— y el revestimiento de arcilla ocre, color que simboliza la sangre y la vida, revelan una creencia en el más allá.

La raza neanderthalense cubrió el último período interglacial y el principio de la glaciación de Würm; es decir, de cien mil a ciento cincuenta mil años, en cuyo largo período debieron producirse sensibles cambios, por cuanto los tipos raciales eran distintos y la extensión geográfica de la etapa neanderthalense comprendía todo el Antiguo Continente.

El sentido de la muerte

Es indudable que los seres humanos primitivos poseyeron el sentido de la destructibilidad corporal; es decir, la idea de la muerte, y acaso a ella asociaron el primer germen de religiosidad. Con todo, resulta sumamente difícil aquilatar las ideas

[6]Aun en el supuesto que Europa no fuera el primer continente habitado, la abundancia de restos prehistóricos aquí hallados, con diversidad notoria de matices culturales, motiva que se adjudiquen nombres europeos a estos diversos grupos de hallazgos, procedentes de las estaciones donde se han efectuado. Nombres puramente convencionales, aunque no así los de *Inferior* y *Superior* asignados al Paleolítico, palabras indicadoras que ambos períodos se hallan estratigráficamente —y en el tiempo también— más lejanas o próximas a determinadas industrias y a distintas actividades humanas.

religiosas de los pueblos primitivos, en que radicaban todo tipo de creencias, desde las más burdas supersticiones a la fe más ingenua y simple. A todo cuanto le era extraño o incomprensible, el hombre le confería categoría de cosa sobrenatural o prodigiosa, confundiendo lo portentoso con lo mágico y atribuyendo caracteres divinos a un espacio limitado —piedras, vegetales, animales— en donde suponía que moraban los espíritus, de influencia benévola u hostil.

Es también posible que el hombre primitivo poseyera una vaga creencia en un alma y sin duda creyó, en tal caso, en la supervivencia de la misma, aunque es difícil que llegara a concebir el concepto de eternidad. A juzgar por ciertos evidentes simbolismos, por primarios que éstos fueran, creyó que después de la vida el alma disfrutaba de un poder igual o aun más fuerte que antes, y que rondaba con preferencia su antiguo hogar, en torno al cadáver y cerca de los familiares que le habían sobrevivido. Cabe recordar aquí que entre el vulgo ignorante dé hoy perdura todavía cierto temor al espíritu de los muertos.

Los pueblos primitivos se figuraban acaso que las almas de los difuntos vagaban por el espacio o por la selva densa, y en consecuencia procuraban con el mayor cuidado contentarlas en lo posible con ofrendas, con objeto de satisfacerlas, conjurarlas y hacérselas propicias. Los espíritus se albergaban, según ellos, en el seno de las tempestades, traían la lluvia y el sol, espantaban la caza y enviaban enfermedades e incluso la muerte.

Más tarde, la evolución espiritual del hombre paleolítico lo impulsará a respetar los cadáveres, fruto de una noción vaga y rudimentaria sobre la inmortalidad del alma, reflejada cuando menos en la aparición de las primeras tumbas y sepulcros. Solían colocar los cráneos de los difuntos, sepultados en pequeñas cuevas o excavaciones, con el rostro orientado hacia el Oeste, aunque esta disposición no coincidiese con la dirección de entrada y salida de la cueva; consideraban quizás el poniente del sol como el reino de la muerte o mundo de las sombras, lo que indica una mentalidad capaz de desarrollar todo un proceso de simbolismo. Sin embargo, la verdadera cultura de las tumbas o sepulcros alcanzaría su apogeo muchos siglos más tarde, en el neolítico.

Una espiritualidad naturalista: el totemismo

El hombre arcaico vivía preocupado por la mera supervivencia física, sumido en el mundo de la magia y de la caza, con todas sus implicaciones más o menos religiosas o rituales: el culto de los osos, de las "diosas Madres", de las prácticas religiosas de los cazadores de renos y bisontes, reflejado tan a las claras en las numerosas pinturas parietales de sus viviendas, que constituyen verdaderas pinacotecas paleolíticas[7]. Se da por supuesto, entre los modernos prehistoriadores, que los pueblos cazadores atribuían poderes extraordinarios a los animales, convencidos que los espíritus y las almas de los muertos se cobijaban en ellos, por lo que los consideraban antepasados de la tribu. De esta forma se originó el *totemismo*.

El totemismo comprende, según Maurice Besson, un conjunto de determinados hechos y actos: en primer lugar, ciertos grupos humanos primitivos —o semicivilizados

[7]Abundantes manifestaciones de esta cultura primitiva se hallan en las cuevas del Castillo, Pasiega, Cavalanas, Hornos de la Peña, Las Chimeneas y Altamira, en la zona cantábrica; Candamo y Peña-Tú, en Asturias; Cogul y Romanyá, en Cataluña; Parpalló, en Valencia; Alpera, en Albacete; Millares y Los Letreros, en Almería; Lascaux, Rouffignac, La Madeleine y Mas d'Azil, en Francia, como también en otros muchos yacimientos.

— se denominan según un objeto determinado, con preferencia un animal, y éste es el tótem del grupo; en segundo lugar, tales grupos deben respetar a su tótem, evitar matarlo, comerlo o destruir algún animal, planta u objeto de la misma especie que él o semejante a él; y por último, estos mismos grupos creen que entre ellos y el tótem existe un lazo de filiación. Por ello, sus miembros se consideran como unidos por un vínculo de consanguinidad con todos aquellos que llevan el mismo nombre y respetan el mismo objeto o el mismo animal; semejantes grupos constituyen, como vastas familias, los primeros conglomerados sociales unidos por una fraternal comunidad de origen. "Se nos presenta, pues, el totemismo —añade el citado autor—, según una acertada fórmula, como el derecho constitucional primitivo; su estudio permite explicar cómo se han constituido ciertas sociedades, cómo nacieron ciertas concepciones y cómo ciertos conceptos religiosos han podido desprenderse tal vez de las nebulosidades de la Prehistoria."

El totemismo, tanto el practicado en un pasado milenario como el de las tribus subdesarrolladas de nuestros días, no ha revestido siempre un carácter estrictamente rígido y se ha manifestado en distintas formas a lo largo de milenios de vida humana. En general, el hombre prehistórico o muy primitivo manifiesta extraordinario respeto hacia sus antepasados y sus símbolos totémicos, abundantes en los objetos usuales, como arpones de caza o pesca, útiles de hueso o de marfil, bastones demando, estatuillas, viviendas, canoas, y sumamente variados en sus manifestaciones; objetos dignos de ser estudiados como elementos de documentación en que figuran las primeras inspiraciones de arte indígena. A estas manifestaciones y costumbres va unida toda una organización social que corresponde a un grado particular de evolución de los hombres primitivos. El totemismo, según sir James Frazer, "hizo mucho por fortalecer los lazos sociales y, por la misma razón, para servir a la causa de la Humanidad". Por su parte, Durkheim afirma que "las creencias totémicas son de índole manifiestamente religiosa, puesto que implican una clasificación de las cosas en sagradas y profanas, y podemos tener la seguridad que esta religión es la más primitiva que pueda observarse hoy, e incluso la más primitiva que haya existido, según toda probabilidad".

La vida de los pueblos cazadores

En la cultura de los primeros pueblos cazadores, los etnógrafos distinguen dos fases, la antigua y la moderna —la "caza baja" y la "caza alta", como las designan Moritz Hoernes y otros autores-, con notables diferencias en cada una. La caza antigua es la más elemental y primitiva, no reconoce límites ni demarcaciones territoriales, y las tribus que a ella se dedican siguen recorridos caprichosos en su persecución de los animales, al tenor de sus necesidades de alimentación, y en consecuencia practican el nomadismo. Aunque en período de desaparición, puede decirse que todavía hoy existen, en algunos rincones del globo, ejemplares humanos de este tipo; así, en comarcas aisladas de Australia y de la Tierra del Fuego, como en los esquimales, bosquimanos del Kalahari, krubus de Sumatra, wedas de Ceilán o tribus de pigmeos del África ecuatorial. La "caza baja" o antigua es propia de los períodos chelense, acheulense y musteriense; es decir, del Paleolítico inferior. En cierto modo, pudiera decirse que la transición entre los antiguos y nuevos cazadores se realiza con posterioridad al musteriense, época que significa un cambio en el modo de vivir de los hombres primitivos.

Durante el período musteriense, cuando el frío era más intenso, el hombre se refugiaba en cuevas profundas y abrigadas y la caza se orientaba también en busca de animales de pieles y pelo abundante, con el fin de confeccionar abrigos para cubrirse. El problema puramente

material del frío y acaso el complejo moral del pudor –mucho más tardío y evolucionado— impulsaron a los seres humanos a la necesidad del vestido, surgiendo así la nueva industria de la indumentaria. A ésta y al perfeccionamiento y retoque de las hachas de sílex se dedicaban aquellos en las sombrías y prolongadas horas de permanencia en las cuevas, durante las tempestades o los grandes fríos[8]. En el periodo musteriense también apareció la industria de los huesos, dientes y cuernos de animales, con lo que surgió simultáneamente una ampliación manufacturera de objetos diversos, buriles y raspadores cóncavos, para emplearlos en aquellas nuevas actividades que se iban creando, como el curtido de las pieles, trabajos de vestuario y perfeccionamiento del instrumental. El hombre se acercaba a pasos muy lentos a una nueva cultura básica, la creación de un hogar, necesaria y fundamental para la futura sociedad humana.

Se supone con bastante fundamento que el hombre primitivo era una criatura extremadamente vellosa y que debió perder esta defensa natural bajo el influjo de los medios artificiales de abrigo, por atrofia consiguiente de los órganos inútiles. Buscaba mayor o menor protección para su cuerpo según las necesidades del momento, y a ello obedece también como consecuencia el origen de la morada humana, defensa contra las nocivas influencias del exterior, el mal tiempo, la lluvia y el viento, el sol o la humedad, así como también contra sus enemigos —fieras u otros seres humanos—. Las más antiguas habitaciones fueron los simples abrigos naturales, refugios o escondrijos, aunque con el tiempo estas moradas primarias fueron lentamente sustituidas por residencias estables y permanentes, donde iban apareciendo, en especial gracias al cuidado de la mujer, un mínimo de comodidades. Ello constituye precisamente uno de los más interesantes elementos discriminatorios entre el ser humano y la pura y simple animalidad.

Los nuevos cazadores pertenecen ya al paleolítico superior, pues practican la caza en territorios mejor delimitados, lo que ocasiona cierta estabilidad en los pueblos que a ella se dedican y, por lo general, casi nunca salen de sus comarcas o dominios de caza, cuya propiedad suele serles reconocida por las tribus vecinas. Se acentúa dicha estabilidad con esta posesión segura y reconocida de lugares de caza y aguas de pesca abundante, productos naturales que mejoran su nivel de vida. El progreso cultural de estas tribus es evidente y manifiesto; construyen sólidas cabañas de invierno, se dedican a diferentes ocupaciones artesanas, aparecen diferencias de clase social y de fortuna —ricos y pobres, libres y esclavos— y surgen jefes de tribu, electos o hereditarios, aunque de poder ciertamente limitado.

La humanidad primitiva evolucionó progresivamente en el transcurso de los siglos, se incrementó el número de habitantes de cada grupo aislado, se hicieron cada vez más frecuentes las relaciones entre unas y otras tribus, se inició el trueque de valores corrientes de cambio —pieles de animales, instrumental diverso, collares de conchas, etcétera— y se desarrolló la vida social.

DE LA EDAD DE PIEDRA A LAS PRIMERAS INDUSTRIAS

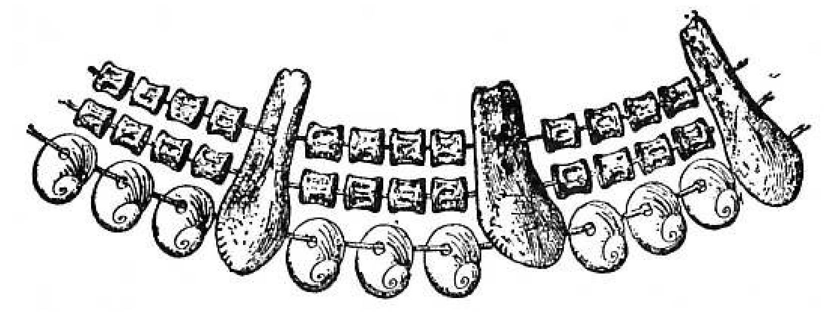
Carácter de la cultura paleolítica y su expansión

El vocablo paleolítico procede del griego *paleos* (antiguo) y *lithos* (piedra), por alusión al instrumental de sílex tallado que utilizaban, y que fue perfeccionándose con el tiempo. Es de suponer que usaron también la madera, más fácil de trabajar. La

[8]El período musteriense se caracteriza por un recrudecimiento del clima, que va obligando al hombre a refugiarse en las cavernas. Debido a ello, los pobladores de aquella época pasan a practicar el nomadismo restringido, con lo que empiezan a diferenciarse las culturas, originándose diversos tipos de ellas.

densidad de población era escasísima en casi todas partes, motivada por múltiples causas: extraordinaria mortalidad infantil, indefensión ante los peligros, carencia total de higiene, enormes dificultades en la nutrición y práctica frecuente de la antropofagia, entre otras varias. Eran pueblos nómadas que vivían al aire libre y que para guarecerse de las inclemencias del clima se refugiaban en cuevas o abrigos de ramaje. Solían efectuar sus movimientos migratorios desplazándose a lo largo de los ríos o del litoral, de modo puramente instintivo. En el largo periodo de transición del paleolítico inferior al superior, el ser humano se vale ya del fuego, que mejora en forma decisiva su nivel de existencia. Ello es cuanto podría decirse como resumen de todo lo anteriormente indicado.

La expansión de la cultura paleolítica abarcó prácticamente todos los continentes. Aun cuando difieran en detalles, los restos hallados en todas partes indican cierta semejanza de costumbres y género de vida en aquellos pueblos antiquísimos, de los seres primitivos que habitaron en Europa, Asia occidental, comarcas del sur de Siberia, cuenca del Hoang-ho, África, ambos continentes americanos v territorios del Pacífico. Las diferenciaciones culturales se inician en el paleolítico superior y se harán mucho más evidentes en el mesolítico y neolítico. Cabe señalar la importancia de las emigraciones y del intercambio de ideas como elementos creadores de nuevas culturas, lo que no es óbice para que se observe un retroceso cultural en algunos casos. Son notorias las dificultades que se ofrecen para descubrir el paralelismo de los periodos prehistóricos y círculos culturales en los diversos continentes, debido principalmente a que unos pueblos vivieron en épocas de intensos cambios climáticos y otros en comarcas tropicales o ecuatoriales.



Fragmento de collar hallado junto a un esqueleto descubierto en una caverna, cerca de Menton (paleolítico inferior). Las dos hileras superiores están compuestas por vértebras dorsales de salmón; la hilera inferior por conchas de caracol. Todas ellas están interrumpidas a intervalos regulares por caninos de ciervos decorados con rayas.

Ignoramos si esta extensión cultural del paleolítico inferior, más o menos uniforme, se debió a similitudes de raza, fenómenos de convergencia de ideas elementales o situaciones vitales parecidas; o si, por el contrario, fue resultado del influjo ejercido por un pueblo o círculo cultural sobre los demás pueblos existentes en aquel entonces. Como tampoco se sabe con absoluta certidumbre el lugar de origen de la humanidad, con qué caracteres síquicos se halló dotada en aquellos primeros tiempos, y dónde nacieron y cómo se difundieron los seres humanos y sus productos culturales por la superficie del planeta.

El paleolítico superior

Tradicionalmente, de modo convencional y según un orden cronológico, se suele dividir el paleolítico superior en tres periodos, llamados *auriñaciense* (de Aurignac, en el departamento francés del Alto Garona), *solutrense* (de Solutré, en Saona y Loira) y *magdaleniense* (de La Madeleine, Dordoña), en los que se advierte un perfeccionamiento de la primitiva industria humana, en particular la de ataque o defensa. Los instrumentos líticos o de piedra adquieren formas parecidas a hojas vegetales: lanzas, puntas de dardos, hachas, etcétera. Materiales en hueso y restos de asta y de marfil constituyen los vestigios que los hombres de aquella época nos dejaron.

Empleaban buriles para trabajar el hueso, marfil, madera y otros de materiales similares. Se servían de raederas para cortar y preparar las pieles de animales que cazaban. Materia prima importante era un sílex poco resistente, aceitoso, no demasiado abundante, por lo que era objeto de intercambio por parte de las tribus que lo poseían. Se servían ya de armas arrojadizas, lanzas, arcos y fechas, con las que se enfrentaban con los animales menos peligrosos, cazando a los ejemplares de mayor tamaño con trampas hábilmente dispuestas; por lo demás, su actividad cinegética, o bien se orientaba hacia los animales de aprovechamiento —mamut, reno, bisonte— o adquiría un carácter puramente defensivo, contra las fieras en general. Se ha observado también que algunas tribus se especializaron en la caza de determinados animales, en exclusiva; en cambio, parece que desconocían la cría y aprovechamiento de animales domésticos.

Es indudable que existía una jerarquía de tipo patriarcal o religioso, con jefes reconocidos, a quienes se atribuía la propiedad de los "bastones de mando" que se han encontrado, con grabados tallados en hueso y perforados por su extremo superior como si estuviesen destinados a ir colgados. Es muy probable que muchos adornos personales, collares, pectorales, brazaletes y rodilleras hayan constituido signos distintivos de jerarquía, a la vez que las diademas de plumas y otros ornamentos. Por lo regular, y como suele ocurrir en la mayoría de los pueblos primitivos, los varones se adornaban el cuerpo mucho más que las mujeres. En algunas tumbas se han hallado huesos pintados y cadáveres con señales de mutilación; también ataban a los difuntos, a fin de evitar que éstos pudieran volver a este mundo y causaran daño a los vivientes.



Puntas y rascadores auriñacienses



Puntas, sierras y hojas de cuchillo solutrense



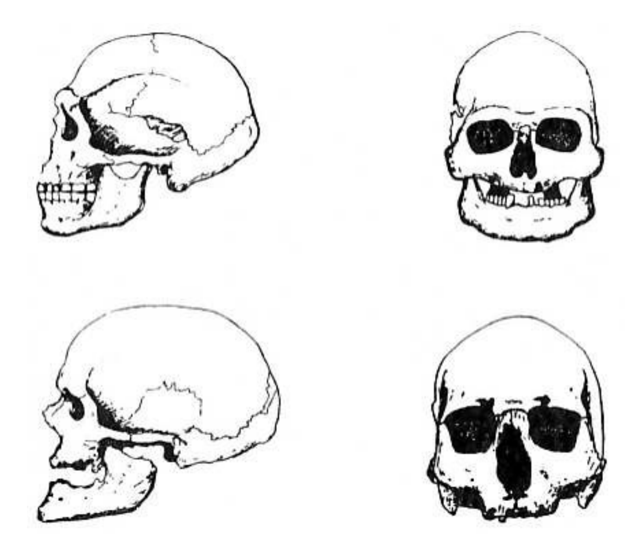
Puntas de lanza en forma de hoja de laurel del solutrense.



Puntas, arpones y propulsor en hueso. Magdaleniense.

Tipos europeos y tipos africanos

En la Europa occidental, al iniciarse el paleolítico superior apareció de nuevo un período de vegetación esteparia, con caballos salvajes[9], renos, osos, hienas de las cavernas y mamuts, entre otras especies zoológicas. El europeo de entonces se volvió más hábil y mañoso en la elaboración de sus armas y utensilios, con notable finura de ejecución. Más tarde, el trabajo humano tomó nuevos rumbos, para alcanzar los métodos técnicos adecuados a las nuevas formas económicas y métodos de vida.



A la izquierda: dos cráneos auriñacienses de Predmost (Checoslovaquia).
A la derecha, arriba: el "viejo" de Cro-Magnon, y abajo: cráneo de Chancelade (según Eickstedt).

La cultura magdaleniense fue desarrollada por un pueblo cazador y pescador —raza de Chancelade— semejante a los esquimales actuales, tipos bajos de estatura, de cráneo dolicéfalo alto, y rostro ancho y aplanado. Terminado el período glacial würmiense, algunas tribus magdalenienses emigraron probablemente hacia comarcas septentrionales y dieron origen a diversos pueblos localizados en las cercanías del círculo polar ártico. Mientras tanto, la escasa población europea de aquel entonces —unos veinte mil habitantes paleolíticos en toda Francia, calcula el profesor Nougier— seguía viviendo en un paisaje de higueras silvestres, musgos y estepa, entre animales salvajes, muchas de cuyas especies iban desapareciendo o emigrando.

Entre las etapas de la prehistoria africana y la europea existe un cierto sincronismo, observándose la misma sucesión de técnicas, con algunas variantes en los procedimientos, debido a la naturaleza de los materiales empleados; los africanos

[9]Cerca de Solutré, al pie de una roca elevada y cortada a pico, se encontraron restos de caballos salvajes cazados y muertos que formaban, en una superficie de 3.800 metros cuadrados, una capa ininterrumpida de medio metro a dos metros de espesor, a la que se llamó Cros du Charnier o "foso del matarife".

apenas conocieron el sílex y se vieron obligados a trabajar otras rocas, como granito, esquistos endurecidos, doleritas, obsidiana y determinados minerales. Por otra parte, la prehistoria africana muestra una amplitud que sobrepasa a la europea, y además de hallarse representadas las tradicionales divisiones culturales ya citadas, existen culturas típicamente africanas que son estudiadas cada vez con mayor interés. Algunos antropólogos han llegado a suponer la existencia de un posible eje cultural prehistórico que podría trazarse desde Palestina a la región de los Grandes Lagos africanos, con cierta probabilidad de expansión en bastantes sectores mediterráneos. Ahora bien, los negros no fueron los primeros ocupantes de África, ya que se han hallado restos fósiles de tipo negroide, pero no de negros puros.

"Indudablemente, el clima del paleolítico superior en la zona mediterránea española y sobre todo en África, debía ser más benigno que en la mayor parte de Europa —observa Moritz Hoernes—. Siguiendo en proporción el aumento de temperatura, no llegaba en las regiones africanas hoy desiertas (Sahara) al nivel actual, habiendo sido entonces habitadas y pudiéndose decir que durante los períodos glaciales tenían un clima húmedo, favorable a la vegetación. Ello se ha comprobado con hallazgos de animales fósiles propios de un clima húmedo y por el rastro de los cauces desecados de los ríos que atravesaban tales zonas. En toda la región septentrional —Atlas, Libia y Egipto, continuando hasta Palestina— floreció la civilización **capsiense**[10]. En la vertiente meridional del Atlas se desarrolló un curioso arte rupestre en rocas al aire libre de estilo naturalista, diferente; sin embargo, de los grupos de arte europeos." A estos interesantes problemas nos referiremos más adelante.

El paleolítico en la península Ibérica

Entre los restos humanos más antiguos hallados en la península sudoccidental europea figuran un cráneo de mujer, en la cueva de Genista (Gibraltar), y la mandíbula neanderthaloide de Bañolas (Gerona). Al igual que en las restantes comarcas europeas, aquellos seres primitivos tuvieron que sostener una terrible lucha por la existencia, aunque la abundancia de hallazgos paleolíticos en la península demuestra la larga permanencia de antiguas tribus en el país, que llegaron a él en oleadas humanas sucesivas.

"Los neanderthalenses llegarían a la península por el Pirineo —dice Vicens Vives— y prácticamente la ocuparían toda. Es curioso el hecho que los restos óseos se hayan encontrado en la línea prelitoral mediterránea, desde Bañolas a Gibraltar, y en los promontorios atlánticos portugueses, mientras que los yacimientos líticos abunden en las cercanías de Madrid y en la desembocadura del Tajo. Ello indica, una vez más, que todavía no hay concordancia entre los hallazgos arqueológicos y la realidad humana y cultural de la época. Y a fe que seria interesante establecerla, porque el cazador neanderthaloide hizo la primera síntesis técnica reduciendo las tallas y las lascas a un complejo artesano en que predominaban los útiles pequeños, especialmente puntas y raederas.” Era con toda evidencia en la época musteriense.

El hombre prehistórico ya evolucionado entra en escena gracias a las invasiones de bandas de cazadores procedentes del Norte, en el paleolítico superior: una auténtica humanidad de cráneo bien desarrollado y características anatómicas cada vez más parecidas a las actuales. Va resultando decisiva la dinámica vital y económica de aquellos pueblos, evidenciada incluso en los lugares de hallazgo de sus restos. En el

[10]De Gafsa, antigua Capsa, al sur de Túnez.

paleolítico inferior, los vestigios aparecen generalmente en los meandros de los ríos o en los bancos arenosos de las riberas donde se buscaba protección o la proximidad de los abrevaderos de animales salvajes, mientras que los yacimientos del paleolítico medio y superior se encuentran con frecuencia en abrigos rocosos o en el vestíbulo de las cuevas.

Tribus de magdalenienses nórdicos se establecieron en el Sistema cantábrico, desde Navarra hasta el país asturiano. Las nuevas oleadas de poblamiento aparecían integradas por cazadores aventureros que acudían en busca de presas mejores y de un clima óptimo, y que emprendían largas expediciones para capturar animales más huidizos, empresa que lógicamente los obligaba a mejorar la técnica y los instrumentos de caza. El invento del cincel permitirá elaborar un arsenal de útiles diversos: cuchillos líticos, taladros, buriles, hojas de piedra y punzones. La azagaya y el arco y la flecha, primeras armas arrojadizas, proporcionaron a aquellos seres poco menos que indefensos una superioridad indiscutible, haciéndolos sentirse más dueños de sí mismos. Algún tiempo después, la aparición de los primeros elementos mágico-estéticos —la más arcaica creación artística— conferirá al *homo* del paleolítico superior peninsular plena categoría humana y social.



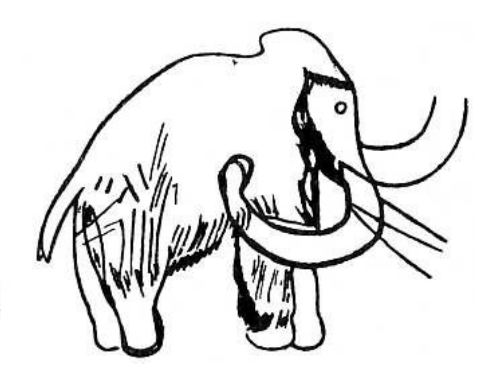
Esta estatua femenina de marfil, hallada en Brassempouy (Las Landas), es una de las más antiguas representaciones humanas que se conocen. Pertenece al Paleolítico Superior (40.000-20.000 a. de C.)

EL DESPERTAR DEL ARTE

El "homo sapiens"

El homo sapiens, último peldaño de la evolución humana, ¿surgió como una rama del tronco neanderthalense? No puede demostrarse; pero desde que se evidenció la superchería del cráneo de Piltdown, debe hacerse constar que todos los restos del *Homo sapiens fossilis* descubiertos en Europa, Asia y África no alcanzan una antigüedad superior a algunas decenas de miles de años.

Dibujo representando un mamut, obra del hombre de Cro-Magnon.



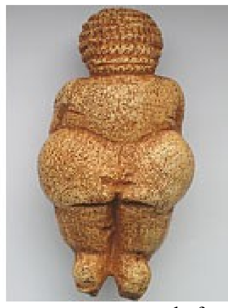
La primera raza del *Homo sapiens fossilis* se encontró en Europa en 1868, en Cro-Magnon (Dordoña). Y los esqueletos exhumados en ese lugar y los del mismo tipo hallados más tarde en Europa y África del norte se caracterizan por su gran robustez y elevada estatura (aproximadamente, 1,80 metros). El cráneo poco resistente y de gran capacidad, apenas difiere del nuestro. Todo parece indicar en el hombre de Cro-Magnon un psiquismo cualitativamente igual al de las poblaciones más desarrolladas de nuestra época.

La raza del Cro-Magnon era la predominante en Europa, pero no la única. Existía otro tipo de *Homo sapiens fossilis*, el de Chancelade, así llamado a partir del hallazgo de un esqueleto en la cueva de Chancelade, cerca de Perigueux: era achaparrado, su talla no sobrepasaba de 1,55 metros y los pómulos salientes de su cara nos recuerdan a los esquimales. En cuanto a los hombres de Grimaldi, descubiertos en la cueva del mismo nombre, cerca de Menton, poseen un carácter negroide muy acentuado.

¿Estamos ya en presencia de las razas blanca, amarilla y negra?

La llegada a Europa del hombre del Cro-Magnon y de otros tipos de *Homo sapiens*, hacia mediados de la última glaciación, abre el periodo del paleolítico superior, llamado frecuentemente Edad del Reno, por alusión a la abundancia de estos rumiantes en el norte de los Alpes y en los Pirineos. Esta última etapa de la civilización de la piedra tallada abarca unos treinta y tantos mil años (entre 40.000 y 10.000 antes de Cristo) y se subdivide en tres fases desigualmente repartidas en Europa: *auriñaciense-perigordiense* (Reno antiguo), *solutrense* (Reno medio) y *magdaleniense* (Reno superior).

Desde los comienzos del auriñaciense-perigordiense, las técnicas de tallar la piedra y trabajar el hueso alcanzaron gran perfección. En el magdaleniense aparecen el anzuelo, el arpón y la mayor revolución técnica: la aplicación de la flexibilidad de la madera para el lanzamiento de proyectiles; es decir, un mecanismo al que el Mundo Antiguo y la Edad Media siguieron siendo deudores.

La Venus de Willendorf, Austria, de piedra calcárea, que se remonta a la fase auriñaciense del paleolítico superior.

Primeras manifestaciones artísticas

Pero la más importante de las maravillas del paleolítico superior es el descubrimiento del arte. Según Henri Breuil, el arte figurado "ha nacido de las representaciones dramáticas, en las que el actor imitaba al modelo con sus actitudes y completaba la semejanza en sus acciones con un maquillaje apropiado y una especie de mascarada mimético; la ilusión se aumentaba con el uso de las pieles y despojos de animales. Tales representaciones fueron sustituidas por elementos que las imitaban, y así la semejanza se convirtió de dramática en física. A partir de este momento, el hombre ha sido capaz de realizar el arte figurativo y la escultura en alto relieve; la imagen llegaba a ser independiente de su actor. El hombre adquirió, desde entonces, la facultad de reconocer, tanto en las nubes como en las piedras y en las rocas, formas semejantes a las que intentaba construir y pudo llegar, en alguna ocasión, a considerar como 'piedras figurada' el simple juego de la naturaleza".

Aun tratándose de pequeños objetos de piedra, hueso, marfil, astas de cérvido o de figuras pintadas en las paredes de las cuevas, el arte de los cazadores de renos de la región franco-cantábrica es naturalista. Está esencialmente dedicado a representar la fauna: los últimos mamuts, rinocerontes lanudos y osos de las cavernas, renos, caballos, bisontes, toros salvajes, ciervos, corzos, gamos, rebecos, cabras monteses, etcétera; en cambio, las representaciones de la figura humana son raras. Aparecen unas veces asociadas a un animal y otras a la exaltación mágica de los atributos sexuales de 1a mujer, como símbolo de la fecundidad[11].

En las paredes de las cuevas de Sarladais, de los Pirineos, del Perigord, del Levante español y de otros puntos, los artistas de la Edad del Reno han expresado en rojo, negro, ocre, amarillo y blanco, ritos misteriosos de magia parecidos a los practicados todavía hoy en el corazón de la selva africana o en Oceanía. El hechicero de

[11]Cabe recordar que casi todas las estatuillas femeninas encontradas —las llamadas venus de Brassempouy, Lespugue, Laussel, Grimaldi, Willendorf, etcétera— presentan esteatopigia, es decir, los senos y la región pelviana muy desarrollados o con notables adiposidades, mientras que las masculinas, de más raro hallazgo, contrastan con las anteriores por su notoria esbeltez. Puede sospecharse que las mujeres de aquella época eran en realidad como las estatuillas encontradas o es de suponer que fuese el tipo femenino esteatopígico el que prefiriera el hombre de aquel entonces, aunque también pueda influir en este concepto de tipo humano un culto a la fecundidad. La etnología demuestra que, en la actualidad, algunas tribus africanas sienten aún afición al tipo femenino obeso.

la cueva de Trois-Frères (Ariège), disfrazado con una piel de ciervo, orejas de lobo, garras de oso y cola de caballo, ¿es pariente de alguna divinidad de la actual Oceanía?

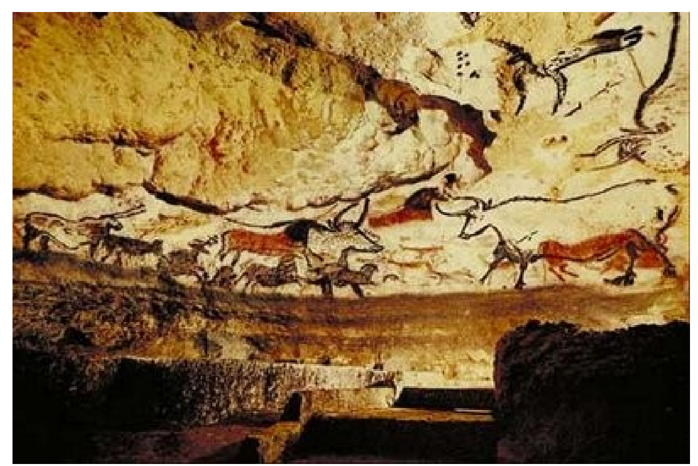
Destaca en particular la cueva de **Altamira**, situada en las cercanías de Santillana del Mar (Santander) y descubierta por Marcelino de Santuola en 1879. Los arqueólogos de entonces acogieron con escepticismo el hallazgo, en particular los extranjeros, que no revisaron sus opiniones hasta que unos veinte años después se descubrieron pinturas análogas en la Mouthe y Font-de-Gaume, en el departamento de Dordoña. Se comprendió entonces el mérito del arte de Altamira, cueva que fue calificada por Dechelette como "capilla sixtina del arte cuaternario". El conjunto altamirense abarca un espacio de catorce metros, y consiste en unas veinte figuras, en su mayoría bisontes pintados en rojo, maravillosamente ejecutados, algunos de ellos en actitud de estar tendidos; además aparecen un jabalí, unos caballos y una cierva, figuraciones sorprendentes todas ellas por su vigoroso realismo.



Bisonte pintado en la Cueva de Altamira, período magdaleniense del Paleolitico Superior.

El significado religioso del arte parietal salta a la vista. Pinturas esculturas aparecen en los sitios menos accesibles de las cuevas, donde jamás penetra la luz del día, especialmente en las situadas en la región cantabro-aquitana. Pero la perfección de movimientos y de siluetas particularmente ostensible en el arte levantino español, y la hábil repartición de claroscuros, en **Lascaux**, por ejemplo, manifiestan también un goce estético de crear y un gusto exuberante de fantasía que aún admiramos.

Como el neanderthalense, el *Homo sapiens* del paleolítico superior no vivía en cuevas, sino que levantaba su habitación junto a la entrada de alguna de ellas, fabricaba sus utensilios y preparaba su alimento, asegurado por la pesca, la recolección de frutos silvestres y, sobre todo, por la caza. Posiblemente, varias familias se agrupaban alrededor de las tumbas ancestrales, lo que supone una cierta organización social. Las prácticas funerarias y el culto a los muertos son análogos a los practicados por los neanderthalenses y confirman la persistencia de las creencias en la vida de ultratumba.



Pinturas de la cueva de Lascaux, en Dordoña. Parcialmente sobrepuestos a los gigantescos bueyes aparecen caballos al galope, ciervos y bueyes salvajes.

El impresionismo ibérico-levantino

Aproximadamente igual que en Francia, la población de la península Ibérica durante el paleolítico se cifra en unos veinte mil a treinta mil habitantes, escasa densidad demográfica que contrasta con los abundantes restos dejados a medida que avanzan los siglos. El arte representativo parietal llega a la diferenciación en escuelas, la septentrional y más antigua, de carácter pictórico y realista, y la más moderna, cursiva y estilizada, que bien pudiéramos calificar de impresionista.

Al parecer, se empleaban colorantes de procedencia mineral, ocre y hematites, mezclados con grasa, y predominando el rojo y el negro. A diferencia de las septentrionales, las pinturas rupestres levantinas ofrecen representaciones a escala menor, donde predominan las figuras humanas, y tanto éstas como las de animales constituyen verdaderas escenas, con dinámica característica, instantáneas o actitudes de movimiento, talladas en nichos o abrigos de roca al aire libre. Empezaron a ser estudiadas a principios del siglo actual y a partir de entonces se han descubierto ya unas cuarenta estaciones arqueológicas esparcidas desde los montes leridanos hasta la Andalucía meridional.

Destaca entre estas estaciones la de **Cogul** (Lérida), situada en una oquedad y en donde aparecen dos curiosas escenas: una de ellas representa a dos mujeres que parecen sujetar una vaca, cerca de un toro; la otra, probablemente una escena ritual y acaso místico-fálica, aunque de pronunciado naturalismo, muestra un conjunto de nueve mujeres que bailan en torno a un hombre-desnudo; ostentan un peinado de forma triangular, pechos caídos y faldilla hasta las rodillas. Constituye la más antigua representación de la mujer y del arte de la danza que se ha descubierto hasta la fecha.



Un curiosísimo fragmento de las pinturas rupestres de Cogul (Lérida), la "danza de las mujeres", primera manifestación de que existía una música paleolítica.

Otras estaciones levantinas se caracterizan por uno u otro detalle. La cueva del **Parpalló** (Valencia) muestra influencias culturales procedentes de Dordoña, y su población parece proceder del auriñaciense superior —Perigordiense—, en opinión de Luis Pericot. La "Roca de los moros", en **Calapatá** (Teruel), representa una escena de caza con unos ciervos diseñados con mucha elegancia y finura. La de **Morella la Vella**, en Castellón, nos ofrece un reportaje gráfico de un combate de arqueros, y otros grupos interesantes de guerreros y de cazadores las cuevas de **Valltorta**, en la misma provincia, donde puede apreciarse cómo procedían estos últimos en las cacerías colectivas. En la **cueva de la Araña**, de **Bicorp** (Valencia), puede observarse una de las escenas más curiosas pintadas por los artistas prehistóricos: la figura de un hombre sacando miel del panal de una colmena. En otras estaciones —**Cantos de la Visera** y **Minateda**, en la región murciana— aparecen mezcladas y superpuestas imágenes que pueden ser consideradas como de épocas distintas, por su diferencia de estilos, lo que permite verificar ensayos de cronología de este tipo de pinturas.

Monumento capital del arte rupestre levantino, rivalizando con el de Cogul, es el plafón de nueve metros de longitud por cuatro metros de altura de la oquedad o cueva de la Vieja, en **Alpera** (Albacete). Sobresale por el número de figuras, también de épocas y estilos diferentes —del realismo a las abstracciones lineales—,variedad de escenas en enmarañado conjunto, donde se distinguen cazadores que parecen disputarse las piezas, luchas de arqueros entre sí, un par de mujeres con falda más larga que la de Cogul, figuras de grandes bóvidos, toros, ciervos, cabras, en extremo expresivas y bien diseñadas, y la Figura central de un jefe, con un tocado de plumas en la cabeza, al estilo de los indígenas americanos, y empuñando sus armas. Escenas pintadas a diferentes escalas y con tonalidades de color diverso en las gamas del ocre y del rojo.

Por último, en el borde meridional malagueño, cabe citar la cueva de la Pileta, descubierta en 1911 cerca de **Benaoján**, con representaciones de bóvidos, caballos y ciervos, e incluso un pez sobre signos negros; otros diseños semejan enlaces en amarillo, negro y rojo, representando líneas onduladas, meandros o bandas serpenteadas; y la cueva de Nerja, descubierta casualmente en 1959, que quizá fuera habitada por gentes del solutrense hace unos dieciocho mil años, pescadores, cazadores de cabras monteses, ciervos y caballos. Acaso utilizaran la cueva como santuario y dibujaron allí sus figuras en ritos mágicos propiciatorios, invocando bienestar y alimentos para la comunidad.



“La recolección de la miel”, una de las escenas más curiosas pintadas por los artistas prehistóricos, en la cueva de la Araña, de Bicorp (Valencia).

La pintura rupestre africana

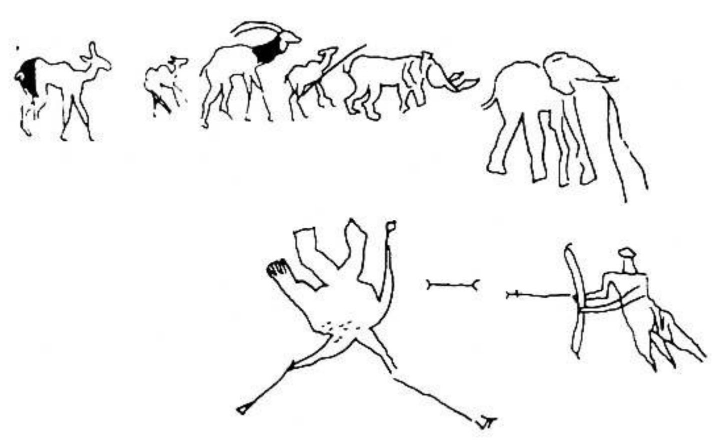
El arte rupestre norteafricano aparece diseminado a lo largo de la cordillera del Atlas; en gran proporción en el Hoggar y en el Tassili, y en menor escala en la región de Tibesti. Lo que hoy es un desierto, antes estuvo cubierto de vegetación; inmensos lagos, estanques, charcas y pantanos erizados de papiros, alternaban con bosques tropicales y estepas cubiertas de verdor, con hierbas de dos metros de altura. El Sahara se hallaba atravesado por muchos ríos y afluentes, de los que quedaron sus cauces, secos en la actualidad. La fusión de los hielos del último período glacial fue e1 comienzo de la vida para Europa; en cambio, fue la muerte para la mayor parte del norte de África. Sus moradores emigraron y sólo quedaron menguados grupos en el inaccesible Tibesti o en el Hoggar, que llevaron una existencia precaria y fueron perdiendo contacto con el resto del mundo habitado hasta que el desierto quedó en permanente y terrible soledad.

Pero antes, en los últimos tiempos paleolíticos, la vida humana dejó allí la huella de su paso y vestigios de su cultura. Los modernos arqueólogos han estudiado incluso el

polen prehistórico de aquellas regiones, de flora mediterránea entonces, pinos, cipreses, olivos, tilos, abedules y encinas verdes, donde vivían pescadores y cazadores, creadores de industrias rudimentarias y de un arte rupestre con elementos mágicos, ritualísticos y animistas, peculiares de la idiosincrasia de aquellos pueblos. La fauna representada no es la actual, sino la correspondiente a aquella época, como ocurre con la pintura rupestre hispano-francesa; y también en ella aparecen variedad de estilos, desde el ideograma hasta el naturalismo.

La desecación del Sahara no fue brusca, sino extremadamente lenta, y se calcula que la región estuvo poblada no sólo hasta el advenimiento del neolítico, sino también en época histórica —año 7000 a 2000 antes de Cristo—, como en el Tassili, en Sefar, Djanet y en Iherir, cuyo arte rupestre se calcula incluso posterior a la construcción de las grandes pirámides egipcias.

Algunas pinturas representan escenas de pastoreo en actitudes de sorprendente semejanza con los pastores actuales de aquellas zonas; abundantes figuras de rinocerontes, ciervos, gacelas, avestruces y jirafas, una de éstas admirablemente representada, con su pelaje reproducido a múltiples golpes de punzón —como en algunas técnicas modernas— y que le confiere un realismo sorprendente. Otra de estas muestras al fresco, en una roca de ochenta metros de altura, representa unas siluetas femeninas danzando, en actitudes similares a las que adoptan en sus bailes típicos, miles de años más tarde, las mujeres de los oasis de aquellas regiones.



Cacería de avestruces. Dibujo rupestre de Silwah, Alto Egipto.

El ciclo rupestre norteafricano constituye el más extenso conjunto de arte pictórico de la Prehistoria, sin parentesco con las pinturas hispano-francesas ni con las del sur de África; en cambio, aparecen estrechamente ligadas con el arte nilótico y con las ideologías animistas de los pueblos negros situados al sur del Níger. Es difícil opinar sobre quiénes fueron los pueblos que desarrollaron estas culturas. Denise Paulme relaciona alguna de ellas con el arte de los griegos micénicos: "El establecimiento de los blancos en el Sahara parece más antiguo de lo que se creyó en un principio; las pinturas rupestres atestiguan su presencia ante aquellos caballos cuya actitud —el galope volante micénico— ofrece una referencia cronológica precisa. La superficie o área de reparto de las imágenes rupestres del caballo, al principio sujeto al carruaje y luego montado, corresponde más o menos a las áreas ocupadas todavía hoy por los moros al Oeste, los tuareg al Centro y los tibú o tubú en Levante".



ZONAS DE PINTURA RUPESTRE EN EUROPA OCCIDENTAL Y AFRICA DEL NORTE

El extremo meridional de África ofrece otro grupo importante y extenso de arte figurativo. Los hallazgos de grabados rupestres se han verificado en las regiones más interiores, particularmente en las cuencas del Orange y el Vaal; en cambio, las zonas en que predomina lo pictórico se encuentran más cercanas a las costas. Su cronología abarca desde el mesolítico hasta finales de la Edad Media en Europa: casi ocho mil años de duración. Todavía en tiempos muy recientes, los bosquimanos y otras tribus "crean obras de arte prehistórico", como dice Erik Holmes, a pesar de constituir sólo unos miles de individuos. También han sido halladas estaciones de interesante arte rupestre en África oriental.

El hombre sale de las cuevas

A finales del paleolítico superior y en un prolongado paréntesis que abarca tres o cuatro milenios —entre el 12,000 y el 8,000 antes de Cristo, según algunos—, la vida humana experimenta una profunda transformación. El hombre va abandonando las cuevas y construye refugios y sedes de poblamiento con mayor o menor sedentarismo. Tribus nuevas aportan y difunden descubrimientos maravillosos en aquella época: la domesticación de algunos animales, los primeros intentos de explotación agrícola y ganadera. En África, como en Europa, se había iniciado la gran aventura del espíritu humano con una noble manifestación estética: el grabado y la pintura. El despertar del arte inauguraba una nueva era.

En algunos lugares más evolucionados nacen las primeras civilizaciones forestales y agrarias, con sus chozas cónicas o redondas y sus hatos de ganado. Las variaciones climáticas ya no son tan frecuentes e intensas, los glaciares han retrocedido aproximadamente a sus límites actuales y la corriente del Gulf Stream empieza a dirigirse hacia las costas occidentales europeas. Algunas comarcas del Antiguo Continente experimentarán todavía alteraciones y cambios, altibajos en su nivel de vida, avances y retrocesos culturales, pero la Tierra ofrece ya, en líneas generales, las condiciones más favorables para que el ser humano encuentre el medio óptimo para su adecuado desarrollo social.

LOS PRIMEROS ASENTAMIENTOS

EL HOMBRE NÓMADA SE VUELVE SEDENTARIO

La transición mesolítica

Entre la era de los cazadores de renos y la de los agricultores, o sea entre el paleolítico superior y el neolítico, se sitúa un período de transición que coincide en Europa con el término de la glaciación de Würm. El clima se hace más benigno y los renos emigran hacia el norte, cediendo el lugar a los ciervos y corzos. Cronológicamente, el mesolítico se extiende desde el décimo al quinto milenio en Mesopotamia y en Egipto; hasta el cuarto en la Europa mediterránea y hasta el segundo en la Europa septentrional.

Algunos prehistoriadores atribuyen al mesolítico el arte rupestre del Levante español, porque su estilización manifiesta el simbolismo y esquematismo del arte mesolítico, cuyos vestigios son particularmente abundantes en África del norte hasta Egipto. A diferencia de las pinturas del paleolítico superior, que se esfuerzan por representar la realidad estática de los grandes animales, el artista del mesolítico busca el dibujo lineal, la simplificación de las formas y el ritmo del movimiento. El animal no ocupa el centro de su interés; es el hombre de silueta estilizada quien ocupa el lugar preferente de la escena. Parece como si, a partir de este momento, sólo tomara como objeto de su pensamiento a la persona, a su función en el universo.

El hombre del mesolítico vivía esencialmente de la caza, y sus armas, hechas de asta y de hueso, eran numerosas y diversas; tallaba el sílex y sentía verdadera predilección por los modelos muy pequeños (microlitos). Este cazador vivía en poblados y cerca de él rondaba el perro que había domesticado.

Como ocurre en todos los períodos de transición, de "puentes culturales", tampoco pueden trazarse los límites definidos del mesolítico, cuyas fronteras cronológicas resultan también sumamente vagas e imprecisas, incluso en determinados territorios y grupos humanos. Algunos autores admiten para el occidente y centro de Europa diversos ciclos culturales bastantes diferenciados: capsiense, aziliense, tardenoisiense y maglemosiense.

La cultura capsiense se desarrolló en el sur y levante de la península Ibérica y su procedencia ha sido tema muy debatido, dudándose que se trate de una invasión de africanos en territorio peninsular. En Almería y en la cuenca inferior del Ebro vivían tribus con instrumental microlítico con el cual cazaban ciervos y jabalíes. Grupos humanos a quienes en la actualidad se prefiere considerar autóctonos, como una prolongación o supervivencia de los perigordienses del paleolítico superior.

El aziliense (de Mas d'Azil, Ariège) del sur de Francia representa en algunos aspectos cierta decadencia en el nivel de vida, pero no carece de progresos. Aunque los instrumentos de piedra presentan semejanza con los de períodos anteriores, ya sabe pulir las extremidades de guijarros planos en forma tal que presenten partes cortantes, y perfecciona los arpones; también han llamado la atención sus pinturas en cantos rodados, con gran variedad de signos encarnados y negros, sin duda simbolismos de significación religiosa.

La cultura tardenoisiense deriva su designación de la localidad francesa de Fère-en--Tardenois (departamento del Aisne), con yacimientos al aire libre, y se ha supuesto que esta cultura procede de una emigración de pueblos de la península Ibérica hacia el norte de Francia, Bélgica y Alemania septentrional. Dedicaban culto a los cráneos humanos, y en los enterramientos femeninos se depositaban ofrendas, lo que no se hacía con los masculinos. Vivían en poblados de chozas de planta circular u oval, construidas con estacas y ramaje, con un hogar en el centro.

El maglemosiense recibe su nombre de la turbera de Maglemose, en la isla danesa de Seeland; se extendió a las regiones vecinas de Suecia y Alemania y fueron quizá los primeros pobladores de los países septentrionales de Europa. Conocían el perro doméstico v usaban arpones estrechos y largos. Aunque se parezca un tanto a la aziliense, esta cultura presenta tipos con cierta personalidad propia.

La metamorfosis neolítica

El neolítico es resultado de una metamorfosis cultural que, preparada por el mesolítico, permite pasar al hombre de la época de los cazadores a la de los agricultores y pastores. Habiéndose multiplicado la especie humana durante los milenios, a ciertos grupos se les plantea el problema de sacar el mayor provecho posible del territorio que ocupan y que no pueden abandonar sin chocar con los grupos vecinos.

El hombre se ha visto obligado, en cierta manera, a convertirse en productor y completar la recolección de frutos silvestres y la caza con el cultivo de plantas seleccionadas y la cría de animales domésticos. Metamorfosis fundamental de donde arrancan las técnicas nuevas del sílex pulimentado, el tejido y la cerámica, y sobre todo el esbozo de una vida comunitaria, de una civilización.

El culto a los muertos también se ha transformado. La creencia en una vida ultraterrena persiste, pero el muerto ya no lleva sus armas al más allá. Un mobiliario ritual le basta. La muerte se inserta, por lo demás, en un conjunto religioso donde el mito ha sustituido a la magia. "El cazador —observa Herbert Kühn—, cuando quiere implorar suerte en la caza, recurre al sortilegio, a la magia. El agricultor, que ya conoce el orden que rige en el ritmo de las estaciones y la sucesión normal de la germinación, de la madurez y de la muerte, tiene que crear otras formas de pensamiento para explicar lo inexplicable: así nacen el mito y la noción del espíritu...

"'Para los agricultores, la fuerza vital reside en los elementos de la Naturaleza, que llevan en sí el nacimiento y la muerte. Aquellos son varios y entre ellos no existe unidad lógica, pero, en un sentido mítico más profundo, son aspectos diferentes de una fuerza única. Y son la Luna, la mujer, el agua, la serpiente, la cigarra, él árbol, los cuernos del toro. Los pastores traducen con otro lenguaje el símbolo de la fecundidad. Entre ellos, el animal reproductor es la fuerza viril; así, los dioses de los pueblos pastores están asociados a la fuerza del toro, del caballo, del macho cabrío. Tanto unos como otros la conciben independientemente, como existente por sí y en sí."

Toda esta metamorfosis pasa por diferentes etapas y se va diversificando en función del medio y del espacio comprendido por cada uno de los ciclos culturales de que consta.

Rasgos fundamentales del neolítico

En breve y simple esquema se han señalado algunas de las características fundamentales de la nueva época: el sedentarismo humano, con lugares permanentes de

habitación y sepultura; una mayor complejidad en utensilios y armas, con el nuevo perfeccionamiento del pulido de la piedra; la invención y uso de la cerámica; la utilización de los animales domésticos y el desarrollo de la agricultura y del pastoreo. Según Obermaier, el neolítico europeo abarca aproximadamente del 5,000 al 2,000 antes de Cristo; por tanto, la civilización de nuestro continente queda retrasada en milenios con relación a lo, pueblos del Asia occidental y Egipto, a la sazón en período netamente histórico.

No obstante, resulta sorprendente a qué extremos de civilización llegaron los hombres neolíticos, aun sin conocimiento siquiera de los metales, como nos lo demuestra la perfección y variedad de utensilio de esta época que han quedado. Las sociedades mejoraron en todo los órdenes de la vida, a la vez que se valorizó más la condición familiar y humana de la mujer.

Se observa la práctica de un trabajo racionalizado, con distribución y división laborales adecuadas e incluso especializadas. Aparece una verdadera industria textil, que aprovecha no sólo la lana de las ovejas, sino el lino, y se ensaya también una tintorería rudimentaria, con motivos policromos, lo que índica ya actividades de tipo artístico-industrial. Se usa el calzado, como lo evidencia una sandalia de esparto, hábilmente confeccionada, hallada en la cueva malagueña de los Murciélagos, así como serones y otros útiles que facilitan las labores caseras y campesinas. Las minutas alimentarias adquieren mucho mejor calidad y variedad, gracias al uso de las vasijas de cerámica. En el trabajo agrícola se cultivan plantas tan importantes como el trigo, la cebada, el mijo y las leguminosas, así como el lino, materia prima textil —conocidas también en el Oriente semítico y camita—: el centeno y la avena hicieron su aparición más tardíamente en el Mediterráneo y en la Europa central. Se perfecciona además la ganadería, y para la pesca se usan ya anzuelos y redes.

Se registra un extraordinario aumento de población. En Francia, por ejemplo, se ha calculado que en poco más de diez siglos —del 3,000 al 2,000 antes de Cristo— la población se incrementó de un cuarto de millón a cinco millones de habitantes; es decir, se multiplicó por veinte. Todo ello también como consecuencia de una nueva actitud del hombre frente a la Naturaleza, de lo que viviera parasitariamente en un principio, para pasar luego a explotar sus recursos dé modo personal y sistemático. El profesor Nougier calcula que en esta época la población total del mundo habitado era de unos doscientos millones de seres, aumento asombroso que tardaría mucho tiempo en repetirse.

La humanidad neolítica parece hallarse en plena expansión. Penetra por Alaska, liberada de sus hielos, y selecciona allí el cereal que mejor asegurará su existencia: el maíz. Después se extiende a través del Pacífico. El *homo sapiens* toma posesión de la Tierra.

El ritmo y amplitud de la evolución son, sin embargo, idénticos en todas partes. Favorecidas por la configuración geográfica y el clima, algunas regiones facilitan la concentración de los hombres, su organización y su desarrollo cultural. Así ocurre en la cuenca del río Amarillo, en los valles del Ganges y del Indo, en Mesopotamia y en el valle del Nilo. Allí se forman las cunas de la civilización casi al mismo tiempo; sin embargo, todo in-adiará del Oriente Medio (Sumeria y Egipto): las ciudades, la escritura, la metalurgia... La historia comienza en el Creciente Fértil (*the fertile crescent*), como ha denominado un historiador inglés al territorio que en forma de medialuna se extiende desde el golfo Pérsico hasta la costa egipcia, pasando por el Tigris y el Éufrates, la llanura de la actual Mosul y Alepo.

Agricultura y ganadería primitivas

Al desaparecer o modificarse la fauna de los pueblos cazadores a consecuencia de los cambios climáticos, la evolución natural impulsa a nuevas actividades: el pastoreo y la agricultura. El tránsito lento y gradual de la caza al pastoreo y a la ganadería o cría de animales fue obra del sexo masculino, como el primer laboreo de las tierras parece que correspondió al femenino. La cría y cuidado de los animales obligaba al hombre a una cierta vida errante o seminómada, en terrenos impropios para el cultivo, gracias a lo cual se aprovecharon económicamente muchas comarcas de mera utilización marginal.

En cierto modo, muchas tribus pastoriles primitivas despreciaban a los agricultores, a pesar que necesitaban de ellos, y en la Antigüedad e incluso en la Edad Media fueron frecuentes las hostilidades entre unos y otros. El itinerario de los ganaderos en busca de pastos estaba determinado por la tradición y por el curso de las estaciones del año, pero la necesidad —o la codicia— les impulsó a menudo a dedicarse al pillaje y ello motivó incursiones en países agrícolas y verdaderas invasiones, algunas de ellas históricas[12]. La vida nómada contribuyó a que muchos pueblos quedaran rezagados en el camino del progreso humano. En cuanto a su organización social, lo que privaba era el patriarcado, con cierto menosprecio hacia la mujer; el matrimonio se fundaba en el rapto o en la compra pura y simple, y también esta última se llevaba a cabo simulando el rapto de la mujer adquirida.

En cambio, la agricultura supone el sedentarismo absoluto, ya que el sembrador debe esperar a recoger el fruto y cuidar continuamente la tierra, lo que trae aparejada la construcción de una vivienda permanente. La evolución progresiva de la morada humana constituye otro elemento importante de civilización, y así, en las comarcas forestales, a la choza primitiva formada por troncos sin desbastar, clavados oblicuamente en el suelo por un extremo y unidos todos ellos por el opuesto en forma de cono, con las junturas tapadas con ramas y barro, le sucedió luego otro tipo de choza más perfecta, la formada loor troncos verticales y cubierta con un techo algo inclinado en vertiente, para las lluvias. Por último, apareció la cabaña de troncos horizontales ya desbastados, dividida en su interior en diversas habitaciones mediante estacas o telas colgadas. Con el tiempo, se van inventando puertas, ventanas, escaleras. En otras regiones se usan diversos materiales idóneos, piedra o ladrillo. La agrupación de cabañas vecinas origina sucesivamente la aldea, el poblado, la ciudad y la vida de las primeras sociedades.

En los comienzos de las explotaciones agrarias no se conoce todavía el arado tirado por animales; el cultivo se realiza hurgando la tierra con una estaca y más tarde labrándola con la azada. Quizás fue en sus comienzos una labor de mujeres, ya que los

---

[12]Por ejemplo, en Mesopotamia y en Egipto fueron frecuentes las invasiones de pueblos vecinos, nómadas o pastoriles, como lo fueron en general en otras regiones fértiles situadas entre países áridos o desérticos. Idéntico fenómeno se produce en los primeros siglos medievales, cuando muchos pueblos invasiones crearon imperios efímeros, como el de los mongoles. En la Europa actual, sólo quedan como únicos pastores nómadas los lapones del norte de Escandinavia, con sus renos, algunos otros pequeños grupos de pastores en los Alpes, en España y en la península balcánica; en cambio, abundan todavía en Asia y en África. En el continente americano no tubo pastoreo nómada hasta la introducción por los europeos del caballo y de otras especies, a raíz. del Descubrimiento.

Por lo demás, los rebaños significaban riqueza: del latín *pecus*, deriva "pecuniario” todo lo referente a dinero. El vocablo español "ganancia" parece proceder también de “ganado".

primeros campesinos no se avenían al sedentarismo y debe comprenderse la dificultad que representaba para ellos el cambio económico —y psicológico— que supone el paso de la vida parasitaria a la simbiótica; por eso, constituye un progreso trascendental el establecimiento fijo de las tribus agrícolas, que van orientándose al cultivo por procedimientos diferentes en función de la naturaleza de los suelos y de las condiciones climáticas, o sea, de la ecología. Al principio existió quizá cierta igualdad en cuanto a la propiedad agraria, y las tierras fértiles eran del dominio común de la tribu, siendo trabajadas colectivamente. El papel de la madre, conservadora de la tierra fecunda, acreció en el seno de la familia y del clan; la mujer consiguió los primeros derechos reconocidos y surgió el matriarcado en algunos puntos. La "madre tierra", imagen de la feminidad y de la fecundidad natural y humana, se convirtió en diosa familiar y tribal. Más tarde, las guerras de conquista, la ocupación de grandes predios —el latifundismo dominial— y el apresamiento de esclavos cambiarían el panorama social agrario, los siervos serían obligados a trabajar el campo en beneficio de su señor, iniciándose la era de las clases sociales.

EXPANSIÓN DE LAS "NACIONALIDADES" NEOLÍTICAS

Culturas ártica y nórdica

Así como en tiempos paleolíticos apenas hubo diferenciaciones culturales y podría establecerse un denominador común en casi toda clase de actividades humanas, en los siglos neolíticos asoman ya diversificaciones patentes en su cultura, con la aparición de lo que podríamos llamar las primeras "nacionalidades". Cada región adquiere ciertas peculiaridades y características, lo que no es obstáculo para que se relacionen entre sí y unas civilizaciones influyan en otras en mayor o menor cuantía. Sin respetar un riguroso orden cronológico, estudiaremos algunas de las más sobresalientes.

En la región ártica y en el norte del mar Báltico habitó, durante el neolítico, una población de cazadores y pescadores que ocupó los distritos costeros, a diferencia de los moradores de la Escandinavia meridional, que se dedicaban a una agricultura y una ganadería más o menos precarias. Los articobálticos usaban hachas de piedra de color verde e instrumentos característicos de pizarra, y dibujaban y grababan figuras extrañas en las rocas. Trabajaron también el hueso y el barro, y lograron estatuitas y una cerámica incisa con ornamentos en forma de peine (*Kammkeramik*), cultura que logró expansionarse hacia levante, hasta Siberia. Lograban esta decoración rayando el barro con incisiones paralelas mediante un instrumento parecido a un peine pequeño. Se ha llegado a suponer que de ellos descienden alguno, pueblos que habitan hoy en las comarcas más septentrionales del continente euroasiático.

La llamada cultura nórdica no se extendió hacia el este, sino al sur, llegando hasta Alemania y Polonia. En su origen abarcaba Dinamarca y las comarcas meridionales de Suecia, y su carácter cultural perduró, más o menos evolucionado, hasta la época de las grandes invasiones de principios de la Edad Media. Vivían bastante dispersos, en pequeños grupos de estirpes o familias, sin llegar a constituir poblados; cada grupo familiar cultivaba los contornos de su lugar de residencia y practicaba la caza y la pesca si les era posible. Construían cabañas de troncos, ramas y barro, a menudo sobre un foso, de aspecto pobre; viviendas que contrastaban con sus construcciones megalítica, —bloques de piedra de enormes proporciones—, tan numerosas en algunos lugares que sólo en la isla de Seeland se han descubierto más de cuatro mil. Aquel suelo fértil y con

ricas praderas debió ejercer poderosa atracción en gentes tan míseras. Cultivaron el trigo, la cebada y el mijo, aunque no las frutas y legumbres, abundantes entonces en la Europa meridional, y criaron ovejas, cabras, cerdos, ganado mayor e incluso caballos. Otra característica de este ciclo cultural nórdico fue el empleo del ámbar o resina fósil, cuyo uso llegó desde allí hasta los países mediterráneos.

Otra cultura septentrional, curiosa y pintoresca, fue la de los *kiökenmöddings* o "restos de cocina", nombre aplicado a enormes amontonamientos[13], auténticos vertederos de residuos de comida o basuras. La extraordinaria diversidad de los restos hallados permite inferir que la dieta alimentaria de las gentes que poblaron Dinamarca y otras comarcas del Centro y del Occidente europeo podría tal vez ser escasa, pero nada monótona. Entre cenizas y restos de carbón, fragmentos de cerámica e instrumentos de sílex, hueso y cuerno de ciervo, se han encontrado huesos de animales cazados —ciervo, reno, corzo, jabalí, lobo, zorra, oso, lince, marta, erizo, castor, foca pequeña y gato—, huesos a menudo partidos para buscar la médula y otras veces roídos o masticados por los perros. Se encuentra también abundancia de espinas de pescados —arenque, anguila-, y sobre todo millones de conchas de animales marinos comestibles, caracoles de playa y toda clase de moluscos, en general; y aves, como el cisne, pájaro bobo y gallo silvestre. Algunos investigadores sostienen que poseían animales domésticos, como el perro, y quizás el cerdo y el buey; en cambio, otros afirman lo contrario y que no conocían la agricultura ni el instrumental de piedra pulimentada, detalle característico de las culturas neolíticas, sino útiles sencillos de sílex, cuchillos, raspadores, buriles e ingenios de piedra para abrir ostras. A esta cultura pertenecen los más primitivos vasos cerámicos, vasijas barrigudas en forma de tonel, con fondo esférico, picudo o apuntado, forma inspirada sin duda en los odres de cuero.

Los vestigios que se han encontrado de los pueblos dedicados a esta existencia primitiva, tanto en Europa como en otros continentes, no indican apenas avance cultural alguno ni progreso en beneficio de la especie humana; se trata simplemente de una vida rutinaria ejercida por grupos de existencia un tanto periférica, al margen de los avances de la civilización.

La vida en los palafitos

Suele llamarse palafitos a grupos de habitaciones o poblados construidos de madera, sobre pilotes o estacas verticales, levantados cerca de las orillas de los lagos o en los remansos de los ríos. La geografía determina claramente los lugares de este tipo de viviendas: región alpina de los lagos suizos, norte de Italia, sur de Alemania y alta cuenca del Rin y del Danubio. Tal sistema de vida no ha sido exclusivo de estos lugares ni de tiempos primitivos; a comienzos de la Edad Media surgió la ciudad de Venecia a manera de un enorme y artístico palafito; en el Orinoco y litoral venezolano, los exploradores españoles descubrieron tribus indígenas que habitaban de este modo: de ahí la denominación de Venezuela, "pequeña Venecia"; y en muchos lugares del sudeste de Asia, comarcas malayas, indonesias e islas del Pacífico pueden aún observarse residencias de tipo más o menos palafítico.

La organización de estos poblados indica una preocupación defensiva que evidencia una intensa presión de otros pueblos vecinos, principalmente nórdicos, que quizás obligaron a desplazarse en dirección sur a la población residente con anterioridad entre el macizo alpino, los ríos Main y Danubio. Han sido estudiadas más de doscientas estaciones lacustres en Suiza, medio centenar en Alemania y más de treinta en Francia.

---

[13]Algunos de ellos alcanzan alturas de uno a tres metros, con una longitud de cien a trescientos, y una anchura de cincuenta a ciento cincuenta metros. En idioma danés han sido también llamados *affaldsdinger* (montones de basura) y *skaldinger* (montones de mariscos, o "conchales").

Para llegar desde la orilla hasta las viviendas, construían pasarelas de diez o veinte metros de largo por uno a tres metro, de ancho, y con el tiempo se tendieron verdaderos puentes de doscientos a trescientos metros de longitud por tres a cinco metros de anchura, lo que demuestra la magnitud e importancia que llegaron a alcanzar dichos poblados. Con preferencia se buscaban lugares protegidos contra el viento y en donde la profundidad del suelo ribereño fuera mínima, y allí clavaban profundamente los pilotes, golpeándolos con un martillo o maza: grandes maderos de sostenimiento, generalmente troncos enteros de árboles sin descortezar, cuya extremidad se afilaba mediante el fuego para que pudiera clavarse mejor. Sobre ellos, y a un metro aproximadamente del nivel del agua, se trabada una sólida plataforma de sustentación de las viviendas, por lo general cíe planta cuadrada, con un par de habitaciones, dormitorio y cocina. Para protegerse de la humedad, colocaban en el suelo espesas losetas, recubiertas con corteza de abedul, formando dibujos, y junto a las paredes había bancos para sentarse y dormir.

Las pasarelas o puentes podían destruirse con facilidad en caso de peligro, impidiendo el acceso al poblado. Para comunicarse con las orillas más lejanas poseían botes, gruesos troncos de árbol vaciados, que guiaban mediante hábiles aparejos y a los que bajaban desde la plataforma por medio de escaleras de mano, de travesaños sencillos de roble, con los extremos escuadrados para que no girasen. Por lo general, los poblados no estaban aislados, sino bastante próximos unos a otros, siempre junto a las riberas. En sus restos de cocina se han hallado semillas carbonizadas y residuos de frutas silvestres, manzanas, peras, endrinas, escaramujos, frambuesas, zarzamoras, nueces de agua, frutos de la haya y del roble; de muchos de ellos sin duda hacían recolección para el invierno.

El primer período de esta original cultura, llamado de Michelsberg —entre Karlsruhe y Bruchsal, en el sur de Alemania—, representa todavía una civilización muy pobre, de hachas de piedra, objetos de hueso y cerámica casi completamente lisa, negruzca y de forma simples, de barriles o vasos en forma de tulipán; un segundo periodo, el de Schussenried, aparece influido por la vecina cultura del Danubio en la cerámica, con incisiones rellenas de pasta blanca, dibujando triángulos y líneas en zigzag; por último, un tercer período más rico y culto se halla limitado a la región propiamente alpina, y en sus etapas finales denotan ya el conocimiento del metal.

El descubrimiento de los palafitos se llevó a cabo en 1829 en las cercanías de Zurich, y empezaron a ser estudiados científicamente hacia 1854.

La cultura del Danubio

Otra provincia o "nacionalidad" neolítica corresponde a una extensa zona de la Europa central, conocida con el nombre de cultura del Danubio, pero que no se limita a la cuenca del río, sino que se desborda al norte y al sur de la misma con extraordinaria fuerza expansiva. Sin embargo, no se trata de una cultura de tipo uniforme, pues al parecer se sucedieron en esta zona una serie de movimientos de pueblos, cuyas características se superponen y originan culturas mixtas. En general, se practica el cultivo de los cereales, las leguminosas y el lino, lo que denota la presencia de grupos de agricultores que avanzaron hacia el Danubio y aprovecharon la fertilidad de aquel extenso valle, poniéndose en contacto con otros pueblos centroeuropeos. Dejaron su manifestación cultural más importante en la cerámica, con forma y adornos típicos, en especial, espirales y meandros: la llamada "cerámica de bandas" en las comarcas septentrionales.

La cerámica de espirales y meandros ofrece formas y ornamentación semejantes en una amplia faja territorial que se extiende desde la actual Yugoslavia hasta Bélgica, similitud extensiva también a los instrumentos de piedra. Las hachas adquieren forma parecida a una horma de zapato y la cerámica adopta la del vaso semiesférico panzudo, sin asas, y solamente apéndices sin perforar o perforados para llevarlos sin duda colgados de un cordón. La ornamentación en relieve consiste en hileras de puntos toscamente labrados, o en dibujos de bandas o cintas formando las espirales y meandros aludidos. Rasgo que tienen su origen probablemente en la técnica del trenzado, como la mayor parte de los elementos ornamentales de la cerámica neolítica. También poseían azadas de piedras planas y bastante anchas. Los restos de la cultura danubiana se encuentran en poblados de cabañas, rodeados ya por una empalizada de madera, integrando una fortificación que les daba unidad y seguridad.

En las regiones orientales de este mundo cultural centroeuropeo, y ya en el neolítico final, aparecen los vasos de arcilla pintados de rojo, ocre y amarillo, cuyos variados dibujos son productos de la decadencia, mejor se diría de la natural evolución, y de la complicación en las bandas de espirales y sinuosidades. Diríase también que asistimos al interesante fenómeno del primer proceso de formación de un *barroco* en la historia del arte. Uno de estos grupos culturales, el de Ucrania, llega hasta Rumania y Grecia. Asimismo de procedencia oriental parecen ser los perros pastores, el caballo asiático de talla pequeña y el hacha y la hoz derivadas de las mesopotámicas. Acaso alcanzara la influencia de esta pintura en la cerámica desde el Asia occidental hasta Europa; por cierto que tales corrientes artísticas arcaicas, mezclada con las de Rusia y Siberia, contribuyeron quizás a la formación de la primera cultura auténticamente china conocida, la de Ho-nan, en una región próxima al desierto de Gobi.

Otros ciclos neolíticos europeos

Superando ya la fase neolítica propiamente dicha, aparece en Sajonia y en Turingia, acaso procedente de Dinamarca, una nueva manifestación artesana, la llamada "cerámica de cuerdas". Recibe este nombre por su curiosa técnica decorativa consistente en aplicar cuerdas a la pasta blanda de la vasija antes de someterla a cocción. La expansión geográfica de este procedimiento es también considerable en dirección a los cuatro puntos cardinales; por una parte llega a la cuenca del Oder y a Polonia y se aclimata allí; por el oeste alcanza el Rin, y por el sur, hasta la meseta de Bohemia, Moravia y Austria; asimismo llegó por el norte al Báltico y países escandinavos. Sin embargo, debe siempre tenerse presente que estas influencias culturales suelen llegar, con muchísima frecuencia, bastante más lejos que la propia masa de los pueblos que las originan. Se han verificado hallazgos interesantes de hachas-martillo de piedra, con facetas, armas de ejecución bella y elegante; y como instrumento de trabajo, hachas planas no perforadas. Solían construir sus poblados en los altozanos, nunca en las llanuras, y es muy probable que estos pueblos no fueran labradores, sino cazadores y guerreros que manejaban a la perfección la flecha y el arco. Los investigadores han observado que los esqueletos encontrados en posición encogida, parecen proceder de una raza nórdica de elevada estatura, cráneos dolicocéfalos y rostros alargados.

Hacia el año 3,000 antes de Cristo, grupos de colonos llegaron a la Gran Bretaña llevando consigo el toro (*Bos longifrons*), pero no el caballo. En general, en tierras inglesas, los fenómenos culturales aparecen algo retrasados con respecto al continente, y evolucionan sus moradores muy en relación con los del norte de Francia. Así, el de-

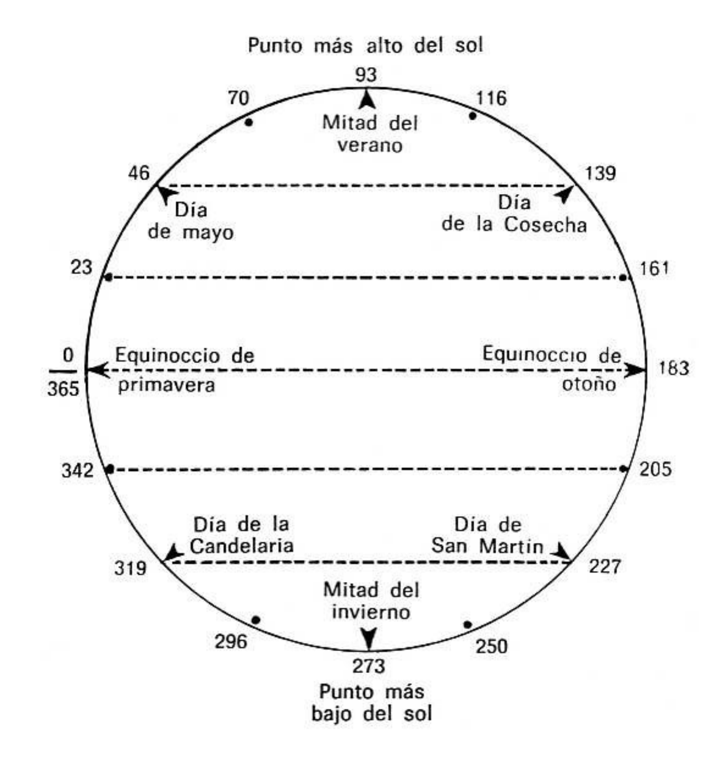
sarrollo de sus sepulcros megalíticos, de monumentales piedras, dependen en cuanto a tipos y material de los grupos franceses de las cuencas Sena-Marne-Oise, prolongándose hasta las etapas en que el metal ya ha hecho su aparición; por ejemplo, en los casos de los famosos cromlechs de Stonehenge y Avebury[14], círculos formados con piedras enormes, a los que se atribuyó carácter religioso o conmemorativo y que recentísimas investigaciones parecen demostrar que se trata de monumentales calendarios solares. En Escocia se entremezclan los influjos culturales procedentes del sur y de Irlanda.

Es muy poco lo que se conoce del neolítico irlandés; en cambio, durante la fase de transición al metal resultan evidentes las influencias recibidas desde Bretaña y la península Ibérica; poco después se desarrolla de igual modo la arquitectura megalítica, con sepulcros de corredor y de cúpula de tipo bretón e incluso de influencia directa portuguesa y gallega, fenómeno megalítico común a todos los pueblos que miran al Atlántico.



Stonehenge. Vista aerea.

[14]"Cerca de la población de Avebury pueden verse las huellas gigantescas de una verdadera catedral megalítica —dice André Maurois—. Más de quinientas piedras en pie forman allí círculos a los que conducen inmensas avenidas. Un baluarte, rodeado por un foso interior, revestido de hierba, ceñía un vasto espacio circular. Desde este baluarte se ve, aun hoy, a varios centenares de metros, una colina artificial que domina la llanura y que debió exigir a un pueblo primitivo tanto trabajo, tanta fe y tanto valor como a los egipcios los monumentos de Gizeh. En todas las alturas de los alrededores se levantan, cubiertos de hierbas, montículos de formas irregulares, unos ovales y otros circulares, que son las tumbas de los jefes en las que se han encontrado, dentro de una cámara de piedra, esqueletos, cerámicas y joyas. Este cementerio de héroes, las líneas sencillas y majestuosas de los montículos que se recortan sobre el cielo, el atrevido y nítido trazado del baluarte, todo evoca ya una avanzada civilización."



Según Alexander Thon, los constructores de los "cromlechs" ingleses dividían el año en dieciséis períodos de veintidós o veintitrés días cada uno. La observación de la salida del Sol por encima de las piedras, ordenadas de determinada manera, no sólo marcaba la mitad del verano y del invierno, sino también los equinoccios de la primavera y del otoño, así como fechas señaladas: el Día de Mayo, el de la Cosecha, etcétera. El propio investigador deduce que estos “calendarios megalíticos" estuvieron sincronizados de manera estudiada a lo largo y a lo ancho de toda una región.

Por su parte, el astrónomo Fred Hoyle considera los megalitos de Stonehenge como una especie de "ordenador electrónico de la prehistoria", que establecía los ciclos y las estaciones del año, llegando a sugerir que, por la forma en que se hallan dispuestos, permiten hacer predicciones sobre los eclipses, "contando únicamente con los recursos que se disponía en el año 1850 antes de Cristo". Otro de los detalles que llaman la atención es la forma precisa con que los hombres prehistóricos trazaban no sólo las circunferencias, sino incluso elipses de una gran complejidad.

El neolítico en Francia

La primera fase neolítica francesa es la llamada campiñense, que se desarrolla en particular en el norte y en el centro de la Francia actual, cultura cuyos restos aparecen en fondos de cabañas y consisten en útiles de sílex de variado tamaño. Destacan en especial los llamados *pics* y *tranchets*: los primeros, una especie de nódulos ovalados, cortantes en uno o dos de sus filos, origen del hacha neolítica ovalada; los segundos, piezas de sílex en forma trapezoidal, siendo la parte cortante la base mayor del trapecio. La cerámica adquiere forma de toscos vasos esféricos y alargados. De hecho, esta cultura septentrional francesa fue la única en este país que no recibió influencias

procedentes de la península Ibérica. Los poblados de dicho período parecen haber sido integrados por chozas ahondadas, de uno a dos metros de diámetro, construidas mediante un trenzado de ramas; los hoyos aparecen llenos de ceniza.

En el sur de Francia persiste una cultura que habitaba en cuevas, emparentada con la similar de las cuevas de la península Ibérica, con abundante cerámica hecha a mano, tosca o ligeramente pulimentada, y con decoraciones en relieve consistentes en cordones, formando combinaciones más o menos complicadas; a menudo, la adornaban también aplicando los dedos. Esta manifestación cultural abarca la región pirenaica y la mediterránea, penetrando en Italia por las rutas del litoral y remontándose por el valle del Ródano hasta la frontera suiza.

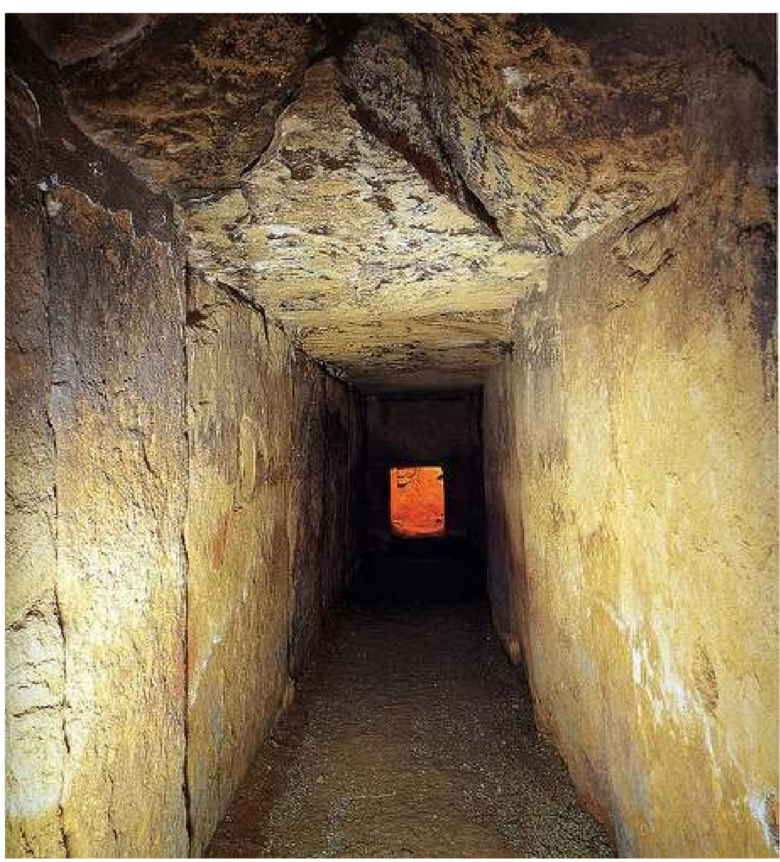
Otras dos interesantes culturas francesas son la del Sena-Marne-Oise y la bretona. La primera, derivada en cierto modo de la campiñense con influencias nórdicas, es muy abundante en objetos de sílex, y aparece localizada en cuevas sepulcrales artificiales en cuyas paredes se hallan grabadas figuras humanas estilizadas; no tardan en introducirse las formas sepulcrales megalíticas en tipos ya evolucionados, con grandes galerías cubiertas. En Bretaña se observa cierto cruzamiento de influencias procedentes del sur y otras del nordeste francés, pero ante todo la realización de un verdadero trasplante de la civilización de Portugal y de Galicia en aquella región, que alcanza tan magnífico desarrollo, que se ha considerado a Bretaña como la zona megalítica por excelencia. Se caracteriza por sus enormes sepulcros —de los que hay cientos— y largos alineamientos de menhires —piedras puestas en pie, de uno a varios metros de altura—, que a veces constituyen conjuntos impresionantes, como el de **Carnac**, que se extiende en una longitud de varios kilómetros. Se desconoce aún la finalidad de estos alineamientos, suponiéndose sea de carácter ritual, o quizá constituyen avenidas sagradas que conducían a los santuarios; es decir, a los grandes cromlechs.



Menhires de Carnac, Francia.

Por ello puede asegurarse que, ya en los tiempos neolíticos, hubo frecuentes relaciones marítimas entre las costas de Bretaña y las de Portugal, y sólo admitiendo

esto puede explicarse la presencia de tipos culturales portugueses en aquella región francesa. Lo que sigue siendo un enigma es cómo pudo llegarse a tal grado de progreso en el difícil arte de la navegación.



La Cueva de Viera, en Antequera (Málaga) es un bello ejemplo de arquitectura megalítica, con su galería de casi 20 metros de longitud por 2 de altura.

Los megalitos portugueses

Los megalitos[15], asentados en forma de sepulcros, son la característica principal de la cultura neolítica gallego-portuguesa, que se extiende luego a casi todo el occidente y norte de Europa, si bien se supone que los hallados en los países escandinavos tienen origen autóctono. También la región extremeña y algunos focos aislados del Mediterráneo-occidental deben a los portugueses este tipo de arquitectura primitiva.

Los primeros tipos de megalitos corresponden a la denominación común de dólmenes, especie de grandes mesas de piedra, destinadas a sepulturas. Más adelante, las enormes losas se adaptan en forma de cámara poligonal, sin corredor de entrada al principio, o sólo muy, rudimentario. Todos estos megalitos, al ser construidos, eran cubiertos con un túmulo del que se conservan restos con frecuencia. "El culto a los muertos —observa José R. Mélida— motivó el esfuerzo que supone la construcción,

[15]De los vocablos griegos *megalo* (grande) y *lithos* (piedra).

acarreando bloques erráticos y tallándolos groseramente del mejor modo posible, sentando de canto los que hubieran de servir de paredes y subiendo por un montículo de tierra las grandes piedras destinadas a servir de cubiertas. El montículo, que completado luego cubre la construcción, está hecho primeramente de cantos y, encima, de tierra, con una cintura de piedras de contención en la base del cono, y a veces una piedra derecha a modo de estela en la cúspide. Tal es el túmulo." Eran tumbas en general colectivas, y la entrada era tapada con una piedra para preservar de violaciones el contenido de las mismas.

Unas tres fases evolutivas pueden observarse en el desarrollo de estos monumentos. En la segunda de ellas, tales tipos de sepultura adoptan formas de verdadero sepulcro de corredor y llegan a la galería cubierta, y los restos encontrados en ellos son materiales más perfectos. En cuanto a la tercera etapa, escapa ya del neolítico propiamente dicho para entrar en la Edad del Cobre y los sepulcros de cúpula adoptan formas megalíticas nuevas: en ellos, para cubrir la cámara se emplea un sistema de falsa cúpula, avance arquitectónico notable, cuyo origen no debe atribuirse por fuerza a influencias procede Oriente, ya que puede ser perfectamente autóctono. En esta cultura megalítica portuguesa se han hallado asimismo poblados, cuevas naturales de habitación y enterramiento, y cuevas artificiales sepulcrales.

Obermaier cree adivinar que "la cultura de los dólmenes es esencialmente una cultura costera que rodeaba la península desde todas partes del mar", y llega a indicar si del sur pudo propagarse al norte a levante.

EL NEOLÍTICO MEDITERRÁNEO

Las penínsulas Itálica y Balcánica

Durante el neolítico e incluso en los comienzos del Cobre, Italia recibe a la vez influencias culturales procedentes de la península Ibérica y de la región danubiana, no pudiendo discernirse claramente las que recibió del norte de África, por no haber sido estas últimas lo suficientemente estudiadas. En algunos lugares de la península Itálica se han hallado fondos de cabañas con vasos ornamentados de espirales incisas y pintadas, en especial en las costas del Adriático y en la cuenca del Po; en esta última zona aparecen también sepulturas excavadas en el suelo, *tombe a fosse*, como se las designa comúnmente.

En la comarca siciliana de Siracusa se conoce otro ciclo cultural, el de Stentinello-Matrensa, en donde se descubrió cerámica incisa de gran riqueza decorativa, cuyo origen es algo difícil de explicar, aunque es posible que se halle relacionado con la civilización de las cuevas norteafricanas. También llegó allí la influencia de la cerámica pintada procedente del Danubio. En la isla de Cerdeña penetró con extraordinario impulso la cultura llamada del "**vaso campaniforme",** procedente de la península Ibérica, con particular influjo de la cultura de Almería, representada en los hallazgos de las cuevas artificiales de Anghelu-Ruju y Santa Cristina. Otro grupo cultural es el llamado de **"las cuevas ligures",** que abarca las comarcas del golfo de Génova llega hasta el Ródano, perteneciente a un pueblo montañés casi aislado de sus contiguos y cuya cronología es insegura; su cerámica es parte lisa negruzca y en parte con decoraciones en relieve.

La isla de Malta, pese a su reducida extensión, ofrece gran riqueza de restos prehistóricos y sus poblados presentan mayor monumentalidad que sus coetáneos de otro lugar alguno de Europa. Su cultura neolítica entra de lleno en la Edad del Cobre, con soberbia arquitectura de planta circular u oval; monumentos identificados unas veces como palacios y otras como templos —Hagiar Kim y Mnaidra—, y grutas sepulcrales artificiales, como el Hal-Saflieni, con espirales pintadas en el techo. También se han verificado hallazgos en las pequeñas islas de Pantelaria y Gozzo.

En la península Balcánica, el neolítico danubiano influye de tal modo en casi toda ella, que llega hasta el centro de Grecia; así, la cultura de la cerámica de Tesalia no es más que un grupo o variedad comarcal del Danubio, ofreciendo ejemplares pintados o decorados a veces con incisiones de carácter geométrico, junto a idolillos de tierra cocida. Los poblados estaban integrados por habitaciones de planta rectangular o con tendencia a la forma oval. En Orcomenos, Beocia, la cerámica era barnizada de negro; en Olimpia, Peloponeso, ostenta incisiones en espirales, círculos y meandros, aunque sin pintura. En la isla de Creta, el neolítico alcanzó mayor duración, a juzgar por el espesor de los estratos que ha dejado, y se caracteriza por su cerámica negruzca con decoración incisa. Al sepultar los cadáveres, los colocaban de lado, encogidos y con las piernas replegadas. Otros hallazgos interesantes, pertenecientes todavía a época prehistórica, se efectuaron en la colina de Hissarlik, en el Asia Menor occidental, lugar de asentamiento de la célebre Troya homérica.

La primera expansión cultural española

El neolítico español llega con algún retraso, en contraste con la gran expansión internacional que alcanzaría más tarde, particularmente cuando el cobre efectúa su aparición en la industria humana. Del neolítico inicial existen estaciones, como en el norte peninsular, conocidas con el nombre de cultura asturiense, que consiste en una especie de equivalente de los *kiökenmöddings* nórdicos, restos de cocina amontonados a la entrada de las cuevas, "conchales" que alcanzan a veces diez metros de altura. Entre los residuos de moluscos, patelos y litorinas, se hallan asimismo cantos rodados de cuarcita, en los que se ha tallado una punta, el "pico asturiense". Es muy posible que esta cultura se extendiera hasta la Bretaña francesa. Otra fase neolítica puede estudiarse en el extremo opuesto de la península, en Almería, con una cerámica negruzca y pulida de formas sencillas.

Además de la gran expansión de la cultura megalítica gallego-portuguesa por todo el occidente europeo, otro foco de civilización peninsular, el del centro, adquiriría también presencia internacional. lea sido llamado **"cultura de las cuevas",** por el lugar de los hallazgos, casi constantes; se caracteriza en particular por la cerámica, con predominio de ornamentación en relieve en los sectores septentrional y levantino, y mayor abundancia de cerámica incisa en la zona sur. Una de las cuevas andaluzas más interesantes es la de los Murciélagos, cerca de Albuñol, donde se hallaron numerosos cadáveres con vestiduras primitivas, sandalias, sombreros redondos y bolsas de esparto; también, uno de ellos ostentaba una diadema de oro, metal solamente utilizado como ornamento, que constituye la más antigua pieza existente del arte de la orfebrería. La cerámica meridional, ornada con incisiones, parece ser la precursora del vaso campaniforme, cultura cuya expansión alcanzaría a casi toda Europa.



En esta pintura mural de la cueva de la Pasiega (período magdaleniense), vemos lo que podría ser un remotísimo antecedente de la escritura.

Esta civilización neolítica central llegó a la región pirenaica, donde perduró largo tiempo. Hasta esta cordillera alcanzó el influjo del sur peninsular, aportando la técnica agrícola y ganadera, y a través de la región pasaron diversos tipos de cerámica campaniforme y la idea de las galerías sepulcrales cubiertas en su camino expansivo por el continente. Hacia el interior de Cataluña, la cerámica dispone sus relieves. en formas ornamentales, consistentes en tiras de barro adheridas al vaso antes de la cocción y sobre las que se hacían impresiones digitales; otra forma de ornamentación en relieve eran los pezones, pellizcando la pasta tierna de la vasija y a veces aplicando el dedo en el centro de cada pellizco.

La cultura de Almería recibió esta designación, por ser en esta provincia donde tiene su origen, y llegó a su mayor grado de perfección, aunque su influjo abarcó todo el litoral levantino peninsular, con poblados y sepulcros de muy variadas formas. Evolucionó muy pronto tras la aparición del cobre, abundante entonces en la región; de esta época de transición del neolítico a los metales, poseemos vestigios de la industria almeriense —escorias, crisoles, moldes de fundición-, lo que evidencia que fue éste uno de los más antiguos lugares de metalurgia de Europa. A partir de entonces se desarrolló con mayor impulso la arquitectura megalítica, con sus tumbas de falsa cúpula, como, por ejemplo, las de la necrópolis de Los Millares y del Romeral (Antequera).

El vaso campaniforme

A la cerámica primitiva, grosera y tosca, suceden los primeros intentos de delineación artística, por puro interés estético, como las vasijas campaniformes o en forma de campana. En su fase de pureza genuina, el vaso campaniforme constituye la resultante de uno de los productos de mayor contenido artístico de toda la Prehistoria no sólo por la línea elegante de su perfil, sino también por su armónica decoración. Las formas son regulares y limpias, como si hubiesen fabricado el vaso a torno, perfeccionamiento que aun suplían con su extraordinaria habilidad manual.

Precisamente la regularidad con que se repetían ciertos motivos ornamentales suscitó la hipótesis que estas vasijas fueran elaboradas o, por lo menos, decoradas con moldes; es decir, con punzones o ruedecillas grabadas, como se practicó más adelante. Mélida opina que las líneas en zigzag repetidas no eran simplemente un adorno, sino un signo ideológico y simbólico, el mismo signo representativo del agua en los jeroglíficos egipcios, y que esta misma significación, a la que posiblemente se suponía un poder mágico, debió tener en los vasos peninsulares, los cuales debieron ser en consecuencia

exvotos o vasos funerarios que se depositan en las sepulturas. Solía aprovecharse el hueco dejado por el dibujo inciso para rellenarlo con pasta blanca, operación que se atribuye al "horror al vacío", característico de casi todos los pueblos primitivos. El enterramiento típico era el de fosa, con el cadáver reclinado y encogido.

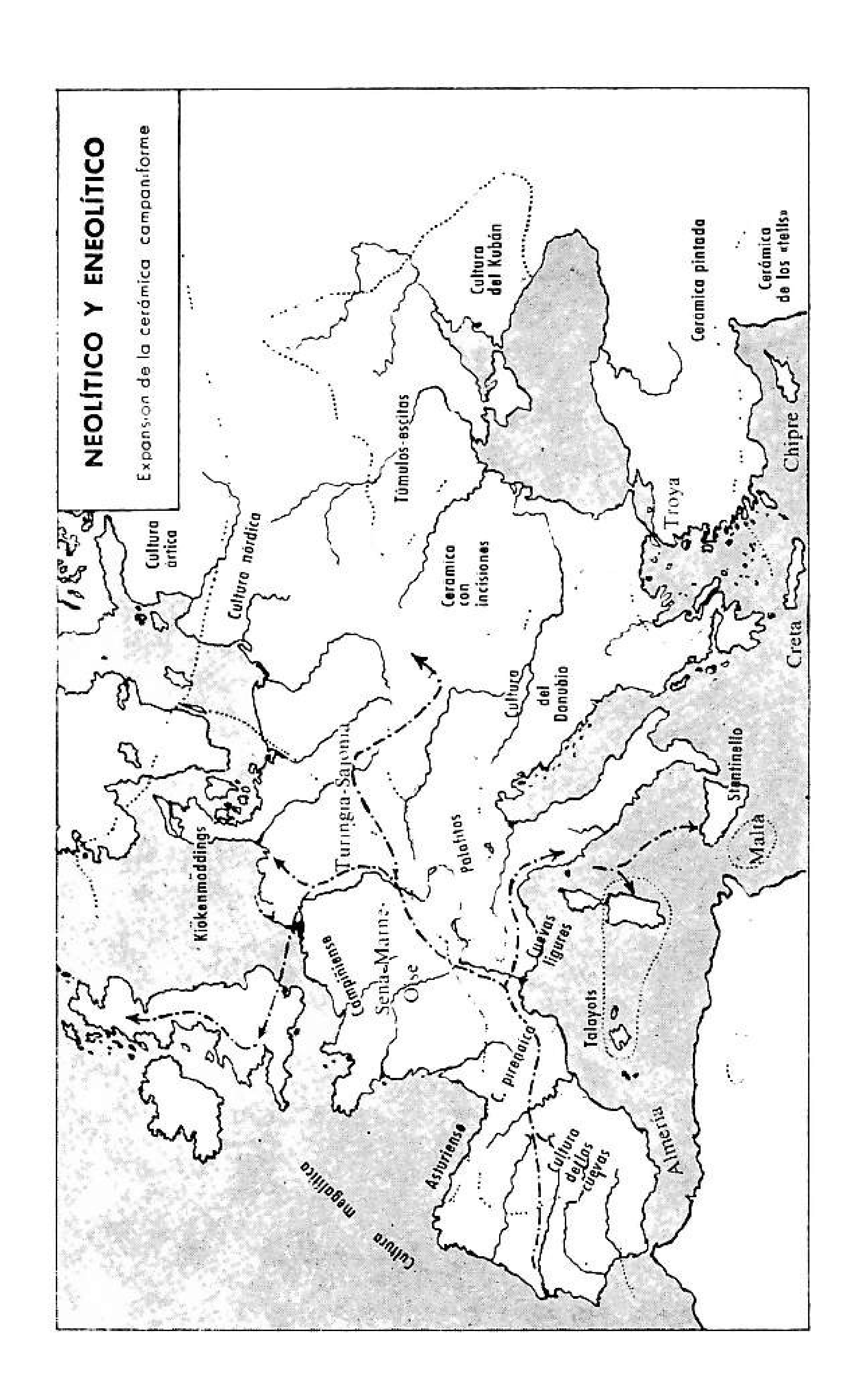


Distintos ejemplares de cerámica campaniforme. El Argar.

Fue obra de un pueblo peninsular al que interesaba el culto a los muertos, apareciendo en algún caso huesos de esqueletos con pinturas que debieron hacerse tras la descomposición cadavérica, pues era común la práctica de segundos enterramientos, acompañados de rico ajuar. Conocían aquellos pueblos la industria textil del lino y de la lana, que se teñían en blanco y negro, y, ocasionalmente, en rojo, amarillo y azul. Su expansión cultural por Europa fue tal vez debida no a un movimiento migratorio de tribus, sino por simple influencia civilizadora, aunque se ha creído también que fue originada por la explosión conquistadora de un pueblo que, conocedor de los metales con anterioridad a los demás grupos étnicos y dotado de espíritu emprendedor, comerciante e industrial, se desplazó en busca de minas que sólo él sabía beneficiar. Desde tierras españolas y por diversos caminos llegó a lejanas comarcas europeas. Su cronología, muy imprecisa, oscila entre el tercer y el segundo milenios antes de la era cristiana.

Hoernes y Behn afirman que en el centro de Europa, el grupo cultural del vaso campaniforme entró en contacto con las formas más recientes de la cerámica de cuerdas —vaso de bandas con cuerdas—, lo que parece demostrar que los portadores de ambas culturas se hallaban situados en el mismo nivel económico. La vasija campaniforme influyó también en los pueblos del norte europeo: "En las tumbas de cajas de piedra de la cuarta y última época neolítica nórdica se observan copias locales de los vasos campaniformes, al lado de puñales y hachas de tipos exóticos, copias de tipos metálicos de países que estaban ya en el neolítico. Además de los vasos en forma de campana, de perfil ondulado, raramente con asas, la cerámica de este grupo comprende casquetes esférico (escudillas), vasitos con asas y otras formas. A menudo se distinguen por la bella coloración encarnada y por el tenso pulimento de las paredes del vaso. El ornamento inciso-punteado o de líneas, rellenado con pasta blanca, constituye

anchas capas paralelas que dan la vuelta al vaso, la mayoría divididas verticalmente y cubiertas de diferentes figura ornamentales de líneas rectas en rítmica alternancia. Junto con esta cerámica se encuentran sencillos puñales y agujas de cobre; en Francia también hay joyas de oro".


NEOLÍTICO Y ENEOLÍTICO
Expansión de la cerámica campaniforme
Cultura ártica
Cultura nórdica
Kiökenmöddings
Cultura megalítica
Campiñiense
Turingia-Sajonia
Sena-Marne-Oise
Túmulos-escitas
Cerámica con incisiones
Cultura del Kubán
Palafitos
Asturiense
C. pirenaica
Cultura del Danubio
Cuevas ligures
Cultura de las cuevas
Talayots
Almería
Troya
Cerámica pintada
Stentinello
Malta
Creta
Chipre
Cerámica de los «tells»

El neolítico en África

Desde el punto de vista cultural, solía considerarse al mundo africano como un continente totalmente aislado de los demás, y no es así de modo absoluto. Seis o siete milenios antes de la era cristiana, los africanos prehistóricos ya apacentaban cabras; luego, corderos, reses fáciles de domesticar, y más tarde, ganado bovino, desarrollándose así las primeras culturas y poblados a lo largo de los ríos, con carácter permanente.

Durante el neolítico africano sigue desarrollándose el arte pictórico rupestre, aparecen la cerámica y las puntas de flechas pedunculadas. En el Sudán septentrional se han encontrado megalitos, círculos de piedras y túmulos que guardaban armas, adornos y objetos de metal de épocas más posteriores. La densidad de población era mucho mayor que la actual, ya que no había variado el clima, a la sazón adecuado para la existencia humana. El llamado cráneo de Asselar apareció acompañado de restos de moluscos, pescados y cocodrilos fosilizados. En las comarcas situadas al sur del África occidental, la mayor parte del material exhumado es pesado y poco manejable: hachas globulosas, muelas, pilones y morteros, que evocan una civilización de agricultores sedentarios, quizás los antecesores de los negros actuales[16].

Los colonizadores de Egipto que emigraron hacia Occidente, bordearon el Sahara y crearon una cultura que se ha comparado a la campiñense francesa; parece ser que siguió diversas trayectorias hacia la cordillera del Atlas, al Senegal, al Níger y al Congo. En general, la cultura neolítica norteafricana, llamada también "de las cuevas", es bastante pobre; en cambio, la evolución del neolítico egipcio a la era del metal y al período plenamente histórico fue muy rápida. Las primeras sociedades egipcias se formaron cuando el suelo de aquel país adoptó la configuración actual y el Nilo regularizó su curso[17]; de aquella época se han descubierto restos de poblados constituidos por cabañas cuadradas o rectangulares, construidas con barro apisonado o adobes, sin más hueco que la puerta; a veces, protegidos por vallados. Las sepulturas, por lo general colectivas, son fosas abiertas en la tierra, en que aparecen los esqueletos encogidos y descansando sobre el costado izquierdo, con la cabeza vuelta hacia el sur; en torno suyo, las vasijas con las provisiones para la otra vida, instrumentos de piedra y variedad de objetos. Es preciso señalar, además, que los egipcios primitivos superaron a todos los pueblos contemporáneos suyos en la talla del pedernal, que supieron elaborar con gran finura. Se diría que eran precursores del colosal pueblo creador de arte que iba a sucederles muy en breve.

LOS METALES ENTRAN EN LA HISTORIA

Piedra-metal, una transición indeterminada

---

[16]"Parece que el tipo negro se diferenció tardíamente a expensas del tronco común primitivo —dice C. Arambourg—, pues no aparece con certidumbre sino partir del neolítico, época en la cual la diferenciación y la localización de los grandes grupos étnicos actuales fue por fin realizada."

[17]Los vestigios de las tribus agrícolas del neolítico egipcio son difíciles de hallar por estar cubiertos por capas de tierra de muchos metros de espesor, formada. por los aluviones fluviales depositados durante un largo período de siete a diez milenios, por cuya razón son raras en Egipto las estaciones pertenecientes al neolítico puro.

Se puede precisar con mayor o menor claridad la transición de la edad paleolítica a la neolítica, pero no la de esta última época a la del metal. Es indudable que, en la historia de la civilización humana, significó un gran acontecimiento el hecho de conocer que, fundiendo los metales al fuego, se podía darles la forma que se quisiera. No obstante, durante mucho tiempo coexistieron las industrias de la piedra y del moral, porque los primeros metales conocidos —oro, plata, cobre— no satisfacían plenamente las necesidades humanas vitales en aquellos tiempos.

Quizás fue el oro el primer metal conocido, hallado en estado nativo en la superficie del suelo, a poca profundidad o entre las arenas de los arroyos, y debió llamar la atención por su color, brillo y cualidades. Pero su excesiva blandura no lo hacía apto para fabricar con él útiles de trabajo; lo mismo ocurriría alguna vez con la plata, y en cierto modo con el cobre. El uso de los metales nobles se redujo, pues, a objetos de ornamentación pura y simple. El cobre nativo sólo se ha hallado en grandes cantidades junto al lago Superior, en la América del norte, y para obtener una producción abundante hubo que acudir a los minerales cupríferos, por lo que es dudoso que el cobre nativo haya formado jamás la base de una verdadera industria metalúrgica. Ahora bien, para obtener el cobre a partir de sus minerales, precisaron reducir éstos por medio del carbón vegetal: ello les proporcionaba un metal también blando, ya que los procedimientos químicos de endurecimiento del cobre eran desconocidos en aquellos remotos tiempos.

En consecuencia, hubo que seguir usando la piedra, material de dureza y solidez garantizadas, por lo menos para la fabricación de armamento, lo que explica que durante la edad de transición eneolítica se usen indistintamente piedra y metal. Pero la situación cambió al descubrirse, acaso por pura casualidad, que la mezcla del cobre con otro metal blando, el estaño, producía un nuevo elemento más duro y consistente, el bronce, la primera aleación de la historia. En lo sucesivo, el uso de la piedra fue perdiendo terreno, al mismo ritmo que lo ganaba el de los metales.

Es sumamente difícil señalar con exactitud la cronología de tales descubrimientos y avances culturales, aunque lo más probable es que el bronce surgiera en Oriente hacia el cuarto milenio antes de la era cristiana, propagándose al Mediterráneo occidental a través del Egeo hacia el año 2000 antes de Cristo. El momento final del eneolítico o Edad del Cobre en Europa ha sido fijado por Hubert Echmidt en el año 2500 antes de Cristo. Lo cierto es que los comienzos de la metalurgia provocaron nuevas formas de vida. El proceso de formación de culturas partiendo de hechos diferenciales se aceleró notablemente, sobre todo en Asia occidental y valle del Nilo, que entraron muy pronto en la historia.

Asia occidental, Siria y Egipto

El cobre, que se extrajo muy pronto en la península del Sinaí, fue utilizado con presteza en Egipto, mucho antes que en Europa, por lo que el período de transición del eneolítico se extendió pronto a lo largo de las comarcas del bajo valle del Nilo. El cobre se encuentra en los más antiguos conchales egipcios, junto con hachas de piedra pulimentada, restos de cerámica primitiva y objetos de sílex tipológicamente recientes. Más tarde, los hallazgos se efectúan en necrópolis que se diferencian notablemente de las pertenecientes a la época faraónica, no sólo por la técnica constructiva, sino por el contenido de las tumbas. Al norte de Tebas, en la orilla izquierda del Nilo, se han encontrado unas dos mil sepulturas de esta especie, y los cadáveres no están todavía

momificados, sino simplemente revestidos con esterillas de junco u hojas de palmera y cubiertos con planchas de madera. La época del cobre y la temprana Edad del Bronce se centran hacia el cuarto milenio anterior a la era cristiana y constituyen las últimas etapas precursoras del Imperio antiguo egipcio, ya plenamente histórico.

La cuenca inferior del Tigris y del Éufrates era también rica en cobre, así como muchas comarcas del Asia occidental, como Asiria, Armenia y el Cáucaso. Una buena muestra del eneolítico o época del cobre puede estudiarse en el "tell" o colina de Susa, en el antiguo Elam, donde se hallaron vestigios de culturas superpuestas, cuya característica principal es la cerámica pintada hecha ya a torno, con motivos geométricos acompañados de figuras estilizadas de animales y también humanas, todo ello encuadrado plenamente en el cuarto milenio antes de Cristo. Esta civilización de Susa ofrece paralelismos en un área muy extensa del Asia occidental, desde la meseta de Irán y el Turquestán hasta Transcaucasia, con infiltraciones hacia el Asia Menor, no bien conocidas. La dispersión de esta cultura procedió seguramente del norte de Irán y comarcas al sur del mar Caspio, cuyo clima debía ser entonces más favorable que en la actualidad, emigrando sus pobladores a otras tierras, impulsados por períodos de desecación n aquellas zonas, fenómeno que se ha repetido muchas veces en la historia. La cultura elamita posiblemente se relacionó con la primitiva sumeria, enlazando así con los más antiguos períodos históricos de Mesopotamia.

La cerámica pintada de Siria, de comienzos de la era de los metales, parece ser una última repercusión de la pintura cerámica de tipo iranio-elamita. La Edad del Bronce en Siria comprende una cronología que abarca desde mediados del tercer milenio antes de Cristo hasta la mitad del segundo, aproximadamente, y es de suponer que estaría precedida por un largo período de utilización del cobre puro o eneolítico; apoyan esta hipótesis el hecho de la proximidad de Chipre y los hallazgos de cobre más antiguos. Las hachas de bronce muestran formas en parte primitivas y en parte egipcias, con dos orificios en la hoja. La población más antigua, históricamente conocida, al norte de Siria, es la de Chatti; es decir, la de los hititas, imperio que aglutinó a pueblos diversos en la meseta del Asia Menor, integrando un auténtico estado organizado.

Esta última península, la más cercana a Europa, constituyó el puente de paso donde tomaron contacto las culturas más antiguas de ambas partes del mundo, gracias a su especial situación geográfica. A la Edad del Bronce pertenece el establecimiento más antiguo —primera ciudad— de Troya, en una colina sobre la que se erigieron construcciones rectangulares de pequeñas piedras con argamasa y barro. El nombre de dicha localidad sería famoso a comienzos de la época histórica.

Chipre, "isla del cobre"

Precisamente el vocablo Chipre significa "cobre" en idioma griego, lo que evidencia la abundancia de este metal en la isla. La Edad del Cobre abarcó aproximadamente desde principios del tercer milenio hasta mediados del segundo antes de nuestra era. Las forma, de sus armas y demás instrumental son en extremo sencillas y sin ornamentos, hachas planas sin rebordes laterales y puñales de forma esbelta, cuyo filo prosigue en espiga curvada en su parte superior, a fin de poder fijar sólidamente el mango; tales puñales son cada vez más alargados, hasta parecer espadas cortas. También se encuentran tipos, de agujas con una cabeza especial, cuyo ojo está formado por un alambre retorcido. La cerámica más antigua no está decorada; la más reciente, con

ornamentos lineales incisos, es parecida a los ejemplares hallados en los palafitos suizos.

Las tumbas consisten en hoyos rectangulares alargados, y los cadáveres aparecen extendidos en el suelo y cubiertos por una losa horizontal, o en una excavación lateral cerrada por un bloque vertical; las más antiguas contienen como ofrendas metálicas tan sólo objetos de bronce puro; pronto se le agregó una débil cantidad de estaño, cuya proporción fue menor que en los bronces europeos durante mucho tiempo. En efecto, la relativa escasez de estaño en los países ribereños del Mediterráneo oriental motivó que, pocos siglos después, surgiera en ellos un pueblo navegante, los fenicios, que se impusieron la tarea de buscar dicho metal en las comarcas más lejanas y apartadas, dando así origen a las primeras grandes navegaciones históricas.

La cerámica de ofrendas, depositada en las tumbas, presenta curiosas muestras: vasos dobles y triples, jarros con la boca en forma de picos de animales, fusayolas, etcétera, parecidas a las troyanas. También hubo un período micénico en Chipre, tan rico en objetos de oro que sólo fue superado por los hallazgos de la propia Micenas, y gracias a los elementos de importación procedentes de Grecia pudo formarse una escuela local micénico-chipriota, que recibió también influencias egipcias y mesopotámicas. El influjo babilónico parece introducirse hacia mediados del tercer milenio antes de Cristo al fundarse el imperio semita de Sargón I y Naramsín, ya que los auténticos sellos-cilindros aparecidos en Chipre indican la existencia de funcionarios dependientes de estos dos monarcas, y sirvieron a la industria indígena de modelos para numerosas obras propias. Por lo demás, los principales objetos de bronce hallados son grebas o canilleras, pequeñas fíbulas de tipo primitivo y otros adornos de oro y plata.

Se ha atribuido también a influencia mesopotámica la adopción del culto a la Gran Diosa oriental de la vida sexual, cuyas imperfectas imágenes, desnudas o vestidas, se han encontrado en diversas tumbas la Edad del Cobre y del período micénico-chipriota. Es probable que representen a la divinidad tutelar o señora de la isla, a la que posteriormente se llamó Afrodita, la Venus de los romanos. La bella tierra insular fue considerada como asiento del culto general del amor, con importantes templos en Idalión, Amatus y Pafos, con mayor densidad que en ningún otro lugar del mundo helénico.

Cobre y bronce en los pueblos mediterráneos

En otra isla, la de Creta, y en el archipiélago egeo, floreció una espléndida civilización a comienzos de la Edad del Bronce, llamada cultura cicládica o de las islas (Cícladas), y abarca una cronología aproximada del año 3000 al 1700 antes de Cristo. De hecho, Creta forma un mundo aparte. En las sepulturas cicládicas se han hallado diversos tipos de ajuar funerario: armas y útiles de bronce y de obsidiana, adornos y objetos de plata y plomo, cerámica y vasos e ídolos de mármol. He aquí un material nuevo, el mármol, abundantísimo y de excelente calidad en Grecia, y que constituirá un elemento insustituible y eterno para las creaciones artísticas del genio humano.

El tema principal de estos primitivos trabajos en mármol cicládico lo constituye la figura femenina desnuda, cuya presencia en calidad de ofrenda en las sepulturas se debe, en opinión de muchos, a la primitiva idea de la "esposa funeraria"; o sea, la de sacrificar a la mujer en el sepulcro del marido, práctica usual en muchos pueblos orientales, incluso en un pasado muy reciente, como en la India. Luego se sustituyó tal vez la persona por la imagen. En alguna de estas islas —Filacopi, nordeste de Melos—

se han hallado vestigios de poblado, que sugieren una idea de urbanización con viviendas rectangulares, según un plano regular, y pertenecen al segundo milenio anterior a la era cristiana.

Creta desarrolló en la edad de los primeros metales una civilización: llamada minoica —de Minos, legendaria divinidad—, que se desarrolló desde las postrimerías del cuarto milenio antes de Cristo hasta finales del segundo, a través de diversas etapas, constituyendo un importante precedente del desenvolvimiento de la cultura clásica. Por vez primera, el sudeste europeo dio a conocer al mundo su capacidad creadora —política y artística—, si bien Creta era sólo una isla, y hubo necesidad que en dicha cultura participaran Grecia entera y la costa egea del Asia Menor. Con todo, la adecuada situación geográfica de Creta contribuyó a ello en gran manera. Las capas culturales más antiguas de la isla pertenecen aún al neolítico, pero en los siguientes yacimientos se hallan ya puñales cortos de cobre y vasijas con pinturas sencillas que denotan influencias de las primeras dinastías faraónicas egipcias. De épocas posteriores, los hallazgos muestran la existencia de viviendas de forma complicada, quién sabe si incluso edificaciones de más de un piso, sepulcros de cúpula, palacios y un notable perfeccionamiento de la cerámica.

En Italia, el eneolítico se desarrolló sin solución de continuidad desde el período anterior o de la piedra pulimentada, integrando tres ciclos culturales: el sudalpino, el itálico y el siciliano. En todos ellos son comunes los puñales con espiga rectangular .y puntas de flechas multiformes; se emplean el cobre y rara vez el bronce, muy pobre en estaño; para objetos de adorno se usan el estaño y la plata en casos aislados. El rito sepulcral es siempre la inhumación. En Sicilia, las épocas del eneolítico y del bronce están representadas por poblados y cámaras sepulcrales excavadas en la roca blanca, por una primera cerámica pintada, unos pocos objetos de bronce y muchos útiles de piedra que pertenecen al tercer milenio antes de Cristo v coinciden con los períodos del minoico primitivo de Creta y las primeras ciudades troyanas. A la plena Edad del Bronce pertenece la cultura itálica llamada de los "**terramaras**", en la llanura del Po, con poblados construidos sobre estacas en suelo firme, rodeados por un muro provisto de un contrafuerte de madera y un foso que se llenaba aprovechando aguas cercanas. El conjunto semejaba la forma de un cuadrilátero, según un plan metódico, con una calle principal como eje mayor del poblado. Muestran el germen de la disposición del futuro campamento romano.

Del mismo modo que en Italia y en Sicilia, aparecen en Malta y en otras islas del Mediterráneo occidental una serie de culturas que conocen la metalurgia. En Cerdeña se han conservado construcciones circulares de grandes losas llamadas *nuraghi*, torres en forma de coro, acaso residencias fortificadas de los jefes de tribu o aldea; en general, todo lo hallado, perteneciente a la cultura sarda de este período, aparece muy relacionado con la de Mallorca y Menorca.

La Edad del Bronce europea

En la Europa occidental, durante los últimos siglos del tercer milenio antes de Cristo hasta mediados del segundo, se hallan en gran número pequeños puñales triangulares con lengüeta, espiga y remaches para aplicar el mango, una especie de alabardas y ornamentos personales a base de perlas de vidrio, hueso, bronce y calaíta —piedra semejante a la turquesa—, así como placas en forma de medialuna, para adornar el cuello. Luego van escaseando los objetos de cobre puro, sustituidos por bronce cada

vez más rico en estaño; los puñales evolucionan hacia el tipo de espada corta. Durante el segundo milenio se practica por vez primera en todas estas comarcas la incineración de los cadáveres, y el armamento se va perfeccionando, apareciendo más tarde cascos de bronce en forma cónica. Asimismo, las primeras fíbulas o hebillas, a modo de imperdible, broches de cinturón en forma de suela de zapato y ornamentados, bridas de caballo y navajas de afeitar, con los filos curvados; también evoluciona la cerámica, con ejemplares de cuello cilíndrico y borde saliente.

En la Europa central, las culturas aparecen bastante diversificadas, con abundancia de objetos de carácter utilitario, armamento y ornamentación. Son interesantes los hallazgos de Aunjetitz (Bohemia septentrional) y las llamadas "tumbas reales" de Leubingen (Sajonia); en estos sepulcros, sus grandes estructuras de madera, así como las tumbas en cistas de piedra de Sehringsberge (Helmsdorf), adquieren notable importancia para la historia de la arquitectura, en opinión de muchos arqueólogos, ya que permiten conclusiones trascendentales sobre la técnica constructiva de aquella época, tan desarrollada que incluso se conocía la verdadera bóveda Los pueblos que habitaron las comarcas meridionales de Alemania mantuvieron también relaciones comerciales con los países mediterráneos, indirectas en sus comienzos y mucho más intensas después.

En general, las regiones de la Europa central muestran un cuadro cultural bastante homogéneo durante la edad media del bronce, llamada también de las "tumbas con túmulos"; a finales de dicha edad, el período de las "necrópolis con urnas", la vida de estos lugares experimenta una profunda transformación, debida acaso a la aparición de un nuevo pueblo agrícola que irrumpe en Europa, de origen desconocido, aunque quizá procedente del sudeste.

Región-puente de culturas fue la de Hungría, país que se halló muy bien dotado en esta época para crear una rica civilización de la Edad del Bronce, gracias a sus propios y abundantes yacimientos de cobre y a la proximidad de minas de estaño. Exportó sus productos hasta territorios muy lejanos. Además de la fundición, conocían la forja del bronce, y, mediante análisis químicos, son fácilmente reconocibles los objetos arqueológicos resultantes de esta cultura húngara, por contener antimonio, que se agregaba ex profeso, lo que denota un importante conocimiento de las propiedades de algunas aleaciones por parte de aquellas sociedades primitivas.

La Edad del Bronce nórdica abarca cronológicamente desde comienzos del segundo milenio hasta mediados del primer milenio antes de Cristo, y comprende el sur de la península escandinava, Dinamarca, norte de Alemania y de Polonia y algunas comarcas del noroeste de Rusia. Perduró tanto, porque estas regiones se vieron libres de ataques exteriores durante bastante tiempo, lo que no ocurrió en otras comarcas europeas. Coincide con el desarrollo de las fases plenamente históricas en el valle del Nilo, Mesopotamia, y otros lugares del Mediterráneo oriental y países asiáticos. Con todo, las influencias recibías por parte de los pueblos del bronce nórdico son de origen centroeuropeo y llegan al mar del Norte y al Báltico, probablemente siguiendo el curso de los grandes ríos Vístula, Oder, Elba y Rin. El bronce nórdico creó notables centros de manufactura y se ha observado que la habilidad de los fundidores y cinceladores resiste la crítica más rigurosa; aunque no conocían la soldadura, lograban un brillo dorado particular en el metal mediante ámbar o algún fundiente pardo oscuro, tal vez alguna resina; también usaron el oro para decorar armas y otros objetos[18]. A fines del segundo

[18]Uno de los ejemplares más curiosos del bronce nórdico es el llamado Carro del Sol, hallado en Trundholm —isla de Seeland, Dinamarca—, que consiste en un doble disco de bronce fundido y

milenio aparecen la, primeras vasijas de bronce dispuestas para ser colgadas, en forma de caja y con cubierta plana.

APARECE EL HIERRO

El alba del nuevo metal

La cultura del hierro es la más tardía, abarca el milenio anterior a la era cristiana y comprende el período en que ya desarrollaron su historia la mayoría de los pueblos de la llamada Antigüedad clásica. En muchas comarcas no se utilizó durante mucho tiempo por hallarse en forma de mineral y desconocerse la manera de obtenerlo. Hubo luego épocas en que se dispuso por igual del bronce y del hierro, siendo preferido el primero por considerarse un "metal noble", consagrado o prescrito en las ceremonias rituales.

Se han llevado a cabo curiosas estadísticas comparativas a tal respecto. Así, en los cuatro primeros libros de la Biblia, el bronce aparece mencionado ochenta y tres veces, y sólo cuatro el hierro; en la *Ilíada*, la proporción a favor del bronce es de doscientas setenta, contra sólo veintitrés del hierro; en cambio en la *Odisea*, el primero es citado ochenta y cuatro veces y veintinueve el segundo, lo que parece indicar un rápido avance industrial y utilitario del hierro. Con todo, en el período micénico-cretense la magnificencia regia y el estilo artístico imperante se acomodaron más al uso del bronce.

Es lógico suponer que en las comarcas donde abundaron el cobre y el estaño se anduviera más remiso en adoptar el uso del hierro, aunque en algunas de ellas se impuso la supremacía de éste al agotarse las materias primas del bronce y las posibilidades de su técnica. También contribuyeron acaso a la expansión del conocimiento del hierro las migraciones de herreros trashumantes, humildes y anónimos forjadores, que propagaban la industria y el uso del nuevo metal. Es sabido que cuando los israelitas se trasladaron desde los desiertos de Arabia septentrional hasta las tierras de Canaán, eran una tribu beduina sin herreros propios; en cambio, en los tiempos de la fundación de la monarquía hebrea, David (984-960 antes de Cristo, aproximadamente), había acumulado, al parecer, un peso de cien mil talentos de hierro y sólo doce mil talentos de metal —cobre—, para dedicarlos a la construcción del templo de Jerusalén, materiales que procedían de las donaciones voluntarias de los nobles israelitas, que agregaron diez mil talentos de plata y cinco mil de oro, y aunque estas cifras no puedan tomarse al pie de la letra, nos indican que en aquella época ya abundaba el hierro en Israel.

En la Grecia clásica, el poeta Esquilo llama al hierro “importación de los escitas”, con mayor o menor fundamento, y en Asiria se hallaron ciento sesenta toneladas de hierro de primera calidad almacenado en el palacio de Sargón II de Korsabad (710-705 antes de Cristo); con todo, es muy improbable que oleadas migratorias de pueblos conquistadores aportaran el hierro desde tierras de oriente y lo propagaran por todo el mundo.

Los primeros testimonios de la elaboración del hierro se hallan en el Asia occidental, donde las tribus semíticas que allí vivían pronto lo conocieron y usaron, aunque sin desdeñar el bronce. Según el arqueólogo Flinders Petrie, la referencia escrita más antigua del uso del hierro se halla en el valle del Nilo en un texto religioso de Abu Simbel (siglo XIII antes de Cristo) en el que se dice que el dios Ptah hizo los miembros del faraón —Ramsés II— de electrón, aleación de oro y plata; los huesos, de bronce, y los brazos, de *ba-en-pet*, literalmente "hierro del cielo"; es decir, hierro procedente de meteoritos, origen que indujo a la hipótesis de la estructura férrea de la bóveda celeste.

---

cincelado, con sobredorado de oro, sobre cuatro ruedas y tirado por un caballo. Mide en total 57 centímetros de largo por unos 36 de alto, y fue consagrado probablemente al culto solar.

Un siglo después se pintaban de color azul las armas de Ramsés III (1198-1167 antes de Cristo), en la tumba de este faraón, lo que constituye una prueba directa de los comienzos de su uso en Egipto.

Creta y el archipiélago griego se adelantaron también al conocimiento y uso del hierro, hacia el año 1400 antes de Cristo aproximadamente, y se ha supuesto que al emigrar de Creta, los filisteos llevarían el uso del nuevo metal al Asia Menor y a Palestina. En Asiria aparece el hierro como preciado botín de guerra de la lucha entre Asurbanipal II (884-860 antes de Cristo) y los pueblos del norte de Mesopotamia, pero pocos años después observamos que se había generalizado su uso. De todos modos, la invención de la técnica del hierro no puede localizarse en una comarca determinada, siendo fácil que tuviese efecto en varios lugares a la vez. En Europa se propagó hacia los siglos XII al IX antes de Cristo.

Dos períodos: Hallstadt y La Tène

En 1846 se descubrió en una pequeña población de la Alta Austria, llamada **Hallstadt**, una importante necrópolis con más de un millar de sepulturas y gran riqueza de objetos prehistóricos. Este descubrimiento hizo que llevara el nombre de aquella localidad el último período del bronce y primero de la Edad del Hierro, que se denomina hallstático. Su desenvolvimiento pasa por diversas fases, tanto en la Europa meridional como en la central y occidental.

La Grecia continental sufrió irrupciones de pueblos dorios y tesalios, procedentes del norte, hacia 1200-800 antes de Cristo, época de luchas y migraciones de las tribus griegas históricas; es decir, de los helenos, nombre que aparece citado por vez primera pocos años más tarde. A este período corresponden el de la formación de numerosas leyendas griegas. En el ciclo homérico se considera al hierro como metal de extraordinaria utilidad, de uso imprescindible. Otro poeta, Hesíodo (750 antes de Cristo), demuestra conocer ya el forjado cuando dice: "El hierro, el más duro de los metales, ablandado por el brillante fuego en el valle umbrío, fundido en la tierra por las manos fortísimas de Hefaistos...” es decir, del dios de las herrerías. Solían instalar las fraguas en las afueras de la población. En cuanto al hierro acerado, ya se conocía antes, al componerse la Odisea. Hacia el año 600 antes de Cristo, Glauco de Quíos descubrió la soldadura del hierro.

En Italia, los grupos culturales locales formados en el transcurso de la época del bronce se consolidan durante la aparición del hierro sin solución de continuidad, con vida y civilización propias y con participación de algunos movimientos etnográficos. La zonal meridional constituye ya en esta época una prolongación de la cultura griega que se incrementaría luego, durante la era colonizadora, hasta integrar una verdadera Magna Grecia. En la Italia norte-centro se desarrollan la cultura de Villanova —lugar cerca de Bolonia— y, más tarde, la de los etruscos, procedentes probablemente de los países del Mediterráneo oriental. Es difícil establecer una cronología segura de estos núcleos dc población, a causa de los muchos objetos de importación griegos, egipcios y orientales que se han descubierto, y que denotan el activísimo comercio que se desarrollaba en aquella época; en general, abarca los siglos XII al VI antes de Cristo.

Él verdadero núcleo de la cultura de Hallstadt, no obstante, se halla enclavado en la Europa central, en el cinturón alpino y comarcas limítrofes. Se caracteriza por ti mezcla de elementos, en parte nórdicos y en parte meridionales y orientales; en lo referente a la delimitación de las fronteras de civilización, más importancia que los metales, bronce y hierro, adquieren significado las diferencias entre aldeas y poblaciones mayores, sistemas constructivos de madera o piedra, pobreza o riqueza ornamental, y conocimiento o no del alfabeto. También

ofrece interés la disposición de los poblados[19]. Por otra parte, las riquísimas minas de sal de Hallstadt contribuyeron decisivamente, sin duda, a un activo tráfico comercial de este producto en todo el centro de Europa.

La Tène es una localidad de la Suiza occidental, situada en el extremo norte del lago de Neuchâtel, cuya industria prehistórica caracterizó a la segunda fase de la llamada Edad del Hierro. Constituyó un poblado fortificado helvético, cuya cultura ofrece cierta semejanza con la de los galos de la cuenca del Marne, que fue destruido o abandonado poco antes de nuestra era. Un poblado fortificado en medio de una comarca colonizada por aldeas abiertas constituyó algo nuevo en la Europa central en esta época de transición de la Prehistoria a la Historia.

"En ciertas comarcas de la Europa central —según Hoernes y Behn—, sobre todo en las mesetas occidentales hasta Bohemia, se rompió bruscamente la civilización hallstática, apareciendo en su lugar las nuevas formas del primer período de La Tène; en otros lugares, sin embargo, no ocurrió así y la cultura de La Tène entró sólo en su período medio, disolviendo la de Hallstadt y mezclándose con esta cultura, como en los países alpinos, por ejemplo. Más hacia el sureste, en la zona montañosa dinárica, hallamos hasta la época imperial romana una mezcla de formas locales tardías hallstáticas y de tipos avanzados de La Tène, que muy pronto se asocian con lo romano. Conocemos pues, así, el camino que recorrió esta nueva cultura; es decir, la fuerza y la influencia de los celtas de Occidente durante la segunda mitad de este milenio en la Europa central, y asimismo la suerte que depara a la civilización de Hallstadt en los diferentes países. Se evidencia claramente que esta nueva fuerza propulsora procede de Occidente y destruye los antiguos elementos culturales locales, primero en el oeste y sur de Alemania, después en menor escala en los Alpes orientales y en otras partes de aquel gran macizo de montañas, y por último en el norte de la península balcánica."

En efecto, la época del hierro de La Tène coincide con las correrías de este pueblo inquieto e individualizado: los celtas.

Los celtas recorren Europa

Los celtas fueron tardíamente conocidos por los pueblos meridionales. Por lo general, se los describe como un pueblo de pelo rubio, ojos azules y cutis blanco, que se afeitaban mejillas y barba, dejando crecer el bigote. De espíritu vivaz y aventurero, eran también vanidosos y elocuentes. Los que se establecieron en las Galias se gobernaban al principio a base de una monarquía patriarcal, organizándose después —hacia el siglo I antes de Cristo— en pequeñas repúblicas, con un magistrado supremo elegido anualmente por los notables del poblado y una especie de senado, que representaba el más alto poder. La clase privilegiada aparecía constituida por los grandes señores y los druidas o sacerdotes, que eran a la vez médicos, maestros y jueces; la infantería de sus bandas armadas estaba integrada por los plebeyos.

[19]"En el neolítico y eneolítico —dice el arqueólogo alemán Schumacher—, los habitantes se preocupaban principalmente de la propia defensa. Por ello elegían de preferencia para su instalación colinas que tuviesen varias elevaciones o montículos que se rodeaban de murallas o de fosos, o bien se levantaban en medio de lagos o lagunas que las defendían contra los enemigos o vecinos peligrosos... Ya en los últimos tiempos eneolíticos se debió empezar a sentir una mayor seguridad, pues entonces los poblados se construían más en las llanuras, y al comienzo del Hallstadt desaparecen a su vez los palafitos. En esta última época y en la de La Tène se prefieren las grandes llanuras, en especial la del Rin."

A comienzos del primer milenio antes de la era cristiana, los celtas habían iniciado su expansión por la cuenca del Danubio y, atravesando los valles alpinos, hacia las penínsulas itálica y balcánica; en el siglo VII antes de Cristo, se dirigieron a los países nórdicos y a las Islas Británicas, a causa de la presión ejercida por los pueblos germánicos. Los que se establecieron en el norte de Italia recibieron el nombre de galos, extensivo luego a las tribus que ocupaban Francia y la actual Bélgica. Otras ramificaciones célticas llegaron a Tracia e incluso al Asia Menor, estableciéndose un grupo de estos celtas galos en el centro de la península anatólica (278 antes de Cristo), que recibió de ellos el nombre de Galacia. Siete u ocho siglos antes de nuestra era habían penetrado también en la península Ibérica.

Suelen distinguirse dos ramas étnicas de tipo céltico, la continental y la insular; la primera de ellas integrada por los galos propiamente dichos, y la insular, por los britanos —Bretaña, Gales, Cornualles— , y gaélicos —Irlanda, Escocia—. Al principio, los celtas difundieron la cultura hallstática y más tarde el arte de La Tène, con notoria, influencias de los pueblos mediterráneos.

Los autores clásicos antiguos aluden con frecuencia a estos pueblos célticos, a partir del siglo VI antes de Cristo. Hecateo de Mileto (550-480 antes de Cristo), menciona el país de Keltiké situado frente a las costas inglesas, y Aristóteles describe dicho país como N una comarca fría, cuyos habitantes luchan de continuo contra un mar embravecido y en donde el asno no es conocido. En el poema geográfico *Orae maritimae*, de Avieno, los celtas aparecen como un pueblo que el navegante encuentra en sus largos viajes, una vez pasa las Islas Británicas y llega al litoral entre el Rin y la península de Jutlandia. Por su parte, Heródoto sitúa a los celtas en el extremo occidental de Europa, en las cercanías de los Pirineos; en aquella fecha —mediados del siglo V antes de Cristo-, los celtas ya residían en el occidente de la península, época en que el hombre celta adquiere consistencia a la luz del testimonio seguro de las tradiciones históricas hermanadas con los vestigios arqueológicos hallados.

El historiador francés Camille Jullian observa, además, que no debe extrañarnos que los griegos conocieran a los celtas del mar del norte y, en cambio, desconociesen a los que residían entre el Sena y el Loira. Los navegantes de entonces tan sólo trababan relación con las costas de los países lejanos no explorados, y aun de ellas únicamente los puntos más importantes para el comercio, en especial al principio. Por ello, el geógrafo antiguo Piteas (325 antes de Cristo) nos habla de las tierras de la desembocadura del Elba, comarca mejor conocida que otras, por donde se cruzaba más o menos apresurada mente en los viajes efectuados en busca del estaño y del ámbar.

Arte y civilización de la Edad del Hierro

El arte céltico de los siglos VIII al V antes de Cristo, es el típico de la cultura hallstática, con ornamentaciones geométricas y en espiral; más tarde, en el período de La Tène, se desarrolla un estilo basado en el motivo de la palma, con variedad de ornamentos curvilíneos y rasgos de influencias etruscas y griegas. Dato curioso: en los últimos períodos se encuentran los ejemplares más antiguos de monedas acuñadas por los jefes celtas, imitando a las griegas, en especial las macedónicas. También en la Europa central se va haciendo de uso común la fíbula o imperdible, extremadamente rara hasta entonces en aquellas comarcas. Es de notar también una mayor variedad de productos de la industria textil en esta época.

Resulta explicable el hecho que, durante el período de Hallstadt, apareciera pronto el uso del hierro en la región alpina oriental, teniendo en cuenta la riqueza mineral en estos territorios. Al principio se fabricaron con este metal anillos, incrustaciones en

placas de cinturón y empuñaduras de espadas de bronce, y luego, fíbulas, agujas, collares y brazaletes en espiral. La técnica metalúrgica alcanzó desarrollo notable; se fue propagando el forjado, el arte de dilatar o malear los objetos trabajando con el martillo en el metal frío o calentado al rojo, y de este modo los objetos fabricados pudieron hacerse más anchos y largos; en especial, las espadas de mayor longitud.

La civilización de La Tène corresponde a un grupo cultural más elevado, y el instrumental de trabajo y de industria, aunque más sobrio, es también más apto, variado y avanzado que el de los períodos intermedios culturales, como lo son el bronce y el hallstático de la Europa central. "El círculo formal de La Tène —señalan Hoernes y Behn— ofrece dos aspectos, uno práctico y otro estético, que no están tan relacionados como el mundo técnico y el estilístico de Hallstadt." La variedad industrial alcanza considerables proporciones; se han hallado centenares de espadas, vainas de hierro, puntas de lanzas, abrazaderas de escudo, ruedas de carro y frenos de caballos, hachas de aletas, sierras, guadañas y hoces, tijeras, tenazas y grandes cuchillos, martillos y buriles, arpones y áncoras, calderos, piedras circulares de molinos de mano, e incluso dados de bronce o de hueso. Usaban carros de guerra y tenían diversos instrumentos musicales. Durante el siglo I antes de Cristo se edifican las primeras ciudades conocidas al norte de los Alpes.

La Edad del Hierro representa uno de los pórticos de transición a la historia de la gran aventura humana. Coincide con la expansión del poderío asirio, con las colonizaciones fenicia y griega en el Mediterráneo, con el apogeo del poder etrusco en Italia y con los primeros pasos de Roma y de Cartago. La Prehistoria ha quedado atrás.


Armas de al edad del Hierro – Museo de Cáceres

Una expansión determinante

Aunque no con la trascendencia y generalización que en Europa, el conocimiento de los metales se propagó a la mayoría de las tierras habitadas. Ha sido estudiada una cultura de la Edad del Bronce uraloaltaica, que comprende las comarcas de la Rusia oriental y Siberia, se extiende hasta Mongolia y enlaza con una época de transición a la del hierro. En la estepa meridional siberiana se han hallado centenares de necrópolis, *kurganes* o túmulos, a lo largo del curso de los ríos y diseminados por sus orillas. En el Alto Yenisei residió a principios de nuestra era un pueblo de jinetes que conocían el hierro, y los antiguos documentos chinos hablan de unos turcos del Altar que sabían malear el cobre y el hierro. También tuvo China su Edad del Bronce —siglos XII al III

antes de Cristo—, del que conocían seis fórmulas de aleación; en lo sucesivo trabajaron el hierro, con predominio del mismo a comienzos de nuestra era. El hierro fue conocido por los tibetanos antes que los chinos, a juzgar por ciertas tradiciones asiáticas.

Coincidiendo con el comienzo de la Edad del Bronce china, llegaron al Japón los antecesores de los actuales nipones, que conocieron el cobre hacia el siglo VIII antes de Cristo; la cultura megalítica llegó también al archipiélago durante este siglo y su introducción se supone fue debida a un pueblo conquistador que hubo de penetrar bruscamente en el suroeste del país, aportando luego la civilización del hierro. Los dólmenes siguieron erigiéndose hasta el siglo VII después de Cristo;. o sea, hasta la introducción del budismo.

También en Persia y en el valle del Ganges el uso del cobre y del bronce fue anterior al del hierro. Los bronces antiguos indios son raros y consisten más bien en objetos de adornos que en instrumental útil, y guardan otras proporciones en la aleación que los bronces europeos. Los llamados "vasos de bronce indios" son de cobre o de bronce muy pobre en estaño. En el archipiélago indonesio, los primeros metales penetraron con la introducción del hinduismo, al parecer. En cuanto al hierro, las inscripciones egipcias citan a los persas como uno de los principales pueblos que saben trabajar dicho metal. En la India, el hierro fue conocido al final del llamado período védico, y se le denomina "bronce azul-oscuro"; llegaron a trabajarlo a la perfección, aunque con métodos sumamente primitivos[20].

El África negra, territorio cultural propio y peculiar, conoció el hierro casi inmediatamente después del neolítico, y al parecer lo tomaron de los egipcios. No les faltó mineral a los indígenas, pero sus procedimientos de fundido eran de lo más rudimentario. Un pueblo africano, el de Benin, en el golfo de Guinea, supo elaborar también el bronce de modo magistral. Por último, en América, los indígenas precolombinos supieron trabajar el cobre y conocían el oro, la plata y el plomo, y tal vez el estaño, aunque ignoraban la aleación del bronce. El uso de la piedra fue común hasta épocas muy avanzadas, en especial la obsidiana. Al llegar los españoles al continente, pudieron observar los admirables progresos alcanzados por los indígenas en el arte de la orfebrería, en especial por los quimbayas. En cuanto al hierro, fue desconocido en toda América hasta la llegada de los españoles.

LA PENÍNSULA IBÉRICA

Primitiva etnografía peninsular

A mediados del tercer milenio antes de Cristo se desarrollaba en el sur de la península una cultura de jefes de tribu lo suficientemente ricos como para hacerse construir tumbas monumentales. Poco después llegaba a las comarcas de Almería una

---

[20]Se cita como ejemplo una columna colosal de hierro en Delhi, considerada como del siglo IX después de Cristo, de un metal tan químicamente puro que no se oxida. Hasta tiempos recientes se trabajó este metal en la India al estilo de los primitivos negros africanos; los herreros, formando grupos nómadas, deambulaban de pueblo en pueblo y construían sus hornos de barro en los lugares donde había mineral férrico y madera, y donde se necesitaban objetos de este metal; amontonaran el hierro bruto, prendían fuego al carbón y fundían y trabajaban el metal obtenido. En otros países, como en Birmania, a menudo ni siquiera se empleaba el fuelle para el fundido, lo que producía un hierro sumamente impuro, que necesitaba ser refinado por medio del maleado.

oleada de navegantes orientales que aportaron la metalurgia del cobre y la religión megalítica y, en el segundo milenio, nuevos influjos civilizadores —quizá relacionados con Creta— llegan al país. Los pueblos peninsulares alcanzan entidad mediterránea, podríamos decir internacional, antela demanda de estaño por parte de los paises de Oriente, indispensable para la aleación del bronce. La necesidad acuciarte de un tráfico de materias primas provocará con el tiempo el establecimiento de factorías y colonias.

Se ha convenido en designar, un poco rutinariamente, a los primeros habitantes conocidos de la península con el nombre de íberos, nombre citado por vez primera en un poema del romano Rufo Festo Avieno, el *Orae maritimae*. Podemos admitir esta designación convencional para unas tribus que, en todo caso, no constituían un pueblo racialmente homogéneo y que ocuparon extensas comarcas durante la época de introducción del cobre y del bronce en la península.



La Dama de Elche, obra capital del arte escultórico ibérico, parece centrer el influjo artístico griego y fnicio, precisamente en una comarca donde confluye la proyección colonial de ambos pueblos

A juzgar por las confusas noticias facilitadas por los autores griegos y romanos, los íberos residían en el litoral mediterráneo desde Andalucía hasta el golfo de León, penetrando luego en el interior, muy profundamente, hasta lugares como la cuenca del Ebro, cuyo nombre actual

parece derivar precisamente de *Iberus*. Eran tribus sedentarias que vivían en aldeas, algunas sin murallas, rodeadas de campos de cultivo; se regían por la propiedad privada y clases sociales basadas en la edad, la jerarquía y la estirpe; una de ellas. la sacerdotal, menos preponderante que entre los galos y de la que también participaban las mujeres. El derecho indígena era consuetudinario y popular, y la familia, monógama, en general; practicaban la hospitalidad y las tribus pactaban unas con otras para defenderse contra un enemigo común, si bien existía entre ellas mucha desunión y particularismo.

La cultura ibérica se manifiesta con cierta personalidad, con alfabeto, propio, variedad de lenguajes y genio artístico, evidente en su cerámica. Aparece ésta bien elaborada, con decoración en pintura negruzca o en colores pardo o vinoso, a veces con toques blanquecinos; la cerámica numantina usó, además, otro colorido. En su decoración, el primitivo pintor ibérico parece como si no enfocara la realidad directamente, sitio a través de lo que le sugieren las representaciones de la vida real que admira en, la cerámica de importación. Es característica de esta cerámica la estilización elegantemente curvilínea; por lo demás, en ella la epigrafía alterna con el arte.

A principios del primer milenio anterior a nuestra era; o sea, en la etapa final del bronce centroeuropeo, los celtas pueblan Occidente y poco después —hacia el siglo VIII antes de Cristo— van penetrando en la península, asentándose con preferencia en el tercio septentrional de ella. Poseían una civilización bastante superior, utilizaban caballos de tiro y de silla, y además de buenos agricultores y ganaderos eran también excelentes metalúrgicos. Aunque no fueron los primeros que aportaron el hierro á la península, loor anticipárseles los pueblos mediterráneos colonizadores —fenicios y griegos—, contribuyeron a su difusión por el interior del país. Su influjo fue también notable en la cerámica, en la religión e instituciones de diversas tribus peninsulares.

Entidad o círculo social superior a la familia era el *cum* céltico o clan, asociación de todas las familias colaterales agrupadas en tomo a un jefa común, especie de comunidad de tipo municipal similar a los clanes escoceses. Cada una de estas gentes o agrupaciones ostentaba un emblema, consistente en la representación de un ser natural que se tallaba groseramente en piedras que servían de marcas en los límites fronterizos de sus behetrías. Toda gente tenía su villa o behetría, el *vest-cum* o metrópoli del clan, situada en el centro de un recinto fortificado, circular o elíptico, sobre una elevación de terreno, en torno a la cual vivían esparcidos por el llano los adscritos al clan.

La población cantábrica de las edades neolítica y eneolítica, que ocupaba casi toda la zona pirenaica, produjo en tiempos ya históricos el pueblo vasco, que perduró a través de los siglos, aunque con sus fronteras notablemente reducidas. El norte cantábrico, arcaico y desconfiado ante cualquier innovación o penetración, mantuvo siempre en reserva las fuerzas de recuperación del país durante el tiempo.

Los metales en la antigua Iberia

Además de otros círculos culturales o regiones, cabe distinguir en esta época de expansión metalúrgica, de tan indudable importancia civilizadora y económica, otras comarcas, como las del centro peninsular, la del sudeste, el archipiélago baleárico y el especial mundo bético-cartesio.

En las comarcas de la meseta, después de la fase eneolítica sobreviene otra hallstática bastante pobre; en cambio, en el bronce occidental abundan los vestigios de una notable industria metalúrgica, perduran los grabados rupestres llamados *insculturas*, de diseño puramente esquemático, y destacan por su singular carácter ciertos collares en forma de cuarto creciente muy cerrado, similares a las "lúnulas" irlandesas.

Hacia la primera mitad del segundo milenio antes de Cristo se desarrolla en el sudeste peninsular una cultura que irradia desde la misma región minera que creó el eneolítico almeriense. En ella aparecen poblados de alguna importancia, sepulcros de inhumación individual, en fosa, en urna, o en cista no megalítica, y cerámica de pasta dura, negruzca y pulimentada, de perfiles frecuentemente carenados; es decir, de base más o menos convexa, y vasijas con pie en forma de copa llamadas tulipas o copas argáricas. "Después de la época de fulgor megalítico —observa Vicens Vives-, los pueblos peninsulares decaen paulatinamente. En Portugal, en Andalucía, la costa mediterránea y los Pirineos, para no hablar de la meseta y la orla cantábrica, se observa un bajón cultural. De él se saldrá con la introducción de la metalurgia del bronce por un pueblo que se estableció en la misma región de Almería entre 1900 y 1600 antes de Cristo, y que desde allí fue irradiando las nuevas técnicas del bronce y una serie de tipos artísticos, bélicos y culturales, hacia levante, centro y poniente. Es posible que no sea un pueblo en movimiento, sino que, como de costumbre, se trate de grupos de colonizadores en sistema de factoría; en todo caso, su papel civilizador es el mismo. Los arqueólogos han bautizado esta cultura con el nombre de El Argar; otra vez no han tenido acierto."

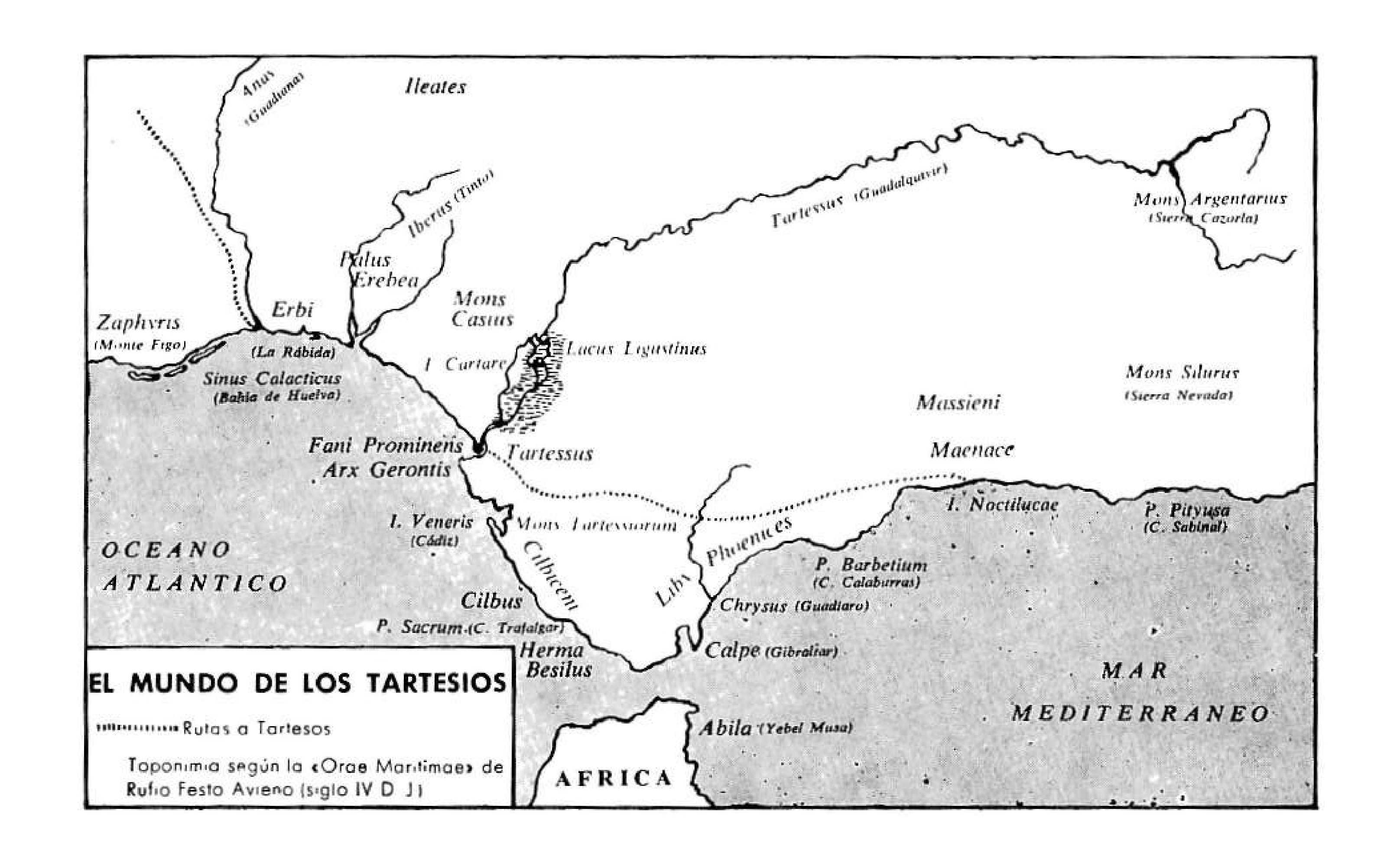
Mejora la técnica: los utensilios de bronce ya no se hacen a martillo o por fundición directa, sino que son fundidos por el procedimiento denominado "de la cera perdida", mucho más perfecto[21]. Aparecen también las primeras armas defensivas, los cacos; además, broches, fíbulas, botones metálicos, brazaletes y collares de oro macizo. La mayor parte de estos objetos ha sido hallada en la mitad occidental de la península, y no en sepulturas, sino en depósitos o escondrijos aislados.

Durante la Edad del Hierro —período de Hallstadt— se elaboran espadas largas con doble antena en su empuñadura; más tarde, hacia los siglos IV y III antes de Cristo, aparece un sable curvo, denominado "falcata", producto de influencia centroeuropea probablemente, que además es común en otros países. La cerámica ofrece variadas características; está hecha a torno, aunque existen también supervivencias de ejemplares hechos a mano. Abundan las necrópolis de diversos tipos en casi toda la península.

Las interesantes culturas baleáricas

Durante la edad de los metales, el archipiélago balear fue asiento de una notable civilización conocida desde hace mucho tiempo por sus interesantes manifestaciones constructivas. La arquitectura se basa en el empleo de grandes bloques de piedra sin desbastar, acoplados unos sobre otros con suma habilidad, sin argamasa ni trabazón alguna, técnica similar a las construcciones de los pueblos del Mediterráneo oriental, de donde se propagó a las islas occidentales del mismo mar.

[21]Consiste en hacer un modelo en cera de la pieza que se pretende elaborar y que luego se coloca entre una masa de arcilla que, al secarse, constituye el molde; después, por una abertura previamente dejada en la masa de arcilla, se vierte el metal fundido, que a su vez funde la cera y la sustituye hasta llenar el molde.



Anas (Guadiana)
Ileates
Iberus (Tinto)
Palus Erebea
Mons Casius
Zaphyris
(Monte Figo)
Erbi
(La Rábida)
Sinus Calacticus
(Bahía de Huelva)
I. Cartare
Lacus Ligustinus
Tartessus (Guadalquivir)
Mons Argentarius
(Sierra Cazorla)
Mons Silurus
(Sierra Nevada)
Massieni
Maenace
Fani Prominens
Arx Gerontis
Tartessus
I. Veneris
(Cádiz)
Mons Tartessiorum
Cilbiceni
Libyphoenices
I. Noctilucae
P. Pityusa
(C. Sabinal)
P. Barbetium
(C. Calaburras)
Chrysus (Guadiaro)
OCEANO
ATLANTICO
Cilbus
P. Sacrum (C. Trafalgar)
Herma
Besilus
Calpe (Gibraltar)
Abila (Yebel Musa)
MAR
MEDITERRANEO
AFRICA
EL MUNDO DE LOS TARTESIOS
Rutas a Tartesos
Toponimia según la «Orae Maritimae» de Rufio Festo Avieno (siglo IV D. J.)

Abundan en estas islas los poblados fortificados de un perímetro de casi medio kilómetro, con murallas flanqueadas, a intervalos irregulares, por torres, llamadas en Mallorca *talayots*, nombre derivado de *atalayas*. Se han encontrado en esta isla más de doscientos, aunque en general se hallan muy destruidos, y son de planta circular o cuadrada. Existe más de un millar de talayots mallorquines, siendo también abundantes en Menorca, y al parecer cumplían una doble finalidad, la de torres de defensa militar y la de sepulcros colectivos de incineración, pues en su interior se llevaba a cabo la cremación de cadáveres de personajes importantes. Son monumentos similares a los *nuraghes* o torreones de Cerdeña.

Otras curiosas construcciones baleáricas son las *navetas* y las *taulas*. Las primeras, también análogas a las llamadas "tumbas de gigantes" de la propia isla sarda, reciben dicho nombre por parecerse a una nave en posición invertida, y servían como sepulcros de incineración, exclusivamente; abundan en Menorca. La aplicación o uso de las taulas o "mesas de piedra" se ha discutido bastante, aunque se cree eran una especie de santuarios, sirviendo de aras o altares para el sacrificio de animales, por los restos hallados; se conservan unas veinte y están integradas por dos grandes bloques rectangulares, uno de ellos hundido verticalmente en el suelo y el otro colocado encima en posición horizontal, afianzado a veces por un tercer bloque inclinado. Estos lugares de culto solían estar en el centro de los poblados, y eran rodeados por un muro circular.

A causa de las semejanzas entre estos tipos de construcción megalítica, se ha llegado a la conclusión que fueron intensas e importantes las relaciones entre los antiguos pueblos insulares del Mediterráneo occidental.

Hacia finales de la Edad del Bronce (1200-1000 antes de Cristo) se produjeron en el oriente mediterráneo diversas alteraciones políticas, tales como la decadencia de los aqueos en Grecia y de los egipcios del Nuevo Imperio, migraciones de pueblos en el Egeo y en Asia menor —los llamados "Pueblos del Mar" y los etruscos—, todo ello determinó que, a finales del siglo XI antes de Cristo, sobreviniera un momentáneo aislamiento entre el levante y el poniente mediterráneos. Entonces se establecieron los etruscos en Italia y se rehicieron los fenicios de las invasiones filisteas en Siria, lanzándose luego a la navegación por el Mediterráneo, en el que, en tal momento, nadie ejercía la hegemonía, y constituyendo un vasto imperio colonial. Ocuparon Sicilia, Cerdeña y las Baleares, pasaron el estrecho de Gibraltar y navegaron por el Atlántico.

En plena Edad del Hierro llegaron los griegos focios al litoral levantino de la Península. No pudieron ampliar más sus colonizaciones, porque en el siglo VI antes de Cristo fueron vencidos en la batalla de Alalia, en la costa oriental de Córcega, por sus rivales púnicos, determinando el ocaso de sus relaciones directas con Andalucía. Hacia esta época, y en la misma costa andaluza, empezó a decaer el rico imperio de los tartesios, hasta que desapareció por completo.


La "Naveta dels Tudons" en Ciudadela, Menorca.


Talatí de Dalt, Mahón, Menorca.

El enigmático mundo de los tartesios

Tartesos fue el primer estado organizado que se formó en la península Ibérica, hacia finales del segundo milenio anterior a nuestra era, y que adquirió una extraordinaria personalidad política y cultural. El origen de los tartesios es desconocido

y se les ha atribuido procedencia etrusca o en todo caso del Asia menor, de donde también emigraron los etruscos hacia tierras occidentales.

Sin duda fueron los primeros hispanos que se relacionaron con los pueblos históricos civilizados del Mediterráneo oriental, llegados al litoral peninsular con propósitos de tráfico mercantil. Por ello y por su riqueza minera, Tartesos alcanzó inmenso poderío. Partiendo de sus primeras factorías en el bajo valle del Guadalquivir, se extendieron por toda Andalucía y por levante hasta el cabo de la Nao, integrando una poderosa confederación de pueblos. Al parecer, explotaban las minas del sudeste peninsular, donde se cree que trabajaban unos cuarenta mil esclavos. El país de los tartesios es citado con mucha frecuencia en la Biblia[22] y siempre en términos de un pueblo rico y rebosante de esplendor.

Tartesio	Ibero		Tartesio	Ibero	
[illegible]	[illegible]	a	[illegible]	[illegible]	bo
[illegible]	[illegible]	e	[illegible]	[illegible]	bu
[illegible]	[illegible]	i	[illegible]	[illegible]	da,ta
[illegible]	[illegible]	o	[illegible]	[illegible]	de,te
[illegible]	[illegible]	uv	[illegible]	[illegible]	di,ti
[illegible]	[illegible]	l	[illegible]	[illegible]	do,to
[illegible]	[illegible]	r	[illegible]	[illegible]	du,tu
[illegible]	[illegible]	r	[illegible]	[illegible]	tr
[illegible]	[illegible]	m	[illegible]	[illegible]	ga,ca
[illegible]	[illegible]	n	[illegible]	[illegible]	ge,ce
[illegible]	[illegible]	s	[illegible]	[illegible]	gi
[illegible]	[illegible]	ś	[illegible]	[illegible]	go,co
[illegible]	[illegible]	ba	[illegible]	[illegible]	cu
[illegible]	[illegible]	be			
[illegible]	[illegible]	bi	[illegible]		

Los alfabetos tartesio e ibérico comparados (según Caro Baroja).

La metrópoli, Tartesos, se hallaba situada probablemente a poca distancia de la desembocadura del gran río bético, por lo que pudo desarrollar un intenso comercio. Sus audaces y emprendedores navegantes cruzaban a lo largo del litoral lusitano e iban a la península bretona y a las Islas Británicas en busca del estaño con el que desarrollaban su

[22]El primer libro de los Reyes (X, 22) concreta que Salomón de Jerusalén y su suegro y aliado Hiram de Tiro tenían en el mar naves de Tarsis que iban a buscar cada tres años oro y plata, mal, monos y pavos reales. El segundo Libro de los Paralipómenos (XX, 36-37) cita naves de Tarsis construidas por Josafat, que iban al país de Ofir a buscar oro. En los textos del profeta Isaías, fechados en el siglo VII antes de Cristo, se habla también de las naves tartesias, y a propósito del asedio de Tiro por los asirios dice que a Tarsis no le oprimen ya más ligaduras (capítulo XXIII). Hacia el año 580 antes de Cristo, en los textos de Ezequiel (XXVII, 12) se menciona el comercio de Tiro con Tarsis, que proporcionaba a la ciudad fenicia plata, hierro estaño y plomo; en el mismo Ezequiel (XXXVIII, 13) se habla de los mercaderes de Tarsis, y más tarde, Jeremías (X, 9) alude a los lingotes de plata tartesios.
Otra fuente histórica oriental que parece aludir al país tartesio es una inscripción asiria de la época de Assarhadon (680-668 antes de Cristo), en la que supone a Tarsis sometido a Asiria. Ello se explica como consecuencia del vasallaje de, las ciudades fenicias al imperio asirio, con lo que indirectamente creyeron poder atribuirse los asirios el dominio del lejano Tartesos.

metalurgia, en especial la del famoso "bronce tartesio". Traficaban con metales, lino, esparto, cáñamo, plomo y plata. Los fenicios llegaron a dominarles en cierto modo, pero ante la decadencia de éstos a causa de la ofensiva asiria contra Tiro (siglos VIII y VII antes de Cristo), los tartesios pudieron liberarse y rehacerse durante algún tiempo, hasta comienzos del siglo VI aproximadamente. Luego desaparecieron, con toda probabilidad cuando se produjo la ocupación cartaginesa de la península. Tartesos, la gran metrópoli, fue tal vez engullida por las arenas de la desembocadura del Guadalquivir.





Moneda ibérica de Segóbriga, con la inscripción "Secobrices" en caracteres ibéricos.

La leyenda tejió en torno a los tartesios toda clase de fábulas. Se dijo que poseían una numerosa flota con áncoras de plata que mandó fabricar su rey Gerión; también mencionaban los antiguos a otro jefe, Habis, que inventó la agricultura y dividió al pueblo en siete clases sociales; así como al rey Argantonio, que vivió siglo y medio y reinó durante ochenta años. El antiguo geógrafo Estrabón decía que los tartesios eran los más cultos de los hispanos, que empleaban el alfabeto y poseían de mucho tiempo escritos en prosa, y poemas y leyes en verso, de más de seis mil años de antigüedad: hipérbole notoria, aunque otro autor, Posidonio, asegurara que todavía se conservan tales documentos un siglo antes de nuestra era. Su monarca más famoso fue el citado Argantonio u "hombre de la plata", que se dice reinó hacia 630-550 antes de Cristo.

Tartesos se hallaba al poniente de las llamadas columnas de Hércules, identificadas por algunos como el Escila y Caribdis de la Odisea, el célebre poema homérico. ¿Fue el país de los tartesios la misteriosa y legendaria Atlántida descrita por Platón?, se pregunta el arqueólogo Adolf Schulten. Y el enigma histórico permanece sin descifrar.

EGIPTO, TIERRA DEL NILO

UN RÍO CREADOR DE HISTORIA

La tierra nilótica

"Los grandes ríos son la savia de la cultura." El Nilo, el Éufrates, el Tigris y los principales ríos de la India y de China son ejemplos de ello. Las primeras sociedades organizadas se formaron en sus orillas. La ciencia, la literatura y el arte nacieron allí. En estas regiones la tierra es muy fértil, pero la única razón de su desenvolvimiento no radica ahí. Los hombres han tenido que colaborar en un trabajo común para arrancar los frutos a la tierra. En cambio, allí donde la naturaleza ofrece de todo a los hombres sin exigirles nada, la humanidad queda estancada en su desenvolvimiento durante miles y miles de años. En las islas de los mares del sur, los hombres todavía se encuentran, en pleno siglo XX, en la Edad de Piedra. El promotor de la cultura es el trabajo que debe realizarse para vencer los obstáculos que opone la naturaleza.

La zona fértil de Egipto no es más que un oasis alargado, nacido de los aluviones depositados por el río. La corriente arranca el limo de las regiones del África central, en donde tiene su nacimiento el Nilo, y de las montañas de Etiopía y lo lleva hasta Egipto. Al cabo de varios miles de años de trasiego, los aluviones se han extendido sobre el suelo pedregoso de las orillas y las arenas del desierto.

Antes que el hombre iniciara su irrigación, el valle del Nilo se limitaba a una faja cenagosa y de frondosa selva, en donde proliferaba la caza menor. Los primeros egipcios, aprisionados entre esta selva y las arenas estériles del desierto, tuvieron que sanear las marismas y ganar, paso a paso, las tierras de labor. La amplitud de otros trabajos —canales y depósitos de agua— no solamente requería la energía de toda la comunidad, sino también la cooperación en el esfuerzo; es decir, una sociedad organizada.

En los primeros estadios de su evolución cultural, los egipcios ya intuyeron la necesidad de un orden político. Así es como el Nilo proporcionó las bases de la sociedad egipcia.

Egipto ha desempeñado un papel tan importante en la historia del mundo, que se le imagina, sin dificultad, como un país muy extenso. Sin embargo, no es así. Desde la primera catarata hasta el Mediterráneo, el oasis tiene unos 850 kilómetros de largo, pero, salvo en el Della, es extraordinariamente estrecho. Al este y al oeste, los desiertos le aíslan de todo contacto exterior. En el alto Egipto estos desiertos rozan con las moradas de los hombres; pero en sus arenales fueron construidos los templos y las tumbas. En el bajo Egipto, por el contrario, las tierras fértiles se despliegan en abierto abanico hacia el Mediterráneo.

La diferencia entre ambas tierras era manifiesta. "No sé lo que me separaba de mi país —exclamó un desterrado—. Era como un sueño, como encontrarse en Elefantina un hombre del Delta o en Nubia un habitante de las marismas." Esta situación

entrañaba, claro está, problemas lingüísticos. "Vuestros discursos son ininteligibles —se quejaba un escriba— y no hay intérprete que los pueda traducir. Parece un diálogo entre un habitante de las marismas del Delta y un hombre de Elefantina."

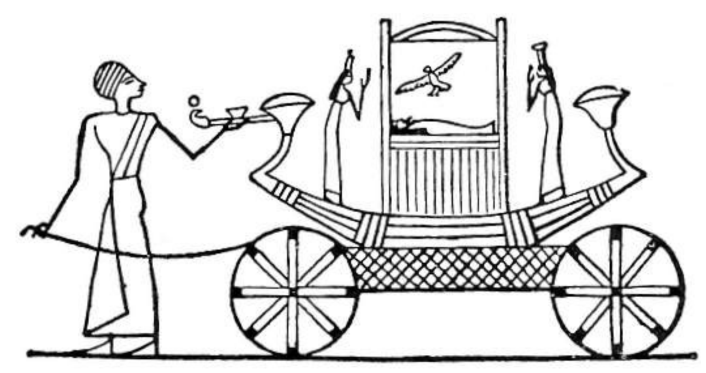
El país de las tumbas

Egipto parece tener como destino el ser la "tierra prometida" de los historiadores. Su mismo clima preserva los restos del pasado. Productos tan frágiles y perecederos como los vestidos y los papiros se conservan aquí durante miles de años si no son anegados por las crecidas del Nilo o destruidos por saqueadores. Se han encontrado objetos intactos que bajo otro clima más húmedo hace tiempo se habrían convertido en polvo.

Otro factor que ha ayudado a su conservación, único en su género, fue la religión egipcia. Influidos por sus concepciones religiosas, los egipcios erigieron a sus muertos tumbas en las que apenas se percibe el paso del tiempo. Ofrecieron a sus difuntos presentes diversos y numerosas obras de arte. En su honor grabaron inscripciones, relieves, dibujos. Todo ello formando el álbum más completo y bello de la historia de la cultura que imaginarse pueda.

Los egipcios, en su deseo de conservar los cuerpos de sus difuntos, descubrieron hace unos seis mil años el arte de embalsamar.

He aquí cómo procedía el embalsamador de la época en que esta técnica alcanzó su máximo desarrollo. Primeramente, extraía el cerebro y las entrañas del cadáver, lo lavaba con vino de palma y después lo sumergía durante setenta días en una solución salina. El cuerpo se convertía entonces en momia; se contraía hasta tal punto que la piel, ya oscura y dura, no recubría nada más que el esqueleto. Dicha momia se llenaba de mirra y otros productos odoríferos, se envolvía con vendas y, por último, se recubría con una masa blanda que se endurecía rápidamente. Para preservarlo de los peligros del viaje, protegían al cadáver con amuletos, entre los cuales se encuentra con frecuencia el escarabeo; es decir, el estercóreo sagrado de los egipcios, que se esculpía en piedra o se modelaba en barro cocido, vidrio u otros materiales. Este coleóptero tiene la costumbre de amasar una bola de estiércol y hacerla rodar hasta determinado sitio, donde la entierra no sin antes depositar en ella los huevecillos. Para los egipcios, esta bola era el símbolo solar y representaban al dios del Sol, entre otros símbolos, como un escarabajo que empujaba al disco solar. Y como el Sol se levanta cada mañana en el firmamento, el escarabajo se convirtió en un símbolo de la resurrección de los muertos.



El alma, en forma de pájaro, visita al muerto, que es transportado en un sarcófago en forma de barco.

También para simbolizar la resurrección del alma, ésta era representada en forma de gavilán con figura humana. Los ritos adecuados para la eterna felicidad del alma eran los que realizó Isis cuando hubo de resucitar a su esposo Osiris, y por ello, los seguidores de éste debían practicar los mismos que fueron capaces de devolverle la vida. El sacerdote simulaba abrir la boca del difunto y le decía: "Te la abro para que puedas hablar, comer y beber..."; luego efectuaba ceremonias análogas con los brazos y piernas, indicando el uso que debía hacer de sus miembros. Creían poder reanimar los cuerpos mediante la magia imitativa y, así, momias y estatuas se transformarían en seres vivos dentro del sombrío misterio de la tumba.

Una vez envuelta la momia con bandas y protegida con amuletos, se depositaba en un ataúd en forma de cuerpo humano y pintaban en su cabecera el rostro del muerto. Este ataúd se colocaba entonces en una o más cajas, que se ajustaban unas dentro de las otras, y si el muerto era un personaje importante, dichas cajas se encerraban en un sarcófago de piedra. El corazón y demás vísceras del difunto se conservaban en unas ánforas de alabastro llamadas canopes. Por último, se conducía el cadáver a su postrer morada, mientras los llantos y cantos fúnebres de los miembros de la familia y de las plañideras resonaban en medio del cortejo[23].

Entonces, el alma podía visitar al cuerpo. Este retorno se encuentra frecuentemente dibujado en los papiros y en las vendas de las momias.

El tribunal de las almas

El muerto debía comparecer ante el tribunal del dios Osiris para conocer lo que sería su vida futura. Esta divinidad administraba justicia en una gran sala, rodeada de cuarenta y dos demonios, uno por cada distrito en que estaba dividido el antiguo Egipto, y el difunto debía declararse inocente de un pecado ante cada uno de ellos. Estos cuarenta y dos pecados pueden ser resumidos en las siguientes categorías: blasfemia, perjurio, asesinato, lujuria, robo, mentira, calumnia y falso testimonio. Y para alcanzar la bienaventuranza, el muerto debía demostrar que había dado de comer a los hambrientos, de beber a los sedientos, vestido a los desnudos y facilitado la travesía del río a quienes carecían de embarcación.

En este tribunal de la creencia encontramos el primer antecedente en que el destino de los difuntos depende de su conducta en la Tierra. Muchos siglos más tarde, esta noción de la responsabilidad personal del hombre aún seria desconocida por otros pueblos. Para los babilonios y asirios, tanto justos como pecadores descendían al sombrío reino de los muertos.

Los condenados por el tribunal de Osiris eran precipitados al fuego o al agua hirviendo o arrojados a un monstruo, mezcla de cocodrilo, león e hipopótamo, para ser despedazados.

[23]Llevaban en las manos ramas de olivo, símbolo de la resurrección, y los varones se dejaban crecer la barba en señal de duelo. Además, era costumbre ofrecer un banquete a los parientes y amigos en la casa del difunto, y en tales ocasiones se ponían un collar funerario, indumentaria adecuada y efectuaban ciertas abluciones especiales.



Tribunal de Osiris. Anubis, el dios con cabeza de chacal, procede a pesar el corazón del muerto, mientras Tot, el escriba de los dioses, anota los resultados; Horus, que tiene cabeza de halcón, los comunica a Osiris.

Los egipcios se imaginaban de diferentes maneras el destino de los bienaventurados. Según la creencia más vulgar, sus difuntos eran llevados a una tierra de promisión situada al occidente. Allí, el trigo crecía con espigas tan altas que se elevaban varios metros del suelo y la vida sólo era felicidad y alegría. Es evidente que esta creencia ejercía una influencia benéfica sobre la conducta de los hombres. Cada uno quería, por encima de todo, ser considerado como hombre de bien. Ello se evidencia en las inscripciones funerarias: "He dado pan a los hambrientos; he dado de beber a los que tenían sed; he vestido a los que estaban desnudos; he hecho pasar el río a muchos viajeros...". Un poderoso jefe de provincia mandó grabar este epitafio sobre su tumba, que tiene casi cuatro mil años de antigüedad: "No he violado a ninguna muchacha infeliz; no he dejado a ninguna viuda en la necesidad; no he hecho la vida imposible a ningún campesino; no he perseguido a ningún pastor; no le he arrebatado los servidores a nadie para hacerlos trabajar sin salario. Nadie ha conocido la miseria ni el hambre bajo mi gobierno. En años difíciles hice labrar y sembrar los campos de norte a sur de mi provincia y ofrecí víveres a los habitantes. Di tanto a la viuda como a la que tenía marido; cuando distribuía regalos, no favorecía al influyente en detrimento del pobre. Después, el Nilo envió grandes inundaciones que proporcionaron trigo y toda clase de víveres: ni aun entonces exigí la prestación personal. Por eso fui amado del pueblo".

El "Libro de los muertos"

Los difuntos que pasaban con éxito la prueba del tribunal de Osiris tenían derecho a la vida eterna. Estaban, sin embargo, amenazados por ciertos peligros, de los que tenían que defenderse con fórmulas mágicas. Para ayudar a los muertos se escribían ciertas fórmulas sobre el sarcófago y en las paredes de las tumbas. Con el tiempo, ésta: fueron recopiladas en el célebre *Libro de los muertos,* escrito en un rollo de papiros que se colocaba en la tumba, al lado del difunto. Así, cuando éste se encontraba con los demonios en forma de serpientes, cocodrilos gigantes o de dragones que arrojaban fuego, sabía qué recitar para ahuyentarlos, y cuando llegaba ante una puerta que tenia que abrir o un río que debía atravesar, a su alcance estaba la fórmula mágica para lograrlo.

He aquí, como ejemplo, la fórmula contra los cocodrilos: "¡Largo de aquí; vete, cocodrilo maldito! No te acercarás a mi, porque estoy protegido con palabras mágicas nacidas de la fuerza que vive en mi". El muerto atemorizaba aún más al cocodrilo diciéndole: "Mis dientes muerden como cuchillos de piedra y desgarran como los del dios chacal, y tú, que estás ahí hechizado, con los ojos fascinados por mis encantamientos, tú no llegarás a arrebatarme mi poder mágico, tú, cocodrilo, tú que también vives por el poder de la magia".

En el *Libro de los muertos* también se encuentran pensamientos tan elevados como éste: "El hombre será juzgado conforme se haya comportado en la Tierra". Estas diferencias existentes en el mismo escrito se explican porque el Libro de los muertos no es una obra homogénea, sino que los capítulos representan distintos estados de evolución. Las partes más antiguas datan sin duda de hace cinco mil o seis mil años, mientras que las más recientes pertenecen al siglo VII antes de nuestra era. Los egipcios guardaron, con ese conservadurismo que les caracteriza, fórmulas antiquísimas que ya no se correspondían con las nuevas concepciones religiosas. Este conservadurismo de los antiguos egipcios aparece en todas sus manifestaciones culturales: en su religión, en su arte pictórico, en su literatura y en su organización política. Los egipcios fueron, por así decir, los chinos de Occidente, y tan industriosos y sobrios como ellos.

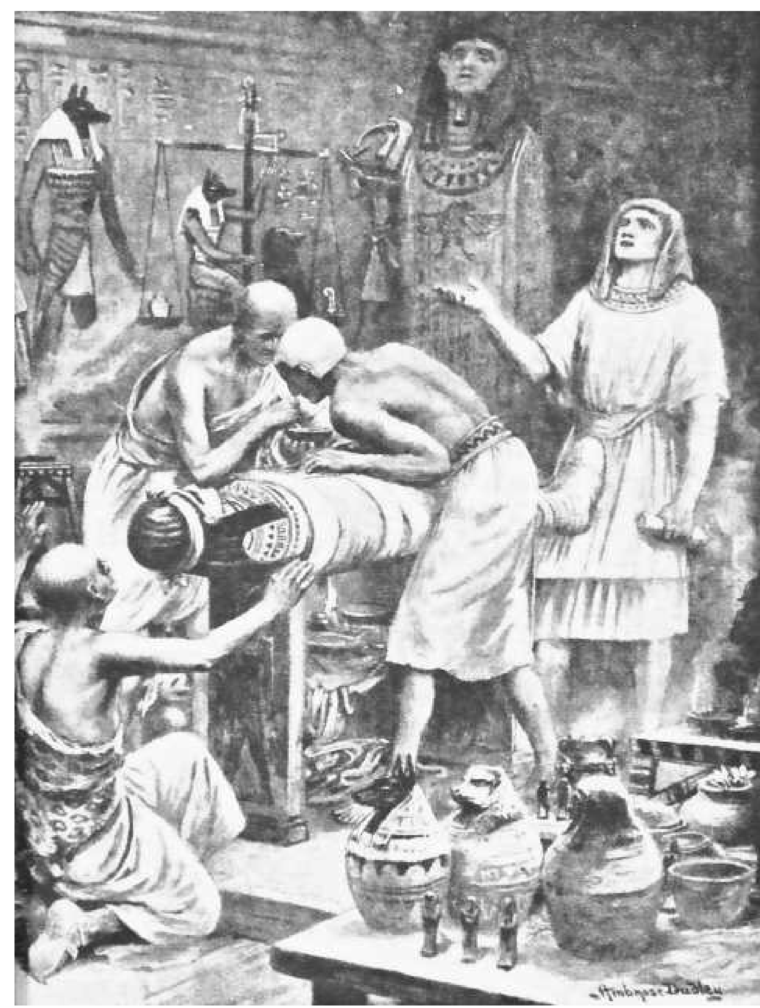
Gracias al respeto de los egipcios por lo antiguo, el Libro de los muertos se convirtió, poco a poco, en un espejo donde se reflejan todas las etapas por las que pasó la religión egipcia, desde la época en que el pueblo era todavía semisalvaje hasta que su poder comenzó a declinar.

Desde el comienzo hasta el fin, el Libro de los muertos está lleno de fórmulas mágicas que ayudan a la momia a protegerse y al difunto a entrar en la vida eterna. He aquí una de las fórmulas, un poco abreviada: "¡Salve, Osiris, padre mío divino! Lo mismo que tú, cuya vida es imperecedera, mis miembros conocerán la vida eterna. No me pudriré. No seré comido por los gusanos. No pereceré. No seré pasto de la miseria. Viviré, viviré. Mis entrañas no se corromperán. Mis ojos no se cerrarán, mi rostro permanecerá como en el día de hoy, Mis oídos no cesarán de oír. Mi cabeza no se separará de mi cuello. Mi lengua no será arrancada. Mis cabellos no serán cortados. No me raparán las cejas. Mi cuerpo permanecerá intacto, no se descompondrá, ni será destruido en este mundo".

Para que el difunto pudiera tener una vida agradable en el más allá, en su tumba se colocaban tinajas llenas de pan, de vino y otros víveres. Y como estas provisiones no durarían para toda la eternidad, se velaba de alguna otra forma para la comodidad material del desaparecido; las paredes de la tumba se decoraban con pinturas o frisos esculpidos representando escenas que, al parecer según se creía, se convertirían en realidad en el otro mundo.

Residencias de ultratumba

Para que el egipcio distinguido no se viera obligado después de su muerte a trabajar, en su tumba se colocaban figurillas de madera representando a servidores de diferentes oficios y a animales domésticos, así como modelos reducidos de casas y embarcaciones. Los príncipes y demás personajes de elevada categoría estaban acompañados de un ejército de estatuillas de madera. Así se rodeaba al difunto de una especie de mundo artificial. Todo lo encontrado en las tumbas constituye un muestrario completísimo de la vida cotidiana del antiguo Egipto.



Embalsamando un cadáver. Para que un difunto no tuviese hambre ni sed, se le extraían las partes del cuerpo que durante la vida experimentaban esas sensaciones, y las colocaban en cuatro recipientes, cada uno de los cuales ostentaba la cabeza de los genios protectores.

Un célebre arqueólogo americano cuenta que, habiendo encontrado una cámara funeraria en los alrededores de Tebas, en 1921, por una grieta de la muralla pudo contemplar de un solo vistazo todo un mundo liliputiense de cuatro mil años de antigüedad. La cripta parecía un hormiguero de hombrecillos de pocos centímetros de altura, entregados a sus quehaceres ordinarios. Se necesitaron no menos de tres días con sus noches de trabajo ininterrumpido para que la expedición sacara a la luz los centenares de figurillas de madera delicadamente talladas y pintadas. Todo estaba muy bien conservado, incluso los hilos, finos como los de tela de araña, que guarnecían las ruecas y telares de las mujeres. Se encontraron también doce barcos que debían albergar al príncipe difunto y a su séquito durante sus viajes por el Nilo. En el camarote del mayor de los barcos y bajo el lecho estaban colocados dos cofres de cobre.

También había un grupo que representaba al poderoso señor sentado ante su casa: su hijo y heredero estaba en cuclillas a sus pies, mientras que a su lado cuatro secretarios se ocupaban de contar el ganado.

La costumbre de colocar en las tumbas figuras que representaran a servidores desapareció hacia mediados del segundo milenio antes de Cristo. Se sustituyó por otra más sencilla. El difunto era protegido por un *sosias* en miniatura, hecho de arcilla, madera o metal, habitualmente en forma de momia reposando en una caja de menores dimensiones. Se creía que este *sosias* desempeñaba el mismo papel que el difunto en el reino de los muertos.

Discriminaciones en el más allá...

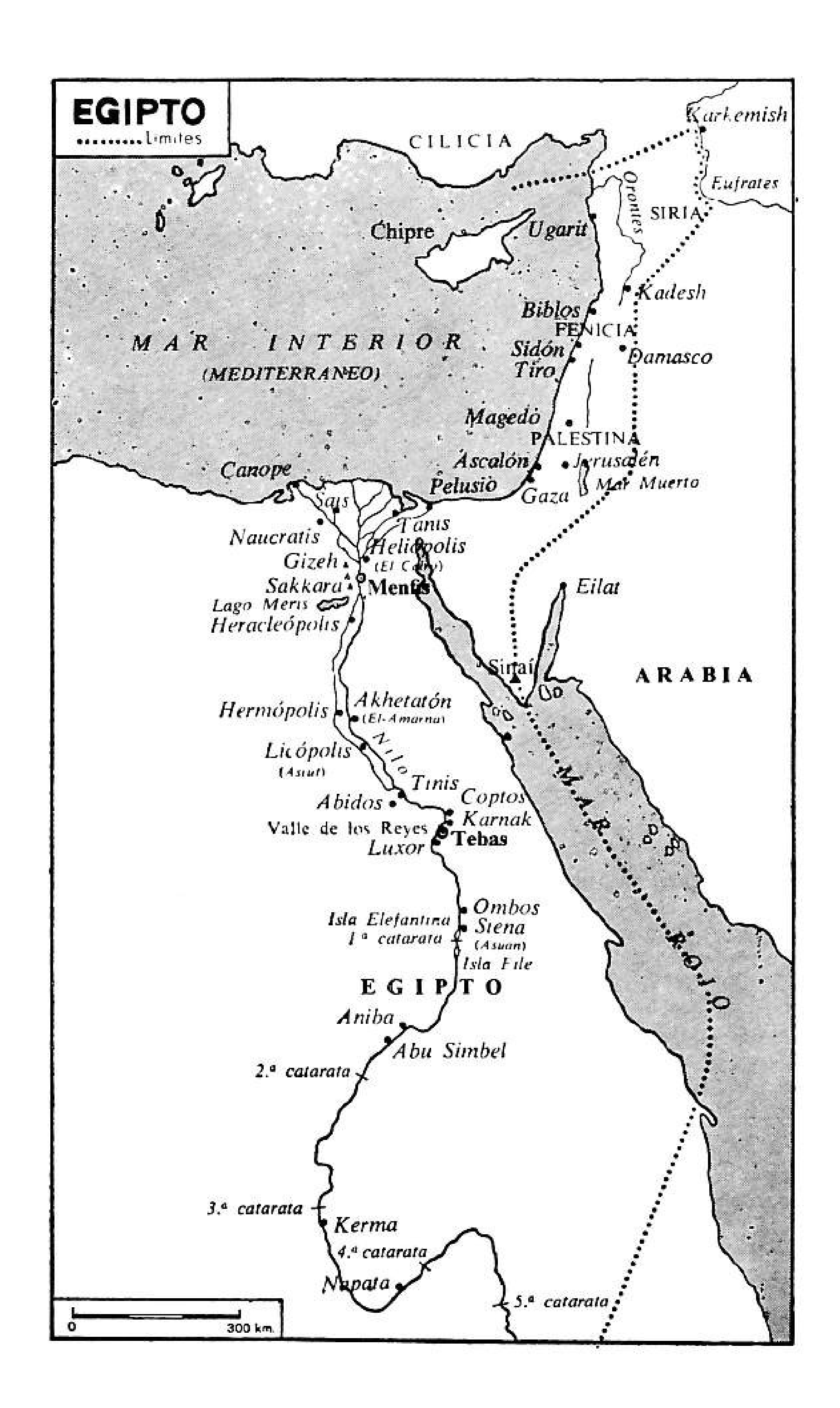
A menudo, en las tumbas de los niños se depositaban sus juguetes. En sepulturas infantiles se han encontrado peonzas, muñecas de madera que podían mover los brazos y piernas, un cocodrilo de madera que abría la boca, etcétera; llevaban también consigo otros recuerdos menos agradables de su existencia terrena: en su tumba se colocaban los cuadernos de papiro y las pizarritas. Los ejercicios de caligrafía así conservados son de valor incalculable e indispensables para conocer la literatura egipcia, pues gran parte de ella ha llegado hasta nosotros a través de este vehículo.

"Todos somos iguales ante la muerte" es una máxima que los antiguos egipcios desconocían. No solamente existía una diferencia social, sino también religiosa, entre el rico, al abrigo de su tumba, protegido contra los chacales y demás alimañas del desierto, y el pobre, que no tenía dinero para embalsamar su cuerpo. Los restos de este último, enterrados sin sarcófago a un metro bajo las arenas del desierto, pronto eran víctimas del tiempo y no podían, por lo tanto, participar de la felicidad del más allá. Los menos acomodados trabajaban con ahínco para reunir el dinero que les permitiera unos funerales adecuados o para reservarse, al menos, un lugar en las tumbas colectivas que emprendedores contratistas hacían excavar en las rocas.

Esta preocupación era tan acuciante que algunos robaban piedras para construir su futura tumba.

Un acta jurídica, que data de más de tres mil años, cuenta así los delitos de un capataz: "Ordenó a sus hombres arrancar las piedras de la tumba del rey Seti II y con estas piedras levantó cinco pilares en su tumba. En otra, cogió dos ejemplares del Libro de los muertos —de los que esperaba servirse en el más allá-, y penetró en una tercera tumba para llevarse el lecho en que reposaba el muerto. Robó dos copas de incienso y de vino destinadas a la ofrenda funeraria del rey. En su casa se encontró un objeto de gran valor hurtado en la tumba de una reina". El relato nos muestra, además, que este hombre que afrontaba tantos riesgos para asegurar su felicidad futura, en este mundo era un pillo redomado. Vivía en el pecado con las mujeres de los trabajadores que estaban a sus órdenes y robaba cuanto caía en sus manos. Algunas veces se divertía encaramándose en un muro y arrojando ladrillos a los obreros. Coronó esta brillante carrera cuando algunos de sus subordinados, cansados de sus abusos, intentaron ir a quejarse al rey. Los hizo despedazar, "para que no pudieran llevar ningún mensaje al faraón".

Probablemente, este pecador, con su manera de obrar, no habrá alcanzado la inmortalidad, pero ¡se ha labrado un puesto inesperado en la historia!


EGIPTO
Límites
CILICIA
Karkemish
Eufrates
Orontes
SIRIA
Chipre
Ugarit
Kadesh
Biblos
FENICIA
MAR INTERIOR
(MEDITERRANEO)
Sidón
Tiro
Damasco
Magedo
PALESTINA
Ascalón
Jerusalén
Canope
Pelusio
Gaza
Mar Muerto
Sais
Tanis
Naucratis
Heliópolis
Gizeh
Sakkara
Menfis
Lago Meris
Eilat
Heracleópolis
Sinaí
ARABIA
Hermópolis
Akhetatón
(El-Amarna)
Licópolis
Nilo
Tinis
Abidos
Coptos
Karnak
Valle de los Reyes
Tebas
Luxor
MAR ROJO
Ombos
Isla Elefantina
Siena
1.ª catarata
(Asuan)
Isla File
EGIPTO
Aniba
Abu Simbel
2.ª catarata
3.ª catarata
Kerma
4.ª catarata
Napata
5.ª catarata
0
300 km.

EL IMPERIO DE LAS PIRÁMIDES

Los grandes períodos de la Historia egipcia

El imperio egipcio nació probablemente de numerosas comunidades urbanas y de distritos campesinos que fueron adhiriéndose a ellas. Estos pequeños estados se unieron y progresivamente formaron dos reinos: el Alto Egipto y el Bajo Egipto. Éste estaba constituido por el territorio del Delta; el Alto Egipto, por las regiones meridionales hasta la primera catarata, cerca de la actual Asuán, inmediatamente al sur de la isla Elefantina. La frontera entre Egipto y Nubia —o Etiopía como decían los griegos— parecía fijada para siempre en las cercanías de la primera catarata.

Los habitantes de la Nubia antigua eran hermanos de raza de los egipcios; es decir, hamitas.

El primer rey que unió bajo su cetro el Alto y Bajo Egipto sería Menes, originario del Alto Egipto. Ignoramos si Menes fue un personaje histórico o una figura legendaria, si se trata o no del llamado Narmer, ni si la capital, Menfis, conoció un esplendor inmediato. Actualmente, la opinión más extendida sitúa a Menes hacia el año 3100 antes de Cristo; es decir, hace unos cinco mil años.

En la Antigüedad, los reyes de Egipto, desde Menes hasta Alejandro Magno, se ordenaban en treinta dinastías (Alejandro conquistó Egipto en el año 332 antes de Cristo). Esta clasificación está basada en las listas de reyes dadas por los sacerdotes, que también comprenden los datos de las reinas. Las veintiséis dinastías registradas por los sacerdotes comprenden todo el período faraónico propiamente dicho hasta la conquista de Egipto por los persas en la batalla de Pelusio, en el año 525 antes de Cristo.

La historia de Egipto puede dividirse en diferentes períodos, separados unos de otros ya por una decadencia interior, ya por una dominación extranjera. Para los períodos más antiguos no es posible indicar fechas exactas.

Las dos primeras dinastías (tinitas) 3100-2700 a. de C., aprox.
Imperio Antiguo: cuatro dinastías 2700-2185
Primer período intermedio 2185-2050
Imperio Medio 2050-1800
Segundo imperio intermedio (período de los hicsos) 1800-1567
Imperio Nuevo (período de las conquistas) 1567-1085
Período de decadencia 1085— 663
Época saíta 663— 525

Comienza el Imperio Antiguo

Exceptuando Narmer-Menes, los demás reyes de las dos primeras dinastías no son para el historiador más que simples nombres.

La época de las grandes construcciones dio comienzo hacia 2700 con la III dinastía. Los reyes residieron primeramente en Sakkara, luego en Gizeh, al sur de El Cairo, y durante la V y la VI dinastía volvieron a Sakkara. La capital cambiaba con los faraones. Las excavaciones arqueológicas ponen de manifiesto que cada rey casi siempre se hacía construir un nuevo palacio en los alrededores de su tumba. Durante la III dinastía, la capital de Egipto fue Menfis, ciudad ya antigua en esta época y que poseía un célebre templo consagrado al dios Ptah (o mejor Ka, el alma de Ptah). Incluso

después del Imperio Antiguo y de que la capital se desplazase hacia el sur, Menfis siguió siendo una de las ciudades más importantes.

Las tumbas reales más antiguas, cerca de la ciudad de Abidos, no fueron más que profundas zanjas excavadas en el suelo, cuyas paredes se reforzaban con adobes, lo que les daba un aspecto de grutas con muros de mampostería. Pero en esta época ya se construían las mastabas, monumentos en forma de caja con lados ligeramente inclinados. Mastaba es una voz árabe que significa banco, porque bancos les parecían a los árabes estas tumbas. Podían alcanzar hasta cincuenta metros de longitud y contener treinta habitaciones, entre las cuales había una capilla para que los sacerdotes ofrecieran sus presentes al difunto y los parientes y amigos depositaran los alimentos a él destinados.

En las tumbas de los personajes más importantes de fines del Imperio Antiguo se han encontrado inscripciones exhortando al visitante a ofrecer presentes al difunto, para que el muerto interceda en favor del donante al dios a quien ha servido durante toda su vida. En dos de estos casos, los difuntos habían sido sacerdotes.

Inscripciones y recordatorios

En muchas mastabas, otras inscripciones proclaman que un pariente del difunto le ha erigido la tumba o prestado servicios de una manera u otra. Así, un hombre escribió en las paredes del sepulcro paterno: "Cuando mi padre fue enterrado en el bello Occidente, le construí esta tumba; no hubiera querido otra cuando aún caminaba sobre sus pies". Otro que ofreció a su progenitor un tributo semejante, se describe como "un hombre a quien su hijo tributará los mismos servicios cuando haya partido hacia el país del Occidente". Los egipcios denominaban "país del Occidente" al más allá.

Un tanto emocionante es la inscripción que un gobernador de provincia hizo grabar en las paredes de una tumba que hizo construir para su padre y él: "Quiero reposar en la misma tumba que Zau, porque deseo permanecer a su lado. No se trata de que no pudiera erigirme una tumba para mí solo, sino de que quiero ver a Zau todos los días y permanecer con él en el mismo lugar".

Las inscripciones en relieve que adornan los muros de las mastabas tienen gran importancia en la historia de la cultura. Nos muestran, entre otras cosas, el amor inmoderado de los antiguos egipcios por los títulos honoríficos. El difunto enumera con manifiesto placer las altas funciones que ha desempeñado y las muestras de favor y los regalos con que el faraón le ha colmado. ¡Y qué confianza manifiesta, a veces, el faraón a sus favoritos! Uno de ellos, Uni, que recibió el encargo de someter a la reina a un interrogatorio después de una conjura, escribe: "Nunca jamás hombre alguno de mi posición conoció los secretos del harén real como yo".

De la mastaba a la tumba real

Más tarde, las mastabas se convirtieron en tumbas reales de dimensiones mucho más grandes: son las pirámides, las mayores construcciones del mundo, salvo la Gran Muralla china. Al principio se construyeron encima de una mastaba otras progresivamente más pequeñas; de ahí nació la denominada pirámide escalonada[24]. La

[24]La superposición de cuerpos escalonados produce las primeras manifestaciones de las tumbas reales, que quieren distinguirse por su altura de las de los particulares. La del rey Zoser se compone de cinco cuerpos escalonados de ladrillos y mide cincuenta y siete metros de altura; la

primera y más característica es la de Zoser, cerca de Sakkara, en la orilla occidental del Nilo. Esta pirámide de cinco escalones fue construida por Imhotep, arquitecto y ministro de Zoser y médico de tanta nombradía que los griegos le identificaban con su dios de la medicina, Asclepios (Esculapio).



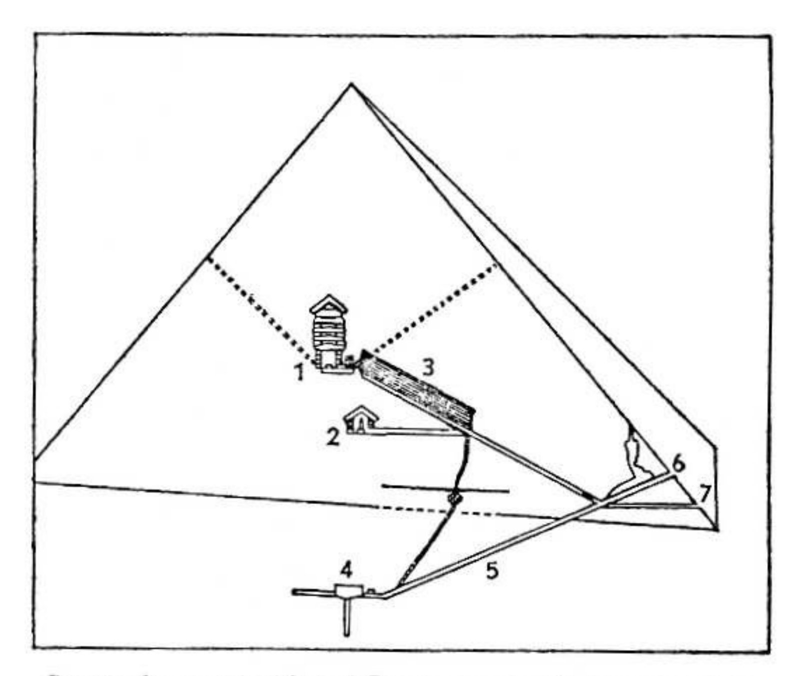
Pirámide escalonada de Sakkara

La pirámide siguió evolucionando. El estado siguiente está representado por la "falsa pirámide" de Meidun, cerca del oasis de El Fayum, y la "pirámide truncada" de Sakkara. La pirámide pura aparece cuando se intentó "colmar" los escalones y cubrir el conjunto con losas de piedra calcárea lisa. Los restos de tal revestimiento se pueden ver en la cúspide de la pirámide de Kefren, segunda, por las dimensiones, de las tres pirámides de Gizeh.

Como las mastabas, las pirámides se destinaban a tumbas reales. Los faraones construían pirámides, primero para ellos mismos, y luego para los próximos parientes a quienes querían honrar. Cerca de la pared oriental de la pirámide de Keops (Kufú) se levantan tres pequeñas pirámides destinadas a los miembros de la familia del faraón. Algo parecido existe en la pirámide de Micerino (Menkaura), la tercera y más pequeña de las pirámides de Gizeh. En torno a las pirámides reales se erguían las mastabas, que llegaron a ser los monumentos funerarios tradicionales de príncipes, princesas, altos funcionarios y cortesanos. A lo largo de los cincuenta kilómetros que separan Gizeh de Menfis ha surgido una Ciudad de los Muertos, que no tiene parangón en el mundo.

---

del faraón Snefru, de cuatro cuerpos de piedra caliza, mide cuarenta metros y se halla en Meidum; en Dahchur hay otro ejemplar semejante.



Sección de una pirámide real. Por un pasadizo (7) y una espaciosa galería (3) se llega a la tumba del rey (1) y de la reina (2). La entrada (6) y el corredor (5), que en la Antigüedad conducían a la cripta primitiva (4), ahora están cerrados.

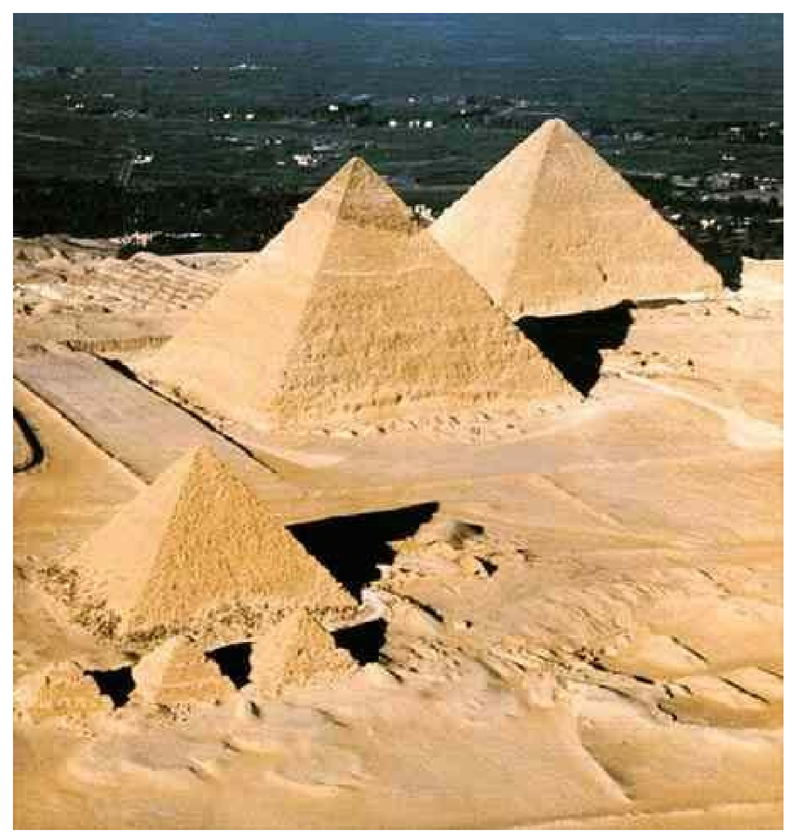
Las pirámides tenían que ser "moradas eternas"; de ahí por qué fueron construidas, al igual que los templos, con materiales más resistentes que los de los palacios reales, que sólo servían durante el gobierno de un rey. Para estos edificios bastaba cualquier adobe. Por esta razón, Egipto es *el país de los templos y de las tumbas.*

Las primeras pirámides se construyeron con piedra calcárea; después fue necesario contentarse con adobes. Maravilla el que los egipcios, con los medios primitivos que disponían, hayan podido manejar bloques de más de cien toneladas. Se ha encontrado un bloque de granito procedente de una pirámide con un peso aproximado de quinientas toneladas. En las pirámides mejor construidas, los distintos bloques están unidos con tanta precisión, que resulta difícil introducir el canto de un papel en las junturas.

Subsisten unas ochenta pirámides reales. Y recientemente se ha descubierto, cerca de Sakkara, una pirámide incompleta, que se cree fue construida por el hermano y sucesor de Zoser, Sanakt, uno de los últimos reyes de la III dinastía.

Las pirámides, maravillas del mundo

Las pirámides son una de las maravillas del mundo. Las más grandes e impresionantes se levantan a las puertas de El Cairo. La mayor y más famosa fue construida hace casi cinco mil años, por el rey Keops. El historiador griego Heródoto, quien visitó Egipto hacia mediados del siglo V antes de Cristo, cuenta que en su construcción trabajaron cien mil hombres durante veinte años.



Vista actual de las pirámides de Gizeh.

El historiador Heródoto trasmite pintorescos decires acerca de la construcción de las pirámides egipcias: "La pirámide fue edificándose de modo que en ella quedasen unas gradas o apoyos que algunos llaman escalas y otros altares. Hecha así desde el principio la parte inferior, iban levantando y subiendo las piedras, ya labradas, con cierta máquina formada de maderos cortos que, alzándolas desde el suelo, las ponía en el primer orden de gradas, desde el cual con otra máquina que en él tenían prevista las subían al segundo orden, donde las cargaban sobre otra máquina semejante, prosiguiendo así en subirlas, pues parece que cuantos eran los órdenes de gradas, tantas eran en número las máquinas; o quizá no siendo más que una, fácilmente transportable, la irían mudando de grada en grada, cada vez que la descargasen de la piedra; que bueno es dar de todo diversas explicaciones. Así es que la fachada empezó a pulirse por arriba, bajando después consecutivamente, de modo que la parte inferior, que estriba en el mismo suelo, fue la postrera en recibir la última mano. En la pirámide está anotado en letras egipcias cuánto se gastó en rábanos, en cebollas y en ajos para el consumo de peones y oficiales, y me acuerdo muy bien que al leérmelo, el intérprete me dijo que la cuenta ascendía a mil seiscientos talentos de plata. Y si ello es así, resulta incalculable el gasto que se hizo en herramientas para trabajar y en víveres y vestidos para los obreros, y más teniendo en cuenta no sólo el tiempo mencionado que gastaron en la fábrica de tales obras, sino también aquel, y a mi entender debió ser muy largo, que emplearían así en cortar la piedra como en abrir la excavación subterránea..."

El faraón reposaba en su sarcófago en el centro de la imponente mole pétrea o en la arena, bajo los cimientos. Han sido necesarios un gran despliegue de ingenio, sumas

enormes e ímprobos trabajos para encontrar y abrir los pasadizos que conducían a las criptas de los reyes.

En las pirámides de fines de la V dinastía y principios de la VI, en las paredes de las cámaras funerarias y de los corredores que conducen a ellas existen unos textos grabados que contienen elementos que ya eran muy antiguos en la época en que fueron compuestos. Pertenecen al mismo período literario que los fragmentos más antiguos del *Libro de los muertos*.

Sin exagerar, puede asegurarse que ninguna obra humana ha causado tan profunda y duradera impresión como las tres colosales pirámides de Egipto. En las noches iluminadas por la Luna muestran una majestad impresionante. Sus imponentes siluetas se recortan sobre el gris azulado del cielo nocturno; de las arenas del desierto surge la esfinge, ser enigmático con cabeza humana y cuerpo de león. Hoy se cree que sus rasgos fisonómicos son los del faraón Kefren.

Al pie de las pirámides se siente uno empequeñecido, presa del vértigo. ¡Qué influencia tan extraordinaria ejerció la creencia en la otra vida sobre la cultura egipcia! ¡Qué enorme fuerza representa la idea de la inmortalidad para la evolución del hombre!



La Esfinge

FINALIZA EL IMPERIO ANTIGUO

Administración y economía

Ya en vida, los reyes y ciudadanos prominentes de Egipto nombraban a los sacerdotes que debían en la hora de su muerte presentar las ofrendas queridas y tributarles los honores debidos a su rango. Con actas legales fijaban los honorarios de estos sacerdotes, que heredaban el usufructo de ciertos bienes inmuebles de los difuntos. Un príncipe de la IV dinastía destinaba las rentas de doce pueblos a su culto fúnebre. Un funcionario de la corte contrató a ocho sacerdotes para tributarle honores ante su tumba. La renta estatal de Egipto fue destinada, de esta forma, a fines improductivos, con lo

que la nación se empobreció y llegó un momento en que no pudo hacer frente a sus obligaciones.

Pero antes de verse sumido en esta desgracia, el país gozó de un gran esplendor cultural durante el período de Menfis. El Imperio constituyó una unidad real bajo la rigurosa administración centralizada, de la que el faraón manejaba todos los hilos. Los diferentes distritos estaban sujetos a la autoridad de los gobernadores, y éstos eran responsables del mantenimiento del orden social y de la recaudación de impuestos, que se percibían en especies.

Toda la economía del país se basaba en la agricultura. Egipto no conocía todavía ningún sistema monetario. Una parte de los cereales, frutos y de la ganadería iba a parar, por derecho, al Estado, cuyos funcionarios los transportaban a los almacenes reales. Estos impuestos en especies servían para el mantenimiento de la corte y para pagar los sueldos a los funcionarios. Otra parte se dedicaba a la exportación, para abonar los productos comprados al extranjero.

Los altos funcionarios palatinos recibían del faraón grandes riquezas e incluso tierras en pago de sus servicios. Estas donaciones, junto con las que se hacían a los templos para mantener el esplendor del culto, y otras donaciones fruto de la esplendidez de los monarcas —que poco a poco se habían convertido en los verdaderos propietarios del suelo egipcio— acabaron por engendrar extensos latifundios, que fueron, a partir de la dinastía V, el germen de verdaderos dominios feudales al hacerse hereditarias no sólo las propiedades concedidas originariamente como una gracia regia, sino también los cargos desempeñados por sus poseedores y la autoridad que llevaban anejos, y que con el tiempo llegaron a anular la propia autoridad del faraón.

La desaparición de la primitiva propiedad privada de la tierra y su concentración en pocas manos, transformó la organización económica del país. La población campesina constaba de siervos adscritos a los campos, a la vez que de obreros libres, que vivían de todos modos con cierta dependencia de los dueños de las tierras que cultivaban. Entre este tipo de campesinado se reclutaba el ejército, sobre todo para las grandes expediciones exteriores. La policía interior se reclutaba a base de tropas mercenarias compuestas de libios, nubios y negros. Junto a la población agrícola convivían importantes grupos de obreros y artesanos que llenaban las necesidades de la población, que vivían en el campo cultivando los latifundios, paralelamente a la gente de las ciudades.

Una escultura perfectamente realista

El arte del Imperio Antiguo alcanzó un nivel muy elevado. Prueba de ello son, entre otras, las estatuas el *Escriba sentado*, del Museo del Louvre, y el *Alcalde de pueblo* (el *Cheik el-Beled*), que pertenecen a la V dinastía. El realismo de este funcionario empuñando el bastón de acacia, insignia de su autoridad, es sorprendente. Su silueta maciza, su cuello ancho y corto, su rostro vulgar pero enérgico, que expresa tan fielmente su satisfacción, simbolizan el tipo perfecto del capataz mediocre.

El Escriba también parece mostrar una excelente opinión de sí mismo. Tiene todo el aire de una instantánea perfectamente conseguida, tomada en el mismo momento en que el modelo acaba de sentarse dispuesto a trabajar. Sus ojos atentos se han fijado en la boca de la persona que va a dictar y espera el momento de empezar a escribir la primera palabra sobre la hoja de papiro extendida ante él.

El nombre de *Alcalde de pueblo* se lo dieron a la citada escultura egipcia los obreros que la descubrieron, por su parecido con un personaje viviente, aunque después se supo que era retrato de una antigua personalidad llamada Ka-aper; su cabeza, en efecto, presenta una

morbidez admirable, como si perteneciera a una imagen viva. La del *Escriba sentado* fue esculpida en caliza, con las carnes pintadas de amarillo y la peluca de negro.

Junto con estas esculturas y algunas más de buen arte, hay otras medianas, obras modestas y pequeñas, por lo general de caliza, siendo frecuentes los grupos familiares, de marido y mujer, en pie y con más frecuencia sentados y a veces adosado al asiento un hijo. Y no solamente querían rodearse de seres amados en la tumba, sino también de los servidores, representados por curiosas figuras que amasan pan o ejecutan otras faenas domésticas. A todo ello contribuía la religión, que imponía la necesidad de depositar en cada tumba la estatua, fiel representación del difunto, mostrándolo vivo, tal como fue y como debía seguir siendo siempre. Al servicio de esta creencia se formó la escuela de escultura menfita, de estilo realista, que llegó a alcanzar gran perfeccionamiento.

La insenescencia y espontaneidad de estas obras jamás han sido igualadas por las creaciones posteriores del arte egipcio. Ante ellas no se puede hablar del Imperio Antiguo como si esta época significara una muestra de vejez. Las obras maestras de la escultura y los bajorrelieves que adornan las tumbas atestiguan, por el contrario, todo el vigor y el entusiasmo de sus artistas, sin que se advierta la menor señal de cansancio.

La marcha hacia el sur

A partir del Imperio Antiguo, los faraones comenzaron a interesarse por los territorios situados al sur de la primera catarata. Durante la VI dinastía, la catarata dejó de ser infranqueable por las embarcaciones ligeras. Un gran personaje de la época hizo grabar sobre los muros de su tumba el relato de sus aventuras con el rey Pepi I en una expedición contra el "pueblo de las arenas" (nombre dado por los egipcios a los beduinos de las fronteras meridional y septentrional). Dicho personaje fue el que pudo preguntar a la reina sobre los secretos del harén y el que construyó canales al costado de la catarata. He aquí lo que se lee en la inscripción: "Su majestad equipó un ejército de diez mil hombres y regresó victorioso después de haber destruido el país del pueblo de las arenas, talado sus higueras y sus vides, incendiado sus casas, matado a miles de hombres y hacer numerosos prisioneros". Pero también envió hacia el sur expediciones pacíficas que trajeron de Nubia cargamentos de materiales preciosos como marfil, ébano y oro.

Sobre los muros dé una tumba, cerca de la actual Asuán, se encuentra el relato de cuatro expediciones dirigidas hacia Nubia por un vasallo del faraón en Elefantina, un tal Kufor. Mientras realizó su cuarto viaje a Nubia —hacia 2250 antes de Cristo-, ocupaba el trono un niño de siete años, Pepi II. El mandato de este rey, entonces tan joven, iba a ser el más largo de toda la historia mundial, pues, según la tradición egipcia, gobernó por lo menos noventa y cuatro años. Cuando la caravana regresó, trajo para el pequeño faraón algo más agradable para él que oro y marfil: un enano danzarín. Pepi estaba en el colmo de su felicidad. En una carta a Kufor expresa toda su alegría y le manifiesta su impaciencia en recibir el regalo anunciado, rogando vehementemente a Kufor que vele para que nada suceda al enanito. "Cuando suba a bordo contigo —escribe el faraón-, escoge a dos hombres de confianza para que estén constantemente a su lado y no le dejen caer al agua. Que durante la noche duerman también dos hombres de confianza junto a él, en su tienda, y miren diez veces para ver si todo está en orden. Y si el enano llega sano ala corte, el faraón te recompensará diez veces más que el rey Isesi (soberano de la V dinastía) recompensó en su tiempo al hombre que le trajo un enano del Punt"[25].

[25]El Punt es el extremo sur de Arabia y el litoral somalí, junto al mar Rojo.

Kufor se sintió tan orgulloso de esta carta del pequeño faraón, que la mandó grabar palabra por palabra en los muros de su tumba, en donde se puede leer todavía.

El ocaso del Imperio Antiguo

Durante el Imperio Antiguo, los gobernadores y demás altos funcionarios recibían en recompensa a sus servicios tierras que después legaban a sus descendientes. Pero este sistema de retribución entrañaba un peligro: que, poco a poco, las familias distinguidas cuyos miembros ocupaban funciones elevadas acabaron por adueñarse de la mayor parte de las tierras. Finalmente, esta aristocracia afortunada y los sacerdotes, muy bien organizados, llegaron a ser más poderosos que el faraón, y el Imperio se deshizo en un mosaico de principados que de continuo se hacían la guerra entre sí.

El ocaso del Imperio Antiguo acabó en un caos económico y social completo. Uno de los sabios de la época ha descrito aquella situación de manera impresionante: "Las aguas del Nilo, dispensadoras de vicia, se salen de madre —dice— y los campos no se cultivan. Ladrones y vagabundos señorean los caminos y tienden emboscadas a los viajeros. Se suceden las epidemias una tras otra; las mujeres no dan a luz. El orden social sólo es una palabra huera; nadie paga los impuestos. Se saquean los templos y los palacios del rey. El que en otro tiempo poseía magníficas vestiduras, muestra hoy harapos. Mujeres de alta alcurnia recorren el país mendigando un trozo de pan y las amas de casa suspiran: "¡Ah, si tuviéramos algo que comer!" Por todas parte se oye gritar: "¡Aplastemos a los poderosos!" Los cocodrilos se hartan con tantas presas a su alcance. Los hay que se dejan devorar voluntariamente, pues el temor los vuelve locos. En ninguna parte se oyen risas y el duelo se extiende por todo el país. Jóvenes y viejos dicen: "¡Ojalá estuviese muerto!" Y los niños se quejan: "¿Por qué se nos habrá traído al mundo?" Los barcos no salen ya para Biblos, el puerto sirio al pie del Líbano cubierto de cedros; "¿en dónde encontraremos ahora madera para los ataúdes de nuestras momias?""

UNA HISTORIA INMENSA

EL IMPERIO MEDIO

Una época de transición

El período de decadencia se prolongó hasta alrededores de 2050 antes de Cristo. En esta época, los soberanos de Tebas, en el Alto Egipto, consiguieron someter a todo el país y rehabilitar la unidad del Imperio. El territorio de estos soberanos comprendía la actual región de Luxor-Karnac, con la ciudad que todavía hoy lleva el nombre de Tebas, situada en la orilla occidental del Nilo. Empieza un nuevo período de prosperidad con la XII dinastía, que durará varios siglos, y sus poderosos reyes pondrán en jaque el poder de los vasallos.

Los reyes de esta dinastía se llaman todos Amenemhet o Sesostris (este último traducción griega de Senusrit). Impulsaron las grandes construcciones y se han encontrado tumbas y templos que datan de su época. Las artes y la literatura alcanzaron gran brillantez y el Imperio medio llegó a convertirse para las futuras generaciones en el período clásico de Egipto. Siglos más tarde, todavía se estudiaba en las escuelas la literatura de este tiempo, y cuantos querían presumir de un lenguaje cuidado, imitaban el estilo de estos textos.

Los faraones establecieron su residencia junto al oasis de El Fayum, al sur de Menfis, región pantanosa y malsana que comunicaba con el Nilo por una especie de canal natural.

Esta unión Fayum-Nilo se mejoró con la construcción de esclusas, se organizó la irrigación según las necesidades de las distintas cosechas, mediante un nuevo sistema de canales por el interior del oasis y las marismas fueron transformadas en tierras cultivables y fértiles. Todavía hoy, las naranjas, melocotones, higos y uvas de El Fayum gozan de tanto renombre como su algodón y sus rosas.

Amenemhet III se construyó una pirámide en El Fayum y luego un templo gigantesco. Estas construcciones formaban, con la casa de los sacerdotes, un laberinto tal de columnas, patios interiores y habitaciones sin luz, que no se podía caminar por su interior sin la ayuda de un guía.

¿Habrán inspirado este complejo de edificios los relatos griegos sobre el laberinto, que tenía fama de ser la maravilla más grande del mundo? En nuestros días, el templo de Amenemhet está destruido.

Egipto contra Nubia

La tradición griega nos recuerda a los esforzados constructores y terribles conquistadores de la XII dinastía, conocida con el nombre genérico de Sesostris. Con el tiempo, sus hechos adquirieron proporciones fantásticas. Llegaron a extender sus

territorios hacia el sur "hasta el fin del mundo"; es decir, hasta los alrededores de la segunda catarata, y sometieron no solamente el valle nubiano del río, sino que también se adueñaron de las minas de oro situadas al este de la región. Las ruinas de los alrededores de la segunda catarata todavía nos indican cómo los egipcios defendían los territorios nubianos del Imperio, de los posibles ataques del sur. Cerca de Semnet, a sesenta kilómetros al sur de la catarata, Sesostris construyó un fuerte y levantó una columna conmemorativa, en cuya inscripción se alaba "de haber inspirado un terror servil al pueblo de la pobre Kush", nombre que los egipcios daban a Nubia.

No encuentra palabras para flagelar la cobardía de los nubianos: "No son hombres valientes, no. Son cobardes y miserables; su corazón está lleno de temor. Mi majestad ha leído en sus ojos, no miento. He robado sus mujeres, he hecho prisioneros a los trabajadores de sus campos, he arrancado su trigo y lo he reducido a pavesas. Lo juro por la vida de mi padre. Digo la verdad y puedo probar la exactitud de mis palabras". Hoy difícilmente podemos compartir el orgullo de su majestad por tal hazaña: vencer a unos pobres indígenas no es ninguna gloria cuando se dispone de un ejército bien equipado.

Este monumento conserva una anécdota muy singular. Descubierto en 1844 por el egiptólogo alemán Richard Lepsius, la columna estaba dividida en dos trozos. Lepsius embaló las dos partes separadamente, pero sólo llegó a Berlín una. Los obreros de Lepsius olvidaron el otro fragmento en Semnet, en donde fue encontrado cuarenta y dos años más tarde, protegido aún por el embalaje de Lepsius. Este fragmento fue enviado a El Cairo y quedó en el museo egipcio hasta 1899. Después se le trasladó al museo de Berlín, en donde se volvieron a juntar las dos mitades de la columna conmemorativa de Sesostris, después de algo más de medio siglo de separación.



Tropa de soldados egipcios. Maqueta hallada en una tumba.

Los hicsos, beneficiarios de la decadencia

Sesostris también completó la canalización de la primera catarata, comenzada cuatrocientos años antes bajo la VI dinastía. En un islote del río hay dos inscripciones rupestres que atestiguan estos trabajos y que son de gran importancia desde el punto de vista cultural. Las mismas inscripciones nos indican a la vez que el nombre del canal significa "Grandes son los designios de Sesostris". El canal se llenó de barro y de

piedras, pero Sesostris lo mandó dragar y reconstruir. Unos cuatro siglos más tarde, Tutmosis III imitó a su predecesor y dio orden a los pescadores de la región de que limpiaran el canal cada año.

Desde esta época, los egipcios mantuvieron un comercio muy activo con Siria y las islas del Mediterráneo oriental. El fin de la XII dinastía es también el de los grandes faraones. Muchos detalles nos permiten suponer que el país empezó a carecer de jefes enérgicos. Las señales que Amenemhet III hizo grabar en las rocas que se yerguen sobre la segunda catarata, para indicar los niveles alcanzados por las crecidas del Nilo, no le sobrevivieron más que algunas decenas de años. Luego, ya no se hicieron los empadronamientos, regularmente efectuados bajo la XII dinastía. Se dejó así de registrar algo que era muy importante para la marcha del Estado, y ello no por casualidad, sino porque comenzaba una verdadera decadencia, precursora de una transición histórica.

El vigor del Imperio, ya minado por un levantamiento de la nobleza, fue liquidado en pocos años por los conquistadores asiáticos, que se instalaron primero en el Delta y después en todo Egipto.

Estos conquistadores, los hicsos, no eran bárbaros. Introdujeron en Egipto el caballo, el carro, la armadura y otros tipos de armas. Dejaron a los faraones en Tebas con un poder fantasma y se contentaron, en la práctica, con cobrar los impuestos regularmente. Por primera vez, Egipto conocía la dominación del extranjero, que "gobernaba ante la pasividad de Ra".

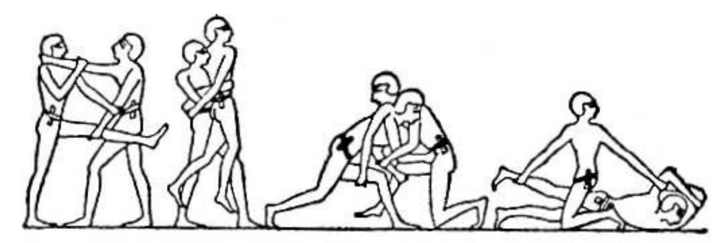
Los hicsos dominaron durante dos siglos, entre 1730 y 1570 antes de Cristo aproximadamente, en cuyo transcurso los egipcios aprendieron a manejar las nuevas armas.

Expulsión de los hicsos

El renacimiento de Egipto se inició en Tebas. Un príncipe de esta ciudad, conocido con el nombre de Kamosis, levantó el estandarte de la rebelión, pero sucumbió a comienzos de la guerra. Es curioso que el documento más importante referente a la ruptura de hostilidades contra los hicsos sea la copia o el proyecto de una inscripción real, escrita por la torpe mano de un estudiante; en ella, Kamosis proclama sus primeras victorias: "Siendo vasallo de los hicsos, derribé sus murallas, aniquilé a su pueblo y obligué a su esposa a bajar a la orilla del río. Mis soldados saltaban como leones sobre su presa; conquistaron esclavos, rebaños, leche, manteca, miel y se repartieron el botín con el corazón lleno de alegría".

El texto quedó interrumpido aquí, como quizá la propia vida de Kamosis. Uno de sus sucesores continuó la lucha por la libertad y consiguió no sólo arrojar a los hicsos del Delta, sino también perseguirlos hasta el sur de Palestina.

No existe ninguna fuente oficial que relate la expulsión de los hicsos, pero la leyenda no tardó en crear las gestas más extraordinarias. El egipcio medio admite, pues, que la rebelión nació de un desafío lanzado al príncipe de Tebas por el rey de los hicsos. ¡El extranjero había mandado al príncipe tebano un mensaje quejándose de que no podía conciliar el sueño (en su residencia del Delta), a causa del ruido que hacían los hipopótamos de Tebas! "¡Noche y día suena en mis oídos su alboroto!", se quejaba este potentado de sensible oído, argumento que trae a la memoria los agravios del lobo respecto al cordero de la fábula de Fedro.



Soldados ejercitándose en la lucha.

El príncipe que consiguió expulsar a los hicsos de Egipto fue el fundador de la XVIII dinastía, e hizo de Tebas la capital del país. A comienzos del Imperio Nuevo hubo un período de gran esplendor cultural y se realizaron expediciones contra los países vecinos por el nordeste hasta el Éufrates y por el sur hasta el interior del Sudán. La larga guerra de liberación contra los hicsos hizo belicosa a la nobleza, e incluso los campesinos, de natural pacíficos, se acostumbraron a las guerras y a las conquistas.

Egipto se convirtió en un estado militar dominado por el ejército. Las tropas estaban compuestas en gran parte por mercenarios extranjeros, que incluso se reclutaban en Cerdeña, y estaban bien dotadas de armamento. Los arqueros egipcios gozaron de renombrada fama hasta en los tiempos helenísticos. Además, utilizaban el caballo, llevado de Asia a Egipto durante la dominación de los hicsos, aunque únicamente para los carros de combate, quizá porque los primeros caballos llegados allí eran demasiado pequeños para soportar la silla. Esa raza probablemente se desarrolló y llegó a ser más vigorosa gracias a los excelentes pastos de Egipto y Nubia. A propósito de ello, debemos recordar que del camello no se ha hallado rastros anteriores al período helenístico (es decir, previo al año 300 antes de Cristo), a pesar que el camello es en nuestros días una de las notas más típicas del paisaje egipcio. Al principio, para los transportes a través del desierto no se emplearon más que asnos; con los árabes, a mediados del siglo V después de Cristo, aparecieron en el país del Nilo los "barcos del desierto".

LA RESTAURACIÓN Y EL IMPERIO NUEVO

Tutmosis I y el Imperio Nuevo

A1 final del período de los hicsos, Egipto no estaba en condiciones de mantener su dominio sobre Siria, y los faraones de la XVIII dinastía tuvieron que lanzar todas las fuerzas del país para reconquistar dichos territorios. Para ello se restableció y defendió la frontera meridional, cerca de la segunda catarata. Pero el joven y ambicioso Tutmosis I aun fue más lejos: se lanzó hacia el sur "como una pantera furiosa" y sometió todo el territorio hasta la cuarta catarata.

En su expedición hacia el sur, Tutmosis I llegó al territorio de Meroe, en el corazón del actual Sudán. Aquellos países habían sido considerados por los antiguos egipcios, desde remotos tiempos, como lugares desérticos y "tierra de fantasmas", rebosantes de terrores indescriptibles, en que vivían gigantes, pigmeos y animales monstruosos, que se aventuraban incluso a rondar la terrible "vivienda de los muertos". Lo cierto es que moraban en Nubia fieros pueblos pastores, contra los cuales erigieron los egipcios poderosas fortalezas, cuyas ruinas subsisten a lo largo del curso del Nilo. Con todo, siempre codiciaron las tierras de aquella "frontera meridional", y las expediciones egipcias hacia allí, según se ha comprobado en estos

últimos años, ya las realizaban los faraones de las primeras dinastías. En la segunda catarata, no lejos de Uadi-Halfa y de la frontera egipcio-sudanesa, se conserva la inscripción más antigua de Nubia, en jeroglífico arcaico, que recuerda la marcha de un ejército hacia el sur, enviado por uno de los primeros faraones.

Luego, emprendió en Siria septentrional una expedición de mayor envergadura. Hasta entonces, ningún ejército egipcio había avanzado hasta tan lejos, pero ahora el faraón podía "alegrar su corazón en el país de los bárbaros". Extendió su poder, sin oposición alguna, hasta el Éufrates y alcanzó allí una gran victoria, cuyo recuerdo perpetuó con una inscripción en la orilla oriental del río.

La ofensiva de este faraón contra Siria constituye, de hecho, una continuación de las guerras de expulsión de los hicsos, cuyos últimos— estos se habían refugiado allí, apoyándose en el principado de Kadesh, que dominaba el valle del Orontes y seguía ofreciendo el peligro de nuevos intentos contra la seguridad de Egipto. La de Tutmosis I fue una campaña por sorpresa; sometió a los diferentes principados del norte de Siria, llegó al Éufrates y en la gran curva del río erigió una estela conmemorativa de su campaña que señalaba a la vez los límites de su imperio. Llegó también a la tierra de Naharin, como se llamó desde entonces en los textos egipcios a la Siria septentrional, nombre que significaba "país de los ríos", pero que luego designó más especialmente el territorio de los pueblos mitani al este del Éufrates, con los cuales los egipcios se pusieron en relación en lo sucesivo[26].

De regreso a Egipto, el joven Tutmosis 1 pudo vanagloriarse de haber extendido las fronteras del imperio hasta la cuarta catarata, por el sur, y hasta el Éufrates, por el norte. Pero, en realidad, sobre Siria ejerció una dudosa dominación. Es indudable que príncipes y ciudades rindieron homenaje al faraón cuando llegó al frente de su poderoso y bien organizado ejército, pero, tan pronto como las tropas abandonaron el país, los vasallos dejaron de pagar tributo y se prepararon para la rebelión.

El Valle de los Reyes

Tutmosis I murió en 1495 antes de Cristo, y, contrariamente a la costumbre, no se levantó pirámide alguna, pues a pesar de todas las precauciones, los muertos que reposaban en estos mausoleos eran a menudo presa de los saqueadores. La prohibición de acercarse a las cámaras funerarias era letra muerta, lo mismo que las amenazas grabadas en los muros de las tumbas y dirigidas a los audaces que se atrevían a violar la morada del difunto: "Le capturaré como a un pájaro salvaje. Y deberá responder de su fechoría delante del dios inmenso". Para protegerse de los profanadores, Tutmosis I escogió su tumba en las rocas de la ribera izquierda del Nilo, aguas arriba de Tebas, en la parte salvaje e inaccesible de las montañas de Libia, lugar que alcanzó celebridad y se conoció con el nombre de Valle de los Reyes. A este lugar sólo se podía llegar por

[26]"Este hecho es de gran trascendencia para Egipto y para todo el mundo oriental —observa Bosch Gimpera—. Desde entonces, Egipto entra en los caminos de la conquista organizada de Siria, que hasta ese tiempo sólo había visitado en expediciones temporales y de la que había obtenido solamente una sumisión nominal, que si sirvió al desarrollo del comercio y a cierto intercambio de productos e ideas, no representaba una íntima compenetración de los dos mundos entre los cuales Siria estaba colocada. En adelante, el centro de gravedad de la política exterior de Egipto se hallará constantemente en Siria."

algunos puertos que estaban vigilados. Todavía se pueden ver hoy las ruinas de los puestos de guardia. Los muertos podían descansar allí en paz.

Durante cuatro siglos, los faraones siguieron el ejemplo de Tutmosis I y se puso fin a la vieja costumbre de unir la tumba y el templo en una única construcción, en donde los parientes del difunto le presentaban ofrendas de alimento y bebida. Tutmosis I mandó construir su templo funerario lejos de su tumba, y lo mismo se hizo en siglos posteriores, cuando se separaron la iglesia y el cementerio, que en principio formaban un conjunto. Los reyes de la XVIII dinastía encontraron su última morada en estas paredes rocosas al borde del Nilo. En ciertos lugares aparecen cavadas largas filas de tumbas, tan cerca unas de otras qué los oscuros nichos semejan un gran panal sobre la amarillenta piedra calcárea. Sus pinturas nos hablan de hombres egregios allí enterrados y de sus hazañas en vida. Todavía hoy se pueden admirar la viveza y el colorido espléndidos de esos cuadros diminutos y contemplar en ellos a los funcionarios del faraón rindiendo a los pies del rey a los representantes de los pueblos conquistados, que se acercan al trono con los brazos cargados de productos del país.

Aquí es donde reposan los señores de Egipto en otro tiempo tan poderosos, tumbados detrás de las paredes rocosas, en un paisaje que tiene un tono de profunda y sombría serenidad. No hay nada en el mundo que presente un carácter tan majestuoso y elevado como esta ciudad de los muertos. Pero también por aquí, como en las pirámides, y mastabas, han pasado los profanadores. Ladrones impíos, atraídos por el oro y las piedras preciosas con que se adornaban los muertos, han abierto los sarcófagos y se han llevado las momias. Las medidas de seguridad tomadas en otro tiempo por los faraones no pudieron protegerles después de su muerte, ni las trampas que hicieron excavar para alejar a los intrusos pudieron asegurarles el eterno reposo.

La reina Hatsepsut

La heredera más próxima de Tutmosis I era Hatsepsut, hija de la reina, su esposa legítima. Una mujer de su harén le había dado un hijo, también llamado Tutmosis, pero aquélla era de categoría menos elevada que la madre de Hatsepsut, y la sucesión sólo se trasmitía por las mujeres. Sólo príncipes cuya madre hubiera sido reina, por consiguiente la madre de un dios, tenían derecho legítimo al trono. Los sucesos que precedieron y siguieron a la muerte de Tutmosis I se han perdido en las tinieblas de la historia, pero parece que aquél sentó legalmente a su hijo en el trono haciéndole desposar con su media hermana. Normalmente, tales matrimonios no sólo se concertaban en la familia real, sino que también se daban en el pueblo. La explicación de esa costumbre habría que buscarla en el concepto de economía que siempre ha caracterizado al campesino egipcio: en cuanto fuera posible, había que conservar el patrimonio intacto. En el seno de la familia faraónica, el matrimonio entre hermanos se justificaba por el deseo de no mezclar la sangre real. El rey era, en efecto, hijo de dios y no tenía que mezclarse con las hijas de la Tierra.

Gracias a su matrimonio con Hatsepsut, el joven Tutmosis pudo suceder a su padre con el nombre de Tutmosis II. No se sabe gran cosa de este periodo, pero parece que Tutmosis II no tuvo un reinado muy largo y que, a su muerte, la situación dinástica era tan precaria como en tiempos de su padre, pues tampoco Tutmosis II tuvo un hijo de la reina. El príncipe que ocupó más tarde el trono con el nombre de Tutmosis III era, quizás, hijo de Tutmosis II y de una esclava, aunque algunos eruditos afirman que era hijo de Tutmosis 1 y por consiguiente medio hermano de Tutmosis II y de Hatsepsut.

Sea lo que fuere, cuando todavía no era más que príncipe, él futuro Tutmosis III llegó a ser sacerdote del templo de Amón e intrigó para adjudicarse el trono. Pero la legitimidad de Hatsepsut era invulnerable, y ayudada por una camarilla cortesana pudo alejar a Tutmosis del trono e investirse como soberana reinante. Esto era inusitado. Como heredera de su padre podía trasmitir la corona a un descendiente varón, pero nunca reinar personalmente. Había, pues, que inventar un motivo que justificara su posición: que el dios Amón le había ofrecido el trono y por eso se arrogaba las prerrogativas reales. Hay dibujos que la representan vestida con atuendo masculino y, en general, su rostro se adorna con barba, insignia de realeza.

Un viaje al país del incienso

Hatsepsut era bella y bien dotada, aunque ciertamente poco sabemos de su personalidad. Algunos la presentan como un monstruo de carácter, mientras que otros no ven en ella más que un juguete en manos de la nobleza ambiciosa de poder. En todo caso, nunca salió a campaña, y al cabo de veinte años de reinado, Egipto había perdido prácticamente las posesiones de Siria. Pero de su gobierno destaca una singular expedición hacia el Punt, al sur del mar Rojo, país envuelto en leyendas y tierra del incienso.



Dominando la necrópolis de Deir-el-Bahari, cerca de Tebas, se levanta el templo de la reina Hapsepsut dedicado al dios Amón.

Se pasó primero del Nilo al mar Rojo por un canal y después se puso rumbo hacia el sur, hasta que llegaron a un poblado. Allí, los egipcios se esforzaron en poner de

manifiesto sus intenciones pacíficas e hicieron lo mismo que nuestros actuales exploradores; es decir, ofrecieron presentes. Y cuando ya se conocieron, se estableció un activo comercio. Los barcos egipcios se cargaron de oro, plata, piedras preciosas, ébano y otras maderas, marfil y pieles de leopardo y pantera. Y sobre todo, de monos. Pero el producto más notable del país era la resina, empleada como incienso. Para obtenerlo en su país, los egipcios se llevaron treinta árboles de mirra con la tierra que envolvía sus raíces, que Hatsepsut mandó plantar en las terrazas del maravilloso templo de piedra que había hecho construir en honor del dios Amón en la orilla occidental del Nilo, más arriba de Tebas. El relato de la expedición al Punt está grabado en los muros de este templo, pero tal inscripción no presenta el viaje como uno comercial ordinario. ¿Cómo es que el faraón que recibía presentes de todos los países del mundo pudo comprar cosa alguna a un pueblo bárbaro? El incienso que los egipcios habían traído se llamó "tributo del rey del Punt", y se escribió que los jefes del pueblo "prestaron sumisión con la cabeza baja y besaron el suelo a los pies de la reina implorándole paz".

Durante el reinado de Hatsepsut se levantaron muchas construcciones. Su "templo del acantilado", en Deir-el Bahari, cerca de Tebas[27], es una de las más bellas realizaciones de la arquitectura egipcia.

LA HISTORIA SE INTERNACIONALIZA

Tutmosis III: memoria en tres continentes

Las circunstancias con que terminó el reinado de Hatsepsut son bastante oscuras. ¿Fue eliminada por un golpe de Estado o se dispersaron sus partidarios después de su muerte? Nada se sabe. La venganza de Tutmosis III persiguió siempre la memoria de Hatsepsut; sus estatuas en el templo de Deir-el Bahari fueron mutiladas y los trozos arrojados a una cantera vecina.

La victoria política de Tutmosis III significaba la derrota del partido pacifista, como se vio en seguida. A los setenta y cinco días de su ascensión al trono, el faraón lanzó su ejército sobre la región de Suez: "Su Majestad marchó inmediatamente al país de Djahi para acabar con los traidores que allí había y recompensar a quienes le eran fieles".

Tutmosis II1 fue una de las más grandes figuras de la larga serie de reyes de Egipto. Tras diecisiete expediciones a Siria y algunas otras a Nubia, extendió y consolidó sus dominios desde el Éufrates, al norte, hasta la cuarta catarata, al sur, aumentó el poderío naval de Egipto, mandó sus naves hasta las islas del Egeo e incluso el rey de Chipre fue reducido a la condición de vasallo suyo.

Sin embargo, los egipcios nunca fueron un pueblo de grandes navegantes. Carecían de dos elementos indispensables: tripulaciones entrenadas y madera para la

[27]El templo de Deir-el Bahari, situado en la parte occidental de Tebas, fue adornado con maravillosos bajorrelieves en color. Las paredes del templo de las terrazas nos presentan, por ejemplo, a la reina de Punt; o sea, el legendario Ofir, en medio de un cortejo lleno de esplendor y encanto singulares. Un espectáculo jamás visto debió ofrecerse a los tebanos cuando, después del feliz viaje de regreso de la expedición, un raro grupo de gentes de Punt, con los maravillosos productos de su tierra, entraron en el palacio de la reina Hatsepsut: "Le hice un Punt en su jardín, como él me había ordenado...", exclama jubilosa la soberana, refiriéndose a los árboles de mirra para la terraza del templo del dios. Siglos más tarde, restos de raíces resecas han sido hallados por los sabios exploradores egiptólogos entre las arenas cálidas y amarillentas del templo de Deir-el Bahari.

construcción naval. Para su navegación de cabotaje utilizaban sus pesados barcos fluviales, pero con ellos no podían aventurarse en alta mar. Además, los egipcios no eran lo suficientemente atrevidos como para ser buenos marinos. Tenían miedo al mar y por eso dejaban a los extranjeros que se ocuparan de su tráfico marítimo, sobre todo los fenicios, que se ganaron la confianza y fueron los que gobernaban la flota egipcia. A Egipto llegaban mercancías de todos los países: oro, piedras preciosas, ébano, incienso, ricas telas de Fenicia e incluso purasangres para las caballerizas reales. Innumerables negros y prisioneros de guerra sirios fueron conducidos a Egipto y sometidos a una vida de esclavos al servicio del faraón.

Al cumplirse los treinta años de su reinado, Tutmosis III levantó dos obeliscos, y más tarde otros cuatro, para conmemorar nuevos jubileos: dos en el templo de Karnak, dos en Deir-el Bahari y dos ante el templo de Ra, en Heliópolis. Ninguno de ellos se encuentra hoy en el lugar donde los erigieron. Dos han desaparecido; el remate de otro se encuentra en Estambul, sobre un pedestal que perpetúa la memoria de Teodosio el Grande; otro fue llevado a Roma y puede admirarse en la plaza de Letrán, y los otros dos, el emperador Augusto los trasladó a Alejandría, en donde más tarde los árabes les dieron el apelativo de "agujas de Cleopatra", aunque nada tengan que ver con esa atractiva reina. Uno de estos dos obeliscos fue regalado por Mehemet Alí, soberano de Egipto, al gobierno inglés y se levanta hoy, ennegrecido por los humos londinenses, a orillas del Támesis; el otro está en Nueva York. Estos imponentes monolitos proclaman la gloría de Tutmosis III, "el conquistador de la Tierra", en las cuatro grandes ciudades del Viejo y del Nuevo Mundo.

La personalidad de Tutmosis III despierta mayor interés que cualquier otro rey del antiguo Egipto, exceptuando a Eknatón. Se nos muestra como un monarca enérgico e infalible, un político sagaz y uno de los mayores capitanes de la historia. Anteriormente nunca había existido hombre alguno que tuviera en sus manos la suerte de tantos seres. Su genio era semejante al de Alejandro o al de Napoleón. Tutmosis III fue el creador del primer imperio mundial.

Amenofis III y el primer comercio mundial

En cuanto expiró Tutmosis, se desencadenó la tempestad. Los sirios se sublevaron en masa contra su hijo y sucesor, Amenofis II, pero como atestigua la leyenda de un monumento de Karnak, el joven rey derrotó al enemigo.

Su nieto y segundo sucesor, Amenofis III, no era hombre de guerra. Prefería disfrutar de las ventajas de la paz y de los goces de una cultura refinadísima al lado de su mujer, Tiy. Y como EL prestigio del faraón ante los pueblos era tan grande, Amenofis III pudo permitirse ese lujo sin temor alguno.

La paz favoreció los intercambios comerciales y culturales con los demás países. El siglo XV antes de Cristo es el primer período de la historia en que existe un verdadero comercio mundial. La civilización del Nilo y la de los países del Tigris y del Éufrates entraron en contacto. Por otra parte, la influencia de la cultura egipcia no se extendió solamente por las islas del este Mediterráneo, sino también por el continente griego. Se imitaron tanto en Grecia como en Micenas la arquitectura y la artesanía egipcias, y de ello hay claras muestras en las inscripciones prehistóricas de Creta, de indudable influencia egipcia.

De todos los rincones del mundo antiguo afluían riquezas a Egipto, y la prosperidad del país alcanzó proporciones inauditas. Tebas era la ciudad más monumental de la Antigüedad.

Las relaciones comerciales cada vez más estrechas con el extranjero tuvieron como consecuencia que los faraones abandonaran su desdén hacia los demás poderosos de la Tierra. Se poseen documentos del más alto interés que atestiguan cambios de notas muy frecuentes entre Amenofis III y su hijo y sucesor, Amenofis IV, por un lado, y los soberanos de Babilonia, de Nínive y otros estados asiáticos, por otro. Los documentos en cuestión recogen una correspondencia: las célebres *cartas de Amarna*, tablillas de piedra escritas con caracteres cuneiformes babilónicos. Se las denomina así por el lugar en donde fueron descubiertas, El-Amarna, Egipto central, a 480 kilómetros al sur de El Cairo. Amenofis IV había establecido allí su residencia, y es de suponer que cuando abandonó Tebas por su nueva capital, trasladó los archivos políticos de su padre.

El archivo del Tell el-Amarna

Las cartas de Amarna fueron descubiertas en 1888 por casualidad. Una campesina que cavaba sobre unos montones de escombros en busca de algo que pudiese servir de abono para su campo, descubrió numerosas cajas de madera carcomida llenas de tablillas de piedra. Este hallazgo le valía más que el mejor de los abonos; pues los turistas pagaban bien las antigüedades. Después, para sacar más dinero de estos hallazgos, los campesinos egipcios rompieron las tablillas mayores y las vendieron por trozos.

Pero la intervención del gobierno de Egipto consiguió salvar alrededor de 350 tablillas, que fueron a parar a los museos de Londres, El Cairo y Berlín.

Los autores de esas cartas se comportan como perfectos diplomáticos. Sus majestades se tratan siempre con la frase "hermano mío" y establecen lazos matrimoniales para reforzar la unión de los reinos vecinos. Así, Amenofis III obtiene la mano de una princesa de un reino del Alto Éufrates, en Mesopotamia septentrional, después de insistir en su petición hasta seis veces, si hemos de creer al hermano de la princesa, un personaje que llevaba el sonoro nombre de Dusrata, que relata este cortejo obstinado en una carta a Amenofis IV. Más tarde, Amenofis III, que por este tiempo ya era de edad avanzada, se casó con una hija de Dusrata. A la muerte del rey, su hijo Amenofis IV heredó el trono y la joven viuda.

La amistad entre el suegro Dusrata y el yerno se asentaba sobre la base sólida de regalos mutuos. Del país del Éufrates llegaban briosos caballos, carros, telas primorosas, plata, joyas y preseas. El donador esperaba recibir regalos de igual valor. Si la contrapartida no llegaba, se pasaba aviso de no mandar más presentes hasta que la otra parte hubiera ofrecido los suyos. La sed de oro de los reyes asiáticos era insaciable. El rey Dusrata supo por sus embajadores que en Egipto "había tanto oró como polvo en el suelo". Ciertamente, las minas de Nubia producían mucho, pero tal afirmación era un poco exagerada. Desde que Amenofís III pidió la mano de la hija de Dusrata, el futuro suegro reclamaba oro en cada carta; oro para sellar la amistad entre los dos soberanos, oro para pagar la dote de la joven prometida. Pide "diez veces más oro que el que ha recibido mi padre". Pero, añade la carta, "haya mucho o poco, aunque hubiera el mínimo que se pudiera imaginar, colmaría mi alegría".

Los presentes del faraón vinieron al fin y Dusrata llegó "al colmo de su alegría". Escribió: "He dispuesto fiestas para la llegada de tus regalos". Mas cuando examinó los

presentes ante la corte, "qué desilusión, no había oro". Todos lloraron amargamente y el pobre futuro suegro "sintió encogérsele el corazón" y "quedó sorprendido por la conducta de su hermano". Naturalmente, no podía ceder su hija a Amenofis antes de que éste no se hubiese redimido con ricos presentes que "rehabilitaran a su hermano ante los ojos de sus hombres".

Esta carta tuvo consecuencias favorables para su majestad Dusrata. En la embajada siguiente, la generosidad del faraón le llenó de felicidad, y la princesa fue llevada inmediatamente a Tebas. Y, dice el faraón, "mi corazón se alegró cuando la vi.".

Regateos diplomáticos

Así, pues, todo iba bien. Cuando Amenofis, ahora ya muy anciano, cayó enfermo, su suegro le envió una estatua de la divinidad asirio-babilónica Istar, diosa del Amor y de la Vida, para que lo protegiera en la enfermedad y con el deseo de que Istar concediera a Amenofis una vida de cien mil años. Pero el suegro nada dejaba al azar y rogó a Amenofis que no se olvidara de devolverle la estatua, pues "Istar es mi diosa y no la diosa de mi hermano".

Amenofis III hizo también proposiciones de matrimonio a la corte de Babilonia, que el rey aceptó a condición de obtener como contrapartida la mano de una princesa egipcia y recibir oro, "tanto como fuera posible", para decorar el nuevo palacio que estaba construyendo. Pero el faraón tenía su amor propio y respondió a su hermano que "¡nunca jamás hasta entonces había sido concedida una hija del rey de Egipto a un vasallo extranjero!" Lo que no fue muy del agrado de su majestad babilónica, que manifestó ruidosamente su disgusto. Pero al mismo tiempo, el ingenuo rey de Babilonia aseguró al faraón que se contentaría con otra egipcia, con tal que fuera bella, si Amenofis proclamaba que era hija del rey, pues nadie se atrevería a poner en duda la palabra del faraón. "Pero —continúa la carta— si no me dieseis una mujer egipcia ni me mandaseis oro a continuación, perderías mi trato de hermano, mi amistad y conservaría aquí a la mujer que os iba a enviar." El faraón le mandó oro, pero demasiado tarde; aunque se trataba de 3.000 talentos, su majestad babilónica respondió que "no puedo aceptar el presente. Os lo devuelvo. No os daré mi hija por esposa".

El faraón se apresuró a enviar ricos presentes a su hermano: lechos, sillas y muebles con incrustaciones de oro, y plata para adornar el nuevo palacio. Y prometía mandarle muchas otras cosas más, "todo lo que tiene valor a vuestros ojos", después que la princesa hubiera llegado a Egipto.

Algunas nubes ensombrecieron la amistad con los reyes de Babilonia, sobre todo cuando el faraón no mandó todo el oro que deseaban o averiguaron que el oro egipcio era de pocos quilates y no valía ni la cuarta parte de lo que pretendía el faraón. En verdad, no andaba éste acertado haciendo tales cosas y debía comprender que le interesaba mucho más ser respetado por su riqueza. ¿Por qué, pues, se exponía a perder su amistad con los reyes de los países vecinos?

Templos funerarios

Amenofis III fue un gran constructor, a quien debemos uno de los más bellos monumentos egipcios: el templo de Luxor.

También construyó para él un magnífico templo funerario a orillas del Nilo, cerca de la capital, y lo decoró con suntuosidad inaudita. Mas, por desgracia, esta obra de arte

fue arrasada como tantos otros templos y soberbios palacios que cubrían en otro tiempo todo el país situado entre el Nilo y las montañas abruptas de Libia. Siglo y medio después de su construcción, el gran templo de Amenofis fue demolido por otro faraón, que empleó los materiales en la construcción de su templo funerario. El gran arqueólogo inglés Flinders Petrie encontró entre las ruinas de este templo una piedra conmemorativa que en otro tiempo formaba parte del templo de Amenofis III. Del suntuoso templo de éste no subsisten hoy más que las monumentales figuras conocidas con el nombre de colosos de Memnón, que guardaban la entrada del templo. Estos colosos tienen tales dimensiones que un hombre de talla normal puede sentarse con facilidad sobre una de sus manos.

Cada mañana, a la salida del sol, una de las estatuas gemelas de Memnón exhalaba un quejido musical. La escultura se hizo célebre en el universo como estatua parlante: en este misterioso y enigmático fenómeno se veía la huella del carácter divino de la imagen del faraón. El lamento matinal llenaba de terror a griegos y romanos, y sus diversas interpretaciones forjaron el "oráculo de Memnón". Su explicación es que durante la noche la superficie de la estatua, compuesta de granito y de gres rugoso y poroso, se enfriaba, y al salir el sol se calentaba, siendo la desigual dilatación de los diferentes materiales de la escultura lo que producía vibraciones armoniosas y extrañas.

Los treinta y seis años del reinado de Amenofis III, que terminó en 1375 antes de Cristo, fueron de paz y uno de los períodos más felices de la historia de Egipto.

LA ERA DEL IDEALISMO RELIGIOSO

Eknatón, "el rey herético"

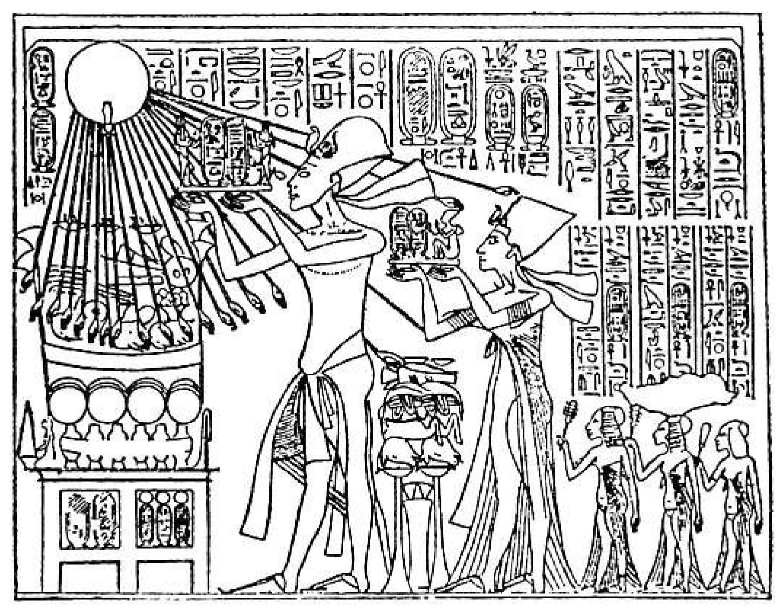
Amenofis IV es una figura heterodoxa y revolucionaria en la serie de reyes conservadores de Egipto. Hombre sensible y soñador, en su vida familiar fue verdaderamente feliz y pudo interesarse por la filosofía y la teología, tanto o quizás más que por los negocios de Estado. Su objetivo era poner fin, a la vez, al poder sacerdotal de Amón y al politeísmo, que era una supervivencia doctrinal de los tiempos prehistóricos, cuando Egipto era un mosaico de reinos minúsculos y cada uno tenía su dios propio, toscamente representado y adorado con la forma de un animal. Pero los egipcios empezaron muy pronto a venerar al Sol como a un dios y, poco a poco, los dioses locales fueron identificados con el dios-sol Ra. La meta lógica de toda esta evolución debiera haber sido la asimilación de todos los dioses locales en una sola divinidad, pero los sacerdotes se oponían a ello. Cada dios tenía templos muy ricos, y sus sacerdotes alegaban infinidad de motivos para defender los intereses de su divinidad particular.

Los sacerdotes más poderosos eran los de Tebas. Cuando esta ciudad llegó a ser capital de los faraones, su dios protector, Amón, fue el más popular de los dioses egipcios. No solamente fue equiparado con el dios solar, sino que, poco a poco, ambos se unieron en una sola divinidad: Amón-Ra. Sin embargo, los sacerdotes eran enemigos del monoteísmo.

Pero Amenofis IV quiso eliminar el politeísmo, convirtiendo a Amón-Ra en el único dios de Egipto; su monoteísmo tendría por efecto quebrantar el poder de la jerarquía religiosa tebana y reforzar la autoridad real, añadiendo a la Corona los bienes de los templos.

El dios que Amenofis IV quería imponer al pueblo egipcio estaba simbolizado por el Sol, "el gran Atón", fuente de toda vida. En honor de Atón, cambió su nombre de Amenofis (en realidad, Amen-Hotep, que significa "Amón está satisfecho") por Ek-n-Atón, "el que agrada a Atón".

Cuando el joven reformador contemplaba en Tebas los templos imponentes y los monumentos que su padre y demás antepasados habían levantado a la gloria de Amón, sentía "tristeza en su corazón". Por eso decidió construir para Atón una nueva ciudad, que sería al mismo tiempo la residencia del rey. Escogió un lugar situado a 320 kilómetros al norte de Tebas, conocido hoy con el nombre de El Amarna, y edificó allí un palacio y un templo al dios Sol. Estos dos edificios eran de un esplendor tal que hoy a duras penas podemos imaginárnoslo. El faraón llamó a la nueva urbe "la ciudad del horizonte" o también "morada de Atón".



Eknatón y su familia presentan ofrendas a Atón, el dios del Sol. Las princesitas acompañan a sus padres cantando y haciendo sonar instrumentos musicales.

Un singular monoteísmo: el dios Sol

Eknatón no adoraba a su dios como los sacerdotes de Amón adoraban al suyo. Éstos le rendían culto en un santuario y en lo más profundo de los templos, donde la luz del Sol no podía penetrar; Eknatón, en cambio, sacrificaba sobre un altar al aire libre al sol mismo que simbolizaba a su dios. Eknatón nunca mandó hacer la menor estatua ni la más sencilla pintura que representara al dios solar. Atón se simbolizó solamente por el disco solar, cuyos rayos de vida acababan todos con una mano extendida. El dios Atón era la bondad misma, "el padre lleno de amor para todo lo que ha creado". Su amor se extendía a los seres más humildes; oía hasta "el piar del polluelo que está todavía en el huevo". Atón era el dios de la dulzura y de la paz.

En una tumba de El-Amarna se ha encontrado un himno litúrgico en honor de Atón, que induce a creer que el autor fue el mismo Eknatón.

HIMNO AL SOL

¡Hermosa es tu alborada, oh dios Atón, Señor de la eternidad!

¡Eres resplandeciente, hermoso y fuerte!

Inmenso y profundo es tu amor: tus rayos reverberan en los ojos de todas tus criaturas; tu faz extiende la luz que alienta a nuestros corazones.

Has llenado las Dos Tierras con tu amor, oh hermoso Señor, que te has creado a ti mismo, tú que has creado la tierra entera y todo lo que hay sobre ella, los hombres, los animales, los árboles que crecen en el suelo.

Levántate para darles la vida, pues eres la madre y el padre de todas las criaturas. Los ojos se vuelven hacia ti cuando escalas el firmamento. Tus rayos iluminan la tierra toda; el corazón de todos se llena de entusiasmo cuando te ven, cuando te apareces como su Señor. Cuando te pones en el horizonte occidental del cielo, tus criaturas se duermen como los muertos; sus cerebros se oscurecen, su boca se cierra hasta que tu resplandor se renueva, por lo mañana, en el horizonte oriental del cielo.

¡Entonces, sus brazos imploran tu Ka, tu hermoso despertar a la vida, y se vuelve a nacer! Nos mandas tus rayos y toda la tierra se viste de gala: se canta, suenan músicas, se lanzan gritos de alegría en el patio del palacio del Obelisco, tu templo de Akutatón, la gran plaza que tanto te agrada y en donde se te ofrece el alimento en homenaje...

Tú eres Atón, tú eres eterno... Has creado el cielo lejano para elevarte y ver todas las cosas que has creado. Eres solo y, sin embargo, das la vida a millones de seres; sus bocas reciben de ti el soplo de la vida. Cuando reciben tus rayos, reviven todas las flores que crecen sobre el suelo y se abren a tu aparición. Se emborrachan con tu luz. Todos los animales se levantan de un salto; los pájaros que estaban en sus nidos despliegan sus alas, se abren para rogar a Atón, fuente de vida.

Al romper el alba y en el declinar rosado de la tarde, se oía cantar, acompañado con arpa, este himno ardiente de fe.

A nueva doctrina, nueva estética

Existe una gran diferencia entre el canto de gloria de Atón y los himnos más antiguos en honor de Osiris y otras divinidades. Estos .cantos son casi letanías, enumeraciones de nombres y apodos del dios y de sus, santuarios envueltos en una mezcolanza mitológica. Los antiguos himnos al dios Ra, que datan en parte del Imperio Antiguo, son de un nivel mucho más elevado. Claro está que el himno de Atón se relaciona con estos cantos que describen la alegría de todos los seres cuando el Sol asciende del horizonte y nos muestra a los babuinos sagrados saludar con las manos extendidas la salida del astro divino. En otro himno, Ra es comparado con un hermoso mancebo: "Cuando rompe el Sol, los hombres renacen y los dioses le saludan con gritos de alegría. Los babuinos les ruegan y todos los animales salvajes cantan sus alabanzas".

Cuando, a los ojos de los egipcios, Amón se identifica con el dios solar y se convierte en Amón-Ra, le entonaban himnos como éste:

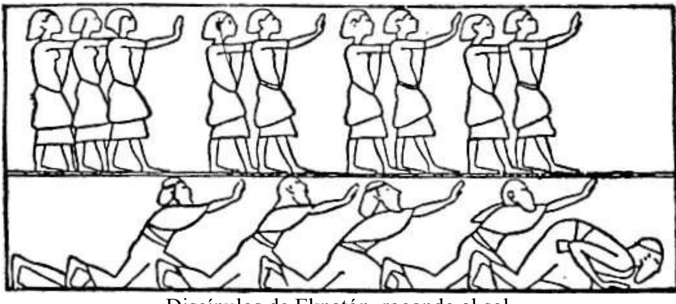
...El que crea las plantas para alimentar el ganado
y los árboles, frutales para los hombres,
el que proporciona alimentos a las peces de los ríos
y a los pájaros del cielo,
el que en el huevo despierta al polluelo a la vida,
el que protege a las gusanillos,
el que da al ratoncillo en su agujero todo lo necesario
y el que hace vivir al pájaro en el árbol...

A pesar de la semejanza que presentan los himnos de Ra y de Atón, están separados por un profundo abismo. En los himnos, de Ra, la mitología desempeña todavía un papel importante; en el himno de Atón, por el contrario, se ha liberado ya de ella.

El himno de Atón se parece más a los salmos de David. Si los analizamos comparativamente, encontraremos un parecido sorprendente con el salmo 104.

Eknatón ganó discípulos para la nueva fe. En las tumbas de El-Amarna, unas inscripciones nos cuentan cómo el rey discutía problemas religiosos con sus amigos. "Desde la mañana comenzaba a instruirme", dicen algunos grandes del reino. Eknatón se rodeó de algunos amigos de origen campesino, y se decía de él que "a los humildes los convertía en príncipes". Eknatón concedía importancia, no al origen, sino al valor que mostraban para "la doctrina"; así es como las inscripciones funerarias de El-Amarna llamaban al nuevo dogma, y los funcionarios que obedecían "la doctrina" se veían recompensados con toda clase de favores.

¿Qué pensar de la sinceridad de estas conversiones? Algo parece indicar una de las paredes de las tumbas, donde figura el propietario del lugar inclinado ante Eknatón ofreciéndole ricos presentes, tales como collares y aderezos de oro.


Discípulos de Eknatón, rogando al sol.

Un arte "comprometido"

Este mismo rey, reformador de la religión, también quiso liberar al arte de los lazos del pasado y de la tradición.

Durante el Imperio antiguo, el arte era francamente realista, como nos demuestra el *Alcalde de pueblo* y el *Escriba sentado*. En esta época, las estatuas eran consideradas como el refugio del muerto, para su ka. Debían ser, por consiguiente, tan parecidas como fuera posible: el ka no debía correr el riesgo de equivocarse. Más tarde se creyó en la fuerza mágica del nombre, más que en una representación de exactitud minuciosa;

así, pues, la estilización se impuso en el arte. Las obras del Imperio Nuevo no tuvieron necesidad de conseguir un parecido; el nombre del modelo era suficiente. Y he aquí una consecuencia interesante: llegó a ser posible robar una estatua y hacerla propia con sólo borrar el nombre original y sustituirlo por el del ladrón, lo que sucedió con frecuencia.

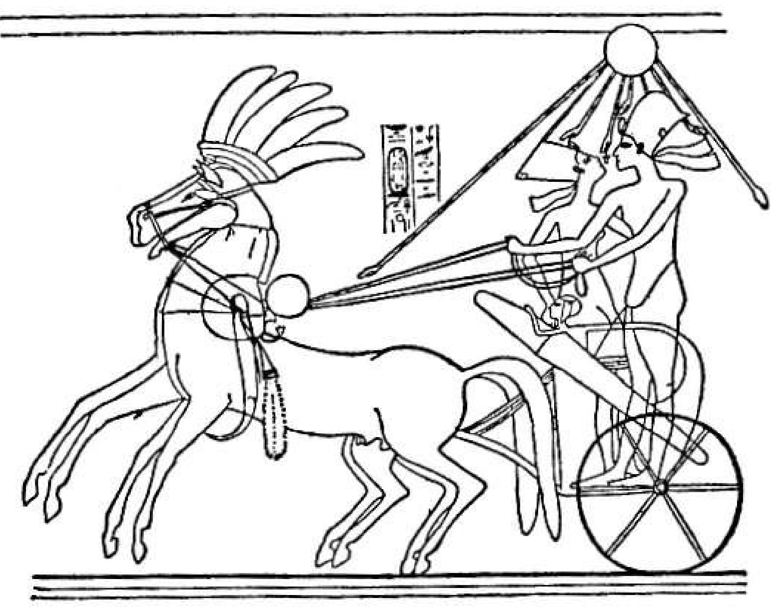
Las obras que adornan las tumbas y proporcionan descanso al alma de los difuntos, pueden considerarse como producciones de un arte comprometido (desde el punto de vista religioso). Eknatón alentó y protegió las tendencias artísticas más libres. Las excavaciones de El Amarna han puesto al descubierto algunos restos del palacio de Eknatón, y en las afueras de "la ciudad del horizonte" se descubrieron las ruinas de un pabellón de recreo rodeado de jardines con estanques artificiales que pertenecía al rey. En el mismo palacio se han conservado en buen estado algunos fragmentos del pavimento, con pinturas de extraordinario interés. Con una precisión que recuerda a los maestros japoneses, el artista reproduce los movimientos traviesos del ternerillo que retoza en el prado salpicado de flores rojas y el vuelo plateado de los pájaros; las propias plantas parecen vivas y las flores doblan su tallo con la gracia que les da su vitalidad.

En El-Amarna, en las tumbas de los cortesanos y altos dignatarios, también encontramos obras de un arte consumado. Todas glorifican al dios del Sol y a la familia real. Pero esto se produce de una manera completamente nueva. Antes, el soberano estaba representado como un semidiós y se le veía ofrecer sacrificios, matar a sus enemigos o sentado en su trono con inmutable majestad. Se diría que la sonrisa no podía adornar los labios regios, que parecían estar hechos sólo para dar órdenes. Las colosales estatuas de Egipto, en su inmutable serenidad, en la sobriedad imponente de sus actitudes, se ajustan a las líneas sencillas pero majestuosas de las obras arquitectónicas a que pertenecen. El arte egipcio tradicional posee su estilo y su valor propios.

El arte de El-Amarna ya está más cerca de nosotros. Así, vemos al faraón llevar las riendas de sus fogosos caballos, y con él, en el carro, a su mujer, la bellísima Nefertiti, y a su hijito. Al niño se le ha confiado el carcaj de su padre, y la reina manifiesta su alegría con un beso. Eknatón siempre está rodeado de su esposa y de sus hijos y ello nos permite echar una ojeada en la intimidad de su familia. El amor familiar y la adoración al Sol son el tema de estas obras de arte nuevo que rebosan sinceridad y delicadeza especiales.

Este nuevo realismo también se manifiesta en los retratos del rey. Los artistas le pintan como es, sin idealizarle. Nunca un rey egipcio fue pintado con tan inexorable exactitud. Algunas veces parece que en el dibujo se exageró la longitud del cuello y del mentón, y la silueta aparece un poco afeminada, pero el "hijo del dios Sol" se nos muestra siempre no como un semidiós idealizado y despersonalizado, sino como hombre. Aparece, pues, un arte nuevo bajo la influencia del fundador de una nueva religión. Este arte amarniano desencadenó las iras de los que seguían anclados en el estilo tradicional, hierático, inmutable.

Eknatón dedicaba toda su atención a los valores religiosos y estéticos. Es difícil averiguar el carácter político que informaba su celo reformador. Con todo, sabemos que Eknatón entabló una lucha fanática contra los antiguos dioses locales, como Osiris y Hator, y, sobre todo, contra Amón. Como consecuencia, los poderosos sacerdotes de Amón se convirtieron en los mayores enemigos de Eknatón. Y cuando los enemigos del exterior invadieron los estados vasallos de Egipto, las tentativas de reforma del "rey herético" tuvieron que virar en redondo.



Eknatón en su carro.

La amenaza del Imperio hitita

En efecto, la religión y el arte habían impulsado a Eknatón a descuidar sus deberes en política extranjera, postura tanto más peligrosa cuanto que en Asia Menor se estaba formando un imperio poderoso, el de los hititas, singular pueblo que representa una de las más grandes incógnitas etnográficas de la Historia. En efecto, los hititas no eran semitas ni indoeuropeos, sino que formaban probablemente un pueblo mestizo cuyo lenguaje parece emparentado con los indoeuropeos. Recién se ha llegado a descifrar su lengua, aunque de manera rudimentaria, gracias al descubrimiento en 1906-1907 de gran número de inscripciones sobre tablillas de arcilla en la capital del imperio hitita, la actual Boghazkoy, en Turquía, en un paisaje maravilloso de montañas casi infranqueables. En Boghazkoy se han encontrado los archivos del imperio hitita, y por suerte estos documentos fueron escritos en caracteres cuneiformes babilónicos. Sin esta feliz coyuntura, nunca se habría conocido su significado, pues la verdadera escritura de los hititas, una especie de jeroglíficos, todavía resiste a cuantas tentativas se han hecho para descifrarla.

Los hititas eran guerreros temibles, sobre todo por sus carros de combate, que causaban cuantiosas pérdidas a los enemigos. Desde el siglo XX antes de Cristo, estos artefactos habían extendido el terror en Babilonia. Egipto jamás se enfrentó con adversarios tan terribles.

Los hititas poseían el ejército más poderoso de Asia y disponían de armas de hierro cuando los egipcios estaban todavía en la Edad del Bronce. Pues bien, mientras los hititas conquistaban los territorios del faraón, en Siria del Norte, los hebreos salían del desierto de Sinaí para invadir el Canaán.

Los jefes sirios fieles al faraón no recibieron de éste la ayuda que requería el momento. Los archivos de El-Amarna nos ofrecen emocionantes testimonios de sus

angustias. Uno de los vasallos, a quien el enemigo había tomado todas las ciudades, menos dos, y le asediaba una de ellas, escribe al faraón: "Mirad, estoy aquí, en Gubla, como un pájaro cogido en el lazo. Los campos de mis campesinos son como una mujer que no tiene marido: son estériles y. están abandonados. ¡Escucha también, señor, la súplica de tu servidor y envíame pronto ayuda! Si no, tendré que abandonar la ciudad y huir".

El príncipe que reinaba en Jerusalén mandó esta angustiosa llamada: "¡Sabed, oh, rey, que todos los países se desmoronan y que el enemigo se acerca! ¡Quered, oh, rey, defender vuestro país! Las regiones de Gazri, Ascalón y Lakis se han sometido a los hebreos y les han ofrecido alimento, aceite y todo aquello de que tenían necesidad. ¡Enviad, oh, rey, tropas contra los pueblos que se conducen de forma tan escandalosa hacia el rey, mi señor!"

Crepúsculo de un idealismo

En la capital de Egipto, los templos resonaban con las alabanzas dirigidas al nuevo dios del imperio mundial, pero este imperio mundial ya no existía. Los tributos de Asia no llegaban y la posición económica del faraón se debilitaba. Como no podía colmar de regalos a sus adictos, la abnegación hacia el faraón se enfrió. Sus enemigos del interior también le hicieron frente. Y no sólo los sacerdotes de Tebas se opusieron al faraón, sino que cuando dio la orden de desechar a todos los dioses, lo mismo que a Amón, casi todo el pueblo egipcio le consideró un hereje.

En su inmensa mayoría, el pueblo no se atrevía a separarse de sus antiguos dioses, sobre todo de Osiris, el dios protector de los hombres en el sombrío reino de los muertos. La doctrina de Atón no tuvo realidad más que en Eknatón y en un pequeño grupo de fieles; nunca llegó a ser la religión del pueblo egipcio.

Los sacerdotes de los dioses antiguos pronto se pusieron a la cabeza del pueblo y organizaron un ejército. Las diferentes clases sociales estaban unidas por un deseo: ¡apartar del trono a este odiado soñador! Es cierto que Eknatón llegó a dominar la crisis, pero sus últimos años se vieron llenos de preocupaciones. Murió después de diecisiete años de reinado, hacia 1358 antes de Cristo.

Revolucionario apasionado y reformador enérgico, Eknatón se distingue sobremanera en la larga serie de faraones apegados a la tradición y sin gran personalidad. Sus ideas eran muy avanzadas para su tiempo, siendo considerado como el primer idealista y la primera personalidad vigorosa de la historia mundial.

Sus enemigos intentaron borrar de la historia de Egipto el recuerdo del "rey herético". Así, después de la muerte de Eknatón, los sacerdotes y los seguidores de las viejas creencias obligaron a su yerno y segundo sucesor, Tutankamón, a abandonar la ciudad de El-Amarna.

ESTANCAMIENTO IMPERIAL

Tutankamón y la reacción clerical

Eknatón fue el último vástago masculino de una familia condenada a la extinción. Su padre era de endeble constitución y todos sus hermanos y hermanas murieron jóvenes. Eknatón tuvo seis hijas, pero ningún hijo para perpetuar su nombre, y fue sucedido por dos de sus yernos, que reinaron poco tiempo. El segundo llevó

primeramente el nombre de Tut-ankh-Atón ("el que vive en Atón"), mas los sacerdotes de Amón le obligaron a ingresar en el seno de la religión antigua y a tomar el nombre de Tut-ankh-Amón ("el que vive en Amón").

Tutankamón carecía de suficiente personalidad para resistir al clero y capituló en toda la línea. "Instaló sacerdotes y profetas —dice un texto propiciatorio— escogidos entre los hijos de los nobles de sus ciudades y entre los hijos de gente ilustre... Todos los bienes de los templos fueron duplicados, triplicados, cuadruplicados con regalos en oro, plata, lapislázuli y turquesas... El servicio de los santuarios se sostuvo con cargo a palacio y a expensas del Señor de las Dos Tierras."

Tutankamón abandonó la ciudad del dios Sol e instaló de nuevo la capital en Tebas.

Parece ser que el traslado se efectuó apresuradamente. En las ruinas del palacio real se han hallado los esqueletos de una treintena de liebres, lo que prueba que los animales fueron abandonados en El Amarna y murieron de hambre. Los funcionarios y demás personal de servicio en la corte acompañaron a la familia real. La espléndida ciudad de Atón quedó vacía, sus templos y palacios cayeron en ruinas y el viento del desierto los cubrió de arena. Sólo al cabo de más de tres mil años esta Pompeya de Egipto pudo ser arrancada del olvido, para dar testimonio del período más destacado y singular en la historia de los faraones.

Tutankamón murió después de algunos años de reinado. No dejó hijos, pero sí una viuda que dio bastante que hablar; desde luego, más que su esposo. Las tablillas de Boghazkoy levantan el velo a un interesante episodio protagonizado por la joven reina. Para conservar el trono tenía necesidad de encontrar un marido influyente y, a ser posible, en el plazo más breve. Por eso escribió la siguiente carta al rey de los hititas: "Mi marido acaba de morir y no tengo hijos. Me dicen que tenéis varios hijos adultos. ¡Enviadme uno; haré de él mi esposo y el rey de Egipto!"

No había tiempo que perder. Después de un mes de espera recibió, no el marido pedido, sino una respuesta prudente. Desesperada, insistió en la propuesta, y esta vez el cauteloso rey de los hititas decidió acceder a la demanda. Pero era demasiado tarde. Por culpa de tantas dilaciones, el príncipe hitita nunca llegó a ser rey de Egipto. Otro personaje sucedió a Tutankamón, y la viuda, la jovencita traviesa de los dibujos de El-Amarna, desapareció como por ensalmo del teatro de la historia, sin que sepamos la suerte que corrió.

El nombre de Tutankamón no aparecería, sin duda, en estas páginas a no ser por el descubrimiento de su tumba, casi intacta, y que le asegura un renombre mundial. En realidad, lo más importante que puede decirse de este faraón es que murió y fue enterrado.

Ramsés II y los hititas

La negligencia de Eknatón en política extranjera fue subsanada en parte por otros faraones más enérgicos, sobre todo por Seti I y su hijo Ramsés II. Llevados por sus predecesores a una situación difícil, tenían una tarea mucho más pesada que ellos. Durante el período de El-Amarna se había producido uno de los cambios más importantes de la Historia. Los egipcios tuvieron que abandonar cada vez más su supremacía política y cultural a los pueblos del Asia occidental.

En Siria, las tropas egipcias encontraron un ejército poderoso. Ramsés tuvo que luchar durante quince años con los hititas, terminándose la guerra en el año 1272 antes

de Cristo. Aquél reconoció al rey de los hititas como a su igual. En las inscripciones de los templos egipcios se encuentra este eufemismo: "Los embajadores hititas acudieron a Ramsés para suplicarle accediera a la paz; a él, el toro de los reyes, que extiende las fronteras de su país como le place". En realidad, en el tratado de paz no está escrito que ninguna de las partes haya solicitado la tregua. Los dos soberanos son llamados "reyes grandes y valientes", y la conclusión del tratado es que ambos "serán hermanos para toda la eternidad" y prometen ayudarse mutuamente contra sus enemigos, tanto del interior como del exterior de sus fronteras.

Interesa observar que la formulación de estos párrafos es, de hecho, el tratado de paz más antiguo que se conoce. Este documento contiene los siguientes términos: "El rey de Egipto nunca jamás atacará al país de los hititas para tomar de allí cualquier cosa, y el gran rey de los hititas no penetrará en Egipto para tomar de allí cualquier cosa". El compromiso de asistencia mutua, por lo que concierne al rey de los hititas, está formulado así: "Si un rey enemigo invade el país de Ramsés, el gran soberano de Egipto, y el faraón escribe al gran rey de los hititas: `Ven conmigo, ven a ayudarme a combatir aquí', el gran rey de los hititas vendrá y el gran rey de los hititas matará a los enemigos del faraón. Y cuando no agrade al rey de los hititas ir personalmente a combatir, mandará a su ejército y a sus carros de guerra para matar a los enemigos del faraón".

Finalmente se estipuló, sin duda para mayor seguridad, que "el que no obrara conforme a lo pactado en las tablillas de plata, sería aniquilado por los dioses del país de los hititas y por los dioses del país de los egipcios; no quedaría nada de él, ni de su casa, ni de su país, ni de sus siervos".

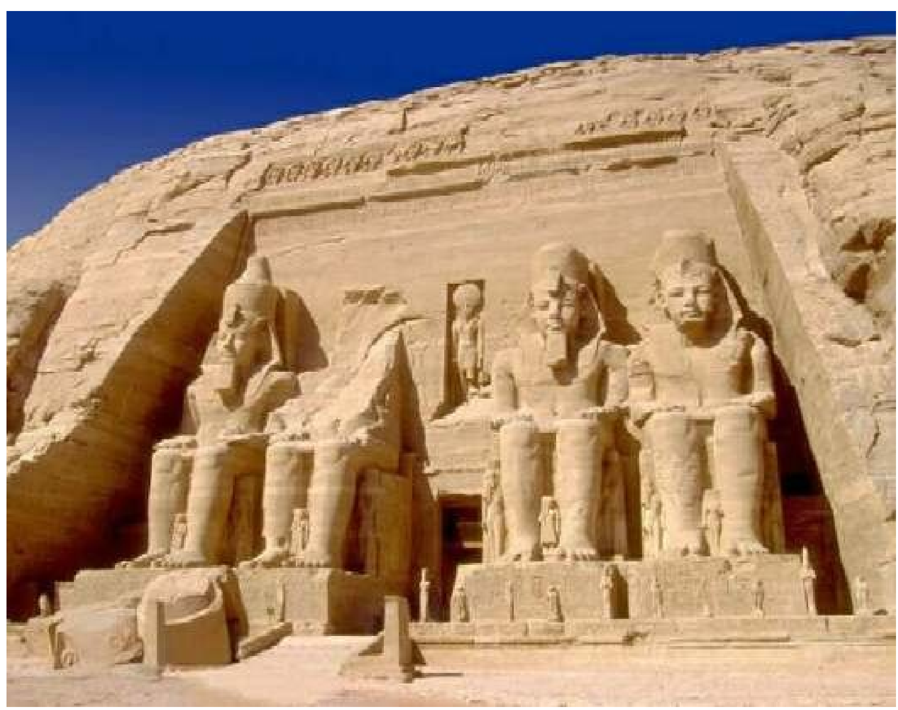
El primer tratado de paz conocido

Este memorable tratado de paz data del año 1272 ó 1271 antes de Cristo, está redactado en lengua acadia, que en esta época era el idioma diplomático del Cercano Oriente, y fue escrito en caracteres cuneiformes sobre una tablilla de plata. No se conserva el texto original, pero se han encontrado traducciones egipcias en escritura jeroglífica en algunos templos de Ramsés II.

Asimismo, detalle importante, existen dos copias idénticas del texto del tratado en los archivos del reino hitita, en Boghazkoy, que pertenecían al rey, y con las cuales se ha podido garantizar la exactitud de las traducciones egipcias. Después de la firma del tratado, la reina de los hititas envió una carta de amistad á su "hermana", la esposa de Ramsés II, expresándole sus votos por la felicidad de la reina de Egipto y congratulándose de "la gozosa paz y de la fraternidad verdadera que unen al gran rey de los hititas y al gran rey de Egipto". La reina egipcia respondió con otra carta de agradecimiento, de la que transcribimos este párrafo: "que el dios del sol y el dios del viento os guarden la cabeza levantada y pueda el dios-Sol conservar la dulzura de esta paz y hacer durar eternamente la fraternidad entre los dos grandes reyes. Yo también hago pacto de amistad con mi hermana, ahora y para siempre..." Lástima que el resto de la carta se haya perdido.

Las relaciones de amistad entre el faraón y el rey de los hititas parece que fueron sólidas y duraderas. Treinta años después de la firma del tratado, Ramsés se casó con una hija del rey de los hititas, quien al frente de una brillante escolta acompañó a la prometida a Egipto y ofreció ricos presentes de boda a su nuevo yerno. Cuando el hitita abandonó el país para emprender su regreso, el faraón le escribió una carta deseándole

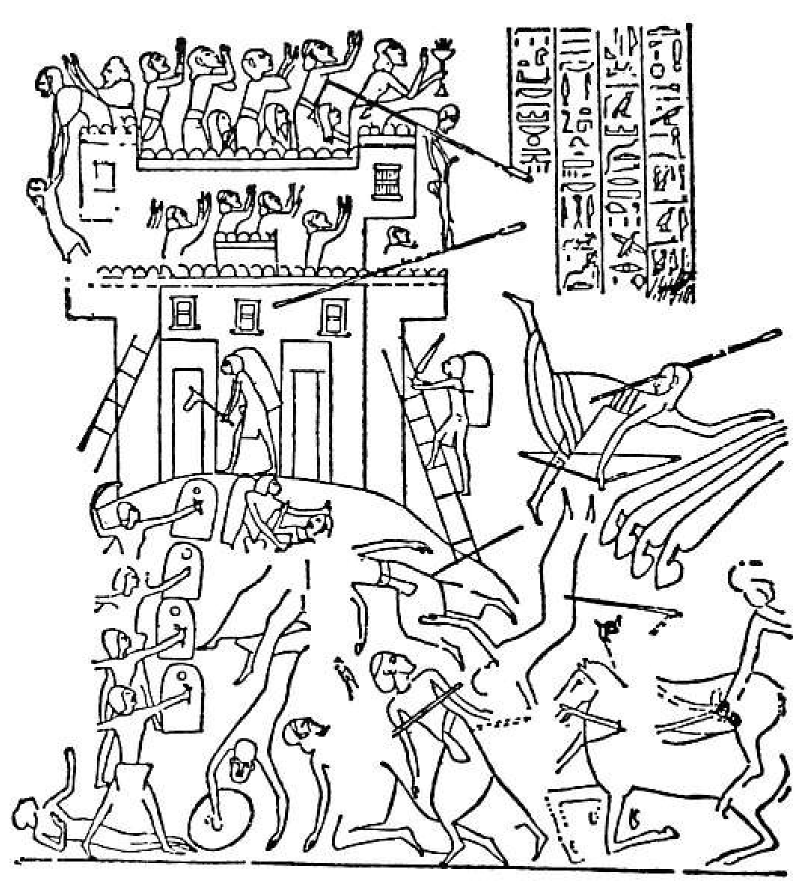
un buen viaje y condiciones atmosféricas favorables al pasar las montañas. A su llegada a Tebas se celebraron grandes fiestas y los egipcios y los hititas confraternizaron con el mismo entusiasmo que antes pusieron en combatir. La visita del rey causó grata impresión al pueblo y el recuerdo de aquellos días sobrevivió en las inscripciones, en las leyendas y en los cantos folclóricos.



Ramsés II hizo edificar en el extremo sur de su reino, en Nubia, el templo de Abu Simbel, cuyas majestuosas ruinas fueron trasladadas en 1968 a un lugar más elevado para que no fuesen cubiertas por las aguas de la gran presa de Asuán.

Tebas, la ciudad de las cien puertas

Seti I y Ramsés II perpetuaron el recuerdo de sus hazañas en numerosos templos que mandaron construir, aunque en este terreno nadie superó a Ramsés. Erigió templos desde el Delta, en el extremo norte del país, hasta el interior de Nubia, al sur. El más meridional, el de Abu Simbel, tiene unos colosos tan inmensos que casi ocupan La totalidad de la superficie plana de la fachada. Tales colosos tienen el cuerpo sumariamente tallado, pero sus rostros, trabajados con más detalle, causan una impresión de turbadora serenidad. En el templo de Hator, cuatro estatuas escoltan a la reina Nefertari: "De pie y con la pierna izquierda adelantada —observa el profesor Pierre Gilbert— surgen en mediorrelieve de las ranuras de la roca. Responden a la llamada de los colosos de enfrente. La reina, como una diosa, va hacia su regio y divino esposo; matrimonio sagrado que simboliza también el humano. Ramsés II quiso fijar una esperanza de amor, glorificando en consonancia con las montañas sus ideas de gloria y de la reina preferida..."



Ramsés II invade Ascalón. Los egipcios solían representar varias fases de un combate en un solo dibujo: los soldados, armados con escudos y espada, persiguen al ejército de Ascalón en fuga. Los prisioneros son pasados a cuchillo. Se derriban a hachazos las puertas de la ciudad sitiada y se trepa a lo alto de las murallas mediante escalas. Los habitantes tratan de escapar a la muerte ofreciendo la paz. Los hombres salen al encuentro de los sitiadores con una copa de perfumes, mientras las mujeres lloran a su lado.

Más que cualquier otro faraón, Ramsés II es fundador de la Tebas que Homero canta como la ciudad de las cien puertas, cada una de ellas con capacidad suficiente para dar paso a doscientos soldados conduciendo sus carros de guerra.

Sobre el asentamiento de esta capital de la Antigüedad, en la orilla oriental del Nilo, se extienden hoy los pueblos de Luxor y Karnak.

¡Qué espectáculo y qué mundo de inefables sensaciones se experimentan aquí! A pesar de todos los trastornos y destrucciones, Tebas se impone siempre por la majestad de sus ruinas.

Entre los recuerdos de la grandeza de Tebas, el templo de Amón es el que produce una sensación más profunda. Ningún edificio de nuestra época puede rivalizar en importancia con este santuario, cuyas ruinas se extienden en más de un kilómetro de superficie. Este templo posee el peristilo más grande que jamás se haya construido. Durante siglos, varias dinastías estuvieron trabajando en el engrandecimiento y

embellecimiento de Karnak[28]. En cada inscripción y en cada dibujo se refleja un aspecto de la historia de Egipto, recogiendo lo más brillante de la misma. Faraones como Tutmosis III, Seti I y Ramsés perviven en estas estatuas, relieves e inscripciones que describen sus campañas, sus combates y sus victorias, el servilismo de los pueblos vencidos y la ofrenda de los prisioneros al dios Amón. Grabadas en los muros del templo hay inscripciones de victorias agradeciendo a los dioses el haber dado aliento a los ejércitos egipcios. Este templo debió ser una verdadera maravilla en la época de su esplendor, cuando los muros, pilares y techos brillaban con mil colores, centelleando con reflejos de oro, plata y diamantes de la India y Etiopía.

Kadesh, escenas de la vida militar

Allí, como en los demás templos construidos por Ramsés, los muros están decorados con frescos que describen sus expediciones. Son escenas de la vida militar y en ellas vemos soldados dando de comer a los caballos o descansando, tendidos al sol. El personal de la impedimenta está atareadísimo: hay que descargar los asnos, lo que no parece fácil, y preparar el rancho para la tropa.

Pero, de pronto, la tempestad se desencadena sobre el campamento: ¡los hititas! El faraón salta sobre su carro de guerra, penetra en las líneas enemigas y atraviesa a los adversarios con sus flechas. También se ve al rey de los hititas con su carro, pero huyendo y con la cabeza vuelta para echar una mirada de angustia hacia el faraón, que le persigue de cerca. Uno de los cuadros presenta a los espías del enemigo azotados por los soldados; otro, al faraón mandando contar los cadáveres, del enemigo y ordenando el destino de los prisioneros.

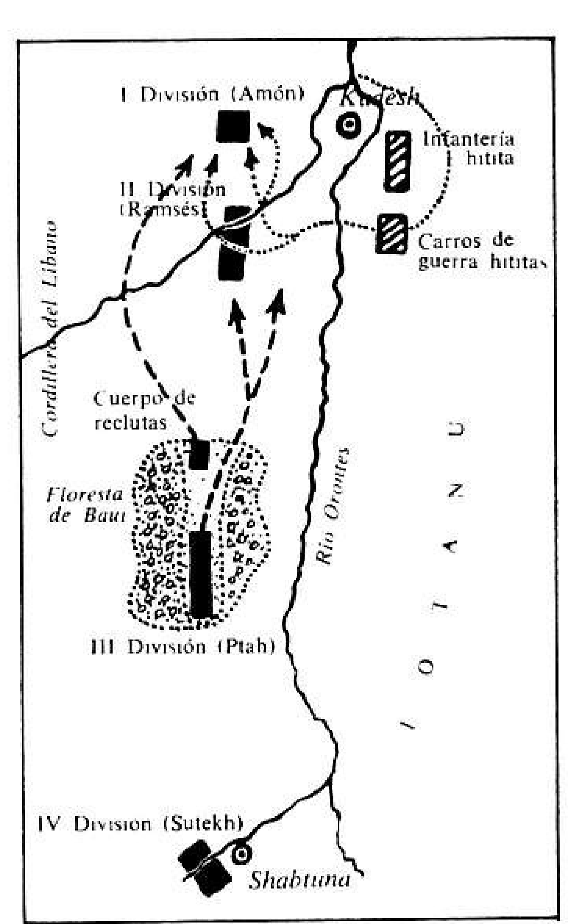
Los acontecimientos no fueron tan simples como los describe el gráfico "parte oficial" de guerra de Ramsés II, de parcialidad tan manifiesta como suelen serlo todos, casi siempre, en el transcurso de la prolongada crónica humana. Los historiadores modernos nos narran otros aspectos de este famoso encuentro militar denominado la batalla de Kadesh, en la confluencia del río Orontes y uno de sus tributarios. Mientras el faraón Ramsés se dirigía lentamente hacia la llanura situada entre ambas cadenas del Líbano, se presentaron ante él dos beduinos que pretendían ser desertores del ejército hitita y que en realidad eran espías, y le anunciaron que el enemigo se retiraba hacia el norte, en dirección a Alepo. El faraón cayó en la emboscada y, junto con la división de su general Amón, apresuró la marcha para llegar a Kadesh y tomar la ciudad.

Entretanto, el rey hitita Mutallu maniobraba de manera que pudiese atacar de flanco a los egipcios y cortarles la comunicación con sus fuerzas de reserva, que quedaban más al sur. Por suerte para Ramsés, fueron apresados otros espías hititas que confesaron las maniobras de Mutallu; el faraón pudo así reaccionar oportunamente y mover sus refuerzos a toda prisa, a excepción de la cuarta división del general Sutekh, que se hallaba en Shabtuna, demasiado lejos para intervenir a tiempo. Mutallu precipitó su ofensiva y los carros hititas arrollaron a la segunda división egipcia, aniquilándola; Ramsés resistió como pudo mientras esperaba refuerzos, junto con Amón, fatigado y desmoralizado por el cansancio de la marcha anterior y por la imprevista dificultad, suscitada cuando los egipcios creían obtener una victoria fácil. El propio faraón hubo de participar personalmente en la batalla, y debió su salvación a que los hititas, al caer en su poder el campamento enemigo, se abalanzaron codiciosos al pillaje de las tiendas de campaña, donde había rico botín, y descuidaron la lucha.

[28]El templo de Karnak estaba construido de tal forma que en el solsticio de verano el Sol salía precisamente por el centro de sus dos majestuosas hileras de columnas.

Gracias a este compás de alivio, Ramsés II pudo reanudar la contienda y atacar desesperadamente a los hititas durante las primeras horas de la tarde. Antes de ponerse el sol, apareció procedente del sur la III división del general Ptah y un cuerpo de reclutas egipcios, que equilibraron la comprometida situación y lograron hacer retroceder a los hititas, que se refugiaron en Kadesh. El faraón se había salvado. Lo que creyera una victoria decisiva, fácil de alcanzar, se había trocado en una desesperada lucha por la vida, en que experimentó numerosas pérdidas, aunque también lo fueron las de los hititas. Asimismo, como es costumbre en todas las guerras, Ramsés pintó la batalla de Kadesh como una formidable victoria nacional, a la que se dedicó una epopeya literaria, el *Poema de Pentaur*, consagrado a enaltecer las proezas militares del faraón.

De hecho, el resultado de la batalla de Kadesh —año 1288 antes de Cristo— fue más favorable a los hititas que a los egipcios, que apenas pudieron conservar la Palestina meridional. Los hititas mantuvieron durante algunos años guarniciones en Galilea y, según documentos propios, concluyeron un tratado con Egipto, por el que Ramsés hubo de cederles la isla de Alashia (Chipre), país vasallo de los egipcios desde el reinado de Tutmosis III. Aun pudo emprender Ramsés II otra ofensiva por el valle del alto Orontes y comarcas de Siria, aunque con precarios resultados y sin obtener un dominio absoluto en aquellas regiones.



La batalla de Kadesh (1288 A.J.) entre egipcios e hititas es la primera de la Historia de la que conocemos datos concretos de táctica militar. Las divisiones I y II del ejército egipcio se vieron furiosamente atacadas por las fuerzas hititas acampadas en la orilla derecha del río, pero pudieron ser socorridas a tiempo por la III división egipcia (Ptah) estacionada en el bosque de Baui. La IV división egipcia acompada en Shabtuna no tuvo necesidad de intervenir en la acción. Los hititas fueron vencidos, pese a sus carros de guerra.

La cronología egipcia siempre está sujeta a controversias, pero la mayor parte de los egiptólogos están de acuerdo en que Ramsés II se reunió con sus antepasados en 1225 antes de Cristo. Su reinado comenzó probablemente en 1292 y por lo tanto duró sesenta y siete años. Sobrevivió a doce posibles herederos, pero a su muerte dejó también una nutrida familia: según la tradición, tuvo 79 hijos y 59 hijas, ¡138 hijos en total! Su momia se conserva en el museo de El Cairo.

EL CREPÚSCULO DEL VIEJO EGIPTO

La piratería de los "Pueblos del mar"

Hacia el año 1200 antes de Cristo, Ramsés III, que pertenecía a la XX dinastía, ascendió al trono. Su gobierno duró treinta y tres años y recuerda mucho al de Ramsés II, por la brillantez de sus ceremonias; en todo siguió el ejemplo de su gran homónimo. Dio a sus hijos los mismos nombres que llevaban los hijos de Ramsés II y los invistió con las mismas funciones; sin embargo, no pudo igualar a su modelo en el número de hijos.

Durante el período de decadencia que siguió al enérgico reinado de Ramsés II; los libios se mostraron inquietos y belicosos, como ya ocurrió en otras ocasiones. Robando y saqueando, invadieron el Delta en gran número y ocuparon el país hasta las cercanías de Menfis. Los libios eran tanto más peligrosos cuanto que hacían causa común con los "Pueblos del mar" —así llamaban los egipcios a los habitantes de las islas y costas del Mediterráneo oriental-. A fines de la XIX dinastía se había producido una serie de desplazamientos de pueblos guerreros, probablemente empujados por otros pueblos venidos del norte y del este. Los navíos de los "Pueblos del mar" echaron anclas en las costas de Siria, conquistaron muy pronto toda la parte septentrional y de aquí avanzaron hasta las bocas del Nilo, instalándose en los territorios fértiles del Delta. Ramsés les opuso su ejército y su flota. Los libios fueron vencidos, sus flotillas piratas cayeron una tras otra en manos de los egipcios y finalmente las huestes invasoras fueron arrojadas del Delta.

Acto seguido, Ramsés III armó una flota poderosa al mismo tiempo que condujo personalmente sus ejércitos a Siria y la liberó de los extranjeros. Después, volvió apresuradamente al Delta para asistir a los combates que su flota libraba con los piratas. No se sabe con exactitud dónde tuvo lugar esta batalla; debió ser cerca de la desembocadura oriental del Nilo; es decir, en Egipto.

La primera batalla naval de la historia

Desde sus navíos, los célebres arqueros egipcios sembraron la muerte en los puentes de los buques enemigos, y cuando éstos, acosados, se refugiaron en el puerto, fueron acogidos por una verdadera lluvia de flechas. Otros arqueros, a las órdenes del mismo faraón, esperaban en línea apretada. Después, con el abordaje y la lucha cuerpo a cuerpo, se extendió el pánico entre los piratas y, aprovechando la confusión, los navíos egipcios bloquearon la entrada del puerto. La flota enemiga cayó en la emboscada, fue destruida y los supervivientes que pudieron alcanzar a nado la orilla, fueron capturados por las tropas de Ramsés III.

Este combate es de importancia excepcional, porque se trata de la más antigua batalla naval que se conoce, y su resultado fue definitivo para el desarrollo de la guerra. Los egipcios, vencedores, gozaron de la paz alcanzada y Ramsés pudo consagrarse por entero a lo que más le complacía: la construcción de templos colosales.

La potencia ofensiva de los egipcios parece que declinó después de la expedición de Ramsés III. A partir de este momento, los ejércitos egipcios no hicieron más que defenderse de quienes les atacaban.

Los egipcios eran, por naturaleza, un pueblo pacífico. Sólo en casos extremos podía hacerse de ellos soldados disciplinados, y aun así era necesario colocarlos a las órdenes de jefes competentes. Al contrario de los hijos del desierto de Libia, el egipcio no gustaba de la guerra por la guerra, sino que prefería vivir tranquilo en el trozo de tierra donde había nacido. El ideal del egipcio era llegar a ser escriba del faraón o de algún gran señor, y ningún padre estaba satisfecho hasta que alguno de sus hijos ocupara dicho cargo.

A veces se ha comparado a los egipcios con los chinos, por ser dos pueblos de agricultores pacíficos y apegados a la tradición. Como los antiguos chinos, los egipcios se mostraban muy humanos. Sin embargo, trataban muy duramente a los pueblos vencidos, como atestiguan los frescos que se encuentran en sus templos y que muestran sacrificios de prisioneros de guerra al dios Amón; pero nunca cargaron su conciencia con actos de barbarie como acostumbraban hacer los asirios, por ejemplo. Éstos cortaban la nariz y las orejas a sus prisioneros y les arrancaban los ojos o los desollaban vivos; luego, esculpían estos suplicios en bajorrelieves, mostrando en ello un visible placer.

Otro período de decadencia

La muerte de Ramsés III señaló el comienzo de un período de decadencia, cuyas causas fueron numerosas. En el interior del país, los sacerdotes eran una constante amenaza para el faraón, por la influencia que les daban sus enormes riquezas, en parte debidas a la largueza de los mismos faraones; reyes y pueblo les habían colmado siempre de regalos. Los sacerdotes gozaron de su edad dorada durante la XVIII dinastía, en la época de las expediciones de Asia. Las inscripciones de Karnak nos hablan de las fabulosas ofrendas de Tutmosis a los templos de Amón: jardines, los campos más fértiles, grandes rebaños y tesoros de plata, oro, lapislázuli y piedras preciosas, así como millares de prisioneros asiáticos y de Nubia para trabajar las tierras del dios, llenar los graneros de trigo, hilar la lana y tejer las telas. Además, Tutmosis ofreció a Amón tres ciudades conquistadas en Siria, cuyos habitantes llegaron a pagar un tributo anual al dios. También Seti I y sus sucesores procedieron de la misma manera respecto a los sacerdotes.

Gracias a las enormes riquezas que atesoraban los templos, el sumo sacerdote de Amón llegó a ser el personaje más poderoso del país después del rey, y los testimonios de honor que le confería el faraón eran tan grandes, que se habría podido preguntar quién de los dos era el verdadero señor de Egipto. Este "Estado dentro del Estado" que formaban los sacerdotes era tanto más peligroso cuanto que la dignidad del sumo sacerdote era hereditaria; o sea, reservada a una sola familia.

Otro peligro que amenazaba al imperio del faraón en esta época era el ejército egipcio, que se componía principalmente de mercenarios extranjeros, siempre dispuesto a ofrecerse al mejor postor.

La decadencia se manifestó con la pérdida progresiva de las posesiones egipcias en Asia. Después, hacia 1100 antes de Cristo, el último faraón de la XX dinastía fue derrocado y su sucesor fundó una nueva dinastía, la XXI. Durante un período de unos ciento cincuenta años, ésta reinó sobre Tebas y el Alto Egipto, si bien otros reyes ejercían el poder en el Bajo Egipto, cuya capital era Tanis.

El estamento militar de las dinastías XVIII y XIX se transformó en una especie de clero bajo la autoridad del sumo sacerdote de Tebas. Al terminar la dinastía de sacerdotes, hacia 950 antes de Cristo, el país de los faraones fue regido durante unos doscientos años por una dinastía libia, y después por soberanos nubios durante otros cincuenta. Éstos fueron vencidos algunas veces por los reyes asirios. Egipto había dejado de ser una nación; sólo era un mosaico de minúsculos estados.

En la siguiente generación de Ramsés II, los días del poderoso imperio hitita también estaban contados. Posiblemente sucumbió a los ataques de los "Pueblos del mar", que amenazaban al mismo tiempo a Egipto. El imperio hitita fue dividido en numerosos estados y su población desapareció en las montañas inaccesibles del Asia Menor, tan repentinamente como apareció en la historia.

Varios siglos después de su caída, el imperio hitita seguiría viviendo en la mente de los egipcios. En un panegírico a Ramsés IV, hacia 1150 antes de Cristo, se lee: "Tú invades el país de los hititas. Tú haces temblar allí a las montañas y a las colinas". En el siglo VI antes de Cristo, primer período de influencia griega en Egipto, se grabó sobre la puerta de un templo de Tebas la silueta de un rey dé Egipto que dice a Min, dios de la fecundidad y protector de los egipcios en el extranjero: "Yo encadeno a mi enemigo; yo arrojo al hitita a tus pies. Ahí está, echado ante ti; sus propios cabellos le sirven de lazo".

De la restauración saíta a Alejandro Magno

En el año 663 antes de Cristo, un príncipe egipcio de Sais, ciudad del Delta, consiguió expulsar a los asirios de Egipto y llegó a convertirse en el padre de la célebre XXVI dinastía, que recobró el esplendor del Imperio. Este proceso de restauración había empezado, por otra parte, con los reyes nubios. Pero la fuerza creadora de los egipcios en el terreno cultural estaba agotada y tomaron al Imperio Antiguo como modelo de todas las disciplinas, tanto en las ciencias como en las artes. Con facilidad se pueden confundir los templos, tumbas, estatuas y frescos del período saíta con las obras del Imperio Antiguo. Y llega a ser tan cuidada la imitación, que sólo el ojo experto puede distinguir la copia del original. Nos hallamos ante un pueblo de vieja cultura que trata conscientemente de revivir un período pasado, por el que siente admiración. Este entusiasmo por la antigüedad más lejana puede compararse con el de los románticos respecto a la Edad Media. En lo que concierne a las relaciones exteriores, el período saíta se caracteriza por los contactos estrechísimos que estableció con otros países. El historiador griego Heródoto nos cuenta que el faraón Necao encargó a los marinos fenicios la empresa de un viaje de exploración alrededor de África.

Esta restauración del imperio de los faraones duró alrededor de un siglo. En 525, los egipcios fueron sometidos por los persas, y cuando el imperio persa fue sometido, a su vez, por el joven conquistador griego Alejandro Magno, Egipto formó parte del botín. A la muerte de Alejandro, el imperio creado en tan poco tiempo fue repartido entre los lugartenientes del macedonio. Egipto correspondió a Tolomeo. Durante su reinado y el de sus seguidores, el país conoció tres siglos de prosperidad, pero las

discordias intestinas debilitaron el reino y por fin cayó en manos de los romanos, en el año 31 antes de Cristo.

Igual que los Tolomeos, los emperadores romanos dieron pruebas de comprensión y respeto hacia la vieja cultura egipcia. Incluso levantaron templos en honor de los antiguos dioses. El más célebre de la época de los Tolomeos fue el de Edfú, a mitad del camino entre Luxor y Asuán, que hoy es el mejor conservado de todos los templos egipcios. Este monumento nos da una idea exactísima de lo que era un gran templo egipcio, ya que, construido durante los últimos siglos anteriores a Cristo, tiene gran semejanza con los santuarios erigidos dos mil años antes. Excelente prueba de ultraconservadurismo de los egipcios.

LA RIQUÍSIMA ARQUEOLOGÍA EGIPCIA

LOS JEROGLÍFICOS SON DESCIFRADOS

Hipótesis y realidad de los jeroglíficos

Hasta tanto no fueron descifrados los jeroglíficos, la edad de oro del país del Nilo fue un misterio para los historiadores de otros tiempos y se formularon proposiciones un tanto descabelladas. Una de ellas fue pretender descifrar los textos como si fueran acertijos y extraer verdades desconocidas.

He aquí cómo un sabio jesuita del siglo XVII interpretaba un grupo de siete, precisamente siete, jeroglifos: "El creador de toda la fecundidad y de todo crecimiento es el dios Osiris, cuya fuerza vivificadora saca la santa Mofta del cielo hacia su imperio". Hoy sabemos que estos siete jeroglíficos componen la palabra "autócrata", "dueño absoluto", uno de los títulos de los emperadores romanos.

Con semejantes bases filológicas se construyeron otras muchas hipótesis, que fueron otras tantas conclusiones fantásticas; por ejemplo, se creyó que existía estrecho parentesco entre los egipcios y los chinos. Éstos habrían sido originarios de Egipto y su escritura procedía de la jeroglífica: ¡por eso se los habría podido descifrar con ayuda de diccionarios chinos!

Semejantes suposiciones hicieron afirmar a Voltaire que los etimologistas establecen el parentesco entre las distintas lenguas "sin preocuparse de las vocales ni de las consonantes".

En la actualidad conocemos mejor el chino y los antiguos caracteres egipcios. La escritura de éstos debió nacer como la de los demás pueblos y debió ser, al principio, figurativa. Como los niños, los pueblos han "escrito" primeramente con dibujos que expresaran sus pensamientos, y algunos de ellos, como por ejemplo los indios de América, jamás han superado esta etapa. Pero los egipcios ya se mostraron mucho más avanzados en los textos más antiguos que conocemos. Todavía no se habían desembarazado por completo de la escritura ideográfica, es cierto; pero su escritura ya era en gran parte silábica y al mismo tiempo literal; es decir, que cada signo, cada jeroglífico, representaba una sílaba o un sonido aislado[29].

Estos jeroglíficos, como grafía de las palabras, se encontraban todavía en una etapa de escritura puramente ideográfica.

---

[29]Para los egipcios, la imagen y el jeroglífico fueron siempre inseparables, aun cuando al perfeccionarse la escritura jeroglífica se hiciera silábica, adquiriendo los signos un valor fonético independiente del figurativo que tuviera en un principio. Por espacio de tres mil años, los jeroglíficos, en razón de su belleza, siguieron siendo la base de la escritura monumental. Paralelamente, otras formas más flexibles de escritura, la hierática y luego la demótica, se iban perfeccionando para servir las necesidades administrativas y escribir en papiros o tablillas de madera.

casa: , *arado:* , *toro:* ,

luna: , *sol:* , *ojo:* , *rostro:*

Signos semejantes, podían expresar conceptos abstractos y verbos.

Así, un lirio significaba *Alto Egipto*, mientras que el Bajo Egipto estaba simbolizado por las ramas del papiro . Un ramo de palmera significaba *año*, pues se creía que en cada anualidad brotaba un nuevo ramo a la palmera. El verbo *comer* se expresaba con un hombre sentado llevándose la mano derecha a su boca ; *oír*, con una oreja de vaca ; *llorar*, con un ojo que llora ; *correr*, con dos piernas ; y el verbo *envejecer*, con un viejo apoyado en su bastón . Cuando un egipcio quería expresar el verbo *volar*, dibujaba un pájaro en vuelo ; *encontrar* lo simbolizaba con un ibis que picotea su alimento; *reinar* estaba representado por un cetro real ; *combatir*, con una mano sosteniendo una maza y otra blandiendo un escudo, etcétera.

De la escritura ideográfica a la silábica

De la escritura ideográfica (o sea, con dibujos) se originó la escritura silábica. A este propósito señalaremos que, al principio, tanto en la lengua egipcia como en las lenguas semíticas, sólo se escribían las consonantes; más tarde aparecieron las vocales, quizá por influencia griega, pero en los comienzos sólo figuraban en los nombres extranjeros. Así, pues, como en el origen no existían vocales, el signo utilizado, por ejemplo, para *rostro* , que en egipcio se pronunciaba *hor*, podía tener varias significaciones, como *hor*: *levantar* (la tienda); *hir*, que es la preposición *sobre*; *hri*: *el más alto, el mayor*, y aún otras cosas más, con tal que la base consonántica de la palabra fuera *h* + *r*. Algo parecido ocurría con la voz *rata* para el signo que representa este animal; este ideograma podía significar igualmente *rot, rit* y *rut.*

El signo , que era ideograma, se convirtió en signo silábico. De la misma manera, el signo casa , que se pronunciaba en egipcio *peri*, se convirtió en el signo silábico *p* + *r*; el espantamoscas , que se debió pronunciar *mas*, se convirtió en el signo *m* + *s*, etcétera.

Pero muchas palabras egipcias no tenían más que una consonante y una vocal, como por ejemplo *ke*, la *altura*; *ro*, la *boca*; *sche*, *más*, y *ta*, el *pan*. Como las vocales no se escribían, el jeroglifo de cada una de estas palabras se convirtió en un signo fonético; o sea, indicaba un sonido. El jeroglifo de altura se convirtió en el signo del sonido *k* (luego, la letra *k*); el de *boca* en el signo del sonido *r*; el sonido *sch* se originó del jeroglifo de *más* y el sonido *t*, del jeroglifo de *pan* . De esta manera y

otras parecidas se desarrolló el alfabeto jeroglífico completo, compuesto de veinticuatro signos consonánticos.

Si creyésemos que, una vez en posesión de estos signos, los egipcios se desembarazaron de su escritura ideográfica y silábica para escribir solamente con letras, se desconocería a los habitantes del país del Nilo.

No lo hicieron, por dos motivos: porque este pueblo se apegaba a sus tradiciones con obstinación extraordinaria y porque era más fácil representar una palabra o una sílaba entera con un solo signo. Así, pues, la escritura jeroglífica se convirtió en una mezcla de escritura ideográfica, signos silábicos y letras. He ahí una de tantas razones por las que ha sido tan difícil de descifrar. La escritura jeroglífica comprende en total algo así como quinientos signos diferentes.

Cuando los egipcios cesaron de grabar la piedra para servirse de la pluma y del papiro y utilizaron la escritura para las cartas, contratos, etcétera, los jeroglíficos se simplificaron progresivamente y de manera notoria; la escritura llegó a ser continua. Esta escritura cursiva se llamó más tarde escritura demótica; es decir, escritura del pueblo.

Un enigma: la piedra de Roseta

La expedición de Napoleón a Egipto fue lo que impulsó el estudio científico del pasado egipcio y la interpretación de los jeroglíficos. Con Bonaparte comienza la egiptología.

Desde el punto de vista político, la expedición a Egipto no dio ningún resultado durable, pero tuvo una profunda repercusión científica. El ejército francés no llevó solamente militares al país del Nilo, sino también todo un equipo de sabios, de investigadores y de artistas.

En El Cairo se fundó un instituto egipcio, en donde, todavía hoy, se puede admirar la riqueza de las colecciones formadas por los sabios franceses durante los meses de la campaña. Los principales resultados de sus investigaciones están consignados en una obra de treinta y dos volúmenes titulada *Descripción de Egipto*. La mayor parte de los descubrimientos franceses cayó en manos de los ingleses después de la capitulación del ejército napoleónico y ahora forma la base de las colecciones de antigüedades egipcias del *British Museum*, de Londres.

Los soldados franceses realizaron el descubrimiento más importante, efectuando obras de fortificación cerca de la pequeña ciudad portuaria de Roseta, al este de Alejandría: desenterraron una piedra de basalto pulido de color negro. La piedra de Roseta[30] es de importancia excepcional, por tener tres inscripciones diferentes: un texto jeroglífico, un texto en otros caracteres egipcios en escritura cursiva como los que se encuentran ordinariamente en los rollos de papiro y, bajo estos dos textos, una inscripción en griego. Los sabios no tuvieron ningún trabajo en descifrar esta última. Se

---

[30]La llamada "piedra de Roseta" fue un elemento de capital importancia para que Champollion pudiera descifrar los jeroglíficos egipcios. Esta lápida, descubierta en 1799, lleva el texto de un decreto relativo a los honores que debían rendirse en los templos al rey y figura en tres versiones: en la parte superior, catorce líneas de jeroglíficos; en el centro, treinta y dos renglones en escritura demótica popular o corriente; en la parte inferior, cincuenta y cuatro renglones en griego, idioma de la corte de Alejandría. En la sexta línea de la parte superior fue donde se descubrió el nombre de Tolomeo, vocablo clave para su interpretación.

trata de una decisión tomada por una asamblea de sacerdotes de Menfis en 196 antes de Cristo, durante el reinado de Tolomeo V. Según la inscripción, este rey eximió a sus súbditos de ciertos impuestos, desgravación que aumentó su bienestar. Para agradecer este noble rasgo, los sacerdotes habían decidido erigir una estatua al rey en cada templo y organizar cada año festejos en su honor; y perpetuaban esta decisión haciéndola grabar en piedra y ordenando fuese colocada una copia en todos los templos importantes. Un ejemplar de estas placas conmemorativas fue lo encontrado por los soldados de Napoleón, aunque por desgracia la piedra estaba muy deteriorada.

La piedra de Roseta proporcionaba a los egiptólogos la traducción griega de un texto jeroglífico bien delimitado y un texto escrito en la antigua escritura popular de los egipcios. Se había encontrado, pues, la clave de los jeroglíficos, pero ¿cómo emplearla?, ¿cómo identificar los signos de esta escritura desconocida que pertenecía a una lengua ignorada y desaparecida, sin tener la menor idea de su pronunciación? En aquel texto se citaba una importante cantidad de nombres propios y éstos siempre se parecen un poco en todas las lenguas. Solamente estos nombres propios podían servir de ayuda a los investigadores.

El primer sabio que estudió la piedra de Roseta se declaró vencido. Y, sin embargo, era uno de los mejores orientalistas franceses. El también orientalista y diplomático sueco Johan David Akerblad tuvo más éxito Y fue el primero que alcanzó resultados de verdad positivos, lo que le proporcionó el calificativo de "Primer egiptólogo”.

Examinó primero el segundo texto de la piedra de Roseta y desentrañó sucesivamente los nombres de Tolomeo, Alejandro, Arsinoe, Berenice y seis más. Muy pronto, Akerblad conoció lo suficientemente la antigua lengua popular de Egipto como para deducir su alfabeto a grandes rasgos, lo que fue muy útil para la interpretación de jeroglíficos. En 1802, Akerblad publicó un libro sobre la piedra de Roseta, que preparó en gran parte el estudio del desciframiento de los mismos. Si Akerblad hubiera sido menos modesto y, sobre todo, hubiera gozado de independencia económica, hubiera llegado a resolver por completo el enigma de la piedra de Roseta. El médico y naturalista inglés Thomas Young continuó la tarea de Akerblad y, ayudándose de sus resultados, utilizó su extraordinaria perspicacia en interpretar ciertos jeroglíficos muy particulares que en el texto aparecían rodeados de una línea oval. Y como un sabio danés, Zoëga, ya había demostrado antes que aquello se trataba de nombres de reyes y reinas, Young pudo descifrar dos letras del nombre Tolomeo y traducir otros tres jeroglíficos. Pero a partir de aquí, no hizo más que tantear y vacilar.

Un joven sabio, víctima de la política

El gran investigador Jean-François Champollion nació en el año 1790, en una pequeña ciudad del sur de Francia. Hijo de un librero que gozaba de buena posición, la infancia de Jean-Francois tuvo como trasfondo la Francia revolucionaria: el Terror estaba entonces en su apogeo. A los nueve años, el muchacho ingresó en una escuela de Grenoble y muy pronto tuvo trato íntimo y familiar con el prefecto del departamento, hombre muy culto que había formado parte del estado mayor científico de Napoleón durante la expedición a Egipto. El joven Champollion se complacía en contemplar los objetos históricos que su amigo había traído del país de los faraones. Su tierna edad no era obstáculo para demostrar un dominio prodigioso en el estudio de las lenguas. A los dieciséis años comenzó la publicación de una obra de gran envergadura sobre el Egipto

de los faraones. Estaba ya familiarizado, por propia iniciativa y sin ayuda de nadie, con numerosas lenguas orientales: hebreo, árabe, sirio, caldeo, sánscrito, diversos dialectos persas e incluso lenguajes de China y de México. Sus largas veladas de estudio le consumían la vista, pero Jean-François no cejaba. Antes de cumplir los diecinueve años fue nombrado profesor de historia en Grenoble.



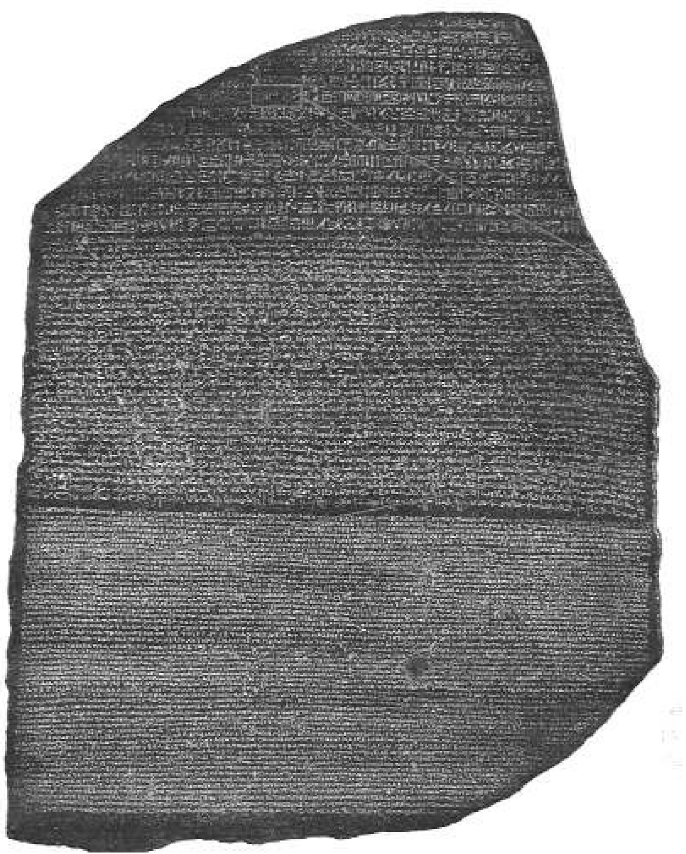
Champollion.

Champollion había empezado a trabajar en el Collège de France con los manuscritos coptos y redactado un estudio sobre *Los gigantes de la Biblia*; luego, hacia 1808, se había apasionado por la inscripción jeroglífica trilingüe de Roseta, cotejándola con un papiro demótico y con los textos de Plutarco. En 1814, el año de la abdicación de Napo león, editáronse en Grenoble los dos primeros tomos de su obra *Egipto bajo los faraones*, que le situaron en primera línea de los orientalistas y egiptólogos de su tiempo.

Durante toda su vida, Champollion siguió siendo acérrimo partidario de Napoleón y nunca trató de ocultar sus opiniones. Algunos intrigantes llevaron sus quejas a la corte de Luis XVIII y, por orden del rey, Champollion tuvo que cesar en sus actividades de profesor.

Privado de su cátedra, se retiró a Figeac, su población natal, en el departamento de Lot, y siguió sus estudios sobre gramática y diccionario coptos. Hasta pasados seis años, no recibió autorización para regresar a París, y entonces (1821) pudo seguir dedicándose a sus trabajos para la interpretación de documentos jeroglíficos; publicó entonces en Grenoble un estudio sobre la escritura hierática. Al año siguiente, leyó en la Academia de Inscripciones y Bellas Letras su famosa *Carta a M. Dacier* sobre los jeroglíficos fonéticos, sentando ya bases ciertas para la lectura de varios nombres de faraones y altos funcionarios; al mismo tiempo confirmó, a la sazón, el origen grecorromamo del zodiaco de Denderah. En 1823 publicó su *Panteón egipcio*, reproducción documentada de las divinidades de aquel antiguo imperio oriental, y, al siguiente año, un ensayo del sistema jeroglífico de los egipcios, confirmando sus métodos de descifrar. Su reputación como egiptólogo era ya enorme en todo el mundo erudito.

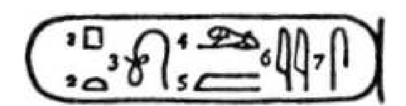
Aún con la salud muy quebrantada por el prolongado trabajo y su innata inquietud, había descubierto el camino de un nuevo mundo, en donde la paz de su alma estaría al abrigo de todas las tempestades de la política: se entregó al dominio infinito de la egiptología, ciencia que aún estaba en pañales.



La piedra de Roseta.

Champollion descifra los jeroglíficos

Su primera tarea fue explicar los siete jeroglifos que componían el nombre del rey Tolomeo o —en griego— Ptolemaios. Después de muchas, muchísimas horas de búsqueda y decepciones, descubrió que en el texto jeroglífico el nombre aparecía en esta forma: *Ptolmais*.



1=p, 2=t, 3=o, 4=l, 5=m, 6=ai, 7=s

Se ayudó también con el nombre de Cleopatra que aparece en la inscripción jeroglífica de un obelisco de la isla Filé, al sur de la primera catarata. Se tenía una traducción griega del texto y Champollion se procuró una copia de la inscripción. El nombre de Cleopatra, rodeado en el texto jeroglífico con la habitual línea oval, aparecía de la siguiente manera:

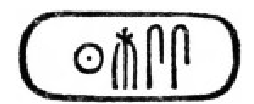


1=k, 2=1, 3=e, 4=o, 5=p, 6=a, 7=t, 8=r, 9=a; 10 y 11 son signos que indican que es nombre femenino.

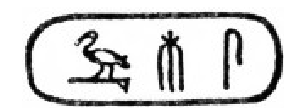
Con la explicación de este nombre, Champollion encontró tres jeroglíficos que eran comunes a ambos nombres; es decir, *p, o* y *l*; además, descubrió otros dos signos que traducían las variantes del sonido *t* y otros siete jeroglíficos. Animado por el éxito, continuó por el camino ya trazado y comenzó el examen comparativo de todos los nombres y títulos reales que cayeron en sus manos. Debemos tener en cuenta que la escritura jeroglífica no es esencialmente literal; el mismo jeroglífico puede representar una palabra entera. Y ésa no es la única dificultad; un mismo jeroglífico puede, en distintos casos, indicar sonidos diferentes, según el sonido que le siga. Por otra parte, la interpretación de los jeroglíficos estaba obstaculizada por una "graciosa" invención de los egipcios de la XVIII dinastía: la introducción de acertijos en la escritura. Por ejemplo, a veces se encuentra en el texto un dibujo representando a un hombre que agarra a un cerdo por el rabo: . En egipcio, seguir se decía *khes*, y cerdo, *teb*. Por lo tanto, el acertijo significaba *khesteb*, que quiere decir lapislázuli. Por otra parte, algunos de los más célebres pasajes de la literatura egipcia han llegado hasta nosotros en copias debidas a los niños de la escuela, a quienes se daba esta tarea como ejercicios de caligrafía. ¡Imaginemos en qué estado se encontraban estos textos! Como es natural, las manos infantiles dibujaron ciertos pasajes muy torpemente. Adivinar algunos fragmentos debe considerarse como una gran suerte.

La arqueología romántica

Pero la intuición genial de Champollion le permitió vencer las mayores dificultades. Veamos cómo interpretó estos jeroglifos de Nubia:



Reconoció en seguida los dos últimos. Pero ¿y los dos primeros signos? En el primero vio una representación del disco solar, y gracias a su profundo conocimiento del copio, lengua religiosa de los cristianos de Egipto, supo que el Sol se llamaba Ra; luego, su genial inspiración intuyó que el segundo significaba nacimiento, que en copto se dice mas. Y obtuvo así la palabra *Ramases*; es decir, Ramsés. En otro recuadro halló un nombre que terminaba de igual manera, pero el primer signo representaba un ibis.



El ibis era el pájaro consagrado al dios Tot. *Tutmés*, se dijo Champollion, con infalible certeza.

Seguro entonces de su empresa y rebosando alegría, recogió sus notas, corrió a casa de su hermano —profesor de la universidad de Grenoble— y arrojó el paquete de manuscritos sobre la mesa, exclamando: *"¡Ahí está!"* Y cayó en redondo al suelo, presa de una crisis nerviosa, más que justificada después de quince años de penoso y agotador trabajo intelectual.

El gran investigador permaneció cinco días en una especie de letargo. Es de imaginar con qué angustia el hermano, su fiel protector de siempre, siguió el curso de la crisis y con qué alegría le vio abrir los ojos y recobrar el conocimiento. En lo sucesivo, Champollion pudo continuar sus investigaciones con la ayuda de amigos leales y realizó viajes de estudio a los museos de Turín, Roma, Nápoles y demás ciudades italianas donde había restos antiguos de Egipto. Más tarde fue nombrado director de la sección de Egiptología del Louvre, y en 1828 pudo, al fin, realizar un viaje al país de los faraones por cuenta del mismo museo. Conseguía lo que desde su juventud había soñado: pisar aquel suelo tan rico en recuerdos. Para viajar por Egipto sin contratiempos, en aquella época era conveniente adoptar en lo posible las costumbres de los indígenas. Champollion se dejó crecer la barba y vivió tan a la usanza de los egipcios, que llegó a parecer un auténtico musulmán. Radiante de felicidad, realizó largos viajes en barco por el Nilo, contempló los altos alminares, los obeliscos y las pirámides, y gozó con el espectáculo de las palmeras, tamarindos, sicomoros y de los campesinos trabajando con iguales instrumentos que sus antepasados, como se podía ver en los más antiguos bajorrelieves. El especial chirrido de los primitivos mecanismos de irrigación, accionados por una rueda movida por bueyes, le causó una impresión imborrable. Parecía como si el luminoso cielo de Egipto y Nubia estuviera invadido por estos "incesantes y melancólicos lamentos". A veces, el viajero creía estar reviviendo las escenas descritas en el Antiguo Testamento: pastores conduciendo sus rebaños, mujeres con cántaros en la cabeza, resplandor de fuego en las cabañas de adobe junto a las orillas del río...

Pero todas las maravillas del viejo país, cuna de civilizaciones, no eran nada en comparación con el entusiasmo que sentía el erudito ante cualquier inscripción. Sólo se podía igualar con la alegría que sintió al penetrar sus misterios por primera vez. Consumió parte de su vida en las largas estancias que hacía junto a las tumbas de los reyes egipcios. En aquella atmósfera malsana y carente de aire, sacar copia de las extensas inscripciones requería un gran esfuerzo, ya que el trabajo tenía que hacerse con escasa luz y frecuentemente en posturas incómodas; y combinar e interpretar todos los descubrimientos era agotador.

Champollion soportó mal el viaje de regreso y el paso sin transición del clima cálido de Egipto al crudo invierno de su patria; a poco de pisar Francia, en la Navidad de 1829, sintió el brusco cambio de temperatura y se vio aquejado por un grave ataque de reumatismo.

Algún tiempo después de su regreso a París, el valor científico de su obra fue reconocido oficialmente con la creación de una cátedra de Egiptología.

Hacia fines de 1831, Champollion sufrió un ataque de apoplejía y contrajo una parálisis parcial. La pluma se le caía de las manos, pero tuvo aún bastantes arrestos para terminar el manuscrito de su gramática y de su diccionario egipcios y ordenar la fabulosa documentación recogida en Egipto. En la primavera de 1832, Jean-François Champollion fallecía a la edad de cuarenta y un años.

LA EGIPTOLOGÍA SE PONE EN MARCHA

Destrucción de los antiguos tesoros

La religión de los egipcios fue factor importante en la preservación de su tesoro; luego, su clima ha contribuido a hacer del país del Nilo un museo sin par en el mundo. Pero hoy hubiéramos podido conocer muchísimas más cosas de uno de los períodos más importantes de la historia de la cultura si tesoros insustituibles no hubieran sido destruidos por el fanatismo y la codicia del hombre.

Los primeros cristianos de Egipto practicaban su culto en las catacumbas y en los templos horadados en las rocas, y, comprensiblemente por otra parte, hicieron lo posible para borrar de las paredes el recuerdo de las costumbres paganas. Después también los musulmanes obraron a rajatabla, ya que su ortodoxia mira con horror cualquier tipo de representación figurativa.

Y lo que escapó a la intolerancia religiosa no pudo eludir la codicia humana. Los mismos egipcios han considerado los restos de su Antigüedad como una fuente de ingresos. Primero se destruyeron las moradas de los antiguos egipcios, que, como las casas de los campesinos de hoy, estaban hechas de adobe. Poco a poco, esas viviendas se desmoronaron bajo la acción del tiempo y, cuando se volvieron inhabitables, el campesino, movido siempre por la economía, aprovechó el lugar como tierra cultivable. Así, Menfis, Tebas y otras ciudades del antiguo Egipto "volvieron a la tierra".

Pero no sólo el agricultor egipcio se aprovechó de estos restos de un glorioso pasado, sino que la industria lítica también sacó partido de las piedras de los monumentos. Resultaba más fácil, desde luego, servirse de las piedras de las pirámides y de los templos que extraer y llevar de la montaña los materiales necesarios para construir nuevos palacios, nuevas carreteras y nuevos diques.

Las momias pertenecen igualmente a las "riquezas naturales" de Egipto. Hasta el siglo XVIII fueron convertidas en polvo y utilizadas neciamente como medicamentos: los "huesos de los muertos" fueron antaño un fructífero negocio.

Este "milagroso medicamento" fue tan codiciado en Europa, que los campesinos, para hacer negocio, momificaban a veces los miembros menos útiles o queridos de sus familiares para lanzarlos en seguida al mercado. Todavía hoy, el turista que visita Egipto tiene la impresión que la mano de momia que el chamarilero local le ofrece, junto con otras antigüedades manufacturadas, ha debido pertenecer a la cuñada o a la suegra del vendedor. Quienes se quejan de ver que los tesoros de los templos y palacios egipcios son arrancados de su medio natural, el cielo azul de Egipto, para enriquecer los museos, llenos de polvo, de Europa o América, deberían acordarse de la triste aventura del inglés Flinders Petrie. Tras hallar y restaurar una maravillosa taracea de colores en las ruinas del palacio de Eknatón, cuando diez años más tarde volvió al lugar, los árabes la habían destruido. Los causantes eran unos guardianes de las tumbas del pueblo vecino que quisieron vengarse de los guardas del palacio de El-Amarna, porque éstos recibían turistas que daban *bakchiches* (propinas) más cuantiosas y a quienes los desconsiderados iconoclastas no podían estafar como acostumbraban hacer.

La gran obra de los arqueólogos

"Para mucha gente —ha dicho Howard Carter, descubridor de la tumba de Tutankamón—, el arqueólogo pasa el tiempo tomando baños de sol, mientras sus trabajadores indígenas trabajan, y para distraerse examina de vez en cuando un cesto de maravillas antiguas recién extraídas de la tierra."

En realidad, durante las excavaciones el arqueólogo se fatiga como los obreros, maneja la pala y el pico y no cesa de vigilar a sus trabajadores para impedir cualquier imprudencia. En estas tareas científicas, la primera y más importante de las reglas es que el arqueólogo en persona debe llevar a la superficie cada hallazgo, incluso el más insignificante. Cualquier movimiento un tanto brusco puede ocasionar desperfectos irreparables; por el contrario, un producto de conservación, como la parafina, por ejemplo, aplicada en momento oportuno, puede salvar un viejo objeto de madera aunque esté tan carcomido que el menor contacto pueda convertirlo en polvo.

El arqueólogo científico debe hacer el croquis exacto de cada objeto descubierto y tomar nota de las circunstancias en que fue encontrado. Solamente así el trabajo tiene un valor científico y es posible determinar su edad y situarlo en relación con otros restos antiguos del mismo género descubiertos antes. "Es indudable —dice Carter— que muestro conocimiento sobre la antigüedad de Egipto se duplicaría si cada descubrimiento se hubiera desarrollado según los métodos científicos y la conciencia profesional que muestran los arqueólogos actuales."

Otra regla elemental es hacer varios croquis después de descubierto un objeto. Las antigüedades deben ser inmediatamente descritas y, en cuanto sea posible, restauradas, para que ningún dato de valor inestimable se pierda por negligencia. Por eso una expedición arqueológica moderna lleva siempre especialistas que han recibido una formación muy cuidadosa y se encargan de las fotos, los croquis y demás aspectos del minucioso trabajo de conservación. Desgraciadamente, con los rollos de papiro descubiertos en las tumbas egipcias se han cometido muchos errores científicos. Estas hojas de papiro son a menudo tan frágiles, que se convierten en polvo con sólo intentar desenrollarlas. Antes de realizar esa brusca manipulación, estos rollos se deben envolver con una tela húmeda durante algunas horas, hasta que la humedad los impregne totalmente; después se pueden desenrollar con cuidado y extenderlos sobre una superficie de cristal.

El inglés Flinders Petrie fue el primero en adoptar estas medidas de conservación estrictamente científicas, y ello le valió el calificativo de "padre de la arqueología egipcia científica". Antes de él, la búsqueda de antigüedades era una especie de carrera por alcanzar un tesoro o un trabajo de detective aficionado. Hoy en día, el arqueólogo no debe escatimar esfuerzos ni retroceder ante las dificultades. No le basta con manejar la pala y el pico, sino que con extraordinario cuidado debe cavar la tierra con sus propias manos y examinar concienzudamente los trozos de detritus y el contenido de las tumbas, para no dejar escapar la más mínima parte del hueso o cerámica.

Los comienzos de la "egiptología"

Con la egiptología científica nos ha sido posible seguir el desarrollo de la civilización humana desde el cuarto milenio antes de Cristo hasta la extinción de esta antiquísima cultura. Se trata de una evolución cultural continua en grandes líneas y prolongada durante cuatro milenios. No hay otra semejante en el mundo. Casi todos los pueblos civilizados han tomado parte en las excavaciones, y mientras algunos hallazgos han permanecido en Egipto, otros se encuentran en el British Museum de Londres, en el

Louvre de París, en los museos de Bruselas, Turín, Leyde, Berlín y Nueva York, y también en otras muchas ciudades.

El italiano Battista Belzoni es considerado como el adelantado de la egiptología durante el período que siguió inmediatamente a la expedición de Bonaparte. En el curso de sus excavaciones, durante los mayores calores del verano, exhumó de las arenas del desierto de Nubia el templo funerario de Ramsés II, cerca de Abu Simbel, y penetró los misterios de la segunda pirámide situada cerca de El Cairo, pero, por desgracia, cuando llegó a la cámara funeraria, la encontró saqueada. Belzoni reunió los tesoros artísticos de la antigua Tebas, realizó importantes descubrimientos en la orilla opuesta, en el Valle de los Reyes y en las tumbas de preclaros personajes, y se interesó sobre todo por los rollos de papiro. Hombre de estatura elevada y extraordinario vigor, durante algunos años se había ganado el sustento como atleta profesional; tenía una simpatía arrolladora que ganaba el afecto de la población indígena. Ni aun los temibles trogloditas que se habían apropiado de las antiguas moradas de los muertos, las tumbas excavadas en la roca, se atrevieron a atacarle, no obstante lo fácil que hubiera sido matar al extranjero y enterrarlo en una de aquellas tumbas que tanto le interesaban.

En una montaña cercana a Kurna encontró unos largos pasadizos funerarios repletos de momias que databan de un período relativamente reciente, de la época en que las tumbas de los aristócratas se utilizaron para los difuntos humildes. Aunque Belzoni era de constitución poco común, necesitó de todo su esfuerzo para abrirse camino a través de aquellos estrechos corredores. La atmósfera era agobiante; de todas partes se desprendían cráneos, brazos, piernas...

Su mayor hallazgo fue la tumba de Seti I, notable por sus maravillosos relieves. Belzoni descendió cien metros en el interior de la montaña, recorrió galerías magníficamente decoradas y encontró, por fin, el rico sarcófago del faraón. Era de alabastro blanco y paredes tan finas que la luz las podía atravesar. Belzoni pudo sacar a la superficie, sin que experimentara ningún daño, esta obra de arte única. Hoy, este sarcófago constituye el orgullo del Soane Museum de Londres. Belzoni expidió para los ingleses dos cargamentos enteros de antigüedades egipcias, pero ninguno de sus hallazgos igualó al sarcófago de Seti I.

Excavaciones de Mariette y Morgan

En 1850 se inició un nuevo capítulo en la historia de las excavaciones en Egipto, cuando se encargó de su dirección el francés Auguste Mariette, descubridor de enormes cantidades de obras de arte en los alrededores de El Cairo y en Tebas. Trabajaba, no obstante, en un lugar ya saqueado muchas veces. Más adelante recordaremos su resonante hallazgo del mausoleo de toros-apis cerca de Sakkara.

En Dahshur, a 30 kilómetros al sur de El Cairo, se levantan varias pirámides, dos de las cuales, casi en ruinas, estaban en otro tiempo cubiertas de piedra caliza blanca. Uno de los sucesores de Mariette, Jacques de Morgan, se dedicó al estudio de estos monumentos. En la más septentrional de ellas, los arqueólogos no habían descubierto aún la tumba que se ocultaba en lo más recóndito de aquella enorme masa.

En 1894, Morgan encontró el acceso a una cámara subterránea flanqueada por una galería de criptas.

El acceso a las tumbas era difícil, pero esto no había impedido a los ladrones penetrar en ellas. La entrada de la que se sirvió Morgan se debía, sin duda, a los salteadores de tumbas.

La pirámide había sido construida por Sesostris III, pero no era el faraón quien reposaba allí, sino que la pirámide se utilizaba como tumba de las reinas de la dinastía. En cierto modo, fue una decepción para los arqueólogos. Mas pronto cambiaron de parecer, porque en las oscuras tumbas encontraron cadenas, brazaletes y collares de extraordinaria belleza. En tierras egipcias jamás se había descubierto nada tan valioso.

En la cripta de una princesa se descubrió un verdadero tesoro compuesto por obras maestras de la orfebrería egipcia de la XII dinastía. Después, prosiguiendo sus búsquedas, encontró la tumba del gran Sesostris, pero los saqueadores ya la habían vaciado totalmente.

Las tumbas del Valle de los Reyes

Mucho tiempo antes, ya se efectuaron importantes descubrimientos en la necrópolis situada precisamente frente a Tebas, en la orilla izquierda del Nilo.

En el transcurso del tiempo, unos treinta faraones, entre los más grandes que rigieron Egipto, fueron enterrados en el Valle de los Reyes, lejos del mundanal ruido. Hoy no hay allí más que dos de ellos: Amenofis II y Tutankamón, y pocas tumbas escaparon al pillaje de los saqueadores.

Durante el enérgico gobierno de los soberanos de las dinastías XVIII y XIX, los tesoros funerarios estuvieron relativamente bien protegidos, pero la situación cambió con la dinastía XX. Los faraones de esta época evidenciaron mucha debilidad en el poder. Como los demás funcionarios, los guardianes de las tumbas se mostraron muy negligentes y fáciles al soborno, con gran satisfacción de los, ladrones. Sabemos esto gracias a unos interesantes documentos que datan del reinado de Ramsés IX. Se trata de unas relaciones de encuestas sobre robos cometidos en las tumbas.

Después, la situación en el Valle no cesó de agravarse. Parece como si se hubiera abandonado toda custodia sobre las tumbas, limitándose sólo a salvar las momias, que fueron trasladadas a otros sepulcros.

Después de la desaparición de las momias reales, los documentos egipcios no dicen una palabra más sobre el Valle de los Reyes, escenario de tantos sucesos emocionantes. El Valle había visto enterrar a los monarcas con una pompa que nosotros, hombres del siglo XX, no podemos siquiera imaginar y, desgraciadamente, había presenciado también las expediciones nocturnas de los ladrones. Ningún lugar de la Tierra tiene una historia tan novelesca como "el país del silencio", como los antiguos llamaban a esta vasta necrópolis.

Las criptas y corredores de aquellas colinas rocosas fueron saqueados de sus riquezas y las últimas moradas de los faraones se convirtieron en refugio de zorros, murciélagos y búhos del desierto.

EN BUSCA DE TESOROS SEPULTADOS

Las grutas de los anacoretas

Durante los primeros siglos de la Cristiandad, las tumbas horadadas en la roca sirvieron de abrigo a los anacoretas que buscaban en los confines del desierto la soledad que anhelaban.

Pero estos piadosos ermitaños tuvieron que ceder el lugar a las partidas de ladrones que infestaban la región. Las autoridades ya trataron de dominar a los

bandidos, pero sus esfuerzos resultaron inútiles. Los ladrones se replegaban a sus cavernas, convertidas en verdadera fortalezas, o se internaban en la montaña, seguros que nadie se atrevería a perseguirlo.

Belzoni fue el primero en penetrar en las grutas, mostrando con ello una audacia todavía no superada, y su labor fue imitada por otros arqueólogos. A mediados del pasado siglo, una nutrida expedición alemana dirigida por Richard Lepsius, el mejor egiptólogo de la generación que siguió inmediatamente a Champollion, estudió el Valle de manera tan exhaustiva, que se creyó haber agotado todas las posibilidades. Por eso no se volvería a hablar del Valle de los Reyes hasta 1881, año importante en la historia de la egiptología. Hacía ya mucho tiempo que el arqueólogo Maspero no perdía de vista a un guía árabe que vendía papiros y otras antigüedades procedentes, al parecer, de las tumbas reales. El hombre era del pueblo de Kurna. Durante tres mil años, los habitantes de este pueblo se especializaron en el pillaje de las tumbas y todavía hoy tienen fama de aprovechar esta fuente de riquezas cuando la ocasión se presenta. Maspero fue reuniendo pruebas contra el astuto árabe y lo hizo detener. Ello provocó un alboroto entre las gentes de la tribu, y todo Kurna juró y perjuro que este excelente guía era víctima de un abominable error judicial.

Afortunadamente, este hombre, picado en su honor, se querelló contra sus hermanos, uno de los cuales declaró a las autoridades que su familia poseía un tesoro que constaba de unas cuarenta momias, descubiertas unos seis años antes. Un directivo del museo de El Cairo fue a examinar el hallazgo y el lugar en donde había sido descubierto. Cerca de la cima de un acantilado se abría una caverna de dificilísimo acceso; desde allí, unos corredores casi impracticables conducían a una gran sala abierta en el interior de la montaña. A la luz de una antorcha, el investigador descubrió numerosos sepulcros. Su sorpresa iba en aumento a medida que leía sus inscripciones; en algunos aparecía el nombre de los reyes más grandes de Egipto: Tutmosis III, Seti I y Ramsés II. Desde hacía tiempo se conocían sus saqueadas tumbas, pero no se esperaba encontrar los cuerpos ni ver sus rostros. Aquella sala no era una tumba, sino un escondite. Las inscripciones sobre los sepulcros y las mortajas atestiguaban que los cuerpos fueron transferidos a ese refugio tres mil años antes, durante un tremendo período de decadencia y anarquía, por funcionarios encargados de las tumbas reales. De esta forma habían querido proteger a los augustos difuntos de profanadores y saqueadores, cuya audacia y brutalidad no conocían límites.

Nuevos trabajos esperaban aún a los enviados del museo: transportar los preciosos hallazgos al barco para trasladarlos a El Cairo. Era preciso hacerlo de prisa y terminar antes de que la población, al verse despojada de semejante fuente de ingresos, estallara en motín, en cuyo caso los arqueólogos europeos correrían un grave riesgo.

La tumba de Eknatón y otros sepulcros

Diez años más tarde, el árabe que había indicado este escondite prestó a los egiptólogos otro servicio tan excelente como el primero. Durante este tiempo había ingresado en los servicios arqueológicos egipcios, y su intuición y experiencia le permitieron descubrir una cripta muy disimulada, en donde se hallaron unas 150 momias de sacerdotes y sacerdotisas del templo de Amón.

En 1898 se hicieron nuevos hallazgos en el Valle. Se descubrieron varias tumbas reales, entre ellas las de Tutmosis I, Tutmosis III y Amenofis II. En esta última reposaban, además de Amenofis, treinta momias reales, que fueron puestas a buen

recaudo durante la XXI dinastía. Todas fueron llevadas al museo de El Cairo, menos la de Amenofis, que se dejó en su sarcófago. La tumba fue cuidadosamente cerrada y dejada a la vigilancia de un guarda, pero una partida de saqueadores se introdujo en la última morada de Amenofis y, puestos de acuerdo con aquél, sacaron la momia del sarcófago para robar las joyas que el difunto pudiera tener. El servicio arqueológico encontró a los profanadores y les llevó ante el tribunal. Pero éste estaba compuesto de indígenas, y ante tal areópago ¿qué valor pueden tener las pruebas? ¡Los que tratan de vándalos a los arqueólogos modernos porque trasladan los tesoros de las tumbas a los museos, debieran reflexionar sobre este incidente!

En 1902, un multimillonario americano, llamado Davis, consiguió del gobierno egipcio la autorización para practicar excavaciones en el Valle de los Reyes. Trabajó durante doce inviernos consecutivos y descubrió, entre otras, la tumba de Hatsepsut y la caverna donde se ocultaban el sarcófago y la momia de Eknatón; además, esta gruta contenía una parte de los objetos funerarios de la tumba primitiva de El-Amarna.

En cierto sentido, la tumba de Eknatón no fue el hallazgo más interesante de Davis. También encontró la tumba donde están enterrados Juja y Tiju, los padres de la reina Tiy. Después de abrirse paso entre un enorme montón de escombros, Davis llegó ante una pared montañosa, en donde se abría una escalera que conducía a una tumba simulada por un muro. En este muro había huellas de un pasadizo abierto por saqueadores. Davis penetró en la tumba, acompañado de Maspero. Cuando encendieron las velas en la oscura sala, brilló el oro por doquier. La luz iluminó el revestimiento de oro puro de un sarcófago, en el que Maspero leyó el nombre de Juja.

Un examen más minucioso mostró varios ataúdes matrices recubiertos con láminas de oro y plata. Los saqueadores habían arranca de las tapas de los ataúdes y sarcófagos y deshecho los vendajes de las momias para apoderarse de las joyas y aderezos.

Los dos difuntos aparecían como viejas personas respetables de cabellos blancos. Él tenía los cabellos largos y ondulados; los de ella eran cortos. Juja era un hombre de estatura alta; Tiju parecía de altura algo menor y llevaba puestas dos bonitas sandalias de oro.

Siguen los hallazgos de tesoros

La tumba estaba repleta de riquezas, y los profanadores no se habían llevado más que algunas joyas. Nunca se había descubierto una tumba real que, en proporción, hubiera sufrido tan poco por los impíos, lo que debe atribuirse a una feliz casualidad. Y es que el se pulcro estaba sepultado con tal cantidad de piedras procedentes de las tumbas reales vecinas, que fue necesario el capricho de un millonario aficionado a la arqueología para quitar aquel enorme montón de escombros. En esta tumba se encontraron muchas obras maestras de ebanistería egipcias, tales como sillones, coches y un pequeño cofre de joyas ensartadas en ébano y oro; también se halló un carro finamente esculpido, típico de la época de las dinastías XVIII y XIX. En total se encontraron allí unos doscientos objetos que son otros tantos ejemplos del elevado nivel que alcanzó la artesanía egipcia durante la dinastía XVIII y que hoy forman la parte más importante de las colecciones del museo de El Cairo.

En 1914, la concesión de Davis fue otorgada a otro aficionado, el inglés lord Carnavon, y a su colaborador Howard Carter, arqueólogo experimentado, que abrieron un nuevo período en la historia del Valle. Cuando Davis abandonó las excavaciones,

estaba persuadido que el Valle de los Reyes había sido removido hasta en sus menores rincones y entregado todos sus secretos. Lo mismo pensaba ya Belzoni casi un siglo antes. Pero Carnavon y Carter estaban seguros de encontrar, debajo de los montones de piedra que todavía no habían sido removidos, si no tumbas, al menos rocas sin explorar, y que los trabajos planeados exigirían muchos esfuerzos. Tenían que remover unas 200.000 toneladas de escombros y cascotes para comenzar las excavaciones de aquella zona en que sospechaban se encontraba la tumba de Tutankamón.

Comenzaron su tarea arqueológica en el Valle de los Reyes en otoño de 1917, y en la primavera de 1922 aún no habían obtenido ningún indicio que valiera la pena.

Los trabajos arqueológicos de Carter

Después, la cosa cambió. Un hermoso día del otoño de 1922, apenas los hombres de Carter habían tomado el pico, cuando dieron con un descubrimiento que sobrepasaba los sueños más increíbles. Dejemos que nos la narre el propio Carter:

"Procuraré —escribe— contar exactamente todo lo que ha pasado, sin olvidar nada. No será fácil, pues el hallazgo fue tan súbito, que casi me dio vértigo, y en los meses que siguieron sucedieron cosas tan maravillosas que apenas tenía tiempo para reflexionar."

Lo descubierto en el terreno, la mañana del 4 de noviembre, indicó inmediatamente que se trataba de algo inusitado. Los obreros le contaron haber hallado, bajo los escombros, algunos peldaños tallados en la roca. "En este momento —dice— casi no podía creer que hubiésemos encontrado la tumba. Al día siguiente, ya no podíamos dudar; era evidente que estábamos ante la entrada de un sepulcro. Pero la, decepciones anteriores nos dejaron una huella tan profunda que no nos atrevíamos a entusiasmarnos con la alegría y mostrábamos una secreta reserva. La tumba había sido probablemente saqueada a conciencia, como las demás. Uno tras otro aparecían los peldaños de la escalera, y al caer de la tarde habían sido puestos al descubierto todos. Al pie de esta escalera aparecía una puerta sellada."

Aquel día, Carter tuvo que contentarse con perforar la puerta y practicar un agujero lo suficientemente ancho para introducir una lámpara eléctrica. A la luz de ésta vio que el pasadizo, que conducía de la puerta a la cripta, estaba casi cubierto de piedras y escombros. Espectáculo confortador que probaba que la tumba estaba cuidadosamente protegida por las antiguas autoridades egipcias.

Lord Carnavon, el mecenas de Carter, se hallaba entonces en Inglaterra, y como deseaba estar presente en la apertura del sepulcro, se suspendieron los trabajos hasta su llegada a Luxor. Carter colocó dos hombres de confianza en los alrededores de la tumba, hizo cerrar de nuevo el camino de acceso y, para más seguridad, lo cubrió con grandes piedras.

UN DESCUBRIMIENTO SENSACIONAL

El sepulcro de Tutankamón

El 25 de noviembre, lord Carnavon llegó a Luxor. Después de desembarazar la entrada, se pudieron examinar más de cerca los sellos que cerraban la tumba; varios de ellos llevaban el nombre de Tutankamón. Se descubrió también otro detalle menos confortador: un examen detenido de la puerta y del pasadizo les indicó que la tumba

había sido abierta y los sellos colocados de nuevo con mucho cuidado. ¡Era la huella de los saqueadores! En el ambiente flotaba una pregunta: ¿habrían sido muchos los estragos?

En la mañana del 26 de noviembre se despejó el pasadizo de las ruinas que lo llenaban y hallaron otra puerta sellada. Como la primera, también ésta había sido, sin duda, abierta y luego cerrada. "Con manos temblorosas —continúa Carter— hice un pequeño agujero en el ángulo superior izquierdo." Después de asegurarse que ningún gas peligroso salía de la tumba, introdujo una vela encendida en el interior. "De pronto —dice— no pude ver nada, pues el aire cálido que salía de la cripta hacía vacilar la llama de la vela. Pero cuando mis ojos se fueron acostumbrando a la tenue luz, pude distinguir muchas cosas, animales extraños, estatuas, oro que reverberaba por doquier. Por un momento fui presa del estupor. Finalmente, lord Carnavon no resistió más y me preguntó lleno de zozobra: '¿Ve usted algo?' 'Sí, algo maravilloso.' No pudo decir más. En seguida, después de ensanchar la abertura, los dos pudimos ver la cripta e iluminarla con una lámpara eléctrica.

"Supongo que la mayor parte de los arqueólogos sienten, como yo, una impresión de preocupación y de incertidumbre cuando penetran en una sala que tres mil años antes fue sellada por manos piadosas.

"En estos momentos, el tiempo no cuenta. Han pasado tres mil o cuatro mil años, quizá, desde que el hombre holló este suelo y, sin embargo, vestigios de vida rodean al arqueólogo por todas partes: el cubo a medio llenar del mortero que ha sellado la puerta, la lámpara enmohecida, la huella de un dedo sobre la pared, el ramo de flores colocado sobre el umbral como un último homenaje... Parece como si el muerto hubiera sido enterrado ayer. El aire mismo que respiramos no ha sido renovado durante milenios de años; lo compartimos con el que ha colocado la momia en su última morada. El concepto del tiempo desaparece aquí...

"En toda la historia de las excavaciones, a ningún arqueólogo le ha sido dable contemplar un espectáculo tan maravilloso como el que nos ofreció la luz de las lámparas eléctricas, la primera que penetraba las tinieblas de esta tumba desde hacía tres mil años. Nunca nos hubiéramos atrevido a soñar tal cosa: una habitación entera, o mejor, un verdadero museo atestado de objetos.

"Lo primero que vimos fueron tres grandes parihuelas doradas. Tenían los brazos esculpidos en forma de cabezas de león, de hipopótamo y de vaca, los tres animales que eran la encarnación de la diosa Hator. Cuando fueron iluminadas por la luz, las esculturas se proyectaron de forma fantástica sobre los muros. Estábamos casi asustados. Luego nos llamaron la atención un par de estatuas de reyes de tamaño natural. Se levantaban como dos centinelas cerca del muro derecho y llevaban una túnica dorada y sandalias también doradas; tenían en las manos una maza de combate y un bastón, y en la frente la cobra sagrada, símbolo del poder real. De repente nos asaltó una idea: 'Que raro, no hay ningún sarcófago ni la más ligera señal de momias'. Después, entre los dos centinelas descubrimos otra puerta sellada; comprendimos entonces que la sala en la que nos encontrábamos era la antecámara de la verdadera cripta. Detrás de esta última puerta debían encontrarse otras salas, y en una de ellas íbamos a descubrir al faraón en toda su magnificencia."

Inventario de unos tesoros faraónicos

En la mañana del día siguiente, el jefe de la expedición examinó la tercera puerta sellada y descubrió un agujero hecho por alguien y después tapado y sellado; su abertura era bastante grande para que un hombre delgado pudiera colarse por ella.

"¡No éramos los primeros en penetrar allí! —escribe Carter— ¡Los ladrones se nos habían adelantado una vez más y no nos quedaba más que comprobar la gravedad del saqueo! Nos hubiera gustado abrir esa puerta sin esperar más y poner así fin a nuestra incertidumbre, pero los muchos y ricos objetos de la antecámara estaban muy estropeados y no podíamos retirarlos sin antes hacer una lista completa de estos descubrimientos y haberlos fotografiado. Y esto requería mucho tiempo."

Carter y lord Carnavon iniciaron, pues, el inventario de las maravillas de la antecámara, y mientras estaban ocupados en ello dieron con un nuevo descubrimiento: otra puerta sellada en la que los ladrones habían hecho también un agujero, pero que esta vez no taparon al abandonar el lugar. Los dos arqueólogos pudieron echar una ojeada al interior de aquella tercera sala, algo más pequeña que la primera, pero atestada materialmente de objetos funerarios en un desorden imposible de describir. Las huellas de los ladrones eran evidentes.

El inventario de la antecámara fue un trabajo de benedictinos, pues era muy difícil extraer un objeto sin lastimar los demás. Estaba todo amontonado de tal forma que algunas veces era necesario construir andamiajes, con las mayores precauciones, para mantener un objeto o un grupo de objetos en su lugar mientras se levantaban otros. Algunas de estas maravillas estaban en perfecto estado de conservación; otras eran tan frágiles que no se podía adivinar si serían capaces de soportar más el propio peso cuando se las extrajera de aquella maraña de objetos. Se planteó entonces el problema de si debían ser estudiados en el mismo lugar o resistirían el traslado al laboratorio, para su investigación. Frecuentemente fue necesario optar por la primera solución.

"El trabajo sería lento y capaz de destrozar los nervios al más paciente, pero siempre tuvimos en cuenta la responsabilidad que pesaba sobre nosotros. El arqueólogo no es dueño de lo que descubre, ni lo puede tratar como le plazca. Cada hallazgo es un regalo del pasado al presente y el arqueólogo no es más que un intermediario. Si por indiferencia, descuido o incompetencia, estropea las posibilidades de su hallazgo es culpable de un grave delito. Si trabaja con poca atención o demasiada prisa, puede hacer que se escape una suerte que ya no volverá jamás. Poseídos de estas ideas, se pueden imaginar los sentimientos que abrigaríamos durante el tiempo que duraron los trabajos. El peligro del robo no dejaba de inquietarnos. Ya he dicho que la tumba de Tutankamón no fue respetada por los ladrones de siglos pasados, pues el sello de la primera puerta probaba que la tumba fue profanada unos años después de los funerales del faraón. Los ladrones intentaron llevarse, en primer lugar, los objetos de oro macizo, pero, felizmente, debieron de obrar un tanto a la ligera porque muchas joyas escaparon a su codicia. Con todo, nunca sabremos exactamente qué tesoros habrán robado.

"Siete semanas fueron necesarias para evacuar la primera sala y en verdad que nos sentimos aliviados al dar fin a ello."

El enigma de la última sala

Con ello ya podían descubrir el misterio de la última sala y derribaron con sumo cuidado una parte del muro de separación. Una especie de altar recubierto de oro y engastado con magnífica porcelana azul obstruía el paso e iluminaba toda la sala con su resplandor. Era casi seguro que rodeaba el sarcófago real.



Sarcófago del rey Tutankamón.

Una cuestión de la mayor importancia preocupaba ahora a los arqueólogos: ¿habían llegado los ladrones hasta el difunto? Carter y lord Carnavon, sumamente emocionados, hicieron saltar los cerrojos del tabernáculo y abrieron las puertas. En el interior hallaron otro tabernáculo más pequeño; las puertas estaban cerradas y de los cerrojos pendía un sello intacto. No cabía duda. Por primera vez, se encontraban ante el cuerpo de un rey de Egipto cuyo reposo no había sido turbado por los saqueadores de tumbas.

Pero la habitación del sarcófago ofrecía otros hallazgos interesante. Había una puerta que se abría a una cuarta sala. "Al primer golpe de vista —dice Carter—, nos convencimos que los mayores tesoros de la tumba estaban allí. Cerca del muro, precisamente frente a la entrada, se encontraba el más bello monumento que se pudiera contemplar. Estaba compuesto por un gran sepulcro recubierto de oro y rematado con una especie de friso formado de serpientes sagradas. Alrededor de este sepulcro aparecían las estatuas de las cuatro diosas protectoras de la muerte, cuyas encantadoras siluetas levantaban el brazo en señal de bendición. Su actitud era tan natural y sus rostros expresaban tal simpatía y piedad, que nos parecía que las estábamos profanando con sólo mirarlas."

Después de muchas dificultades con el gobierno egipcio, Carter obtuvo la autorización para abrir el sarcófago de Tutankamón en el otoño de 1925. Encontró un féretro de madera; en el interior de éste, otro féretro semejante contenía un tercer ataúd, el más rico que haya existido en el mundo, de oro puro y engastado con esmaltes de vivos colores. Pesaba doscientos kilogramos, algunos dicen que cuatrocientos. El

examen anatómico de la momia reveló que Tutankamón acababa de cumplir dieciocho años en el momento de su muerte.

Con el mayor secreto, el féretro fue transportado al Museo Egipcio de El Cairo, a donde llegó el primer día de 1926.

Nunca se produjo un descubrimiento tan valioso como el de la tumba de Tutankamón. La belleza y riqueza de los muebles y de sus obras de arte sobrepasaban cuanto se había encontrado hasta entonces en Egipto. Gracias a la tumba de este joven faraón, la cultura egipcia atrajo muchos estudiosos que hoy admiten que dicha cultura ejerció sobre los pueblos vecinos una influencia mucho más profunda que lo que se creía anteriormente. Cuando se contemplan las riquezas que encerraba la tumba de un insignificante faraón, cuyo reino no duró más de seis o siete años, se adivina el esplendor con que debían amueblarse las tumbas de faraones tan poderosos como Tutmosis III, Amenofis II, Seti I y Ramsés II.



Howard Carter ante el sarcófago del rey Tutankamon.

El valor de las colecciones arqueológicas egipcias

Los sucesivos descubrimientos d templos y tumbas en el transcurso de los años permitieron a los investigadores dar una idea cada vez más exacta de la Antigüedad egipcia. Las colecciones de obras de arte y de objetos que nos permiten conocer esta vieja cultura no cesan de aumentar. Basta visitar el Louvre n París, la nueva sección de egiptología del Rijksmuseum de Oudheden, el Rapenburg de Leyde y las colecciones belgas de los Museos Real de Arte y de Historia de Bruselas.

Por otra parte, los trabajos de interpretación de la antigua escritura progresan constantemente. De vez en cuando, con el hallazgo de nuevas ruinas con inscripciones jeroglíficas o de algún fragmento de papiro, los egiptólogos descifran y combinan estos

documentos y nos levantan poco a poco el velo del misterio que rodea la historia del antiguo Egipto.

No debemos creer, sin embargo, que las inscripciones encontradas en los templos, tumbas y otros monumentos egipcios son expresión exacta de la verdad, en oposición a las viejas tradiciones. Al contrario, tales inscripciones son siempre más o menos sospechosas de idealización abusiva de los reyes y de otros personajes de alto rango. Así se comprende por qué las hazañas de los difuntos son loadas, como acabamos de ver, con tanto énfasis, mientras que los fracasos y derrotas son minimizados todo lo posible o dejados al olvido.

Algunos faraones del Imperio nuevo, sobre todo los de las dinastías XIX y XX, falsearon las inscripciones conmemorativas de los soberanos precedentes y sustituyeron con su nombre el de ellos sin el menor escrúpulo.

Son necesarios muchos estudios, gran perspicacia y una erudición admirable para corregir, como hacen los egiptólogos científicos de nuestro tiempo, los errores de historiadores célebres que, por vivir hace dos mil o tres mil años, se encontraban mucho más cerca de los acontecimientos que nosotros.

LA VIDA ÍNTIMA DE LOS EGIPCIOS

LOS PODERES REGIO Y JUDICIAL

La corte de los faraones

Como muchos otros monarcas del pasado y, en tiempos recientes, como los emperadores de China y el Japón, el faraón era considerado, cual hijo del dios-sol Ra, una divinidad. Su título más frecuente era "dios bueno"; otro apelativo era *per-o*, que significaba, en primer lugar, "la gran casa" y originariamente quería decir "palacio real". Más tarde, esta voz significó el gobierno real, de la misma manera que los turcos denominaban a su gobierno la Sublime Puerta. Así es como la palabra faraón terminó por significar el dueño soberano del estado de Egipto, el rey. Los faraones se rodeaban de una corte tan numerosa que la enumeración de los títulos que llevaban los cortesanos sería interminable. Las inscripciones de las tumbas nos demuestran que para los miembros de la clase dirigente era un gran honor servir a la corte. No son raras las fórmulas como ésta: "Ha servido a los reyes en su casa; ha servido a los pies de su señor; era más caro al rey que todo Egipto".

Desde la más remota Antigüedad, los amores de los reyes y reinas desempeñaron un papel importante en la vida de la corte. El título oficial de una favorita era: "El gran amor que alimenta al pecho del dios —es decir, al faraón—, al dueño de Egipto del Norte y del Sur, a aquel a quien Horus ha tocado la piel". En testimonio de privanza hacia su favorita, el rey le construía generalmente una rica tumba. Una favorita real era siempre una gran dama, la esposa de un egipcio de categoría. Asimismo, el ceremonial era muy riguroso en la corte de los faraones; por ejemplo, representaba una altísima distinción entre los altos dignatarios que el rey les concediese el honor de besar su real pie.

Cuando los cortesanos comparecían ante el faraón, "levantaban los brazos en testimonio de respeto y satisfacción y besaban el suelo ante su bello rostro". Y cuando el "dios bueno" tomaba una decisión, los cortesanos acostumbraban a expresar su admiración por la sabiduría del rey y "alababan a su señor arrojándose al suelo en cuclillas y lanzando exclamaciones de alegría".

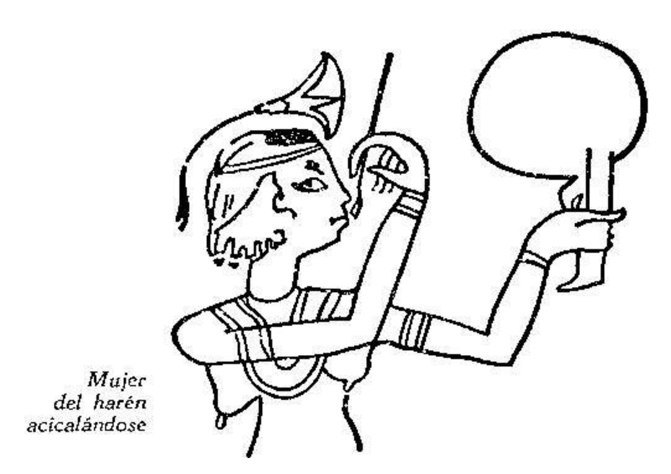


Grupo de cortesanos ante el faraón.

Durante el Imperio Nuevo parece que lo de "besar la tierra" fue suprimido para los sacerdotes y personalidades de elevada categoría; sólo quedó vigente para los servidores y personas de menor relieve, quienes al arrojarse al suelo hacían al faraón humildes reverencias y dejaban caer los brazos o los levantaban a modo de plegaria. Dirigirse al rey estaba prohibido y apenas se podía abrir la boca en su presencia; sólo se hablaba después de un largo formulario preliminar, como éste, por ejemplo: "¡Oh, tú, que te pareces a Ra en todo lo que emprendes! Todo lo que tu corazón desea se convierte en realidad. Lo que deseas por la noche, al nacer el alba lo consigues. Hemos contemplado tus maravillosas hazañas desde tu coronación. ¿Hay algo que tú ignores? Cuando dices al agua: '¡Sube hasta la cima de la montaña!', el océano va hasta donde tú le mandas. ¡Vivirás eternamente y obedeceremos tus mandatos, oh, rey, señor nuestro!"

Intrigas femeninas en palacio

Como en nuestros días, el harén de los soberanos orientales era entonces, por la rivalidad de sus esposas, de los príncipes, de las princesas y de los favoritos ambiciosos, un nido de intrigas, y la mayor parte de los dramas que allí se desarrollaron no fueron conocidos más que por sus actores, excepto unos pocos que han pasado a la posteridad. Uno de estos sucesos que han llegado hasta nosotros acaeció durante la VI dinastía. El poderoso rey Pepi I tenía un favorito muy estimado que hizo grabar sobre los muros de su tumba, además de los datos de su biografía, esta inscripción: "En la época en que se tomaron en secreto medidas legales contra Hetes, la primera esposa del rey, Su Majestad me confió el interrogatorio, a mí solo, pues yo era querido por el corazón de Su Majestad, quien hallaba placer en mi compañía. Yo soy el que ha redactado el proceso verbal, yo únicamente, con sólo otro juez. Nunca jamás otra persona de mi categoría pudo conocer los secretos del harén real".


Mujer del harén acicalándose

Los más destacados relatos de los últimos años del reinado de Ramsés II han llegado hasta nosotros por el mismo camino. Citan una conspiración en el harén del faraón, y también esta vez el rey evitó confiar el enojoso proceso penal a los jueces habituales. Nombró un tribunal especial compuesto por hombres de confianza e investidos con poderes ilimitados sobre la vida de los culpables. Se han encontrado

papiros contando el desarrollo de las audiencias originales, que estaban destinados probablemente a los archivos reales. Allí se cuenta que una de las esposas reales conspiró con otras mujeres del harén para derrocar al faraón, ya viejo y enfermo, con el fin, sin duda, de colocar a su hijo en el trono. Las conjuradas habían atraído a su causa a la mayor parte de los cortesanos, incluso al primer camarero y al primer copero del faraón. Y lo más grave era que el jefe de las tropas egipcias de Nubia estaba también comprometido en la conspiración, ya que su hermana, que pertenecía al harén de Ramsés, lo había persuadido para que participara en la trama. A pesar de todas las precauciones, el complot llegó a oídos del rey, que pronto tuvo en sus manos una larga lista de traidores, hombres y mujeres, que hizo encarcelar. Como hemos dicho, el faraón nombró un tribunal especial para juzgar "la vergüenza del país" (así son denominados los acusados en uno de los relatos), y entre las instrucciones que da a los jueces para evitar toda publicidad, figura ésta: "¡Ignoro lo que han dicho los acusados! ¡Realizad la encuesta! ¡Que los que tengan el privilegio de morir por sus propias manos, mueran sin que yo me entere! ¡Y sufran su castigo los demás culpables, sin que llegue nada a mis oídos!" Quería, pues, evitar cualquier sensacionalismo. Veredictos pronunciados a puerta cerrada, unos suicidios, algunas ejecuciones discretas, y que no se hablara más del asunto.

Los procesos verbales en los tribunales son cortos y concisos. Refiriéndose a un grupo de acusados de poca importancia, se dice: "Las esposas de algunos guardias del harén, que habían sido cómplices con sus maridos durante la conspiración, han comparecido ante el tribunal. Fue probada su complicidad y aplicado el castigo: seis mujeres".

Más adelante, el protocolo cita al príncipe que debía sustituir al viejo faraón: "Fue conducido ante el tribunal por apoyar a su madre, cuando ésta conspiró con otras mujeres del harén. Fue escuchado, declarado culpable y se le otorgó el privilegio de poner fin a su vida".

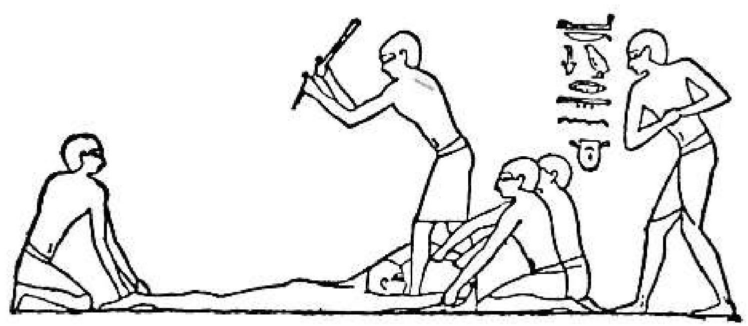
En el relato se alude a algo que muestra con elocuencia el estado de degradación que ya alcanzaba la sociedad egipcia de la época. Dos de los jueces, hombres de confianza del rey, tuvieron que ser encarcelados por haber hecho amistad con los acusados y con algún otro miembro importante de la conspiración y por organizar una orgía con aquellas damas. Se les cortó la nariz y las orejas como castigo.

El Derecho en el antiguo Egipto

Solamente una colección de leyes del antiguo Egipto ha llegado hasta nosotros y aún incompleta. Se trata de una inscripción sobre una enorme piedra conmemorativa que mandó erigir en Karnak el primer rey de la XIX dinastía, Horemheb. Pero al igual que en otros muchos casos, el texto está tan deteriorado que ningún párrafo es legible en su totalidad.

Horemheb pretendía, sobre todo, poner fin a los abusos de poder de los funcionarios y a la percepción de impuestos por los soldados. Amenazó con penas severas: desde "cien palos, a no ser que se abrieran cinco heridas, hasta la ablación de la nariz y el destierro en la ciudad de los desnarigados".

Se han encontrado numerosas pruebas de procesos del antiguo Egipto[31], pero sólo tenemos informes incompletos sobre la naturaleza de las penas. La tortura, aplicada a los más sospechosos para arrancarles la confesión, consistía en golpear con un palo no solamente las espaldas de los delincuentes, sino también los pies y las manos. A esto llamaban "preparación para el examen completo".



Esclavo recibiendo un castigo.

En un importante proceso de saqueadores de tumbas, en la época de Ramsés IX, la audiencia comenzó con una paliza a los ladrones a quienes se les habían encontrado los objetos robados y luego se les encadenó de pies y manos. El mismo procedimiento se aplicó a un barquero que después fue reconocido inocente. Se interrogó también de manera despiadada al hijo de un sacerdote que participó en vida en el pillaje de las tumbas. Un acusado podía ser sometido a tortura tres o cuatro veces cuando se tenían motivos para sospechar que mentía.

El apaleamiento era el castigo más común. En el antiguo Egipto, como todavía en nuestros días en Oriente, se consideraba que un buen vapuleo era el mejor medio para animar a los contribuyentes recalcitrantes a pagar los impuestos. Ni aun las personas que ocupaban los cargos más elevados escapaban a los "buenos oficios" del palo.

En la escuela, el palo era también el medio de corrección más estimado. "Si un muchacho tiene los oídos sordos, aplíquesele el palo y escuchará", afirma un pedagogo de la época.

La justicia entre los egipcios

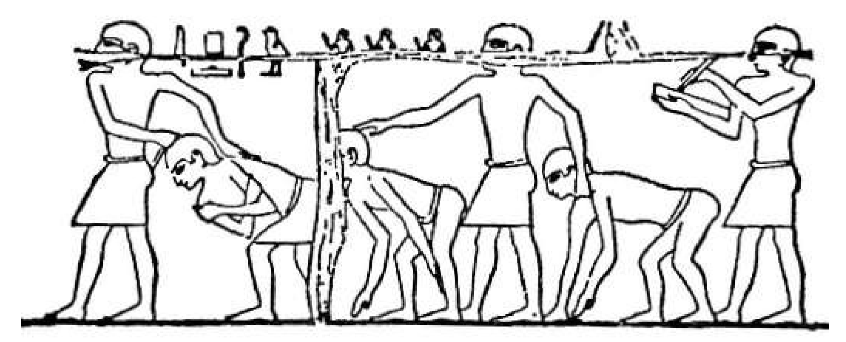
La justicia entre los egipcios era bastante benigna, comparada con la mayor parte de los pueblos de la Antigüedad.

El crimen de alta traición se castigaba con la ablación de la lengua. El hombre culpable de perjurio era, a veces, condenado a muerte; otras, se le cortaban la nariz y las orejas y se le ponía una argolla en la cabeza. Los jueces incompetentes o venales sufrían igualmente la ablación de la nariz y de las orejas.

Algunos delincuentes políticos tenían el privilegio de suicidarse para evitar la humillación de un proceso, fuera en presencia de los jueces o en el domicilio del propio

[31]El *maar*, código o conjunto de leyes egipcias, convertía a todos los súbditos en esclavos del faraón. Pero al advenimiento de la V dinastía se produjo un sordo movimiento popular, causado sin duda por la indignación provocada por la inhumana carga laboral de las pirámides. Estas grandiosas construcciones fueron abandonadas con el tiempo, y los faraones de las dinastías siguientes tuvieron por "eterna residencia" templos excavados en las rocas o en el suelo.

condenado. El que no prestaba ayuda a otro hombre en peligro era apaleado y se le obligaba a ayunar durante tres días; igual castigo se reservaba a los que escondían o ayudaban a huir a un ladrón. El que asesinaba a su padre era mutilado y después quemado vivo. Los adúlteros recibían mil palos, y si era mujer, se le cortaba la nariz. El que violaba a una mujer soltera, era mutilado de tal forma que le resultaba imposible reincidir. El que fabricaba moneda falsa, falsificaba documentos o cometía fraude con el peso de las mercancías, perdía la mano derecha o ambas. El culpable de falsa acusación recibía el castigo que hubiera sido infligido al acusado, de haber sido cierta la denuncia.



Unos deudores son conducidos ante el juez por sus acreedores.

El destierro era un castigo grave. En el extremo nordeste del país, junto a la frontera de Palestina, se levantaba una fortaleza adonde se deportaba, después de cortarles la nariz, a los funcionarios culpables de abuso de autoridad con sus subordinados. En el extremo sur, en Etiopía, otro campo de deportación acogía a los detenidos, mutilados, que trabajaban en unas minas de oro cercanas. Esta Siberia egipcia inspiraba tal terror que el juramento prestado por los testimonios ante el juez se formulaba a menudo así: "¡Si miento, que me mutilen y me envíen a las minas de Etiopía!" Otras fórmulas de juramento decían: "¡Si miento, no coma ni beba más y caiga aquí muerto!"; o también: "¡Si no mantengo mi palabra, arrójeseme a los cocodrilos!"

Cuando se estudian el Derecho y el sistema penal del antiguo Egipto, no debemos olvidar que comprenden tres milenios de Historia, un período muy largo en el desenvolvimiento de un pueblo. Advirtamos los grandes cambios de cultura y de concepción de la vida entre las cruzadas y el siglo del vapor y la electricidad. Y sin embargo, es un período no más extenso que el que separa el comienzo del Imperio antiguo del comienzo del Imperio medio.

EL CULTO A LA ANIMALIDAD

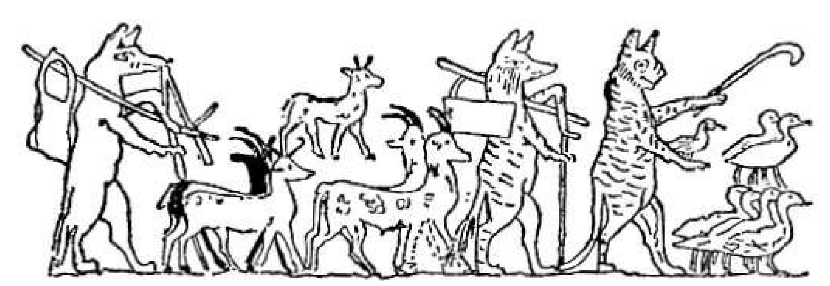
Una religión zoolátrica

En un principio, los egipcios solamente consideraban como sagrados a algunos animales muy especiales, a los cuales dirigían sus plegarias, pero durante el período de la decadencia, que comienza con la caída del Imperio Nuevo, cuando un animal se tenía por sagrado, se consideraba también sagrados a los demás de la misma especie. Ello explica la enorme cantidad de animales embalsamados (desde el mono hasta el abejorro) que han aparecido en las tumbas excavadas en la roca o en la arena, cerca de las sepulturas de los hombres.

En los alrededores de Sakkara se ha encontrado tal cantidad de momias de gatos, que los campesinos de la región los han aprovechado como abono durante muchos años. El historiador Diodoro, que vivió a principios de nuestra era, dice que "los egipcios amaban de tal forma a los gatos, que cuando iban de viaje, antes los llevaban con ellos que el equipaje más indispensable". Actualmente, en el país del Nilo, el gato es todavía sagrado. Este amor a los gatos proviene, quizás en parte, que estos animales mantienen a raya a los escorpiones y a las serpientes y cazan ratones y ratas. Otro animal que protegía de ratas y serpientes las casas era el gato-faraón, muy parecido a la marta y único animal que se atrevía a enfrentarse con el cocodrilo; por eso era tenido como sagrado.

El más importante de los innumerables animales sagrados de Egipto era el buey **Apis**, encarnación del dios Ptah; era negro con una mancha blanca y cuadrada sobre la frente; en el dorso llevaba la señal de un águila blanca con las alas desplegadas; en el flanco derecho, una mancha en forma de luna creciente, y bajo la lengua tenía una excrecencia con figura de escarabajo. Su templo más importante se hallaba en Menfis, en el santuario del dios Ptah, donde residía. La muerte del buey Apis constituía un duelo nacional para Egipto, duelo que perduraba hasta la aparición de otro Apis. El pueblo entero ayunaba y se abstenía de abluciones y de relaciones conyugales. El cadáver del buey era embalsamado y depositado con gran pompa en un hipogeo.

Cuando se encontraba otro buey Apis que presentaba las veintinueve características sagradas, en medio de grandes regocijos se le embarcaba en una góndola dorada y consagrada y se llevaba a Menfis. En todo Egipto, el duelo nacional cedía su lugar a los festejos.



Lobo cabrero y gato guardián de patos. Las fábulas y cuentos protagonizados por animales ya existían en la literatura egipcia; dan fe de ello un gran número de papiros.

Los monos babuinos eran también animales sagrados, y los egipcios antiguos los representaban siempre como los adoradores del Sol. Entre 1830 y 1840, un egiptólogo inglés descubrió en un barranco rocoso de la Ciudad de los Muertos, en las cercanías de Tebas, una tumba llena de monos momificados; en otra ocasión se volvió a explotar esta tumba y en ella se encontraron varias momias y algunos restos de esqueletos de monos. Davis descubrió otra tumba de monos en el Valle de los Reyes conteniendo cinco momias, una al lado de otra, muy bien conservadas.

Los animales sagrados

En ciertas regiones se consideraban también sagrados otros animales tan poco atractivos como las serpientes y los cocodrilos. Probablemente fue el miedo lo que hizo que los egipcios reverenciaran al cocodrilo, el terrible Leviatán que se cita en el libro de Job.

La fértil Fayum era un lugar consagrado al culto al cocodrilo, y allí se levantan las ruinas de Cocodrilópolis (Ciudad del cocodrilo), en donde se adoraba a Sobek, el dios de las aguas con cabeza de cocodrilo. Durante la XII dinastía, Sobek ya tenía allí su templo, muy cerca del lago Meris, en donde vivían los cocodrilos que le estaban consagrados, y cuyas ruinas urbanas son las más importantes de Egipto.

En varias regiones se han descubierto enormes, tumbas destinadas a estos reptiles. En la célebre Gruta de los Cocodrilos, a poca distancia de El-Amarna, se han encontrado millares de momias de cocodrilos.

Para los antiguos egipcios, ser devorado por un cocodrilo sagrado era la forma más envidiable de perder la vida. Al que era muerto por las mandíbulas del reptil, se le llamaba con cierta envidia "el hijo querido del dios". A menudo, algunos de estos monstruos atacaba a los niños que transitaban o jugaban por la orilla, y las madres de estas criaturas se sentían más que dichosas, "porque habían sido considerados dignos de servir de alimento al dios"[32].

Quien mataba a un animal sagrado, voluntariamente y con conocimiento de causa, debía pagar el crimen con su vida. Si la víctima era un gato o un ibis, el culpable también debía morir, aunque le hubiera matado involuntariamente. El historiador griego Diodoro da un terrible ejemplo del fanatismo con que el pueblo protegía a los gatos sagrados y en ocasiones les vengaba. A un romano que causó la muerte de un gato sin darse cuenta, el vecindario del lugar se amotinó, tomó por asalto la casa donde residía el "asesino" y lo apaleó hasta dejarlo sin vida[33].

El culto a los animales alcanzó su máximo esplendor durante y después del período saíta.

El erudito padre de la Iglesia, Clemente de Alejandría, hablando del culto a los animales entre los egipcios, se maravillaba de sus "templos espléndidos, en donde resplandecían el oro, la plata, el ámbar y las piedras preciosas de la India y de Etiopía. Pero cuando se penetraba en el interior del santuario y uno de los sacerdotes abría la cortina salmodiando un canto de alabanzas, el objeto de su piadoso respeto nos hacía sonreír, pues no se encontraba el dios que se esperaba encontrar, sino una serpiente, un gato, un cocodrilo o cualquier otro animal repugnante. De esta manera es como el dios de los egipcios se mostraba ante nuestros ojos: como un monstruo que se revuelca sobre tapices de púrpura".

Diodoro cuenta, también, de qué forma eran alimentados los animales sagrados: "...con los más finos manjares, con sabrosa repostería, con pasteles de miel, con pato cocido o asado". De vez en cuando, sus santidades pueden tomar un baño caliente y después "se les perfuma con los más delicados ungüentos y se quema incienso a su alrededor".

---

[32]Adornaban con collares de cristal de variados colores a los cocodrilos sagrados de los estanques de los templos, poniéndoselos en el cuello, como a las personas. En el antiguo Egipto se llegó a una gran perfección en la industria del cristal para objetos de uso corriente o de lujo. Los aderezos de cristal eran muy apreciados y su uso adquirió sentido de fastuosidad y de riqueza.

[33]Embalsamaban a los gatos y los enterraban en necrópolis o cementerio hechos a propósito y dedicados a ellos. Se han encontrado muchos de ellos en Sakkara, Zagarig y Beni-Hassán, donde se hallaron casi doscientos mil gatos embalsamados, cuyo peso ascendía a veinte toneladas. El sempiterno espíritu comercial supo hallar provecho del hallazgo: a fines del pasado siglo, dichos gatos fueron recogidos y llevados a Inglaterra, donde los huesos fueron subastados para fabricación de abonos químicos.

"Se da también mucha importancia —sigue el historiador griego— a la satisfacción de sus necesidades naturales. Para cada macho se reservaban varias hembras, las más hermosas de su raza, y se las llamaba las 'señoras del dios'."

Las pinturas murales nos muestran también el culto a los animales en los templos. Con frecuencia contemplamos a sacerdotes, de pie o de rodillas, que elevan plegarias a los animales. Algunas veces, incluso, se prosternan en el polvo, a los pies del animal divino.

La teología menfita

El culto a los animales era practicado, sobre todo, por el pueblo. Los teólogos egipcios no se preocupaban de ello; se interesaban más en la búsqueda de la causa primera de la vida, de la inteligencia ordenadora del universo. El monoteísmo de Eknatón se basaba en antiquísimas doctrinas. Como prueba, basta una copia de la *Teología menfita*, cuyo original data de comienzos del Imperio Antiguo. Allí encontramos una exposición de la génesis del mundo. En un principio, no existía más que la nada amorfa, líquida, sumida en las tinieblas. El dios creador Atum (que significa "el todo en él mismo") proyecta la vida en el universo, organiza los fenómenos físicos y concibe a las criaturas.

La *Teología menfita* habla del corazón y la lengua que presidieron la Creación, porque según los egipcios el corazón era el asiento del pensamiento. Diríamos de la inteligencia o el verbo.

"El corazón engendra los conceptos adecuados y la lengua anuncia el pensamiento del corazón. Así nacieron todos los dioses. En verdad, el orden divino se realiza porque el corazón piensa y la lengua ordena...

"La justicia fue concedida al que hacía lo que era deseado, y el castigo, a quien lo no deseado. Y la vida fue dada al que tenía la paz en él, y la muerte, al que tenía pecado. Así fueron creados toda actividad y todo oficio, la acción de los brazos, el movimiento de las piernas y la actividad de todas las partes del cuerpo, según las órdenes concebidas por el corazón y realizadas por la lengua, que da valor a todo."

Este notable texto adquiere toda su significación cuando se tiene en cuenta que la teología menfita precede en dos milenios a la civilización hebrea.

LOS CAMINOS DE LA SABIDURÍA

Pedagogía y escuelas egipcias

La literatura de los antiguos egipcios nos es todavía menos conocida que el arte. Y es natural. Citar la literatura es aludir al papiro, y una frágil hoja de papiro no resiste al tiempo de igual modo que una piedra.

Con todo, han llegado hasta nosotros textos egipcios suficientes para darnos una idea de la riqueza y variedad de esta literatura. Empecemos por lo elemental; es decir, por los textos escolares. Estos textos dan testimonio de una pedagogía muy tosca y hacen, casi enteramente, caso omiso del valor intrínseco de la cultura. Están llenos de amenazas y avisos a los escolares indóciles que "huyen de la escuela como potros salvajes y arrojan los libros a las ortigas para ser soldados o campesinos o, en el mejor de los casos, triste es tener que decirlo, para correr en pos de cualquier placer". "Van de un lugar a otro, atraídos por el olor de la bebida, y trabajan en su propia ruina."

"Frecuentan las tabernas y allí se quedan a jugar y a cantar, en vez de estudiar los sublimes poemas históricos y religiosos de sus antepasados."

Unas veces el pedagogo amenaza a los díscolos con el látigo de piel de hipopótamo; otras, en cambio, estimula con relatos modélicos. "Cuando yo era pequeño como tú, escolar como tú, tenía que estar con las manos atadas durante tres meses; eso me disciplinó los miembros. Cuando me quitaron las ligaduras, lo hice todo mucho mejor que antes. Llegué a ser el primero de mis compañeros, el mejor en la lectura y en la escritura."

¿Qué meta se proponían las escuelas? Sencillamente, educar al alumno, para hacer de él un escriba;,o sea, un funcionario. Por otra parte, la situación estable y segura del escriba era el ideal de los egipcios cultos.

Una aspiración: la de ser escriba

Desde la más remota Antigüedad sentían verdadera veneración por el saber, no por puro saber, sino porque él escriba, hombre instruido, ejercía autoridad sobre las demás clases sociales y tenía la anhelada posibilidad de ocupar una función del Estado, mientras que los demás tenían que trabajar con el sudor de su frente. "El pobre hombre ignorante, cuyo nombre nadie conoce, es como el asno abrumado por la carga y guiado por el escriba", dice un proverbio del antiguo Egipto. "El sabio instruido está repleto gracias a su saber. ¡Qué feliz es su vida, comparada con la del campesino! Mirad y ved lo que sucede al que tiene que vivir de la tierra: el gorgojo destruye la mitad de la cosecha, y el hipopótamo, la otra mitad. Los campos están llenos de ratones, las langostas invaden la tierra, los gorriones comen los granos. ¡Pobre campesino! Y luego llega el escriba para cobrar el impuesto. Sus acompañantes van provistos de palos. 'Dadnos el grano', dicen. Y si no hay grano, apalean al campesino y lo meten en prisión. Su mujer y sus hijos también son encarcelados en su presencia."

Un manual escolar hace igualmente una descripción espantosa de la vida del soldado y la compara con la del escriba. El militar recibe palizas desde su juventud: "Se le arroja al suelo y se le golpea como a las hojas de papiro. ¡Y luego las campañas del desierto y de las montañas! Tiene que llevar el pan y el agua sobre su espalda, como si fuera un burro. Sólo bebe agua hedionda. Y frente al enemigo es como un pájaro en el lazo. Cuando vuelve a casa, se parece al árbol roído por la carcoma. Es un enfermo y tiene que guardar cama. Le han robado sus vestidos y han huido sus servidores".

Para alcanzar la envidiable situación del escriba, el muchacho tiene que conseguir primero la estimación de sus superiores. Es el *leit motiv* de casi todas las "doctrinas de sabiduría" enseñadas en la escuela. Pero en los manuales también hay otros textos de mayor elevación moral y que sobrepasan con mucho esta sabiduría escolar. Según la antigua literatura, el dominio de sí mismo era una cualidad muy estimada en Egipto. Desde los tiempos más lejanos, el tacto y la delicadeza, aun con los ingratos, eran considerados como un deber.

Las "doctrinas de la sabiduría"

Una de las primeras obras de la literatura egipcia es una "doctrina de la sabiduría" que se supone escrita por un ministro del último rey de la III dinastía. Sin embargo, la obra no es tan antigua, aunque sí de edad respetable.

Este sabio estima, sobre todo, la sabiduría práctica. "Hay que guardar el sentido de la medida —dice—. Eso no impide beber hasta la embriaguez y sentarse con el juerguista si se sabe moderar, pues no debemos chocar con las gentes que no comparten nuestras ideas. Hay que saber contener la lengua ante quienes son incapaces de guardar un secreto. No hay que ser presuntuoso, pues ningún hombre sabe lo que el destino le tiene reservado." Y termina diciendo que el muchacho que siga sus consejos hará una brillante carrera. He ahí la "sabiduría" de este tiempo, que no llega más allá de las contingencias prácticas y la manera de conseguir amigos.

Veamos ahora lo que escribe otro sabio del Imperio Antiguo, ministro de la V dinastía, que se llamaba Tahotep: "Cuando seas invitado a comer a casa de un hombre que es tu superior, toma lo que te ofrece. No fijes la mirada en los platos que tu huésped tiene ante sí; ocúpate de lo que hay ante ti". Por lo leído, de no comportarse así, el anfitrión podía ofenderse.

"No levantes la vista del suelo hasta que tu huésped se digne saludarte y no hables más que cuando te dirija la palabra. Ríe cuando él ría; eso agradará a su corazón y apreciará tu comportamiento. Si quieres conservar la amistad de la familia que te recibe, no te acerques a las mujeres de la casa. Las mujeres han sido la perdición de miles de hombres. Sus bellos cuerpos hechizan, pero después de un corto instante de felicidad, pierden su atractivo: ¡Un momento de placer y, luego, la muerte como remate de todo!

"Citando alcances una vida desahogada, cásate y ama a tu mujer más que al mundo entero. Dale alimento en abundancia y bonitos vestidos, que son remedio para su cuerpo. Úntala con perfumes embalsamados y hazla feliz basta la muerte. La mujer es un buen campo para su dueño, pero hay que saberlo cultivar.

"Si llegas a ser rico y poderoso, después de haber sido pobre e insignificante, ¡no olvides el pasado! No fíes en tus tesoros, que son un don del cielo. Puede sucederte lo mismo que a otros, que de ricos se volvieron pobres; tú no eres de mejor material que ellos."

El libro sapiencial de Amenemope

De interés especial es otra doctrina acerca de la sabiduría, que data probablemente del siglo XX antes de Cristo, o de época algo posterior. Nos referimos a uno de los monumentos más notables de la cultura egipcia. La obra, conservada en el British Museum desde 1888 y publicada en 1925, fue extraordinariamente difícil de traducir, debido a que sólo se poseía una mala transcripción del texto original.

El autor, Amenemope, era un funcionario de posición relativamente elevada, que tenía el título de "escriba real del trigo". Eso nos indica que los impuestos del trigo se percibían en especie, que existían por doquier silos que pertenecían al Estado y que un cuerpo de funcionarios estaba encargado de abastecer esos almacenes.

Amenemope escribió el libro para "su hijo, el benjamín de todos". Le da normas muy útiles para sus futuras relaciones sociales y lecciones de moral para que el niño pueda escapar del mal y vivir feliz en esta tierra. Le recomienda, sobre todo, modestia y delicadeza. "¡Tiende la mano al hombre que te pida y, si queda desamparado de la mano del dios, aliméntale con tu pan! Agradarás al dios si reflexionas antes de hablar a un hombre encolerizado. Manténte, pues, en calma ante tus adversarios e inclínate ante el que te ofenda. ¡Deja transcurrir una noche antes de hablarle! Lo contrario es parecido a la borrasca y arde como el fuego en la paja.

"¡No te vengues del que te odia! ¡Ten en cuenta los designios de Dios! Arrójate en los brazos de Dios y abatirás al enemigo con tu humildad y tu dulzura.

"¡No codicies los bienes ajenos, antes sé justo en todo lo que emprendas! Dios concede el sentido de justicia a los que ama.

"Pórtate bien cuando cobres los impuestos y no emplees medidas falsas al pesar el trigo; así podrás dormir en paz y sentirte feliz al día siguiente. Tampoco te dejes engañar por el campesino ni manejar a capricho la lista de impuestos cuando quiera trampear su contribución.

"No traspases el límite cuando midas un campo, ni toques el linde de un campo que pertenezca a una viuda. El culpable de tal acto se hace acreedor al título de opresor de los débiles. Su granero debe ser destruido; sus bienes, arrebatados a sus hijos y dados a otros. No codicies el bien del pobre; no mates tu hambre con su pan. Los bienes del pobre son amargos al paladar. Un celemín de grano que el dios te dé, vale más que 5.000 celemines arrancados por la violencia. Ese trigo se pudre en el granero y no sacia jamás. Un trozo de pan para cada día y un corazón contento valen más que la riqueza y los remordimientos. ¡No corras, pues, tras la fortuna, ni te quejes de la pobreza! El navío del hombre ávido e insatisfecho es tragado por la tempestad, pero la barquichuela del hombre feliz goza de vientos favorables.

"¡Sé compasivo con los pobres y los extranjeros! Si no alejas al extranjero del aceite de tu alcuza, doblará su contenido varias veces. Si tienes una barca, exige el precio del pasaje al que puede pagar, pero no reclames nada al pobre. Dios prefiere al que honra a los pobres a aquel que lleva a las nubes a los poderosos de la Tierra.

"Ten toda clase de atenciones hacia tus semejantes: no te rías del ciego, no te burles del enano, ni hagas mal al paralítico. No hagas escarnio del hombre que está herido por el dedo del dios, ni seas grosero con él si, por casualidad, te lastima. El hombre está hecho de paja y de arcilla, y Dios es el arquitecto. Cada día destruye y construye, empobrece a miles de hombres, y en cambio eleva a otros para que reinen sobre sus semejantes. ¡Sé, pues, humilde! El que dobla el espinazo, no se rompe los riñones."

El padre alaba la honradez: "No te ensalces delante de otro hombre. Dios siente horror a ello. No separes tu corazón de su lengua y todos tus proyectos saldrán bien, tendrán buena reputación ante tu prójimo y Dios te protegerá con su mano. Dios odia al hipócrita; nada le desagrada tanto como el hombre de dos caras. ¡No dejes que los demás lean en tu corazón lo que ellos quieran, no abandones tu dignidad! ¡No seas amigo del charlatán! El hombre que guarda un secreto en el corazón es más grande que quien lo cuenta por doquier y crea el malestar".

El antiguo sabio tiene una concepción muy egipcia acerca de las relaciones entre superior y subordinado: "¡Deja a tu superior que te golpee y guarda tu mano en tus rodillas; déjale insultarte sin responder una sola palabra! Cuando al día siguiente aparezcas ante él, te dará pan con mano generosa".

En ciertos aspectos, Amenemope recuerda a sus predecesores. Pero en los antiguos falta casi por completo esa trastienda religiosa que es la base de los consejos de Amenemope. El sabio no cesa de poner de manifiesto la voluntad de Dios y, lo que es más importante, no habla de un dios particular, sino del dios en general, de un ser infinito y moral de que se siente depender y hacia quien se cree responsable.

NARRATIVA Y LEYENDA

La literatura más antigua del mundo

Los egipcios todavía disponen de un tesoro de viejas leyendas que no se cansan de escuchar de sus narradores, leyendas que tienen mucha analogía con los célebres cuentos de *Las mil y una noches*. Pudiera creerse que los egipcios deben sus narraciones a los árabes que conquistaron el país, pero no es así. Dicha literatura se encuentra ya en sus antepasados.

El antiguo Egipto debió contar con una copiosa literatura, y los numerosos textos contenidos en papitos o grabados en piedra que han llegado a nosotros parecen confirmarlo. El historiador griego Diodoro de Sicilia alude a las bibliotecas de Menfis y de Tebas, rebosantes de papiros; y en tiempos de Julio César existía otra riquísima biblioteca en Alejandría, cuya tradición bibliográfica se mantuvo varios siglos después de la era cristiana. Se sabe que en el Imperio antiguo existía el cargo de "gobernador de la casa de los libros" y algunos arqueólogos han supuesto que se edificaron locales con salas de lectura. Platón alude también a unos himnos en honor de la diosa Isis, los textos de carácter religioso son numerosos y se han hallado fragmentos pertenecientes a diversos géneros literarios, poesía épica y lírica, sátiras, dramas religiosos, novelas y narraciones populares.

Durante el Imperio Antiguo, las composiciones ofrecen un carácter litúrgico o religioso, aunque no falten otras de lírica popular, como cantos de pastores y canciones de banquetes. Durante las dinastías IX y X, período de transición y de decadencia, predomina una literatura de carácter filosófico —*Meditaciones de un sacerdote de Heliópolis*— y pesimista, que se prolonga hasta comienzos del Imperio medio —*Diálogo del hombre cansado de la vida con su espíritu*, obra que recuerda el bíblico *Libro de Job*—. Es una época de depresión moral en que se habla de violencias y de miseria, del triunfo de la injusticia, de las vejaciones a que están sometidos los justos, que sólo esperan consuelo en la muerte, y de la impiedad que se generaliza. Se intuye una revolución social como trasfondo: el trastorno de jerarquías y valores humanos, la ruina de los nobles y el enriquecimiento de muchos plebeyos que ostentan con insolencia sus riquezas, a menudo mal adquiridas.

Con todo, el Imperio Medio fue la época de mayor florecimiento literario del antiguo Egipto. El idioma había llegado a un grado de madurez para el cultivo literario elegante, y apto para expresar con belleza toda clase de ideas y sentimientos. El estilo era cuidado y llegaba incluso a lo rebuscado y retórico. La expansión de la cultura a casi todas las clases sociales durante el período de florecimiento de la monarquía tebana dejó profunda huella en el país. Destaca entre otras obras narrativas la relación de las *Aventuras de Sinuhé*, príncipe egipcio que huyó de la corte por haberse enemistado con el rey y que se refugió entre los semitas de Siria, donde fue muy bien acogido, hasta que sintió la añoranza de su patria y regresó a ella. La poesía era también muy cultivada y se encuentran ejemplos notables de lírica amorosa, que expresa gran delicadeza de sentimientos y el papel importante desempeñado por la mujer en la sociedad egipcia. A la misma época pertenece *La canción del arpista*, que, en un festín, ensalza los placeres de la vida, en contraste con la incertidumbre del más allá.

El cultivo de la poesía se mantuvo con extraordinario vigor y brillantez durante el Imperio Nuevo, con gran variedad de manifestaciones, preocupándose de la corrección y de la belleza del estilo. A partir del reinado de Eknatón, y probablemente como consecuencia del movimiento ideológico que repercute en la religión, en el arte y en todos los órdenes de la vida, la inspiración se movió con amplitud, sin sujetarse a reglas

fijas y con pleno dominio del lenguaje y de los recursos literarios, produciendo composiciones rebosantes de bellas y poéticas imágenes, orientaciones que perdurarían posteriormente. Son notables los conocidos himnos religiosos de Tell el-Amarna —*Himnos a Atón*—, debidos muchos de ellos al propio faraón Eknatón, con acentos conmovedores e inspirados. Abundan también las composiciones panegíricas dedicadas a los soberanos, entre ellas *La coronación de Hatsepsut*, y el *Poema de Pentaur* —dinastía XIX—, dedicado a cantar las hazañas de Ramsés II en la batalla de Kadesh (1288 a. de C.), cuando, ante la desbandada de sus tropas que le abandonaron en cobarde fuga y le dejaron solo con Manna, su fiel escudero y dos oficiales, el faraón impetró el favor del dios Amón y obtuvo por mediación divina una gran victoria sobre sus enemigos, los hititas.

La narrativa egipcia es interesantísima y refleja el eco de antiguas leyendas: cabe citar aquí las de *El náufrago y la serpiente*, *La historia del príncipe predestinado* y *Los siete años de hambre*, que, entre otras muchas, podrían constituir una de las más curiosas antologías de la historia literaria.

El náufrago y la serpiente

Este cuento, una de las más antiguas leyendas egipcias, tuvo en otro tiempo tanto éxito entre la juventud como en tiempos posteriores la historia de Simbad el Marino. El propio héroe cuenta cómo partió en un gran navío hacia el país donde se hallaban las minas de cobre del faraón. "La tripulación —dice— se componía de ciento veinte marineros de Egipto, escogidos entre los mejores. Ni el león tenía un corazón tan valiente como el de estos marinos." Pero se levantó una furiosa tempestad, zozobró el navío y sólo quedó superviviente nuestro narrador. Pudo agarrarse a una tabla, y después de pasar tres días a la deriva fue arrojado a una isla donde había gran cantidad de frutas exquisitas, con las que el náufrago pudo apaciguar su hambre. "Pero de pronto —cuenta— oí un sordo bramido, como el de una ola gigante. Los árboles se inclinaron hasta el suelo, la tierra empezó a temblar y yo tuve tanto miedo que me cubrí la cabeza con las manos. Cuando eché una mirada en torno mío, vi una serpiente enorme que venía hacia mí. Su cuerpo brillaba como oro puesto al sol."

La serpiente asió al náufrago con la boca y lo llevó a su cueva sin hacerle ningún daño. Le habló amistosamente y dijo que debía permanecer cuatro meses en la isla, pues tal era el designio de los dioses. Si se resignaba paciente a su destino durante estos cuatro meses, vendría un navío de Egipto y volvería junto a su mujer y sus hijos.

Ante estas palabras, el marino se puso tan contento que prometió a la serpiente pedir al faraón que mandara a la isla un navío cargado con todos los tesoros de Egipto. La serpiente se echó a reír y le contestó: "No pueden darme nada de lo que deseo, pues soy el rey del Punt. Todos los odoríferos tesoros de este país son míos. Además, esta isla será tragada por el mar tan pronto la hayas abandonado".

Transcurridos los cuatro meses, como se le había anunciado, llegó a la isla un navío de Egipto. La amable serpiente se despidió del marino, le deseó un buen viaje y le ofreció un cargamento de mirra, aceite perfumado, canela, marfil, pieles, galgos, monos y muchos otros tesoros. Y el marino regresó a Egipto sin contratiempo.

La historia del príncipe predestinado a la muerte

Este relato es posterior al precedente, de hacia 1500 antes de Cristo. Se trata del maravilloso país de Mesopotamia, que los egipcios comenzaron a conocer en esta época gracias a las expediciones de Tutmosis III. Mesopotamia llegó a ser un país de leyenda, como lo fue la India para los hombres del siglo XVI. La historia del príncipe condenado se entronca, como veremos, con varias de nuestras leyendas populares. ¡Qué largo camino han tenido que recorrer antes de llegar a nuestro Occidente! He aquí el relato.

Había una vez en Egipto un rey que no tenía hijos y rogó entristecido a los dioses que le concedieran alguno. Al cabo de algún tiempo, éstos atendieron su ruego; luego enviaron tres hadas que contemplando al niño en la cuna decidieron su destino: "Morirá víctima de un cocodrilo, de una serpiente o de un perro".

Cuando el rey oyó la predicción, sintió temor por su hijo y decidió llevarlo a un lugar donde no pudiera sucederle nada de lo predicho. Hizo construir para ello una fortaleza en pleno desierto y encargó a algunos servidores de confianza que cuidaran que el príncipe no abandonara el castillo; así fue creciendo con toda normalidad y seguridad en el desierto.

Pero un día, el joven divisó a un hombre seguido de un galgo y preguntó a uno de los servidores: "¿Qué animal es ese que corre por el camino detrás del hombre?" "Es un galgo", respondió el servidor. El muchacho dijo entonces: "Haz de manera que yo pueda tener uno". El servidor acudió al rey y le expuso el deseo del príncipe. El monarca le respondió: "Busca un perrillo y llévaselo a mi hijo, para que su corazón no entristezca de pena". Y el príncipe recibió un cachorrillo, que fue creciendo a su vera.

Pero cuando el muchacho alcanzó su mayoría de edad, se cansó de vivir encerrado en su maravillosa mansión y mandó un mensajero con esta misiva dirigida a su padre: "¿Por qué me encierras aquí? Mi destino está ya señalado por las hadas. ¡Déjame, al menos, gozar un poco de la vida! ¡Los dioses obran como bien les place!" El rey accedió al deseo de su hijo, le dio un caballo, un carro y toda clase de armas y le dijo: "¡Ve adonde quieras!"

El príncipe se dirigió primeramente hacia la frontera oriental del imperio y de allí, a través del desierto, hacia el norte, seguido siempre de su fiel can. Por fin, llegó a Mesopotamia.

El soberano que reinaba en el país tenía una hija única de radiante belleza, para la que había mandado construir un palacio sobre una roca escarpada, a una altura de cincuenta metros. Después había convocado a todos los príncipes de Siria y les había hablado así: "Quien sea capaz de llegar hasta la ventana de mi hija, la recibirá en matrimonio". Todos los príncipes habían levantado sus tiendas de campaña en los alrededores del castillo de la bella princesa, intentando escalar hasta la ventana. Pero ninguno pudo llegar hasta allí: la roca era demasiado alta y escarpada. Un día, mientras intentaban probar fortuna como de ordinario, llegó allí nuestro príncipe de Egipto, caballero en su corcel y seguido de su fiel perro. Los príncipes saludaron al apuesto doncel y le preguntaron de dónde venía. Como no quería ser descubierto, respondió: "Soy el hijo de un oficial egipcio. Mi madre ha muerto y mi padre se ha vuelto a casar. Mi madrastra me odia y me ha obligado a abandonar la casa".

Los príncipes le invitaron a quedarse con ellos y le contaron por qué intentaban escalar la roca. Al oír estas palabras, el extranjero quiso probar fortuna y, ¡oh, maravilla!, llegó hasta la ventana de la princesa, que al verle quedó tan enamorada del apuesto joven, que le abrazó y le colmó de besos.

La incompleta historia del príncipe

A1 saber el rey que uno de los jóvenes había conseguido superar la prueba, inquirió ante todo de qué príncipe se trataba. El mensajero respondió: "El vencedor no es un príncipe, sino el hijo de un oficial egipcio a quien su madrastra ha expulsado de la casa paterna". El rey exclamó indignado entonces: "¡Cómo voy a dar mi hija a un fugitivo egipcio! ¡Devolvedle a su país!" Pero cuando los mensajeros quisieron obligar al joven a marcharse, la princesa se abrazó a él sollozando: "¡Por Ra-Harakte! Si me lo quitáis, no comeré ni beberé nunca más. Me dejaré morir".

A1 enterarse de ello, el soberano ordenó a sus soldados que ejecutasen al joven en presencia de la princesa. Pero ella exclamó decidida:

"Si le matáis, me mataré yo también antes que se ponga el sol. No quiero sobrevivirle". En vista de ello, el rey se vio obligado a otorgar su consentimiento para el matrimonio. El príncipe de Egipto se desposó con la bella princesa y el padre de ésta ofreció a la pareja un palacio, esclavos, tierras y otros muchos obsequios.

Después de la boda, el príncipe reveló el secreto de su vida a su joven esposa: "Estoy sentenciado a morir víctima de un cocodrilo, una serpiente o un perro". "Entonces —replicó la princesa—, ¿por qué conservas siempre contigo a tu perro? ¡Mátale!" "No —respondió el príncipe—, no quiero matar al fiel perro que me regaló mi padre cuando era todavía un cachorrillo." Pero desde aquel día la princesa sufrió constantemente por su marido y no le abandonaba un solo momento.

Pasado algún tiempo, regresó a Egipto con su joven esposa. El perro del príncipe les acompañaba. Una tarde en que el príncipe quedó dormido, una enorme serpiente entró en su habitación con ánimos de atacarle, pero la esposa despertó y ordenó a sus servidores que trajeran una vasija llena de leche para el reptil; bebió tanta, que al cabo ya no pudo moverse y la princesa la mató con un puñal. En seguida despertó a su marido, que se admiró al ver el cadáver de la serpiente junto a él. Su enamorada esposa exclamaba: "Los dioses te han hecho más fuerte que uno de sus decretos de muerte, y del mismo modo ocurrirá con los otros".

La princesa ensalzó las divinidades y les ofreció presentes.

En otra ocasión, el príncipe paseaba por sus tierras con su fiel perro. De repente, éste sorprendió unas piezas de caza y se lanzó en su persecución, seguido del príncipe. Corriendo, llegaron hasta las orillas del Nilo, donde un enorme cocodrilo devoró al príncipe mientras una voz resonaba: "Yo soy el destino fatal que te persigue..."

El papiro no dice más, por lo que nunca sabremos de qué modo escapó el príncipe a su trágico destino, pues es indudable que el relato tiene un desenlace feliz.

Siete años de hambre

Esta leyenda aparece grabada en jeroglíficos sobre un bloque de granito en la pequeña isla de Sehail, situada junto a la primera catarata y célebre por sus centenares de inscripciones rupestres. Se trata de una inscripción que data de la época tolemaica, aunque es posible que la leyenda, en su forma original, sea todavía más antigua. Los sucesos que en ella se desarrollan debieron producirse en tiempos de las primeras dinastías, hacia el año 3000 antes de Cristo, y recuerda en cierto modo los años de hambre que afligieron a Egipto en la época de José, hijo de Jacob.

Esta catástrofe de carácter nacional se debió a que las aguas del Nilo estuvieron siete años sin salirse de su cauce. El faraón remitió al gobernador de Nubia, que residía

en la isla Elefantina, un mensaje en que se hace referencia a la terrible plaga: "Mi corazón está triste; pues el grano falta; no hay legumbres y todos los artículos necesarios para la alimentación de los hombres se han agotado. Todo el mundo roba a su vecino: las gentes tratan de huir, de emigrar, pero ni siquiera tienen ya fuerzas para moverse. El niño llora de hambre, el adolescente se arrastra miserablemente y los ancianos están abrumados por la desesperación. Sus piernas no pueden sostenerlos, caen agotados, y en su dolor se oprimen los hinchados vientres. El hambre hace de los funcionarios unos seres impotentes y ni siquiera son capaces de proporcionar consejos a nadie. Todo se precipita hacia la ruina. ¿Qué puedo hacer? Decidme: ¿Es que se han secado las fuentes del Nilo? ¿Qué divinidad cuida de ellas? Porque es siempre el Nilo el que llena las trojes de grano".

El gobernador acudió a entrevistarse con el rey y le ayudó a consultar los libros sagrados de los templos, en donde estaba escrito que el Nilo nacía entre dos grandes rocas de la isla Elefantina y que el dios protector del nacimiento de sus aguas se llamaba Khnum; los propios isleños le habían erigido un templo en donde recibía las ofrendas de quienes aspiraban a obtener sus favores. Apenas lo supo el faraón, se dirigió al templo de Khnum, ofreció presentes a la divinidad y elevó sus preces y oraciones. Khnum fue desde entonces propicio al faraón y se le apareció para manifestarle que había enviado aquella plaga de hambre porque descuidaban en demasía su culto.

"Desde ahora —añadió— voy a hacer que las aguas del Nilo crezcan y sean abundantes siempre. Saldrán de madre y cubrirán el país entero; las plantas, matorrales y árboles ofrecerán sus frutos y se multiplicarán mil veces. El pueblo quedará absolutamente saciado, y los graneros se llenarán de nuevo; el país de Egipto se dorará con las maduras cosechas y la tierra será fértil como nunca."

En agradecimiento por esta promesa, el faraón ofrendó muchas v extensas propiedades al templo de Khnum y obligó a todos los campesinos, pescadores y cazadores a pagar al santuario determinados impuestos en especies. Además, el faraón envió ricos presentes: oro, marfil, ébano, incienso y piedras preciosas, todo ello muy bien acogido, por supuesto, por parte de los sacerdotes del templo.

La poesía egipcia

De estilo completamente diferente al nuestro, se asemeja a las composiciones rítmicas de los hebreos, al paralelismo métrico tan característico de los Salmos de David y del Cantar de los Cantares, de Salomón. Desde la época del Imperio Medio, la poesía empezó a amoldarse a una técnica peculiar, conservándose un papiro de la época de Ramsés II, que ofrece, a tal respecto, una importancia capital, la que se refiere precisamente a una discusión literaria relativa a términos técnicos y a expresiones del lenguaje, similar a las que todavía preocupan hoy a nuestros críticos. Se trata de una crítica a un mal poema que hace un maestro de esta noble arte poética: "El poema está sobrecargado de frases pomposa... Las descripciones del lugar de la acción no son auténticas y en seguida se percata uno que el autor ni siquiera ha puesto los pies allí". Y resume su crítica con estas palabras: "Este escritor no comprende el arte de la poesía; presume de talento, pero sus pensamientos son mezquinos y el poema da una clara impresión de falsedad. La obra está llena de errores".

La más antigua poesía egipcia que conocemos es un cántico al trabajo que fue canturreado por los pastores, portadores de parihuelas y remeros. Todavía hoy, cuando el campesino conduce sus bueyes o realiza otro trabajo ligero, entona las mismas

monótonas melopeas que se cantaban hace cinco mil años con ese melancólico y gangoso son tan característico de los pueblos de Oriente.

Estos antiquísimos cantos al trabajo los hallamos en las tumbas, en donde fueron grabados para explicar los textos. He aquí lo que se lee bajo la figura de un labrador:

¡Un día encantador!
El aire es fresco y los bueyes trabajan.
El cielo ostenta un maravilloso color azul.
Trabajemos para el soberano.

Y durante la siega, el campesino egipcio canta a sus bueyes:

Arre, arre,
queridos bueyes; arre una vez más,
pisad la mies.
¡Cread el alimento y el pan de vuestro dueño!
¡No deis lugar al reposo, aprovechad el fresco de hoy!

El canto de los cargadores tiene un ritmo más pesado. Echando en sus hombros los sacos de trigo y cargando los barcos, se acompañan con este canto:

¿Acaso llevaremos todo el día
el dorado trigo y la blanca espelta?
Hasta el borde están llenos los navíos
y el grano se derrama sobre el muelle.
Y, sin embargo, todavía se nos manda trabajar.
En verdad, es de acero nuestro ánimo.

Estas modestas piezas están compuestas para ser cantadas al ritmo del trabajo. Sólo indicadas por escrito, pierden gran parte de su encanto.

La colección más importante de poemas egipcios se conserva en el British Museum, en un papiro que data probablemente del siglo XIII A. J. Muchas de las piezas consignadas son anteriores a esta fecha. En general, se trata de cantos de amor. El enamorado compara al ser amado a las más bellas flores y expresa el tormento que le causa su ausencia. El texto parece un poco simple; quizás el efecto dependiera de la voz del cantante, sobre todo, y de su habilidad en acompañarse con el arpa.

Los poemas adolecen de escasa espiritualidad. El autor se muestra en ellos más bien realista y ofrece a veces expresiones muy plásticas. En un poema de amor, dice la doncella al muchacho:

¡Oh, amado mío! me gusta ir al estanque,
bañarme ante tus ojos, mostrarte mi belleza,
mientras mi ropa de lino finísimo, de lino propio de reina,
se moja y modela las formas de mi cuerpo.
Me siento feliz en el agua junto a ti;
me gusta jugar a tu lado y enseñarte un pececillo rojo
cogido por mi mano.
¡Ven, mírame!

Entonces, el joven amante suspira:

¡Ah, quién fuera su dueña
para estar siempre a su lado!
¡Entonces podría contemplar el color de su cuerpo!

Los poemas eróticos rebosan, a menudo, de ardorosa pasión.

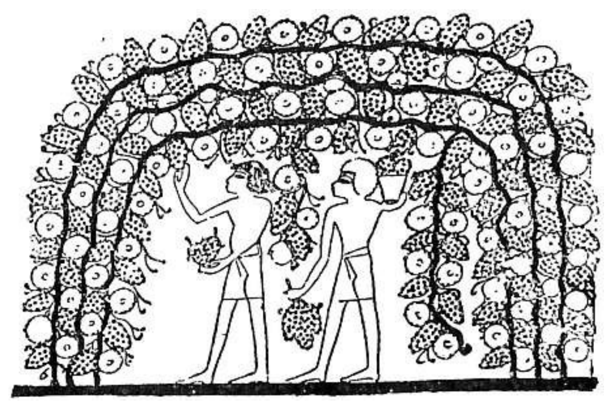
¡Quién pudiera correr hacia tu lado
como corre un corcel del faraón,
caballo entre caballos corredores,
escogido en las cuadras del señor!
Tan pronto como restalla el duro látigo,
galopa sin parar,
sin que nadie pueda detenerlo.
¡El alma de la amada,
como un cielo que ofrece su dulzor!

En muchas ocasiones, la poesía es de carácter moralizador.

No comas pan,
cuando a aquel que padece hambre
no le has ofrecido pan.
Uno es rico, otro pobre;
el hombre, que un año antes nadaba en riquezas,
ahora es mozo de mulas.
El curso del río del año anterior
ahora corre bajo otro puente.
Mares inmensos se convierten en áridos desiertos
y bancos de arena se hunden en los abismos.

El hedonismo en el cancionero egipcio

Los súbditos de los faraones pasaban la vida preparándose para el bien morir y consagraban parte de su tiempo a las tumbas y a las momias; se diría que era un pueblo con humor sombrío y melancólico. No obstante, los egipcios, como la mayor parte de los pueblos que viven en las orillas soleadas del Mediterráneo, eran alegres y despreocupados; coreaban graciosas canciones y les complacía referir chispeantes anécdotas.



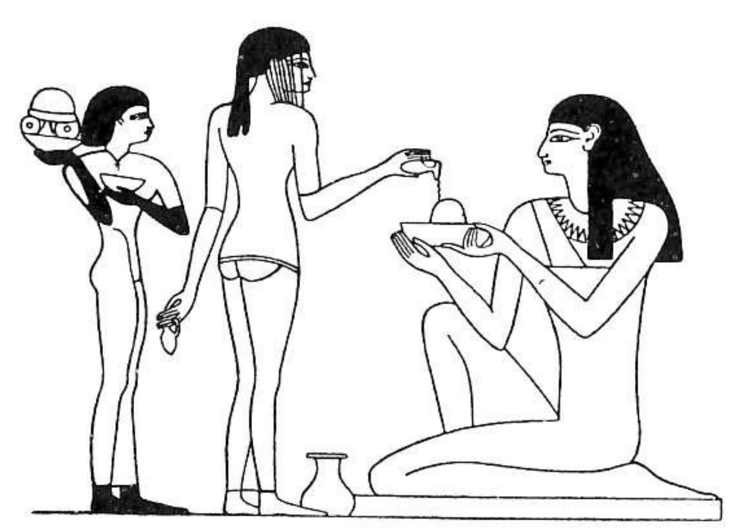
Una escena de vendimia

La alegría del vivir se manifiesta igualmente en sus canciones sobre la bebida, y las conciben siempre como un homenaje al dios del vino. Y si hoy no existe un solo adorador del dios Baco en Egipto, ello es debido al fanatismo religioso, pues Mahoma prohibió terminantemente a sus fieles catar el jugo de la vid. Pero antes de la conquista árabe, Egipto producía y consumía mucho vino. Las viñas de Fayum eran muy celebradas. Se organizaban concursos de bebida y se cantaban, con acompañamiento de arpa, letrillas que exaltaban el gozo de vivir. No obstante, incluso en estas ocasiones rondaba siempre la idea de la muerte:

¡Regocíjate y cumple los deseos de tu corazón tanto tiempo
como vivas!
Úngete la cabeza de mirra, ponte ricos vestidos de lienzo.
¡No te tortures el corazón antes que llegue el día de los
llantos fúnebres!
Osiris no escucha los lamentos llorosos; ni las lamentaciones
sacan a nadie de la tumba.
¡Aprovecha, pues, lo alegría del momento
y no te canses de gozar!
Nadie podrá llevar lo que ama
ni los que se van regresan de nuevo a la Tierra.

Semejantes expresiones las encontramos también en la tumba de un sacerdote, en la necrópolis de Tebas. "¡Vive este día con regocijo, Neferhotep, excelente sacerdote de manos inmaculadas! —se lee en la inscripción mural—. ¡Mezcla el bálsamo y el fino aceite y corona con flores de loto a tu amada, sentada junto a ti! ¡La música y los cantos acaricien vuestros oídos! Aparta todo sombrío pensamiento y no pienses más que en la alegría del vivir hasta el día en que seas llevado al país donde reina el silencio eterno." Neferhotep, por lo visto, no creía en el paraíso.

Inscripciones como ésta recuerdan otras exhortaciones semejantes: "Vístete con ropajes blancos y úngete siempre con perfumes la cabeza. Goza de la vida con la mujer que has elegido mientras te dure la fugitiva y vana existencia que los dioses te conceden bajo el sol: ahí está la parte de tu vida, el precio del trabajo cotidiano al cual te dedicas".



Sirvientas ofreciendo vino y alimentos a su dueña.

EN EL ÁMBITO DE LAS CIENCIAS PURAS

Las ciencias en el antiguo Egipto

Las necesidades de la vida hicieron posible el nacimiento de las ciencias. Para abrir canales, darles la inclinación debida y regular el agua, era preciso medir el terreno, levantar diques y realizar actividades que tenían que basarse en la matemática. Los habitantes del país del Nilo sentían, además, la necesidad de un calendario para determinar los períodos de crecida y prever las inundaciones; y este calendario no se podía elaborar sin tener nociones previas de astronomía. Los antiguos egipcios también conocían muchas enfermedades que era necesario curar, y así nació la ciencia médica, basada en conocimientos anatómicos, muy avanzados para la época, y que habían adquirido embalsamando a los muertos.

En el campo de las ciencias físicas, los egipcios se limitaron a la práctica y conocimiento de cuanto bastaba para cubrir sus necesidades inmediatas, y así no abordaron de modo decisivo los problemas de la mecánica, como lo demuestra su simple y primitivo sistema de planos inclinados para la elevación de materiales; un progreso en esta técnica les hubiera reportado suma utilidad para sus inmensas construcciones. En cambio, desde muy pronto se dedicaron a la metalurgia, empezando a usar el metal para la elaboración de armas y herramientas, empleándose más el bronce que el cobre, dominando la técnica de la fusión en hueco, e importando quizás de la India el estaño que necesitaban.

Gracias a las operaciones de momificación de los cadáveres, conocieron los rudimentos de la química, y aun se ha dicho que esta palabra procede de *chemi* (tierra negra), nombre que se dio a Egipto durante algún tiempo, pudiendo ser considerados los egipcios como los iniciadores de la alquimia. Conocían la mineralogía y trabajaban el granito, el basalto v el alabastro con suma habilidad. En el imperio Antiguo va elaboraban el vidrio, industria que fue perfeccionada durante el Imperio Medio, período en el que desarrollaron extraordinariamente la industria de las perlas de vidrio y una especie de porcelana hecha a base de caliza y pasta vítrea coloreada y

pintada en tonos diversos, en especial negro y azul. Obtuvieron el esmalte sobre cuarzo con una materia colorante, al fuego, y lo aplicaron a la piedra y sobre todo a la lora.

Con referencia a los conocimientos científicos de los egipcios, observa Fred Dietrich: "Aislado el Egipto antiguo del resto del mundo por los dos mares y por el desierto de Sahara, y prohibido a los extranjeros el acceso a su suelo, nos ofrece el conjunto de una civilización conservada por espacio de millares de años, genuinamente exclusiva, autóctona y sin posible influencia de ninguna otra. Resulta, pues, asombroso cómo en tales condiciones pudieron aquellas gentes realizar, hace más de cinco mil años, obras que presuponen la necesidad de ciertos conocimientos científicos. La construcción de los grandes canales y lagos artificiales exigía el conocimiento de la geometría y de la agrimensura; la erección de las grandes pirámides obligaba al conocimiento de la escuadra, del nivel y de la regla, y la perfección con que orientaban sus monumentos hace suponer que dominaban los elementos de la astronomía".

Desarrollo de la matemática

Ha habido épocas en que se han exagerado hasta las nubes los conocimientos en matemática de los antiguos egipcios. Heródoto es el culpable de esta superestimación. Las operaciones grabadas en los monumentos o escritas sobre papiro nos han movido a considerar que sus conocimientos y su habilidad en matemática eran bastante mediocres.

En matemática, los antiguos egipcios no llegaron mucho más allá de contar con los dedos, pues no conocían más que la adición y la sustracción. Lo sabemos por un papiro de la época de los hicsos, especie de manual de aritmética y geometría. Para calcular cuántos eran 9 veces 7, se procedía más o menos así:

1 x 7 = 7
2 x 7 = 14
4 x 7 = 2 x 14 = 28
8 x 7 = 2 x 28 = 56

Luego añadían la primera y la última cifra de la primera fila vertical cuando tenían necesidad de obtener 9 (1 + 8 = 9). Después, añadían el primero y el último número de la última fila vertical (7 + 56). La misma tabla se utilizaba para una división por 7. Por ejemplo, cuando el egipcio quería saber cuántas veces podía dividir 77 por 7, buscaba en la vertical de la derecha los tres números que juntos forman 77; es decir, 7, 14 y 56. En la vertical izquierda encontraban los números correspondientes (1, 2 y 8), y sumando estas tres cifras obtenían el número deseado. Esta complicada manera de calcular nos demuestra que los egipcios no sabían operar con números abstractos, con conceptos, sino que pensaban siempre en un objeto concreto al efectuar el cálculo. Las operaciones matemáticas nos recuerdan la manera como un capataz que desconociera la aritmética distribuiría la ración de pan entre sus obreros: pondría a éstos en fila y les daría a cada uno un pan, después volvería a empezar con el primer obrero y así hasta que agotara la provisión. Si al llegar el último reparto, algunos se quedaran sin pan, el capataz sólo podría hacer una cosa: recoger estos panes y dividirlos hasta que cada uno recibiera una cantidad igual.

El escriba conocedor de la aritmética calculaba antes sobre el papel la cantidad de pan a distribuir a cada obrero. El cálculo le llevaba tiempo, ya que no trabajaba como nosotros con los conceptos de los números, sino con las imágenes del pan. Ello no significa que los iletrados no se impresionaran con el talento del escriba, el hombre que

podía calcular la ración diaria de cada trabajador sin necesidad de repartir el pan con sus manos ni abandonar siquiera el escritorio. A pesar de la complejidad de sus métodos, los egipcios adquirieron unos conocimientos bastante extensos en aritmética y calculaban incluso las fracciones.

En geometría no llegaron más allá de las figuras rectangulares. Al calcular el área de los triángulos y cuadriláteros no rectangulares, se equivocaban, pues confundían la altura con uno de sus lados. Pero en la práctica, las pirámides de Gizeh, en las afueras de El Cairo, son un testimonio en favor de su geometría[34].

Astronomía y calendario

Sus conocimientos en astronomía están patentes en su invención del calendario, que con algunas correcciones aún rige en nuestros días en gran parte de Europa con el nombre de calendario juliano, que fue rectificado por el calendario gregoriano. Datos astronómicos nos han permitido calcular que el calendario egipcio entró en vigor en el año 4241 antes de Cristo.

Para calcular la hora, los egipcios utilizaban cuadrantes solares o relojes de agua (clepsidras), que eran grandes recipientes de piedra en donde entraba el agua a un ritmo cuidadosamente calculado y cuyo descenso estaba reflejado en una escala horaria grabada en la pared. Para conocer la hora durante la noche emplearon más tarde relojes de estrellas; es decir, tablas en las que para cada hora de la noche estaba indicada la situación de ciertas estrellas.

Los egipcios echaron las bases de nuestro calendario y son también en gran parte responsables de las supersticiones concernientes a los días fastos y nefastos que todavía subsisten en el calendario. Días había en que debían abstenerse de cantar y de tocar instrumentos; otros, en que estaba vedado lavarse; a veces, no se podía comer pescado; otras, no se podía abandonar la casa, y otras, no se podía hacer nada en absoluto. El pueblo del Nilo debió vivir en un temor constante, por las desgracias que los días nefastos podían acarrear.

Con todo, la creencia en los días nefastos tenía un lado bastante agradable: los egipcios no realizaban trabajo alguno durante, por lo menos, una quinta parte del año.

El calendario egipcio se basaba en el establecimiento de meses lunares distribuidos en las tres estaciones del clima de Egipto: la época de la inundación (*shait*), de mediados de junio a

[34]En cambio, por nuestra parte añadiremos que uno de los papiros egipcios, el llamado Rhind, que se conserva en el Museo Británico, contiene algunos teoremas de trigonometría plana y varios cálculos sobre medidas de cuerpos geométricos. Además, no cabe duda que las proporciones que dieron a sus pirámides fueron establecidas mediante fórmulas geométricas muy concretas y precisas. En nuestros días se reafirma la opinión que los antiguos egipcios eran más doctos en matemática de lo que parece. Sus conocimientos sobre geodesia resultan sorprendentes. Poseían datos —por lo menos, aproximados— acerca de las medidas de la Tierra a escala planetaria. Puede comprobarse con la equivalencia entre la diezmillonésima parte de un cuadrante de meridiano y la diezmillonésima parte del radio polar de la Tierra, en relación con las unidades de medida egipcias. Un codo egipcio medía veinticinco pulgadas (1 pulgada = 25 mm. = 0,025 m.); en consecuencia, el codo egipcio en el actual sistema métrico decimal corresponde a 25 x 0,0025 = 0,625 metros, es decir, aproximadamente, la diezmillonésima parte del radio polar. Por otra parte, la altura de la pirámide de Keops —unos 147 a 149 metros en su estado primitivo— corresponde casi con exactitud a la milmillonésima parte de la distancia de la Tierra al Sol.

mediados de octubre; la época de la siembra (*proit*), de octubre a febrero, y la de la recolección (*shômit*), de febrero a octubre. Según Meyer, dicho calendario fue fijado definitivamente en tiempos muy remotos, en la época pre-dinástica, y con él se relacionaban las fiestas de carácter mágico que señalaban los distintos momentos de las operaciones del campo. La fiesta del comienzo de la inundación se relacionaba con la estrella Sirio, a cuya influencia se creía que era debida, ya que en el paralelo de Menfis, dicho astro aparece en el crepúsculo matutino el 15 de junio, en el momento de iniciarse la inundación del Nilo. Así, la base de todo el cálculo del tiempo en Egipto era precisamente la previsión de la fecha en que se realizaba dicha coincidencia, y con ella resultaba el cómputo del año solar, que, en el Egipto antiguo, se dividía en doce meses de treinta días, añadiendo al total cinco días suplementarios y quedando así organizado el año civil.

Cada mes se dividía en tres décadas, y cada una de las treinta y seis décadas del año se hallaba consagrada a una divinidad sideral llamada *Décan*, que a veces aparece representada en las escenas astronómicas conservadas en los gráficos de los templos. El día constaba de veinticuatro horas, como en la actualidad; detalle curioso, cada mes, cada día e incluso cada hora tenían un nombre particular.

Los arqueólogos modernos han observado que, constando el verdadero año solar de 365 días y seis horas, con el tiempo debía forzosamente alejarse el comienzo del año solar del de el civil, dejando de coincidir las fiestas religiosas con los fenómenos naturales que tenían por base; sólo después de un largo período –1,461 años— vuelve a coincidir el comienzo de ambos años, civil y solar. Ahora bien, supuesto que únicamente en este momento de coincidencia —por ejemplo, en 2781 antes de Cristo— pudo ser establecido el calendario de un modo fijo, dado que antes de esta fecha el calendario ya era usado, Meyer dedujo que la época de fijación del mismo debió ser 1.461 años antes; es decir, en 4241 antes de Cristo, lo que indicaría la existencia de una cultura muy adelantada en aquel entonces. La hipótesis de Meyer ha sido muy discutida.

CIENCIAS APLICADAS Y ECONOMÍA

La práctica de la medicina

En un principio, los egipcios creían que toda enfermedad era debida a un espíritu maléfico que había penetrado en el cuerpo del enfermo, y que el tratamiento médico sólo podía remitir o anular los síntomas; el enfermo no curaba totalmente hasta que el demonio hubiera abandonado el cuerpo. Por eso se empleaba el exorcismo: un sacerdote ponía las manos en el enfermo y exhortaba al mal espíritu a abandonar el cuerpo con los excrementos. Sin embargo, poco a poco, la medicina realizó tales progresos, que los exorcismos sólo se practicaban en casos desesperados.

Gracias a las disecciones a que tan aficionados eran los egipcios, sus conocimientos anatómicos eran bastante amplios y su ciencia del diagnóstico alcanzó un nivel muy elevado. Por más inexplicable que resulte, parecen haberse adelantado 5,000 años a Harvey en el descubrimiento del sistema circulatorio. En el papiro Ebers, el más importante manual de medicina del antiguo Egipto, se lee que "cuando el médico pone el dedo sobre una parte del cuerpo, toca el corazón, pues éste penetra todos los miembros gracias a las arterias". La teoría de las arterias desempeñaba un papel muy importante en la medicina de los egipcios. Entre ellos, la mayor parte de las enfermedades tenía su origen en los vasos sanguíneos: "Si el riego disminuye, se inflaman..." Habían observado, también, que la fiebre aceleraba las pulsaciones.

Por otra parte, mantenían opiniones imaginativas; por ejemplo, creían que la facultad de pensar tenía su asiento en el corazón y se alimentaba del cuerpo.

El historiador egipcio más antiguo, el sumo sacerdote Manetón, cuenta que un hijo del segundo rey de la primera dinastía ya era médico y autor de varios tratados de medicina. Papiros posteriores atestiguan que ciertos remedios datan de las dinastías I y II, y de la época de los grandes constructores de pirámides. Es posible que sea cierto, pero no debemos olvidar que los sacerdotes tenían tendencia a presentar los remedios como muy antiguos, para que fueran más estimados. Heródoto nos asegura que Egipto hormigueaba de médicos. Cuando se estudian de cerca los textos de medicina griegos, se encuentran asombrosas semejanzas con los egipcios, lo cual nos indica que la medicina griega —incluido Hipócrates, "padre de la medicina"— es en gran parte originaria de Egipto. También sabemos que el rey persa Ciro, cuya madre estaba enferma, hizo que le llevaran de Egipto a un oftalmólogo famoso, a pesar de los médicos griegos que trabajaban en la corte persa[35].

Una curiosa farmacología

La mayor parte de las pócimas se componían de plantas y acreditan excelentes conocimientos en botánica, pero en muchos medicamentos se incluían ingredientes que sublevan el ánimo: dientes de cerdo finamente molidos, carne y grasa podridas, secreciones de oreja de cerdo y otras "sustancias" parecidas. Asimismo, atribuían propiedades terapéuticas a los excrementos de hombre y de algunos animales.

Es interesante comparar los remedios que se podían escoger para tratar las diferentes enfermedades y determinar así, con más o menos exactitud, cuáles eran las más frecuentes entre los antiguos egipcios. Se observa que, como hoy, las enfermedades de los ojos eran una verdadera plaga nacional, lo que debe atribuirse a la falta de higiene o a la carencia de protección contra las moscas. Como ocurre en nuestros días, las madres egipcias dejaban que las moscas, causa de contaminación, se agolpasen en los ojos de los niños, que por cierto nunca lavaban.

En el papiro Ebers se enumeran diversos remedios contra el cáncer y las enfermedades de la piel, medicamentos muy variados para las afecciones ginecológicas e indicaciones para tratar las secuelas del aborto; también se citan remedios contra la caída del cabello y la calvicie, y para impedir el encanecimiento, incluso de las pestañas y las cejas; se dan recetas para alisar el pelo rizado, cambiar el color de la piel y embellecer el cuerpo. Los dolores de muelas y las afecciones del aparato digestivo también eran tratados en el antiguo Egipto. Las momias han revelado al investigador moderno ciertas enfermedades y defectos físicos de los antiguos egipcios. Uno de los mejores anatomistas ingleses ha quedado maravillado al tratar con una solución de cierta sal mezclada con determinada cantidad de alcohol los tejidos endurecidos de las momias para darles su aspecto primitivo. Después de ese tratamiento, los cuerpos fueron examinados con escalpelo y microscopio y se observó que, en general, los egipcios ya sufrían hace cuatro mil años las mismas enfermedades que nosotros. Las afecciones cardíacas eran frecuentes; un faraón, al menos, murió de una de ellas. El soberano castigado con las diez plagas mosaicas padecía viruela. La arteriosclerosis era ya una enfermedad muy extendida en esta época, siendo una de sus víctimas Ramsés II, aquel gran estadista y notable capitán. Las enfermedades de los riñones eran asimismo frecuentes. En algunos casos, la momia muestra haber fallecido de pulmonía.

[35]La oftalmología fue muy estudiada por los egipcios, y se han podido observar, en algunas momias mejor conservadas, huellas de operaciones quirúrgicas que demuestran que sus investigaciones sobre cirugía alcanzaron elevado nivel.

Entre las ricas colecciones egiptológicas de Copenhague se encuentra un antiguo dibujo que nos ofrece el primer caso conocido de parálisis infantil.

Los animales también pagaban tributo a la enfermedad. Se han diagnosticado, en algunas momias de monos, la tuberculosis, el reumatismo y los tumores, probablemente causados por la cautividad en un clima más frío que el de su origen. La vida de los pobres animales sagrados era todavía peor, pues estaban encerrados en templos donde no entraba el más débil rayo de sol, y que, generalmente, eran muy fríos durante la noche.

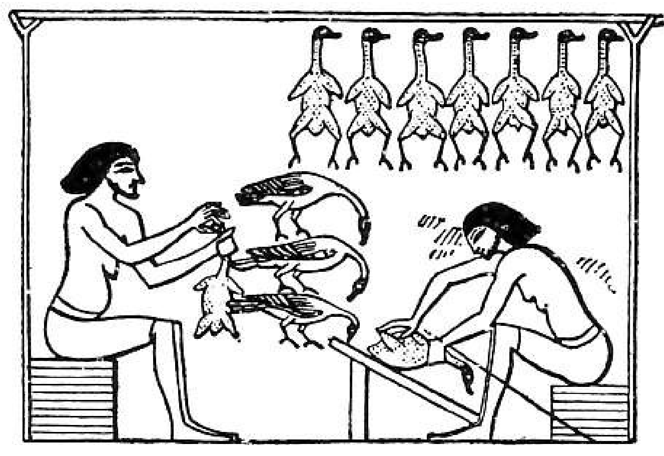
Los médicos egipcios poseían amplios conocimientos quirúrgicos, pues ciertas momias exhiben traumatismos maravillosamente tratados. La cirugía es una de las mayores glorias de la medicina del antiguo Egipto, sobre todo en el tratamiento de llagas y fracturas en diferentes partes del cuerpo.

Agricultura, caza y pesca

Los egipcios antiguos cultivaban la tierra poco más o menos igual que los campesinos de hoy. Cuando las aguas del Nilo se retiraban de los campos, se removía el suelo con un azadón o un arado primitivo tirado por bueyes. Este sencillo instrumental era suficiente, pues el suelo era fácil de trabajar. Cultivaban, sobre todo, cebada, trigo y mijo. Después de la sementera, el campesino no tenía más que dejar que las ovejas y cerdos pisoteasen el campo y esperar la siega. Entonces, se valían otra vez de los cerdos, pero ahora para servir de "máquina trilladora". Para "trillar" el trigo también se utilizaban asnos y bueyes. Al son de un monótono cantar, se hacía pasar y repasar a los animales sobre las mieses.

Las leguminosas, cebollas, pepinos y melones se cultivaban en gran escala. Y también el lino, indispensable para la fabricación de las enormes cantidades de lienzo que se necesitaban para las momias.

Parece ser que la caza constituyó una diversión para las clases sociales elevadas. El aristócrata egipcio se deslizaba por los canales del Nilo en una canoa construida con troncos de papiro entrelazados y cazaba aves con una especie de boomerang de madera. Varias de sus armas arrojadizas han llegado hasta nosotros. El cazador, a veces, iba acompañado de bestias especialmente amaestradas para recoger la caza derribada.



Después de su caza, las aves son desplumadas y colgadas de una barra

De ordinario, para atrapar aves se empleaban redes que extendían en los canales, de forma que al tirar de los dos extremos se cerraban bruscamente y aprisionaban la caza. Las víctimas de esta caza con lazo eran, sobre, todo, patos salvajes que, convenientemente asados, constituían el plato predilecto de los egipcios. Los que no se comían inmediatamente eran encerrados en gallineros y se les cebaba para otros banquetes. También se les conservaba sacrificados y salados.

En aquel tiempo, el Nilo estaba lleno de hipopótamos que se cazaban con arpón. Las montañas vecinas y el desierto abundaban en cabras monteses, gacelas, antílopes y demás caza mayor, animales que en nuestros días han emigrado al Sudán. Se los cazaba con flechas y algunas veces con lazo, para poderlos engordar antes de consumirlos. En tiempos más antiguos se cazaban también el león y la jirafa. Ramsés II poseía un león domesticado que le seguía en sus empresas bélicas y que de noche se acostaba a sus pies.

El pescado constituía parte importante de la alimentación de los egipcios, sobre todo entre los pobres; era, no obstante, considerado como un animal más o menos impuro. A los sacerdotes les estaba prohibido comerlo.

Explotación minera

Durante mucho tiempo, el cobre fue el metal más importante. Ya muy tarde, se les ocurrió a los egipcios alear el cobre con el estaño y hasta el tercer milenio no aparecieron las herramientas y armas de bronce junto con los utensilios de sílex y cobre.

Desde muy antiguo, los egipcios explotaron minas de cobre en la parte occidental de la península del Sinaí, pero se ignora de dónde sacaban el estaño. En las minas del Sinaí el trabajo era durísimo, sobre todo en verano, cuando "las montañas quemaban la piel"; sin embargo, era excepcional que allí se trabajara en verano.

Muchos hallazgos en el Sinaí, tales como minerales y escorias, atestiguan la existencia y explotación de las antiguas minas. Allí existen igualmente numerosas reminiscencias del trabajo realizado para extraer turquesas y malaquitas, cuya demanda era muy grande. Sobre las rocas, en los alrededores de las minas, se han encontrado centenares de inscripciones y relieves egipcios que datan de los períodos más antiguos. Uno de los relieves nos muestra al faraón asiendo con su mano izquierda los cabellos de un jefe beduino vencido, para golpearle la cabeza con la maza que empuña en la diestra. Las inscripciones indican que los relieves son obra de funcionarios del rey. No existen muchos más, pues una moderna compañía minera ha destruido estos insustituibles monumentos, que nadie había tocado hasta entonces.

Los modernos vándalos europeos fueron los primeros que descubrieron el lucrativo negocio de los hallazgos antiguos, imitados luego por los beduinos; después, se siguió buscando y destruyendo todo vestigio del pasado.

Flinders Petrie, en el año 1840, comprendió que el único medio de salvar las últimas inscripciones y relieves era arrancarlos de las paredes rocosas y llevarlos al museo de El Cairo. Y así se hizo, sin perjuicio que en la península del Sinaí todavía queden las ruinas de un antiguo templo egipcio con varias estatuas de reyes, de gran interés arqueológico.

Los vestigios de esta época en que el Estado egipcio explotaba las minas en la península del Sinaí nos inspiran un profundo respeto por el talento organizador que mostraron los egipcios en todos los terrenos. Los trabajadores estaban repartidos en

diecisiete grupos, cada uno de ellos con una tarea bien determinada, y los cuadros se componían de jefes de tarea agrupados jerárquicamente en once categorías. Hay que añadir numerosos obreros encargados de llevar al Sinaí los víveres y demás artículos necesarios para la mina. Largas caravanas compuestas de centenares de asnos con pesadas cargas mantenían contacto con la patria. Para ir de Egipto al Sinaí eran necesarios cinco días de viaje.



Cautivas negras con sus hijos.

Los egipcios extraían oro de las montañas situadas entre el Nilo y el mar Rojo. La última "fiebre del oro" en esta región ocurrió a comienzos de nuestro siglo. Varias compañías inglesas invirtieron centenares de miles, quizás millones, de libras esterlinas para buscar oro en aquel lugar, pero la empresa no recuperó más que una parte de la suma gastada. En cambio, los antiguos egipcios trabajaron bien en sitios donde la presencia del oro era patente.

Metales preciosos y material de canteras

Las minas más ricas se encontraban en terreno nubiano, diecisiete días de ruta a través de un ardiente desierto. Hoy, existen allí centenares de cabañas de piedra provistas cada una de un molino de granito para reducir a fino polvo el cuarzo aurífero; luego, este polvo se lavaba sobre ladrillos colocados en pendiente para separar el oro del cuarzo. Estos ladrillos también se conservan. "En nuestros días —dice un egiptólogo— el lugar está en calma, abandonado; nada hace suponer al extranjero que aquí hubo hombres que sufrieron como en ninguna otra parte del mundo. Los trabajadores que extraían aquí "el oro de Nubia" para el tesoro del faraón eran presidiarios. Encadenados, desnudos y vigilados por soldados nubios que no conocían una sola palabra de la lengua egipcia, estos desgraciados tenían que trabajar noche y día. Nadie se preocupaba de sus condiciones de vida. El palo del capataz empujaba inexorablemente a los enfermos, a las mujeres y a los viejos a un trabajo de esclavos hasta que encontraban la muerte, agotados por el esfuerzo o por el calor. La única esperanza que les quedaba era morir."

Inscripciones antiguas nos cuentan los esfuerzos inhumanos que exigía el viaje hacia las minas de Nubia. Sobre un monumento nubio de la época se lee que "de las caravanas que se dirigían a las minas de oro, la mitad de los hombres perecían de sed en la ruta, lo mismo que los asnos que iban delante".

Desde la más remota Antigüedad, los egipcios apreciaban más la plata que el oro. Ello se explica porque nunca se encontró plata en suelo egipcio. Más tarde, cuando las

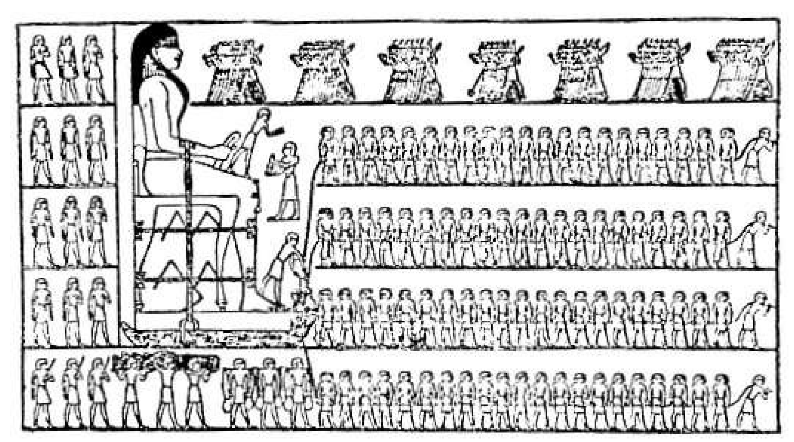
relaciones comerciales con otros países fueron más frecuentes, la plata perdió su valor y el oro ocupó el primer puesto.

Los egipcios adquirieron gran habilidad para trabajar el oro y la plata. Los orfebres de la Antigüedad eran consumados maestros en el arte de cortar finas placas de oro, fragmentos de vidrio y piedras preciosas.

La hermosa piedra blanca con que los egipcios revestían las pirámides y las mastabas era extraída de las montañas de los alrededores de Sakkara, región que proporcionaba también el alabastro. El valle está cerrado por un enorme muro de piedra, probablemente una presa destinada a recoger las aguas de lluvia durante los meses de invierno.

Las canteras de gres eran muy activas, sobre todo las de Silsileh, a ciento cuarenta kilómetros al sur de Tebas, en donde se recogían los materiales destinados a los templos de Karnak, Luxor y otros lugares. Se sabe que las canteras daban trabajo a unos tres mil hombres cuando se construyó el gran templo de Ramsés, en Karnak. Seti I cuenta orgullosamente en una inscripción que trataba a sus obreros con mucha humanidad y les daba raciones de "pan, carne de buey, carne asada, pescado y cantidad ilimitada de legumbres". Durante el Imperio antiguo, ya se extraía, cerca de Asuán, el granito para las pirámides, los sarcófagos y las mastabas. La piedra de Asuán se encuentra en casi todas las ruinas de Egipto.

Hoy se puede ver de qué forma se separaban los enormes bloques de piedra. Primeramente hacían unos agujeros en la roca a distancias regulares, luego metían allí unas cuñas de madera, se echaba agua para que éstas se hincharan y la roca se desprendía por efecto de la presión.



Traslado de uno de los colosos de la cantera al templo. La gigantesca estatua está colocada sobre un trineo, del que tiran 171 hombres mediante cuatro cables. Sobre las rodillas del coloso, un capataz da órdenes gritando y golpeando; en los pies de la figura, un hombre echa agua en el camino para evitar que el trineo se incendie por frotamiento; bajo la estatua, hombres que llevan agua potable para los obreros y otros que transportan vigas, seguidos por unos vigilantes armados de garrotes; encima, hombres llevando ramos de palmera rinden homenaje a su señor. La cantidad de individuos aquí representada sólo es una parte insignificante de la totalidad, pues se cree que para un transporte semejante en la época de Ramsés II se emplearon unos 80.000 obreros.

MESOPOTAMIA, PAÍS ENTRE RÍOS

EN LA CUENCA DEL TIGRIS Y DEL ÉUFRATES

Un regalo de dos ríos gemelos

Heródoto llamaba a Egipto "un don del Nilo". De la misma manera, se podría llamar a Mesopotamia un don de los ríos gemelos, Tigris y Éufrates. Los dos ríos nacen en las montañas de Armenia, y cuando en la primavera comienzan a fundirse las nieves, sus aguas se salen de madre, inundan la llanura y depositan su limo fertilizante. Para evitar que el terreno se transforme en marismas pantanosas y poder llevar el agua a los campos, aquí como en Egipto, canalizan las aguas de ambos ríos y las llevan hacia los campos. Sin un sistema de irrigación bien organizado, el país se hubiera transformado en un árido desierto o en un conjunto de terrenos pantanosos.

Para la organización de semejante sistema se necesitaba la intervención del rey. Se daba tanta importancia a los canales, que frecuentemente llevaban el nombre de los monarcas. Hamurabi mandó construir un canal que lleva esta leyenda: "Hamurabi es una bendición para el pueblo". Todavía hoy puede apreciarse la extensión que alcanzaba esta red de canales. No se puede viajar un solo día en este país de vieja cultura sin encontrar treinta o cuarenta lechos de antiguos canales.

"La más antigua de las civilizaciones descubiertas en el emplazamiento de Babilonia —dice Leonard W. King—, como las que le sucedieron, fue de carácter esencialmente agrícola. El país obtuvo de sus dos ríos gemelos todo cuanto necesitaba para su desarrollo, y al aumentarse gradualmente la natural fertilidad de su suelo aluvial mediante un sistema de riego, fue convirtiéndose en una presa tentadora para los pueblo, vecinos establecido, en regiones menos favorecidas. En consecuencia, la historia de Babilonia es, en gran parte, un relato de sucesivas incursiones, llevadas a cabo por nuevas razas sobre las llanuras del Éufrates y del Tigris. Pero en ninguna ocasión tuvo que sufrir cambio alguno subversivo a consecuencia de tales incursiones; siempre fueron los conquistadores absorbidos, paso a paso, y aunque de este modo la raza babilónica se enriqueció positivamente, el carácter general de su civilización permaneció invariable en todos sus rasgos esenciales. Y no es preciso ira buscar muy lejos la razón de la persistencia de este tipo de cultura: es que se adaptaba enteramente al carácter del país.

"El territorio babilónico yace en la mitad inferior del valle del Éufrates y del Tigris, cubriendo lo que era hacia 4.000 años antes de Cristo el delta de estos dos ríos. En efecto, ha sido formado por el depósito que sus corrientes han acarreado hasta las aguas del golfo Pérsico, y su rico suelo aluvial forma un marcado contraste con la mitad septentrional del valle, a la que los griegos dieron el nombre de Mesopotamia y Asiria. El límite natural del país, por el norte, se extiende, según una línea trazada desde Hit, en el Éufrates, a un punto situado debajo de Samarra, en el Tigris; la ligeramente elevada y ondulante llanura del norte, se convierte allí bruscamente en la inmensa planicie de aluvión. Al norte de esta línea, el valle difiere apenas del desierto sirio-árabe, pues sólo en las cercanías de aquellos ríos y de sus tributarios es posible el cultivo; la llanura está cubierta de vegetación después de las lluvias de invierno y primavera, hasta poca distancia de las orillas y sirve sólo para el pastoreo que practican las tribus nómadas.

Pero al sur de la línea divisoria, toda la región aluvial es apta para el cultivo, siendo su fertilidad maravillosa. Su clima subtropical y el ardiente calor de su verano son nuevas causas de prosperidad, dada su abundante provisión de agua."

Las tierras de Mesopotamia

Babilonia fue el más antiguo y opulento de los Estados que nacieron en el país creado por los ríos gemelos. Es indudable que la Mesopotamia, en sus principios, como Egipto, era un conjunto de pequeños Estados que comprendían una ciudad y sus territorios circundantes.

En el siglo XX, el hallazgo de inscripciones en los monumentos y de ingente material en los archivos ha permitido sentar las bases de la historia de la antigua Mesopotamia.

En la época en que se empieza a tener noticias de esta historia, hacia el año 3000 antes de Cristo, el país era bastante más pequeño que en la actualidad. El golfo Pérsico penetraba profundamente tierra adentro, casi 150 kilómetros más que en nuestros días, y el Éufrates y el Tigris desembocaban por separado en el mar. Si nos alejamos todavía más en el tiempo, hasta el año 4000 antes de Cristo, las aguas ocupaban los lugares en donde, más tarde, se levantarían las ciudades de Babilonia y Bagdad.

En la más remota Antigüedad, el país situado entre las desembocaduras de ambos ríos eran marismas cubiertas de selva virgen, de maleza y de inmensos bosques de cañas y bambúes. Esta vegetación exuberante atraía a los pueblos asentados en los desiertos del oeste y en las montañas del este. Había que roturar, cultivar e irrigar el terreno; los hombres no conseguirían hogar ni pan hasta que dominaran el medio agrario gracias a una colaboración bien organizada.

El resto del país estaba habitado desde hacía bastante más tiempo, pera no sabemos por qué pueblo. Hacia el año 3000 antes de Cristo penetraron allí nuevas tribus. Una de tantas oleadas de pueblos semitas, quizás del desierto de Siria, a lo largo del valle del Éufrates, llegó allí e invadió el país que más tarde fue llamado Akkad. Los asirios, que eran sin duda originarios del Cáucaso, pero ya muy mezclados con los semitas, habitaban más lejos, aguas arriba del Tigris. Entre los nuevos invasores, los más importantes fueron los sumerios, que se establecieron entre las desembocaduras de los ríos. Su origen es todavía un enigma, pero muchos detalles hacen creer que eran originarios de las montañas, quizás de Persia; su cultura parece tener las mismas raíces que la del pueblo que, hacia la misma época, fundó una colonia en el valle del Indo.

Hacia el año 3000 antes de Cristo, los sumerios establecieron o adoptaron en su nuevo país una civilización basada en el intercambio comercial y entablaron relaciones con países tan lejanos como Siria y Asia Menor. Su técnica estaba basada en la piedra, sílex sobre todo, el cobre y el ladrillo.

Los antiguos sumerios

Y en el país de los sumerios surgieron ciudades que sin duda son de las más antiguas del mundo[36]. La más célebre fue Ur, la Ur de los caldeos, como se la denomina

[36]Durante una campaña arqueológica, realizada en 1961-1966, el investigador holandés Mellaart verificó importantes hallazgos al oeste de Catal Hüyük, una doble colina del desierto anatolio, en donde dijo haber encontrado una verdadera ciudad de la Edad de Piedra, con casas de adobe, equipadas con chimenea y bancos de piedra y conteniendo vasos de arcilla, figuras de piedra,

en el Antiguo Testamento, la ciudad de donde era originario Abraham, ubicada en el Senaar; es decir, en Sumer.

En las ciudades de la arcaica Sumer, el templo no era solamente un lugar de culto, sede del gobierno y de la justicia, sino también el centro de la economía. En él se almacenaban las cosechas y los rebaños, había carnicerías y se preparaban los pellejos y las pieles. En los talleres del templo, unos artesanos trabajaban la madera y el bronce, y en otras dependencias se encontraban los arquitectos, los constructores de canales y demás gentes encargadas del sistema de irrigación y distribución de las aguas. En conjunto, las personas al servicio del templo gozaban de la calidad de "siervos del dios".

El templo desempeñaba también oficios de banco y en él se efectuaban operaciones de depósito (oro, plata, trigo) y de crédito. Un sencillo sistema monetario facilitaba tales operaciones: los anillos de plata valían el doble que los anillos de cobre. Algunos han llamado a este sistema político-económico "socialismo de Estado religioso". Probablemente su relativa complejidad exigió la invención de la escritura para los cómputos y la enumeración.



Una de las más antiguas inscripciones sumerias conocidas (principios del III milenio A.J.).

Todas las ciudades sumerias, aunque no quedaran borradas del mapa, fueron por lo menos duramente castigadas por el diluvio hacia el año 3000 antes de Cristo.

El primer personaje sumerio que conocemos con exactitud por inscripciones votivas, es Mesannepadda, el rey de Ur, que vivió probablemente hacia el año 2,500 antes de Cristo.

Otra de las más antiguas ciudades de Mesopotamia era Lagash, situada en el lugar de la actual localidad de Tell o Tello, excavada por el francés Sarzec. Lagash adquirió importancia durante la dinastía fundada por Ur-nina —hacia el año 3100 antes de Cristo—, viviendo épocas de prosperidad y poder, a pesar de la hostilidad de la ciudad de Uma, contra la que tuvo que luchar constantemente.

Ur-nina fue un monarca pacífico, gran organizador y constructor, a quien se debe el florecimiento de la agricultura, que fomentó con la construcción de canales; restauró las murallas de la ciudad y construyó templos, el principal de los cuales era el del dios nacional

---

armas, frescos, utensilios varios e incluso tejidos. El sexto de los diez estratos que la constituyen parecía denotar más edad que Ur y Jericó, consideradas hasta entonces como las ciudades más antiguas del mundo.

Enlil, y además un palacio y un granero. Para estas obras hizo traer a Lagash maderas desde los lejanos montes Zagros, siguiendo el curso de los ríos. A Ur-nina pertenecen los relieves en que aparece representado con toda su familia, llevando sobre la cabeza una gaveta con materiales de construcción.

Sargón de Akkad, primer "jefe de Estado"

Los sumerios desarrollaron un sistema de cuentas comerciales en Persia, en Asia Menor y en otros territorios. Ya se ha dicho que la mayor parte de las riquezas iba a parar a los templos de las ciudades, cuyos servidores explotaban al pueblo sin piedad y sumían en la desesperación a la mayoría de sus habitantes. El ambiente estaba maduro para una revolución. Se desencadenó primero en Lagash, donde el rey Urukagina, hacia el año 2360 antes de Cristo, sacudió el yugo de los sacerdotes mediante un golpe de Estado e "hizo renacer la antigua libertad". Pero el buen príncipe Urukagina fue derrotado por Lugalzaggesi, rey de Uma, y mientras lo conducían al cautiverio, Lagash era pasto de las llamas:

Los hombres de Uma han prendido fuego;
han entregado la Antassura a las llamas;
han robado la plata, las piedras preciosas;
han derramado la sangre en Tirach, el palacio;
sí, han derramado la sangre incluso en el templo de Enlil
y hasta la sangre en el templo de Baba...

El soberano de una de las nuevas ciudades semitas fundó el primer gran Estado propiamente dicho, modelo de los futuros imperios babilónico, asirio, persa, helenístico y romano. Es el primer gran conquistador de la Historia. Se llamaba Sargón (no confundir con los reyes asirios del mismo nombre), y según la tradición, era un hombre de humilde linaje que se rebeló contra su señor y fundó la ciudad de Akkad, como en lo sucesivo fue llamado el país.

Sargón sometió primeramente el país del norte, a lo largo de los ríos y las regiones montañosas del este; luego ya fue lo bastante poderoso para conquistar Sumer y más tarde sometió a los príncipes del Elam, de Siria, así como la parte central del Asia Menor hasta el mar Negro. Es posible que también extendiera su dominio hasta Chipre. Sus victorias se debían, sin duda, al hecho de poseer mejor armamento que sus adversarios; sus soldados combatían con armas de cobre contra tribus que aún estaban en la Edad de Piedra. Obviamente (?), las campañas de Sargón y sus sucesores perseguían un fin económico.

Sargón murió, después de cincuenta y seis años de reinado, hacia 2214, y su reino le sobrevivió casi un siglo. Su nieto, Naram-Sin, fue también un gran guerrero.

La posteridad había de considerar a ambos monarcas héroes legendarios. Mil años después de su muerte, las hazañas de Sargón todavía eran glorificadas en unos poemas descubiertos en Egipto, así como en la ciudad hitita de Hatusas, en Asia Menor. Los judíos también han conservado su memoria, bajo otro nombre: Nemrod.



BABILONIA
Frontera actual
Litoral hacia el 2500 A J
Litoral hacia el 4000 A J
Korsabad
Tigris
Ninive
Mosul
Kalah
ASIRIA
Asur
Kirkuk
Samarra
PERSIA
(IRAN)
Hit
Eufrates
Eshnunna
(Tell Asmar)
Bagdad
AKKAD
Ctesifón
Sippar
Tigris
Kerbela
Kish
Babilonia
Kut
Borsippa
Susa
Nipur
Adab
Kufa
Isin
Lagash
Uruk
SUMER
Larsa
ELAM
El Obeid
Ur
Eridu
Basora
Abadán
KOWEIT
0
150 km.



Estela de Naram-sin.

Nuevas invasiones

Hacia 2130 antes de Cristo, el reino de Sargón se derrumbó por el empuje de los pueblos bárbaros del este, los **guti**, que se establecieron en régimen de conquistadores y abandonaron la administración de las ciudades a gobernadores (*patesi*), que debían pagarles tributo, aunque conservando una independencia bastante amplia. El más conocido de estos patesi fue Gudea, de Lagash, que durante mucho tiempo fue la más antigua personalidad conocida de la historia babilónica y cuyo nombre es tan popular como su figura, ya que existen varias y magníficas estatuas de él.

Parece ser que la riqueza y la expansión de las ciudades sumerias no fueron frenadas de manera considerable por los guti. Poco a poco, los invasores se asimilaron a la población mesopotámica, si bien Utuchengal, rey de Uruk, pudo sacudir el yugo extranjero hacia el año 2061 antes de Cristo.

La vieja ciudad de Ur recobró su hegemonía durante el período glorioso de su III dinastía, que duró apenas un siglo; fue la última edad de oro de la historia sumeria.



Estatua sedente de Gudea de Lagash.

El más grande de los reyes de Ur fue Sulgi, también llamado Dungi (2033-1988), que fue, sobre todo, un estadista y un organizador. Hizo un recuento de los dioses locales para construirles templos. En la cima de la jerarquía se encontraba el dios Enlil, a quien estaba consagrada la ciudad de Nipur, en donde se encontraba el tesoro del Estado, formado por productos agropecuarios como trigo y semovientes, y también metales. Oficialmente, este impuesto se pagaba al dios Enlil, y los habitantes de provincias lo hacían efectivo siguiendo las mismas modalidades y depositándolo en los templos locales, que llegaron a ser especies de oficinas de recaudación y bancos del distrito. Todas las contribuciones eran cuidadosamente anotadas en tablillas de arcilla, lo mismo que los cheques y recibos; en algunos templos se han encontrado verdaderos registros de contribuyentes.

Gran parte de este capital en mercancías era para la corte y los funcionarios, y la otra se vendía o se prestaba. Se percibían intereses sobre préstamos ordinarios, pero también se permitían préstamos sin interés a ciertas personas que estuvieran en peligro de ser vendidas como esclavos por sus deudas. Los templos, pues, seguían siendo verdaderos bancos, como en los primeros tiempos de Sumer. Para que el sistema funcionara armónicamente, el rey **Sulgi** instituyó un servicio de correos y una policía,

que mantenía el orden a lo largo de las rutas comerciales. Igualmente promulgó una ley válida para todo el reino, del cual no se conocen más que fragmentos, que prueban que las célebres leyes de Hamurabi son la meta de una larga evolución del Derecho.

El país de los sumerios estaba expuesto a muchos peligros y el reino de Sulgi fue pronto objeto de serias amenazas. En el Éufrates Medio había surgido una ciudad, que tomó el nombre de Mari, cuya riqueza y poder iban en constante aumento, y cuando el último rey de Ur cayó prisionero en una guerra contra el Elam, lucha en la que los sumerios llevaban la ventaja, el rey de Mari invadió Akkad y Sumer y se apoderó del reino. Ur pudo resistir durante unos veinte años, pero al final tuvo que someterse a las armas enemigas y la ciudad fue arrasada hacia 1950 antes de Cristo.

Así se expresaba una elegía o lamentación sumeria de aquella época tan funesta:

El viento adverso de la tempestad, para cambiar los tiempos
y para extirpar la ley, ha provocado el huracán
y trastornado el antiguo orden de Sumer.
¡Los tiempos del gran rey se han esfumado!
Ahora, las ciudades del país son cenizas
y desiertos los parques y cercados...
... ya no vela la madre a sus hijos,
ni el marido llama amorosamente a la esposa,
mucho menos la amada se reclina en el pecho del amado...
¡El rey se marchó y los hijos lloran de dolor!

El país fue dividido entre los soberanos de Mari y Elam. Hacia 1800 antes de Cristo, el rey semita de Babilonia conquistó la mayor parte de Mesopotamia y fundó un nuevo imperio, que más tarde eclipsaría en magnificencia al mismo imperio de Sargón.

UR, CIUDAD-ESTADO

La ciudad del patriarca Abraham

Se tiene cierta propensión a presentar al patriarca Abraham, que a la voz de Yahvé abandonó Ur de Caldea y partió hacia el país de Canaán, como un jefe nómada primitivo.

Las excavaciones efectuadas en Irak por Leonard Woolley, en 1927 y 1928, han demostrado que Ur, la ciudad de Abraham, no obstante sus chozas de arcilla, alojaba espléndidamente a una gran parte de su población y llegó a tener importancia mundial. En su mejor época, en la III dinastía, la ciudad abarcaba más de 15 kilómetros cuadrados y sus barrios residenciales eran semejantes a los de una ciudad oriental de nuestra época: calles estrechas para el tránsito de peatones y asnos, flanqueadas por casas —al menos las de la burguesía acomodada— espaciosas y confortables, que frecuentemente constaban de diez o doce pisos. Cada edificio estaba construido alrededor de un patio cuadrado embaldosado, con un surtidor en medio, una escalera conducía a una galería-balcón que rodeaba al patio por sus cuatro costados y que daba acceso a las habitaciones, cubiertas con ramas de sauce, o con arcilla cocida; el tejado sobresalía por el patio para proteger también la galería.

Posiblemente, Abraham habitaba una mansión de este tipo antes de abandonar Ur con la familia y todos los esclavos. De haber sido así, su casa no habría tenido nada que envidiar a la de un griego o un romano acomodado de casi dos mil años más tarde.

Algunas mansiones poseían una pequeña cámara funeraria o una cueva con cúpula para depositar sus difuntos. Parece ser que estas criptas se llenaban en seguida, por lo que entonces no quedaba a la familia más remedio que construir una nueva casa para colocar a los muertos. Quizá por esta razón eran tan extensas las ciudades.

Esplendor urbano de Ur

Ur poseyó, sin duda, un puerto con bodegas y edificios comerciales, pero hasta el presente se sabe muy poco sobre ello; en cambio, se saben muchas cosas acerca de sus templos.

El de Ur se levantaba en medio de la ciudad y estaba construido según el modelo tradicional de los templos sumerios. En el atrio, formado por una gran plataforma, se levantaban diversos templos secundarios y otros edificios. Después de atravesar este atrio, se llegaba a otro plano más elevado, en donde con todo su esplendor aparecía la torre sagrada o zigurat. La base de estos zigurat tenía una longitud de cerca de 70 metros y una anchura de 50, constaba de tres pisos y su altura total era de unos 23 metros. El primer piso tenía una altura de casi 17 metros, con terrazas abiertas a los cuatro lados; el piso siguiente era de menor dimensión y en sus terrazas se plantaban árboles y flores[37]. En el piso superior se levantaba un pequeño templo, de una sola sala, consagrada al dios lunar Nannar, divinidad tutelar de Ur.



Zigurat de Ur, reconstrucción.

Desde el entresuelo, tres escaleras de cien peldaños cada una conducían al primer piso, donde convergían en una portada monumental; la escalera continuaba hasta la cima. Por esas mismas escaleras se llegaba a las terrazas y desfilaban las procesiones en honor del dios Nannar. Con hábitos de todos los colores y cargados los brazos con

[37]Este método de construcción, aplicado tanto a los templos como a los palacios, perduró durante mil quinientos años, hasta la Babilonia de Nabucodonosor, y fue el origen de los famosos jardines colgantes.

ofrendas, los sacerdotes avanzaban a lo largo de las escalinatas guiados por el rey, al son de las arpas y otros instrumentos; la población podía seguir la ceremonia a distancia.

Hay un cierto parecido entre este espectáculo y el sueño de Jacob: ángeles que suben y bajan por una inmensa escalera que conducía al cielo (Génesis 28,12).

Todavía no es posible saber qué influencias religiosas fundamentan esta manera de construir templos. Quizás fueron las mismas que inspiraron la construcción de las pirámides de Egipto y los templos precolombinos americanos. Quizás exista cierta relación con el culto al Sol y a la Luna, pero en lo que concierne a los sumerios, acaso haya que buscar la explicación en sus orígenes montañeses. Muchos pueblos de la Antigüedad colocaban en ciertas montañas la morada de sus dioses, y algunos incluso les tributaban culto en la misma cima de tales montañas sagradas. En varios bajorrelieves sumerios, los dioses están representados en la cumbre de un morro.

Los templos de Ur y de otros lugares nos han dado una idea muy clara del nivel cultural de los sumerios, de su ingenio, de su arte y de sus riquezas.

Woolley descubre unas tumbas reales

Y sin embargo, todavía se han hecho descubrimientos más importantes. En 1926-1927, la expedición de Woolley descubrió las tumbas reales de Ur, que él creyó posible datar entre 3000 y 2700 años antes de la era cristiana. Hallazgos más recientes parecen acercarlos dos o tres siglos.

Se trataba de una necrópolis relativamente grande, con tumbas colocadas unas debajo de otras hasta seis hileras. Los sepultados eran nobles y ciudadanos ordinarios indistintamente; las tumbas más lujosas ya habían sido saqueadas en la Antigüedad, quizá cuando todavía los enterramientos eran recientes.

En dos de estas tumbas yacían presumiblemente un rey y una reina. En el sepulcro del soberano Adaragui habían entrado a saco, pero el de la reina permanecía intacto cuando los arqueólogos penetraron allí. Éstos encontraron en un pozo situado en la parte exterior de la tumba gran cantidad de restos de seres humanos y animales sacrificados con los difuntos.

La espalda de la reina Subad estaba recubierta de aderezos de oro y piedras preciosas, se cubría con una espesa peluca rodeada por una cinta de oro y en la frente llevaba una maravillosa diadema. En la cinta había tres cadenas, una de las cuales, formada por pequeños anillos de oro, descendía sobre la frente, la segunda era de hojas de haya y la tercera, de sauce, todas ellas de oro puro.

Basándose en los cráneos descubiertos, un hábil especialista pudo modelar con la colaboración de un antropólogo la cabeza de una mujer sumeria. El aderezo de Subad estaba tan bien conservado, que pudo colocarse en el modelo, con lo que podemos imaginarnos a la reina en todo su esplendor.

A la cabeza y a los pies de esa gran dama yacían dos mujeres; el sepulcro encerraba, además, numerosos objetos usuales y adornos de oro, plata, cobre, piedras preciosas y madera.

En el exterior de la tumba, en el pozo ya citado, se encontraron numerosas ofrendas: coches tirados por asnos o bueyes con sus conductores, un par de cabezas de animales de plata, procedentes de algún trono; platos, cántaros y armas. Sin olvidar las damas de compañía, los guardias de corps y los servidores de la reina. Las mujeres, nueve en total, estaban, medio sentadas, medio acostadas, contra el muro de la cripta y todas llevaban aderezos casi tan ricos como los de Subad.

El problema de los sacrificios humanos

El problema más importante que plantean estas tumbas es el de los sacrificios humanos. Abargi había recibido el sacrificio de más de sesenta hombres, y Subad, de unos cincuenta.

"No se conoce ningún documento —observa Woolley— que haga alusión a estos sacrificios humanos. Los arqueólogos no han encontrado ninguna otra huella de costumbre parecida ni ninguna supervivencia en época más tardía. Si estos sacrificios se quisieran explicar por la divinización de los primeros reyes, se ha de hacer constar, por otra parte, que en este período histórico ni las mayores divinidades exigían tal ofrenda." Parece ser que las víctimas no eran esclavos, sino cortesanos distinguidos que seguían a su rey o a su mina a la tumba, pues en las de sus súbditos no se encuentran sacrificios. Es probable que la explicación sea ésta: los reyes eran considerados como dioses que, a su muerte, pasaban sencillamente del mundo terrenal al mundo de los otros dioses; poderles seguir era, pues, un privilegio. Como en otras religiones, el ser sacrificado a los dioses era una suerte envidiable.

La posición de los sacrificados prueba que morían con cierto placer. Los aderezos de las mujeres están incólumes, y ello demuestra que las víctimas no resistieron a la muerte ni conocieron la agonía de ser enterrados vivos. Woolley cree que entraban en procesión en la tumba, se acostaban en la actitud prescrita y tomaban algún veneno de efecto muy rápido, quizás opio o hashish; luego, dirigidos por el maestro de ceremonias, sus deudos u otras personas, daban una última mano a los menores detalles, para dejarlo todo en orden. Los coches, el equipaje y la presencia de soldados y damas de la corte indican que pensaban que los reyes partían para un largo viaje, a cuyo término establecían su nueva morada. Pero no todos los investigadores piensan, como Woolley, que las tumbas por él descubiertas son tumbas reales. Algunos opinan, más bien, que Abargi —cuyo nombre no figura en las listas dinásticas— y Subad no eran de sangre real, sino dos personas que desempeñaron el papel de dioses en una fiesta de la fecundidad celebrada en el zigurat.

Una teogonía naturalista

Los sumerios veían el origen de todas las cosas en dos principios (o fuerzas) opuestos: Apsu, principio masculino, origen del bien, y Tiamat, principio femenino, origen del mal. Apsu era el padre del mar y de los planetas, mientras que Tiamat era la madre del barro y de los monstruos. Los dos estaban representados por el agua; en efecto, para los sumerios, el mar, los ríos —y los canales formaban la primera condición para la vida.

De la unión de ambos principios nacían los dioses. Primero, el dios del cielo y la diosa de la Tierra, que tuvieron tres hijos: Anu, el más grande de los dioses propiamente dichos, que reinaba en el cielo; Ea, que reinaba en el mar, y Enlil, que reinaba en la Tierra. Ea creó al hombre del barro, pero como Enlil era el dios de la Tierra, Sumer y toda la humanidad estaban colocados bajo su poder.

Las tres divinidades habían creado también el Sol, la Luna y las estrellas; los distintos dioses estaban asociados a los cuerpos celestes, idea que fue adoptada por civilizaciones posteriores. El planeta que recibió más tarde el nombre de Venus (o Afrodita), la diosa del Amor entre los romanos (o entre los griegos), estaba ya asociado

entre los sumerios a su diosa del Amor, Istar. Fueron también los sumerios los primeros que introdujeron las divisiones cronológicas que utilizamos actualmente y dieron nombre a los días según los dioses.

Sin Enlil, príncipe de cielos y tierra,
ninguna ciudad sería edificada, ni establecimiento fundado;
ni establo construido, ni aprisco instalado;
ningún rey sería proclamado, ni sumo sacerdote nacido;
ni pontífice, ni gran sacerdotisa sería escogida
por aquella que predice el porvenir;
los trabajadores no tendrían dueño, ni capataz;
los ríos no saldrían de madre;
los peces del mar no depositarían sus huevos en el juncal;
las aves del cielo no construirían sus nidos en la ancha tierra;
en el cielo, las nubes vagabundas no darían humedad;
ni plantas, ni hierbas, gloria del campo, podrían crecer;
ni en campiña o pradera, los ricos cereales no podrían florecer;
los árboles plantados en el boscoso monte no darían frutos.

Enlil, descontento de los hombres y con la aprobación de los demás dioses, decidió castigarlos por sus pecados, enviándoles una terrible inundación. Pero Ea, dios del mar, era contrario a este castigo y advirtió a su amigo Utanapishtim, quien construyó un barco que pudo salvarles a él, a su familia y a sus animales. Luego, los demás dioses se arrepintieron de haber desencadenado el diluvio y se congratularon que el género humano hubiera podido sobrevivir, a la inundación.

Vida terrena y ultraterrena

Los sumerios tenían una idea muy sombría de lo que les esperaba después de la muerte. El hombre, en forma de espíritu, sobrevivía, más en algún lugar, en donde reinaba el dios Nergal, asistido de un grupo de espíritus maléficos. En estos infiernos tenebrosos y fríos erraban los espíritus de los difuntos, vestidos de plumas y alimentándose de barro y polvo.

Nadie alcanzaba la dicha después de la muerte. Por eso los sumerios rendían culto a sus dioses sin otra esperanza que lograr bienes terrenales, como la riqueza y la salud. Su fe implicaba, sin embargo, algunas obligaciones morales: el que quería alcanzar el favor de los dioses para vivir felizmente en la Tierra, no debía cometer pecados.

En todas partes existen, al lado de la religión oficial, otras concepciones y mitos más populares. Los sumerios no fueron una excepción a la regla, y tales mitos encontraron forma poética en las leyendas surgidas en torno a los hechos de sus héroes, semejantes a dioses. El más conocido de ellos fue Gilgamesh, quien trató de robar a los dioses los frutos del árbol de la Vida para ofrecerlos a los hombres y hacerlos así inmortales. Desgraciadamente, fracasó en su tentativa.

Ya en vida, la mayor parte de los reyes eran considerados como dioses. Éste fue el caso de **Gudea**, que, en teoría, no era más que un gobernador a las órdenes del rey de los guti, pero de hecho era rey independiente en Lagash. En la consagración del gran templo de Ningirsu, Gudea se declaró hijo de Anu, dios del cielo. Documentos de la época relatan esta ceremonia. Lagash entera vivió una semana dedicada a celebrar

orgías frenéticas, forma habitual entre los pueblos primitivos de festejar a sus dioses de la fecundidad.

Los mitos y leyendas que surgieron posteriormente ganaron en variedad y en profundidad respecto a la doctrina primitiva y dieron tema a unos poemas religiosos de gran belleza.

EL PRIMER CÓDIGO DE LA HISTORIA

Hamurabi, el gran legislador

En el año 2350 antes de Cristo se inició un periodo de decadencia, caracterizado por guerras civiles y por las expediciones de los pueblos del norte, que perduró hasta alrededores de 1750 antes de Cristo, cuando el rey Hamurabi de Babilonia, en el que algunos ven al Amrafel de la Biblia, consiguió restablecer la unidad del reino, haciendo de Babel (Babilonia) su capital. Durante más de un milenio, Babel sería la ciudad más importante del mundo entonces conocido, como más tarde Roma y, en el siglo XIX, París. Babel era el termómetro de las ciencias y de las artes, de la moda, de las buenas y de las malas costumbres. La lengua babilónica —el acádico— llegó a ser la de los diplomáticos y gente distinguida de toda Asia Anterior y aun de Egipto, como más tarde lo serían el latín, el francés y el inglés.

Babel tuvo principalmente una gran importancia comercial, y llegó a ser la encrucijada de caravanas entre la India y los puertos del Mediterráneo situados en las costas del Asia Anterior.

Uno de los mayores descubrimientos de esa antigua cultura fue el de la estela de Hamurabi, hallada en la antigua ciudad persa de Susa en 1901 y llevada allí desde Babilonia en el siglo XVII antes de Cristo, como botín de guerra. Este texto cuneiforme contenía el código más antiguo del mundo.

Hamurabi mandó colocar este monumento, en el que estaba escrita su gran recopilación de leyes, en el templo del dios Sol, en Babel. El monarca recibía estas leyes de la propia divinidad solar y esta escena está representada en lo alto de la estela. Hamurabi se proponía, como él mismo afirma en la introducción de su código, “disciplinar a los libertinos y a los malos e impedir que el fuerte oprima al débil”. No dejaba de ser un excelente propósito, dada su época.

Primitivismo jurídico

Hamurabi exhorta al juez a ser imparcial. El falso testimonio era severamente castigado.

Cuando se acusaba a alguien de homicidio o de magia, el acusado debía dar pruebas de su inocencia sometiéndose a la experiencia del agua (en esta prueba el reo era arrojado al río) y, si no sobrevivía con la muerte se cumplía la sentencia.

Según las leyes de Hamurabi, los ladrones y sus encubridores pagaban su fechoría con la vida en la mayor parte de los casos, a veces se les cortaban las manos y en otras se les hacía pagar una cantidad que no excedía de treinta veces el valor de los bienes robados. Aquel que acusaba falsamente a alguien de haber participado en un robo debía ser entregado a la muerte.



Estela de Hamurabi con el código.

"Si alguno penetra con violencia en una casa, debe morir y su cuerpo ser enterrado en el lugar de la violencia.

"Si se declara fuego en una casa y uno de los que acuden a apagar el incendio mira con codicia lo que posee el propietario de la casa y coge alguna cosa, debe ser arrojado al fuego."

Un soldado que incumpliera su deber y retrocediera ante el enemigo debía ser condenado a muerte, y el que le denunciara podía apropiarse de la casa del cobarde. En el Derecho sumerio, el matrimonio se consideraba todavía como "la compra de una mujer". Hamurabi dice del ladrón de mujeres: "Si uno lleva a la hija de otro por la fuerza, contra la voluntad del padre y de la madre, y tiene tratos con la víctima, el ladrón debe ser condenado a muerte por orden de los dioses".

“La esposa que odia a su marido y le dice: "Tú no eres mi marido", debe ser lanzada al río atada de pies y manos o ser arrojada desde lo alto de la torre del recinto.”

La poligamia era tolerada hasta cierto punto: cada hombre podía tener una segunda esposa cuando la primera no le daba hijos. De la misma manera, en el antiguo Israel, Lía y Raquel llevaron consigo otras dos mujeres para Jacob, como dote matrimonial. Como muchos otros pueblos orientales, los babilonios consideraban como una desgracia el morir sin dejar sucesión. Creían haber dejado su vida incompleta.

Contratos matrimoniales

Se conservan dos interesantes contratos matrimoniales entre un hombre, que para facilidad de la exposición llamaremos Abraham, y una mujer (Sara) y su esclava (Agar). Dice el primero: “Sara y Agar han llegado a ser las dos mujeres de Abraham. Si Sara y Agar dicen a su marido "Tú no eres nuestro marido", deberán ser arrojadas desde lo alto de la torre. Pero si Abraham dice a sus esposas "No sois mis esposas", éstas deberán ausentarse de su casa. Agar deberá lavar los pies a Sara, llevar su silla a la casa del dios, peinar a su señora y velar en todo por su bienestar. No abrirá lo que está cerrado y, cada día, molerá la harina para el pan de Sara. Cuando Sara esté deprimida y con mal humor, Agar deberá estar también deprimida y con mal humor. Si Sara está alegre y de buen humor, Agar deberá estar también alegre y de buen humor”. O sea que la segunda mujer deberá entretener a la señora de la casa, ayudarle en su adorno y secundarla en sus caprichos y en sus estados de ánimo.

El contrato de matrimonio de Agar comienza así: “Abraham ha tomado como esposa a Agar, hermana[38] de Sara”. Luego sigue la lista de todos los deberes con Sara. “Todos los hijos de Agar, tanto los habidos como por haber, son hijos de las dos hermanas: Si Sara dice a su hermana Agar "No eres mi hermana", Agar deberá abandonar la casa. Pero si Agar dice a Sara "No eres mi hermana", Agar será vendida por dinero.”

Antes de Hamurabi, a ningún hombre le era difícil separarse de su mujer. “No eres mi mujer” le decía sencillamente en público, y con una pequeña indemnización el divorcio se convertía en efectivo. Si, por el contrario, la mujer quería separarse de su marido y le decía “No eres mi marido”, se la castigaba por insubordinación y se la arrojaba al río. La ley de Hamurabi significó una reforma fundamental en este terreno. Los derechos del marido fueron limitados, mientras que la mujer recibía, en ciertos casos, el derecho legal del divorcio. En primer lugar, el marido no estaba autorizado a repudiar a su mujer por causa de esterilidad, y si bien es cierto que en este caso tenía el derecho de tomar una segunda mujer, debía seguir conservando a la primera.

Hamurabi concedió a la mujer el derecho de solicitar el divorcio cuando el marido abandonaba el domicilio conyugal sin verdadera razón, cuando era castigada o cuando la despreciaba groseramente. He aquí el texto de la ley para este último caso: “Si una mujer se muestra esquiva hacia su marido y le dice "No me toques", deberá manifestar las razones por las cuales niega a su marido los derechos conyugales. Si tiene razones fundadas, por ejemplo, si su marido vaga de acá para allá y la descuida gravemente, tendrá el derecho de pedir la dote y volver a casa de su padre. Por el contrario, si ella tiene alguna cosa que reprochar, si abandona la casa y descuida al marido sin razón, la tal mujer deberá ser arrojada al agua”.

[38]Se las consideraba como hermanas, aunque no lo fueran en realidad porque ambas eran esposas del mismo hombre.

Moral familiar y sexual

El poder de los padres sobre los hijos también fue limitado. Se lee en las antiguas leyes sumerias: "Cuando un hijo dice a su padre "Tú no eres mi padre", se le debe hacer con hierro candente la marca de los esclavos, encadenarle y venderle. Si dice a su madre "Tú no eres mi madre", se le debe marcar con hierro al rojo vivo y echarle de casa y de la ciudad. Si un padre dice a su hijo "Tú no eres mi hijo , el hijo debe abandonar la casa paterna. Si una madre dice a su hijo "Tú no eres mi hijo", el hijo debe abandonar la casa y los bienes". Los padres tenían, pues, el derecho de renegar de sus hijos sin más trámite.

El código de Hamurabi decreta que se necesitan atestiguar razones sólidas para renegar del hijo y que el juez deberá realizar una investigación.

Los hijos adoptivos, nacidos de mujeres sin derecho a tenerlos, todavía tenían una suerte mucho más penosa en la legislación de Hamurabi. "Cuando el hijo de una mujer pública o de una sacerdotisa del templo dice a su padre adoptivo 'Tú no eres mi padre", o a su madre adoptiva "Tú no eres mi madre", se le debe cortar la lengua. Si un hijo de esta especie vuelve junto a su mala madre, se le debe arrancar un ojo."

La adopción tenía una gran trascendencia en la vida de los antiguos babilonios; era un medio de proporcionarse mano de obra barata y, después de la muerte, un pariente que velaría para que el alma recibiera las ofrendas prescritas en la forma deseada.

El que seducía a la prometida de otro, según las leyes de Hamurabi debía perder la vida. "Cuando la mujer de alguno haya sido sorprendida con otro hombre, los dos serán atados y arrojados al agua, si el marido no perdona a su mujer y si el rey no perdona a su compañero", es decir, al cómplice del adulterio.

"La mujer casada que asesinara a su marido por estar enamorada de otro hombre será empalada."

En los casos más graves de malas costumbres, los cómplices eran quemados en la hoguera o condenados al destierro.

El legislador concede especial atención a las tabernas. A menudo eran regentadas por mujeres y servían también de lupanares.

A las prostitutas, que estaban bajo la vigilancia del Estado, se les permitía establecer una posada y frecuentar las tabernas. Pero si una prostituta del templo —mujer que se entregaba al libertinaje sagrado, por decirlo así— entraba en una taberna o abría un establecimiento de este género, pasaba a formar parte del libertinaje profano y corría el peligro de acabar en la hoguera.

La ley del Talión

En las penas consistentes en golpes, heridas y otros castigos físicos aparece el viejo principio de los antiguos israelitas: "¡Ojo por ojo y diente por diente!". Al que dañaba el ojo del prójimo se le infligía el mismo daño; al que rompía la pierna de otro se le rompía también la suya. Estas penas severas solamente se llevaban a cabo cuando la víctima era un personaje. En los demás casos, el agresor era castigado con una simple multa.

Hay que observar que el principio "ojo por ojo y diente por diente" era también aplicable a los médicos incompetentes culpables de una falta profesional. Incluso quien

construía una casa estaba expuesto a los riesgos de la ley: "Cuando un constructor levanta una casa tan negligentemente que se derrumba y mata al propietario, el constructor debe ser condenado a muerte. Si muriera el hijo del propietario, el hijo del constructor debe ser condenado a muerte también. Si muriera el esclavo del propietario, el constructor deberá dar a su cliente un esclavo para sustituir al esclavo perdido".

"El derecho de Hamurabi se esfuerza por ser justo y por solucionar todos los casos —dice Bosch Gimpera—, resolviéndolo todo sin términos medios y sin entender de móviles ni intenciones que desvirtúen en un sentido o en otro los actos y sus consecuencias: o se tiene razón o se tiene culpa. Complemento del derecho es la organización de la administración de justicia, que se separa de los templos, no interviniendo los sacerdotes más que en la prestación de juramento, prueba que a falta de otros indicios es decisiva en muchos casos. Los jueces son el consejo de "ancianos de la ciudad", presididos por el *rabianu*, alcalde o gobernador nombrado por el rey. Para casos importantes hay un tribunal con jueces vitalicios, de nombramiento real también, y aún un tribunal superior de apelación en Babilonia, al que puede acudir cualquiera de las partes que se considere lesionada por la sentencia. Se regula la marcha del procedimiento judicial, el castigo de las demandas injustas, el falso testimonio y la prevaricación del juez, el procedimiento de prueba, que en defecto de documentos o testigos es el juramento, y aún la ordalía o prueba del agua."

La antigua sociología babilónica

Tratándose de una recopilación de leyes de un pueblo comerciante, el código de Hamurabi incluye numerosas cláusulas económicas y sociales. Fija el salario de los obreros agrícolas y de otros, limita la dureza del aprendizaje, determina el precio de la ubicación de animales y herramientas, prevé las indemnizaciones en los accidentes de trabajo, se ocupa de los contratos comerciales de asociación, comisión y sociedad, fija el interés anual del 20 al 33,33%, según los casos, reglamenta los depósitos bancarios, etc.

El código de Hamurabi revela igualmente la existencia de tres clases sociales: hombres libres, esclavos —entre los cuales se contaban también los prisioneros de guerra y los ciudadanos reducidos a condición servil por deudas— y libertos.

Hamurabi quería impedir la explotación del débil por el fuerte, y por eso fija un precio máximo para los productos de primera necesidad, como el trigo, los dátiles, el aceite y la lana. Pero la promulgación y la aplicación de una ley son cosas muy distintas en todas las épocas; "hecha la ley, hecha la trampa". Estamos seguros de que, en numerosos casos, los trabajadores de este tiempo recibían apenas la mitad del salario que se les debía dar según lo legislado., En esta época, como en todas, la ley de la oferta y la demanda debía tener más fuerza que todos los decretos del gobierno.

Las leyes de Hamurabi tienen en muchos aspectos una semejanza sorprendente con la ley de Moisés, elaborada cinco siglos más tarde. Sólo una diferencia esencial distingue los dos sistemas: las leyes de Hamurabi son de carácter puramente jurídico, mientras que las leyes mosaicas lo tienen religioso e insisten claramente en el aspecto ético del derecho.

El derecho promulgado por Hamurabi con su Código vino a poner fin seguramente a un desorden jurídico inmenso, consecuencia de la diversidad de pueblos del imperio, cada uno con sus costumbres y normas propias. Para conseguir la tan necesaria ordenación verificó su compilación legislativa, que tiene por base el antiguo derecho sumerio, aunque adaptado a las nuevas necesidades, y además redactado en lengua acadia para su más fácil comprensión.

Anteriormente a este monarca, otro rey amonita, Sumula-ilu, había intentado, aunque sin lograr la amplitud de Hamurabi, una unificación jurídica similar. Una vez promulgado el derecho de Hamurabi, produjo sin duda incalculables beneficios, y puede decirse que fue el modelo de todos los códigos orientales, como así lo confirman los que han llegado hasta nosotros, como el asirio, el hitita y el hebreo.

Una jurisprudencia humana

Las leyes de Hamurabi no se preocupan del aspecto religioso de los delitos: las penas dependen del daño causado. No prescriben el amor al prójimo ni promueven el sentimiento de la culpabilidad personal; la intención de dañar, ni se nombra. Pero el código tiene en cuenta, en ciertos momentos, los sentimientos del malhechor o del acusado y las circunstancias externas del instante en que se cometió el delito; sin embargo, estos casos son excepcionales. Por regla general existe una norma invariable en la determinación del castigo: las leyes adquieren así una falta tal de piedad que son causa de injusticias. Pero aunque las leyes de Hamurabi nos parezcan hoy crueles e injustas, no debemos olvidar que en su época representaron un enorme progreso.

El gran legislador se esforzó en aplicar el derecho de la manera más humana, de ayudar a los socialmente débiles y asegurarles una existencia digna. Sus leyes concedían gran atención a la protección de la viuda y del huérfano, de los menores de edad expuestos a los malos tratos de un padre tirano, de las mujeres frente a sus corruptores. Velaban también para impedir el tomarse la justicia por propia mano. El que quería ejercer por sí mismo la venganza de un daño sufrido, perdía el derecho de acudir a la justicia de los tribunales.

La venganza y la justicia personal eran, pues, delitos contra la ley. Desde este punto de vista, el código de Hamurabi supera al de los judíos. Una vez prohibidas estas cosas, los tribunales pudieron ser lo que Hamurabi quería que fuesen: un recurso para todos los ciudadanos respetuosos con las leyes, en particular los débiles y los oprimidos.

El código de Hamurabi conservó todavía su importancia mucho tiempo después de la caída del imperio de Babilonia. El Derecho, babilónico tuvo un renacimiento durante el imperio persa y sobrevivió en el Derecho musulmán y quizá también en el romano.

UNA SUPERESTRUCTURA PATRIARCAL

Administración y paternalismo

El padre de la patria decidía en todas las actividades nacionales. Cuando la corte de Babilonia o una expedición militar tenía necesidad de víveres u otros artículos, el soberano en persona daba a sus gobernadores la orden de enviar el grano.

Se ha encontrado una correspondencia bastante importante de los reyes de la Babilonia antigua; las cartas hablan a menudo de retrasos en el pago de impuestos e indican que éstos no son populares entre los habitantes de los valles del Tigris y del Éufrates. Los sucesores de Hamurabi escribían cartas a los contribuyentes recalcitrantes con frases tan patriarcales como ésta: “¿Cómo no os da vergüenza obrar así?”.

El rey no dependía enteramente de los impuestos para sus gastos y los de su corte, sino que poseían grandes rebaños de ganado vacuno y lanar, y muchas cartas nos muestran cómo se interesaba por sus rebaños. Por ejemplo, da orden a un gobernador de

enviar hombres para ayudar en el esquileo de las ovejas, o mejor, para quitar la lana del lomo de las ovejas, pues así se hacía en aquella época.

El gobierno del imperio fue organizado por Hamurabi con la mayor firmeza, conservando el propio rey la suprema decisión de todos los asuntos y manteniendo continua correspondencia con los altos funcionarios, por ejemplo, con Sin-idinam, gobernador de la provincia meridional, que comprendía Larsa, Erech o Uruk, Ur, Lagash, etc. En el archivo del Estado se conservaba toda la documentación, tramitándose los asuntos por escrito mediante un procedimiento y unas fórmulas fijadas regularmente, pero sin trámites superfluos ni palabrería inútil. Los impuestos eran recaudados puntualmente, consistiendo ya en prestaciones en especie —trigo, dátiles, sésamo—, ya en metálico. El servicio militar era obligatorio, con un ejército permanente; las levas eran organizadas metódicamente por oficiales reales encargados especialmente de ello. Entre los soldados destacaba una clase que recibía del Estado ciertas parcelas para cultivarlas, y se transmitían de padres a hijos con la obligación del servicio militar.

Su majestad inspeccionaba personalmente sus rebaños y velaba también para que le proporcionaran madera de los bosques que cubrían las tierras pantanosas del Sur; asimismo, se preocupaba del transporte de la madera una vez talada.

Para prevenir el hambre, durante los años en que la cosecha era escasa, el rey construyó un enorme granero en Babilonia y depositó allí gran cantidad de trigo en reserva. Hamurabi podía decir con pleno derecho: “Yo soy el buen pastor; yo reúno mi rebaño disperso y le doy pasto en abundancia”.

Correspondencia privada

Entre los textos cuneiformes de la antigua Babilonia que han llegado hasta nosotros figuran una gran número de cartas particulares que permiten, por vez primera en la historia del mundo, darnos una idea de la vida del hombre de la calle. Hay, por ejemplo, una carta que un obrero ocupado en los trabajos de un canal envía a su padre. Comienza expresando el deseo de que los dioses protejan a su padre y le conserven la salud. “¿Cómo estás? Contéstame en seguida”. Cuenta luego que trabaja en una estacada, y añade: “En el lugar en que me encuentro actualmente es imposible encontrar alimento. Te mando dinero. Envíame pescado por el valor de esa suma o alguna otra cosa que comer”.

He aquí la carta de amor más antigua del mundo: “Así habla Gimil-Marduk a su amada: ¡Que los dioses nos conserven el amor! ¡Escríbeme para darme noticias tuyas! Mira, fui a Babilonia y no te pude ver, y estuve muy apenado. ¡Dime cuándo vas a volver para que pueda recuperar mi alegría! Vuelve en el mes de Arachsama (noviembre). ¡Ojalá vivas eternamente para hacerme feliz!”.

Hay una carta de un muchacho a su hermana. El joven acaba de prometerse y se siente feliz y orgulloso de haber sabido conquistar el amor de su prometida. “Me ha hecho un gran honor”, escribe. Pero teme que su hermana no mire las cosas desde el mismo punto de vista, y añade: “¡Si no aceptas a mi prometida, dejarás de ser mi hermana!”.

Existe otro documento interesante. En esta carta se ruega al destinatario que no use de sus derechos tan despiadadamente, sino que trate a los demás con un poco más de humanidad. Este destinatario recibe el nombre de “amigo de los hombres”, sin duda con la esperanza de que no hará desmentir el apóstrofe. He aquí el motivo de la misiva: un hombre pobre debía grano al destinatario de la carta y, cuando le fue posible pagar su

deuda en la fecha prevista, su acreedor le arrebató su única sirvienta, “la muchacha que se ocupa de su casa y muele la harina de su pan”. El pobre deudor exhorta, pues, al despiadado acreedor a devolverle la muchacha.

Otra carta nos lleva a una prisión de Babilonia. El autor es un hombre detenido por un error judicial, que escribe a su dueño. El infeliz preso está en trance de fallecer de hambre: “Enviadme ajos y cebollas, que si no me muero de hambre”, suplica. “¡Y un vestido para que pueda cubrir mi desnudez! Si el portero que transmite mi carta no recibe un regalo también, los perros me devorarán!” Pero su amo debía darle en propias manos todo lo que le mandaba. “Ya anteriormente me habéis enviado obsequios, pero nadie me los ha entregado.”

Decadencia del primer imperio babilónico

Durante el tiempo que Hamurabi y otros soberanos enérgicos reinaron en el país de los dos ríos, pudieron ser rechazados los frecuentes ataques de los pueblos bárbaros. Pero los babilonios, como todos los pueblos de elevada cultura que gozan de cierto bienestar, acabaron por enervarse. Los comerciantes de Babilonia preferían pagar tributo a los conquistadores extranjeros que arriesgarse a una guerra que pudiera perjudicar su comercio.

A finales del antiguo imperio babilónico, el número de campesinos libres disminuyó de manera notoria, ya que las tierras fértiles habían sido absorbidas por la Corona, los templos y el gran capital. La condición de los campesinos libres degeneró progresivamente hasta la servidumbre, disminuyó el poder defensivo del país y el imperio babilónico comenzó a quebrantarse por todas partes. Hacia el año 1530 antes de Cristo sufrió derrotas por parte de los hititas y otros pueblos extranjeros. Después, el país cayó bajo la dominación de un pueblo vecino, los asirios, aunque Babilonia siguió siendo el centro de la vida cultural en toda la región del Tigris y del Éufrates.

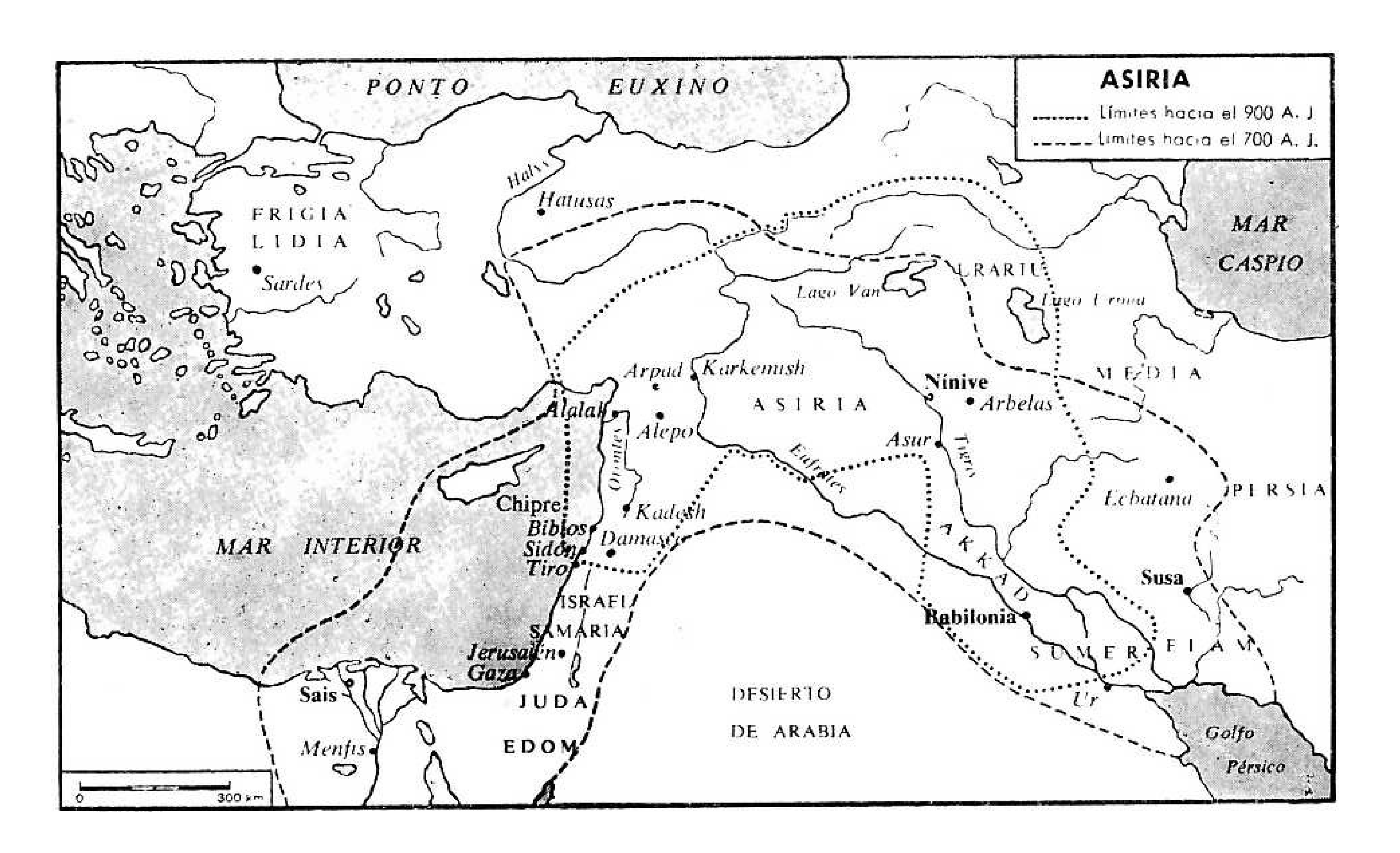
EL IMPERIO ASIRIO

Sus campañas de conquista

Como los babilonios, los asirios eran semitas. Su imperio recibió el nombre de su dios principal, Asur, y su primera capital se llamó de la misma forma. Más tarde, Nínive se convirtió en el centro del imperio asirio, que desde mediados del segundo milenio antes de Cristo comenzó a adquirir una importancia mundial; llegó a ser superior incluso al imperio egipcio en las épocas de su mayor esplendor[39]. Los asirios conquistaron Babilonia, Siria, Palestina y, durante algún tiempo, una parte de Egipto. Uno de sus reyes, el más sediento de conquistas, fue Teglatpileser, quien vivió hacia 1100 antes de Cristo.

---

[39]Shamshi-Adad I (hacia 1890 antes de Cristo) sometió "el país situado entre el Tigris y el Éufrates", mención la más antigua que se conoce acerca del concepto geográfico de *Mesopotamia*. Fue el primer príncipe asirio que adoptó un titulo de soberanía universal, llamándose "rey de Shishatu”, que se suele traducir por rey del mundo, aunque de hecho no signifique probablemente otra cosa que el dominio de las comarcas septentrionales del valle mesopotámico. Constituyó un alarde militar de aquellos feroces montañeses, que empezaron a considerar la guerra como un arte, y que sabían cruzar los ríos sirviéndose de odres hinchados sujetos al cuerpo, en lugar de pasar sobre puentes improvisados.



ASIRIA
Límites hacia el 900 A. J
Límites hacia el 700 A. J.
PONTO
EUXINO
MAR
CASPIO
FRIGIA
LIDIA
Sardes
Hatusas
Lago Van
ASIRIA
Arpad
Karkemish
Alepo
Alalah
Orontes
Nínive
Arbelas
Asur
Tigris
Eufrates
MEDIA
Ecbatana
PERSIA
Susa
AKKAD
Babilonia
SUMER
Ur
Golfo
Pérsico
Chipre
Biblos
Sidón
Tiro
SAMARIA
Gaza
JUDA
EDOM
DESIERTO
DE ARABIA
MAR INTERIOR
Sais
Menfis
0
300 km

"No he encontrado otro semejante en el combate", declara con solemnidad en sus documentos. Cuenta, además, que ha sometido a los países de cuarenta y dos reyes y que ha extendido su imperio hasta las orillas del Mediterráneo y las montañas de Armenia. Nunca tantos pueblos habían pagado tributo a Asiria. En una inscripción, Teglatpileser añade que ha recibido "presentes del rey de Egipto", entre ellos un cocodrilo y monos.

Dedicaba su extraordinaria energía al acrecentamiento de su país y a la organización de la agricultura y la ganadería.

Los asirios constituían un verdadero azote para las demás naciones. Para imponer su yugo a los pueblos vencidos, utilizan un nuevo método: deportaban a las clases dirigentes de los países conquistados a Asiria y poblaban los nuevos territorios con colonos asirios. Su manera de hacer la guerra era terrible. En una inscripción, el rey Asurnasirpal II, quien murió hacia 860 antes de Cristo, se-enorgullece de las hazañas siguientes: "He quemado a muchos enemigos. A otros les he perdonado la vida. He cortado los brazos o las manos a algunos de ellos. A otros les he cortado la nariz y las orejas. He arrancado un ojo a muchos hombres". Otra de sus torturas era desollar vivo a un hombre, arrancarle la lengua o cortarle los labios. Las cabezas de los cadáveres se amontonaban en pirámides o eran colgadas en los árboles, como trofeos. Parecida sevicia usarían algunas veces los otomanos en pleno siglo pasado.

En los desfiles triunfales de los reyes asirios, los monarcas vencidos debían tirar del carro real y, frecuentemente, llevar a la espalda la cabeza cortada de uno de sus compatriotas. Después, se les pasaba un anillo por la nariz o a través de sus labios y se les enviaba a trabajos forzados; también se les encerraba en una especie de jaula con perros o cerdos, que luego era expuesta a las puertas de la ciudad, para que el pueblo pudiera escupir sobre los vencidos.

Un régimen feroz e inhumano

La crueldad del pueblo asirio puede comprobarse en su propio Derecho. En el transcurso de las excavaciones de Asur, a principios de nuestro siglo, los arqueólogos alemanes descubrieron unos textos de leyes que datan de 1300 antes de Cristo, aproximadamente; o sea, casi quinientos años después de las leyes de Hamurabi; sin embargo, son mucho menos avanzadas. El Derecho asirio prevé la flagelación para muchos delitos y, para otros, estos castigos: horadar las orejas y tirar de ellas por detrás mediante un cordón; ablación de los labios, de la nariz, de las orejas y de los dedos; mutilación del rostro. La castración sancionaba toda clase de delitos contra el pudor y la decencia.

Sanherib o **Senaquerib** (hacia 705-681 antes de Cristo) hizo grabar estelas reales cuyas inscripciones nos producen cierta impresión de modernidad en la redacción de sus textos. En uno de ellos el soberano refiere las obras del ensanche urbano de Nínive y la construcción de la Calle del Rey; luego añade una ordenanza de tipo municipal, en la que se dispone que la anchura de la calle sea de 52 codos —equivalente a unos 26 metros—; debajo de esta cifra deja en blanco la línea siguiente, acaso con objeto de subrayar la importante notificación que arriba contenía, o bien para repetir dicho número con signos fenicios, que eran sin duda bastante mejor conocidos del bajo pueblo, pues se los encuentra a menudo empleados en tabletas de arcilla junto a los cuneiformes. Y añade: "Aquel de los habitantes de Nínive que en lo sucesivo edifique su casa contraviniendo la anchura prescrita de la calle, será empalado en el alero de su casa".



Nínive. Reconstrucción hipotética.

El castigo más extendido para los malhechores era el del palo, y los que habían cometido delitos muy graves eran desollados vivos. El derecho matrimonial de los asirios tiene cierto parentesco con el hebreo. Cada hombre tenía la obligación de aceptar en su casa y cama a la viuda de su hermano, aunque estuviese ya prometido o casado con otra mujer; pero, en cambio, el proceso para el divorcio era más sencillo que en Babilonia. "Cuando un hombre abandona a su mujer, puede darle cualquier cosa, si ello le agrada. Si no le agrada, no tiene obligación de darle nada; y en este caso debe abandonar la casa con las manos vacías."

La esposa que no daba hijos a su marido, no tenía, al contrario que en Babilonia, ningún derecho a heredar de él; sólo podía disponer de lo que su marido le hubiera dado en vida. Cuando una mujer casada era sorprendida en flagrante delito de robo en otra casa, su marido le debía cortar las orejas, si éste aceptaba devolver al perjudicado los bienes robados. Pero si el marido rehusaba devolverlos, la víctima del robo se convertía en dueño de la ladrona y le cortaba la nariz.

La aplicación del principio "ojo por ojo y diente por diente" también la encontramos en un documento jurídico de finales del período asirio. Según este documento, el hombre que mata a una esclava que pertenece a otro está obligado a darle una esclava propia y los hijos de ésta al dueño de la víctima, para "lavar la sangre con ello. Si no da su esclava, se la debe matar sobre la tumba de la muerta".

Cuando una mujer era sorprendida por su marido en manifiesto delito de adulterio, éste tenía el derecho de matar a su mujer y al amante, o si lo prefería, cortar la nariz de su mujer y castrar al culpable y mutilarle el rostro. Pero cuando el marido burlado perdonaba a su mujer, debía hacerlo también con el cómplice. Abusar de una mujer casada se castigaba con la pena de muerte.

En público, las mujeres desposadas tenían la obligación de llevar velo, que era el símbolo del derecho exclusivo de un marido. Pero una mujer pública debía llevar el

rostro descubierto; si aparecía con velo, se exponía a recibir cien palos o a que le embadurnaran el rostro con alquitrán.



Asurbanipal durante una cacería.

La vestimenta nacional de los asirios era una especie de delantal y una camisa, siendo la pasamanería adorno característico del traje de las clases pudientes; apenas ha habido pueblo que la haya usado tanto. Algunos personajes de la corte nos parecerían hoy afeminados; cuidaban mucho la barba, y quienes no la tenían natural, se la ponían postizas, entrelazándola a menudo con hilo de oro, para avivar su brillo; teñíanse las cejas de negro y el rostro de colorete y blanquete. Tales cuidados de tocador contrastan con su entusiasmo por las armas. ¿Por qué será que hoy nos cuesta tanto entender la compatibilidad que ellos veían entre los perfumes y piedras preciosas con que adornaban sus cuerpos, y los carros de batalla (que ya apareen en los relieves del siglo XIII antes de Cristo).

Asurbanipal y la primera biblioteca del mundo

El más poderoso de todos los reyes asirios posteriores a Asurnasirpal fue **Sargón II**, que vivió hacia el 700 antes de Cristo y fue el único que gobernó sobre los territorios

situados entre el Mediterráneo al oeste, el Tigris al este, los desiertos de Arabia al sur y las montañas de Armenia al norte.

Asurbanipal fue el último en la larga serie de conquistadores, y reinó de 668 a 630 antes de Cristo. Los griegos falsearon su nombre, convirtiéndolo en Sardanápalo, e hicieron circular relatos insensatos sobre este poderoso monarca, relatos que recogieron de los persas. Pintaban a Sardanápalo como un sarasa que vivía en su palacio “igual que una mujer" y mataba el tiempo en "hilar lana púrpura de la más fina". Puede que sí, puede que no. Lo que no cabe desmentir es la existencia de murales de caza en la Sala de los Leones del palacio de Asurbanipal, donde le vemos luchando con un león y hundiendo una lanza en las fauces del salvaje animal[40].

Asurbanipal no solamente era un gran cazador, sino también un valiente guerrero, un audaz arquitecto y un propulsor entusiasta de las ciencias y de la literatura. Él mismo afirmaba que como mejor pasaba el tiempo era leyendo tablillas de piedra "más antiguas que el Diluvio"; es decir, descifrando textos sumerios. Sus ansias de saber llevaron a este poderoso imperialista a fundar la más antigua biblioteca estatal conocida en el inundo. Gracias a él, que mandó reunir una enorme colección de textos cuneiformes en tablillas de arcilla, la posteridad posee un cúmulo de datos preciosísimos, de los que podemos sacar un conocimiento muy amplio de la civilización del país del Éufrates.

Más de veinte mil tablillas de éstas se han descubierto en las ruinas del palacio de Asurbanipal en Nínive. Actualmente se hallan en el British Museum. En ellas, las inscripciones cuneiformes están muy juntas, y muchas son microscópicas, tanto que la mayor parte de los signos no pueden leerse más que con lupa.

Pero este asirio no era lo bastante civilizado para vencer su innata crueldad; al contrario, cuenta con orgullo cómo "mató igual que a corderos" a los habitantes de una ciudad conquistada.

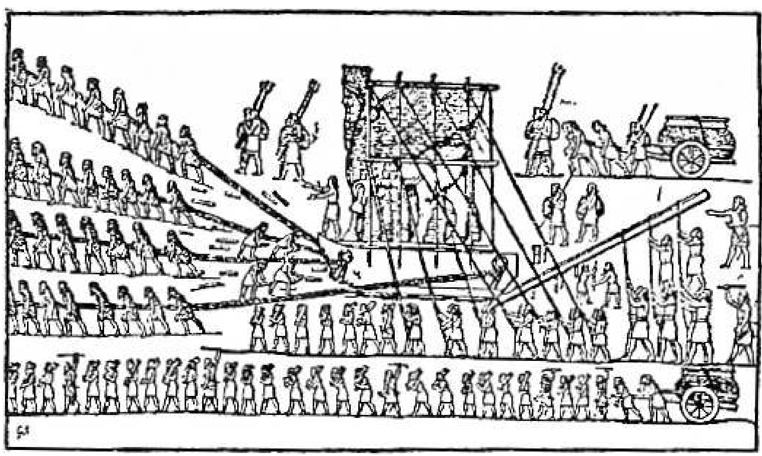
Asurbanipal no temía en absoluto turbar el reposo de los muertos en el país sometido. Después de una victoria sobre los elamitas, a su paso por Susa robó los sarcófagos de los reyes difuntos y llevó sus despojos a Nínive. "Así, los espíritus de los muertos estuvieron sin reposo", dice este maníaco de la venganza.

La biblioteca de Asurbanipal consiste, en su mayor parte, en copias de antiguas obras babilónicas que este rey amante de las letras coleccionaba. A cada paso reivindica el honor de haber salvado de la decadencia las creaciones espirituales de la cultura babilónica, pero el interés de Asurbanipal por estas colecciones no significa que su época se distinga por sus innovaciones en el terreno cultural. Otro conjunto de importancia extraordinaria es la correspondencia. Gracias a sus cartas muy diversas se puede decir, sin exagerar, que conocemos mejor los sucesos internos del reino asirio que los de muchos períodos posteriores de la historia. Lo mismo que las cartas del tiempo de Hamurabi, esta correspondencia atestigua que, en todas las circunstancias, cualquiera podía dirigirse al rey en persona. Un barquero que tenía que transportar la colosal estatua de un toro alado escribe: "Al rey mi señor, vuestro servidor Asurbani: salud al rey, mi señor. Asurmuki me ha encargado que transporte el gran toro y los querubes[41] de piedra. Los barcos no son suficientemente sólidos y, además, no están dispuestos. Pero si tiene la benevolencia de hacernos algún regalo, haremos que estén prestos y puedan remontar el río".

[40]Según consta en los textos cuneiformes, Asurbanipal cazó 30 elefantes, 370 leones y 257 fieras de diversas clases.

[41]Esfinges aladas de cabeza humana, cuerpo de león y patas de toro.

Otras muchas cartas tratan de la importancia de caballos y mulos del Asia Menor para las cuadras reales. Incluso se consulta al rey si estos animales deben instalarse en la cuadra o ser enviados al pasto.



Transporte de un toro alado asirio.

La destrucción de Nínive

Como su vida, la muerte de Asurbanipal está envuelta en leyendas. Según persas y griegos, fue el último rey de Asiria, y cuando no pudo oponer más resistencia a los enemigos que invadían su país, se encerró en su palacio de Nínive y se hizo quemar con su harén y todos sus tesoros. En realidad, Asurbanipal murió pacíficamente, bien aposentado en el trono que tanto amaba.

La catástrofe sobrevino después, en el reinado del segundo sucesor, Sarakos, que fue vencido por los medos, pueblo originario de las mesetas del Irán. En el año 612 antes de Cristo, los invasores ocuparon Nínive y, para no caer en manos de sus enemigos, el propio rey buscó la muerte en las llamas. Seguidamente, los vencedores se entregaron a una venganza terrible contra el pueblo que durante tan largo tiempo fue el azote de la humanidad. Hombres, mujeres y niños, casi todo lo que recordaba el nombre asirio, fue exterminado. Nínive, Asur, los soberbios palacios y los templos fueron entregados a las llamas y desaparecieron de la superficie de la Tierra. De manera súbita, el imperio asirio fue precipitado de la cumbre de su orgulloso poder a la nada y su civilización enterrada en polvo y ceniza.

Con la muerte de Asurbanipal se precipita el derrumbamiento de Asiria. Los medos y los neobabilonios coaligados llegaban a la meta de su objetivo: "Después de una terrible lucha, fue tomada la ciudad". Un profeta bíblico, Nahum, había vaticinado así el final de un imperio de tiranía secular y cruenta: "¡Ay de la ciudad sanguinaria, todo ella mentira, llena de violencia! Allí yacen multitud de víctimas, muchedumbre de muertos e infinidad de cadáveres...!" Sofonías, profeta contemporáneo del anterior, había predicho también la catástrofe: "Luego extenderá Yahvé su mano contra el norte y destruirá Asiria, y convertirá Nínive en una desolación, en un lugar árido como el de cierto" (2,13).

Nínive sucumbió abrasada y destruida, y desapareció aquella metrópoli en donde se cursaron tantas órdenes que llenaron el viejo mundo de terror y de lágrimas durante varios siglos, de donde partieron expediciones guerreras destinadas a ocupar países, atormentar a los

pueblos con dolor, dirigir deportaciones en masa y practicar el genocidio en gran escala. El Fértil Creciente con mayor libertad y los pueblos torturados cantaban su júbilo al surgir una nueva esperanza.

Los profetas hebreos habían augurado que la metrópoli asiria se convertiría en páramo seco y desolado cruzado por pastores y animales, donde el pelícano y el puerco espín se alojarían entre las ruinas y los capiteles derribados. Cuando el inglés Leonard W. King y otros arqueólogos llegaron en exploración al Tigris, observaron que, en afecto, abundaban los pelícanos, y al examinar la situación de la ciudad arruinada, antes de iniciar las excavaciones, vieron abundantes púas de puerco espín en los orificios y galerías de los montículos de escombros donde los tímidos animalitos habían hallado alojamiento.

La destrucción de Nínive fue tan absoluta que cuando un ejército de unos diez mil griegos, entre cuyos oficiales se encontraba el historiador Jenofonte, pasó, más de doscientos años después, por aquel lugar, no encontró huella alguna de la ciudad, cuyo asentamiento era bien conocido.

BABILONIA, GRAN METRÓPOLI

El nuevo imperio babilónico

Durante el período de decadencia en Asiria, después de la muerte de Asurbanipal, Babilonia volvió a ser un reino independiente, fundado por los caldeos, un pueblo semita que conquistó el país adyacente, fundó el Imperio Neobabilónico, luego ayudó a los medos a combatir al Imperio asirio y, tras la caída de Nínive, sometió la mayor parte del antiguo territorio asirio.

A partir del 604 antes de Cristo, los babilonios conocieron otra época de bienestar con el gobierno del animoso guerrero y gran arquitecto Nabucodonosor II. Adornó Babilonia con magníficas construcciones. El templo que mandó levantar en Bel-Marduk alcanzó celebridad. Según la costumbre babilónica, junto al complejo del templo se elevaba una alta torre dividida en varias terrazas. La de Babilonia poseía siete terrazas consagradas al Sol, a la Luna y a los demás cinco planetas conocidos en la época. Causaban gran impresión por sus cubiertas de tejas multicolores. La más bella era la terraza dorada del Sol. La terraza argentada de la Luna brillaba en la cima.

Las ruinas de esta torre aún existen en nuestros días y han impresionado profundamente la imaginación de los árabes que habitan en sus alrededores.

Los árabes veían en ellas los vestigios de la "torre de Babel", construida por los primeros hombres, pero una inscripción descubierta recientemente prueba que fue el rey Nabucodonosor quien ordenó levantar esta torre hasta el cielo. Allí se dice que la torre del templo era anterior a él, pero que sólo se componía de dos terrazas.

Nabucodonosor era no solamente un gran rey, sino también un hombre piadoso. Las oraciones dirigidas a Marduk, dueño supremo del mundo, y a su hijo, son tan puras y de tono tan elevado, que la literatura mundial tiene pocas obras comparables.

Nabucodonosor se hizo construir un lujoso palacio v, atendiendo ,i los deseos de su esposa, lo rodeó con un jardín colgante en forma de terrazas, los famosos "jardines colgantes de Babilonia", que, como las pirámides egipcias, se cuentan entre las siete maravillas del mundo. Cuando la Biblia y los escritores antiguos hablan de la magnificencia de Babilonia, hacen alusión, sobre todo, a la Babilonia de Nabucodonosor, que les causó una impresión imborrable. Los muros, templos, palacios

y casas particulares que fueron exhumados en nuestros días, datan, en gran parte, de aquella época.

Ciro ocupa la ciudad de Nabucodonosor

En sus inscripciones, Nabucodonosor se alaba muy especialmente de haber convertido a su soberbia capital en inexpugnable mediante fortificaciones. "El que venga con malas intenciones", no podrá penetrar aquí.

Cuando el rey dictaba tan orgullosas palabras, no podía prever que el único sucesor suyo que tuvo necesidad de estas fortificaciones no hizo ningún esfuerzo para defenderse y dejó caer a su capital inexpugnable, sin oposición, en manos de un soberano extranjero. Sin un golpe de espada, Babilonia abrió sus puertas al conquistador persa Ciro, a quien, una vez sentado en el trono, todos los príncipes vasallos del reino babilónico se apresuraron a besarle los pies y rendirle tributo.

Heródoto adorna con leyendas el relato de la caída de Babilonia. Según él, los babilonios estaban tan seguros de la inexpugnabilidad de su ciudad y confiaban tanto en la enorme cantidad de provisiones que habían almacenado, que a la llegada del enemigo a sus puertas estaban celebrando grandes fiestas. Pero Ciro desvió las aguas del foso de circunvalación, para que sus huestes pudiesen vadear el lecho, y mientras los babilonios estaban todavía entregados a la danza y disfrutaban de las fiestas, los persas se hicieron, dueños de la ciudad. La tradición judía también afirma que la caída de Babilonia sobrevino en el transcurso de grandes festejos.

En cambio, el relato que Ciro hace de la conquista de Babilonia menciona una fiesta religiosa en Babel, pero aclarando que aquélla tuvo efecto antes de la llegada de los persas.

Sin embargo, toda estratagema bélica era superflua, pues los babilonios recibieron a Ciro con los brazos abiertos y el conquistador, magnánimo, ahorró a Babilonia el triste destino de Nínive. Durante varios siglos, la ciudad siguió siendo la capital del Oriente, célebre por su afición al lujo y sus costumbres licenciosas. Después, poco a poco, otras ciudades alcanzaron una prosperidad igual y Babilonia fue abandonada y cayó en decadencia. Se cumplían las palabras del profeta Isaías: "Aullarán los chacales en los palacios y los lobos en las casas de recreo". Y así fue, exactamente.

Documentación neobabilónica

Entre los documentos neobabilónicos, ocupa lugar importante la colección de cartas. En ellas podemos leer cómo los padres que estaban de viaje saludaban a su familia; cómo pedían que cada uno supiera comportarse en casa; cómo escribían a amigos y a conocidos, y daban consejos sobre los asuntos domésticos. Un padre de familia cuenta a su esposa que gracias a los dioses se halla bien y que ha escrito a un comerciante para que envíe cierta cantidad de trigo a casa. Termina su carta con esta exhortación: "¡No seas negligente, sino cuidadosa en los trabajos domésticos! ¡Ruega a los dioses para que me ayuden y envíame pronto noticias por medio de alguien que viaje!" Es, sin duda, una carta modelo en su género y sin una sola palabra superflua.

Otra carta expresa impaciencia. Un hombre relata a su mujer las dificultades del viaje, pero a pesar de todos los inconvenientes, se encuentra bien; le extraña, sin embargo, que su mujer no le haya escrito todavía. "¿Por qué —escribe— no tengo noticias tuyas y no he recibido ninguna respuesta a todas las cartas que te he mandado?

Te he dicho: '¡Desde el momento en que emprenda el viaje, debes comunicarme todo lo que suceda en casa!' ¿Por qué, durante todo el mes, no he recibido ninguna carta tuya?" En conclusión, quiere saber de las incidencias y de la salud de su familia. Exactamente igual que hoy.

Babilonia se convirtió en sinónimo de urbe cosmopolita y ciudad de refinados placeres.



Los jardines colgantes de Babilonia. Reconstrucción hipotética.

Nabucodonosor se instaló en un palacio de singular magnificencia, acumulando en él todos los objetos de su propiedad, un gigantesco acopio de tesoros reales, destinado a que "lo contemplaran todos los pueblos de su imperio", adjudicándole con típica vanidad oriental el pomposo nombre de *Bît Tabraât Nishim* —traducido libremente, "gabinete de maravillas de la humanidad"—; en él se fue integrando un museo en que, hasta la época persa, se coleccionaron los más originales documentos, estatuas, relieves e inscripciones, e incluso se reunió allí una colección de magníficas tablillas de barro cocido. El llamado "prisma de arcilla" de Nabucodonosor contiene una relación detallada de todos sus funcionarios de la corte y de gobierno, con sus nombres y títulos, redactada en el año 570 antes de Cristo, momento

culminante del poderío de dicho monarca. Esta nómina, escalonada jerárquicamente por dignidades, es del mayor interés para conocer la extraordinaria influencia que en el Imperio neobabilónico alcanzara la burocracia anexa al rey autocrático, y constituye al mismo tiempo el más antiguo calendario cortesano y político que conocemos.

LA CIVILIZACIÓN MESOPOTÁMICA

UN ARSENAL DE ANTIGÜEDADES

Arqueología asiria y babilónica

Rastreando datos en la arqueología mesopotámica, se hallan escasos restos de la primitiva población prehistórica: instrumentos paleolíticos de pedernal; neolíticos, consistentes en cuchillos, hojas dentadas, puntas y martillos de serpentina y de otras piedras pulimentadas, procedentes de las regiones montañosas. En Mesopotamia faltaban la madera y la piedra de construcción; solamente podían obtenerse de los países limítrofes. En cambio, la arcilla posee condiciones apropiadas para amasar los materiales empleados en todo tiempo por los constructores, el adobe y el ladrillo. Ello explica las características de la arquitectura mesopotámica.

Este material poco noble impuso su peculiar sistema de construcción. Probablemente no tuvieron grandes dificultades en levantar muros de adobes y ladrillos, uniéndolos con asfalto o mortero de cal y ceniza. En cuanto a la cobertura de huecos y vanos no fue posible más que con arcos, bóvedas y cúpulas, de las que Herodoto vio ejemplares en Babilonia, y que aparecen representadas en relieves que los arqueólogos han estudiado concienzudamente. Para verificar algunas obras especiales, como los diques babilónicos del Eufrates, utilizaron piedra transportada desde lejanos puntos. Usaron también el mármol y el alabastro para jambas y umbrales de puertas, y debieron servirse de troncos de palmeras para algunos entramados.

El material disponible

Se podría afirmar que en parte alguna los arqueólogos han logrado triunfos semejantes a los conseguidos en suelo asirio. No es que los descubrimientos en las ruinas de Nínive y otras ciudades asirias tengan mayor valor intrínseco que los de Egipto, Asia Menor, Grecia o Italia, sino que la diferencia entre lo que sabemos ahora y lo que era conocido antes de las excavaciones es mucho mayor aquí que en cualquier otra civilización. Nínive y sus ciudades hermanas habían quedado de tal modo arrasadas que del orgulloso imperio que durante centenares de años impuso su ley a los pueblos del Asia Anterior no quedaban más que ruinas anónimas. Este interesante capítulo del desarrollo cultural de la humanidad parecía condenado al olvido. Sólo la Biblia proporcionaba unos pocos datos dispersos acerca de este terrible pueblo de conquistadores y conservaba un vago recuerdo de él. Pero cuando las ruinas comenzaron a hablar, lo hicieron con un lenguaje mucho más claro que el de Egipto.

En Babilonia, las obras arquitectónicas más antiguas que se han encontrado datan de principios del III milenio antes de Cristo. y sus edificios no tienen tanto interés en la historia de la cultura como los de Egipto. En Babilonia la piedra era tan escasa que

incluso los templos estaban construidos con ladrillos, bastante más inconsistentes que la piedra natural y menos a propósito para la decoración. Los más valiosos documentos referentes a la historia de Babilonia han sido hallados más allá de las fronteras de este país, en las ruinas de la antigua ciudad persa de Susa, lo que demuestra que en sus incursiones los elamitas se llevaron gran cantidad de monumentos babilónicos, entre otros la piedra donde estaba grabado el célebre código de Hamurabi.

En las propias ruinas de Babilonia, una sola clase de documentos aparecen en cantidad: acuerdos comerciales y letras de negocios en tablillas de arcilla. Se han conservado numerosas tablillas de ejercicios de escritura y de cálculo procedentes de las escuelas de los templos; manuales de gramática, de matemáticas y de astronomía; tablillas en donde están grabados cantos, oraciones, exorcismos y mitos. Los vestigios de Asiria, en donde disponían de piedra de construcción, son más variados. Los últimos reyes cubrían sus palacios con planchas de alabastro decoradas con esculturas en relieve y adornadas de inscripciones que contaban su vida y sus hazañas.

Antes de las excavaciones, las relaciones históricas entre Babilonia y Asiria se veían de manera exactamente contraria a la de hoy. Hasta ahora, la historia del Imperio asirio yacía oculta bajo las ruinas de sus ciudades, puesto que el reino entero fue aniquilado por un desastre y había sido barrido de la superficie de la Tierra. Por el contrario, las ciudades babilónicas sobrevivieron a la catástrofe y después del período persa siguieron manteniendo con los griegos contactos todavía más estrechos que anteriormente. Así, pues, sólo los historiadores griegos, sobre todo Herodoto, podían darnos un relato bastante completo de las vicisitudes ulteriores de los babilonios, basado en la tradición del mismo pueblo babilónico; en cambio, los griegos no tenían de Asiria más que datos inconexos y a menudo inexactos.

Gracias a esta catástrofe, que en 612 antes de Cristo, afectó a todas las ciudades asirias, las fuentes de la historia asiria han quedado intactas hasta el momento actual. Como siglos después en Pompeya, la catástrofe llegó tan súbitamente que los palacios y templos quedaron casi intactos bajo los escombros, igual que la ciudad romana bajo la lava del Vesubio.

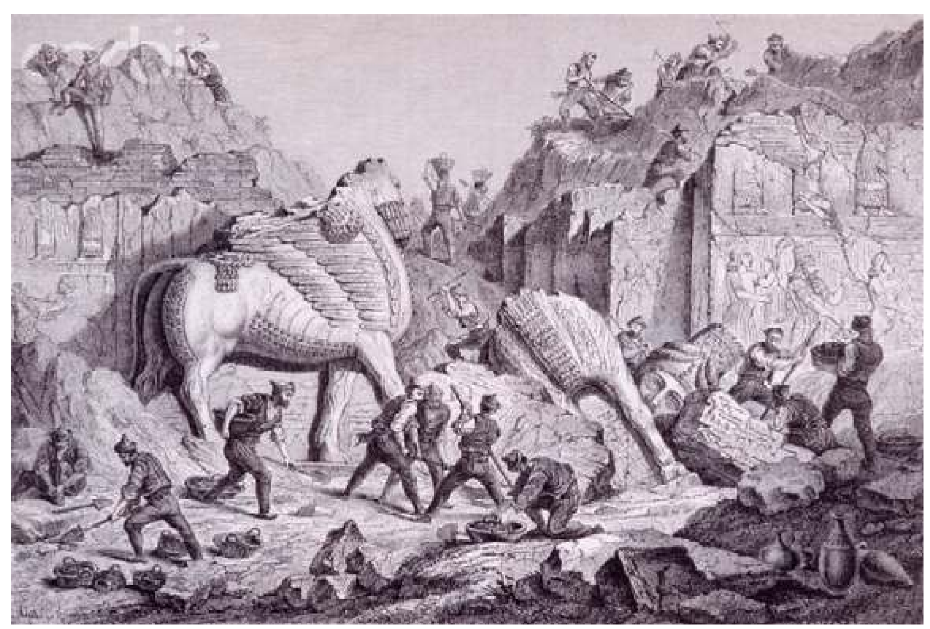
Además, en la Antigüedad, en muchas ocasiones las ciudades babilónicas habían sido ya saqueadas por los belicosos pueblos vecinos, sobre todo por los elamitas y los asirios, que se llevaron monumentos culturales de extraordinario valor. Después vino la caída.

Empiezan las excavaciones

En nuestros días, las excavaciones han sacado este mundo del olvido. El primer golpe de pala fue dado por un inglés, C. J. Rich, empleado de la Compañía del Asia Oriental en Bagdad. Todavía muy joven, en 1811, visitó las ruinas de Babilonia por vez primera y los vestigios de una época tan lejana despertaron en él un interés apasionado. Aquí, como en Nínive y en otros lugares, levantó planos, tomó apuntes y comenzó las excavaciones. Diez años más tarde moría del cólera. En comparación con los hallazgos de años posteriores, sus colecciones no tienen gran importancia; con todo, ocupan un lugar de honor en el British Museum porque representan el comienzo de la enorme cosecha recogida en el curso de los tiempos.

Los primeros grandes descubrimientos en territorio asirio fueron realizados por el francés Paul-Émile Botta, que en 1843 comenzó, con la ayuda del Estado francés, unas excavaciones en los alrededores de la antigua Nínive. Aquí, la pala puso al descubierto

los vestigios del palacio que Sargón II, el conquistador de Samaria, se hizo construir unos setecientos años antes de Cristo[42]. Botta tuvo que vencer dificultades increíbles debidas al clima malsano, a una población desconfiada, supersticiosa y avara, y al gobernador turco, que se manifestaba tan suspicaz como el resto de la población.



Excavaciones en Khorsabad. Siglo XIX.

No obstante, este infatigable servidor de la ciencia consiguió exhumar, habitación tras habitación, el imponente palacio de Sargón, edificio que se extendía en no menos de diez hectáreas. Los muros estaban adornados con dibujos e inscripciones que relataban la vida y la historia de los asirios; a la entrada, animales colosales montaban la guardia. La arquitectura asirla, totalmente desconocida antes, se reveló de repente a la posteridad y el palacio desenterrado impresionó tan vivamente a los sabios de Occidente como al mundo entero. Durante más de mil años, nadie en la región misma oyó hablar nunca de un palacio subterráneo. Y he aquí que un hombre llega de un lejano país del Oeste, un hombre cuyos antepasados eran todavía semibárbaros en la época en que el palacio de los reyes fue construido, y se dirigía sin vacilaciones al lugar escogido y decía: «¡He aquí el palacio, he ahí la entrada!». Y en seguida hacía aflorar de la tierra, como por ensalmo, maravillosos monumentos que los árabes y sus antepasados tuvieron a diario bajo sus pies sin sospecharlo siquiera. Por una maravillosa inspiración, resurgía el recuerdo de este pueblo que dominó en otro tiempo a todo el mundo civilizado y que permanecía vivo en una nación tan lejana y relativamente tan joven, siendo los extranjeros quienes mostraban a los habitantes del país los lugares donde se levantaban las grandes ciudades de su pasado.

En circunstancias sumamente difíciles, fue llevada a París una selección de objetos encontrados, silenciosos testimonios de pasada grandeza que hoy están en el Louvre. Muchas otras curiosidades asirias insustituibles, destinadas al mismo museo, se

[42]Se trata del palacio de Khorsabad, situado a unos once kilómetros al norte de Mosul.

encuentran por desgracia en el fondo del Tigris. Para su traslado, junto con parte del tesoro de las excavaciones simultáneas en Babilonia, fueron cargadas sobre dos almadías que zozobraron en las olas fangosas del río[43].

Las ruinas de Nínive y de Ur

Poco después del importante hallazgo de Botta, el inglés Austen Henry Layard descubrió otro gran palacio, el del rey asirio Salmanasar III, construido casi un siglo antes que el precedente y situado en Nimrud, capital del imperio con Asur y residencia del poderoso cazador Nemrod. Las excavaciones que Layard realizó aquí, en parte con la ayuda del gobierno británico, dieron resultados sorprendentes. Los muros del palacio estaban cubiertos con enormes placas de alabastro adornadas con relieves que descubrían escenas de la vida asiria a la asombrada posteridad. Por doquier se encontraron inscripciones que no pudieron ser descifradas hasta mucho más tarde.

Lo que Botta alumbró del subsuelo de Khorsabad era la majestuosa fortaleza residencia de Sargón II, rey de Asiria, pero ello no se supo hasta más tarde. Si Botta hubiera podido leer las tabletas con inscripciones que se encontraron en Khorsabad, hubiese ido más orientado. *Dur-Sharrukin*, es decir, «fortaleza de Sargón», rézaban las inscripciones cuneiformes que en el año 1843 todavía no podían ser descifradas. La traducción de las mismas no fue intentada hasta unos quince años después. En 1857, los ingleses Rawlinson e Hincks y el francés Oppert, independientemente unos de otros, consiguieron traducir el texto, obteniendo el mismo significado, y así quedó garantizada la traducción de los textos asirios para lo sucesivo.

En seguida, Layard dirigió sus tareas hacia las ruinas de la antigua Nínive, donde también descubrió, entre otros interesantes vestigios, un palacio real, construido por el déspota Senaquerib, tan conocido por el Antiguo Testamento, que murió en 680 A. Continuadas las excavaciones por cuenta del British Museum, se encontraron igualmente las ruinas de otro palacio construido un poco más tarde por Asurbanipal. Pero el descubrimiento más estimado fue evidentemente la gran biblioteca de éste, entre cuyas tablillas de arcilla se encontraron más tarde los célebres relatos babilónicos de la creación del mundo y del Diluvio.

La historia del descubrimiento de Nínive no dejó de tener para los sabios franceses cierto regusto amargo. Al empezar los ingleses sus exploraciones, los franceses se habían reservado una parte de las colinas de la comarca donde se verificaban. En los límites asignados a las excavaciones británicas salió a luz un gigantesco palacio y fue entonces cuando pudo ser identificada la histórica y bíblica Nínive. Quedaba como un enigma lo que contendría en su subsuelo el sector francés. El explorador Rassam aprovechó una oportunidad favorable: en ausencia de su jefe, el inglés Rawlinson, director de las excavaciones, y a la luz plateada de la

---

[43]En octubre de 1844, las tablas con bajorrelieves, los textos que contenían los anales, junto con varias esculturas y fragmentos de columnas, emprendieron un viaje de aventura. De Khorsabad, la preciosa carga bajó por la corriente del Tigris, en barcas y almadías. Una vez en Basora, en el golfo Pérsico, el buque *Cormoran* cargó tan valiosos objetos y se dirigió a Europa. El pueblo parisiense experimentó una enorme emoción, pues el asunto interesaba tanto a los sabios como al público en general.
En uno de los magníficos salones del Louvre decorados por Percier y Fontaine, el rey Luis Felipe abrió al público con gran solemnidad, el primero de mayo de 1847, la colección integrada por los primeros testimonios arqueológicos de aquel antiguo reino tan citado en los textos bíblicos. Y así fue fundado el primer museo asirio del mundo.

luna, realizó una interesante excursión por el terreno reservado a Francia. Al primer golpe, dio con el palacio de Asurbanipal y con la célebre biblioteca de este soberano, la más notable del antiguo Oriente, cuyas veinte mil tablillas pasaron al British Museum. Las tablillas contenían la sustancia histórica y espiritual del país mesopotámico, de sus pueblos y sus reinos, de su historia y su cultura, de sus religiones y literatura, con la epopeya de los sumerios sobre el diluvio universal y el poema épico de Gilgamesh.



Sir Austen Henry Layard

Entretanto, los arqueólogos franceses e ingleses seguían en Babilonia y hacían descubrimientos importantes. Se encontraron allí objetos de arte de cinco mil años de antigüedad que atestiguan una elevada civilización y se descubrieron también las ruinas de Ur de los caldeos, morada del patriarca Abraham. En esta zona de marismas, donde el calor tórrido y los enjambres de mosquitos propagan las fiebres, el trabajo era todavía más difícil y peligroso que en Asiria.

El santuario de Nipur

En 1888, los trabajos de arqueología de ingleses y franceses fueron emulados por los Estados Unidos. En efecto, la universidad de Filadelfia envió una expedición a Babilonia y sus resultados fueron sorprendentes, Se dijo que los americanos harían un descubrimiento que, en su clase, no sería *the biggest in the world*, sino más bien *the oldest*, es decir, no el mayor del mundo, sino el más antiguo. Al parecer, el templo que los americanos descubrieron en la ciudad babilónica de Nipur es el más antiguo, al menos en lo que concierne a los cimientos, y a la sombra de este templo consagrado a Bel el profeta Ezequiel tuvo una visión: la de unos seres cuyo «ruido de alas era semejante al bramido de poderosas aguas».

Nipur se halla situado en un lugar próximo a la actual aldea de Niffer, en la región central del que fue imperio babilónico. Abunda en ruinas interesantes cuya exploración inició Layard, director de la Babylonian Expedition de la universidad de Pensilvania. En 1909 se descubrió el grandioso templo de Enlil, en cuyo archivo se encontraron decenas de miles de tablillas, con importante documentación.

Las ruinas de este notable santuario, con sus torres en forma de pirámide, quedaron cubiertas en el transcurso de milenios por tan gran cantidad de barro y polvo que la construcción está ahora a treinta metros de profundidad. En Nipur se han descubierto también casi sesenta mil tablillas de arcilla con textos cuneiformes, en su mayor parte procedentes de los archivos del templo y que se refieren a contabilidad o a administración; las demás tablas cronológicas, oraciones, himnos, exorcismos y otros textos religiosos, pueden considerarse como literatura. Muchas de estas tablillas datan del III milenio antes de Cristo y pertenecen, en consecuencia, a la literatura más antigua que se conoce. Con este descubrimiento fue posible establecer el elevado nivel alcanzado por la civilización sumeria hace cuatro mil años.

De los objetos descubiertos en Nipur, la parte más importante fue llevada al museo otomano de Constantinopla, según las prescripciones legales, pero el sultán cedió a la universidad de Filadelfia una porción del tesoro.

Otros descubrimientos en Mesopotamia

Los alemanes aparecieron en el terreno de las excavaciones en el año 1899 y en Mesopotamia tuvieron la suerte de hallar uno de los más interesantes sectores de investigación y que prácticamente estaba inexplorado; la propia Babilonia, la gran metrópoli a quien Herodoto, que no siente reparo ante exageración alguna, atribuía una superficie igual a las que hoy ocupan Londres y París juntos. En aquel momento, la reina de las urbes de la Antigüedad todavía reposaba bajo escombros.

Los arqueólogos alemanes habían levantado el velo de lo que era la cultura babilónica en la época de su mayor esplendor.

Antes de estas excavaciones se ignoró durante mucho tiempo cómo los babilonios decoraban sus muros de toscos ladrillos al no disponer de piezas de alabastro, material inexistente en aquel país. Los arqueólogos alemanes hallaron la respuesta: los babilonios decoraban sus muros con láminas de piedra, esmaltadas y decoradas con dibujos multicolores de leones soberbios, toros imponentes y dragones fantásticos.

Además de la antigua Babilonia, los arqueólogos alemanes descubrieron otras ruinas babilónicas casi intactas, entre ellas Asur, la más antigua capital del Imperio asirio. A pesar de ciertas circunstancias desfavorables, realizaron excavaciones que dieron resultados extraordinarios y que han arrojado alguna luz sobre el misterio que, hasta entonces, rodeaba la cultura y los orígenes del Imperio asirio.

En verdad, sólo se encontraron los cimientos del célebre templo de Asur, pero ello es suficiente para demostrar la edad impresionante de este santuario.

Junto con los templos y los palacios, las excavaciones de Asur y de Babilonia han descubierto los vestigios de las casas de sus ciudadanos en cantidad bastante para considerarlas barriadas. La misma arquitectura de los palacios está aquí reducida a pequeña escala: gruesos muros de ladrillo, carencia de ventanas y cuartos que dan a un patio abierto. Pero los más importantes descubrimientos de los alemanes en Asur son,

quizá, las innumerables inscripciones sobre objetos de piedra y de arcilla cocida, de valor inestimable para la arqueología, la lingüística y la historia de las religiones.

Cargamentos enteros de textos cuneiformes y de otros documentos sobre la historia del país de los dos ríos fueron a parar a los museos de Londres, París, Berlín, Constantinopla y Filadelfia.

EL FASCINANTE LABERINTO DE LAS INSCRIPCIONES

La escritura cuneiforme

Las inscripciones cuneiformes no fueron al principio más que curiosidades, pero el genio de los hombres penetró el misterio de estos antiguos textos. Fue el comienzo de la asiriología.

Lo que se sabía anteriormente de los asirios y los babilonios se debía a griegos curiosos que viajaron por el imperio neobabilónico antes de que su cultura desapareciera del país. Pero los historiadores griegos poseían la mayor parte de sus conocimientos sobre los asirios y babilonios gracias a los persas, más aficionados a la leyenda que a la verdadera historia. Además, los persas habrían faltado gravemente a la cortesía oriental si no hubieran accedido a satisfacer el deseo de los extranjeros que les preguntaban sobre aquellos antiguos tiempos. Y aun cuando sus relatos no se ajustaban mucho con la verdad, ¿qué importaba? El caso era quedar bien.

Herodoto nos explica, con optimismo, que los persas aprendían desde su infancia a decir siempre la verdad, detalle digno de escaso crédito y que no fue desmentido por sus informadores, que jamás ostentaron la virtud que les atribuía. Pero los persas eran demasiado inteligentes para manifestar la menor sorpresa cuando este occidental les dedicó un análisis tan bello de su carácter nacional.

Las informaciones proporcionadas por Herodoto y otros griegos son bastante inferiores a lo que el Antiguo Testamento nos cuenta del país de los dos ríos y de su pueblo, cuyos relatos sólo describen, naturalmente a los asirios y a los babilonios en sus relaciones con Israel y Judá, con lo que no pueden ofrecernos una visión de conjunto.

Mesopotamia, sin embargo, tuvo su historiador, el sacerdote Beroso, que vivió en la época de Alejandro Magno. Era caldeo, pero escribía en griego, y disponía de los archivos políticos y religiosos de Babilonia. Sólo él nos hubiera podido dar una relación digna de fe, no únicamente de la historia de su país, sino también de la de naciones vecinas; desgraciadamente, su obra ha llegado a nosotros muy deteriorada.

Nueva técnica caligráfica

El haber logrado descifrar la escritura cuneiforme es una de las mayores conquistas del genio humano.

Trazados sus signos sobre tablillas o cilindros de arcilla cuando ésta aún era blanda, confiere a la escritura un carácter particular. Los asirios y los babilonios no escribían sobre papiro, sino que practicaban incisiones en esta arcilla. Sus archivos y bibliotecas estaban constituidos por ingentes montones de tablillas. Cuando un babilonio había terminado una carta, metía en el horno la tablilla todavía blanda y su escrito se hacía indeleble... Como vemos, «quemar una carta» tenía en aquel tiempo un sentido distinto al que hoy le damos.

La escritura cuneiforme fue, al principio, una escritura ideo-gráfica semejante a los jeroglíficos de los egipcios. Ello no ofrece duda alguna. Se puede seguir la evolución de numerosos signos cuneiformes a partir de verdaderos dibujos, por ejemplo, los de un pez, un pájaro, un rostro o el agua.

Probablemente, fueron los sumerios quienes inventaron los signos de la escritura cuneiforme, siendo después copiados por los habitantes semitas del país del Éufrates y adaptados a su propia lengua. Con el tiempo, la escritura ideográfica se convirtió en silábica, tanto en Mesopotamia como en Egipto. Pero los babilonios no fueron más allá de la silábica.

Así, pues, la escritura mesopotámica conoció en este sentido una simplificación, al mismo tiempo que señaló en el aspecto exterior de la escritura una evolución semejante a la que hizo de los jeroglificos egipcios una escritura cursiva. Pero la grafía cuneiforme perdió todo parentesco con la antigua escritura ideográfica, cosa que no ocurrió con la cursiva egipcia; aquélla, para el profano, aparece como una colección de trazos en forma de cuña alineados de manera aparentemente arbitraria.

En busca de la clave interpretativa

No fue en tierras de Babilonia o de Asiria donde se encontró la clave de la escritura cuneiforme, sino en Persia. Y es que los persas heredaron esta escritura de los babilonios y la fueron simplificando hasta que sólo conservaron unos cuarenta de los quinientos signos originales.

En el transcurso de los siglos, los viajeros que visitaban Persia se detenían en las ruinas de la antigua ciudad de Persépolis y algunos mostraban particular interés por los misteriosos signos grabados en los muros y columnas; por su parte, los indígenas veían en ellos fórmulas mágicas cuyo significado sería algún día revelado a los hombres.



Georg Friedrich Grotefend

Un joven profesor alemán, Georg Friedrich Grotefend, sería el primero en penetrar el misterio. En su infancia su mayor placer consistía en solucionar acertijos y enigmas similares, y, siendo adulto, trabajó mucho tiempo en copiar inscripciones cuneiformes. En 1802, veinte años antes de la hazaña de Champollion, y a sus veintisiete de edad, llegó a un resultado decisivo.

Dos inscripciones descubiertas en el portal de un palacio real de Persépolis, y que supuso indicaban los nombres y títulos de los reyes que lo hicieron construir, dieron al joven investigador la clave del enigma. Según uso muy antiguo, los nombres de los reyes persas debían ir en primer lugar y después seguir sus títulos tradicionales: «Gran soberano, rey de reyes».

Las figuras siguientes nos permitirán seguir la interpretación de Grotefend. Separadas las palabras por trazos oblicuos en forma de punta de lanza, vemos que el segundo y el cuarto vocablos son idéticos, tanto en la primera como en la segunda inscripción; deben, por tanto significar *rey*.

Vemos, además, que en los dos casos la quinta voz comienza con el mismo signo que la segunda y la cuarta, pero hay una terminación que Grotefend supuso sería la del genitivo plural. Según él, la quinta palabra debía significar de *reyes*, y la tercera, *grande*; se leía, pues, desde la segunda a la quinta palabras de ambos textos, *rey grande, rey de reyes.* En cuanto a los dos primeros vocablos, ¡debía ser nombre de soberanos!

Conocer tales nombres era más importante que interpretar las demás palabras, pues sirviéndose de ellos podría conocer la pronunciación de los signos que formaban dichos nombres. Grotefend descubrió que la primera voz de la primera inscripción se repetía en la sexta palabra de la segunda con algunos signos suplementarios, y supuso que estos signos eran la desinencia del genitivo y que esta voz era seguida de la palabra *rey*.

Grotefend dedujo que el rey citado en la segunda inscripción era el hijo del que se mencionaba en la primera. Si la hipótesis era exacta, lo que comprobó seguidamente, la octava palabra de la segunda inscripción, debía significar *hijo*. En la primera inscripción encontró esta voz en el noveno lugar; por consiguiente, el vocablo anterior podía ser muy bien el nombre del rey a quien estaba dedicada la primera inscripción.

Inscripciones regias

Grotefend hizo además otro descubrimiento importante: el padre del rey de la primera inscripción no llevaba título real, contrariamente al padre del rey en la segunda inscripción.

Nuestro joven investigador disponía ya de tres palabras en escritura cuneiforme que indicaban otros tantos personajes de la Historia persa unidos por lazos familiares; uno era el padre; el otro, el hijo, y el tercero, el nieto. El hijo y el nieto eran reyes, pero no el padre. Estableciendo este diagrama genealógico

2
1 y *4*
3

con los números representando los lugares que toman los tres nombres en ambas inscripciones, ¿quiénes podían ser tales soberanos? Grotefend pensó en el primer rey de los persas, Ciro, cuyo padre, Cambises, no era rey, y a quien sucedió su hijo, llamado también Cambises. El diagrama habría sido, pues:

2	Cambises
1 y *4*	Ciro
3	Cambises

Pero esto no podía ser exacto, pues el 2 es distinto del 3 en las dos inscripciones. Tampoco podía ser Artajerjes el primer nombre en las inscripciones cuneiformes porque tiene demasiadas letras. Este otro diagrama, en cambio, satisfacía todos los puntos de vista (incluso en el de la longitud de los nombres):

2	Histapes
1 y *4*	Darío
3	Jerjes

pues el padre de Darío, Histapes, no era rey. Sin embargo, Grotefend no esperaba encontrar la forma Darío, utilizada por los romanos tras haberla tomado de los griegos, los cuales no eran precisamente modélicos cuando de transcribir nombres extranjeros se trataba.

La forma griega era *Dareios*, pero Grotefend encontró un auxiliar mucho más valioso en la forma hebrea del nombre: *Darejavesch*. La forma persa era, en efecto, *Darjavausch*.

Después, el célebre lingüista danés Ramus Rask llegó a traducir la séptima palabra de la primera inscripción, y entonces se pudieron leer las nueve primeras palabras: *Darío, rey grande, rey de reyes, rey de naciones, hijo de Histapes.*

La traducción completa era, pues:

Darío, gran rey, rey de reyes, señor de naciones, hijo de Histapes, Aqueménide que construyó este palacio de invierno.

Y la de la segunda inscripción:

Jerjes, gran rey, rey de reyes, hijo del rey Darío, Aqueménide.

Finalmente, Grotefend llegó a conocer la pronunciación de algunas letras. Descompuso los nombres propios y dio a cada signo cuneiforme un valor fonético. Cometió algunos errores, pero en general su interpretación se considera todavía como buena en el momento actual. Así, pues, los tres nombres deben leerse como sigue:



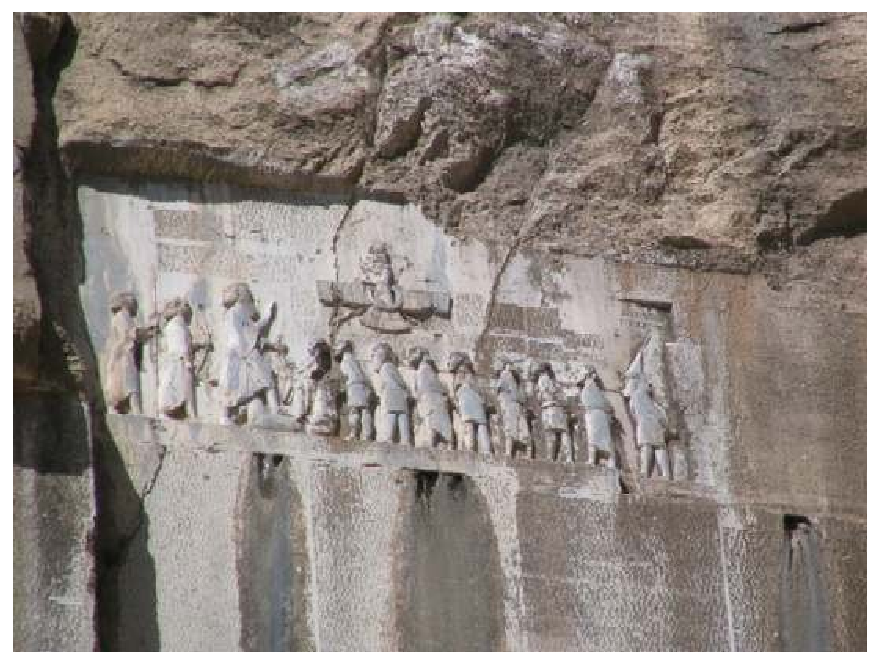
De arriba abajo: Tres nombres de reyes persas que en griego se leen: Xerxes, Dareios e Hystapes.

La roca de Behistún

Las hipótesis de Grotefend fueron confirmadas veinte años más tarde, en el Louvre, valiéndose de un maravilloso vaso de alabastro que llevaba grabada una corta inscripción, en parte cuneiforme y en parte jeroglífica. Nadie había conseguido descifrar todavía ninguna de estas inscripciones, pero gracias a la clave descubierta por Grotefend un sabio francés reconoció el nombre de Chschjarscha (Jerjes) en caracteres cuneiformes, y Champollion tradujo los jeroglíficos de este mismo nombre. Por tanto, los dos lingüistas más geniales del siglo estaban de acuerdo.

Sólo la Sociedad Real de Ciencias de Gotinga tenía poca confianza en los trabajos de Grotefend y no se atrevió a publicarlos. Por tanto, los descubrimientos de este adelantado de la epigrafía quedaron casi desconocidos y ello tuvo una grata consecuencia sorprendente: otro investigador, un oficial inglés, atraído por la ciencia, Henry Rawlinson, llegó a descifrar las inscripciones cuneiformes persas sin conocer a Grotefend. Hacia 1830, el servicio militar le llevó a Persia, y durante su estancia se interesó por ciertas inscripciones que antes ya llamaron la atención de muchos turistas. Estas inscripciones estaban grabadas en una alta pared rocosa, cerca de Behistún, sobre la antigua pista militar que unía Babilonia con la Media Central[44].

[44]La roca de Behistún se halla en plena cordillera de los Zagros, en las cercanías de Kermanshah, a doscientos cincuenta kilómetros de Bagdad y a unos ciento treinta de la frontera de Persia con el Irak. La roca perpendicular se levanta imponente a unos quinientos metros sobre la llanura, que forma un huerto regado por el manantial que brota a los pies de la peña. Dícese que la reina Semíramis ya había hecho grabar su imagen en aquella roca, llamada por los antiguos "Bagistanonoros". Pueden apreciarse perfectamente en la roca las esculturas y unas mil líneas de escritura cuneiforme; aquéllas representando al rey Darío empuñando un arco con la mano izquierda y con la diestra levantada en actitud amenazadora. Su pie derecho está sobre un enemigo vencido, el medo Gaumata, y detrás del monarca aparecen dos guerreros, como "guardias de corps": Gobrias el armígero y Astathenes el arquero. Delante del rey aparecen nueve hombres atados a una cuerda que se enrolla en sus cuellos y con las manos atadas a la espalda; el tercero y el último son ancianos, los otros de mediana edad, y sus nombres los proporciona por su orden la inscripción.

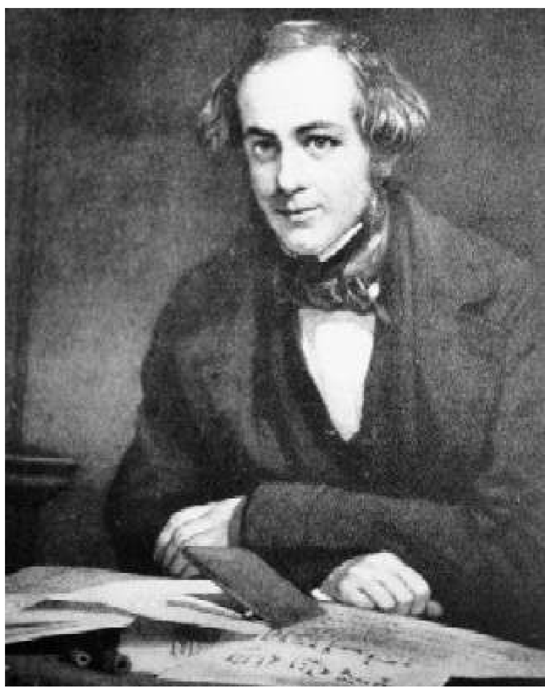


La roca de Behistún.

Hoy sabemos que estas inscripciones rupestres se deben a Darío. La roca fue alisada y pulida hasta una altura de 100 m y luego se esculpió un enorme relieve en la parte superior representando al rey sentado en su trono, con el pie sobre la nuca de un pretendiente a la corona. Ante el rey se inclinan nueve jefes rebeldes, encadenados uno con otro. Debajo de este grupo escultórico, una inscripción perpetúa el combate de Darío contra los rebeldes y su expedición al país de los escitas. El texto está reproducido en las tres lenguas principales del reino de Darío: el persa antiguo, la lengua de Susa y la de Babilonia.

Joven y lleno de energía, Rawlinson acometió la empresa de copiar los diferentes signos, trabajo erizado de dificultades que le exigió años enteros. Dos franceses que realizaron el viaje con la misma intención volvieron a su país declarando que las inscripciones eran indescifrables. Pero Rawlinson alcanzó su objetivo y después intentó interpretar los signos cuneiformes persas. Y lo consiguió a grandes rasgos. En los textos constaban el nombre, los títulos y la genealogía de Darío. Sin saberlo, Rawlinson confirmó las teorías de Grotefend y además pudo corregir ciertos errores de su predecesor.

Tanto las figuras como la misma inscripción no comienza al pie de la roca, donde hubieran estado expuestas a un mayor peligro de destrucción, sino a unos noventa metros sobre el suelo. Encima de todo lo grabado se cierne el símbolo de la divinidad. La peña se halla cuidadosamente pulida y llenas de plomo derretido las grietas y cavidades; la inscripción está cubierta con una especie de vitrificado, para dar a las letras una silueta más marcada y protegerlas de la erosión de los elementos.


Henry Rawlinson.

Crítica documental

Después, otros muchos lingüistas mejoraron las interpretaciones de Grotefend y de Rawlinson y desvelaron el misterio de la lengua de Susa, de grafía cuneiforme algo más antigua, que probablemente era la hablada por Ciro. Estos últimos trabajos fueron resultado de nuevos descubrimientos de inscripciones trilingües.

Cuando se piensa en las muchas dificultades que tuvieron que vencer los sabios iniciadores para desentrañar estas lenguas muertas, no es extraño que numerosos eruditos duden aún de nuestro conocimiento real sobre esta antigua escritura. ¿Quién nos asegura que el rey Nabucodonosor, conocido por la Biblia, se llamaba en lengua babilónica Nabu-kudurri-usura que el verdadero nombre de Teglatpileser era Tuklati-apil-Escharra y que los contemporáneos de Jerjes le llamaban Cn-sch-jar-scha?

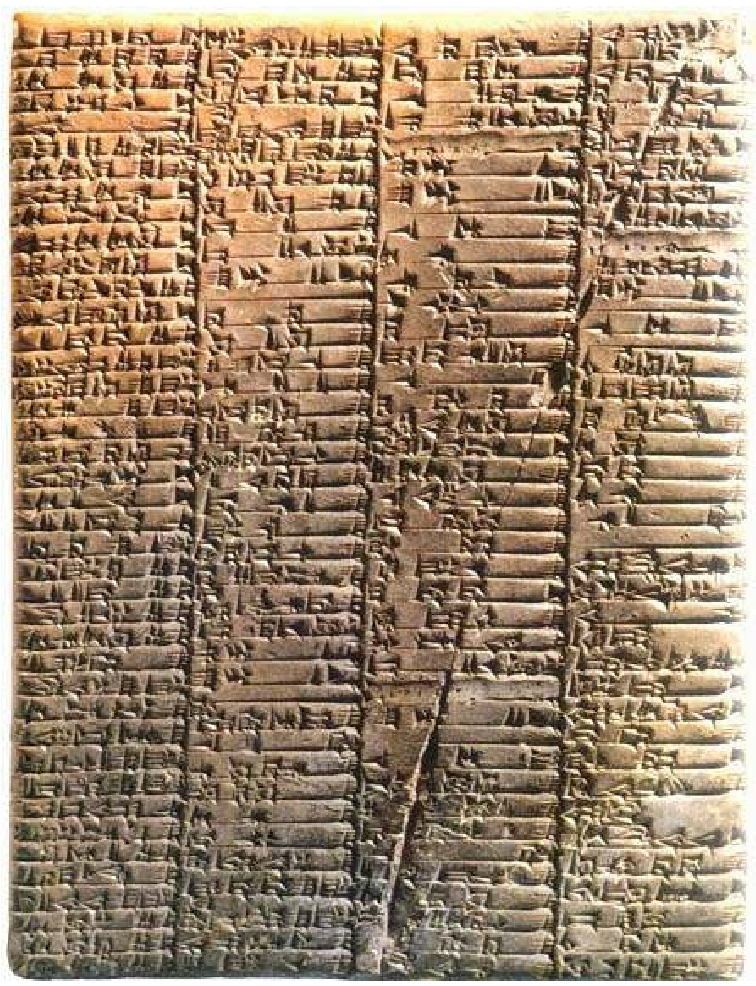
La prueba se llevó a cabo en 1857, cuando la Real Sociedad de Orientalistas de Londres entregó a Rawlinson y a tres investigadores más, sin que cada uno supiera que el trabajo había sido encargado a los otros, un cilindro de arcilla asirio que acababa de ser descubierto y les rogó que enviaran su traducción bajo sobre sellado. Las cuatro traducciones fueron tan semejantes que disiparon cualquier duda. No obstante, la asiriología y la egiptología todavía presentan enigmas lingüísticos.

Las inscripciones que rememoran las hazañas de los distintos reyes son, evidentemente, las más interesantes para el estudio de la historia asiriobabilónica. Sin embargo, es necesario someter estos documentos a una crítica concienzuda, pues los reyes en cuestión, fieles a la tradición oriental, minimizan las derrotas y otros reveses o los pasan sencillamente por alto.

Cuando se comparan las cuatro inscripciones que refieren la guerra de Salmanasar que data de 854, se ve la cifra de enemigos muertos variar entre los 14 000 y 29 000, y otras dos inscripciones dedicadas a un combate de menor importancia dan 300 y 3400 enemigos muertos, respectivamente.

Los documentos históricos recuperados en las excavaciones no nos proporcionan una historia coherente de los asiriobabilonios, sino un relato evolutivo en el que hay bastantes lagunas. En todo caso, actualmente poseemos numerosos hitos ciertos en torno a los cuales podemos agrupar los descubrimientos arqueológicos y los personajes de la Historia.

A Rawlinson, sobre todo, es a quien debemos los valiosos documentos cuneiformes que el British Museum pone a disposición del mundo entero. Él tomó la iniciativa de esta obra gigantesca que comprende reproducciones muy cuidadosas de los textos cuneiformes más importantes.



Tablilla de la cancillería sumeria con escritura cuneiforme.

ECONOMÍA Y SOCIEDAD MESOPOTÁMICAS

Agricultura, pesca y caza

Los griegos consideraban Babilonia como una tierra de promisión para el agricultor. Herodoto cuenta que sus cosechas daban de 200 a 300 veces el peso de la siembra, aunque debemos recordar que tales declaraciones son a menudo exageradas.

Aun en las fértiles tierras de Babilonia, el campesino podía sentirse feliz cuando su campo daba 60 veces el peso del trigo sembrado. De todas formas, tales cosechas eran seis o siete veces mayores que las de los griegos.

Los autores romanos se extasían ante este edén de cereales inagotables y de bosques de palmeras, y en donde las vides se enroscan a los troncos de los árboles y se doblaban bajo el peso de los racimos.

Podemos imaginar la importancia del cultivo del campo con sólo recordar el papel que ha desempeñado en la economía del país y en las rentas de los soberanos.

El código de Hamurabi fijaba ya los deberes de veterinarios especializados, responsables ante la ley de los tratamientos que aplicaban a los animales enfermos.

El Tigris y el Éufrates, llenos de peces de toda clase, sobre todo carpas y anguilas, ofrecían también grandes riquezas. Desde los tiempos más antiguos, el derecho de pesca estaba limitado por el derecho de propiedad, y pescar en aguas de otro era un delito. Sin duda estaba considerado como una recompensa para el ribereño encargado de cuidar la parte del canal que atravesaba sus tierras.

Asiria era mucho menos fértil que Babilonia, pero, en cambio, era un verdadero paraíso para el cazador. Los reyes babilónicos y asirios sentían, en general, un placer desmedido por la caza, como su antepasado Nemrod, «el gran cazador ante el Eterno».

Hacia el año 2000 antes de Cristo abundaban aún los leones en Asiria y Babilonia. Lo atestiguan los numerosos párrafos del código de Hamurabi; por ejemplo: «Si alguien arrienda un buey o un asno y un león mata a este animal en el campo, solamente el propietario correrá con la pérdida». Por lo que se refiere a los elefantes, no se hace mención de ellos hasta la época de Asurbanipal, hacia el año 900 antes de Cristo.

El asno salvaje era la pieza favorita, pues rivalizaba en velocidad con la gacela.

El caballo, en cambio, no era originario de Mesopotamia, y hasta poco después de Hamurabi no comenzó a utilizársele en las tareas domésticas. Se sabe que este noble animal era desconocido durante el reinado de Hamurabi, pues el código sólo cita asnos y bueyes, carneros y cerdos. El apelativo que los babilonios daban al caballo era el de «asno de la montaña», lo que indica el país de origen de este animal. Introducido por los pueblos asirios, durante muchos siglos los babilonios no utilizaron el caballo como animal de silla, sino de tiro, sobre todo en tiempos de guerra. Después, el uso del carro de guerra lo extendió por el Asia anterior, Egipto, Creta y Grecia. Finalmente, a partir del siglo XVI ocasionó una nueva revolución en al arte de la guerra.

Un pueblo de comerciantes

La agricultura era la base de la civilización babilónica, pero el refinamiento de esta cultura se debía principalmente a las riquezas que reportaba el comercio. Desde antes de los profetas de la Biblia, Babilonia era «el país de los comerciantes». Así, cuando los egipcios todavía no conocían más que el comercio de trueque, los babilonios ya reglamentaban sus operaciones comerciales con trozos de oro y de plata de un peso

determinado, unidades de peso de metal precioso que se convirtieron progresivamente en unidades monetarias. Otros pueblos orientales adoptaron asimismo de los babilonios los términos con que designaban las medidas y los pesos. Estas costumbres penetraron hasta en Greda. En cada compra, a cada convenio para un alquiler o un arrendamiento, se debía establecer un contrato escrito firmado por las dos partes contratantes y por testigos. En Babilonia se han encontrado archivos enteros de documentos semejantes, por ejemplo, los de la firma comercial Egibi e Hijos, y, en Nipur, los ficheros de Maraschschu e Hijos.

Los documentos judiciales y comerciales hallados en Babilonia atestiguan una vida económica asombrosamente intensa. En la antigua Babilonia se podían fundar sociedades, obtener garantías para un empréstito, declararse en quiebra y no pagar a ciertos acreedores más que el 50 % de su deuda, a otros el 25 % y a algunos menos todavía. También se podía abrir una cuenta corriente en un banco y pagar con cheques. Y los documentos judiciales que han llegado hasta nosotros nos muestran la alta estima que tenía la Justicia de entonces por los textos interminables y circunstanciados. Casi todos los convenios comerciales y legales están pactados poniendo por testigo a las divinidades. En un principio, el juramento consistía en una invocación a los dioses rogándoles que castigaran al firmante que quebrantara el contrato. «Que Marduk acorte los días que le quedan por vivir», era el juramento que atraía una maldición sobre el perjuro.

Un interesante convenio entre un padre y su hija, de hacia fines del imperio neobabilónico, comienza así: «Estoy enfermo —habla el padre—. Mi hermano me ha echado de su casa y mi hijo me abandona a mi suerte. Acógeme en tu casa, ofréceme tu amistad y mantenme hasta mi muerte; dame de comer, ungüentos y vestidos. Te ofreceré todo cuanto tenga, incluso la parte que poseo en común con mi hermano». Y el contrato añade: «Tabtum —la hija— ha escuchado a su padre y le ha recibido en su casa». Quedó decidido que el padre podría disponer de sus bienes durante el resto de su vida, pero no podía hacer donaciones ni ofrecer nada en prenda.

Tráfico y expediciones mercantiles

Los babilonios enseñaron la manera de llevar los negocios a todos los pueblos del Asia occidental, incluso a los fenicios.

Los hallazgos de El-Amarna y de Boghazkoy demuestran que la lengua babilónica era la del mundo entero. Como los faraones, los reyes de Babilonia tomaron la iniciativa de llevar a cabo grandes expediciones comerciales. Hace más de 5000 años, un rey de Babilonia ya mandó caravanas hasta las riberas del Mediterráneo para buscar madera de cedro y piedras, y a los territorios vecinos del mar Rojo para adquirir cobre y oro. Un poco más tarde, los reyes harán escribir largos relatos sobre sus expediciones comerciales a numerosos países, principalmente a las «montañas de cedros» (es decir, el Líbano), Palestina y Egipto.

Desde el siglo XV antes de Cristo, los países del Éufrates establecieron relaciones comerciales con Chipre, en donde se extraía el cobre. Los babilonios comerciaban igualmente con la India, y su unidad de peso, el *minan*, debió de ser adoptado por aquellos pueblos. Se supone que el algodón de la India hizo su aparición en Mesopotamia durante el reinado del rey asirio Senaquerib, hacia el año 700 antes de Cristo, el cual declara: «Mi pueblo cortó la lana del árbol que produce la lana y con ella se hizo vestidos»,

Es probable que Mesopotamia estableciera un intenso comercio marítimo desde la desembocadura del Éufrates, itinerario mucho más fácil que la larga ruta a través de los territorios selváticos e inhóspitos y poblados de bandidos.

A cambio de los productos extranjeros, los babilonios ofrecían cereales, dátiles, lana, aceite de sésamo, loza, cestería, cajas y esteras de caña. El asfalto figuraba también entre los productos más estimados de Babilonia y Asiria. Como el petróleo, utilizado para el alumbrado, el asfalto afloraba a la superficie del suelo en ciertos lugares y a menudo se empleaba en la construcción en vez de cal[45]. Asimismo, también calafateaban sus navíos con asfalto para impermeabilizarlos.

Las cartas de El-Amarna y de Boghazkoy indican que las relaciones diplomáticas entre los soberanos asiáticos y los faraones no se debían solamente a amistad personal y lazos familiares, sino que el interés de sus problemas nacionales respectivos jugaba también su baza. Por ejemplo, un rey de Mesopotamia septentrional se molestó en escribir a Eknatón para quejarse de que las caravanas de su país eran saqueadas en territorio egipcio y reclamar una compensación. En otra carta protesta del ataque y asesinato de unos mercaderes mesopotámicos por bandidos de Palestina, considerando tal violencia hacia esas personas como una ofensa personal. Así, pues, los mercaderes de esta época (¡hace 3500 años!) contaban ya con el apoyo de su soberano cuando viajaban por el extranjero. ¿Deberíamos buscar en estos remotos hechos el origen del Derecho internacional? ¿Se trata ya de un rudimentario derecho de gentes?

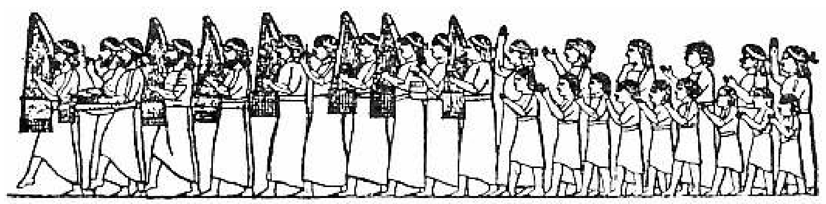
Poder real, capitalismo y minifundios

Cuando se estudian los documentos judiciales del país de los dos ríos y se comprueba que los hombres estaban divididos en nobles, plebeyos y esclavos, inevitablemente se piensa que esta sociedad estaba organizada en favor de las clases superiores y que hacía falta el advenimiento de un Hamurabi que saliera en defensa de los humildes. Pero ¿cuántos reyes estuvieron tan cerca de su pueblo como lo estuvo Hamurabi? Después del legislador famoso a nadie le fue permitido «contemplar el rostro del rey». El ceremonial era tan rígido en Asiria y en Babilonia como en la corte del faraón, no siendo raro que un cortesano se llame a sí mismo «el perro del rey». En una carta al rey asirio Asaradón, un alto funcionario solicita un cargo en la corte para su hijo, y en su deseo de predisponer el ánimo del soberano escribe interminables guirnaldas de frases obsequiosas y de abnegación por la Corona. Comienza por exaltar, con florido lenguaje, el gobierno del rey, que, según el común sentir, es una verdadera bendición: «los ancianos bailan, los jóvenes cantan, las mujeres y las muchachas contraen matrimonio y nos dan hijos hermosos. Desde hace tiempo, el rey, mi señor, muestra su amor hacia Nínive, hacia el pueblo de Nínive, hacia las más distinguidas de sus personas cuando les dice: "¡Traedme vuestros hijos a la corte! ¡Que aparezcan delante de mí!". Deja, pues, a mi hijo comparecer con los demás ante el rey, mi señor, para que podamos regocijarnos con el pueblo entero y saltar de alegría».

---

[45]El historiador Herodoto señala la existencia de pozos de aceite mineral en las inmediaciones de Babilonia y dice que era usado allí como combustible. Según Jastrow, los pueblos del valle mesopotámico conocieron también más de un centenar de drogas, que ordenaron en dos grupos: «orgánicas» e «inorgánicas», atendiendo a su procedencia. De ahí la primera clasificación científica de la química tradicional.

¿Qué crédito debemos dar a las lisonjas de un cortesano respecto a la vida del pueblo? No obstante la fertilidad del suelo, el modesto campesino babilónico llevaba una existencia penosa; sobre todo, le era preciso trabajar mucho para hacer efectivo el crecido impuesto que se pagaba al rey. En las ciudades, este gravamen se pagaba en dinero, pero en el campo generalmente se hacía en especie, trigo, dátiles, ganado, lana, y también en servicios personales en provecho del rey, como abrir canales, segar hierba, transportar piedras, etc. Sólo podía comprar las simientes en la época del año en que el grano era más caro, y por tanto se veía obligado a pedir préstamos; luego, para pagar la deuda, tenía que ceder parte de la cosecha cuando el precio del trigo era más bajo. La mayor parte de sus ganancias pasaban, pues, al bolsillo de su acreedor, frecuentemente una de las grandes sociedades bancarias que entonces aparecieron en Babilonia.



Músicos de la corte real

La firma Egibi e Hijos citada ya en páginas anteriores, era una de las más importantes. Estas familias de banqueros podrían compararse a los Rothschild de hoy. Egibi e Hijos y Muraschschu e Hijos, de Nipur, intervinieron toda la vida económica del país de los dos ríos hasta el período persa. Tales sociedades poseían a menudo capitales enormes, y sus beneficios eran, por regla general, muy elevados: según la antigua ley babilónica, un préstamo de dinero reportaba hasta el 20 % de interés, y sobre el trigo un 30 %. Los templos también podían desempeñar el oficio de bancos. Como en Egipto, los templos poseían tierras muy extensas que les producían importantes beneficios. El más importante banquero de la dudad de Sippar, en el norte de Babilonia, era el propio dios-Sol y los sacerdotes y sacerdotisas de la divinidad, entre los cuales figuraban las hijas del rey, que hacían fabulosos negocios por «cuenta» de la divinidad. Sin embargo, algunas sacerdotisas procedían de mejor manera y no exigían interés a los pobres.

La mujer en Babilonia

Un aspecto simpático del estado social en el país de los dos ríos era la posición que ocupaba la mujer. Gozaba de una total independencia en la sociedad, era libre de disponer de su capital como creyera oportuno, y podía comerciar por cuenta propia, concertar contratos y establecer convenios, así como dedicarse al comercio, a la industria o a la agricultura. Incluso a veces ocupaba cargos de escriba, sacerdotisa o profetisa.

Comentando el código de Hamurabi y refiriéndose a la situación social de la mujer en Babilonia, dice el ilustre arqueólogo inglés Leonard W. King: «Nos contentaremos con referirnos a una sola materia, sobre la que arroja alguna luz la situación de la mujer en Babilonia en aquel período primitivo. Las leyes que regulan el divorcio son dignas de notarse por sí mismas, pues protegen a la mujer contra las injusticias y aseguraban la manutención y la de sus hijos, salvo en caso de infidelidad por su parte. Pero merece más aún notarse cómo este código nos demuestra que las mujeres no casadas podían en ciertas circunstancias tener la propiedad de

las cosas en su propio nombre y acometer empresas comerciales. Naturalmente, estas mujeres procedían de las familias más ricas y poderosas y estaban alistadas en hermandades adjuntas en los grandes templos, en particular el del Sol. Pero no se hallaban encerradas en ningún retiro ni tenían su libertad limitada por ninguna ley o reglamento, excepto en lo que se refería a sus votos de permanecer solteras. Esperábase de ellas una conducta social y comercialmente ejemplar, bajo la sanción de graves penas. Pero por otros conceptos disfrutaban de completa libertad, vivían en casa propia y podían disponer a voluntad de su tiempo y de su dinero. Sorprende que aquellas mujeres de una raza oriental pudiesen alcanzar posición tan independiente en los comienzos del II milenio antes de Cristo. Debe buscarse la explicación en el gran papel que desempeñó el comercio en el sistema social de Babilonia.»

"Entre las razas coetáneas ocupadas sobre todo en la agricultura y en la guerra, la actividad de la mujer estaba necesariamente restringida por la maternidad y la economía doméstica, pero con el desarrollo del comercio babilónico, parece que surgieron algunos de los problemas de nuestra vida comercial. No son las que menor interés ofrecen las secciones del código de Hamurabi en que se muestra cómo los babilonios recibieron de sus mujeres de las clases más elevadas la demanda de tomar parte en las actividades que ellas mismas se consideraban capaces de compartir. El éxito de este ensayo se debió sin duda al hecho de no hallarse el gobierno detenido por ningún falso sentimentalismo en la aplicación de la pena de muerte en caso de mala conducta.»

Una sociedad de esclavos

Según documentos que han llegado hasta nosotros, parece ser que la esclavitud desempeñó una función más importante en el país mesopotámico que en el del Nilo. Los esclavos empleados en la agricultura y en la artesanía eran numerosos y, sin duda alguna, tratados de manera afrentosa por un pueblo que, como el asirio, gozaba con la crueldad y la sangre.

En Asiria, el esclavo se consideraba como un ser muy inferior al hombre libre; en cierto modo, una criatura intermedia entre el hombre y el animal. Un proverbio de la época afirma que «el hombre es la sombra del dios, pero el esclavo es la sombra del hombre libre». Un esclavo no podía considerar a su hijo como propio. Sólo el hombre libre tenía el derecho de poseer un padre: «hijo de un hombre» era sinónimo de «hombre libre», Un esclavo se distinguía de un hombre libre hasta en la apariencia externa, pues llevaba la cabeza rapada y una señal distintiva, ordinariamente un tatuaje.

La ley no preveía ninguna sanción contra el hombre que maltrataba a su esclavo. La violencia contra un esclavo no interesaba al legislador más que cuando ocasionaba una pérdida para su dueño.

Algunos terratenientes que poseían más esclavos de los necesarios en sus tierras, los alquilaban y así conseguían ganancias suplementarias, sobre todo en épocas de siega, en que se necesitaban muchos trabajadores agrícolas. El arrendatario pagaba una crecida suma por cada día de arriendo y además era responsable ante el dueño en caso de muerte, evasión, accidente o enfermedad del esclavo.

Los esclavos eran prisioneros de guerra o sus descendientes, o deudores insolventes, sus mujeres o sus hijos. Ocurría a menudo que para pagar la deuda un hombre libre «vendía a su mujer, a su hijo o a su hija», antes de perder él la libertad. Los esclavos y sus hijos frecuentemente eran libertados a la muerte del dueño, pero podían obtener antes la manumisión por otros medios. También intentaban a veces poner término a su suerte despiadada corriendo el riesgo de una evasión. Un esclavo fugitivo no tenía ningún derecho a la vida si era capturado, pero por regla general su

dueño se sentía satisfecho de volverlo a poseer y se contentaba con encadenarle para prevenir nuevas tentativas.

ARTE Y LITERATURA

Imágenes y esculturas

Mencionadas ya las principales edificaciones, arruinadas desde luego, que se han ido descubriendo desde hace más de un siglo en el amplio valle mesopotámico, cabe mencionar también algunos otros aspectos artísticos de los pueblos que lo habitaron. El arte figurativo ofrece numerosas muestras ejemplares desde los primeros tiempos sumeroacádicos y asirios, y casi todas nos presentan manifestaciones religiosas o políticas. Los caracteres con que se simbolizan las deidades, algunas veces aparecen dioses en figura humana, y otras, monarcas en pie o en un trono, barbados y con tiara que lleva por atributo de fuerza dos cuernos de toro. Algunos toros ostentan barbas humanas de largos bucles, atributos de la divinidad. La lucha del toro con el león, que posiblemente representa la del bien y del mal, es un motivo mesopotámico constante y repetido en el arte de Oriente.

Istar, diosa del amor, se nos muestra siempre desnuda, cogiéndose los senos, aunque tales imágenes de perfecta figura humana parecen excepcionales si se observa la frecuencia de las representaciones de seres híbridos, extraña amalgama de hombre y animal. Los espíritus del mal son figuras monstruosas, fantaseadas, con aspecto de hombre, león o perro, con alas y patas de águila.

En la época de los acadios, el arte alcanza singular perfeccionamiento y finura de ejecución; en la estatuaria se manifiesta en prolijos detalles como en los flecos de los chales, en el pelo y barbas de las cabezas. Al fin, la escultura del tiempo de Gudea aparece con un arte completamente formado; imágenes trabajadas en diorita negruzca, de tamaño casi natural, con un estilo de vigoroso realismo que revela muy justa observación del natural y ejecución de detalles primorosamente precisados. Decayó luego esta fase artística al advenimiento de la unidad política babilónica en tiempos de Hamurabi.

En Asiria, los escultores rara vez emplearon como material piedra dura, basalto o pórfido del Kurdistán, y prefirieron piedra blanda, caliza o alabastro, este último muy abundante en las canteras cercanas a Nínive. En cuanto al sentimiento artístico es principio fundamental la expresión del poder y de la fuerza, acentuada en el continente varonil de las figuras y en el relieve anatómico de brazos y piernas que llega al exceso y al amaneramiento[46].

Merecen citarse, entre muchas otras, las esculturas monumentales del palacio de Sargón II, en Khorsabad; estelas y obeliscos de Salmanasar III (siglo nc) y Asaradón

[46]«El escultor asirio desconoce el lado risueño de la vida: no representa a la mujer más que por excepción y como personaje episódico, y siempre al hombre o al animal fuerte y fiero. Pero es indudable que en aquellas razas asiáticas un prejuicio debió vedarles sistemáticamente la representación libre y exacta de la vida humana, pues salta a la vista la falta de sentimiento de ella con que representan al hombre, inexpresivo, como una cosa, y en cambio el realismo con que supieron representar llenos de vida y de movimiento a los animales. La policromía aplicada a los relieves es también característica.» — José R. MÉLIDA.

(siglo vil), y relieves con animadas escenas de guerra, en diversos puntos. También las cacerías de leones, asunto en que se ejercitaron los escultores, señalan —sobre todo en la época de Asurbanipal— el punto culminante de la perfección y de la belleza alcanzadas por el arte asirio. La figura del monarca podrá ser convencional, pero la de las fieras, sorprendidas al natural y sin prejuicios, en su feroz acometida o ya heridos — como un ejemplar de leona moribunda— constituyen la producción más valiosa del antiguo arte figurativo asiático.



Lamasu o Toro alado de Khorsabad.

Trabajos en metal

Sumerios y acadios supieron muy pronto utilizar los metales, especialmente el cobre en planchas, que emplearon para revestir formas de madera y sujetaban con clavos pequeños, procedimiento que llegó a aplicarse en obras de gran tamaño. También, dominaron el arte de fundir y cincelar los metales y • de ello son muestra varias figuras de bronce macizas, por lo general de tamaño reducido.

Los singulares descubrimientos de Ur patentizaron la perfección alcanzada, en el tercer milenio, por el pueblo sumerio en orfebrería y joyería. En el rico tesoro que guardaban las tumbas reales destaca un casco de oro que simula peluca con turbante, de primoroso trabajo. Halláronse también otros magníficos adornos de oro, plata y piedras preciosas, y argollas de plata tenían los carros junto a los esqueletos de toros y asnos a

ellos enganchados; además, se recogieron puñales y lanzas de oro, plata y electrón —aleación de oro y plata—, vasos de oro y lámparas de plata. De todo ello destaca, por su exquisito gusto, y fina elaboración, el anteriormente citado aderezo de la reina Suban', compuesto de una combinación de cintas de oro, cuatro guirnaldas o coronas de cuentas de lapislázuli y cornelinas con hojarasca y flores de oro, y una especie de peineta guarnecida de rosetas también de oro. Asimismo se halló una pequeña embarcación de plata de un metro de longitud, que acaso simbolizaba la travesía al otro mundo.

Los asirios usaron también el oro para chapear imágenes de madera y muebles. De su afición a la joyería dan prueba los relieves de los collares y pendientes con retratos de dioses y príncipes, brazaletes y pulseras realzados con pedrería. El bronce fue aplicado también a revestimientos de figuras talladas y de elementos arquitectónicos, como las columnas del palacio de Khorsabad cuyas planchas imitan troncos de palmera. Obra de singular importancia es el conjunto de setenta y dos planchas de bronce repujadas, que adornaron las puertas del palacio de Bulawat, conservadas actualmente en el Museo Británico y en las que están representadas las expediciones militares de Salmanasar III (siglo IX antes de Cristo) en una larga serie de instructivos pasajes en que aparece el monarca adorando a los dioses o recibiendo homenaje. Allí se representan también batallas, fortalezas sitiadas, los enemigos muertos o prisioneros, en un decorado geográfico de montañas y arboledas, ríos y otros accidentes topográficos, todo ello prolijamente indicado.

Literatura mesopotámica

Se ha mencionado ya con algún detalle el contenido de bastantes textos de escritura cuneiforme, el Poema del Diluvio, la obra legislativa de Hamurabi y otras composiciones de tipo religioso, deprecaciones y conjuros. Bastará ahora citar algunos otros poemas de carácter cosmogónico y lírico, así como otros de tipo heroico y narrativo, para completar nuestro estudio sobre la literatura mesopotámica, con las naturales limitaciones que exige el presente libro.

El llamado *Poema de la Creación* narra que, en un principio, existió el caos, que era un dragón infernal todopoderoso, llamado Diamat, quien venció a todas las demás divinidades, excepto a Marduk; este dios fue investido entonces de todos los poderes, se le subordinaron todos los fenómenos naturales y se lanzó a la lucha contra Diamat. En el momento en que el dios iba a ser devorado por el dragón, aprovechando que éste tenía las fauces abiertas, Marduk le arrojó los vientos en su interior; al hincharse, el monstruo quedó inmóvil y se partió en dos trozos: una de las dos mitades formó la bóveda celeste, y la otra creó la tierra. Marduk quedó como ordenador de ambas, es decir, de todo el universo.

La lírica aparece representada por numerosos poemitas, conservados incompletos en su mayoría. Llama la atención un poema sumerio de autor desconocido, que hace referencia al fuego y a la metalurgia.

Fuego, héroe excelso en la tierra;
valiente hijo del abismo de las aguas, en la tierra excelso.
Fuego, tu clara y brillante llama
hace luz en la casa de la oscuridad.
Decide la muerte de todo lo que lleva nombre,
del cobre y del estaño tú eres el fundidor,

del oro y de la plata tú eres el purificador;
de la diosa Ninkari tú eres el compañero.
Tú haces volver en noche el pecho del enemigo.
¡Del hombre, hijo de un dios, sea puro el cuerpo!
¡Como el cielo resplandezca él!
¡Que brille como la tierra,
que brille como el centro del firmamento!
¡Que el conjuro enemigo caiga a un lado,
desviándose de él...!

Muy recientemente ha logrado traducirse un relato épico sumerio en que se alude al dios Enlil y a una pretérita «edad dorada». Asimismo resulta curioso un *Himno al sol*, acaso el más antiguo de este género que se haya compuesto en el mundo:

Dios Babbarra, cuando entres en el centro del firmamento,
que el resplandeciente cielo te anuncie paz,
que las puertas del cielo te bendigan,
y que te guíe el dios que guía tu siervo favorito.
A l-Babbarra, residencia de tu majestad, diríjete altivo
y te recibirá gozosa la diosa Ku-nidda, esposa de tu amor.
¡Que tu corazón tenga apacible reposo!
¡Que los manjares de tu divinidad te sean ofrecidos,[47]
héroe poderoso, dios Babbarra, que ellos te ensalcen!
¡Oh, toro de l-Babbarra, que camine recto quien valla a tus pies!
Dios Babbarra, endereza bien tu camino y la recta senda a tu morada:
tú eres quien cumple el fallo del juez del país...

Épica y narrativa

El más importante quizá de todos los poemas mesopotámicos es el de Gilgamesh, que algunos críticos consideran una especie de recopilación de leyendas míticas referentes al sol; otros señalan que del fondo esotérico del poema, en que destaca el horror del héroe Gilgamesh hacia la muerte —horror que obstinadamente le impulsa a la búsqueda de la inmortalidad— se desprende la idea de que ésta no se consigue precisamente más que por medio de la propia muerte, alcanzada en plena lucha.

Los habitantes de Erk sufren la tiranía de su rey Gilgamesh y la salvaje vecindad de Enkidu, solitario que reside cerca de la ciudad en contacto con los animales y que les malogra siempre la caza. Para poner término a esta situación, los moradores de la ciudad intentan civilizar a Enkidu y, a tal efecto, lo atraen por medio de una bella cortesana que consigue llevárselo consigo a Erk; pero apenas llega a la ciudad traba conocimiento con Gilgamesh y acaban poniéndose ambos de acuerdo, tiranizando todavía más a la población.

Los infelices habitantes de Erk imploran entonces protección a las divinidades. La diosa Istar, que casualmente se hallaba en la tierra, llega a Erk y conoce a ambos tiranos, pero se enamora perdidamente de Gilgamesh. Éste no sólo rechaza el amor de Istar, sino que la injuria; ella, enloquecida por los desdenes, acude a su padre, el dios del cielo, quien envía un toro bravo que se enfrenta con Enkidu. El salvaje cazador despedaza a la fiera, hace un collar con sus intestinos y arroja a Istar la pata derecha del toro[48].

---

[47]Los manjares de la divinidad» eran los sacrificios que los fieles le ofrecían.
[48]De ahí, según se dice, el origen de la costumbre mesopotámica de ofrendar a la diosa Istar la pata derecha de los toros sacrificados.

Istar, diosa al fin y al cabo, hiere con una enfermedad mortal a Enkidu. Entonces, Gilgamesh va en busca de la droga de la inmortalidad, padece numerosas peripecias en su camino y en cuentra al fin al único superviviente del diluvio, dueño de la planta que posee el don de hacer inmortales a los hombres; pero cuando Gilgamesh ya regresaba con el vegetal milagroso, se lo arrebata una serpiente, y vuelve entristecido a Erk. Su amigo Endiku ya ha muerto entretanto, y se le aparece su sombra comunicando al melancólico monarca detalles acerca de la vida de ultratumba.

El poema refleja el pesimismo materialista asirio; los hombres no albergan la menor esperanza de ser inmortales y los dioses son groseros y miedosos. Reflejan el clima moral de una sociedad poderosa, aunque carente del menor refinamiento espiritual que todavía puede vislumbrarse en las literaturas de otros pueblos, por ejemplo el egipcio.

La narrativa, más o menos histórica o filosófica, puede estudiarse en relatos como el de *Enlil-Bani el jardinero,* y el *Poema del justo atormentado*.

En la leyenda de Enlil-Bani se narra que —hacia el año 2029 antes de Cristo— gobernaba en Isin el rey Girra-Imitti, quien al llegar las festividades del primero de año había sido depuesto del trono temporalmente, sólo durante los días que duraban los festejos. Según antigua costumbre, en aquellos días, el monarca se convertía en un hombre cualquiera del pueblo y un individuo de la plebe ocupaba su lugar en el trono; así en abril de aquel año, Girra-Imitti fue depuesto por el gran sacerdote con el ritual acostumbrado, para que el jardinero Enlil-Bani fuera rey por unos días. Poco le duraría la felicidad, sin embargo, pues terminada la fiesta abandonaría el palacio y retornaría con la cabeza baja a sus trabajos cotidianos, mientras el auténtico monarca ceñía de nuevo la corona entre el regocijo de sus súbditos.

En aquella fiesta en que los esclavos eran señores y los señores eran siervos, los moradores de Isin salían de sus hogares e iban alborotando por las calles engalanadas. Pero aquel año ocurrió algo insólito: el auténtico monarca falleció repentinamente y Enlil-Bani no quiso abandonar el trono provisional. El hijo de Girra-Imitti reclamó su regia herencia y preparó un ejército para recuperarla; por su parte, Enlil-Bani dispuso el suyo y triunfó de su adversario en una batalla campal. De este modo quedó como soberano el antiguo jardinero, que hasta su muerte supo gobernar con justicia al pueblo de Isin.

El *Poema del justo atormentado* relata cómo el dios Marduk devolvió la salud y las riquezas a un hombre que las había perdido, siendo bueno, justo y paciente, y por tanto nada acreedor a tales calamidades; el relato termina con un himno de alabanza y acción de gracias a Marduk. La obra recuerda lejanamente el texto bíblico del paciente Job, como la leyenda de Enlil-Bani recuerda también las fiestas romanas de las Saturnales.

EL OLIMPO MESOPOTÁMICO

MITOLOGÍA EN EL PAÍS DE ENTRE RÍOS

Un pueblo oficialmente piadoso

Aparte las referencias de la Biblia y de los escritores griegos, las únicas fuentes para el estudio de la religión de los pueblos mesopotámicos son los textos cuneiformes trazados en tablillas de barro y las escasas representaciones plásticas de seres sobrenaturales. Al contrario que en Egipto, donde el número de imágenes sagradas es abrumador, en los monumentos figurativos de Mesopotamia lo constante son las representaciones de los soberanos, de sus hechos, de sus conquistas, de sus deportes y diversiones.

Suele diferenciarse entre la religión de los sumerios, que personificaban en dioses los elementos o fenómenos naturales, y la religión de los semitas, que adoraban a un dios invisible, al que invocaban mediante adjetivos que expresaban sus atributos o virtudes: así, Baal, «señor»; Bel, «dueño». Por otra parte, en aquel país, como en Egipto, distintas ciudades tuvieron su deidad o su tríada protectora. Por último, la evolución consiguiente de las sociedades mesopotámicas produjo un sistema religioso cuyas tradiciones capitales son la creación del mundo y el diluvio.

La mitología babilónica

Los antiguos babilonios rendían culto a gran cantidad de dioses; conocemos con certeza más de tres mil. El dios principal es Anu, «padre y rey de dioses» y señor del cielo, que está sentado en su trono del tercer cielo y tiene varias esposas, siendo la preferida Istar, la Astarté de los fenicios y cananeos y la diosa más célebre de los babilonios. Es la diosa del amor sensual y de la fecundidad, y de vez en cuando corre alguna aventura, indiferentemente con hombres o con animales, pero a costa, por lo general, de las desgracias más horribles para sus amantes. La leyenda ha prodigado sus aventuras galantes. Además, también es la diosa de la guerra que «cubre la tierra de sangre y amontona cadáveres en los campos».

Istar era identificada con el planeta Venus y su símbolo era una estrella de ocho o diez puntas; hija de la divinidad Luna, precedía o seguía a ésta como estrella de la tarde o como lucero matutino. Reina del cielo, lo era también de la caza y de la guerra, y solía ser representada de pie sobre un leopardo, con aljaba, flecha y arco, y con corona mural como insignia de diosa de la ciudad. Fue identificada también con la imagen de la «diosa-madre», muy popular en el antiguo Oriente, convirtiéndose así en diosa de la fecundidad —símbolo, la vaca—, del amor y del placer sexual. En relación con el ciclo de las estaciones del año fue considerada diosa de los infiernos, que es vencida por la muerte y a su vez la ocasiona a los demás, para retornar luego, al llegar la primavera, en calidad de divinidad renacida, eterna prometida del amor juvenil. La mayoría de las deidades femeninas de la Antigüedad son

consideradas como derivaciones del mito de Istar, cuyo nombre se convirtió en el genérico de «diosa».

Las fiestas en honor a Istar eran algo sencillamente horroroso; en ellas, los babilonios se entregaban a danzas salvajes, a mutilaciones voluntarias y al más desenfrenado libertinaje.

En la jerarquía de los dioses, a Anu le seguía Enlil, quien en un principio era «señor de los vientos» y responsable de las crecidas del río. Cuando el universo fue dividido en tres reinos, el del cielo, el de la tierra y el de las aguas, Enlil llegó a ser el señor de la tierra y estableció su residencia en la cumbre de las montañas. Ni Anu ni Enlil sentían buenas disposiciones hacia la humanidad. Enlil creó un dragón Para vigilar a los hombres y llevarlos por los caminos de la disciplina. Más tarde les envió el diluvio, y cuando Ziusutra (Utanapishtim) salió sano y salvo de la catástrofe, Enlil estalló en cólera. Después, Enlil se esfumó cada vez más ante su nuevo rival Marduk, el dios principal de Babilonia, y se contentó con el modesto título de «viejo señor».

La esposa principal de Enlil, llamada Ninlil, muestra un mayor interés y comprensión por los problemas terrenales y susurra a menudo a su severo esposo algunas palabras en favor de los pobres diablos que imploran su ayuda y su gracia. Es «la gran madre y graciosa protectora de los hombres».

Marduk y otra especie de monoteísmo

Así como Anu llegó a ser el señor del cielo y Enlil el señor de la tierra, Ea, el hijo de Anu, llegó a ser dios de las aguas. Y como el abismo es considerado como fuente de sabiduría, Ea es igualmente el dios de las artes y de las ciencias.



De izquierda a derecha: El dios Marduk y el dios de la tempestad, Adad, éste llevando rayos en la mano derecha.

Enseñó toda clase de oficios a los hombres y fue el creador de la escritura cuneiforme. Al contrario que Anu y Enlil, es el gran amigo de la humanidad y fue quien salvó del diluvio a Ziusutra, su protegido. Reprochó duramente a Enlil el haber ordenado el diluvio. El hijo de Ea, Marduk o Bal, heredó la filantropía de su padre y después de haber sacudido el yugo de Anu y de Enlil se convirtió en el señor del cielo y de la tierra. En efecto, cuando el mundo de los dioses estuvo amenazado, Marduk cargó sobre sí la responsabilidad de hacer frente al enemigo a condición de ser proclamado jefe de los demás dioses. Empleó su sabiduría en ayudar a los enfermos y miserables como había hecho su progenitor. Ayudado por sus cuatro perros, entabló combate con el Poder de las tinieblas y consiguió la victoria de la luz. Cuanto más se desarrolló Babilonia, tanta más importancia alcanzó Marduk; de igual manera que vio aumentar su poder Amón desde que Tebas se convirtió en la capital de Egipto.

Progresivamente, Marduk se adornó de todas las cualidades y llegó a ser todopoderoso, omnisciente e infinitamente bueno y justo. Los babilonios dieron así los primeros pasos en el camino del monoteísmo. Existen otros muchos dioses más, como el del fuego, el de la luna y el de la tempestad, que envía la lluvia refrescante pero lanza el rayo cuando está enojado. El dios de los infiernos tiene siete hijos, a quienes mantiene prisioneros para que guarden las puertas de sus dominios. El camino que conduce al reino de los muertos comienza allí donde el sol se oculta en el desierto. El difunto debe franquear, primeramente, un río con la ayuda del «barquero de los infiernos», que tiene la cabeza de petrel, cuatro manos y cuatro pies. El reino de los muertos propiamente dicho está rodeado de siete murallas, cada una de ellas con una puerta donde un hijo del dios de los infiernos monta guardia. Después de franqueadas las puertas, el difunto penetra en «la sombría morada de donde nadie regresa, donde se alimenta de polvo y de barro». Nadie halla el menor consuelo en el reino de los muertos. Con todo, los malos son más desgraciados todavía que los justos; deben «comer los desechos de la ciudad de los muertos, beber el agua de los albañales y una roca les sirve de lecho».

El pintoresco mundo de los dioses babilónicos

En esta sombría morada reina el dios de los infiernos, que es al mismo tiempo divinidad de la guerra y de la peste, y con él están su mujer y todos los demonios y espíritus maléficos que envenenan la existencia del hombre. Varios hechos indican que los babilonios creían en la existencia de un tribunal de los infiernos.

Los dioses babilónicos son creaciones características del hombre primitivo. Poseen un poder ilimitado, pero su inteligencia no guarda relación con su fuerza y son incapaces de dominar sus pasiones. Gritan, incluso aúllan, se muerden la lengua, se lanzan unos contra otros y se tiran de los cabellos. Antes de combatir a un enemigo peligroso se entregan a imprecaciones inconcebibles para fustigar su ánimo y hacer impotente al adversario.

Estas imágenes de la vida de los dioses carecen de la espiritualidad necesaria para despertar un fervor místico; muestran, no obstante, cierto ingenio narrativo y una encantadora ingenuidad.

A medida que el estado babilónico se desarrolla en una sociedad bien organizada, el mundo de los dioses se transforma en una sociedad ideal de seres fuertes, prudentes y buenos, tan por encima de los hombres débiles y pecadores como están las estrellas de

la tierra. Ahí, entre las estrellas y los planetas, es donde se revelan a la humanidad. Estos nuevos dioses celestes son, al contrario de los antiguos, «señores de la tierra» que han superado las contingencias terrenas como son el beber y el comer. Se elevan preces a las estrellas, a las que se considera como revelaciones de los dioses. Y todos los fenómenos celestes, movimientos de las estrellas en particular, son interpretados como advertencias o estímulos a los hijos de la Tierra.



Un sacrificio asirio.

La divinidad principal de los asirios es Asur, que al principio no era más que el dios tutelar de la ciudad de Asur y naturalmente, detalle que corresponde a la perfección con el carácter del pueblo asirio, el dios de la caza y de la guerra, el que conduce a los suyos a la victoria.

ASTROLOGÍA Y ADIVINACIÓN

Augurios y adivinaciones

En tiempos antiguos se creía generalmente que todo cuanto sucedía en el mundo tenía una relación de efecto a causa con ciertos fenómenos naturales. En Babilonia se creía que la posición que ocupaban los cuerpos celestes en el infinito permitía en ciertas ocasiones saber las intenciones de los dioses y, por consiguiente, la suerte de los hombres en el futuro. Por esta razón, nadie tomaba una decisión importante sin ser antes informado de las posibles consecuencias por un adivino o un astrólogo. Los textos de los augures forman, sin duda, la parte más importante de la literatura cuneiforme, lo que demuestra la importancia que el arte de la predicción y la interpretación de los augures tenía en Babilonia y Asiria.

Este arte se extendió desde Babilonia hasta China. Los textos de ambos países que tratan de la adivinación tienen una similitud tan sorprendente que es difícil creer que hayan sido elaborados independientemente.

Istar y otras divinidades babilónicas tenían sus profetas y profetisas que predecían el futuro mediante oráculos, signos supuestos dados por la misma divinidad. Cada templo babilónico tenía su cámara de oráculos, denominada "hogar del secreto", donde la divinidad manifestaba su voluntad a los sacerdotes con diversos indicios, que e! dios revelaba cuando los sacerdotes se lo suplicaban. El oráculo más importante se encontraba en el santuario de Istar, en Arbelas, cerca de Nínive, compitiendo en popularidad con el oráculo egipcio de Amón, en el desierto de Libia.

Poseemos una colección de oráculos de profetisas de Istar y de sus colegas masculinos al servicio del rey Asarhadón. He aquí uno de ellos: "¡No temas nada, oh, Asarhadón! El espíritu que te habla inspira mi lengua y no te oculta nada. Tus enemigos te besarán los pies como los ríos de Sivan. Soy la gran reina Istar de Arbelas que pondrá

a tus enemigos a tus pies. ¿He dicho alguna vez algo que haya sido falso? Soy Istar de Arbelas. Te acompaño en tus expediciones, marcho a tu lado para darte mi ayuda. No temas nada. Yo estoy entre tus tropas".

La adivinación propiamente dicha se valía de los medios más diversos: la predicción por el movimiento de las estrellas, y la previsión por las condiciones atmosféricas, la interpretación del vuelo de las aves o por cualquier otra especie de engendro; también se predecía observando las entrañas de los animales sacrificados, leyendo en una copa o interpretando los sueños. Y como el límpido cielo de Babilonia permitía fácilmente el vaticinio por la observación del movimiento de las estrellas, llegó a crearse una "ciencia" con este objeto: la astrología.

El origen de la astrología

Una antigua concepción oriental llama a los cuerpos celestes "escritura del cielo", y cuando un hombre consigue descifrarla, puede predecir el futuro. El astro más importante era la Luna. Sobrevenían dichas o desgracias si en una noche de luna clara la oscurecían las nubes. Con frecuencia, los eclipses anunciaban una catástrofe.

Algo parecido sucedía con los eclipses de Sol, aunque el astro rey tenía entonces mucha menos importancia que la Luna o los planetas. Según que Venus remontara o descendiera en el firmamento, era de esperar una cosecha buena o mala, una victoria o una derrota. Júpiter era casi siempre de buen augurio. Marte, por el contrario, era el planeta más nefasto. La astrología originó los horóscopos, que los adivinos anunciaban al nacer un niño, mediante la posición de los planetas. Los antiguos babilonios y asirios no llevaban probablemente las cosas tan lejos, pero poseemos un ejemplo del período helenístico en el país mesopotámico que data de 170: durante el gobierno del rey Demetrio, nació un niño el 30 del mes de Adar, a las seis de la mañana; aquel día, la Luna se encontraba frente a Géminis; el Sol, ante Piscis; Júpiter, frente a Libra; Venus y Marte, ante Aries, y Saturno frente a Leo.

Como los egipcios, los babilonios y asirios poseían un calendario con los días fastos y los nefastos.

Veamos qué significaban ciertas condiciones atmosféricas. Una tempestad anunciaba siempre una desgracia, salvo si era seguida de un arco iris, signo de la misericordia divina. Según el momento en que aparecía, una tempestad podía anunciar una guerra o una rebelión, una cosecha óptima o escasa, una inundación o una invasión de langostas.

"Cuando el trueno rueda como el ladrido de un gran perro, significa que los pueblos del norte se conmocionan; si aúlla como un león, el rey morirá muy pronto; si se parece a la voz de una hiena, el rey será arrastrado a la muerte, etcétera."

Los temblores de tierra anunciaban una catástrofe, si ellos mismos no eran ya catastróficos. Predecían la guerra, la revolución, la muerte del rey o "un hambre tan terrible que se comería carne humana". Si duraban un día entero, la caída del imperio estaba próxima.

La ciencia del futuro

Los adivinos especializados interpretaban el vuelo de los pájaros, el más importante de los cuales era el halcón. Si éste y un cuervo se batían en presencia del rey,

la victoria del halcón significaba victoria para Babilonia; si vencía el cuervo era señal de una próxima derrota. El cuervo era el símbolo del pájaro de mal agüero.

Los adivinos encontraron asimismo en los engendros humanos o en los animales, inagotables motivos de predicción y en los cuales la fantasía oriental se expresaba sin reservas. Los antiguos babilonios hacían uso continuo de la frase: "Como un carnero que engendra un león", indicando así que creían posible cualquier cosa en este mundo degenerado.

Pero todavía más importantes eran los augurios obtenidos de las entrañas de los animales, en particular del hígado (del cerdo, sobre todo), al que se consideraba como una miniatura de nuestro planeta. Esta superstición llegó a los romanos por medio de los hititas, griegos y etruscos, y alcanzó un lugar importante en la vida política de Roma. Cada porción de este órgano se creía correspondía a una parte del mundo. Del mismo modo que las rayas de la mano son distintas en cada individuo, las del hígado tampoco son exactamente iguales en los distintos animales, ni la vesícula biliar está siempre en el mismo lugar, datos que permitieron a los babilonios elaborar un sistema detalladísimo de predicciones basado en el hígado de los animales.

Esta "ciencia" de la interpretación de las rayas del hígado es antiquísima; se remonta a lo menos al cuarto milenio, y para que la aprendieran los discípulos se empleaban reproducciones de dicho órgano hechas con arcilla. El British Museum posee un ejemplar totalmente cubierto de inscripciones explicativas que data de la época de Hamurabi. Se han encontrado también tratados de adivinación en la biblioteca de Asurbanipal.

Se vaticinaba igualmente el porvenir derramando agua y aceite en un recipiente y estudiando las figuras formadas por estos dos líquidos no miscibles.

La interpretación de los sueños tenía asimismo capital importancia: en el país del Éufrates, como se desprende de numerosas claves de sueños halladas en la biblioteca de Asurbanipal. Dichos textos históricos mencionan frecuentemente sueños que determinaron la conducta de los reyes. Ello nos recuerda la profunda significación que los israelitas concedían a sus sueños.

Para los babilonios, la naturaleza era el gran libro en donde los secretos revelaban el porvenir a algunos iniciados.

Fenómenos tan insignificantes como el balido de los corderos y el vuelo de las aves permitían prever los acontecimientos futuros. Muchas de las supersticiones orientales fueron luego patrimonio de otros pueblos. También los romanos serian extraordinariamente supersticiosos.

SUPERSTICIÓN, MAGIA Y MUERTE

Espíritus maléficos y conjuros mágicos

Los babilonios atribuían a los espíritus maléficos todas las desgracias y enfermedades que padecen los hombres y los animales. Se imaginaban que la atmósfera estaba poblada por demonios peligrosos y que tales espíritus se hallaban al acecho en las fragosidades de las montañas, en las tumbas, entre las ruinas y en los desiertos. Así, un mal espíritu podía, en cada instante, "levantarse como el viento y matar a los vivos en el desierto".

Los espíritus maléficos provenían del reino subterráneo, y podían ser demonios o ánimas en pena. Aquellos habitaban en una sombría morada que los israelitas

denominaban Sheol y los romanos Averno. En esta sombría morada reinaba el dios de los infiernos, que es al mismo tiempo divinidad de la guerra y de la peste, y con él estaban su mujer y todos los demonios que envenenan la existencia del hombre. El dios de los infiernos tenía siete hijos, a quiénes mantenía prisioneros para que guardasen las puertas de sus dominios.



Pazuzu o el demonio del viento S. O.

Babilonia entera creía que los muertos salían de sus tumbas en forma de vampiros y que "chupaban la sangre de los hombres, secaban su carne y vaciaban sus arterias de sangre". Había un demonio de la montaña que no tenía boca, labios, ni orejas, que por la noche erraba "como un perro" por los caminos y las calles, se introducía en las casas para turbar el reposo del hombre fatigado y chupaba la fuerza vital del pecho de los enfermos. Otros demonios se deslizaban en los lechos y forzaban a hombres y mujeres a las mayores aberraciones.

Las fórmulas de conjuro eran abundantes. He aquí una:

Conjurado. Encantadora, asesina, pesadilla
conjuradora y sacerdotisa encantadora
Conjuradora de la serpiente, hija
Hierodula, consagrada a Istar,
que capturas en la noche, que cazas durante el día,
que manchas el cielo y palpas la tierra,
que te atreves a tapar la boca de los dioses

y puedes ligar las rodillas de las diosas,
que matas a los hombres, y no perdonas a las mujeres;
eres la destrucción y el mal genio
y nadie resiste a tu encantamiento;
al fin se han dado cuenta de ti, se han apoderado de ti,
te han combatido, te han sacudido
Ea y Marduk, te han llevado
al dios del infierno Girra, el héroe.
Girra, el héroe, ha deshecho tus enredos
y tendrás que pagar, bruja, todo cuanto nos has hecho sufrir.

Un indescifrable mundo deprecatorio

En la actualidad nos parecerá absurda y grotesca la práctica de los conjuros, pero es preciso situarse dentro del marco de la mentalidad de aquellos tiempos en que la Naturaleza vencía al hombre, y no al contrario, como en nuestra era espacial. En el mundo teológico de los mesopotamios cabía toda clase de oraciones, la mayoría en un lenguaje poético que nos recuerda los paralelismos bíblicos, Plenas de fervorosa unción en demanda de lo que entonces adquiría importancia primordial y que ahora la tendría escasa o nula. Puede servir de ejemplo una *Oración para después de un mal sueño*, dirigida a la diosa Istar y al dios Marduk:

¡Dios mío, que estás enojado conmigo, admite mi oración!
¡Diosa mía, que estás enojada conmigo, admite mi súplica!
Recibe mi oración: ¡ojalá se apacigüe tu ánimo!
Señor mío, gracioso y misericordioso, que de día conduces a la muerte,
declárame qué ensueño me atormenta.
Diosa mía, mírame graciosamente y admite mi súplica.
Séanme perdonados mis pecados; sean borradas mis maldades.
Rómpase mi atadura, desátese mi cadena.
Que los siete vientos se lleven mis suspiros.
Quiero destruir todas mis maldades:
el ave se las lleve al cielo,
el pez se lleve mi tribulación,
la corriente arrástrela consigo,
las bestias del campo la aparten de mí,
el agua corriente del río me limpia
Hazme claro como un rostro de oro,
como un vaso de cristal séate yo precioso.
Abrasa mi maldad, salva mi alma, haz firme tu altar,
para que pueda colocar en él tu imagen.
Déjame apartar de mi ruindad.
y haz que esté guardado cabe ti
Ilústrame y haz que vea un ensueño dichoso.
El ensueño que he visto sea propicio,
el ensueño que he visto carezca de engaño,
el ensueño que he visto se trueque en gracia;
el dios de los ensueños esté en mi cabeza.

Déjame entrar en el templo de los dioses, casa de vida.
¡Me encomiendo a Marduk misericordioso,
para lograr gracia en sus manos;
así quiero inclinarme ante tu grandeza,
quiero alabar tu divinidad:
y que los habitantes de mi ciudad glorifiquen tu poder!

Otra de las fórmulas de conjuro se refiere a los «siete espíritus malignos»:

Sembrando mal en el camino, en él están situados,
marchan ellos ante el dios Nin-un-agal,
poderoso héroe de Inllilla.
¡Conjura al espíritu del cielo; conjura al espíritu de la tierra!
¡Conjura al espíritu de Inzu, señor de Ghisdubarra!
Conjura al espíritu de Pa-sagga,
guía del camino que conduce a la cueva
No te acerques, no te vuelvas
al cuerpo del hombre hijo de su dios:
aléjate de delante y de detrás de él...

El poder mágico y sacerdotal

Las imprecaciones de los sacerdotes eran la mejor arma contra los demonios, los magos y los brujos. Del mismo modo que se procuraba apaciguar la cólera de los dioses con oraciones y sacrificios, por medio de conjuras trataban de quebrantar el poder de los espíritus maléficos e impedir que se propagaran la enfermedad y la ruina. Los magos y los exorcistas fueron pronto legión y su renombre se extendió más allá de las fronteras del país del Éufrates. Todos los pueblos de la Antigüedad consideraban a los caldeos como a magos y adivinos sin rival.

Los actos solemnes, como por ejemplo la firma de tratados de paz, no se concertaban sin sacrificios e imprecaciones. Hacia 750 antes de Cristo, se estableció un tratado entre el rey de Asiría y el soberano sirio Mati-ilu. En la ceremonia se sacrificó un macho cabrío y se amenazó a Mati-ilu, si alguna vez quebrantaba el tratado, con estas palabras: "Así como este macho cabrío ha sido arrancado del rebaño y no volverá entre los suyos para conducirles al pasto, así Mati-ilu, si es perjuro, será arrancado de su país con sus hijos, sus hijas y todas sus gentes. No podrá ya volver a su casa para reinar sobre su pueblo. Si Mati-ilu no respeta su juramento, su cabeza será cortada como la cabeza de este macho cabrío. Esta cabeza, más que la de un macho cabrío, es la cabeza de Mati-ilu y la de sus hijos, la de los grandes de su reino y la de sus súbditos."

Después, para continuar la comparación con los miembros de Mati-ilu, se cortaron las patas al macho cabrío y por último castraron el pene del animal con esta amenaza: «Si Mati-ilu rompe su juramento, Mati-ilu será transformado en una mujer pública y sus soldados se convertirán en mujeres. Como mujeres públicas vagarán, ellos también, por las calles de la ciudad; serán llevados de un país a otro y serán estériles como las mulas, sin esposo y sin hijos. ¡Istar les arrebatará la fuerza viril!».


Combate de un dios con un demonio, según un bajorrelieve de Nimrud.

Gracias a su pretendido poder para alejar los malos espíritus y predecir el futuro, los sacerdotes babilónicos adquirieron tanta influencia sobre el pueblo que formaron durante mucho tiempo un estado dentro del estado, como ocurrió con el clero egipcio. Hace 4500 años, un soberano que intentó mantener su autoridad frente a los sacerdotes les hacía estos reproches: «Penetraron en el jardín de la pobre viuda y le quitaron los árboles y los frutos»; aún más, «le robaron los asnos y los bueyes llenos de fuerza». En lo sucesivo, siguieron oyéndose quejas parecidas. El poder temporal de la jerarquía eclesiástica era tanto más arbitrario cuanto que la función de sacerdote era hereditaria.

Salmos y lamentaciones

La literatura asirio-babilónica alcanza su cima con unos salmos descubiertos en la biblioteca de Asurbanipal. Muestran, a veces, sorprendente semejanza con los salmos del Antiguo Testamento. La idea del pecado y el sentimiento de culpabilidad son expresados de forma tan emocionante, que se creería oír las voces de los profetas del Antiguo Testamento y la de los autores de los salmos.

Hay también lamentaciones referentes a la enfermedad, la debilidad de la vejez y demás miserias que pueden aquejar al hombre. El canto más bello lo constituye un Job babilónico que trata de penetrar en la miseria humana en un salmo titulado: *Lamentación sobre los sufrimientos de un hombre justo*.

Se han encontrado copias de este canto en la biblioteca de Asurbanipal, pero no puede demostrarse que data de una época muy anterior a la de este soberano.

El autor se presenta como un rey de Babilonia y el tema del poema es el sufrimiento de los justos como exaltación de los dioses.

Semejante lamentación podría conducirnos a conclusiones exageradas. Los salmos babilónicos no pueden considerarse como representativos de la vida religiosa de los babilonios, como tampoco el himno a Atón (obra de Eknatón) puede ser criterio de las nociones religiosas de los egipcios, o los diálogos de Platón para las creencias populares griegas. En todos los pueblos existen personas que destacan muy por encima del nivel medio de sus compatriotas, sin que éstos alcancen las esferas más elevadas.

En principio, los salmos son lamentaciones en las que apenas se habla del pecado y de los remordimientos, pues con ellas y mediante el llanto sólo se pretende despertar la piedad de los dioses. Es más importante aparentar humildad y lamentarse que mostrar remordimiento. Las invocaciones "¿Cuánto tiempo todavía?" y "¡Aparta de mí tu ira!" son incansablemente repetidas para aplacar a los dioses. Así como los exorcismos nacen del miedo que inspiran los espíritus del mal, los brujos y los encantadores, las lamentaciones y las plegarias a los dioses tienen su origen en el temor a su cólera. El objetivo de las oraciones, de los salmos, de los himnos y las ofrendas era predisponer a los dioses para la clemencia.

Las lamentaciones y los exorcismos están muy cerca unas de otros. Los salmos terminan siempre con un consejo: indican la manera de "recibir ayuda", por ejemplo, repitiendo tres veces ciertos encantamientos mirando tras de sí.

Igualmente, en la antigua Babilonia, la religión y la religiosidad eran a menudo cosas diferentes. Se tendría una idea completamente falsa de la religión del pueblo de Babilonia juzgándola por sus cantos, donde los hombres pusieron toda su alma. Los dos rasgos más característicos de la religión babilónica eran la conjuración de los espíritus y la adivinación. Los himnos y las oraciones nos llevan a la cumbre de la evolución religiosa, pero en realidad existía un abismo de grosera superstición.

El reino de los muertos

Los egipcios, dotados de excelente carácter, tenían de la vida eterna una idea muy distinta que los asirios y babilonios, pueblos más severos y de natural más prosaico. El egipcio, en definitiva, esperaba seguir en la eternidad una vida terrenal muy placentera; por eso las tumbas de sus difuntos estaban decoradas con tanto lujo.

En las orillas del Tigris y del Éufrates se representaba el más allá como una morada sombría, como el reino de los muertos, "donde las sombras de los difuntos adoptan forma de pájaros, languidecen en las tinieblas y viven del barro y del polvo". El camino que conduce al reino de los muertos comienza allí donde el Sol se oculta en el desierto. El difunto debe franquear, primeramente, un río con la ayuda del "barquero de los infiernos", el cual tiene cabeza de petrel, cuatro manos y cuatro pies. El reino de los muertos propiamente dicho está rodeado de siete murallas, cada una de ellas con una puerta donde un hijo del dios de los infiernos monta guardia. Después de franqueadas las puertas, el difunto penetra en "la sombría morada de donde nadie regresa, donde se alimenta de polvo y barro". Nadie halla el menor consuelo en el reino de los muertos. Con todo, los malos son más desgraciados todavía que los justos; deben "comer los desechos de la ciudad de los muertos, beber el agua de los albañales y una roca les sirve de lecho". Este y otros hechos indican que los babilonios creían en la existencia de un tribunal de los infiernos.

Ello no obsta para que los difuntos de Asiria y Babilonia recibieran una sepultura conveniente, pues "el que no tiene tumba, o no tiene a nadie para que se ocupe de ella, no encuentra la paz; su espíritu vaga por la Tierra y provoca toda clase de desgracias". El espíritu así condenado a un eterno vagar tenía en esta tierra una suerte poco envidiable: "debe alimentarse de desechos".

Los babilonios embalsamaban también a sus muertos y para ello utilizaban miel, aceite, manteca, sal y hierbas olorosas. Los entierros daban ocasión a ofrendas funerarias; los parientes del difunto dejaban oír sus lamentos y sus llantos desgarradores, ayudados por los plañideros y plañideras profesionales, que tocaban

música fúnebre. Los sobrevivientes rasgaban sus vestidos en menudos trozos y se vestían con sacos viejos en señal de duelo, se arrancaban los cabellos y la barba y se golpeaban con cuchillos.

El difunto era colocado directamente en la tumba o acostado en una especie de sarcófago de arcilla y depositado en un sepulcro de mampostería. Cada ciudad poseía su necrópolis, pero no era obligatorio enterrar en ella a los difuntos: se han encontrado numerosas turrabas a la vera de los caminos o en lugares deshabitados. El rey y otras personas de alto rango dormían su último sueño en algún palacio o templo. La costumbre asiria prescribía enterrar los muertos en la casa donde habitaron.

Parece que la incineración se practicó corrientemente. Se cree incluso haber encontrado un crematorio en las ruinas de una ciudad babilónica. Sin embargo, parece ser que su uso estaba limitado a las clases más humildes de la población; los demás estamentos sociales sólo la practicaban en caso de necesidad.

Al difunto le llevaban alimentos y bebidas a la tumba; a veces, incluso, algunos objetos de los que estuvo particularmente encariñado. Un príncipe "puso en la tumba de su progenitor y educador un servicio de vajilla de oro y plata, así como toda clase de alhajas".

El entierro terminaba con un festín, en el que los convidados consumían los restos de las ofrendas funerarias. Luego, a intervalos regulares, llevaban alimentos y vino a la tumba, para que el espíritu del difunto no se encolerizara y rehusase permanecer en los infiernos. Los sacerdotes se encargaban de estas ofrendas regulares y, para mayor seguridad, añadían algún exorcismo para impedir que el muerto abandonase el reino de las sombras.

Naturalmente, los mesopotámicos poseían un mito para explicarse por qué los seres humanos se hallaban privados de inmortalidad y, por ende, de poder vivir en un posible Edén[49].

Superstición y moral

En ocasiones, sin embargo, en vez de sahumerios, talismanes, exorcismos u otros conjuros, los afligidos examinaban derechamente su mala conciencia ante el espejo de los dioses. El suplicante interpelaba a los dioses y les preguntaba de qué actos se había hecho culpable el enfermo o la persona afligida para que hubiera atraído la ira y el castigo de los dioses:

¿Ha irritado a su dios de alguna manera?
¿Ha dicho "sí" en lugar de "no", o "no" en lugar de "sí"?
¿Ha deseado mal a alguien o se ha hecho culpable de mentira?
¿Ha corrompido al juez?
¿Ha sembrado la discordia entre padre e hijo,
entre madre e hija,
entre hermano y hermano,
entre amigo y amigo?
¿Ha despreciado a su padre o a su madre?
¿Empleó medidas falsas o asentó falsos linderos?

---

[49]Recuérdese que según una trimilenaria tradición israelita, el Jardín del Edén, donde Yahvé puso a Adán y Eva antes de desobedecerle, estaba regado por cuatro ríos, dos de los cuales eran el Tigris y el Éufrates (Génesis 2.14).

¿Ha entrado en la casa de su vecino?
¿Se ha acercado a la mujer de su vecino?
¿Vertió la sangre de su vecino?
¿Ha robado el vestido de su vecino?
¿Se ha rebelado contra su superior?
¿Ha fingido lengua honesta en un corazón desleal?
¿Ha levantado falsos testimonios?
¿Ha cometido actos impuros y se ha ocupado de magia o superstición?
¿Ha tenido trato con algún maldito,
se sentó a la mesa con algún maldito,
durmió en la cama con algún maldito,
comió en el plato de algún maldito,
o bebió en la copa de algún maldito?

Aunque parezca obvio, pues, se ha constatado en este examen de conciencia que los mesopotámicos también entreveían la relación entre mal y culpa moral, no desconociendo, en consecuencia, la noción de justicia moral.

En Asiria y Babilonia se han encontrado también textos semejantes a los libros de sabiduría egipcios y hebreos. En la biblioteca de Asurbanipal se ha descubierto una especie de catecismo de moral popular que proporciona, entre otros, estos consejos:

¡No hables mal de los demás, sino entona sus alabanzas!
Quien calumnie y pronuncie palabras injuriosas
recibirá su castigo de Shamash.
No hables demasiado, pon freno a tu lengua.
El hombre encolerizado debe meditar antes de hablar
y el que habla atolondrado se arrepentirá luego de ello.
¡Sosiégate y sepas dominarte!
Por la mañana, hay que prosternarse, rostro en tierra,
e invocar a los dioses;
así se sentirá aumentar las fuerzas.
La piedad conduce a la gracia,
las ofrendas hacen de tu vida un éxito
y la oración quebranta las cadenas del pecado.

La biblioteca de Asurbanipal nos ofrece igualmente una colección de proverbios asirio-babilónicos de los que entresacamos éstos: “En una ciudad extranjera, el obrero se convierte en rey”; “El que muere de hambre no se sacia con una cesta de oro o de plata”; “A mala simiente, mala cosecha”; “El borracho es tan fuerte como un jarro de fango”; “Invadiste el campo de tu enemigo; ahora él invade el tuyo”. Un equivalente a nuestro “No hay humo sin fuego” es este refrán en forma de pregunta más o menos retórica: “¿Quién engorda sin haber comido?”.

Terminemos con dos citas muy expresivas: “¡Teme a Dios, honra al rey!” y “El verdadero amigo no se olvida de quien le olvida”.

UN CIERTO PARALELISMO CON LA BIBLIA

Leyendas babilónicas sobre la Creación

Sobre la creación del mundo existen varios relatos babilónicos. Uno de los dos más importantes encontrados en la biblioteca de Asurbanipal se remonta a la más lejana Antigüedad y cuenta el nacimiento de los dioses.

El otro, escrito en el período neobabilónico, es en realidad un elogio a Marduk, el dios tutelar de Babilonia, celebrado aquí como el dios de la Creación.

Marduk cubrió las aguas con un lecho de cañas,
después creó la Tierra v la llenó de estas cañas.
Y para dar a los dioses mansiones esbeltas,
creó a los hombres.
Con él, Aruru[50] *creó la descendencia humana.*
Creó los animales de los campos y los seres vivos de la Tierra.
Creó el Tigris y el Éufrates, trazó sus cursos
y les dio su nombre.
Creó el trigo, la hierba, la caña y los matorrales,
la tierra buena, los prados y las marismas,
la vaca vagabunda y su hijito, el ternero, la oveja
y su hijo, el cordero del rebaño,
creó los campos y los bosques,
el macho cabrío y la gacela.

Los babilonios creían que los dioses crearon al hombre para su servicio y poder así gozar de un reposo egoísta. Para hacer al hombre, los dioses tomaron un poco de barro, lo mezclaron con la sangre de otro dios, al que habían dado muerte, y crearon un ser nuevo. Así, pues, el hombre participa de lo divino y de lo terreno y es "la imagen de los dioses".

Llegó un momento en que este hijo espúreo de los dioses colmó la escasa paciencia de las egoístas divinidades, que decidieron exterminarlo de ante su vista mediante un diluvio "universal", no sólo descrito por todos los pueblos mesopotámicos y hebreos, sino en parte comprobado científicamente.

De igual modo, aparece en el mundo cosmogónico de los mesopotamios una especie de Edén, vagamente insinuado en algunos documentos, entre ellos esta leyenda del paraíso de Eridu.

“En Ninki creció una oscura palmera de dátiles en lugar puro… De Ea es un campo en Ninki, abundancia en plenitud… Su morada es el centro de la tierra, sus hojas son el lecho de la madre de Ba’u… En su brillante residencia que como un bosque extiende su sombra y en cuyo interior nadie penetra.”

Relatos acerca del Diluvio universal

Quien primero halló un auténtico relato cuneiforme del diluvio fue George Smith.

Smith, ayudante de Rawlinson, había sido un colaborador eficaz en la preparación de la obra de este último sobre la interpretación de textos cuneiformes. Smith era capaz

[50]Aruru era la diosa del nacimiento.

de distinguir al primer golpe de vista los caracteres cuneiformes, cuyo parecido es tan embarazoso.

En el otoño de 1872, pasó por sus manos una tablilla que creyó sería más interesante que los demás documentos cuneiformes. Al descifrarla, Smith se quedó sin aliento. Se trataba del relato de una inundación que lo destruía todo a su paso, de un barco que quedó detenido en la cumbre del monte Nisir, de una paloma soltarla para ver si el nivel de las aguas había bajado y de una golondrina y un cuervo también soltados con el mismo fin. Smith levantó el velo a un viejo relato babilónico que contaba todas las incidencias del diluvio.

Este descubrimiento dio mucho que hablar en todo el ámbito del mundo civilizado. Pero Smith no había asombrado todavía bastante a sus contemporáneos. Faltaba aún un largo pasaje del texto cuneiforme que los fragmentos en posesión de los ingleses no podían completar. El episodio que faltaba debía encontrarse, sin duda, en la biblioteca de Asurbanipal, el famoso soberano asirio.

Smith partió para Nínive, excavó en el lugar donde se hallaba la biblioteca de Asurbanipal, encontró un gran número de fragmentos cuneiformes y, entre ellos, ¡el pasaje que faltaba a la tablilla del British Museum! El texto descubierto cuenta cómo el héroe de la leyenda recibió del dios la bienhechora orden de construir un barco y meter en él a toda su familia y a un macho y a una hembra de cada especie animal.

Las excavaciones de Smith permitieron, además, colmar otras muchas lagunas en las colecciones del British Museum; hizo nuevos descubrimientos, todos de gran valor, en la biblioteca de Asurbanipal. Vuelto por tercera vez al país del Tigris y del Éufrates para emprender nuevas excavaciones, la peste y el cólera hacían allí estragos y Smith tuvo que abandonar el proyecto. Murió en el viaje de regreso.

El arca del Noé mesopotámico

Examinemos ahora este gran descubrimiento. Se trata de un fragmento de la época heroica escrito en doce tablillas de arcilla. Después se encontrarían varias versiones todavía más antiguas, que datan, aproximadamente, del año 2000 antes de Cristo. Es una verdadera lástima que estos textos hayan llegado a nosotros en fragmentos tan pequeños.

El héroe de esta leyenda asirio-babilónica —equivalente a nuestro Noé del Génesis— es Ziusutra, llamado también Utnapishtim, el último de los más antiguos reyes de Babilonia.

Según los relatos babilónicos, el teatro de la catástrofe fue la ciudad de Suripak, en el Éufrates, cerca del lugar donde el río desemboca en el golfo Pérsico. La gran inundación, según la leyenda, era enviada por los dioses de la ciudad para castigar los pecados de los hombres.

Pero Utnapishtim gozaba de la protección del bienhechor Ea, el dios del mar y de la sabiduría. Éste le previno que los dioses habían decidido exterminar a la humanidad, y queriendo salvar a su favorito le aconsejó construir un gran navío y hacerse a la mar con su familia y una pareja de todos los seres que vivían en la Tierra.

Utnapishtim siguió el consejo de su protector y cuando la nave estuvo dispuesta, empezó a cargarla:

Metí en ella todo cuanto poseía:
todo lo que poseía en plata; cuanto poseía en oro;
hice entrara todos los animales que poseía;

hice subir a la nave a todos mis parientes próximos y lejanos.

A una señal dada, sube él a bordo, cierra la puerta y confía el gobierno del buque a un timonel experimentado. De pronto, los elementos se desencadenan, la tempestad estalla, los ríos y los océanos se desbordan, el mundo entero es sumergido bajo las aguas que caen de las negras nubes. Incluso los dioses se sienten incómodos. "Subieron hacia el firmamento de Anu. Allí se sentaron y permanecieron inmóviles, temblando como perros y llorando de terror."

La tempestad dura seis días y seis noches. "El mundo entero se convirtió en océano" y toda vida queda anonadada en la Tierra. El séptimo día, la tormenta cedió, la mar recobró la calma y el barco se posó en el monte Nisir.

Utnapishtim espera todavía otros seis días antes de adoptar una decisión:

Al nacer el alba del séptimo día
decidí enviar una paloma.
La paloma revoloteó un poco, pero regresó en seguida;
dio un vuelo corto, al no encontrar lugar seguro.
Mandé soltar una golondrina.
La golondrina voló, y también regresó pronto.
Hizo un corto vuelo al no encontrar lugar seguro.
Mandé soltar un cuervo;
el cuervo revoloteó y vio que las aguas cedían ya su lugar a la tierra;
comió, voló de acá para allá, comió hasta saciarse
y no volvió más.

Utnapishtim sabía ahora que la tierra estaba libre de las aguas. Salió del navío y ofreció un sacrificio en la montaña. Noé ofreció también un sacrificio a Yahvé, que lo aceptó como un perfume agradable. De la misma manera, los dioses babilónicos se congregaron para aspirar el humo del sacrificio ofrecido por Utnapishtim.

Los dioses olieron el aroma,
los dioses aspiraron el buen olor,
los dioses se juntaron como moscas
en torno al que ofrecía el sacrificio...

Después, Istar sé quejó a los otros dioses y juró por su diadema que no olvidaría nunca esa jornada. Esta diadema, que la diosa llevaba sobre su cabeza al pronunciar el juramento, corresponde al arco iris del relato judío.

Las tablillas cuneiformes halladas en Babilonia, después que Smith hubo hecho su importante descubrimiento en la biblioteca de Asurbanipal, demuestran que el relato babilónico es más antiguo que el hebreo. Hoy se conocen al menos seis relatos babilónicos (o fragmentos de ellos) sobre el diluvio. En Nipur, la ciudad en que se erigió un día el mayor templo de Babilonia, se ha encontrado un fragmento de la versión más antigua que conocemos hoy. Esta tablilla tiene probablemente cuatro mil años.

Las pruebas evidentes del diluvio

En 1929, otro acontecimiento conmovió a los arqueólogos. Woolley descubrió pruebas concretas que el diluvio ocurrió realmente.

En el curso de las excavaciones de, Ur, entre 1927 y 1929, Woolley removió un terreno de setenta metros cuadrados, a una profundidad de diez a doce, compuesto de varias capas de restos diversos y vestigios de habitaciones; el espesor total de estas capas representaba una evolución ininterrumpida durante varios siglos. En la primavera de 1929, Woolley hizo excavar más profundamente y encontró otros objetos de la misma especie, entre los cuales había una tablilla cubierta con caracteres cuneiformes más antiguos que los descubiertos en las tumbas de los reyes y que Woolley situó hacia el año 3000 antes de Cristo (quizá sea necesario retrasar en dos o tres siglos la cronología de Woolley respecto a la historia sumeria). Continuaron las excavaciones y pronto cesaron los descubrimientos: se tropezaba con una capa de arcilla virgen, cuya composición ponía de manifiesto una larga permanencia en el agua. Primeramente se creyó que era el antiguo fondo del delta, pero según Woolley, su nivel estaba demasiado alto para que eso fuese cierto. Profundizó todavía más y la capa de arcilla terminó bruscamente; se volvieron a encontrar restos de loza y de objetos de uso común. Pero estos hallazgos tenían unas características distintas a los realizados anteriormente sobre la capa de arcilla.

Esta capa arcillosa tenía unos tres metros de espesor, lo que significa una gran cantidad de agua, y esto no puede explicarse más que por una inundación catastrófica, mayor que cualquiera otra conocida en esta parte del mundo.

Woolley hizo excavaciones comprobatorias en otros lugares y encontró por doquier la misma capa de arcilla.

Parece que este diluvio fue una catástrofe local, que castigó un territorio de unos 600 o 700 kilómetros de longitud y 150 de anchura, en el curso inferior del Éufrates. Mas para los habitantes del país en donde se originaron estos relatos del diluvio, dicho territorio significaba el mundo entero.

Los trabajos de Woolley parecen indicar igualmente que los sumerios tomaron posesión de Mesopotamia y se establecieron allá después del diluvio. Se ha encontrado, debajo de la capa de arcilla, cerámica bellamente pintada hecha totalmente a mano. Los instrumento de piedra son también numerosos. Sobre la capa de arcilla han sido hallados sólo algunos objetos de piedra y de loza, ésta de un tipo completamente distinto, hecha, sin duda, con torno. Aquí también aparecen los primeros objetos de cobre.

Para Woolley, esta brusca ruptura de un proceso evolutivo, por otra parte regular, es una prueba patente de la inmigración y del establecimiento de un nuevo pueblo, que se cree es el sumerio. Woolley sitúa el diluvio hacia el año 3000 antes de Cristo.

El pecado original, según los babilonios

En los archivos de El-Amarna, como en la biblioteca de Asurbanipal, se encuentran fragmentos de un relato babilónico cuyo héroe es Adapa, "semilla de la humanidad"; es decir, el primer hombre. Este Adapa dio un mal paso que hizo que perdieran la inmortalidad él y su descendencia. De este mismo relato se han encontrado huellas en Egipto, formando parte de un manual en lengua babilónica, en uso unos 1.500 años más tarde. Es fácil identificar a Adapa con el Adán de nuestra Biblia.

Adapa era hijo de Ea y su padre le legó su sabiduría, pero no la vida eterna. El primer hombre era barquero, vivía de la pesca y habitaba cerca del templo de Ea, en

Eridu, donde ofrecía a su padre y señor pan, bebida, pesca y caza.

Pero un día que salió a pescar, el viento del sur se abatió sobre su barca y le hizo zozobrar. Furioso, Adapa consiguió agarrarse a las alas de un demonio y arrancárselas; el demonio, sin ellas, no pudo ya volar.

Cuando Anu, el dios del cielo, supo lo que Adapa había hecho, se encolerizó y llamó al culpable. Pero Ea conocía el peligro que corría su hijo y le aconsejó que no comiera el pan ni bebiera el agua que el dios del cielo le ofreciera, pues Adapa perdería la vida si lo hacia.

Sin embargo, las cosas pasaron de forma distinta a como Ea había imaginado. Adapa llegó al cielo y Anu se apaciguó al verlo, abandonando todo rencor. Y no solamente perdonó a Adapa, sino que quiso mostrarse más generoso aún que el mismo Ea, otorgándole un beneficio extraordinario. Ordenó a sus servidores que presentasen a su invitado nada menos que el pan y el agua que daban la inmortalidad. Pero Adapa no había olvidado el consejo de Ea y rechazó lo que se le ofrecía. Anu, indignado por el desaire, ordenó a los espíritus que le servían: "¡Apoderaos de él y devolvedle a la Tierra!" Así, pues, este malentendido privó a Adapa de la vida eterna.

MATEMÁTICAS CELESTES

Nace la ciencia del calendario

Ya mencionamos a los babilonios como fundadores de la astronomía. Los cuerpos celestes y su evolución interesaban a los "magos de Oriente", no solamente por razones prácticas, sino también por razones religiosas. En la vida cotidiana estos conocimientos les permitieron dividir el tiempo en unidades exactas; es decir, establecer el calendario, indispensable para la sociedad babilónica, tan organizada hasta en los menores detalles. Los babilonios nos han legado la división de la semana en siete días, el día en veinticuatro horas, la hora en sesenta minutos y el minuto en sesenta segundos.

Las esferas de nuestros relojes perpetúan la sabiduría de los antiguos babilonios, y los nombres de los días, el recuerdo de sus dioses. Los babilonios dieron a los siete días de la semana los nombres de las “siete luminarias móviles del cielo"; es decir, el Sol, la Luna y los cinco planetas entonces conocidos; todos llevan el nombre de un dios, pues se creía que las divinidades se materializaban en estos planetas. Más tarde, cuando los romanos adoptaron la semana de siete días de los babilonios, dieron a cada día el nombre del dios o de la diosa romana que más se parecía al dios babilónico, primer padrino del día. Más tarde aun, los germanos adoptaron el uso romano y dieron el nombre de un dios o diosa propios a cada día de la semana

Los meses en Babilonia tenían veintinueve o treinta días, pero en realidad el año del calendario era más corto que el año solar real; por eso algunos años tenían trece meses. Durante mucho tiempo, este decimotercer mes fue colocado un poco al azar, hasta que en el siglo VI antes de Cristo se establecieron normas fijas. Cada mes estaba consagrado a uno de los signos del zodiaco, y al mes suplementario se le atribuyó como símbolo el cuervo, pájaro de mal agüero. Desde entonces, el número trece —la cifra del cuervo— ha permanecido fiel a su fama de número nefasto.

Observaciones astronómicas

Numerosos documentos de la biblioteca de Asurbanipal atestiguan la remota antigüedad de las primeras observaciones astronómicas en Mesopotamia. Se trata de copias de una obra monumental que cuenta no menos de 72 tablillas de arcilla, fue redactada hace más de 3.500 años recoge los resultados de las observaciones astronómicas efectuadas durante los siglos precedentes a su redacción. Los asirios y babilonios tenían esta obra en alta estima y, en el transcurso de su historia, la enriquecieron con los resultados de nuevas observaciones.

En Hilleh (Mudjelibah) se construyó uno de los mejores y más antiguos observatorios astronómicos del mundo, con una altísima torre de observación basada en la medida del estadio caldeo (aproximadamente 1/1119 de grado; es decir, 99,2 metros), coronada por una estatua en oro de Belos, divinidad nacional asiria, de planta cuadrada y orientada a los cuatro puntos cardinales. Acaso pudieron observar el eclipse de Luna que tuvo efecto el 19 de marzo de 721 antes de Cristo, en tiempos de Nabonasar. El astrónomo Nergal-etir, que redactaba catálogos siderales para Asurbanipal, compuso un sello en que aparece por vez primera el dios solar como figura semihumana, con una cola de ave y rodeado de una corona de rayos solares; además de la inscripción del nombre de su dueño, este sello tiene una fórmula deprecatoria, una de las pocas encontradas hasta el presente, que dice así: "A quien se lo lleve (se refiere al sello), lléveselo también el dios del Sol", frase que constituye una admonición apremiante contra el uso ilícito del sello.

No hay que olvidar, sin embargo, que entre los babilonios la astronomía era la sierva de la astrología y que no pudo sacudir esta servidumbre hasta muy tarde. Las observaciones y los cálculos de los astrónomos babilónicos nunca prueban un estudio sinceramente desinteresado, objetivo, sino que perseguían fines prácticos o tendían a adivinar las intenciones de los dioses y a predecir el futuro.

Es necesario llegar al período helenístico, unos siglos antes de Cristo, para hablar de astronomía babilónica en el sentido actual de la palabra. Con todo, los astrónomos de esta época eran conscientes de lo mucho que debían a los astrólogos de Babilonia, se autodenominaban "babilónicos" y se servían de antiguos textos babilónicos para sus observaciones y sus cálculos.

La predicción de los eclipses

Es posible, aunque no esté todavía probado, que los antiguos caldeos fueran capaces de predecir los eclipses de Luna y de Sol, aunque de manera rudimentaria. Los documentos más antiguos que tratan de esta cuestión datan del tiempo de Asurbanipal, cuya biblioteca contiene una carta de los astrólogos de Asur notificándole la inminencia de un eclipse de Luna, pero que no podrá verse, porque el cielo estará nublado. Piden al rey se informe de si en otras ciudades de Asiria y Babilonia lo han podido observar.

Sin embargo, es imposible afirmar que los babilonios pudiesen predecir realmente los eclipses de Sol o de Luna, pues no tenemos pruebas de que el eclipse hubiera tenido lugar. Los astrólogos no se caracterizaban precisamente por una extraordinaria preocupación por la verdad. De esta manera, siempre podían decir que los dioses habían cambiado de parecer. "Una predicción que no se realiza, está muy pronto condenada al olvido, pues en ella no hay nada que retenga la memoria. Pero todo el mundo se acuerda de una predicción que llegó a ser realidad. El astrólogo aparece rodeado, entonces, de una especie de aureola." Así hablaba muchos siglos más tarde el gran astrónomo Kepler.

El primer eclipse de Sol cuyo día fue exactamente previsto, se produjo el 28 de mayo de 585 antes de Cristo y fue anunciado por Tales de Mileto, "el primer filósofo griego". Hay que tener en cuenta que Tales era discípulo de los caldeos.

Los babilonios no se limitaron a estudiar la astronomía, sino que también fueron los primeros en el dominio de la matemática. Se valían de dos sistemas: el decimal y el sexagesimal. Un número elevado se expresaba con un múltiplo de seis o con un múltiplo de sesenta.

Nosotros utilizamos todavía el sistema sexagesimal cuando dividimos el círculo en 360 grados y el día en horas, minutos y segundos.

Como los egipcios, los babilonios no pretendieron demostrar ni razonar. La vida práctica les planteaba una serie de problemas a los que, por la experiencia o mediante tanteos, habían encontrado solución. Así, llegaron a resolver problemas de segundo y tercer grado.

Transcribimos uno para el curioso que quiera resolverlo: "Sea un rectángulo. Multiplico la base por la altura y obtengo la superficie. En segundo lugar, sumo la base y la altura: la suma es igual a la superficie. Sumo la base, la altura y la superficie y me da un total de nueve ¿Cuál es la base, la altura y la superficie?”.

EL IMPERIO HITITA

Los hititas, pueblo de Anatolia

Fijar las fronteras entre el imperio hitita y el reino hurrita es tarea difícil. Además se puede afirmar que el centro del imperio hitita se situaba en la parte no egea de la meseta de Anatolia y que los hurritas se asentaron, en líneas generales, en todo el norte mesopotámico.

En la época de la XIX dinastía egipcia, los hurritas fueron avasallados por el imperio hitita; después desaparecieron. Por esto los historiadores distinguen con dificultad su civilización de la de los hititas, mejor conocida desde el descubrimiento de archivos cuneiformes[51] en un lugar de las montañas de Boghazkoy, llamado "Nido de águilas".

Ahí mismo aparecieron las ruinas del palacio y de los edificios administrativos de lo que fue Hatusas, la ciudad que los hititas establecieron como capital en varias ocasiones.

Hatusas estaba ya habitada hacia el año 2500 antes de Cristo, pues un escrito acadio que data del tiempo de Naram-Sin, (aproximadamente 2160 antes de Cristo), hace mención de cierto rey Pamba, de Hatti; es decir, del país de los hititas. Este monarca, con otros diecisiete reyes, emprendió una expedición contra Naram-Sin. No es seguro que Pamba haya sido un personaje histórico, pero las excavaciones de Boghazkoy han demostrado, sin embargo, que en aquella época existían ya los barrios más septentrionales de la ciudad.

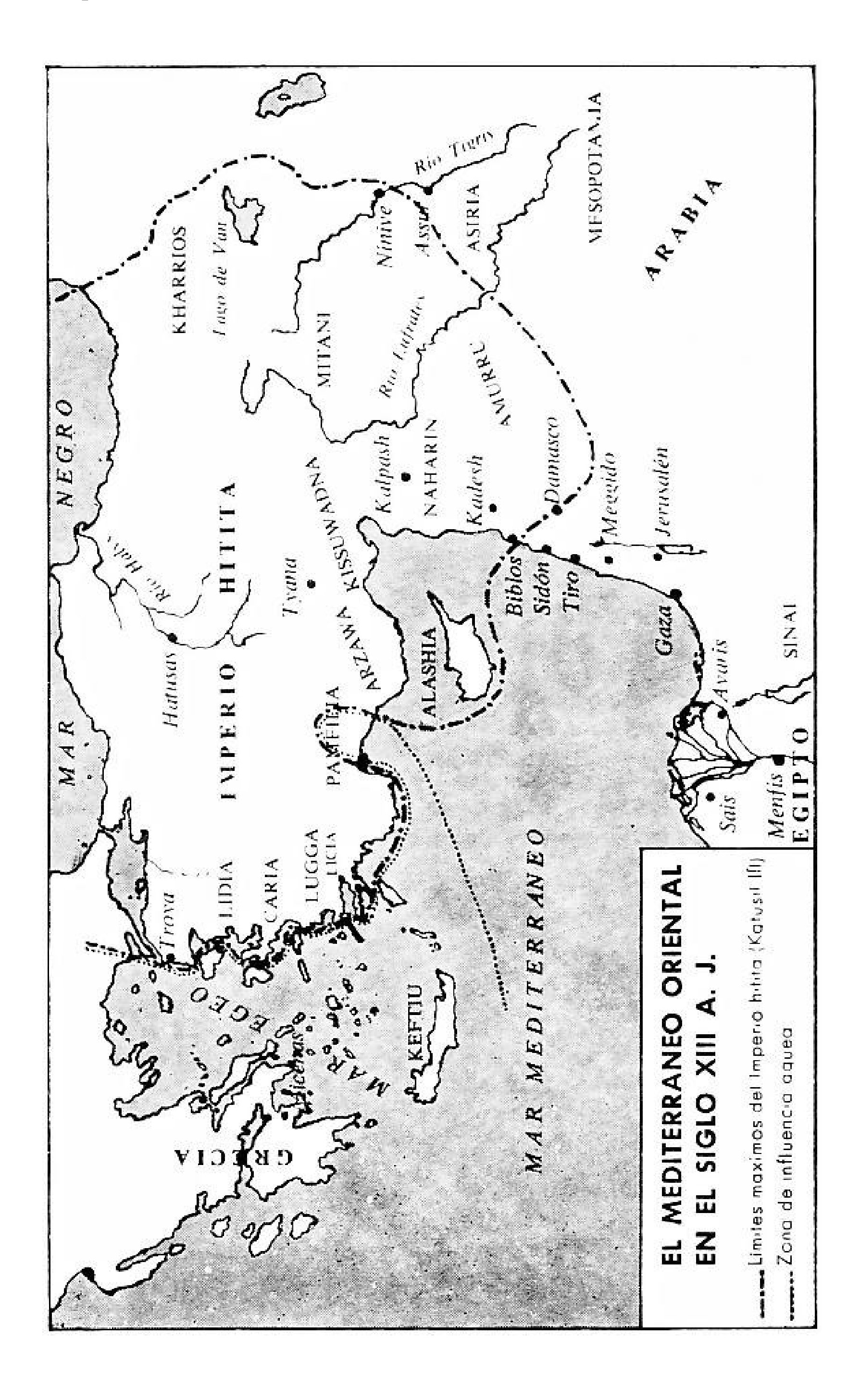
Los hititas fueron uno de los pocos pueblos caucásicos antiguos que legaron a la historia un testimonio bastante completo de su existencia. Además de Hatusas, su capital. contaron en su territorio con otras ciudades importantes —Alepo, Karkemish, Melitene, Comagene, Tiana—, y desde el tercer milenio antes de Cristo fueron muy influidos por pueblos arios occidentales, de un idioma semejante al celta y al latín primitivo, grupos humanos nómadas semisalvajes e incultos, que debieron desconocer la escritura y usar, en cambio, el caballo y el carro de ruedas. El rey Pamba gobernó quizás el reino de Burushkanda, frente a cuya localidad los semitas primitivos habían levantado otra población, Kanesh o Ganish, especie de factoría comercial de la dinastía semita de la ciudad de Kish, en la Mesopotamia central. La hitita Burushkanda y la semita Kanesh estuvieron situadas no lejos de la actual ciudad turca de Kayserij.

Uno de los primeros soberanos hititas, al parecer, ayudó al rey Hamurabi a derrocar al último vestigio del poder sumerio en tierras de Mesopotamia, el imperio de Ur. Con la decadencia de Babilonia bajo los sucesores de Hamurabi, puede decirse que empieza la formación del verdadero e histórico imperio hitita.

Reforzados por grupos indoeuropeos originarios de Tracia, los hititas afianzaron su poderío militar mediante la utilización del caballo en la guerra. Comenzaron con

[51]Descifrado por el asiriólogo checo Bedrich Hrozny.

expediciones atrevidas, con correría por el Asia Anterior y luego constituyeron un potente imperio.



Mursil I, Subiluliuma y sus sucesores

El rey más poderoso del Imperio Antiguo fue **Mursil I**, que vivió hacia el año 1800 antes de Cristo. Sometió, entre otros, al reino de Haleb, que se extendía por los alrededores de la actual ciudad de Alepo, en Siria, y atacó Babilonia, conquistando esta "capital del mundo". No pudo, sin embargo, mantener su autoridad sobre Babilonia y debió abandonar el territorio a los kasitas, descendidos de las montañas del este.

Mursil mandó erigir un espléndido palacio en Hatusas. Tras su fallecimiento, el rey **Hantili** construyó allí una muralla de circunvalación. Las casas se levantaban sobre terrazas y todas las construcciones residenciales tenían varios pisos y un patio interior; incluso contaban con un baño de arcilla.

Debido a la escasez de monumentos, se conoce con cierta deficiencia el arte hitita; lo bastante, sin embargo, para apreciar su escasa originalidad y su valor secundario, por lo que se ha dicho que es una interpretación bárbara del arte mesopotámico y del egipcio, y así parece justificarse en algún caso. Algunos arqueólogos han supuesto que el palacio y fortificaciones de Boghazkoy fueron obra de **Subiluliuma**, y uno de ellos lo describe del siguiente modo: "La fortificación es de piedra, de aparejo desigual en su parte inferior, y ladrillo en la superior, con almenaje. Las puertas de las murallas están flanqueadas de torres cuadradas y se perfilan desde su arranque sobre el umbral en figura semioval. A los lados hay figuras esculpidas. Lo que se percibe del palacio, que es la planta, afecta en conjunto un trazado irregular, formado por cuatro cuerpos de edilicio, de las dependencias, con una entrada principal a un costado y numerosos departamentos estrechos y largos que rodean a la verdadera mansión real, que es cuadrangular y de análogo trazado, con patio central".

Debido a que los hititas rendían culto a sus dioses en plena naturaleza, en lo alto de las montañas, apenas dejaron templos propiamente dichos. No obstante, se conserva uno de sus santuarios en la propia Hatusas.

Después del período de crisis que sucedió a la toma por asalto de Hatusas y su destrucción por los "Pueblos del mar", hacia 1430 antes de Cristo, un nuevo imperio alcanzó la cumbre del poder político durante el reinado de **Subiluliuma** (1380-1346 antes de Cristo). Los reinos vecinos temblaban ante los hititas, y Subiluliuma mandó grabar inscripciones que cantaban sus victorias. A instancias de los faraones, se designó a sí mismo dios y se intituló "yo, el sol".

"Yo, el sol, Subiluliuma, el soberano del reino de Hatti, el intrépido, el favorito del dios de la tempestad, he marchado al combate. He llegado a Washuganni. He capturado a los habitantes de Suta, la capital de la provincia, y los he trasladado al reino de Hatti con sus bueyes, sus cerdos, sus caballos, todas sus posesiones y todos sus esclavos. Su rey, Dusrata, huyó. No ha salido a mi encuentro en el combate."

Mursil II sucedió a su padre y tuvo que reconquistar todos los territorios que éste se había anexionado. Durante su reinado, la capital del imperio hitita, Hatusas, fue engrandecida.

En el gobierno de su sucesor, **Mutallu** (1315-1290 antes de Cristo), los hititas entablaron un combate decisivo contra Egipto, país que entonces estaba gobernado por Ramsés II y había superado la depresión sufrida durante y después del reinado de Tutankamón. Ramsés II quería reconquistar los territorios perdidos al este del Mediterráneo, pero sus huestes sufrieron hacia 1300 la tremenda derrota de Kadesh, descrita en el Tomo I página 167. El poderío de los hititas se hallaba entonces en su cenit.

Pero el reflujo político y el ocaso se acercaban. **Hatusil III** arrebató el trono a su yerno, conquistó algunos territorios más y pactó con Ramsés II, a quien ofreció su hija en matrimonio.

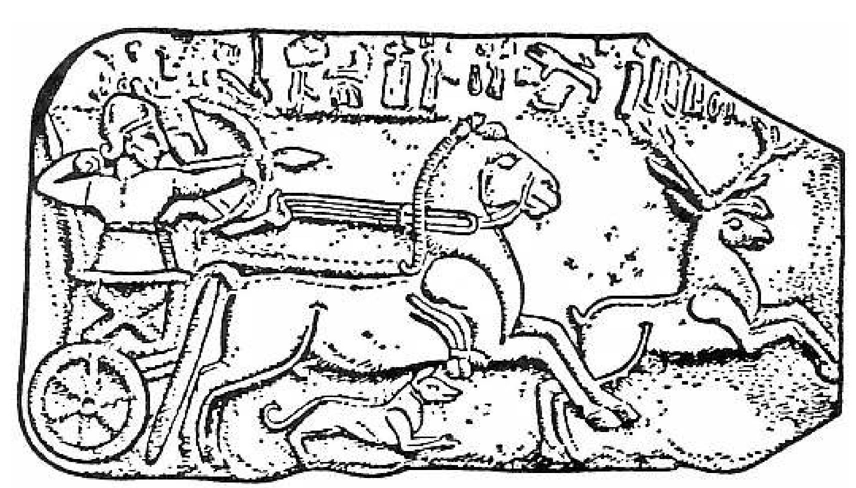
Poco después sobrevino la decadencia. Hacia 1190 antes de Cristo, Hatusas fue arrasada por los "Pueblos del mar" y por los fenicios venidos del Asia Menor. La urbe ya no resurgió de sus ruinas.

El poder del imperio hitita estaba destruido, pero su nombre no iba a ser borrado de los anales de la historia. Durante la primera mitad del primer milenio, los asirios conservaron el nombre de Hatti para designar los territorios del antiguo imperio hitita, aunque los hititas no fueran ya sus dueños.

En Anatolia central surgieron numerosos Estados de las ruinas del imperio hitita, entre ellos el reino frigio y los pequeños principados que se extendían desde Kayseri (en la actual Turquía) hasta la Siria del Norte.

La misteriosa civilización hitita

A pesar de la aparatosidad religiosa con que los reyes hititas investían su poder, no consiguieron darle el carácter de un absolutismo total. Lo impedía la aristocracia dirigente, cuya asamblea sancionaba la elección de todo nuevo soberano, le recibía juramento y le prometía, a su vez, fidelidad. Asimismo, esta asamblea juzgaba los procesos contra alguno de sus miembros o contra los parientes del rey.



Carro hitita

Además existían dos categorías de funcionarios: los administradores y los agentes del culto. Con todo, una gran parte del imperio hitita escapaba a la administración directa de la monarquía, ya que, según parece; la vida económica del país se basaba en un sistema feudal. Los vasallos estaban unidos al rey por contrato, y además, a su vez, con sus propios vasallos como en la época medieval.

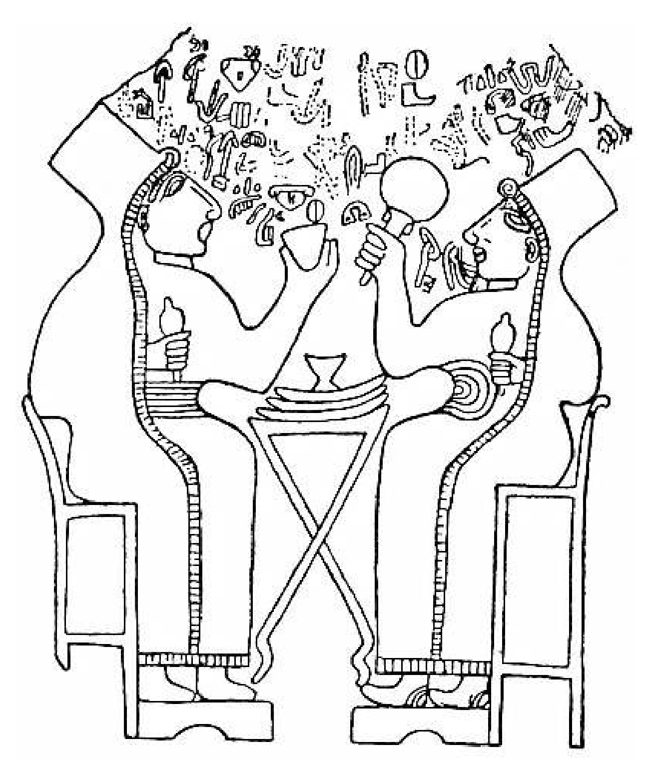
Siguiendo los precedentes mesopotámicos, los hititas practicaban un comercio activo con un sistema variado de préstamos, garantías y fianzas. La industria metalúrgica era próspera y el hierro hitita era objeto de exportación hacia los países del este y del sur. Como los comerciantes babilónicos, los hititas sentían un apetito

desordenado por el oro, que no cesaban de mendigar a los faraones; los reyes kasitas de Mesopotamia, por otra parte, hacían otro tanto.

Los hititas exportaban también caballos, que a partir del año 1500 antes de Cristo fueron muy estimados; se necesitaban tiros para los carros de guerra y los coches de caza reales. Un importante documento hitita, el "texto Kikuli", enumera con mucho detalle la manera de cuidar y domar un caballo para hacerle un excelente corredor. Parece, sin embargo, que Kikuli, autor del texto, no era hitita, sino hurrita. Probablemente estuvo durante cierto tiempo en el imperio hitita, por cuenta del Estado, paya dar lecciones de doma y cría caballar. Este texto data de 1350 antes de Cristo y es el más antiguo manual conocido de esta especialidad.

El derecho hitita

Las leyes hititas han llegado hasta nosotros en dos tablillas de texto cuneiforme que hacen pensar en la existencia de una tablilla suplementaria, que los arqueólogos no han descubierto. Dichas leyes están concebidas indiscutiblemente según los códigos mesopotámicos y reglamentan cuestiones análogas, no obstante la diferente estructura social de los hititas, pues, como se ha hecho notar, la vida política del país estaba ordenada por una casta dirigente, feudal.



Losa sepulcral hitita representando a dos mujeres en un festín. Una de ellas se lleva un vaso a la boca y la otra sostiene un espejo, encima de ambas figuras los nombres y títulos del difunto.

El derecho penal, sí, era menos duro. Se acudía a la condonación y a la compensación más que a los castigos corporales. "Si alguien mata a un hombre o a una

mujer después de un altercado, debe pagar una multa. Debe entregar cuatro esclavos, hombres y mujeres, y dejar a su mujer en prenda." Por otra parte la pena de muerte se aplicaba a quien se atrevía a rebelarse contra el rey o contra un alto dignatario religioso, y a quienes se hacían culpables de incesto o de relaciones sexuales con los animales.

En cambio, maldecir al prójimo constituía un hecho abominable, un delito tan serio que era castigado con la pena más grave del código. Y para un esclavo, tal acción significaba sencillamente la muerte. Una ley estipulaba, en efecto, que "si un hombre libre mata a una serpiente y pronuncia en este mismo instante el nombre de otro, deberá pagar una mina (una libra de plata); si el culpable es un esclavo, debe morir".

Como en los demás países de Oriente, el código fijaba las cantidades que los obreros y las personas que pertenecían a otras clases sociales podían exigir por su trabajo. Se trataba, pues, de una especie de baremo de salarios máximos.

Los hititas juzgaban del valor de la persona humana según criterios más o menos parecidos a los de los semitas: la vida de un esclavo valía la mitad de la de un hombre libre, y cuando alguien tomaba gente a su servicio, el hombre percibía un salario equivalente al doble del que recibía la mujer.

Es interesante destacar cómo la estimación de la mujer —¿o de la prole?— va creciendo con el transcurso del tiempo. En época más remota, la ley ponía una multa de unos diez siclos (8,4 gramos de plata) a quien hiciera abortar a una mujer en el último mes de su gestación, multa que se reducía a la mitad si el aborto hubiera ocurrido en el quinto mes. Más tarde, la suma fue duplicada, cualquiera que fuera el momento en que se cometiera el delito.

El derecho de los hititas asimilaba el matrimonio a un contrato; de hecho, la "compra de la esposa" era, según nos revelan los hallazgos arqueológicos, lo más frecuente. Pero también sus leyes atestiguan conocer la manera más antigua de poseer una mujer: el rapto, que aparece claramente configurado en este párrafo:

"Si una muchacha está prometida en matrimonio a un hombre y otro hombre la rapta, este último deberá, inmediatamente después del rapto, pagar una indemnización al primero, para resarcirle de sus anteriores gastos. Los padres de la muchacha no tendrán que pagar indemnización alguna. Pero si son los padres quienes entregan a la hija a otro, entonces sí que la tendrán que pagar. Si rehúsan, la autoridad deberá velar para que la muchacha no sea dada a otro."

Este párrafo demuestra a la vez que el prometido había debido pagar una dote a los padres de su futura esposa y que si los esponsales se rompían por una u otra razón, esta suma tenia que serle restituida por el causante.

LOS SEMITAS OCCIDENTALES

Las naciones del Levante

En la Antigüedad, la región costera que se extiende desde Egipto, en el sur, hasta el Asia Menor, en el norte, y que llamaremos "Levante", sólo albergaba un mosaico de Estados pequeños. La geografía dificultó la fusión de estas comunidades. Dichos territorios no poseen, como Egipto y Mesopotamia, esos factores de vida y de unión que son los grandes ríos; al contrario, elevadas montarlas separan las regiones habitadas y dividen las tierras fértiles en pequeñas unidades diferenciadas.

Así pues, las montañas impedían las relaciones pacíficas entre los minúsculos pueblos semitas occidentales, pero no eran obstáculo infranqueable cuando decidían declararse la guerra. La historia de esta región consiste en una larga serie de escaramuzas y de combates que desarrollaban entre ejércitos minúsculos, y los " reyes" de estos estados liliputienses no eran, por regla general, más que campesinos que poseían unas pocas tierras o jefes de tribu. La historia de estas regiones estuvo también determinada por su situación geográfica y por hallarse en la encrucijada de las rutas comerciales y militares seguidas por otros pueblos más poderosos. Ya dijimos antes que un historiador inglés ha llamado *the fertile crescent* (el creciente fértil) al territorio en forma de medialuna que se extiende desde el golfo Pérsico hasta la costa egipcia, pasando por el Tigris y el Éufrates, la llanura de la actual Mosul y Alepo. Todavía en nuestros días, el comercio del Cercano Oriente sigue este itinerario. Levante llegó a ser, pues, el punto de intersección y el campo de batalla de las grandes potencias, y la tumba de antiguos pueblos, pero también el territorio donde todas las corrientes culturales se fusionaron y se enriquecieron mutuamente.

Simplificando, podernos decir que mientras la parte septentrional de Levante estaba habitada por fenicios en la costa y arameos, amorreos y hurritas al interior, el Sur se lo repartían los filisteos en la costa, los hebreos al medio, y otros (amonitas, moabitas, edomitas, etcétera), en los confines del desierto arábigo.

Tres de estos pueblos, los fenicios, los hebreos y los arameos, han desempeñado una función singularmente significativa en el desenvolvimiento de la civilización.

LOS NAVEGANTES Y MERCADERES FENICIOS

El solar de los fenicios

Durante los muchos siglos en que el mundo de las civilizaciones orientales fue apenas conocido, se concedió excesiva importancia a los fenicios, error de perspectiva que debemos achacar a los relato de los escritores griegos y romanos, rendidos admiradores de todo lo que procedía de las costas fenicias. Detentadores durante mucho tiempo del comercio marítimo entre Oriente y Occidente, griegos y romanos llegaron a

considerarlos como los depositarios de toda la civilización oriental[52]. Sin embargo, la única aportación histórica de los fenicios consistió en hacer que los pueblos de Europa participaran de la cultura de los egipcios y babilonios; aunque si bien fueron excelentes intermediarios, también fueron individuos mezquinos.

El país fenicio nos ha legado pocos documentos. Sabemos, por la tradición griega, que poseían en otro tiempo una literatura muy rica. Existen algunas interesantes inscripciones egipcias y babilónicas en las rocas de Nahr-el-Kelb, "el río del perro", un cabo abrupto hacia la mitad de la costa asiria, a pocos kilómetros al norte de Beirut. Aquí, en la roca, se abrió un camino (en la más remota Antigüedad), y quien ocupaba este paso dominaba los caminos hacia el norte, hacia Damasco al este y hacia Tiro y Sidón al sur. Ramsés II hizo grabar su imagen y tres inscripciones en la roca, y otros seis reyes asirios siguieron su ejemplo. En los alrededores se ha encontrado también una inscripción de Nabucodonosor. Las esculturas y los textos quedaron bastante deteriorados por la acción del tiempo. Hacia el año 1860, un petulante oficial francés adornó con su nombre una piedra conmemorativa egipcia que casi cubre totalmente el texto del faraón. En 1918, el general británico Allenby pasó por estos lugares durante su ofensiva contra los turcos y mandó grabar su nombre entre los grandes conquistadores de la Antigüedad para compartir hiperbólicamente su gloria.

Cuando las ciudades fenicias conocieron su más alto grado de prosperidad, primero por la dominación de los persas, luego de los griegos y por fin de los romanos, se construyó mucho en el país. Así ocurrió también durante la Edad Media, cuando muchos monumentos antiguos fueron derruidos y utilizados como materiales de construcción.

Arqueología fenicia

Aquí, como en Egipto, los coleccionistas de aluvión demostraron poca inteligencia. Ernest Renan, el gran orientalista e historiador de las religiones que en 1860 hizo notables descubrimientos arqueológicos en Fenicia, deplora que el gusto incipiente por las antigüedades egipcias haya destruido los más importantes monumentos del país. Los cazadores de tesoros han cometido verdaderos estragos, sobre todo en las ruinas de la antigua ciudad de Sidón; luego de importantes hallazgos como el de millares de piezas de oro, los modernos vándalos manejaron la picota con redoblado celo. Algunas veces llegaron a juntarse centenares de aventureros para

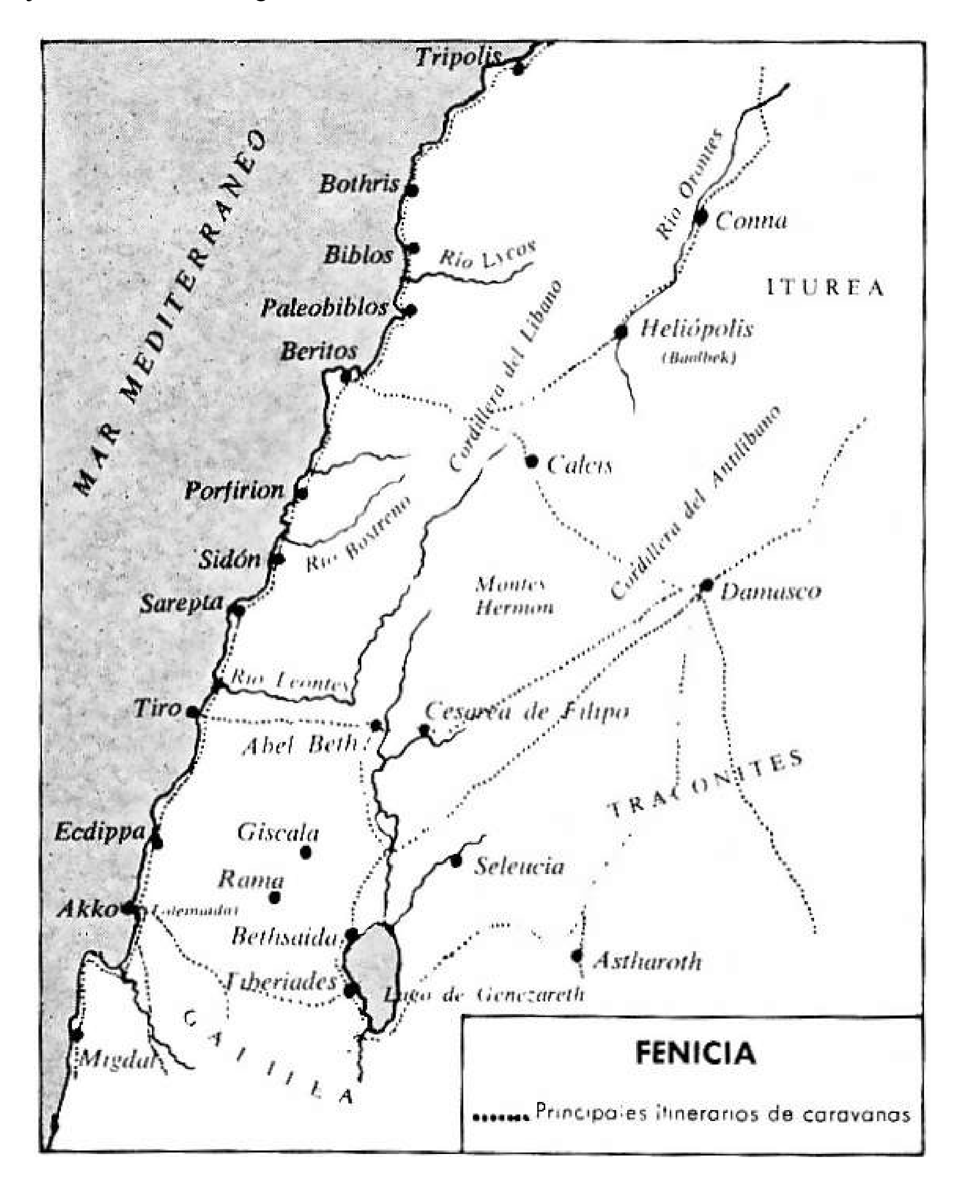
---

[52]Pocos pueblos hay que tengan su historia tan unida a la configuración geográfica de su suelo como el fenicio. Su civilización es de un tipo completamente distinto al del resto de los países orientales.

Vivían entre la costa mediterránea oriental y la cadena montañosa del Líbano, paralela al litoral. Actualmente el suelo es casi desértico, pero en la Antigüedad tenía bastante vegetación y las laderas del Líbano estaban cubiertas de pinos, olivos y cedros. Los fenicios, activos por temperamento, sacaban de su suelo todo el rendimiento posible por medio de cultivo en terrazas. Los ríos desde el Líbano al mar eran torrenciales en verano y en otras épocas casi siempre seco; por lo tanto, fácilmente aprovechables. El subsuelo calcáreo no ofrecía machos recursos, y esta pobreza natural y su situación geográfica determinaron su sentido histórico: los fenicios, o se lanzaban al mar o no eran nada en la historia humana.

"Los fenicios, que no tienen importancia por si —dice José R. Mélida—, tienen grande en la historia, pues sus importaciones y exportaciones facilitaron los distintos pueblos materia, útiles para las industria, y al arte modelos exóticos, de los que se aprovecharon ellos mismos para formar el suyo, que es una mezcla de elementos egipcios, caldeo-asirios y griegos."

trabajar con la misma fiebre en su obra de aniquilación: no perdonaron una tumba ni dejaron un solo sarcófago intacto.



Se han encontrado algunas inscripciones fenicias en otros países del Mediterráneo, en donde los fenicios tenían establecidas colonias comerciales. Las excavaciones de la antigua Cartago fueron las que dieron los mejores resultados, pero lo que más abundaba allí eran piedras sepulcrales sin gran interés para la Historia.

Durante mucho tiempo se atribuyeron a los fenicios numerosas creaciones culturales. En primer lugar, el alfabeto. También se les ha concedido el honor de creerlos autores de un sistema de pesas, medidas y monedas que, en realidad, fue inventado por los babilonios. Además se ha supuesto que descubrieron el vidrio, cuando

el mérito se debe a los egipcios; los fenicios no hicieron más que continuar el proceso de divulgación.

La originalidad de los fenicios hay que buscarla en otro campo. Si no fueron los primeros en construir embarcaciones para navegar en alta mar, las construyeron sin duda muy buenas, pues los cedros del Líbano les proporcionaron el material para estas construcciones navales. Al principio, los barcos eran movidos a remo, no empleando la vela hasta relativamente bastante tarde.

El origen de la tintorería

Probablemente es a los fenicios a quienes debemos el arte de teñir los tejidos con púrpura; al menos, hicieron más uso de ese procedimiento que los demás pueblos que además lo conocieron. Para la fabricación de este tinte empleaban la glándula de un molusco gasterópodo marino: el *Murex purpura*. Expuestas al sol, las secreciones amarillentas de este molusco adquieren un color verde que evoluciona en un precioso tinte rojo subido, tirando a violáceo. Este bonito color poseía, también, la inestimable cualidad de no decolorarse. Pero la púrpura era muy cara, cada molusco no producía más que algunas gotas de la indispensable sustancia, y una manufactura de púrpura necesitaba millones de moluscos cada año.

En Tiro y Sidón todavía se pueden ver los lugares donde los fenicios arrojaban las conchas del murex; en los alrededores de Sidón se encuentra un verdadero banco de conchas, de unos cien metros de largo por varios de alto. La leyenda atribuye el descubrimiento del proceso a una feliz casualidad: en cierta ocasión, un pastor vio a su perro que se le acercaba con el morro ensangrentado, o al menos así le pareció a él, y el trapo de lana de que sé sirvió para limpiar al animal tomó un maravilloso tinte rojo. No se trataba, pues, de sangre. El pastor siguió las huellas del perro y averiguó que el animal había comido un molusco de púrpura.

Después, los árabes conquistaron Tiro, y los turcos Constantinopla, destruyendo las últimas tintorerías. En nuestros días se ha intentado fabricar de nuevo la púrpura a base del *Murex*, pero la empresa se ha abandonado por resultar antieconómica.

Ciudades-Estados no belicistas

Las regiones costeras habitadas por los fenicios nunca estuvieron agrupadas en un estado centralizado. Renan escribe que Fenicia jamás fue un país ni una nacionalidad, sino más bien un conjunto de puertos en que cada uno ejercía soberanía sobre su porción de territorio costero. Estos Estados en miniatura colocaban el comercio por encima de toda otra consideración y, así, su política fue dominada por los intereses económicos.

Por esta razón, los fenicios no quisieron dejarse arrastrar a la guerra a ningún precio. Sagaces comerciantes, preferían observar de dónde soplaba el viento, transigir ante sus vecinos más poderosos, reconocer su superioridad y pagarles tributo. Estuvieron bajo la dominación de Egipto y después bajo el poder de los hititas; luego, tanto Egipto como Mesopotamia atravesaron un período de decadencia. Con ello, los hebreos pudieron establecerse en Palestina sin oposición y llegar a ser por poco tiempo una potencia importante, a la vez que los fenicios pudieron desenvolver su poderío comercial. Después llegaron los conquistadores asirios y tanto la independencia de los fenicios como la de los hebreos comenzó a menguar. Pero los fenicios evitaron la suerte

reservada a los judíos, demasiado tercos, prefiriendo someterse a los invasores asirios, con lo cual el rey de Nínive se limitó a imponerles un tributo. Después de estar sometido a los asirios, el país conoció la dominación sucesiva de los babilonios, de los persas, de los macedonios y, por último, de los romanos.



Relieve que representa un barco fenicio.

La naturaleza obligaba a los fenicios a estar divididos en varios Estados, y el mar constituía, por tanto, el lazo de unión entre estas pequeñas comunidades. Los dos puertos más importantes eran Sidón y Tiro.

Tiro estaba situado sobre una isla rocosa, lo que le permitió resistir en diversas ocasiones a enemigos muy poderosos. Sólo el macedonio Alejandro Magno pudo apoderarse de Tiro por la fuerza.

La ciudad fenicia fuertemente fortificada y protegida por sólidas murallas, vigilaba la costa. Alejandro Magno se dirigió contra ella en agosto de 332 antes de Cristo con una flota de ciento sesenta naves y realizó allí una hazaña realmente maravillosa para aquella época, desde el punto de vista militar, al construir a través del mar un dique de casi un kilómetro de longitud que conducía desde la costa hasta la isla. Para proteger los trabajos hubo de instalar unos escudos móviles llamados "tortugas", a pesar de lo cual los trabajos de construcción del dique eran perturbados por una continua lluvia de flechas. Entretanto, sus ingenieros construían en la costa unos verdaderos monstruos: unas torres transportables para los tiradores de flechas y para la artillería ligera. Un puente levadizo situado en la parte anterior de estas torres permitía desencadenar un ataque en masa sobre las murallas enemigas.

Han sido éstas las torres más altas utilizadas en la historia de la guerra. Tenían veinte pisos, y con sus cincuenta metros de altura su plataforma más elevada quedaba por encima de las más altas murallas. Cuando estas torres monstruosas, después de siete meses de estudio, construcción y preparación, fueron empujadas sobre sus ruedas, lentas y pausadamente, en dirección a Tiro por el dique, quedó decidida la suerte de esta fortaleza marítima, considerada como inexpugnable por todos los países de la Antigüedad.

Las expediciones mercantiles de los fenicios

Los fenicios nunca hubieran llegado a ser una gran potencia económica si el Asia occidental no hubiese sido un territorio de elevada cultura y capaz de proporcionar mercancías.

Desde los puertos fenicios partían flotas comerciales en busca de nuevos mercados en las costas del Mediterráneo.

Su primer objetivo fue Egipto, pero luego se dirigieron también al norte, hacia las costas del Asia Menor, desde donde se aventuraron hasta Chipre, la isla del cobre, que se podía divisar vagamente desde las montañas costeras de Fenicia[53].

Una vez en Chipre, los fenicios encontraron el camino de las islas del mar Egeo. Navegaron de isla en isla, de cabo en cabo y, en los lugares favorables para su comercio, fundaron establecimientos. Así, poco a poco, llegaron a las costas de África del Norte, a Malta, Sicilia, Cerdeña y hasta el sur de España.

Aquí es donde sus esfuerzos fueron más generosamente recompensados; junto a las columnas de Hércules (así llamaban los antiguos griegos al estrecho de Gibraltar), en el umbral del océano Atlántico, descubrieron, en el curso inferior del Guadalquivir la plata, metal que en Oriente algunas veces preferían al oro. Ello fue lo que motivó la fundación de varias colonias en la parte meridional de la península, la más importante de las cuales fue Gades o Gadir, la actual Cádiz.

Así, pues, todo el Mediterráneo se convirtió en amplio campo de experiencias para los comerciantes fenicios; en los numerosos establecimientos practicaban un comercio de trueque con los autóctonos. Pero los comerciantes no se juzgaban muy satisfechos en sus negocios, y marinos animosos y emprendedores se lanzaron más allá de las costas de África y de Europa y alcanzaron las "islas del estaño", probablemente España del noroeste, o quizás también las islas Sorlingas, en la extremidad sudoeste de Inglaterra.

Estos largos viajes convirtieron a los fenicios en marinos intrépidos. Con su sentido innato del comercio, disfrutaban de una gran facilidad de adaptación y se sentían en todas partes como en su propio país. Los griegos y romanos consideraban esta facultad de adaptación de los fenicios con una mezcla de admiración y desprecio. Los poemas homéricos les rinden homenaje por su habilidad artística, pero los describen como consumados estafadores. Los romanos hablan de la "fidelidad púnica" (es decir, fenicia), para designar irónicamente una traición que se sale de lo normal. Los fenicios se atraían también la antipatía por su descarado comercio de esclavos en gran escala. A veces, en vez de realizar una "transacción comercial", se proporcionaban estos esclavos de manera dudosa: se surtían de ellos mediante golpes de mano en las costas extranjeras, de donde arrancaban por la fuerza a sus habitantes. Los fenicios hicieron del comercio de esclavos una empresa de gran empuje.

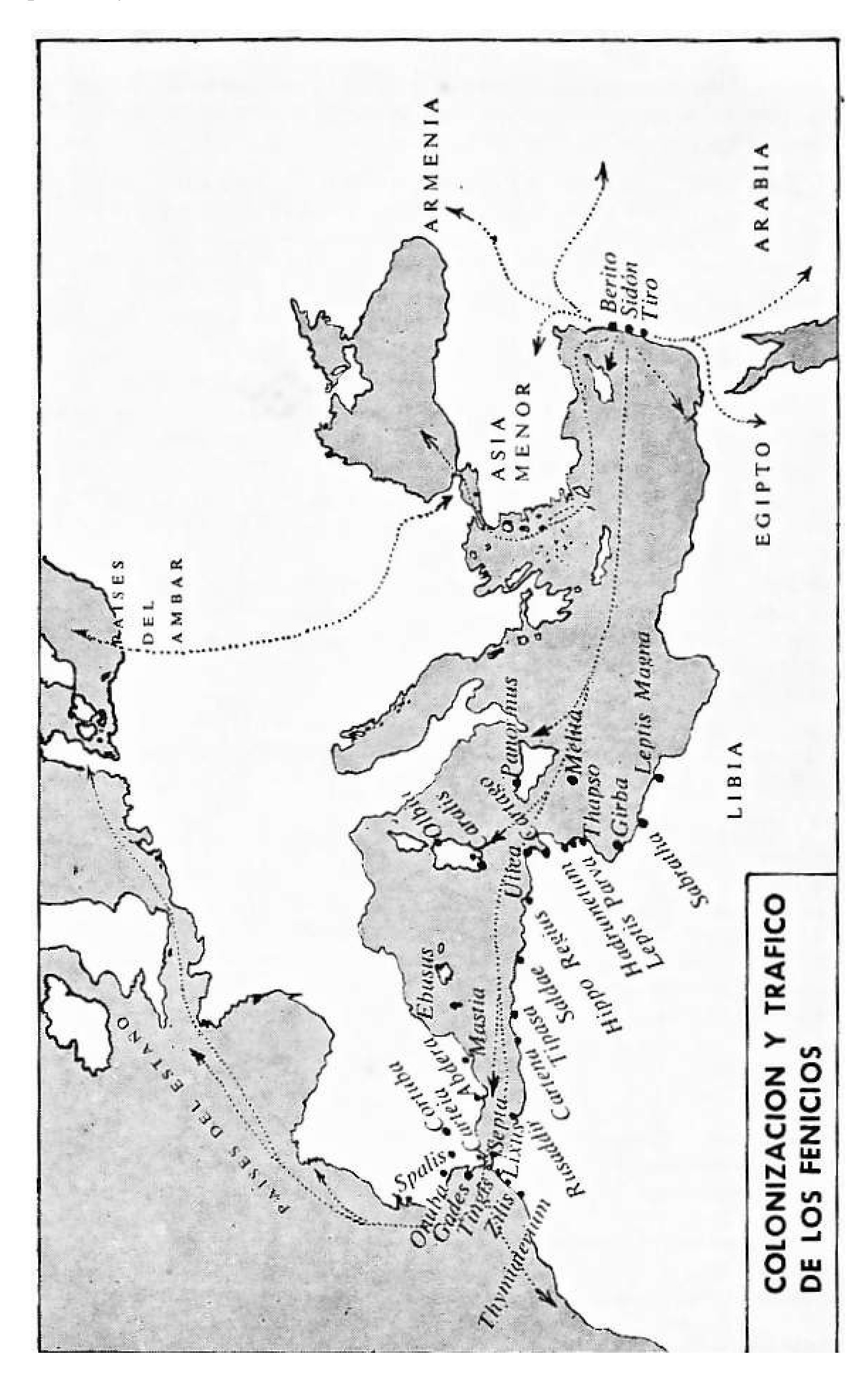
Cartago, en la costa septentrional de África, cerca de la actual Túnez, llegó a ser con el tiempo la más importante de las colonias comerciales fenicias.

Difícilmente se puede imaginar que las ciudades fenicias, poco numerosas y relativamente pequeñas, pudieran adquirir por sí solas la población y el poder necesarios para la colonización de toda la cuenca del Mediterráneo. Muchos orientalistas consideran esta colonización no como una conquista económica realizada por las

---

[53]Una de las leyendas de la Antigüedad narra cómo un rey de Tesalia —comarca del norte de Grecia— descubrió el cobre en la isla de Chipre, de donde procede su nombre: *kypros* según los griegos, el *cyprium* de los romanos y posteriormente *cuprum*, de donde deriva el vocablo "cobre".

ciudades fenicias, sino como una fase de la gran migración semita que se produjo en Mesopotamia y en Siria.



Las dos hipótesis tienen, quizá, su parte de verdad. Algunas colonias fenicias pueden ser resultado de esta gran migración semita. Pero las de España, en particular Gadir, fueron, según toda probabilidad, almacenes y establecimientos de Tiro; y las de la costa africana frente a la península ibérica, de Cartago.

El origen del alfabeto

Los hallazgos más recientes permiten suponer que, en última instancia, debemos el alfabeto a los egipcios y que luego nos fue trasmitido por los griegos. Éstos tomaron la mayor parte de sus letras a los fenicios —tal vez vía Chipre y Creta, probablemente después del año 1000 antes de Cristo— como parece demostrarlo el número de letras y que las dos primeras del alfabeto fenicio se llamaran *alef* y *bet*, denominadas por los griegos *alfa* y *beta*.

El alfabeto fenicio, o mejor el alfabeto semítico occidental, ha conquistado el mundo entero gracias a dos fenómenos históricos: la expansión de la cultura europea por todos los rincones de la Tierra y el triunfo del Islam hasta el interior de Asia y África.

Sólo la cultura china ha resistido hasta el presente y se puede preguntar, a buen seguro, hasta cuándo resistirá todavía. El alfabeto fenicio dio nacimiento solamente a una escritura puramente literal; las demás grafías, ya sea en Egipto, Babilonia, Asia Menor, Creta, China, Japón o México, son escrituras más o menos ideográficas que, en circunstancias favorables, han adquirido un carácter silábico.

Pero ¿dónde han encontrado los "inventores" del alfabeto semítico occidental los modelos para sus letras? Se ha supuesto que los tomaron de los babilonios, pero es imposible por estas razones: cada signo cuneiforme involucra sonidos vocales y consonantes, mientras que el alfabeto fenicio sólo significaba consonantes, pudiendo especificarse las vocales mediante el añadido de puntos diacríticos, como ocurre en las escrituras hebrea y árabe. Además, los babilonios escribían de izquierda a derecha, contrariamente a los fenicios. Por último, la escritura cuneiforme no estaba destinada a ser escrita, sino a ser grabada, mientras que la escritura fenicia presupone, como la nuestra, el uso de pluma, tinta y papiro, o materias similares. Todas las tentativas para relacionar la escritura fenicia con los caracteres cuneiformes han fracasado.

En cambio, la escritura fenicia presenta una similitud muy grande con la escritura cursiva egipcia[54].

---

[54]"La aparición del trazado que habría de convertirse en nuestro alfabeto se produjo indudablemente en Fenicia y las regiones anejas a ella entre los años 1300 a 1100 antes de Cristo, según ciertos arqueólogos que han estudiado los monumentos allí hallados. Alfabeto de veintidós letras, todas consonantes, de donde se ha deducido que, no pudiéndose haber ignorado las vocales, se descuidaba su notación, y que en, realidad las letras representaban sílabas cuya vocal no estaba indicada: estado intermedio entre el silabismo y el alfabeto completo.

"El aspecto, a primera vista, es de letra cursiva, con caracteres separados, que más tarde y de manera accesoria se transportó a la materia dura de los sarcófagos o las estelas sepulcrales. En las inscripciones cananeas las palabras están separadas generalmente por puntos. Hay que leerlas de derecha a izquierda. El arameo, otra lengua semítica occidental, tuvo en sus comienzos —hacia el año 1000 antes de Cristo— casi los mismos caracteres y el mismo funcionamiento que el moabita; o sea, escritura de derecha a izquierda." —Marcel Cohen, C. de la Unesco, 1964.

I II III IV V VI VII. VIII IX X

a
b
c,g
g
d
e
u,v
f
z
h
.....
....
i
k
l
m
n
x
o
p
q
r
s
t
ph
ch
.....
ps
w
.....
.....

Evolución del alfabeto. I, fenicio; II, griego; III, griego oriental; IV, griego clásico; V, griego occidental; VI. y VII, etrusco; VIII, latín antiguo; IX, latín clásico; y X, escritura cursiva de la Edad Media, llamada uncial. Inmediatamente emparentado con el fenicio se halla el alfabeto hebreo; por algo fenicios y hebreos eran vecinos.

Los caracteres egipcios sirvieron de modelo a las letras fenicias. Usando la expresión bíblica se podría hablar de vino nuevo en odres viejos. Los pueblos que crearon el alfabeto del Oeste semítico eligieron las letras en el país más próximo a ellos y dibujaron, mejor dicho, escribieron estas letras según su gusto y uso particulares, no según el estilo de sus maestros egipcios.

La expresión "alfabeto fenicio" está en cierto sentido justificada, porque en definitiva fueron los fenicios quienes introdujeron la escritura literal en Europa. Otra cosa es afirmar que fueron los creadores de ella o, mejor, de las letras consonantes. Si se admite el origen egipcio de estos signos, y la mayoría de los especialistas así lo creen, es probable que el alfabeto fenicio naciera en alguna parte donde la escritura cuneiforme ejerciera menor influencia que en Siria. Probablemente, una creación de tan enorme importancia tuvo lugar en un pueblo semítico occidental que no habitaba Siria, sino una región donde la influencia de los babilonios cedía a la de los egipcios; quizás fue obra de los hebreos durante su estada en Gesén, país en el que experimentaron una profunda influencia egipcia. Llegados a este lugar antes de poseer una escritura propia, allí habrían creado un alfabeto que llevarían más tarde a Palestina, de donde se propagaría por los demás pueblos sirios. La escritura literal podría también provenir de los hicsos, otro pueblo semítico cuyos lazos con Egipto habían sido todavía más íntimos, y que al ser expulsados del Delta del Nilo podrían haber llevado el alfabeto a Siria.

Inscripciones en el monte Sinaí

Ocupados los investigadores en la discusión de estas teorías, apareció en 1916 una comunicación sorprendente de los arqueólogos que estudiaban las inscripciones rupestres de las minas de Sinaí, descubiertas diez años antes por Flinders Petrie. Entre las numerosas inscripciones claramente egipcias, otras de imposible interpretación daban la impresión de que gentes no egipcias se habían esforzado torpemente en imitar los jeroglifos.

Un especialista ha dicho que las inscripciones del Sinaí "eran el eslabón de la cadena que faltaba entre las escrituras egipcia y siria". Parecen ser la forma primitiva de los signos de donde proceden directa o indirectamente todos los alfabetos. Y estos signos originales han sido descubiertos en un territorio del Egipto Antiguo; además, guardan relación muy estrecha con los jeroglifos. Por tanto, la teoría que nuestra escritura literal tiene su origen en los jeroglifos egipcios puede considerarse como casi enteramente corroborada por los hechos. Los caracteres egipcios nos permiten retrotraer la evolución de la escritura hasta la más remota Antigüedad.

Estos interesantes signos descubiertos en las grutas del Sinaí no son jeroglíficos puros; algunos son simplificaciones de caracteres jeroglíficos. Desde el Sinaí, el primer alfabeto semítico alcanzó probablemente los pueblos de Siria del Norte y el reino de Saba, situado en el sur de Arabia; aquí se encuentra una escritura semítica de tipo más antiguo que la "fenicia" y más próxima a las inscripciones del Sinaí.

"La escritura del Sinaí" presenta muchos enigmas todavía. Los textos no han sido descifrados aún, pero se ha podido determinar que datan de 1850-1500 antes de Cristo y utilizan treinta y dos signos. Las inscripciones fenicias más antiguas fueron descubiertas en Ugarit y datan de 1500-950 antes de Cristo.

Se trata de una escritura puramente alfabética de veintidós signos, todos ellos consonánticos. Hacia el año 1000 antes de Cristo, de este alfabeto nació el hebreo y

quizás algo más tarde apareció el alfabeto griego primitivo que ha servido de modelo al actual latino.

LOS ARAMEOS

Detrás de los montes Líbano, Siria contenía un rico surtido de pueblos. Varios de ellos se habían establecido allí sucesivamente, acumulando elementos étnicos. De estos pueblos, los arameos son los de mayor interés.

Eran nómadas organizados en tribus, que nunca llegaron a crear un estado unificado, sino un conjunto de pequeños reinos, como los de Damasco (Barhadad), Harran, Hazael, Hamath, Zendjirli, al pie del Amanus, etcétera.

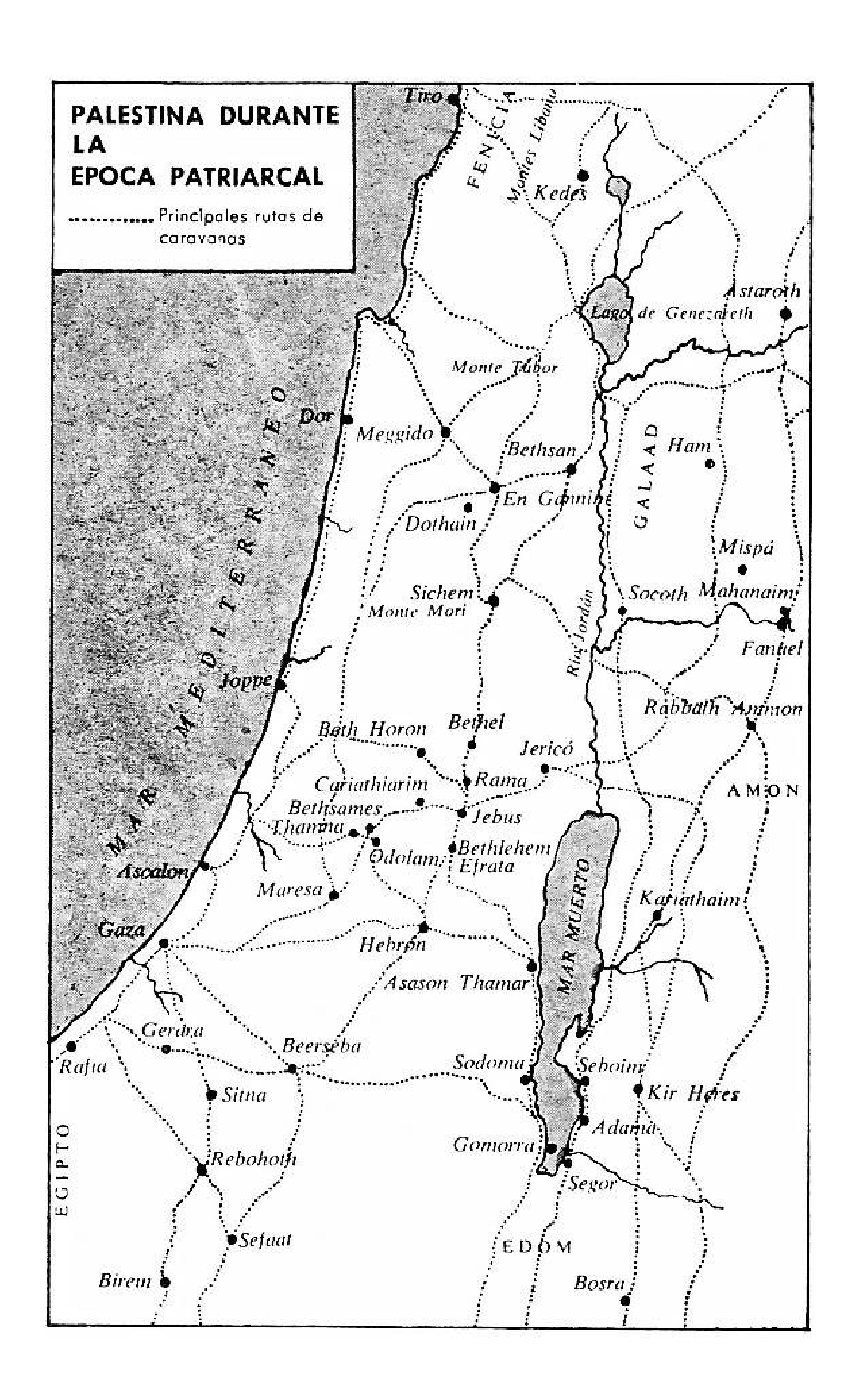
Sir L. Woolley, arqueólogo inglés ya citado, realizó excavaciones en el norte de Siria entre los años 1936 y 1949. Descubrió las ruinas de una ciudad que se llamaba Alalah en sus tiempos de apogeo y era el centro de un pequeño reino que se extendía por las fértiles llanuras del Orontes. Alalah estaba protegida por las montañas de la costa, en los alrededores de la actual ciudad turca de Antakya (Antioquía), y debía su prosperidad al activo comercio de tránsito entre Oriente y Occidente; además, sus bosques de cedros en las montañas de Amanus proporcionaban una madera muy estimada en Babilonia y Asiria para la construcción de templos y palacios. Para su defensa, se levantaron murallas y fortificaciones que en el transcurso de los siglos no cesaron de ser derruidas y reconstruidas; mientras, los templos eran constantemente embellecidos. Todos estos monumentos atestiguan una evolución que refleja la influencia de todos los pueblos poderosos que impusieron su vasallaje a esta ciudad-estado: egipcios, babilonios, hurritas, hititas, asirios.

La historia política de los pequeños estados arameos no merece ser expuesta; lo importante fue su acción comercial y, como consecuencia, su papel lingüístico. En efecto, puede afirmarse que los arameos fueron en tierra lo que los fenicios en el mar. Fuese comprando, vendiendo o transportando mercancías, se les encontraba en todo el Cercano Oriente.

Si en nuestros días el inglés ha llegado a ser el idioma del comercio internacional y, frecuentemente, en los congresos científicos los sabios de todos los países intercambian sus ideas en este lenguaje que no es el suyo, pero que todo el mundo entiende, igual ocurrió en el Oriente clásico. Los viejos idiomas de Mesopotamia desaparecieron para dejar paso al arameo, que incluso suplantó al hebreo en Palestina. Numerosos pasajes de la Biblia —todo el *Libro de Daniel*— fueron escritos en arameo, y en esta lengua pregonó Jesucristo su buena nueva.

LOS FILISTEOS

La ruta de Gaza hacia el norte conduce a las ruinas de Ascalón, junto a la localidad actual de Migdal-Gad. Las ruinas están cubiertas por escombros y arenas y ocupan un anfiteatro rocoso en los acantilados próximos al litoral. La arqueología tiene aquí un campo espléndido para explorar. Antiguamente era un país poblado y fértil; producía en abundancia vino, aceite, nueces y granadas. Su recuerdo se remonta a la mayor antigüedad y ya aparece mencionado en las tabletas de Tell el-Amarna; rebelde a los faraones, en las paredes del gran templo de Karnak es representado en el momento de ser asediado por los soldados egipcios de Tutmosis III.


PALESTINA DURANTE LA EPOCA PATRIARCAL
Principales rutas de caravanas
Tiro
FENICIA
Montes Libano
Kedes
Lago de Genezareth
Astaroth
Monte Tabor
Dor
Meggido
Bethsan
Ham
En Gannine
Dothain
GALAAD
MAR MEDITERRANEO
Mispá
Sichem
Monte Mori
Socoth
Mahanaim
Rio Jordán
Fanuel
Joppe
Rabbath Ammon
Beth Horon
Bethel
Jericó
Cariathiarim
Rama
AMON
Bethsames
Jebus
Thamna
Bethlehem Efrata
Odolam
Ascalon
Maresa
MAR MUERTO
Kariathaim
Gaza
Hebron
Asason Thamar
Gerara
Beerseba
Rafia
Sodoma
Seboim
Kir Heres
Sitna
Adama
EGIPTO
Gomorra
Rebohoth
Segor
Sefaat
EDOM
Birem
Bosra

Ocupado por los hebreos, fue asignado a la tribu de Judá, pero reconquistó poco después su independencia. En tiempo de los jueces hebreos, Ascalón fue teatro de las gestas del hercúleo Sansón, según los relatos de la Biblia.

Hacia el año 1175 antes de Cristo, los filisteos, uno de los "pueblos del mar" invasores del Mediterráneo oriental, se habían establecido en la llanura costera, fértil y parda, que se extiende entre las serranías de Judá y el mar, y consolidaron su dominio en cinco importantes ciudades: Ascalón, Akarón, Azoto, Gat y Gaza (*I Sam. 6, 17*). Cada una de ellas y la tierra adyacente eran cultivadas por soldados al mando de un oficial y regidas por un señor que era prácticamente libre, aunque en cuestiones políticas y militares los cinco pequeños soberanos actuaban de común acuerdo. Constituían una unidad sólida en todos los importantes problemas internacionales, y ello era acaso el secreto de su fortaleza.

Coincidiendo con la aparición de los filisteos, en Canaán surgió una cerámica muy característica, distinta por completo de las vasijas de barro que hasta entonces se habían usado en las ciudades de Canaán y en los poblados serranos israelitas. Sólo en los dominios de las cinco ciudades que estuvieron en poder de los filisteos se halló esta ciase de cerámica en las excavaciones. Estas vasijas delatan la idiosincrasia filistea. Muchas de las ánforas van provistas de un filtro que revela su utilización: eran jarros de cerveza y el filtro servía para retener los menudos hollejos de los granos de cebada que sobrenadaban en la cerveza y que podían molestar al degustarla. En los poblados filisteos se han encontrado a montones los jarros de cerveza y de vino, lo que demuestra que habían de ser grandes bebedores.

Hasta el año 1200 antes de Cristo los hititas habían sido los primeros productores de hierro del mundo, pero fueron los filisteos los primeros que, en Canaán, poseyeron hierro en grandes cantidades. Sus tumbas contienen armas, utensilios y adornos de dicho metal, tan raro en aquella época, y por consiguiente precioso. Las primeras herrerías de Canaán debieron de establecerse en el territorio ocupado por los filisteos, que trajeron consigo el secreto de la fundición de metales como botín obtenido en sus correrías a través de toda el Asia Menor. Trabajaban el hierro e imitaban la cerámica griega de Micenas.

En siglos sucesivos, Ascalón estuvo siempre en la ruta de las migraciones de pueblos. Así, en la segunda mitad del siglo VII antes de Cristo surgió de las tierras del Cáucaso una horda que penetró en el país del Fértil Creciente, atravesó el territorio de los medos e invadió el reino asirio. Eran los escitas. Saqueándolo e incendiándolo todo, después de atravesar Mesopotamia, pasaron a Palestina y llegaron a las fronteras de Egipto. A través de la llanura costera pasó la horda irrefrenable de los jinetes escitas, precediéndoles los rumores más horribles y angustiosos. Los habitantes de Judá los vieron tal vez desde sus montañas, y el profeta Sofonías adivinaba lo que iba a suceder: "Pues Gaza será desamparada y Ascalón asolada; a Asdod la desterrarán al Mediodía sur, y Akarón será destruida de raíz… Por la tarde, se echarán a dormir en las casas de Ascalón...".

El historiador griego Heródoto narra esta invasión: "Se dirigieron hacia Egipto y cuando estaban en Palestina les salió al encuentro Psamético, rey egipcio, y con regalos y súplicas les hizo desistir de seguir adelante. Y cuando, en su viaje de regreso, los escitas estaban en la ciudad de Ascalón, algunos de ellos que se habían retrasado saquearon el santuario de Afrodita Urania. A los escitas que saquearon el templo de Escalón, así como a su descendencia, la diosa los castigó con una enfermedad venérea". Al cabo de un decenio, aquel tropel había pasado como una mala pesadilla.

Paso obligado en la vía que conduce de Egipto a Siria, ha sido Ascalón en época histórica objeto de codicia por parte de todos los conductores de tropas y de todos los monarcas que se disputaron la posesión de aquella comarca.

EL HEBREO, UN PUEBLO CON MISIÓN PROFÉTICA

De Ur a Palestina

En la correspondencia de El-Amarna ha quedado constancia que los soberanos de Canaán se quejaban continuamente al faraón de las tribus beduinas que se infiltraban en Palestina. Se trataba entonces de los cananeos que estaban estableciéndose en el país. Los cananeos, a su vez, se vieron amenazados en el siglo XII antes de Cristo por tribus nómadas provenientes del mar (los filisteos) y del desierto (los "*habiru*", cabirios o hebreos). Apenas asentados éstos en Palestina, se vieron empujados por otros pueblos del desierto: los moabitas, los amonitas, los mitanos, los amalecitas y muchos otros más. Es la eterna historia del país fértil que atrae irresistiblemente a los habitantes del desierto y de las regiones inhóspitas. Los hebreos no fueron más que un eslabón en esta secular cadena de migraciones; unos pueblos les precedieron y otros les siguieron.

Las tierras de Siria y Palestina —el antiguo Canaán— no ofrecían tan árido aspecto como en la actualidad. Un emigrado egipcio, Sinuhé, nos legó el relato de sus peripecias a través de Fenicia y Siria, describiendo los territorios montañosos situados al norte de Palestina —el Petenu Superior— con un colorido de prosperidad agropecuaria que no encaja con el concepto tradicional que se ha tenido siempre de estas comarcas:

"Un país sucedía a otro. Llegué a Biblos y después a Kedme, y aquí permanecí un año y medio. Ammienski, príncipe de Petenu Superior, me llamó a su servicio y me dijo: ‘Lo pasarás bien conmigo... Desde luego, Egipto es bello; pero tú permanecerás a mi lado, porque me portaré bien contigo’. Me consideró por encima de todos sus hijos y me dio a su hija mayor en matrimonio. Me dejó escoger entre las mejores tierras que le pertenecían, y yo elegí una parcela situada en los confines de otro país. Era una tierra muy bella llamada Jaa. Había en ella higueras y viñas y más vino que agua. Era rica en miel y abundante en olivares. Toda clase de frutas colgaban de sus árboles. Había en ella también trigo y cebada y rebaños sin número. Mucho me promovió mi popularidad. Me hizo príncipe de su tribu en la parte más escogida de su país. Todos los días comía pan, carne cocida y ganso asado y bebía vino; además, presas del desierto que cazaban expresamente para mí y que me traían, además de lo que mis lebreles atrapaban, y leche preparada de muy diversas formas. Así pasé muchos años y mis hijos se hicieron hombres robustos, cada uno jefe de su respectiva estirpe."

La influencia babilónica sobre los israelitas se expresa en la historia de los patriarcas judíos. Su "padre" Abraham era, en efecto, un babilonio que procedía de Ur, en Sumer.

Varios aspectos de las leyes israelitas expuestas en el Éxodo muestran una similitud asombrosa con las leyes de Hamurabi. Basta recordar la consigna "ojo por ojo y diente por diente". Las diversas facetas de ambos códigos están muy próximas no solamente por —contenido, sino por el orden en que aparecen. "Esta similitud –dice uno de los mejores conocedores de la historia de Israel— no puede deberse al azar; es probable que Israel y Canaán hayan tomado el derecho babilónico como modelo." Las leyes de Hamurabi representan una cultura material más avanzada que la que inspira la ley de Moisés, así como una organización política más perfeccionada; por su parte, la antigua ley de Israel atestigua una religiosidad más profunda.

La biblioteca de Asurbanipal nos muestra las estrechas relaciones existentes entre los relatos hebreo y babilónico sobre la Creación y el Diluvio.

En nuestros días, nadie duda que los pueblos de Oriente hayan mantenido importantes contactos durante toda la Antigüedad. En otro tiempo se creía que cada uno de estos pueblos formaba un mundo aislado, en donde la propia cultura se desarrollaba sin ninguna influencia exterior; pero esta opinión carece hoy de adeptos. Todas las culturas estuvieron influidas por las demás, y la hebrea no fue una excepción.

Israelitas en Egipto

También la civilización egipcia influyó en los hebreos, debido al largo tiempo que permanecieron en Egipto antes de establecerse en Palestina. Desde el punto de vista de la cultura material, los hebreos se hallaban atrasados en relación con los cananeos. Llevaban aún una vida nómada y sus rebaños dependían por entero de los pastores; en épocas de hambre se trasladaban a Egipto, donde les era más fácil subsistir. Entonces pedían permiso para establecerse en Gesén, región fronteriza que separaba al Egipto propiamente dicho de la península del Sinaí. El faraón abría a los hebreos los ricos pastos del este del Delta, pero no desinteresadamente, sino que es probable a condición de someterse a la autoridad egipcia, formando así una barrera defensiva entre los egipcios y las turbulentas tribus beduinas del este.

Durante mucho tiempo se ha seguido con gran interés el desarrollo de las excavaciones de Egipto con la esperanza de encontrar algunos datos sobre la esclavitud de los hijos de Israel en el país del Nilo. Las búsquedas han sido muy intensas, pero los resultados, desgraciadamente, escasos. El *Génesis* cuenta cómo uno de los faraones subyugó a los hijos de Israel y los obligó a construirle las ciudades de Pitom y Rameses, que debían servir de almacenes. Parece que el opresor de los hebreos fue Ramsés II. Sería, pues, su hijo y sucesor, Menefta (1224-1214) el faraón que, según el Éxodo, endureció su corazón y rehusó dejar salir a los hijos de Israel hasta que, agobiado por una decena de plagas divinas, permitió al caudillo Moisés seguir los dictados del dios de sus antepasados.

"Las ciudades clásicas de la servidumbre de los hijos de Israel eran Pitom y Rameses. Ambos nombres aparecen en forma variada en las representaciones egipcias. *Pi-Tum*, la 'Casa del dios Tum', es el nombre de una ciudad que Ramsés II mandó construir, y *Pi-Ramsés-Meri-Amón* corresponde al bíblico Rameses. Una inscripción de la época de Ramsés II habla de *pr*, en el acarreo de los bloques de piedra para la gran fortaleza de la ciudad Pi-Ramsés-Meri-Amón. Con la silaba *pr* se designa a los semitas en el idioma escrito de los egipcios.

"Quedaba aún sin solucionar la cuestión del lugar donde se hallaban situadas ambas ciudades. Todo cuanto se sabía sobre el particular era que los soberanos del Imperio Muevo habían trasladado su residencia desde la antigua Tebas hacia el norte, a Avaris, desde la cual los hicsos habían regido asimismo el país. La nueva política internacional hizo aconsejable no estar demasiado lejos de aquel punto, como acontecía con Tebas, situada mucho más al sur. Desde el Delta podían ser más fácilmente vigiladas la inquieta Asia, las posesiones en Canaán y Siria. El faraón Ramsés II dio su nombre a la nueva capital: de la primitiva Avaris surgió la ciudad de Pi-Ramsés-Meri-Amón." (Hipótesis de Werner Keller).

No nos extenderemos en el relato de las diez plagas de Egipto. Sin embargo, haremos constar que varias de estas calamidades son características del país, con lo que

su descripción da prueba de un excelente conocimiento de Egipto. Y el relato del agua del Nilo que se convierte en sangre puede explicarse por la aparición de una pequeña alga roja o de un organismo parecido que, todavía hoy, colorea totalmente el Nilo en ciertos períodos.

Todos los episodios de la estancia de los hebreos en Egipto parecen probados por la historia. No obstante, el año 1896 trajo una sorpresa: el arqueólogo inglés Flinders Petrie descubrió una inscripción qué data de la época de Menefta, citando el nombre de Israel pero situando este pueblo en Palestina. ¿Cómo explicar esto? Una de las teorías aventuradas admite que solamente una parte del pueblo hebreo se había asentado en Egipto, haciéndolo en primer lugar las tribus de José y Benjamín. Diez tribus restantes, descendientes de otros ancestros, debieron de quedarse en Palestina.

Muchos especialistas en arqueología bíblica mantienen, desde luego, otro parecer. Adelantan la llegada de los hebreos a Egipto en dos siglos, o sea en tiempos de Amenofis III y Eknatón, hipótesis que ilumina el interesante tema de las relaciones entre la doctrina monoteísta de Eknatón y la de los israelitas.

Canaán, la tierra prometida

Cuando los hebreos penetraron en Canaán no sometieron más que a una parte del país, pues varias ciudades, entre otras la plaza fuerte de Jerusalén, quedaron en manos de los cananeos. Pero los dos pueblos acabaron por establecer un acuerdo y vivieron en paz. En tales circunstancias, es lógico que los hebreos fueran seducidos por la cultura material de los cananeos.

Respecto a esta etapa no siempre podemos hablar de un reino de Israel, ya que todavía se trata de un conjunto suelto de tribus nómadas que vivían antes en el desierto y ahora como un pueblo de agricultores y comerciantes. Unidos por lazos más religiosos que políticos, este vínculo estaba, sin duda, amenazado por la idolatría de los cananeos. El Antiguo Testamento cita en numerosas ocasiones a hebreos que reniegan de su fe para abrazar el culto de Baal y Astarté, atraídos por sus ceremonias sensuales. Pero, a la larga, la seducción de otros dioses cedió ante la fuerza que expresaba la doctrina de Yahvé.

Después de la conquista de la tierra de Canaán, la nación hebrea se había transformado, y ya no era un pueblo nómada, de residencia puramente episódica, sino que había tomado posesión definitiva del territorio conquistado. Se había iniciado así la historia de un pueblo sedentario que cultivaba los campos, aserraba bosques, abandonaba las tiendas y construía casuchas, y que más tarde edificaría poblados y ciudades. Persistía, sí, su carácter individualista, pues "cada uno hacía lo que le parecía", según se lee en el *Libro de los Jueces*, y se consideraban hombres libres, es decir, campesinos independientes.

Israel se afincó en su nueva patria y, en constante lucha con sus vecinos o disputando a veces las tribus entre sí, fue acrecentando su fuerza guerrera y su experiencia. La Biblia da cuenta de guerras sangrientas y de negociaciones celebradas con los moabitas, los amonitas y las tribus arameas de los desiertos de Siria. Israel glorifica sus astucias y su poderío en los combates, tanto en las estratagemas del juez Gedeón como con la fuerza viril, puramente física, del hercúleo e ingenuo Sansón. Pese a la autonomía tribal dominante en aquel período federativo, existía en este pueblo un lazo común, el Sanhedrín o Gran Senado, presidido por un pontífice, al propio tiempo juez del pueblo hebreo, reuniendo en sí de este modo atributos políticos y religiosos.

Hacia el año 1050 antes de Cristo, la existencia de Israel como nación independiente se vio amenazada seriamente y en grave peligro los frutos de sus conquistas y de su labor

colonizadora realizada durante dos siglos. Pesaba sobre los hebreos la amenaza de caer bajo el yugo de los filisteos en una esclavitud sin esperanza. Israel sólo tenía un medio de enfrentarse con tan terrible peligro: obrar con decisión para convertir en una fuerte unidad los flojos lazos que unían a las diferentes tribus, y así, con la mortífera presión del mundo que le rodea, Israel se convirtió en una nación unificada. Las formas de gobierno de aquella época sólo dejaban una posibilidad: la monarquía; y ésta, en sus comienzos, había de ser forzosamente electiva.

En nuestro mundo imperfecto, cada esfuerzo hacia la unidad espiritual debe apoyarse, para conseguirla, en una organización temporal. Así se llegó a la institución de la monarquía y a la consagración de Saúl. Hombre desventurado y de naturaleza atormentada, su vida fue una prolongada tragedia y su reinado un largo combate. Cuando los filisteos sembraban la desolación en todas las regiones del país de Israel, Saúl los atacó y sufrió una derrota tan aplastante que se suicidó, atravesándose con su propia espada.

"Al día siguiente, los filisteos vinieron para despojar a los muertos y encontraron a Saúl y a sus tres hijos que yacían en la montaña. Le cortaron la cabeza" (I Samuel 31,8).

David y Salomón

Israel alcanzó su apogeo con David y su hijo Salomón. Con su política de centralización del poder, el pueblo trabajó la tierra con excelentes resultados y pudo abastecer a los comerciantes arameos y fenicios de trigo, aceite, miel, cera y bálsamo.

El fogoso y apasionado David, cuyo reinado comenzó hacia el año 1000 antes de Cristo, derroto a los filisteos y restableció la calma; luego, con triunfal alegría, llevó, danzando, el Arca de la Alianza a Jerusalén.

Aprovechando la popularidad de que gozaba entre los hebreos, David emprendió una ofensiva contra los filisteos: gracias a un atrevido golpe de mano, se apoderó de Jerusalén, una de las principales fortalezas cananeas; se adueñó una por una de todas las ciudades de los filisteos, desde Gezer hasta Gat Ashdob, pudiendo solemnizar —hacia 1010 antes de Cristo— su triunfo con el espectacular traslado a Sión (Jerusalén) de la famosa Arca de la Alianza, que guardaba las mosaicas tablas de la Ley. Después venció a los moabitas, a los amonitas y arameos de Damasco, redondeando así sus fronteras. Pudo entonces organizar un Estado a la manera de las grandes monarquías orientales, aunque con carácter predominantemente militar. Encargó a un escriba babilónico la correspondencia diplomática, que es posible se redactase todavía en caracteres cuneiformes, aunque el arameo tal vez sustituyó al babilónico, usado en épocas anteriores.

Su hijo Salomón le sucedió hacia 960 antes de Cristo, y heredó un reino consolidado, por lo que pudo llevar una vida fácil y opulenta. Su reinado se hizo célebre como un rey, dotado de gran sabiduría. En realidad, Salomón aprovechó hábilmente la situación creada por las conquistas de su padre que, con la debilidad momentánea de los imperios de Mesopotamia y Egipto, colocaron al reino hebreo en una situación excepcional, vecino y amigo de los fenicios y dominando todas las rutas del comercio terrestre, así como los fenicios dominaban el marítimo. El verdadero talento de Salomón parece haber consistido en sus dotes de gobierno, pero ello sólo en cuanto se refiere a los primeros años del mismo.

Obra suya fue el templo de Jerusalén, el monumento judaico más representativo. Hasta entonces, los hebreos habían adorado a Jehová en las cumbres de las montañas y fue el rey David quien concibió la idea de erigirle un magnífico templo, para lo cual hizo acopio de materiales; pero quien realizó la obra fue su hijo y sucesor Salomón, que al cuarto año de su reinado dio comienzo a los trabajos y al séptimo lo inauguró. Fue erigido en el monte Moría, colina oriental de la meseta comprendida entre los torrentes Cedrón e Hinnón. Mediante

acuerdo de Salomón con Hiram, rey de Tiro, fueron a construir el templo arquitectos y artífices fenicios, que emplearon obreros gabaonitas y cananeos. Rebajada la colina, fue revestido de sillería el macizo, formando así, al modo mesopotámico, un basamento gigantesco de catorce metros de altura, con terraza irregular —310 y 281 metros de longitud en los lados norte y sur, y 462 y 491 en los lados este y oeste—. En los paramentos de dicha construcción estaban las puertas, y practicadas en el macizo las escalas de acceso a la terraza. Lo único que se conserva del templo es dicho basamento, de grandes sillares de piedra almohadillados, que fueron unidos con grapas de hierro y las hiladas ligeramente escalonadas. En sus cimientos hay signos de cantería que son letras fenicias. Un vetusto fragmento de esta antigua fábrica arquitectónica es el llamado "muro de las lamentaciones", porque ante sus piedras, por rito tradicional, lloran todavía los judíos la pérdida de Jerusalén, es decir, de la antigua Sión.



Reconstrucción hipotética del Templo de Salomón.

Aliado al rey Hiram de Tiro, Salomón hizo construir un puerto sobre el mar Rojo y equipó navíos que los marinos procedentes de Fenicia condujeron hasta el país del oro —Ofir—, en donde gobernaba la reina de Saba.

"El rey Salomón fue el más grande de todos los reyes de la tierra... Hizo que la plata fuera en Jerusalén tan común como las piedras:.." (I, Reyes).

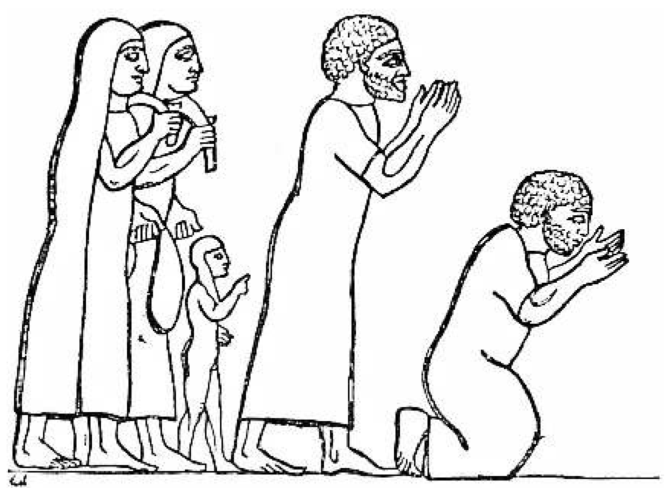
Pero Salomón sentía debilidad por lo ostentoso, y para levantar monumentos impuso a su pueblo tasas y trabajos forzados. Y cuanto más progresaba su reinado, más se parecía a un déspota oriental y con mayor razón el pueblo deseaba sacudir su yugo.

Escisión de la nacionalidad hebrea

A la muerte de Salomón, las tribus del norte se rebelaron contra su hijo y fundaron un reino independiente con la ayuda de Egipto. Palestina quedó, pues, dividida entre el reino de Judá-Benjamín al sur, y el de "Israel", al norte. Era el fin del Estado homogéneo y poderoso que David había comenzado á construir. Después, la historia hebrea no fue más que una larga sucesión de intrigas palaciegas, rebeliones militares y asesinatos. El país conoció numerosas dinastías, de las que muy, pocas reinaron más de tres generaciones. Los hebreos nunca estuvieron en condiciones de desempeñar un papel político importante, y su aportación a la historia será de índole religiosa y moral.

Estando dividido el reino de Israel no había en el Levante ningún Estado capaz de enfrentarse con los asirios. Una generación después de la caída del reino israelita, apareció Asurbanipal; con él empezó el impresionante desfile de reyes asirios. En 722 antes de Cristo, Sargón II asestó el golpe de gracia a los israelitas. Según costumbre, las clases dirigentes fueron deportadas a diversos lugares del Imperio asirio, y colonos asirios y babilonios ocuparon su lugar en Palestina.

Por su parte, el reino de Judá, gracias a su situación geográfica, pudo conservar su independencia hasta que Nabucodonosor le puso fin en 586 antes de Cristo. Conquistó Jerusalén, redujo a cenizas la ciudad y su maravilloso templo, y esclavizó a los supervivientes, muchos de ellos notables, ricos y gente calificada: "no quedaron más que los niños pequeños".



Cautivos hebreos conducidos a Asiria.

Así terminó la historia política del pueblo hebreo. Veamos ahora lo que dice un entendido en historia de los israelitas: "Su amor intransigente por la independencia ocasionó la caída de Israel. Es una de las razones por las cuales su pueblo despierta nuestra simpatía. Israel hubiera demostrado más prudencia si hubiese aceptado someterse a la dominación extranjera. Pero, a despecho de las apariencias, la decadencia política de Israel no significaba el ocaso de su pueblo. El pueblo fue desarraigado, pero ha sobrevivido siempre". Otro especialista en historia de Israel, escribe: "Este pueblo nunca tuvo tiempo ni ocasión de establecerse sólidamente en su medio geográfico y llegar a ser una gran potencia; es, pues, imposible saber cómo habría cumplido la misión que le fue encomendada. Se estableció en una región donde no pudo vivir en paz; una región donde se encontraban los dos continentes cuya cultura pasaba, en la época, por tener el más alto nivel; una región, además, poco alejada del tercer continente. Se había establecido allí para llevar su mensaje a los hombres que pudieran escucharle cuando llegara el momento, y el fruto de la alianza entre Dios e Israel hubiera alcanzado su perfección".

El rol de los profetas

Para los espíritus más insignes de Israel y de Judá, aquel período de contrariedad y de decadencia fue motivo de una purificación religiosa. Los fieles de la religión de Moisés se alarmaron ante la atracción que el pueblo hebreo sentía por los dioses extranjeros; se unieron, pues, para mantener su fe. En épocas muy antiguas ya se hacía mención de profetas errantes en las montañas. Los sones de flautas, de cítaras y de tambores les acompañaban. Inspirados por la música, "eran tocados por el espíritu de Dios". El gran profeta Elíseo mandó buscar un tañedor de arpa cuando el rey Josafat le pidiera consejo: "Primero traedme un tañedor de arpa", había dicho Elíseo. "Apenas el músico había pulsado los primeros acordes, cuando el espíritu del Señor acudió sobre Eliseo" (III, Reyes; 3, 15). Aconsejó al rey abrir fosos en el desierto para paliar la falta de agua. ¡Y los fosos se llenaron de agua!

En tiempos de Elíseo, estos profetas poseían una gran fuerza moral. Había comunidades de profetas cuyos miembros constituían una familia y cultivaban sus campos como gente ordinaria, pero vivían parcialmente de las ofrendas de sus adeptos, sobre los que tenían gran ascendiente espiritual. Estos profetas no llevaban, pues, una vida ascética, como harían más tarde los anacoretas cristianos.

El profetismo había comenzado en los tiempos más antiguos de la religión de Israel, en particular durante la opresión filistea. Venía en cierto modo a sustituir el rol de los adivinos y nigromantes. A partir de la secesión de los reinos de Israel y Judá alcanzó su más amplio desarrollo. Los profetas se llamaban en hebreo *nabi* (el que anuncia, el que habla), *hozeh* (vidente, el que ve) o *ro'eb* (vidente); y eran tenidos, como Samuel, por "hombres de Dios". Eran hombres llenos de espíritu divino, que hablaba por conducto de ellos y que los suscitaba en el momento oportuno para que censurasen los vicios, amonestasen al pueblo o a sus reyes, anunciasen próximas calamidades o predijesen el porvenir, enseñando al pueblo cuál era el camino a seguir si quería evitar el castigo de Jahvé y cumplir fielmente sus mandamientos. A veces eran de origen humilde y de escasa ilustración, como Amos, aunque más a menudo eran personas letradas y de extraordinaria fuerza espiritual, como Elías y Jeremías. El primero de éstos era una personalidad de primer orden, comparable al gran caudillo del pueblo, Moisés. Vestía con pieles sin curtir y moraba de ordinario en el desierto, apareciendo acá o allá, enviado por el Señor. Por seguir el llamamiento de Elías, Elíseo abandonó sus bueyes uncidos al carro y compartió la vida de su maestro. En cuanto a Jeremías, un historiador sueco (Schück) lo considera "la personalidad más fuerte de la Antigüedad".

En cuanto Israel decayó políticamente, se convirtió en una potencia religiosa y la fe del pueblo adquirió nuevas proporciones. Los judíos purificaron y elevaron la idea que tenían de Dios. Yahvé no solamente sería en adelante el Dios "de su pueblo", sino el soberano señor del mundo que, según un fin consciente y loable, pone a prueba a su pueblo. De ahí que éste debiera ver en la suerte de Israel la preparación para un fin más elevado: la liberación de la humanidad por el pueblo judío oprimido, pues sus sufrimientos lo preparaban para esta gran misión —tesis escandalosa para muchos judíos.

Un Estado teocrático

Generalmente, el florecimiento espiritual de un pueblo no se produce sin que medien acontecimientos políticos. Pero este pueblo excepcional adquirió su

significación histórica precisamente en el momento en que desapareció como nación. Cuando otros pueblos hubieran quedado condenados a la extinción, él encontró nueva vida.

Fueron entonces los profetas quienes consolaron al pueblo en su destierro y mantuvieron su esperanza, predicándole la próxima caída de Babilonia. Y sus profecías se cumplieron más pronto de lo que cabía esperar. Ciro quebrantó el poder de Babilonia y permitió a los judíos regresar a su país y reconstruir el Templo.

Pero muchos desterrados, comerciantes o banqueros, habían hecho fortuna en Asiria y en Babilonia, ocupaban posiciones influyentes y se sentían a gusto en aquellas tierras. Igual que ocurrió con el actual Estado de Israel a partir de su inauguración en 1948, solamente los más pobres del pueblo y algunos idealistas hicieron uso de la recobrada libertad y volvieron al país de sus antepasados.

En el texto de la Biblia se dice que, en el año primero de su reinado, el rey Ciro promulgó un edicto: "Respecto a la casa de Yahvé, en Jerusalén, sea reconstruida como lugar en que se ofrezcan sacrificios y dispónganse sus fundamentos. Sea su altura de sesenta codos, su anchura de otros tantos". La generosidad del conquistador persa parece adquirir aquí todas las características de una reparación o desagravio por cuanto hizo de negativo el rey Nabucodonosor, pues añade a continuación: "... y los gastos sean pagados por el fisco real. Además, los utensilios de oro y de plata de la casa de Jehová que Nabucodonosor sacó del templo de Jerusalén, trayéndolos a Babilonia, sean restituidos y tornen al templo de Jerusalén a su sitio adecuado, y sean depositados en la casa de Jehová".

Una larga caravana remontó, en la primavera del año 537 antes de Cristo, el curso del Éufrates para el retorno a la patria, la lejana Jerusalén, a más de dos mil kilómetros de distancia. Emprendían el duro camino hacia las ruinas de una tierra asolada que fue el hogar de sus padres. El texto bíblico puntualiza, con su invariable afán estadístico, cuántos fueron los que se decidieron a fundar la nueva Jerusalén: "Toda la comunidad en su conjunto fue de 42.360 personas, sin contar esclavos y esclavas de las mismas, que eran 7.337. Entre ellos había trescientos cantantes y cantatrices. Sus caballos eran 736, sus mulos 245, sus camellos 435 y sus asnos 6.720". (Esdras 2,64s).

Aquel cortejo de desterrados en camino de su patria perdida alcanzaría una inmensa trascendencia en la historia de la humanidad. "Con esta marcha hacia Jerusalén iba también enlazado el porvenir del mundo —dice Mary Ellen Chase—. De ella dependió que exista una Biblia tal como la conocemos, una Biblia, la fe judía, el cristianismo muchos siglos de cultura occidental. Si los judíos no hubiesen regresado a Jerusalén, el pueblo de Judá hubiera corrido, sin duda, la misma suerte que el reino de Israel, por lo menos en líneas generales, mezclándose con las demás razas y perdiendo su personalidad como pueblo."

Se organizó un nuevo Estado que ostentó las huellas de la evolución religiosa lograda por el pueblo durante los años de prueba. La monarquía laica no fue restablecida. El Estado judío se convirtió en una organización teocrática gobernada por el sumo sacerdote de Jerusalén.

Los sacerdotes dedicaron entonces sus energías a restaurar el culto y a ordenar y comentar lo que quedaba de las antiguas leyes, profecías, tradiciones y cantares, convirtiéndolo todo en historia sagrada de las vicisitudes de la Alianza graciosa y definitiva de Yahvé con aquel resto de la descendencia de Abraham que en cada generación le siguiera fiel. Así, los escritos fueron progresivamente reunidos en una sola recopilación: el Antiguo Testamento que, todavía hoy, es el libro sagrado de los judíos.

Contrariamente a los demás pueblos del Oriente clásico, los hebreos no reconocían más que un Dios: espíritu irrepresentable a través de imágenes, apenas

definible como "Yo soy" (Éxodo 3,14) todopoderoso e increado, creador del cosmos, a quien hay que servir practicando la justicia y la piedad. El culto tiene su importancia, pero aún la tiene más la verdadera piedad que radica en el fondo de los corazones. "Quiero la piedad y no los sacrificios; el conocimiento de Dios mejor que los holocaustos" (Oseas 6,6).

Los politeísmos de Babilonia, Asiria, Fenicia y Siria eran crueles y sensuales; sólo el de los egipcios preconizaba la caridad hacia los humildes y débiles. En cambio, el monoteísmo de los hebreos ha hecho del amor al prójimo la cumbre de toda la vida espiritual, como demuestra este párrafo del Levítico: "Amarás a tu prójimo como a ti mismo".



El "muro de los lamentos".

EL IRÁN, HOGAR INDOEUROPEO

LOS PUEBLOS DE LA MESETA IRANIA

La cuna de los indoeuropeos

Las intervenciones cada vez más notorias de los medos y persas de la meseta irania en los vaivenes políticos de Mesopotamia desde el siglo VIII antes de Cristo, preanunciaban el rol que cabría a los indoeuropeos en la dirección y conformación cultural del Cercano y Medio Oriente asiáticos a partir del año 539 antes de Cristo. Les tocaba el turno de recoger la herencia dejada por semitas y hamitas y por otros pueblos de raza indoeuropea. Los hamitas egipcios habían ofrecido al mundo cuanto podían dar; a los semitas, en cambio, les sería preciso esperar más de un milenio para que un renacimiento religioso les permitiera influir de nuevo en la cultura humana.

Estos pueblos indoeuropeos no constituían, ni siquiera entonces, una unidad étnica. Existía, eso sí, un parentesco entre germanos, celtas, itálicos y eslavos; pero había grandes diferencias etnológicas entre éstos y los iranios. Los indoeuropeos no forman una raza homogénea, sino una unidad lingüística: se trata de pueblos con una lengua inicial común.

Se ha buscado la cuna de estos pueblos al menos en veinte lugares distintos, desde Escandinavia hasta el valle del Indo, pasando por las llanuras del Asia central. Después de estos estudios, la mayor parte de los especialistas creen que, en su origen, los indoeuropeos llevaban una vida nómada en las extensas llanuras del Asia central, de donde han salido tantos pueblos. Después, estas poblaciones se multiplicarían de forma tal, que la causa principal de las grandes migraciones subsiguientes sería la falta de pasto suficiente para sus rebaños. Quizás también los indoeuropeos fueron empujados hacia el oeste por pueblos del este, desde las regiones limítrofes de China. Por mucho que ahondemos en la historia de la humanidad, constataremos que siempre se han producido semejantes migraciones.

¿Por qué es tan difícil, imposible casi, determinar con exactitud el país de origen de los indoeuropeos? Sin datos históricos que puedan servirnos de punto de partida, sólo la lingüística nos proporciona algunas indicaciones con el estudio comparativo de las lenguas indoeuropeas.

Y es en este terreno, del más alto interés, donde investigadores perspicaces nos han descifrado la materia, estableciendo en forma innegable el parentesco que une a numerosas lenguas indoeuropeas; indias, persas, griegas, itálica, céltica, germánicas y eslavas. Ejemplo de ello es la palabra *padre*, oriunda del latín *pater* (que ha dado *padre* en español e italiano y *père* en francés), que en alemán se dice valer, en inglés *father*, en neerlandés *vader*; en griego se decía *pater*, y en persa antiguo y en el antiguo hindú, *pitar*. De igual manera, la voz madre corresponde respectivamente a *mater* (en español e italiano madre, en francés mere), *mutter, mother, moeder, meter y matar* (en ruso *matj*). Asimismo, hermanos se dice *bhratar* en sánscrito, *brat* en ruso, *frater* en persa antiguo

y latín (de donde *fratello* en italiano y *frère* en francés), *brother* en inglés, *broeder* en holandés y *bruder* en alemán. Hemos de admitir, pues, que estas diferentes formas han salido todas de una misma palabra primitiva, empleada por todos los pueblos indoeuropeos antes que cada uno abandonara el país común para emprender su larga peregrinación.

La ganadería, una determinante migratoria

Durante la primera generación que siguió a la separación, las diferencias lingüísticas no fueron tan grandes: las diversas tribus podían aún entenderse. Pero cuanto más se separaron unos de otros, más divergieron sus dialectos, hasta llegar un tiempo en que la lengua de cada uno de estos pueblos llegó a ser incomprensible para los demás y recíprocamente. Después de varios milenios, inteligentes filólogos han descubierto las semejanzas entre las lenguas de estos pueblos dispersos y se ha formado una idea del idioma indoeuropeo primitivo por comparación y reconstrucción. Y esta lengua primitiva es la que aporta algunos datos (por otra parte muy inseguros) sobre la vida del pueblo indoeuropeo y quizás también sobre el país donde en su origen vivió este pueblo. El vocabulario del indoeuropeo primitivo nos demuestra que los hombres que hablaban esta lengua habitaban una región templada donde la nieve y el hielo, así como la lluvia, nada tenían de excepcional. Poseían un nombre para cada una de las cuatro estaciones. Los nombres de animales y de plantas lo indican igualmente; en efecto, no se encuentra en ella ningún nombre de animal o planta de regiones tropicales o subtropicales.

A juzgar por su vocabulario, el país de los indoeuropeos era montañoso y éstos no conocían el mar. Poseían una voz que significaba *mar* o *laio*, pero ningún término relativo a la navegación.

¿Permite esto deducir que los indoeuropeos vivían muy tierra adentro? Procedamos con cautela. La lengua primitiva no tiene ninguna palabra para *selva, floresta, bosque*, lo que no significa forzosamente que la vegetación frondosa fuese desconocida en el país. Puede ser que los indoeuropeos no consideraran un grupo de árboles como un bosque, ya que existen palabras para traducir *árbol* y designar diferentes especies de árbol, en particular el abedul.

Respecto a los metales, los indoeuropeos no conocían más que el cobre, o el bronce, cuando abandonaron su país de origen. Así, comentaron probablemente la emigración hace unos 4.000 años, época en que todavía formaban un pueblo nómada que llevaba sus rebaños en sus peregrinaciones. El indoeuropeo primitivo no conocía prácticamente ninguna expresión relativa a la agricultura.

El caballo era el animal doméstico más apreciado, y lo utilizaban para silla y tiro. Su lenguaje posee numerosas palabras para designar las diferentes partes de las carretas, como la rueda, el cubo de la rueda, el eje de la rueda. Fueron los pueblos iranios quienes dieron a conocer el caballo a los más antiguos pueblos civilizados de Oriente, hacia el 2000 antes de Cristo, y la aportación más importante que los pueblos indoeuropeos ofrecieron a la civilización, en la época en que aún integraban tribus, fue su doma. Fue también el único progreso del que pudieron hacer partícipes a otros pueblos, ya que en otros terrenos permanecieron durante mucho tiempo en estado primitivo. Sus veloces y bien amaestrados caballos y su habilidad para el tiro al arco les dieron una gran ventaja militar sobre los demás pueblos. Asimismo, eran casi invencibles, pues al carecer de

urbes y edificios, su nomadismo les permitía cargar todo su ajuar sobre carros y desaparecer a los ojos del enemigo cuando la necesidad lo requería.

Estudiemos ahora al pueblo iranio, en su emigración hacia los territorios de vieja cultura; en otro tomo presentaremos al grupo ario que emigró hacia el sudeste y tomó posesión de la India; los primeros, siguiendo el curso del sol, se dirigieron hacia Mesopotamia y el Mediterráneo; los segundos, al valle del Indo.

Los medos y los persas

Los medos y los persas, dos poderosos pueblos indoeuropeos, se establecieron en las mesetas del Irán, al este de Asiría y de Babilonia. En un principio, los medos tenían sometidos a los persas. El reino modo alcanzó su apogeo poco después de la caída de Nínive. En otro tiempo, los asirios habían alcanzado éxitos en sus guerras contra los soberanos medos, pero ahora los papeles se invirtieron. La decadencia del Imperio asirio puso fin a las disensiones que, durante siglos, separaron a los dos pueblos vecinos.

Los comienzos de la historia de los medos y de los persas sólo los conocemos por mediación de los profetas judíos de aquel tiempo y algunos restos de inscripciones y crónicas asirio-babilónicas que en ciertos puntos se contradicen; en realidad, nada sabemos con certeza sobre los primeros tiempos de los pueblos iranios.

La situación se aclara cuando llegamos a la edad de oro del imperio persa. La enorme inscripción que Darío I mandó grabar en la roca de Behistún es de un valor histórico inestimable. Los historiadores griegos de los siglos IV y III antes de Cristo también nos cuentan mucho sobre el Imperio persa, aunque la exactitud de sus relatos sea a veces dudosa.

Y en lo concerniente al territorio del Imperio medo-persa, los hallazgos arqueológicos no han hecho más que empezar. Se están encontrando tantas ruinas de antiguas ciudades, con sus templos y sus tesoros, que podrían dar ocupación a los arqueólogos durante siglos. Sin embargo, no debemos esperar descubrimientos de fuentes escritas de importancia, porque los grandes reyes persas no tenían, como los soberanos de Egipto y Asiria, la afición de grabar en piedra el relato de sus hazañas.

El. IMPERIO MEDO-PERSA

Ciro el Grande, fundador de un Imperio

El persa Ciro, vencedor de los babilonios y libertador de los judíos, en su origen fue un vasallo de los medos, pero hacia 550 se sublevó y acabó con el Imperio, medo. Cuatro años más tarde venció a Creso, el rico rey de Lidia, y sometió su reino, que se extendía por casi toda el Asia Menor. En 5?9 era el dueño de Babilonia. Y Siria cayó bajo su dominio a la vez que Babilonia.

Ciro practicó una política de reconciliación en los países sometidos. Respetaba las prácticas religiosas de los distintos pueblos y se preocupaba por sus intereses comerciales. Sus esfuerzos para atraer a la población siria a su causa, sin duda formaban parte del plan de ataque inmediato a Egipto. Dentro de esta línea política, debemos considerar su conducta con el pueblo que vivía "en el destierro de Babilonia" y que deseaba volver al "país de sus antepasados" más ardientemente que ningún otro. No es inverosímil que Ciro sacase partido de los sentimientos de los judíos incluso antes de atacar Babilonia, en cuyo caso le habrían podido ayudar a atacar esta capital; uno de los

primeros decretos promulgados por Ciro después de la toma de Babilonia autoriza a los judíos a volver a su ciudad sagrada y reconstruir el Templo, lo que puede interpretarse como señal de agradecimiento del vencedor hacia sus fieles aliados.

La conquista de Egipto debía suceder a la de Babilonia, pero parece que Ciro tuvo mucho trabajo en contener a las tribus nómadas que invadían regularmente los oasis del nordeste de Persia partiendo del río Araxes, y tuvo que dejar a su hijo Cambises la tarea de preparar la campaña contra Egipto.

Ciro murió diez años después de haber sometido a Babilonia. Según la tradición, pereció durante una expedición contra los masagetas, pueblo nómada y muy valiente que vivía en las estepas del este del mar Caspio. Heródoto cuenta así las causas de la guerra: "En aquel tiempo, una mujer llamada Tamiris reinaba sobre los masagetas, después de la muerte de su esposo. Ciro le envió una embajada para ofrecerle el matrimonio. Pero Tamiris comprendió que Ciro quería más el poder sobre los masagetas que la mano de su reina y rechazó la propuesta. Ante el fracaso de su estratagema, Ciro lanzó sus tropas hasta el río Araxes y atacó abiertamente a los masagetas". Al principio, la suerte pareció sonreírle. Capturó al hijo de Tamiris por la astucia y destruyó gran parte del ejército masageta.

Desesperado por su derrota, el joven se suicidó; entonces, la reina, al saber esta catástrofe, escribió a Ciro para conminarle a abandonar el país. "Si no lo haces —afirmaba—, juro por el sol, señor de los masagetas, anegar tu ambición en sangre." Y puso en práctica sus amenazas. El ejército de Ciro fue aniquilado y él mismo pereció con la mayor parte de los soldados. Entonces, Tamiris llenó un odre de sangre humana, recorrió el campo de batalla y cuando entre los cadáveres encontró el cuerpo de Ciro, le metió la cabeza en el odre y dijo: "Has destruido mi vida apoderándote de mi hijo a traición. Ahora voy a ahogarte en sangre, como te prometí".

Ciro merece el sobrenombre de Grande con que le distingue la historia. Como conquistador sobrepasó a todos los soberanos de Asiria. Babilonia y Egipto. Contrariamente a los procedimientos asirios y neobabilónicos, dio cierta autonomía a los pueblos sometidos y, aunque esta independencia fuera sólo una fachada política, sus habitantes vivieron felizmente engañados con esta aparente libertad. ¡Qué diferencia entre la política de Ciro y la de los conquistadores que le precedieron en cuanto a las religiones de los pueblos sojuzgados! Y ¡qué progreso, comparado con las matanzas en masa ordenadas por los conquistadores asirios en honor del dios Asur! Ciro mostró verdadera tolerancia y adaptación ante las demás religiones: en Babilonia sacrificó a Marduk, imitado en esto por su hijo, y a los judíos les ayudó a reconstruir el Templo.

Por último, Ciro merece un lugar de honor en la historia, con Hamurabi y Solón, por su obra de legislador. Humanizó el derecho con una reforma muy importante: prohibir que cada uno hiciese justicia por su cuenta, colocando el derecho penal en manos de los tribunales del Estado.

Cambises invade África

Como hemos dicho, Ciro decidió emprender una expedición contra Egipto, pero el proyecto no pudo ser llevado a efecto sino con el reinado de su hijo y sucesor, Cambises. Cuando éste hubo terminado los preparativos, invadió el delta del Nilo, donde en esa época se encontraba la capital de Egipto, y entabló sangrienta batalla en una de las desembocaduras del río, que terminó con la derrota y huida del ejército egipcio. Menfis cayó después de corto asedio. El último faraón, Psamético III, fue

hecho prisionero y los egipcios reconocieron a Cambises por rey, en el año 525 antes de Cristo. Mientras tanto, una flota persa mandada y tripulada por marinos procedentes de las ciudades fenicias y de las colonias griegas del Asia Menor, se apoderaba de la flota egipcia.

Cambises no debió solamente sus triunfos al poder de sus tropas: la deserción de la flota y del ejército egipcios desempeñaron papel importante en sus éxitos. Los árabes de la península del Sinaí tuvieron asimismo un papel destacado, al proporcionar al ejército persa el agua sin la cual jamás habrían podido atravesar el desierto.

Una vez conquistado Egipto, Cambises lanzó una expedición hacia el sur, al país que habitaban "los etíopes de larga vida". Debía de tratarse de hombres de un vigor extraordinario, que alcanzaban la edad de ciento veinte años o más, empresa que se frustró por las enormes pérdidas que hubo en las filas persas.

Cambises era más enérgico y también más déspota que su padre. Así se desprende de su política exterior, claramente dirigida hacia un objetivo: unir en un solo estado, voluntariamente o a la fuerza, todos los reinos antes independientes del Imperio persa. Y para ello, Cambises rompió con los principios más humanos de Ciro, que permitía una gran autonomía a las distintas partes del Imperio; la meta de Cambises era la centralización del territorio, lo que implicaba un poder personal ilimitado.

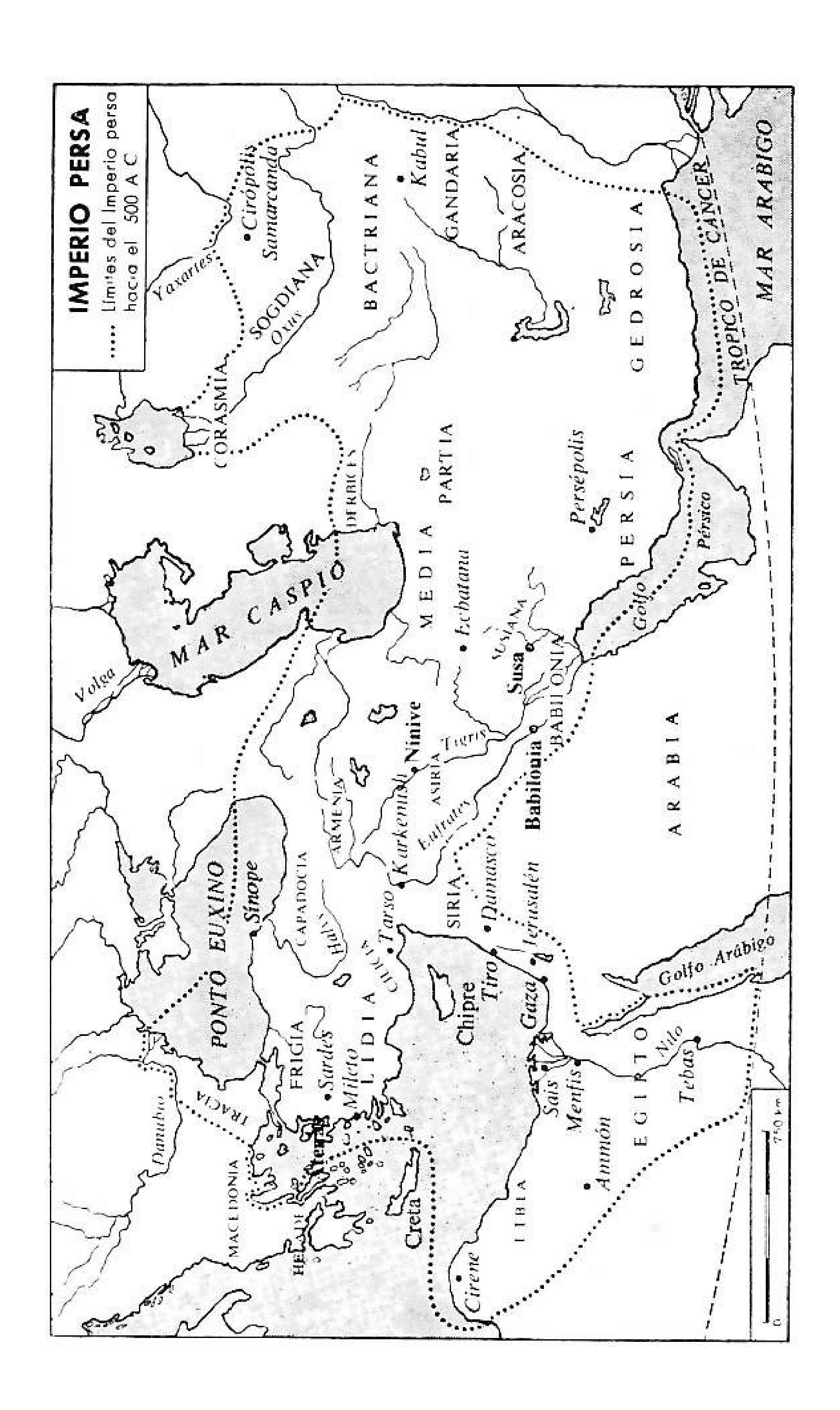
Detalle significativo es que los persas denominaban a Ciro "el padre", y a Cambises le daban el nombre de "soberano".

Darío I, el organizador

Cambises únicamente reinó siete años y no dejó sucesión, por lo que su corona recayó en Darío, vástago de la rama más joven de la familia de Ciro. Fue uno de los más grandes estadistas de la historia; comenzó por reprimir con mano dura las tentativas de rebelión que siguieron a la expedición de Cambises al país de los etíopes e hizo grabar estas victorias logradas contra sus rivales en la famosa roca de Behistún; los jefes rebeldes están citados allí con la frase de "nueve reyes mentirosos". Darío reinaba sobre un imperio mundial que se extendía desde la segunda catarata del Nilo al mar Negro, y desde el Mediterráneo al Indo y al Araxes. Pero las rebeliones le enseñaron que para asegurar la existencia y continuidad de un imperio no basta la fuerza de las armas, sino que era imprescindible organizarlo.

Darío fue, en verdad, el gran organizador del Imperio persa, pues Ciro y Cambises tuvieron que dedicar demasiado tiempo a sus campañas militares y no habían podido cumplir con la misión que les estaba asignada; o sea, la fusión de sus diferentes reinos en un conjunto coherente. Los asirios sólo habían allanado el camino hacia la unidad del Imperio con su dureza y su crueldad acostumbradas.

Darío puso en el cumplimiento de su tarea mucha humanidad y un profundo sentido de la organización, plenamente dentro del espíritu del gran Ciro. Atrajo los Estados vasallos a su causa, dando pruebas de una diplomacia magistral y respetando sus tradiciones nacionales y religiosas. Con los egipcios se portó como un egipcio; se sentía babilonio entre los babilonios, y era un griego más entre los griegos. Persia disfrutó, con su inteligente reinado, de una riqueza material y cultural como nunca consiguió anteriormente.


IMPERIO PERSA
Límites del Imperio persa hacia el 500 A C
MAR CASPIO
PONTO EUXINO
MAR ARÁBIGO
TRÓPICO DE CÁNCER
Golfo Arábigo
Golfo Pérsico
Volga
Yaxartes
Oxus
Danubio
Tigris
Eufrates
Nilo
Halys
CORASMIA
SOGDIANA
Ciropolis
Samarcanda
BACTRIANA
Kabul
GANDARIA
ARACOSIA
GEDROSIA
PARTIA
MEDIA
Ecbatana
PERSIA
Persépolis
SUSIANA
Susa
BABILONIA
Babilonia
ASIRIA
Nínive
ARMENIA
Karkemish
CAPADOCIA
Sinope
FRIGIA
Sardes
LIDIA
Mileto
CILICIA
Tarso
SIRIA
Damasco
Jerusalén
Tiro
Gaza
Chipre
ARABIA
EGIPTO
Sais
Menfis
Tebas
Ammón
LIBIA
Cirene
Creta
HÉLADE
MACEDONIA
TRACIA

Darío dotó a su vasto Imperio de una administración sólida y lo dividió en veinte satrapías, regidas cada una por un sátrapa o gobernador. Para que estos funcionarios no adquirieran demasiada fuerza ni se hicieran peligrosos para la unidad del Imperio, no les otorgó más poder que el civil, y en cada satrapía acantonó tropas que sólo recibían órdenes directas suyas. Además, sometió a los sátrapas a la vigilancia de enviados secretos que viajaban por todo el Imperio y a quienes la población llamaba "los ojos y oídos del rey". Cuando encontraban algo sospechoso, daban cuenta de ello al soberano.



El rey Darío I.

El propio rey estudiaba estos informes y nunca dejaba de imponer graves sanciones en caso de abuso de poder. "Como no hagas caso de mis disposiciones hacia los dioses —escribía Darío a un sátrapa—, te daré, si no cambias, prueba de mi descontento. Pues so pretexto del tributo has extorsionado a los cultivadores sagrados de Apolo, haciéndolos labrar una tierra profana..."

El gobierno imperial

Una de las funciones más importantes de los sátrapas era la recaudación de impuestos, que se pagaban parte en dinero y parte en especie. La cantidad total en dinero líquido recogido cada año en todo el Imperio se elevaba a unos 860 millones de pesetas, suma astronómica para la época. Según Heródoto, incluso los mismos persas pagaban tributo. Las contribuciones en especie se verificaban en ganado: los medos, por ejemplo, tenían que tributar 100.000 ovejas, 4.000 mulas y 3.000 caballos. Los etíopes pagaban por trienios un gravamen de 40 kilogramos de oro, 200 troncos de ébano, 20 colmillos de elefante y 5 muchachos.

Darío fortaleció la unidad del Imperio con la construcción de una excelente red de caminos, a lo largo de cuyas rutas y en puntos determinados había correos permanentes, prestos a partir a cualquier hora del día o de la noche para llevar mensajes al rey, o trasladar sus órdenes a las provincias; este rápido servicio de posta entre las diferentes partes del Imperio también proporcionaba grandes beneficios a los funcionarios reales.

Desde el punto de vista monetario, Darío no suprimió las monedas antiguas ya existentes en las satrapías, pero sólo las dejó circular por su ámbito local. Para el conjunto del Imperio estableció una moneda única, a la que dio su nombre: el darico de oro, que llevaba la efigie del rey rodilla en tierra, armado con arco y una corona en la cabeza.

De esta forma, Darío hizo de su Imperio el Estado más extenso y poderoso que el mundo conoció hasta entonces. No obstante, todavía quiso ampliarlo con nuevas conquistas y dirigió su mirada hacia el Oeste. Así comenzó la gran lucha entre Oriente y Occidente, que iba a ser decisiva para la evolución futura de la humanidad.

Para seguir las incidencias de esta lucha, el lector se remitirá al Tomo 2 de esta obra.

Pero resumamos antes las contribuciones aportadas por los persas al desenvolvimiento de la historia. Ciro y Darío eran dos imperialistas que aspiraban a la conquista del mundo, voluntad de dominio heredada de los reyes asirios y babilonios, pero trataron de hacerla realidad por medios diametralmente opuestos a los adoptados por los tiranos asirios, siempre sedientos de sangre. Los persas fueron los primeros monarcas de la historia que satisficieron sus ansias de dominación mundial sin perjuicio del buen trato a los pueblos sometidos.

Ciro desarrolló una política a la vez inteligente y generosa, primer factor que permitió el triunfo del Imperio persa. El segundo fue el talento organizador de Darío al unir las diversas partes de su Imperio en un conjunto a la vez homogéneo, como había pretendido Cambises, y heterogéneo, de acuerdo al humanitarismo del que Ciro ya había dado pruebas.

La primera intervención imperial de los pueblos indoeuropeos en el teatro de la historia se caracterizó por un sentido más pronunciado de organización que el de los pueblos hamitas y semitas. No hay que olvidar, sin embargo, que en territorios menos extensos, otros soberanos anteriores a Ciro, como los grandes faraones de Egipto o Ha-

murabi en Mesopotamia, habían llegado a crear y a mantener un auténtico sentimiento nacional. No obstante, en estos dos países la unidad política y el sentimiento nacional eran, por así decir, consecuencia directa de su ambiente, mientras que el Imperio mundial de Ciro y de Darío es resultado de una inteligencia y de una voluntad personales.

La filosofía humanitaria de ambos soberanos se explica, sin duda alguna, por el alto nivel religioso y moral con que Zaratustra educó a los persas. Así, hay un abismo entre el sanguinario Asur, para quien la brutalidad hacia los demás pueblos era un deber religioso, y la doctrina de Zaratustra, que prescribía al hombre un trabajo constructivo al servicio del bien.

Los persas no fueron iniciadores avanzados en las ciencias, en las artes ni en la cultura material; sin embargo, no dejaron de ejercer su influencia en esos aspectos de la civilización. Gracias a su Estado unificado, en donde el poderío iba del brazo con la tolerancia, los distritos pueblos pudieron acercarse y conocerse mejor. De la misma manera, la excelente red de caminos establecida y mantenida por los reyes persas contribuyó de manera notable a estos contactos mutuos. Nunca hasta entonces habían podido viajar los mercaderes con tanta rapidez y seguridad de un país a otro, estado de cosas que originó intercambios fructuosos entre las diferentes culturas.

La alta sociedad medo-persa

Ciro dio la sensación de ser un gobernante inteligente y humano, preocupado del bienestar de los pueblos; un príncipe diríase, que requiere un título jurídico para justificar sus conquistas. Su trato moderado a los vencidos, fruto era del genio indoeuropeo y de la religión persa, más humana y ética que los politeísmos orientales. Durante su reinado, el Imperio ofrecía aún el carácter de una gran confederación de pueblos que conservaban su fisonomía peculiar y sus autonomías locales.

En esta confederación, los persas tenían una situación privilegiada, estaban exentos de impuestos y se escogía de entre ellos a los altos dignatarios, entre los que destacaban los siete príncipes que constituían el Consejo Real, representantes de los siete pueblos que iniciaron la formación del Imperio. En un principio, estos dignatarios fueron los jefes de tribu, pero más tarde los nombraría libremente el monarca con carácter vitalicio. El rey debía elegir de entre las familias de dichos príncipes a su esposa legítima y sólo de ella podía nacer el sucesor a la corona.

Aquellos funcionarios, militares u otras gentes que se habían distinguido en el servicio del monarca eran espléndidamente recompensados y constituían una clase preeminente, una especie de nobleza llamada "los bienhechores del rey"; recibían, además, otras distinciones a modo de condecoraciones: cadenas de oro, brazaletes, coronas, vestidos, sables, etcétera, y a veces eran invitados a los banquetes regios, aunque fueran de raza no persa. En especial, Darío I se preocupó que la justicia fuese la norma de la administración y que se extendiese y divulgase la cultura, organizando una educación esmerada de los hijos de los miembros de la nobleza.

Una etiqueta severa, según el ceremonial asirio, regía la vida de la corte. El rey no era accesible, sino mediante una serie de ceremonias; se abolió el derecho de los príncipes a presentarse delante de él sin previo aviso. En cuanto a la cancillería imperial, estaba perfectamente organizada, con archivos en donde se conservaban copias de todos los documentos que aquélla expedía. Se inició también una especie de catastro de las provincias para calcular los impuestos según su respectiva riqueza.



Friso de los Arqueros, hoy en el museo de Louvre, sacado del palacio de Artajerjes Mnemón en Susa.

Los sucesores de Darío

Los sucesores de Darío no siguieron el impulso de los monarcas que les precedieron[55]. Su hijo Jerjes sufrió uno de los mayores descalabros de la historia al enfrentarse con los griegos del continente europeo, que repercutió en el movimiento general de liberación de los griegos del Asia Menor. Los primeros contactos de los persas con Occidente fracasaron de modo deplorable, acaso por haberse coloreado de violencia.

En el régimen interno del extenso imperio se acentuaron las tensiones desintegracionistas. Los egipcios, siempre extraños y hostiles a la influencia irania, se rebelaron durante el reinado de Artajerjes I (465-424) y gozaron de un período de efímera independencia —la llamada dinastía XXVIII—. Por su parte, los sátrapas tendían a convertirse en una especie de señores feudales, llegando a enfrentarse con el

[55]Cronología de los emperadores persas a partir de Ciro el Grande:

Ciro 559-530 a. de C.
Cambises 530-522
Darío I 521-485
Jerjes I 485-465
Artajerjes I Longímano 465-424
Jerjes II 424
Darío II Ocos 424-404
Artajerjes II Mnemón 404-359
Artajerjes III Ocos 359-336
Arses 338-336
Darío III Codomano 336-331.

propio soberano. El caso más espectacular fue el de Ciro el Joven, sátrapa de Lidia —Asia Menor—, quien se rebeló contra su hermano, el rey Artajerjes II y llamó en su ayuda a los griegos. Éstos demostraron no sólo su capacidad militar en la victoria de Cunaxa (401 antes de Cristo), sino su resistencia física y tenacidad en una famosísima retirada, la de "los Diez Mil", a través de territorios hostiles y a lo largo de unos seis mil kilómetros. El historiador Jenofonte, que los dirigió y salvó de innumerables peligros, nos legó en el relato de esta retirada una de las páginas más selectas y memorables de la Historia.

Se habían invertido los papeles: ya no eran los persas quienes invadían Europa; esta vez era Occidente el que se proyectaba hacia el mundo oriental. La expedición de "los Diez Mil" significaba un precedente. Los dos decenios del reinado de Artajerjes III (359-338) representaron el último esfuerzo para el logro de un robustecimiento del poder real y un postrer intento para evitar la disgregación política de las nacionalidades que integraban ese Imperio, formado un tanto a la fuerza.

Pero la suerte del Imperio persa y del Asia occidental estaba echada. Había de transcurrir sólo media docena de años para que la genial figura de Alejandro Magno apareciese en el horizonte y rubricase con su espada la creación de una Eurasia de signo especial; acaso efímera en lo militar y en lo político, pero de extraordinaria fecundidad en cuanto a la cultura. Este contacto entre Occidente y Oriente daría su fruto: el helenismo impregnaría de savia clásica las civilizaciones de la madre Asia, iniciando una nueva era en la historia humana.

LA CIVILIZACIÓN PERSA

La religión dualista de Zaratustra

Nuestro conocimiento de la Persia antigua se centra alrededor de la gran figura de Zaratustra o Zoroastro, el profeta de Persia.

En el siglo VII, o en el VI antes de Cristo, Zaratustra se lanzó a predicar una reforma religiosa cuya doctrina sólo reconoce un solo Dios: Ahura-Mazda u Ormuz, infinitamente grande y poderoso.

Una legión de servidores celestes rodean a Ahura-Mazda; son los genios del Bien en lucha contra las fuerzas del Mal. Desde la creación del mundo, el hombre es la prenda de este combate y debe escoger entre el bien y el mal:

Ahora bien, en el origen había dos espíritus,
que proclamaron como sus principios gemelos y autónomos,
en pensamiento, palabra, acción; el uno, el bien,
el otro, el mal.
Y entre los dos, los cuerdos escogieron el bien,
los insensatos, el mal.

Proscribe los sacrificios y las ofrendas materiales. Lo que importa es amar la verdad y fortalecer la justicia "con el pensamiento, las palabras, la acción y la conciencia". En el último juicio, Ahura-Mazda tendrá más en cuenta el bien ejercido sobre la Tierra que los himnos cantados ante el altar[56].

[56]Los himnos en honor de Ahura-Mazda se parecen a los cánticos que los sumerios dedicaban a Enlil y a las loas egipcias en honor a Atón:



Capitel de doble toro del palacio de Darío.

La doctrina religiosa de Zaratustra no fue enteramente adoptada por los persas. Los magos que, a semejanza de los druidas entre los celtas, formaban la casta de los sacerdotes, mezclaron las ideas de Zaratustra con las concepciones tradicionales. Ahura-Mazda fue mantenido en la categoría de dios supremo, pero Mithra, dios de la luz, recibió la dirección de los genios bienhechores, mientras que Arimán, el espíritu del mal, estuvo al frente de los demonios maléficos.

La literatura sagrada de los persas sería escrita tardíamente, en el siglo III de nuestra era. Hasta entonces se conservaría mediante tradición oral. El libro más antiguo es el Avesta, del que transcribimos este relato del juicio del alma:

"Después que el hombre ha desaparecido, ha muerto, los demonios impíos y maléficos arrecian sus ataques. Cuando luce el alba de la tercera noche y se ilumina la aurora, Mithra, bien armado, llega a las montañas y el sol asciende. Entonces; el demonio lleva encadenada al alma pecadora de los desaparecidos mortales. Sigue el camino creado por el Tiempo, camino que existe para el malvado tanto como para el

---

¿Quién ha sido, en su origen, el primer padre de la justicia?
¿Quién señaló el camino al Sol y a las estrellas?
¿Quién es aquél por quien crece y decrece la Luna?
¿Quién fijó la Tierra aquí abajo, y el cielo de las nubes que no cae,
y quién ha sujetado las aguas y las plantas?
¿Quién ha embriagado al viento y a las nubes sus corceles?
¿Quién es, oh, Sabiduría, el creador del Pensamiento Bueno?
¿Qué artista ha hecho la luz y las tinieblas?
¿Qué artista el sueño y la vigilia?
¿Quién ha hecho la mañana, el mediodía y la tarde,
para indicarle a la inteligencia su tarea?

fiel, el puente Cinvat creado por Mazda. Allí, la conciencia arroja a las almas de los malvados a las tinieblas. Pero lleva a las almas de los fieles y las sostiene por encima del puente Cinvat en el camino de los dioses."

Racionalidad religiosa

A pesar de Zaratustra y de sus enseñanzas, seguían ocupando un lugar importante el culto y las prácticas rituales. Vestidos de blanco, los magos mantenían el fuego purificador en sus pequeños altares cúbicos y cantaban himnos. Y como el fuego y la tierra se consideraban elementos sagrados, los cadáveres no eran incinerados ni inhumados. Excepto los reyes, que se hacían esculpir tumbas en la roca, los persas difuntos eran abandonados en el desierto o colocados en las "torres del silencio", donde los buitres se encargaban de limpiar los huesos.

La religión de Zaratustra es de un nivel superior a las demás religiones paganas, sobre todo por el claro y directo razonamiento con que expone el problema del bien y del mal y el acento que infunde a sus exigencias de deber y de pureza. Con varios puntos comunes con la religión judía y el cristianismo, uno que otro cambio de ideas es completamente normal si se tienen en cuenta los contactos directos que los judíos tuvieron con los persas durante su destierro en Babilonia, sin olvidar tampoco su admiración por Ciro, el rey persa que los libró del cautiverio. A partir de este momento, Judea llegó a ser una provincia del Imperio persa hasta que .se desmoronó ante los golpes de Alejandro Magno.

En el siglo VII después de Cristo, la doctrina de Zaratustra fue prácticamente extirpada por el islam, que en diversos aspectos le es muy inferior. Ormuz desapareció ante Alá y el Avesta fue sustituido por el Corán. Pero todavía hoy existen centenares de miles de hombres fieles a la religión de Zaratustra; una décima parte de ellos viven dispersos en su país de origen. Muchos adeptos de Zaratustra prefirieron el destierro que abjurar de su fe y encontraron asilo en la India. Descendientes de ellos son los persas que viven, sobre todo, en Bombay y sus alrededores, donde son respetados por su elevada moral, su espíritu trabajador y su amor al prójimo. Son conocidos por el nombre de "parsis", practican la monogamia más estricta y tienen el mismo horror a la mentira y al engaño que los discípulos de Zaratustra de hace más de un milenio.

Moralidad, educación y costumbres

La religión persa exigía la práctica de las virtudes, en especial la laboriosidad, el trabajo de la tierra, la liberalidad, la fidelidad, el horror a la mentira, etcétera. Todo fiel debía trabajar —como el dios Ahura-Mazda— para extirpar el mal de la tierra, destruir las serpientes, las hierbas venenosas v los insectos dañinos. La práctica de la agricultura respondía a la perfección a estas normas de saneamiento: ¿Cuál es el precepto más puro de la ley? Y Ormuz respondió: "Sembrar en la tierra granos robustos. El que siembra granos y lo hace con pureza, cumple en todo su rigor la ley, y es grande a mis ojos, como si hubiese dado vida a cien criaturas o hubiera ofrecido mil sacrificios". Y por ello castigaban los monarcas a los holgazanes y premiaban a los labriegos diligentes, e incluso se dice que iban a sentarse una vez al año a la mesa de los que sacan del seno de la tierra las riquezas que oculta o que hacen brotar la abundancia.

El libertinaje estaba proscrito, como obra del dios del mal. Al parecer, prevalecía la monogamia, como en la mayoría de los pueblos de origen ario; con todo, los monarcas sátrapas y muchos miembros de la nobleza practicaron la poligamia. Las uniones matrimoniales entre parientes eran consideradas como más estimables y la personalidad de la mujer no era absorbida por el marido.

"Si queréis ser santos —decían los textos sagrados persas—, instruid a vuestros hijos, pues sus buenas acciones os serán atribuidas." El historiador griego Jenofonte nos legó algunos testimonios algo sospechosos de parcialidad y simpatía hacia los persas, acerca de la moralidad de este pueblo, de su educación, costumbres, y de los cuidados que prodigaban a los adolescentes. Los niños, jóvenes, adultos y ancianos que habían cumplido su servicio militar se reunían sucesivamente en un espacioso lugar; los niños y adultos iban allí al amanecer, los ancianos, cuando tenían tiempo, y los jóvenes se acostaban en aquel sitio con armas, siempre que no fuesen casados. Los padres que tenían numerosa prole eran bendecidos por la religión y recompensados por el monarca. Decíase que los hijos eran otros tantos escalones para subir al cielo.

"Cuando llegan a los dieciséis años —dice Jenofonte de los jóvenes persas—, pasan a la clase de jóvenes hasta los veinticinco años, durmiendo a la intemperie, cumpliendo durante el día las órdenes de los magistrados para el servicio público o acompañando al rey en sus frecuentes cacerías. Se alimentan de pan, berros y agua, sin más golosinas que la caza que matan ellos mismos, y a veces se ejercitan haciendo asaltos de armas. A los veinticinco años cumplidos son hombres dispuestos a obedecer, ya en la guerra, ya en la paz, a la menor señal de los magistrados, y entre ellos se escogen los empleados y los maestros de la juventud. A los cincuenta años entran en la categoría de los viejos que, exentos del servicio militar, administran los negocios públicos y juzgan de los delitos capitales. Si un joven es acusado por los superintendentes de haber faltado a las leyes establecidas, los ancianos le expulsan de la sociedad de sus compañeros y queda calificado de infame. Toda esta educación es la que lleva el camino de los honores. Por lo tanto, los discípulos viven en medio de una templanza rayana en la abstinencia, y su limpieza llega al punto que no escupen, no se suenan y no satisfacen ninguna necesidad corporal sin tener gran cuidado que nadie les vea."

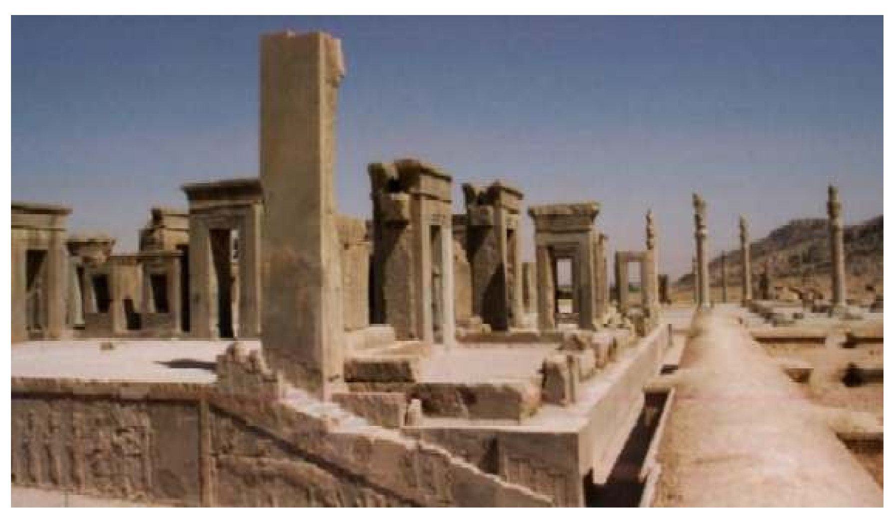
Arqueología y arte en Persia

En el siglo VIII antes de Cristo se fundó Ecbatana, capital de los medos, cuyas fortificaciones describe Heródoto diciendo que constaban de siete recintos sobre una colina, cada uno más alto que el anterior, de modo que sucesivamente sobresalían las almenas, de distintos colores. A su vez, el historiador Polibio describe el palacio principal como una construcción hipóstila (sobre columnas), en la que emplearon maderas de cedro y de ciprés revestidas de oro y plata. Por desgracia, apenas quedan vestigios que permitan conocer el verdadero carácter del arte medo.

En general, la arquitectura persa aparece como una mezcla de formas asirias, egipcias e indias[57], con especial predilección por los pórticos abiertos de columnas.

[57]"Sin que llegara a la imposición de unas mismas formas artísticas a los distintos pueblos del Imperio, que continuaron en parte sus tradiciones nacionales, como Fenicia y Egipto, y recibiendo, además, influencias de otros lugares, particularmente de Grecia, los persas llegaron a crear un arte propio con personalidad bien marcada. Pero ello es obra, más bien que de la raza, de la corte de los Aqueménidas, habiendo permanecido hasta sus últimos momentos, y aun en su renacimiento en la época sasánida un arte cortesano, frío, pero majestuoso e imponente, en el que se combinan elementos asirios sobre todo con otros egipcios o griegos, y aun hititas." BOSCH GIMPERA.

Empleaban para sus construcciones piedra, adobes y ladrillo, y madera de los bosques del Líbano y de las comarcas al sur del mar Caspio. Se debe a los persas el desarrollo del adintelado, estructura que realizaron durante los siglos VI al IV antes de Cristo, creando nuevas formas artísticas y con ellas un estilo propio y característico.



Ruinas de Persépolis.

Los monumentos religiosos tuvieron escasa importancia y se reducen a los llamados "altares del fuego". Ello era debido a la naturaleza de la religión persa, que reconocía una divinidad suprema e increada, tan grande que ocupaba la bóveda entera del cielo, por lo que no debía tener templos ni imágenes, precepto que no siempre fue observado. Así, el objeto del culto fue la llama, símbolo del dios, fuego encendido en altares al aire libre en forma de pirámide truncada, de los que quedan vestigios.

Los edificios persas típicos son sus palacios, lujosas moradas donde transcurría la vida ostentosa y muelle de los príncipes; con un gran macizo por base, a veces de casi medio kilómetro de longitud, sobre cuya terraza se distribuían las construcciones. A diferencia de los palacios reales mesopotámicos, los persas carecían de fortificaciones. Los más importantes son los de Pasargada, Persépolis y Susa, con amplias salas hipóstilas o *apadanas*, salas de audiencia con numerosas columnas de piedra, altas y esbeltas, que suelen tener por capiteles esculturas de toros o unicornios, generalmente gemelos y encarados en dirección opuesta. Se conservan también interesantes sepulcros, como el de Ciro, en Pasargada; las llamadas "torres del silencio", monumentos fúnebres solitarios en el valle del Pelwar, que se suponen de Cambises y de otros príncipes, y las tumbas reales de Darío y sus sucesores, en las cercanías de Persépolis: hipogeos o gruta, abiertas en un risco montañoso y a gran altura, para resguardar de toda profanación los cadáveres depositados en reducidas cámaras, sólo accesibles a las aves de rapiña. Parecen, en efecto, nidos de águila.



La tumba de Ciro en Pasargada.

La producción escultórica de los persas estriba casi siempre en el relieve, aplicado a la decoración de zócalos o de frisos en los muros de los palacios; representan figuras delineadas de perfil y sin convencionalismos, con exclusión absoluta de la imagen femenina. Los asuntos siempre glorifican al rey. Se conservan dos magníficos ejemplos de decoración esmaltada: el llamado "friso de los arqueros", del palacio de Artajerjes II Mnemon en Susa, que fue iniciado por Darío I, y el "friso de los leones" en el mismo palacio. Los persas también fueron muy aficionados a las joyas y ricos adornos, y Heródoto dice que cada ciudadano distinguido llevaba pendiente de una cadenilla su pequeño cilindro para sellar. Era corriente el uso de pendientes, collares, sortijas, tiaras adornadas de perlas y piedras preciosas, túnicas bordadas, y en las moradas lujosas se servían de copas de oro y plata con incrustaciones de cristal o de vidrios de colores y en relieve, y de muebles con aplicaciones de metales preciosos y de marfil.



La puerta de Jerjes en Persépolis

ÍNDICE CRONOLÓGICO

Años A.C. aproximadamente

50 000 a 40 000. «Homo sapiens». Cromagnon, Chancelade, Grimaldi. Período *auriñaciense*.

40 000 a 30 000. Utensilios de sílex, asta de reno, hueso y marfil. ~ Escultura primitiva. ~ Período *solutrense*.

30 000 a 20 000. Especialización de la caza. ~ Epoca fría. ~ Perfeccionamiento en la indumentaria. ~ Período *magdaleniense*.

20 000 a 10 000. Totemismo y zoolatría. ~ Jerarquía familiar y patriarcal. ~ Pintura rupestre y artesanía instrumental. ~ *Mesolítico*.

10 000 a 6000. Primeras sociedades estabilizadas. ~ Mejoramiento del nivel de vida humana. ~ *Neolítico*.

6000 a 2000. Primeras industrias del metal. ~ Pueblos ganaderos de Africa.

5000. Primeros vestigios alfabetiformes en Asia occidental.

4000. Egipto: adoradores de Horus.

4000 a 3000. Cultura sumeria primitiva. Cultura de Susa (meseta del Irán); emigraciones arias. ~ Cerámica de bandas en la península balcánica.

3100. Ciudades sumerias. ~ Unificación del Alto y Bajo Egipto.

3000. Desarrollo de la ganadería en la Europa occidental.

2900-2750. Culturas elamitas. ~ Primeras dinastías faraónicas en Egipto. Civilizaciones de Zhob, Queta, Kuli y Amrinal, en la India. ~ Primitivas culturas del metal en Chipre y en Creta. ~ Primeras construcciones minoicas.

2750. Primeras culturas del Indo. ~ Civilización de Lagash (Mesopotamia).

2650-2600. Egipto: III dinastía; pirámides escalonadas.

2600-2400. Egipto: IV dinastía; grandes pirámides de Gizeh. Culturas minoica y de las islas Cícladas (Grecia). ~ Dinastías reales de Lagash. ~ Primera dinastía de Ur. ~ Culturas de Mohenjo Daro y Harapa (India).

2480-2350. Egipto: V dinastía. ~ Imperio de Akkad y principado de Uruk, en Mesopotamia. ~ Fundación del Imperio hitita (Asia Menor). ~ Cultura neolítica y cerámica de bandas en Kan-su; cerámica roja en Chan-si (China).

2350-2190. Egipto: VI a VIII dinastías. ~ Primeras ciudades troyanas (Asia Menor). Primeras fundaciones fenicias, Biblos, Sidón, Tiro, etc.

2300-2200. Consolidación del Imperio hitita. ~ Los arios al norte de la India y los drávidas al sur. ~ Culturas megalíticas en la Europa occidental.

2200-2000. Egipto: IX y X dinastías. ~ Los guti en Sumer y Akkad. Principado de Ur. Primeras observaciones astronómicas en Mesopotamia. ~ Domesticación y uso del caballo en Oriente.

2000-1900. Imperio Medio en Egipto. Gudea en Akkad, Mesopomia.

1900-1800. Egipto: XII dinastía. ~ Primera dinastía de Babilonia. ~ Cerámica de Camares (Creta).

1800-1700. Hamurabi en Babilonia: primeras codificaciones legislativas. ~ Los hititas invaden Mesopotamia. ~ Primeras dinastías chinas; canalización del río Hoang-ho.

1700-1600. Invasión de los hicsos en Egipto. Los cassitas en Mesopotamia. ~ Civilización de Hagia Triada en Creta. Comienzos de la dinastía Chang en China. ~ Inscripciones alfabetiformes del Sinaí. Primeros alfabetos fenicios. Cultura de Ya-Yoi en el Japón.

1600-1500. Egipto: dinastías XVI y XVII. ~ Hatusas, capital del Imperio hitita. ~ Cultura micénica (Grecia peninsular).

1500-1400. Comienzos del Imperio de Mitanni. ~ Egipto: Imperio Nuevo, expulsión de los hicsos; XVIII dinastía. ~ Faraones Amenofis I a III y Tutmosis I a IV; expedición de la princesa Hatsepsut al Punt; arquitectura de Tebas, Luksor, Karnak, templo de Deir el-Bahari. ~ Primeros patriarcas hebreos.

1400-1300. Egipto: el faraón Amenofis IV Eknatón: culto solar; revoluciones religiosas. ~ Imperio hitita: reinado de Subiluliuma. ~ Primera cultura védica en la India. Reino amorita en Damasco. ~ Ultimas culturas minoicas. ~ Desarrollo del comercio internacional.

1300-1200. Egipto: XIX dinastía, los Ramésidas; esclavitud de los hebreos: Moisés en Egipto. Decadencia del Imperio hitita: Hatusil III. ~ Comienzos del Imperio asirio. ~ Colonización fenicia en el Mediterráneo. ~ Cultura argárica en Almería, España. ~ Culturas preincaicas: civilización de Chavin, en el Perú.

1288. Batalla de Kadesh: victoria egipcia sobre los hititas junto al Orontes.

1200-1100. Desintegración del Imperio hitita. ~ «Los Pueblos del Mar» en el Mediterráneo oriental. Hebreos y filisteos en Canaán; establecimientos israelitas en Palestina. ~ Invasión doria en la península balcánica. ~ La Troya homérica.

1100-1000. Egipto: XXI dinastía; decadencia del Imperio. ~ Expansión del Imperio asirio: Teglatpileser I. ~ Monarquía hebrea electiva: Saúl. Decadencia de Sidón. ~ Los dorios en el Peloponeso. ~ Los etruscos en Italia. ~ Desarrollo y propagación del alfabeto fenicio.

1000-900. Egipto: XXII dinastía, reyes libios. ~ Esplendor del reino hebreo: David, Salomón; templo de Jerusalén. ~ Prosperidad económica fenicia: Hiram I, príncipe de Tiro. Dinastía Chu en China: confederación de principados. ~ Orígenes del Mahabharata en la India: luchas de príncipes. ~ Cultura de Villanova en Italia; megalitos (nuraghes) en Cerdeña. ~ Ultimas fases del bronce europeo; desarrollo de la industria del hierro (Hallstardt).

900-800. Esplendor del Imperio asirio: Asurbanipal II y Salmanasar III. ~ Reinos de Israel y Judá: época de Elías y de los profetas hebreos. ~ Formación del reino de Frigia (Asia Menor). ~ Cultura de Tlatilco (México).

887-856. Itobaal en Tiro; emigración fenicia al norte de Africa: fundación de Cartago.

858-824. Salmanasar III: consolidación de las conquistas asirias.

845-839. Atalía, reina de Judá; matanza de los descendientes de David.

845-800. Expansión de la colonización etrusca en el norte de Italia.

841. Salmanasar III en Damasco y en Samaria.

839. Joas, rey de Judá, hijo de Ocozías y superviviente de la matanza de Atalía.

824. Samsi-Adad V, rey de Asiria.

815-802. Joacaz, rey de Israel, hijo de Jehú.

809-806. Regencia de Semíramis en Asiria y Babilonia.

805-782. Adadnirari III, rey de Asiria.

802-787. Joas, rey de Israel, hijo de Joacaz.

800. Expansión de la colonización griega en el Mediterráneo. Poemas de Hornero. ~ Orígenes del reino de Frigia. ~ El brahmanismo en la India. Comienzo de las culturas olmecas y mixtecas en México.

787-747. Jeroboam II, rey de Israel. ~ Comienzos de la organización política de Esparta.

781-772. Salmanasar IV en Asiria. ~ Fidón de Argos: primeras «tiranías» griegas.

776. Grecia: comienza la Era de las Olimpiadas.

771-754. Asurdán III, rey de Asiria.

754. Tribunal de los éforos en Esparta, contrapeso del poder real.

753. Legendaria fundación de Roma.

750-720. Egipto: XXIII dinastía. ~ Argos, principal estado griego del Peloponeso.

747. Nabonasar, rey de Babilonia.

745-727. Teglatpileser III, rey de Asiria.

742-717. Humbanigas I, rey del Elam.

730-710. Primera guerra entre mesenios y espartanos.

727-722. Salmanasar V, rey de Asiria.

725-697. Ezequías, rey de Judá.

723. Ofensiva de Salmanasar V contra Samaria; desintegración del reino de Israel.

721-705. Sargón II, rey de Asiria.

720-675. Egipto: XXIV dinastía.

715-655. Egipto: XXV dinastía, príncipes nubios. ~ Construcción del palacio de Sargón II en Khorsabad. Deyoces, rey de los medos.

708. Institución del pentatlon, o «cinco juegos» en las Olimpiadas griegas.

705-681. Senaquerib, rey de Asiria. ~ Introducción del cultivo del algodón en Mesopotamia.

701. Los asirios dominan Fenicia.

700. Expansión etrusca en la Italia central. ~ Aquemenes, fundador del Imperio persa. Comienzan las invasiones de tribus cimerias en el Asia Menor. ~ Los celtas en la Europa occidental. ~ Poemas de Hesíodo.

700-668. Baal II en Fenicia: prosperidad comercial y marítima.

697-642. Manasés, rey de Judá.

691. Senaquerib lucha contra las tribus arameas.

683. El arcontado en Atenas.

681-669. Asaradón, rey de Asiria: destrucción de Sidón, sumisión de Tiro, invasión del Bajo Egipto.

680. Formación del reino de Lidia por Giges, en el Asia Menor.

678. Asaradón de Asiria vence a las tribus cimerias en el Alto Tigris.

675-653. Fraortes, rey de los medos. ~ Desaparición del reino de Frigia (Asia Menor).

670. Luchas entre asirios y fenicios en el delta del Nilo. ~ Tribus de tracios y cimerios incendian la ciudad de Efeso.

668-626. Asurbanipal, rey de Asiria; reconquista de Egipto y campañas al sur del Imperio. ~ Biblioteca de Nínive.

663-525. Egipto: XXVI dinastía; período saita, capital en Sais, en el Delta.

660. Régimen de los «tiranos» en Grecia. Una expedición colonizadora coreana, dirigida por Jimmu, se establece en el Japón.

659. Los griegos de Megara fundan la colonia de Bizancio.

658. Asurbanipal conquista el Elam.

650. Segunda guerra entre Mesenia y Esparta. ~ Los cimerios invaden Lidia.

648. Asurbanipal en Babilonia.

647. Toma de Susa por Asurbanipal.

645. Los asirios derrotan a los cimerios.

639-648. Tales de Mileto, filósofo griego.

637. Invasiones escitas en el Alto Eufrates y norte de Siria.

630-550. Imperio de Argantonio o «de la plata» en Tartessos, Andalucía.

628-626. Los escitas invaden la Alta Mesopotamia y Siria hasta la frontera de Egipto.

625-585. Ciaxares, rey de los medos. ~ Nabopolasar, rey de Babilonia. ~ El profeta Jeremías en el reino de Judá.

623. Dracón legisla en Atenas.

620-612. Sin-Sarrukin, último rey de Asiria.

620-580. Alceo, poeta lírico griego.

614. Los medos invaden Asiria.

612. Destrucción de Nínive por los medos y los babilonios.

610. Los griegos de Mileto fundan una colonia en Naucratis (Egipto).

610-547. Anaximandro, filósofo y cartógrafo griego.

609. Los egipcios derrotan a Josías, rey de Judá, en Meggido. ~ Necao, rey de Egipto.

608-598. Joaquín, rey de Judá. Egipcios y babilonios en Fenicia.

605. Zoroastro en Persia: orígenes de la religión mazdeísta.

604-562. Nabucodonosor II, rey de Babilonia. ~ Decadencia de Fenicia.

600. Lao-Tsé, filósofo chino. Jina en la India, fundador del jainismo. Descubrimiento de la soldadura del hierro, en Grecia.

595. Safo de Lesbos, poetisa lírica griega.

594. Solón, arconte de Atenas: se le confieren plenos poderes legislativos.

593-588. Psamético II, rey de Egipto.

588-569. Apries, faraón egipcio; capital en Sais.

587. Nabucodonosor II conquista y destruye Jerusalén. ~ Cautividad de los judíos.

585. Primer eclipse de sol previsto exactamente y anunciado por Tales de Mileto.

585-525. Anaximenes de Mileto, filósofo griego.

582-573. Juegos deportivos ístmicos y nemeos en Grecia.

582-507. Pitágoras, filósofo y matemático griego.

579. Rebelión de Tiro contra Nabucodonosor II.

578-535. Servio Tulio, rey de Roma.

574. Sumisión de Tiro y de Fenicia entera a los babilonios.

570-530. Primeras construcciones en la Acrópolis de Atenas.

569. Amasis, corregente de Apries, en Egipto.

565-546. Creso, rey de Lidia.

560-480. Buda en la India. ~ Pisistrato, tirano de Atenas. ~ Anacreonte, poeta lírico griego.

559-530. Ciro el Grande, rey de Persia.

556-475. Jenófanes, filósofo griego. ~ Redacción definitiva de los poemas homéricos.

555-539. Nabonid, rey de Babilonia.

553. Ciro el Grande inicia la conquista de Media.

552-479. Confucio, filósofo chino.

550-480. Hecateo de Mileto, geógrafo griego. Se inician los Upanishads, nuevos comentarios de los Vedas, en la India.

550. Primeras colonias griegas en la península Ibérica: Ampurias.

548. Templo de Apolo en Delfos.

546. Ciro el Grande vence a Creso de Lidia; conquista de Sardes y del reino lidio.

546-540. Expansión del Imperio persa hacia el Asia interior.

540-450. Heráclito y Parménides, filósofos griegos.

539-538. Los persas invaden Mesopotamia. Ciro el Grande conquista Babilonia. ~ Fenicia, sometida a Persia.

537. Desde Babilonia, los judíos retornan a Jerusalén.

536. Comienzos del teatro trágico en Grecia.

535-509. Expansión cartaginesa por el Mediterráneo occidental.

534-509. Tarquino II el Soberbio, rey de Roma.

530. Muere Ciro luchando contra los masagetas (Caspio-Aral).

530-522. Cambises, rey de Persia. ~ Bimbisara, príncipe de Magadha en la India.

526-456. Esquilo, poeta trágico griego.

525. Batalla de Pelusio: Cambises conquista Egipto.

522-486. Darío I, rey de Persia.

521. Babilonia se subleva contra los persas; represión de Darío.

520-440. Píndaro, poeta lírico griego.

520-515. Los judíos reconstruyen el templo de Jerusalén.

517. Darío I en Egipto.

515. Los persas ocupan la isla de Samos.

515-509. Expansión persa hacia el Indo.

514. Atenas se subleva contra la tiranía pisistrátida.

513. Expedición de Darío I contra los escitas.

510. Los Pisistrátidas son expulsados de Atenas: reformas políticas de Clístenes.

509. Proclamación de la República en Roma.

508. Primeros contactos comerciales entre Roma y Cartago.

507. Los etruscos atacan Roma y son rechazados. ~ Consolidación del régimen republicano en Roma. ~ Luchas políticas en Atenas.

506-495. Luchas sociales en Roma: patricios y plebeyos.

504. Los jonios destruyen Sardes (Asia Menor).

501. Los cartagineses en Cádiz. ~ Exploraciones marítimas de los cartagineses.

500. Sublevación de los jonios contra el Imperio persa. ~ Desarrollo de la cultura de los mayas en la América central.